



TRIESTE

DAŠA DRNDIĆ



automática editorial

TRIESTE

DAŠA DRNDIĆ

TRADUCCIÓN DEL CROATA Y PRÓLOGO
DE SIMONA ŠKRABEC



TÍTULO ORIGINAL: *Sonnenschein*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo 24, Escalera B, 1º A - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © 2007, 2012 Daša Drndić and Fraktura d.o.o.
© de la traducción, Simona Škrabec, 2015
© del prólogo, Simona Škrabec, 2015
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2015
© de la ilustración de cubierta, Natalia Zaratiegui, 2015

Derechos exclusivos de traducción en lengua española:
Automática Editorial S.L.U.

ISBN: 978-84-15509-28-8
eISBN: 978-84-15509-56-1
DEPÓSITO LEGAL: M-27705-2015

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: septiembre de 2015

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

EL DOLOR COMO HERENCIA

«¿Quién mata? ¿Quién queda? ¿Quién lo
mira?»

Tomaž Šalamun,
«Monstrum», 1980

El libro de Daša Drndić no es un libro fácil. El mérito de la novelista croata es precisamente haber sido capaz de crear barreras que dificultan el acceso a su texto. No pocas veces, el lector se encuentra completamente solo, rodeado de obstáculos que no sabe cómo afrontar, perdido, sin poder conectar tantos cabos sueltos. ¿Qué sentido tiene trabajar con ese conjunto de fragmentos mal ordenados? ¿Por qué la autora nos enfrenta con un rompecabezas a medio construir? ¿Qué hacer con tantas piezas que no encajan?

Drndić obliga a sus lectores a implicarse en la historia, uno no puede quedarse fuera. El espectador que se sienta cómodamente en su butaca esperando que el relato se desarrolle delante de sus ojos quedará con esta novela más que desconcertado. *Trieste*, o *Sonnenschein*, como reza el título original de la novela, es un texto imposible de recorrer sin haber perdido el paso unas cuantas veces, o haberse enfadado por alguna declaración o punto de vista, o haberse preguntado si todos esos minuciosos datos son ciertos, con la tentación incluida de ir a consultar el primer ordenador que uno tenga a mano. El libro no se deja visitar como se visitan los lugares de la memoria de un pasado, sí, reciente, pero al mismo tiempo velado por la indiferencia y tamizado por los olvidos. Las preguntas de Daša Drndić son insistentes, incómodas, no se pueden esquivar. Las lagunas sabiamente distribuidas en lugares estratégicos obligan al lector a tender sus propios puentes para ir comprobando constantemente si las versiones cuadran. La información de Daša Drndić matiza los lugares comunes y remueve los fundamentos de cómo se escribe la Historia.

De entrada, la historiografía *poética* de Drndić no reconoce ninguna frontera de las que se ven dibujadas en un mapa. Su visión es eminentemente lírica porque la autora explora el pasado desde la conciencia de las personas solas, de sus vidas individuales. El hombre como sujeto poético no está integrado en ninguna identidad estable porque la cuestión básica de la poesía es siempre ¿quién soy yo, en realidad? Así, pues, la autora, con una inusual audacia, confronta dos disciplinas que nunca se pueden solapar para crear un conjunto armónico: la poesía y la historia. El sujeto visto de una manera aislada resulta ser un auténtico universo de contradicciones, de soluciones provisionales, de búsquedas incesantes. Esa imposibilidad de llegar a conclusión alguna es la materia de la poesía. Y en cambio, la historia se escribe desde la perspectiva del mochuelo que sobrevuela los paisajes después de las batallas para determinar las tendencias, los puntos de

inflexión. La historia siempre opera con conjuntos bien cerrados y firmes.

El continente europeo es aquí un continuo de destinos que nunca cesan de relacionarse, de mezclarse. No hay posibilidad de quedarse a salvo en un hogar seguro y protegido desde donde observar las desgracias que han pasado a los demás... Los personajes de esta novela se mueven constantemente, se relacionan, se hieren y se aman de tal manera que sus raíces se ramifican por todo el continente. Europa aquí tiene un solo pasado, compartido, imposible de dividir en porciones aisladas.

La novela está repleta de palabras y frases en lenguas desconocidas que no están traducidas ni tienen ninguna explicación sobre su significado. Ese obstáculo tan evidente, sin embargo, no dificulta la lectura porque la mayoría de esos incisos son fácilmente comprensibles o deducibles por el contexto, o ya están descritos en las frases que los enmarcan. La sensación de inaccesibilidad de la lengua «del otro» es en este libro un protagonista más que hay que tener en cuenta. Las lenguas son signos de frontera y no se pueden atravesar sin más, hay que realizar un esfuerzo para superar las divisiones lingüísticas. Para atravesar una frontera lingüística se debe tomar la decisión de estar dispuesto a escuchar unos sonidos que no tienen aparentemente ningún sentido, ninguna lógica. Delante de idiomas desconocidos, todos nos encontramos desarmados, no importa cuántas lenguas uno pueda dominar —yo comprendo bien siete lenguas, pero cuando choqué con algunas pocas frases en albanés sentí toda la impotencia que nos sobreviene cuando no tenemos la herramienta apropiada para comunicarnos. Y es así, el mundo no se deja dominar fácilmente, hay demasiados idiomas, demasiados puntos de vista, demasiadas historias y relatos como para poderlos reducir a una sola voz. Esas frases «incomprensibles», diseminadas a lo largo de todo el libro, nos invitan a cambiar de actitud frente al muro de la incomprensión. Hay que atreverse a entrar en mundos extraños, que no dominamos, donde nosotros somos los extranjeros. El libro habla sobre el terror que nace a partir del miedo que provocan aquellos que percibimos como diferentes. Es decir, que como mínimo debemos estar dispuestos a no fruncir el ceño cuando nos encontremos con un título o una frase corta en un idioma desconocido. Esos pequeños fragmentos exigen que uno esté dispuesto a aceptar elementos «foráneos», y aceptar que esas palabras tienen todo el derecho a estar ahí, indescifrables, como pedazos de otros mundos, fragmentos que testimonian que existen otras realidades, diferentes a la nuestra.

El interrogatorio de *Sonnenschein* es duro porque obliga a mirar lo que había quedado en la penumbra. La pregunta que la autora dirige a cada uno de sus lectores es: Y Tú, ¿qué quieres saber sobre todo eso? ¿Hasta dónde te atreves a mirar en el pozo de ese pasado tan próximo, tan inmediatamente accesible, que nos esforzamos en no ver? Este libro es como un dedo índice dirigido al pecho de cada lector en singular. Es por eso que el rompecabezas no está acabado y sus hilos narrativos se pierden.

El pasado no existe como una lección escolar que uno solo debe aprender de memoria. El pasado es un conjunto inmenso de hechos que pueden ser conservados solo si alguien desde el presente los adopta, si permite que se inserten en su propia memoria. Para que el pasado perdure, hay que hacerse cargo desde el presente de que esos vestigios no van a desaparecer, de que esa lección sí que la vamos a aprender. Y no queda mucha esperanza en la Europa presente de que podamos lograrlo. Impera el olvido porque nadie quiere heredar el dolor, ni las incertidumbres ni mucho menos las manos manchadas de sangre.

Daša Drndić escribe con una pluma desencantada, no se hace ya ilusiones. Esta novela no está narrada en un estilo de crónica histórica. Con giros inesperados dentro de la frase y con un uso

inusual de las palabras, la autora quiere suscitar una reflexión adicional, a veces muy compleja, sobre nuestro uso —y el abuso— del lenguaje. He procurado respetar tanto como he podido sus imágenes. Cuando he creído que el significado era demasiado irónico para ser comprendido fácilmente, he marcado las palabras en cursiva para confirmar al lector que sí ha leído bien la frase y que debe volver a pensar qué significa lo que acaba de leer. Solo un ejemplo, muy ilustrativo: al principio de la novela nos encontramos con la fantástica colección de animales disecados que era propiedad de la familia de los Habsburgo y allí la autora nos indica que «los dientes y los picos» de esos animales eran mantenidos en buen estado por *odontólogos* locales. Parece tan extraño, que la única explicación plausible es que el traductor no debe conocer la palabra «taxidermista». Pero no estamos hablando de conservar los cuerpos, sino «dientes y picos», y eso lo hacen los dentistas. Si uno deja que esa extrañeza inexplicable se grave en la memoria, luego no podrá contener el escalofrío cuando esos *odontólogos* del palacete de los Habsburgo establezcan una asociación involuntaria con las descripciones de las extracciones de los dientes de oro en los campos de exterminio. Es decir, que todo lo que llama la atención en este libro, todo aquello que lleva a detenerse por un instante y a pensar «qué raro es esto» muy probablemente tenga una posibilidad de interpretación. Lo inusual es utilizado aquí para inducirnos a pensar, a buscar nuestras propias preguntas y nuestras propias respuestas, ya que la Historia solo se puede comprender cuando uno se implica en su reconstrucción.

Pero los caminos de la memoria nunca son fáciles. Quien quiere recordar se condena a sí mismo al aislamiento de Haya Tedeschi. A partir del momento en que decide recordar, Haya ya no puede integrarse en la vida feliz, banal y fácil que le rodea. Y quien está dispuesto a hurgar en su pasado se expone al peligro de descubrir que no es quien creía que era. Los niños nacidos en el proyecto *Lebensborn* son ciertamente casos aislados, ejemplos estremecedores de hasta dónde puede llegar la locura de la planificación social en un sistema totalitario. Pero ¿cuántos abuelos han explicado a sus nietos qué hicieron durante aquellos pocos años de su juventud en que vistieron el uniforme y tuvieron el poder de disponer de las vidas de los demás?

La memoria transforma, la memoria es una herida que no cicatriza y no es fácil vivir con plena conciencia del pasado. El saber da miedo, sí. Quien no tiene coraje, no puede saber, ni ver, ni entender. A quien le falte el coraje buscará siempre una explicación que atenúe los hechos. La novela de Daša Drndić es un testimonio de la dificultad que supone aguantar la mirada y no apartarla cuando aparece el monstruo, sobre todo si ese monstruo forma parte de nuestra propia estirpe.

Los saltos bruscos, las interrupciones, la extrañeza general de esta novela es parte de una ágil estrategia de concienciación: la historia no se puede ni reconstruir y aún menos comprender sin que uno este dispuesto a descifrarla. El pasado es una colección de vestigios y de testimonios que no pocas veces se guardan ordenados de una manera obsesiva en archivos fuertemente custodiados. Por otro lado hay que llamar también la atención sobre el uso que la autora hace de la intertextualidad. Es tan complejo que desaconseja siquiera intentar indicar la procedencia de las citas y las referencias. En el fondo, no poder determinar con seguridad la procedencia de los fragmentos literarios también aporta una reflexión sobre la fragilidad de la memoria y sobre la dificultad de determinar la procedencia de todo el material documental.

El pasado permanece inaccesible hasta que alguien, desde el presente, no se hace cargo de prestarle su memoria íntima y su capacidad de raciocinio con la actitud clara de «yo quiero saber». Nadie puede pensar por nosotros, ese es el problema, el saber simplemente no se puede

inocular como una vacuna y para siempre. Lo que pide la autora es que nos atrevamos a saber, a dibujar nuestros propios mapas, a construir los puntos de referencia. Hay que sentarse al lado de un baúl lleno de papeles acumulados en el desorden que caracteriza las vidas vividas y hay que encontrar tiempo para ir ordenandolos, esperando con paciencia a que «un rayo de luz» ilumine los paisajes devastados por el paso del tiempo, aunque sea por un instante.

El título original de la novela, *Sonnenschein*, es una palabra alemana que figura en las cubiertas de la edición croata tal cual, sin cursiva y, evidentemente, sin ninguna traducción ni nota explicativa. Traducida literalmente, esta expresión viene a decir algo así como «un rayo de sol», y en español resultaría difícil esquivar la asociación casi inmediata con la canción de Formula V. A pesar de esta coincidencia nada oportuna, conviene preservar la imagen de una irrupción repentina e inesperada de la luz y preguntarse qué valor puede tener en ese contexto. La decisión de optar por una palabra alemana indica que la novela se refiere a la herencia alemana en el Adriático Norte, que incluye tanto los estupendos pasteles como la devastación producida por el nazismo. En alemán, «schein» tiene también el sentido de mera apariencia, de algo que parece ser, pero no es.

En ese estrecho sendero que conecta el pasado con el presente, y que uno tiene que recorrer solo y a pie, se producen momentos en los que uno cree entender la Historia, momentos de lucidez en los que todo cuadra, pero que duran solo unos instantes, como un rayo de sol que penetra hasta el suelo entre el follaje espeso de aquellos bosques inmensos. Parece que sí que lograremos iluminar el pasado... pero no. La lucha por la memoria es una lucha agotadora, constante. Si uno abandona la investigación, esa batalla se pierde para siempre, aunque de ningún modo se pueda ganar para siempre. No existen las respuestas definitivas. Lo único que todo ese esfuerzo puede conseguir es preservar la posibilidad de golpes de sol repentinos, frágiles como la esperanza, en los que parece que el mundo haya quedado inmóvil por unos instantes y lo podremos comprender.

Simona Škrabec
2015

Hace sesenta y dos años que espera.

Sentada junto al amplio ventanal de una habitación del tercer piso de un edificio austrohúngaro en la parte antigua de Gorizia la Vieja, una mujer se balancea. La mecedora es vieja y mientras ella se balancea, la silla gime.

—¿Es la silla que gime o soy yo quien se lamenta?, pregunta la mujer al abismo de un vacío que extiende una capa transparente de putrefacción a su alrededor con intención de tragársela, de tragarse a la mujer que se balancea, de engullirla, de tajarla, de envolverla, de empaquetarla para el vertedero donde el vacío, ese vacío suyo, amontona los cadáveres de un pasado ahora ya apaciguado. Ella está sentada junto al ventanal, tamizado por una cortina anticuada, respira suavemente, a intervalos (como si sollozara, pero sin voz) y lo primero que intenta hacer es olvidar el olor de una habitación mal ventilada. Agita las manos como si quisiera ahuyentar las moscas. Luego toca sus mejillas como si quisiera lavarse la cara o como si se quitara los restos de una telaraña atrapada en sus pestañas. Ese olor de putrefacción (¿De quién es? ¿De quién?) llena la habitación, el aire parece el curso de un río de aguas bravas, incontenible. Sabe que ahora debe empezar a amontonar guijarros para su tumba, ha llegado el momento. Hay que hacerlo por si acaso, por si acaso él no llega, por si él no llega a tiempo después de haberlo esperado sesenta y dos años.

—Llegará.

—Llegaré.

La mujer oye voces aunque las voces no existan. Las voces que le pertenecen han muerto. No importa. Ella habla con las voces de sus muertos, discute con ellos. De vez en cuando los sienta en su regazo, sobre sus muslos que han perdido la agilidad y deja que le susurren al oído, llevándolos de la mano por paisajes olvidados. En su cabeza los hechos se confunden con frecuencia. Sus pensamientos entonces se alinean como si pasaran por una avenida de estatuas, las figuras esculpidas en granito, en mármol, en piedra, tiemblan delante de ella y apenas mueven los labios. Hay que aguantar. Porque sin las voces, ella estaría sola, sola y encerrada dentro de su propio cráneo, que se está ablandando. Su cráneo es cada vez más frágil, se empieza a parecer al cráneo de un recién nacido. Y allí dentro, su cerebro, suspendido en el líquido cefalorraquídeo y momificado hasta cierto punto, late cansado. Su mente se mueve lenta, igual que su corazón. Toda ella se está haciendo más y más pequeña, también sus ojos, y hasta las lágrimas. La mujer evoca las voces inexistentes, unas voces que la habían abandonado, las evoca para que maten su abandono.

Al lado de sus piernas hay un cesto enorme de color rojo que le llega hasta las rodillas. De ese cesto rojo, la mujer está sacando su vida entera y la tiende, pieza a pieza, sobre el alambre que representa la realidad. Saca de allí las cartas, unas cartas que no pocas veces tienen más de cien años. Va sacando de allí también las fotografías, las postales, los recortes de diarios y de revistas. Hojea las publicaciones, repasa ese montón de papel muerto y lo reordena de nuevo, ahora sobre el suelo y sobre la mesita junto a la ventana. Está ordenando su existencia. Está encarnando a sus ancestros. Está dando cuerpo a su stirpe, a su fe. Está materializando las ciudades y los pueblos donde ella vivió. Dibujan la época de su vida. El tiempo vivido se alarga

bajo sus manos, con todo su espesor, a la manera de aquellas tortas enrolladas que se venden en las plazas de toda Europa Central, preparadas por expertos lugareños para las grandes ocasiones. Lo amontona todo, se lo traga todo, se empareda en su habitación. Y luego, allí dentro, todo empieza a descomponerse, a pudrirse.

La mujer está ferozmente quieta. Está escuchando con oídos hechos a los peores relatos. Se está vistiendo con el pasado de otras personas, allí, en aquella habitación de un viejo edificio situado en la Vía Apica, número 47, en Gorizia, en la ciudad que los italianos llaman Gorizia, los alemanes Görz y los friulanos Gurize, en ese cosmos en miniatura al pie de los Alpes, en la confluencia del río Isonzo, que también se llama Soča, con el río Vipava, allí donde los imperios fallidos topan con sus confines.

Su relato es un relato sin importancia, uno de tantos sobre los encuentros, sobre los recuerdos que guardan la huella de los contactos entre seres humanos. Ella lo sabe. Y sabe también que hasta que todos los relatos de este mundo no lleguen a estar cosidos en un único *patchwork* cósmico que envuelva la Tierra completamente, la gente va a continuar deshilachando las costuras, recortando la tela. Todos quieren romper en jirones ese cosmos compartido y robarle los trozos para entretejerlos en su mortaja. Ella sabe que sin su relato, el trabajo quedaría inacabado. Y sabe también que ese trabajo, de hecho, es inacabable, su realización se va posponiendo y se adentra en la eternidad, más allá de toda existencia. Sabe que llegar al final significa enloquecer. Se lo explicó un día Umberto Saba, allí mismo, echado en una cama de la clínica del doctor Basaglia de Gorizia, o quizás fue en Trieste, en el consultorio del doctor Weiss. Ella sabe que uno puede llegar al final de sus sueños, pero que allí nadie despierta. Los atajos que busca a ciegas son los caminos más cortos para llegar de un lugar al otro, pero son caminos cubiertos de matorrales, verdaderamente aptos solo para las cabras. Los atajos quizás despierten la nostalgia de disponer de una carretera larga, recta, lineal, que llegue hasta las provincias, le dijo en aquella ocasión el mismo Umberto Saba. Con las dos manos va apartando los tallos de los zarzales que han crecido sobre su memoria. No sabe si sus recuerdos realmente se han transformado en la memoria o bien se han quedado en el presente, escondidos, apartados, encerrados bajo llave. La mujer se ha encaminado por ese sendero casi desaparecido. Y sabe que las coincidencias no existen. No existe aquel tiesto que puede caerle a uno encima de la cabeza en plena calle. No existen las cadenas — ni tampoco el libre albedrío— que aparentemente no podemos controlar y que quisiéramos descifrar.

La mujer está allí sentada, balanceándose. Su silencio es insoportable.

Es lunes, 3 de julio de 2006.

HURRY UP PLEASE IT'S TIME

Se llama Haya Tedeschi. Nació el 9 de febrero de 1923 en Gorizia. De los documentos se desprende que aquel mismo año de 1923 fue bautizada el 8 de marzo por el sacerdote Aldo Boschini, que ella evidentemente no recuerda, como tampoco recuerda a su madrina Margherita Collenz. La ceremonia del bautizo fue dirigida por don Carlo Baubela. Baubela es un apellido alemán. Haya volvió a ver a don Carlo Baubela en el otoño de 1944, era un viejo que caminaba encogido. Con las manos frías y temblorosas, que olían a incienso y tabaco, le dio la bendición. Gorizia es una bella localidad. En Gorizia tuvieron lugar historias interesantes, pequeñas tramas familiares como la suya. Ella nunca llegó a conocer a muchos de los miembros de su propia familia. De muchos ni tan solo llegó a saber de su existencia. La familia de su madre y la familia de su padre eran numerosas. Existen, existieron, en Gorizia historias familiares complejas, pero se trata de historias sin importancia que recorren los siglos y que, como los torrentes, arrastran con la corriente troncos de árboles caídos, animales ahogados de vientre inflado, vacas con ojos hinchados, ratas sin cola, cadáveres degollados y también los cuerpos sin vida de los suicidas. Entre sus parientes no se conocen suicidas. Y si los hubo, nadie los mencionó jamás.

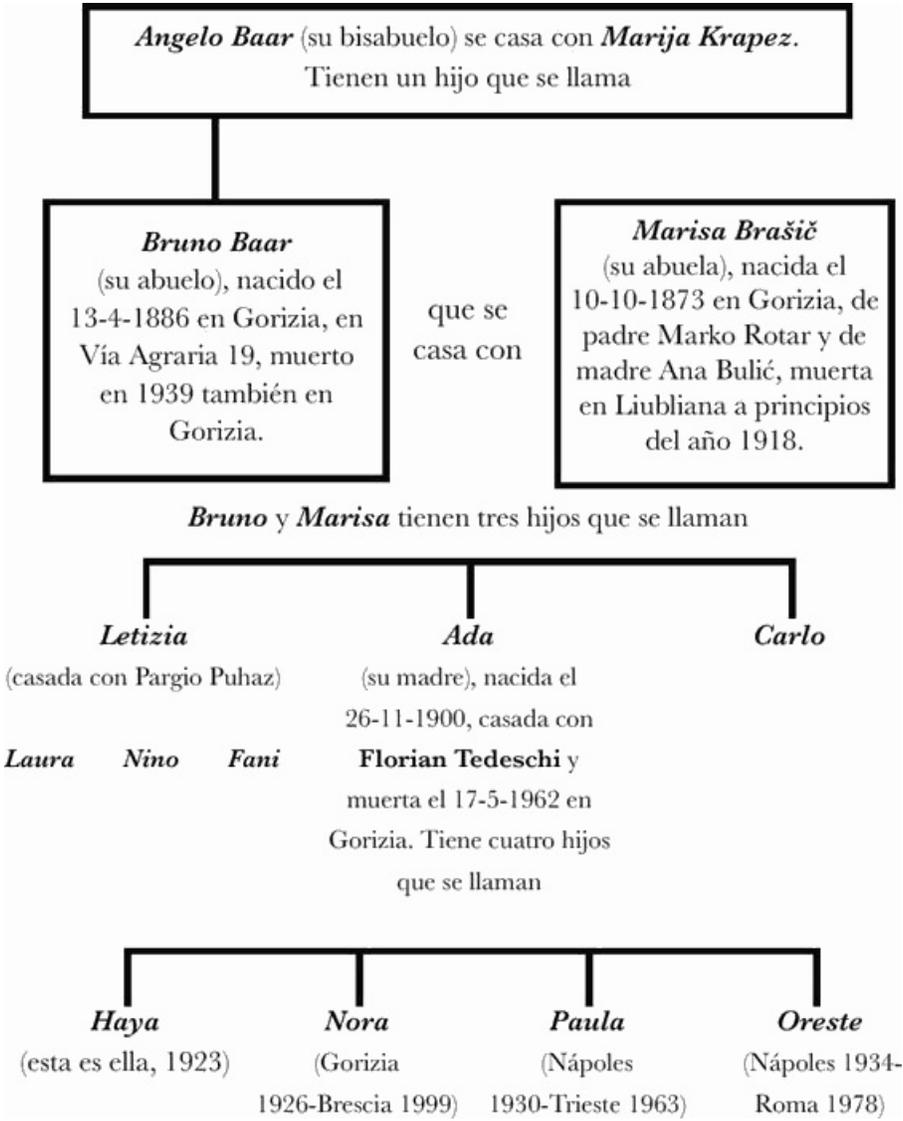
En Gorizia vivieron y luego se quitaron la vida algunos suicidas célebres. Por esa ciudad pasó mucha gente, algunos se quedaron, otros tuvieron que marchar. Entre ellos hubo judíos y no judíos. Aquí vivieron poetas, filósofos, pintores. Hombres y mujeres. El suicida más famoso de Gorizia se llamaba Carlo Michaelstaedter.

La madre de ella se llamaba Ada Baar...

Haya necesitó años para recopilar la información que le permitió reconstruir su árbol genealógico de ramas cortadas y saber quién era quién. Hacía mucho que no tenía a nadie a quien preguntar nada. Le quedaban muy pocos parientes y estos tenían la memoria cansada, agujereada, sellada con el lacre negro del olvido o de la confusión, sus viejos eran como islotes atrapados bajo las altas llamas de un incendio —que se agitan imparables. Las voces muertas de sus antepasados temblaban, chillaban, la asaltaban desde los rincones de su habitación, salían de debajo del suelo, bajaban del techo, entraban por las ranuras de las persianas venecianas y le cantaban aquella balada que ella era incapaz de comprender.

Qué aspecto tenían sus antepasados, ella no lo sabía. No tenía ninguna prueba. No habían dejado ninguna huella.

FAMILIA BAAR



LA FAMILIA TEDESCHI

Herman Tedeschi (su bisabuelo) se casa con **Vanda Kaplan**.
Tienen un hijo que se llama

Paolo Tedeschi (su abuelo) Milán 1881 - Saló 1948

que se casa dos veces

**Paolo
Tedeschi**

y

Emilia Finzi (su abuela)
Milán 1880 - St.Moritz
1910. Ella es hija de
Constantin Finzi y Emma
Teglio. Tuvieron otra hija
de nombre Elsa.

Tienen un hijo (su padre) de nombre **Florian Tedeschi** (Milán
1899 - Saló 1971) que se casa con **Ada Baar** (su madre).

tienen cuatro hijos que se llaman

Haya (esta es ella, 1923) **Nora** (Gorizia 1926-Brescia 1999) **Paula** (Nápoles 1930-Trieste 1963) **Oreste** (Nápoles 1934-Roma 1978)

**Paolo
Tedeschi**

se casa por segunda vez con

Rosa Brana
(¿?-Saló 1949)

tienen tres hijos que se llaman

Sergio **Walter** **Ugo**

Su familia ha quedado depositada en el fondo del baúl (de su memoria). Los miembros de su estirpe están diseminados, las ramas familiares están hoy tan rotas, tan removidas, que resulta imposible saber dónde se encuentran. Los órganos de su linaje han quedado esparcidos por todo el mundo. Pero las vidas de sus antepasados importan cada vez menos para ella, para sus esperas, para su propio relato.

Su abuelo nació en Görz. Su madre nació en Görz. Ella nació en una ciudad que se llamaba Gorizia/Gorica. Al inicio de la Gran Guerra empezaron las mudanzas, empezó su vida desperdigada. Nunca conoció Görz, pero tampoco sabe cómo es la ciudad de Gorizia por mucho que haya vivido en ella sesenta años. Sale regularmente a pasear por las calles de Gorizia, pero se trata de paseos cortos, de paseos rápidos, de paseos con un objetivo, se trata de sobrevolar el entorno. Si alguna vez el paseo se alarga, si sus pasos se alejan (cuando el tiempo se vuelve benigno y su habitación se llena de la quietud húmeda del aire estancado), Haya no nota ningún cambio de importancia a su alrededor. Tiene la sensación de estar sentada desde hace sesenta años en una habitación cuyas paredes se están acercando y que un día se unirán en un único tablón delgado, se convertirán en una sola línea y ella desaparecerá, aplastada. Ella no ve nada, ella no mira, ella lleva taponos de cera en los oídos, ella no escucha nada. Görz, Gorizia, solo son recuerdos, nada más. Ni tan siquiera está segura de si se trata de sus propios recuerdos o de la memoria familiar compartida. También podrían ser recuerdos nuevos adquiridos en sus paseos, mientras mira el sol con los ojos entreabiertos, mientras compra un ramo de margaritas y se sienta en el café Joy para fumar. No tiene un aspecto descuidado, no viste ropa negra ni tampoco pasa sus días en la mecedora. Ella controla su vida. Hasta tiene un televisor. Tiene sus pequeños recuerdos, unos recuerdos rápidos, huidizos. No tiene pasado. Los hilos de su relato no radican en la Historia. Ella se pierde en la superficie de la telaraña, de una telaraña muy frágil. A su alrededor, y también en el interior, ahora todo es silencio. Gorizia sí tiene un pasado, ella también tiene su pasado. Porque los días son viejos, muy viejos.

Alguna vez sueña...

...que está arrastrando a su madre dentro de una bolsa de plástico... la arrastra por los pies... se quiere esconder... da un estirón y el cuerpo de su madre se deshace... la pierna se desprende... la madre está muerta, pero le dice, «esconde esa pierna, entiérrala cerca de la papelería, en el cruce de las calles Seminario y Ascoli»... y el resto llévalo hasta Rožna Dolina... es lo que ella le dice...

Su abuelo, su abuela y su madre nacieron súbditos de la monarquía de los Habsburgo. Sus antepasados llegaron allí en épocas remotas, se cree que desde España. Ella nació en Italia. En su familia se hablaba alemán, italiano y esloveno, pero era el italiano lo que se utilizaba con más frecuencia. La abuela, Marisa, era eslovena y también su bisabuela Marija. Las dos murieron jóvenes. Su familia no era una mezcla de orígenes especialmente complicada, pero sí era una familia mixta. Hoy, sus antepasados le parecen tan mezclados que se ve incapaz de discernirlos.

De la biblioteca familiar, que fue devastada, Haya salvó un volumen del año 1780 que conserva, junto con una decena de otras publicaciones antiguas y algunos panfletos, en la mesita bajo la ventana. Allí se puede leer que Görtz o Goritz es una ciudad antigua a la orilla del río

Lizono, situada dentro de la pequeña región de nombre Friul bajo el dominio de la Casa de los Austrias. Los Habsburgo perdieron la soberanía sobre Gorizia entre 1508 y 1509 al ser ocupada por la República de Venecia y transformada en una ciudad fortificada. Durante las guerras napoleónicas, la región formó parte de las Provincias Ilirias. El castillo (1780) continúa dominando la ciudad de Gorizia. A mediados del siglo XVIII, dice el librito, se construye una sinagoga que atestigua que la ciudad empezaba a tener habitantes de orígenes diversos. Gorizia se encuentra treinta kilómetros al norte de Aquilea y setenta kilómetros al nordeste de Venecia, informa la guía. Gorizia es una ciudad rodeada de bosques, no lejos de la vía romana que conectaba Aquilea con Emona. La primera vez que aparece bajo ese nombre fue el 28 de abril de 1001 («*quae slavonica lingua vocatur Goritia*») en un documento con el cual el emperador Otto III ofrece el castillo y la población al patriarca Giovanni II y al conde de Friul, Verihen Eppstein. Hoy, continúa la guía, Gorizia es un arzobispado cuya jurisdicción incluye el obispado de Trieste, de Trento, de Coma y de Pedena.

Durante la Primera Guerra Mundial, su abuelo, Bruno Baar, lucha en el ejército austríaco. Por aquel entonces su hermanastro Roberto Golombek estudia en Viena y en esa misma ciudad abre en 1924 una clínica estomatológica, en la calle Weinberggasse 16. En 1939, Roberto Golombek se traslada a Gran Bretaña y allí encuentra trabajo en una fábrica de sardinas. No es posible establecer los canales de distribución que se utilizaron, pero entre 1943 y 1945, la familia Baar, que todavía vive en la calle Favetti número 13 de Gorizia, recibe cantidades ingentes de sardinas en salmuera, gracias a las cuales sobreviven incluso a los años más duros de la Segunda Guerra Mundial.

En mayo de 1915 Italia ya no es un país neutral. El Imperio Austrohúngaro no le cede el Trentino, ni el Tirol del Sur, ni la península de Istria, que eran las recompensas pactadas para no entrar en el conflicto. Ofendida, Italia mantiene conversaciones *secretas* con la Entente y después entra en la guerra en su bando. En una guerra siempre hay bandos enfrentados. La Gran Guerra fue un conflicto entre dos bandos con un solo objetivo. Y ese objetivo fue conquistar el mundo. Para sí mismo. Para un solo bando. Entrando en la guerra en el bando de la Entente, Italia exige de nuevo: Trentino, Trieste, el litoral esloveno, la península de Istria, parte de Dalmacia y Albania, y también el derecho a las regiones turcas de Adalia y Esmirna, colonias ampliadas en África, etc. Exige mucho. Y lo que no consigue con la Primera Guerra, Italia lo intenta conseguir con la Segunda. Las guerras son juegos ambiciosos. Niños malcriados mueven sus soldaditos de plomo por mapas de todos los colores. Marcan sus victorias. Y se van a dormir. Los mapas vuelan por los aires como aviones de papel, se depositan encima de ciudades, campos, montañas y ríos. Los mapas ocultan a las personas porque las personas se transforman en figurines que los grandes estrategas mueven de un lado al otro y redistribuyen junto con sus casas y sus estúpidas esperanzas. Los mapas de generales desenfrenados ahogan lo que hubo, entierran el pasado. Y cuando el juego termina, los luchadores descansan. Entonces llega el momento de que entren en el escenario los historiadores y conviertan los juegos crueles de insaciables caudillos en mentiras. Se escribe así un pasado nuevo en el cual los capitostes dibujan cartografías nuevas como si el juego nunca hubiese acabado.

Italia se alineó con las fuerzas de la Entente. Se creó así un frente nuevo, el frente de Italia. En el río Soča, las batallas fueron épicas. El Soča atraviesa la ciudad de Gorica, de Gorizia, de Görz, de Goritz. El Soča, Isonzo, es un río que tiene un color turquesa de ensueño. Su cauce guarda historias que los historiadores no son capaces de atrapar. El Soča es un río de rostro

humano. Puede ser calmo, puede estar enfurecido. Si se enfurece, su fuerza es brutal. Si fluye tranquilo, parece que el río cante. En el año 1915 los italianos libraron cuatro batallas terribles en el Soča. En el año 1916, en la batalla número seis del Soča (hay contabilizadas unas once o doce), los italianos finalmente ocupan la ciudad de Gorizia. Gritaban: ¡Viva! ¡Evviva Italia! El Soča bajaba rojo. Turbio. Las lluvias prometían al río que le limpiarían las heridas. Las tormentas se precipitaron sobre el valle del Soča como un amante loco de pasión. Pero el Soča callaba. Las aguas turbias de barro y de sangre llenaron el cauce y ninguna tormenta consiguió limpiar esas aguas. En el fondo se habían depositado los huesos que la corriente removía constantemente, y esos huesos eran un enorme cepillo que interrumpía los sueños del río. Y así hasta hoy.

El Soča es el archivo líquido del pasado, es un almacén de guerras y de amores, de leyendas y de mitos. Ese río es una arteria coronaria que alimenta la tierra circundante e irriga sus órganos para que el cuerpo no se atrofie. Es una partícula mágica en la cual se concentra el cosmos y que irradia la duración del tiempo. El río está atravesado por innumerables puentes, que son como brazos abiertos que invitan a un abrazo. Ungaretti dice: «Éste es el Isonzo/ y aquí es donde mejor/ me he reconocido /una dócil fibra /del universo».

A principios del mes de julio de 1906 Franz Ferdinand, un gran aficionado a la caza, se vio obligado a dejar las armas con desgana y a abandonar su palacio de Konopište. El palacio de Konopište se encuentra dentro de un pinar frondoso de la Bohemia media, rodeado de ricos cotos de caza. Los interiores del palacio tienen tapicerías de pieles selectas y muebles de ébano y los salones están repletos de trofeos de caza de Ferdinand. Ferdinand disfrutaba sobre todo con la caza de los bisontes europeos. Con solo dos batidas que organizó en Polonia consiguió extinguir el género del bisonte en el continente entero. Su palacio no es más que un elegante y caro cementerio de animales. En Konopište, las víctimas de Ferdinand son preparadas con cuidado para conservar esos millares de cuerpos en vitrinas de cristal. Sus cabezas cuelgan de las paredes, y en Konopište, las paredes no faltan. Dientes y picos fueron acondicionados con el saber y la paciencia de los *odontólogos* locales y luego colocados sobre pedestales recubiertos de terciopelo violeta, depositados en cofres de cristal con adornos elaborados a mano. Los trofeos de caza hacen compañía a los muebles que se amontonan en el palacio de Konopište. František los trajo de su igualmente estimada Villa d'Este. Hay aquí también armas y armaduras a montones, en total 4618 piezas. Además de los bisontes, Franz mostró una predilección especial por las figuras de San Jorge. Ha recopilado en total 3750 piezas del santo mártir en su pose característica matando al «monstruo». El archiduque Ferdinand es un gran coleccionista. Colecciona antigüedades, cuadros de pintores *amateurs*, utensilios de casas campesinas, toda clase de objetos útiles e inútiles de cerámica, de piedra y de minerales, vidrios de colores, relojes y medallas.

El palacio estaba rodeado de amplias rosaledas, cuidadosamente mantenidas. La rosaleda, que siempre era mostrada a todos los invitados, dejaba boquiabiertos incluso a los horticultores más experimentados. Entre los rosales se erigían algunas esculturas renacentistas.

Treinta y cinco años más tarde el palacio de Konopište atrajo la atención de los altos oficiales de las SS y fue convertido en su lugar de reposo. Hitler ordenó que la mayor parte de la colección de Ferdinand se trasladara al museo de la *Wehrmacht* de Praga. Hitler ordenó también que el resto de las 72 712 piezas se guardasen en Viena para que «después de la guerra» él pudiera trasladarlas a su museo privado, que tenía intención de hacer construir en Linz. Antes de instalarse en el palacio de Konopište, los nazis ordenaron que el edificio se pintara por fuera y por dentro completamente de negro.

Franz Ferdinand volvió desde su coto de caza en Konopište a Viena y embarcó en el tren de la línea «Woheiner Bahn» (conexión directa con Trieste y Venecia a través del túnel de Woheiner/Bohinj). El tren se detuvo en el largo puente de Solkan/Solcano, construido por encima de una de las gargantas del río Soča/Isonzo, junto a Gorizia/Nova Gorica. Por ahí pasa hoy la frontera entre Italia y Eslovenia, una frontera desdibujada a causa de un nuevo proceso histórico en el cual se está formando un nuevo imperio: el Imperio Europeo. La banda tocaba, las banderas y los estandartes de la monarquía Austrohúngara volaban al viento. Estaba el blasón de los Habsburgo, la bandera negra y amarilla, que ya entonces resultaba algo anticuada, y la bandera del compromiso, la enseña del *Ausgleich*, y la bandera de la marina mercante, la roja, blanca y verde con las dos coronas, y también la bandera de guerra, la *Kriegsflagge*, que se dejaría de utilizar en menos de ocho años para siempre, en 1915.

Era jueves. En el cielo no había una nube. De vez en cuando lo sobrevolaba algún pequeño pájaro negro, rápidamente, como el ojo que escudriña el entorno. Desde la garganta bajo el puente se levantaba una brisa que traía el olor de los tilos en flor, de los brotes tiernos de pino, del musgo y del agua fría. El Soča fluía tranquilo y transparente; el río respiraba a intervalos regulares, inspirando el aire con bocanadas profundas.

Entre la multitud había muchos niños porque era tiempo de vacaciones. Los niños saludaban con la mano porque eran niños, no tenían ni idea de que la Historia existe. Diez años más tarde, esos mismos niños, en ese mismo lugar, se encontraron atrapados en las trincheras que ellos mismos cavaron, se arrastraron por el barro, desaparecieron en las aguas del Soča. Las imágenes de ese día de verano tan solemne quedaron grabadas en los rápidos del río embravecido, en el agua de color esmeralda. Los recuerdos sobresalían de esa «agua sagrada» como las luciérnagas, como una canción de cuna, como el llanto, instalándose bajo sus cascos, susurrando el «adiós» en al menos cinco lenguas diferentes. En esas mismas lenguas llamaban a sus madres en el estertor de la muerte: ¡*Mutti!*, ¡*Mama!*, ¡*Mamma mia!*, ¡*Oh, mamma!*, ¡*Majko!*, ¡*Anyuka!*, ¡*Mamusi!*, ¡*Maminka!* Los pájaros entonces no volaban, los pájaros se desplomaban. La lluvia negra de pájaros muertos se convirtió en la tapa de un río convertido en ataúd.

Franz Ferdinand, acompañado por los miembros de su familia, salió del tren, dio la mano a los constructores y saludó a la multitud reunida para la ocasión, sonriente. Luego se acercó a esa maravilla de puente, construido con 4533 bloques de piedra calcárea del Carso, y se quedó mirando la superficie del río, donde la luz se reflejaba como en un espejo. El arquitecto Rudolf Jaussner y el ingeniero Leopold Orley no podían esconder el orgullo y la excitación. Franz Ferdinand observaba el río Soča/Isonzo sin pensar en las promesas de amor que habían presenciado esas aguas ni en los juramentos apasionados que se pronunciaron a la orilla de ese río soberbio, delante de sus corrientes furiosas, que no podían evitar la intromisión en su cauce. Jaussner y Orley necesitaron prácticamente dos años para levantar el coloso: el puente que construyeron tenía el arco de piedra más largo que jamás se hubiera construido encima de un río. El puente estaba hecho con cinco mil toneladas de piedra; el arco central, acabado en nada más que quince días, medía ochenta y cinco metros, algo inaudito hasta entonces.

La Línea Transalpina, que tanto había dado que hablar, y que había de conectar la costa, o mejor dicho, la ciudad de Trieste, con Austria, quedó así inaugurada. La Monarquía necesitaba una conexión directa con sus provincias del sur. La Monarquía no quería utilizar las vías que pasaban por territorios ajenos, por ejemplo por Údine. La Monarquía se bastaba a sí misma, y ya que los países que estaban bajo su gobierno no parecían tener quejas, se le despertó el anhelo de

ampliar sus territorios. Al final, sin embargo, perdió incluso aquellos que ya tenía. La estación principal de los ferrocarriles de Gorizia es la estación término de la vieja línea llamada Meridionale, construida en la segunda mitad del siglo XIX, y los trenes que llegan a Gorizia llegan siempre medio vacíos. Parece como si Gorizia todavía no hubiese sanado sus heridas de guerra. En la ciudad de Nova Gorica, en cambio, los trenes forman parte de la línea «Transalpina». Justo en la frontera que separa las calles de Gorizia de las de Nova Gorica hay un museo que custodia los relatos de vidas minúsculas. Esa frontera antes era de «acero» y cortaba la ciudad en dos piezas desiguales, como si fuera un pastel. El «telón de acero» atraviesa hoy una plaza por la cual puede pasar cualquiera libremente. Pero fuera de esa plaza, en las dos partes de la ciudad cortada, el muro de aire todavía persiste.

Su Alteza Francisco Fernando y la duquesa Sofía Chotek pasaron por última vez por el puente de Solkan hacia el final de la tarde, el martes 23 de junio de 1914. El matrimonio había embarcado en Viena aquel mismo día en la «Transalpina» que les llevaría hasta Trieste. Viajaban con las ventanas de sus compartimentos abiertas. Era el mes de junio, el mes en el que los tilos están en flor y perfuman el aire. Sophie cantaba *El bello Danubio azul* y Franz le preguntó:

—¿Quizás ese riachuelo también tiene su propia canción?

Sophie dijo:

—No lo creo. Se trata de un río tan pequeño, tan insignificante, desconocido.

Franz dijo:

—Quizás no siempre resulté así.

Sophie y Franz brindaron con la copa llena del mejor *tokay*, bien fresco. Ellos no lo podían saber, pero sus corazones latían al ritmo del Soča, allí, encima del puente de Solkan.

El miércoles 24 de junio Franz se embarcó en la nave militar llamada *Viribus unitis*. A pesar de todo, él intentaba conservar la fe de que con «las fuerzas de todos unidas» preservaría su imperio. Pero para entonces el nervio de la Historia europea ya estaba descarnado. Italia y Austria cada vez estaban más cerca de un abrazo mortal. Se instauró una nueva ética, la ética de los malentendidos. Los «odios heredados» entre Austria e Italia se convirtieron en una de las tensiones nacionalistas más agudas de toda Europa, en una versión perversa de *folie a deux*, en un odio «acordado» que atrapó en sus redes también a Alemania y Francia, Grecia y Turquía, Estados Unidos y Rusia, Vietnam y Camboya, Croacia y Serbia... La mancha blanca de la razón.

Con un barco pequeño llevaron a František por el río Neretva hasta Metković, luego se fue en tren hasta Mostar y finalmente por carretera hasta Ilidža, donde le estaba esperando Sophie. El viernes y el sábado, los días 26 y 27 de junio, el archiduque asistió a unas maniobras militares de las tropas de montaña de los Cuerpos XV y XVI. Y pasó lo que pasa cuando uno quiere empezar de nuevo, en vez de empezar de nuevo, Fernando llegó a su final porque en cada final hay también un nuevo comienzo. Dicen que después del disparo mortal, el archiduque tuvo tiempo de susurrar a su adjunto, *aligerado* porque la muerte lo liberaría de todas las responsabilidades: «Dios no admite la incertidumbre. La fuerza mayor ha vuelto a establecer el orden que yo era incapaz de mantener.» En julio de 1914, Franz Ferdinand y Sophie viajaron a bordo del mismo buque militar *Viribus unitis* en el cual habían llegado allí, pero esa vez como cadáveres. En el mes de septiembre de 1914 la editorial rusa más importante imprimió «la carta de la Europa futura», que recuerda de manera chocante al mapa de 1945. La bala con la cual Princip acertó a Fernando en la frente se conserva hoy en el palacio de Konopište.

El 25 de mayo de 1915 pasó el último tren de pasajeros por el puente de Solkan en dirección

de Viena a Trieste. Hasta 1918, el puente fue repetidamente derrumbado, bombardeado, reconstruido y de nuevo sometido a fuego cruzado. Por el puente de Solkan pasaban cañones, pasaban columnas de soldados derrotados —del ejército austríaco, del ejército austríaco-alemán y del ejército italiano. Entre ellos también se encontraba Bruno Baar.

La sexta batalla, la batalla más sangrienta de entre las once o doce que hubo en el río Soča, tuvo lugar entre los días 5 y 7 de agosto de 1916. En esos combates Italia se abrió camino hasta Trieste. Gorizia, abrazada por jardines y palacios majestuosos, protegida por las paredes de las altas montañas, con los ríos Vipava y Soča como collares de diamantes en su pecho, ese pequeño Homburg, ese espejismo de Baden-Baden, perdió para siempre a los aristócratas austríacos que la visitaban en los días más cálidos del verano.

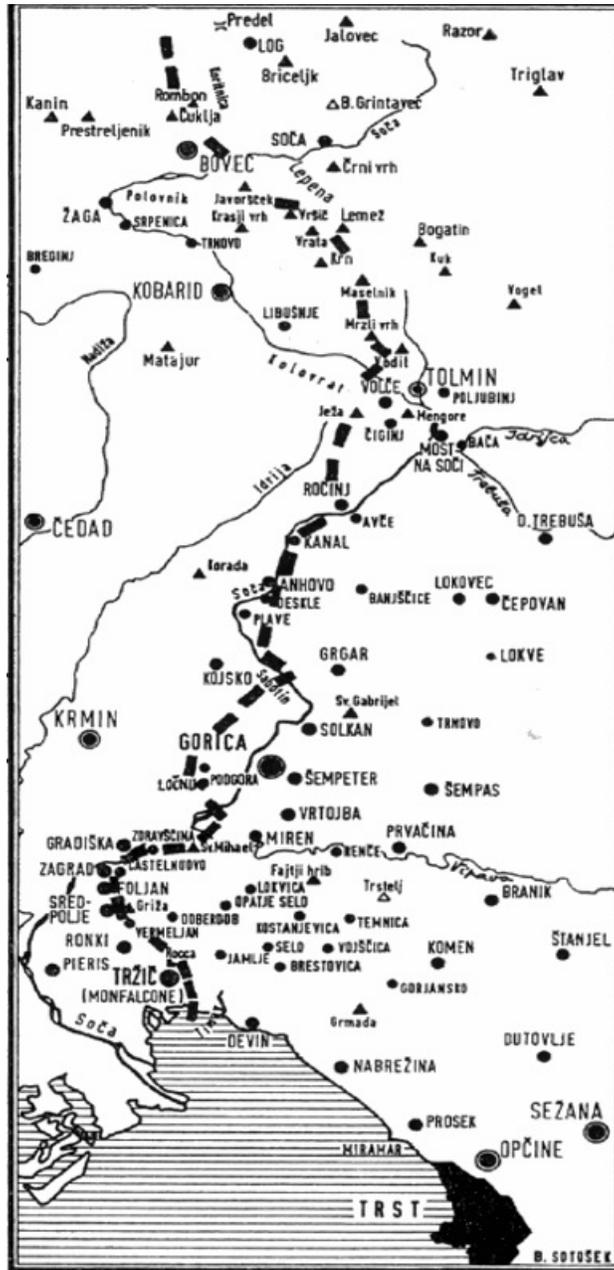
El general Cadorna ordenó el 5 de agosto de 1916 a sus veintidós divisiones distribuirse a lo largo del Soča. En la otra orilla esperaban la señal de ataque nueve divisiones de soldados austrohúngaros, cansados y desmoralizados, la mayoría de ellos demasiado jóvenes o bien demasiado viejos para combatir.

Bruno Baar tenía entonces cuarenta y nueve años. Era un hombre con barriga, tres hijos y una esposa que horneaba pasteles para los soldados austríacos. Tenía unas viñas cuya producción quedó parada. Tenía una colección de discos de pizarra de 78 revoluciones que no podía escuchar, pero mientras desfilaba a lo largo del Soča cantaba *La donna è mobile* porque adoraba a Caruso. Su Marisa proveía el burdel reservado a los oficiales austrohúngaros con bandejas de pastas rellenas de nueces, balanceando sus caderas encima de unos zapatos de tacones gastados. Ella se imaginaba que era Bice Adami, capaz de poner al público milanés en pie mientras cantaba *Voi lo sapete* acompañada por el piano. Su voz era ronca de tanto fumar tabaco barato, pero Marisa Baar, nacida Brašič, intentaba sin éxito cantar como una soprano. Una gota de lluvia de verano quedó atrapada sobre sus pestañas como una minúscula bola de cristal en la cual se reflejaba su futuro. Marisa Baar cantaba *Voi lo sapete* sin saber que Bice Adami viviría muchos más años que ella misma.

El 6 de agosto de 1916, Cadorna empezó la batalla con fuego de artillería. Simultáneamente envió hacia el sur, cerca de Monfalcone, dos divisiones de infantería para tender una trampa. La estrategia resultó previsible. Las unidades austríacas no se movieron de sus posiciones. Franz Conde Conrad von Hötzendorf ya había reducido el número de sus soldados a lo largo del frente del Soča para reforzar la ofensiva contra Trentino. Por ello Cadorna hizo transportar sus tropas rápidamente por ferrocarril (gracias a la vía Transalpina) desde Trentino al Soča. Las batallas feroces, imposibles de controlar, empezaron dos días más tarde en Oslavia y Podgora, cuando Cardona conquistó la cima de la montaña de Sabatin. El día 8 de agosto las unidades de la XII División italiana entraron en Gorizia. Al día siguiente, el ejército italiano cruzaba el río Soča bajo el fuego cruzado. Los soldados sostenían los fusiles por encima de sus cabezas con los brazos extendidos, como si tuvieran que vadear el río con un niño, como si quisieran saludar al cielo. Los soldados cruzaban el río cantando el himno de Garibaldi:

*Si scopron le tombe, si levano i morti
i martiri nostri son tutti risorti!
Le spade nel pugno, gli allori alle chiome,
la fiamma ed il nome d'Italia nel cor:
corriamo, corriamo! Sù, giovani schiere,*

*sù al vento per tutte le nostre bandiere.
 Sù tutti col ferro, sù tutti col foco,
 sù tutti col nome d'Italia nel cor.
 Va' fuori d'Italia,
 va' fuori ch'è l'ora!
 Va' fuori d'Italia,
 va' fuori o stranier!*



El pueblo entonces cogió gusto por cantar canciones largas. Quienes cantaban eran sobre todo las mujeres, y la canción que se cantaba con más fervor era la del estribillo «O, Gorizia, tu sei

maledetta».



Las ráfagas de los disparos austríacos cortaban la superficie verde azulada y convertían el agua en un vino espumoso que provocaba embriaguez. Después se imponía un silencio atroz, enjaulado por los rayos de un sol despiadado. El aire era un velo largo, húmedo, pegajoso y espeso. Las trompetas dieron la señal de ataque y los uniformes grises se cuadraron, parapetándose unos tras otros para protegerse del fuego. Ese escudo humano, hecho de insectos de alas arrancadas, gritaba *¡Avanti Savoia!* El puente de piedra sobre el Soča había sido derribado el día antes. Los ingenieros habilitaron un puente de hierro por el cual pasaba el tren desde Milán y Údine hasta Gorizia y Trieste. Las tropas de asalto italianas lo utilizaron para que la escuadra a caballo, entonces ya con sus efectivos hechos jirones y heridos, pudiese galopar hacia la otra orilla y disparar contra los austríacos que se batían en retirada. Detrás de la caballería avanzaba la infantería, protegida por un escudo de bayonetas caladas y tras ella los carabineros y los cuerpos de los Alpini y de los Bersaglieri. Para unos, Gorizia acababa de ser conquistada. Para otros, Gorizia acababa de rendirse.

Bruno Baar subió a una colina para observar la batalla, escondido detrás del tronco rugoso de un pino centenario en el cual alguien había grabado con la navaja la forma de un corazón. La batalla le parecía el juego de unos niños traviosos que se dividían de buena gana en dos bandos y que habían marcado la línea de separación con un cordel. Le pareció que los niños de ambos bandos se agachaban para soplar a esa cuerda delgada que los separaba, la cuerda se levantaba en el aire como una serpiente y caía de nuevo al suelo con la brisa. «Esa cuerda representa la frontera», dijo Bruno Baar, «es una línea que siempre se irá moviendo de un lado al otro». Y luego añadió: «Ahora yo debería bajar y rendirme».

En la sexta batalla del río Soča murieron 20 000 soldados italianos, 31 000 desaparecieron o fueron capturados. Los italianos capturaron 19 000 soldados del ejército austrohúngaro, 67 piezas de armas de artillería pesada y un montón de minas y ametralladoras. Las bajas austríacas se elevaban a 71 000 hombres, entre muertos, desaparecidos o prisioneros. Las doce batallas de Soča se cobraron en el bando italiano 1 205 000 vidas y en el de los austríacos 1 291 000.

En el frente italiano de la Primera Guerra Mundial las bajas del Reino de Italia consistieron en:

650 000 muertos, 947 000 heridos, 600 000 prisioneros o desaparecidos; esto suma 2 197 000 víctimas.

Las bajas del Imperio Austrohúngaro en el frente de Italia consistieron en:

1 200 000 muertos, 3 620 000 heridos y 2 200 000 prisioneros o desaparecidos; sumándolo

todo estamos hablando de 7 200 000 afectados, que de una forma u otra fueron damnificados.

Se decidió acuñar la medalla conmemorativa del asalto de Gorizia. La medalla iba destinada a los supervivientes más valientes y a los muertos. Los que desaparecieron no pudieron ser condecorados con ninguna medalla. Los desaparecidos eran un problema grande porque no es posible desaparecer sin más, sin dejar rastro. Los desaparecidos son un problema difícil de resolver porque a veces vuelven a aparecer. Vuelven a casa. Sin fijarse en el tiempo que hace, sin fijarse en qué estado vuelven. En el cuerpo, o en la voz, de algún forastero siempre puede quedar alguna huella reconocible. Y cuando vuelven, molestan porque las medallas ya han sido repartidas. La medalla al valor de la Sexta Batalla del Soča es una medalla importante; conmemora la apertura del corredor que permitía a Italia acceder al Imperio Austrohúngaro. Los que recibieron más medallas italianas fueron los soldados de la XLV División de infantería porque la VL División fue la que sufrió más bajas. Caídos en las riberas del Soča y sepultados por sus aguas. La medalla fue «inventada» por un ciudadano de Gorizia de nombre Castellucci. Hoy, en el mercado, no se encuentran fácilmente. Son una rareza y su precio sigue subiendo. Los coleccionistas están dispuestos a pagar cincuenta euros o más. Es lo que debe de valer una vida olvidada, al menos esto. Aparte de las medallas existen también otros recuerdos de las batallas del Soča. Los auténticos, de antes, y los que se fabrican ahora. Por ejemplo, se pueden adquirir jarrones para flores de unos veinte centímetros, recubiertos de zinc. Están hechos a partir de los proyectiles de ochenta milímetros y están adornados con grabados que representan torres y puertas en conmemoración de la conquista de Gorizia. Llevan la inscripción *Ricordo di Gorizia*. Bruno Baar los guarda en su vitrina como si fueran un trofeo. Mirad:

Todo esto son intentos de preservar la memoria. Las medallas y los recuerdos sirven para eso. Para aquellos que tengan tiempo de recordar. La mejor manera de cultivar los recuerdos es cuando uno envejece. La vida se calma. Los recuerdos frescos no son realmente recuerdos, continúan siendo percibidos como hechos. El problema que comporta la vejez es que los recuerdos se vuelven poco fiables, se transforman y resulta difícil constatar si lo que un viejo recuerda alguna vez fue cierto.



Bruno Baar no escribió a casa ninguna carta desde el frente. No tuvo tiempo. Volvió rápido y luego se fue enseguida. Dijo: «Hay que saberse adaptar.» Lo dijo en italiano porque empezó a hablar habitualmente en italiano mientras iba olvidando el alemán.

Muchos sí escribieron. Muchos no volvieron, muchos desaparecieron. Es por esa razón que sus cartas se conservan. Algunas cartas se venden hoy en subastas, junto con las medallas y los recuerdos.

Yo no he desaparecido. Yo soy periodista e informo desde los frentes de combate. A Gorizia llegué en 1916, acompañado por el señor Ugo Ojetti^[1], el famoso crítico de la literatura y del arte de Florencia. Ojetti estaba encargado de proteger los monumentos históricos y las obras de arte en las zonas de guerra.

Así es, vivimos en un reino del presente, donde no existen ni los antepasados ni las futuras generaciones porque aquí no hay memoria. Cuando morimos, todo se muere con nosotros.

He aquí el sacerdote Giorgio, el cura de la brigada. Es un chico listo. Alto, de espaldas amplias, de sonrisa seductora y extrañamente temperamental. Su mirada está fijada en este mundo y estoy casi seguro de que más de una vez entró en acción y participó en la lucha. Sé que millares de sacerdotes y monjes luchan en el ejército italiano; muchos de ellos también mueren. Esto me parece bien y no deberíamos tener en cuenta lo que diga el Papa o si la religión lo prohíbe. Es el mismo caso que el de los periodistas. Si no quieres mentir, la verdad nunca es relativa.

Llueve con intensidad mientras estoy pasando mis días en Gorizia. El hotel más

conocido de la ciudad está cerrado, de manera que almuerzo en un hotel más sencillo que se llama La Posta. La comida se sirve directamente en la cocina porque justo antes de nuestra llegada el comedor quedó destruido por una granada austríaca. La comida es excelente: *minestrone*, cordero con verduras, budín y fruta. Bebemos vino austriaco hecho a la manera antigua, fiable. Vinos como esos ahora ya no se encuentran. Para acabar sirven un café tan bueno que desde que empezó la guerra no se puede encontrar en ningún otro rincón de Europa. Mientras comemos, los cañones italianos y austríacos se saludan en el aire sobre la ciudad.

Pasamos al otro lado del Isonzo y llegamos al altiplano de Friul. Los rayos de sol penetran a través de las nubes de plomo e iluminan las rocas áridas del Carso. Detrás de esas colinas se encuentra Trieste, la ciudad que todos los italianos anhelan. Pero antes de que el anhelo de los italianos se pueda realizar, el Carso tendrá que derramar aún mucha sangre.

Muchos años más tarde Bruno Baar explicaba a sus nietos, explicaba a Ada Baar, de casada Tedeschi, lo que había pasado en el Soča porque los nietos no le paraban de preguntar, «¿Qué hiciste tú en la guerra, abuelo?», porque los hijos no le paraban de preguntar, «¿Qué has hecho tú en la guerra, padre?».

«La batalla se luchaba para conquistar la cima de otra montaña, la de Sabatin», explicaba Bruno Baar. «Por aquel entonces, nosotros vivíamos en Vía Romagna 8. Teníamos una magnífica panorámica sobre el Isonzo. Alrededor de la casa había jardines y árboles, mucha vegetación. Gorizia fue conquistada con cuidado para no dañarla porque tanto los italianos como los austríacos contaban con que sería suya y con que después de la guerra volverían a la ciudad. De manera que Gorizia fue bombardeada solo un poco, justo lo necesario por razones tácticas. La gente continuaba viviendo en Gorizia. Los hospitales funcionaban y los cafés también, en las calles de atrás había dos burdeles, uno para los soldados y otro para los oficiales. Ese fin de año las noches eran realmente frías. Las batallas se libraban en las montañas, al otro lado de la ciudad. El puente metálico del ferrocarril estaba devastado por las granadas, el túnel al lado del Isonzo fue destruido. Pero el paseo con las filas de árboles del Corso Italiano se preservó intacto. La ciudad estaba llena de muchachas que esperaban a sus novios soldados. Después de las batallas, en la montaña no quedaron bosques de robles ni abetos, solamente troncos partidos, tocones arrancados, tierra removida. Y yo empecé a cultivar mi *picolit* y a producir mi *asti*».

«Al volver —explica Bruno Baar—, todavía alguna noche podíamos oír a las tropas que se movían en la oscuridad bajo las ventanas y cómo los tractores arrastraban los cañones. De noche, el tráfico era intenso. Las carreteras se llenaban de camiones grises, cargados de cajones con munición que transportaban también a las personas. Llegó el otoño y con él, las lluvias. Las viñas estaban vendimiadas, el río se cubría de niebla, las cimas de las montañas rodeadas de nubes, los camiones pasaban por charcos, los soldados andaban llenos de fango y empapados a causa de unos chubasqueros demasiado cortos. Alguna vez esos lugares fueron visitados por el mismísimo rey. Residía en Údine y pasaba casi diariamente por allí para ver cómo iban las cosas, que por cierto iban muy mal.

A principios del invierno llegó la lluvia permanente, y con la lluvia se presentó el cólera. Pero fue detenido, y al final solo causó siete mil víctimas en el ejército».

Bruno Baar siguió con sus explicaciones, pero Haya le preguntó de nuevo: «¿Qué hiciste TÚ

en la guerra, abuelo?», le dijo, «Ese es un relato de Hemingway, ese no es tu relato».

«El relato es el relato», respondió Bruno Baar. «Puede pertenecer a cualquiera».

Esa no era su historia. Se perdió.

Bruno Baar no participó en las batallas. No estuvo en ningún campo de batalla. Nunca.

«Eso es lo que pasa con las guerras —añadió Haya Tedeschi—. En las guerras hay civiles que no luchan. Los civiles viven. Los civiles se esfuerzan por vivir como si no pasara nada. Como si la vida fuese hermosa. Como si fueran niños todavía».

En el año 1916, Gorizia estaba llegando poco a poco a su mayoría de edad. Estuvo sometida al fuego de las granadas austríacas, de granadas del viejo padre que castigaba a un chiquillo desobediente.

«Ellos son hijos de Austria, mi abuelo y mi abuela y mi madre son hijos de Austria. Pero en un punto, Austria abandonó a sus vástagos y ellos tuvieron que adaptarse, ¿no es cierto?», preguntaba Haya Tedeschi.

Es decir, las granadas estallaban. Bruno, Marisa, Letizia, Ada y el pequeño Carlo se escondían en el sótano a toda prisa si las circunstancias empeoraban. De los estantes de la cocina empezaba a caer harina y azúcar y el suelo de piedra adquiría la textura de las pastas crujientes que Marisa horneaba. Los inquilinos que había en casa caminaban de puntillas, ligeros, como si volaran, como si se encontrasen dentro de una nube que hubiese escapado fuera del tiempo. En octubre de 1917, el día 25 de octubre de 1917, se libró en Caporetto la última batalla, la que hacía el número doce, del Soča. Marisa cogió a Carlo en sus brazos, pero ni siquiera llegó hasta la puerta. La bala entró por la ventana, dio contra el mortero de piedra que todavía estaba teñido de verde a causa del pesto que se había preparado el día anterior dentro del utensilio y quedó clavada en la barriga de una mujer de cabellos claros que llevaba puesto un vestido azul oscuro de lunares blancos.

Al día siguiente Marisa fue conducida hasta Laibach, ¿a dónde, si no? Gorizia representaba durante la Monarquía una ciudad de vacaciones, como Niza, por ejemplo, y era un simple islote, una pequeña mancha, en los muslos de un imperio que ya había perdido su esplendor. Marisa pasó tres meses sin recobrar la consciencia. Bruno le enviaba constantemente paquetes porque del hospital le informaban de que «la comida se necesita de manera urgente». En una cocina fría, Letizia, Ada y Carlo trabajaban bajo nubes de harina y una lluvia de azúcar, como si jugaran con arena y barro. Formaban gusanos blancos y panecillos planos, parecidos a excrementos de paloma estallados contra el suelo. No eran capaces de hornear las pastas que había preparado Marisa. Y cuando sus galletas finalmente llegaron a Laibach, Marisa ya había muerto. Décadas más tarde, cuando todas las guerras ya se habían acabado, Haya encontró en el archivo de guerra de Liubliana una página amarillenta de un diario local donde informaban sobre la muerte de una mujer eslovena desconocida que hasta su último aliento llamaba a sus hijos, «*¡Otroci moji!, ¡Otroci moji!*», y que se dirigía a alguien llamado Ada. Las hermanas con sus cofias en forma de alas de cisne extendidas no pudieron hacer nada. Lo único que les preocupó fue volverle la cabeza y decirle: «*Hier spricht man Deutsch*», antes de partir hacia el cielo.

A Marisa no la visitó nadie. En Gorizia ya no quedaba ninguno de los suyos. Bruno, Letizia, Ada y Carlo se unieron a la marcha de los desplazados que los llevó al sur de Italia. Marisa murió a principios del año 1918. Fue enterrada en la tumba de los sin nombre, en una fosa común.

«Nos fuimos», dice Bruno, «teníamos que sobrevivir. En los primeros siete meses murieron 225 personas», dijo.

A Carlo le dieron una pastilla de chocolate porque era pequeño, tenía nueve años. Los otros recibieron la mitad de un pan. La columna de los que huían era larga. Caminaban en fila india. Las lluvias no cesaron durante días. Las carreteras eran fangosas. Los pies les dolían. Las plantas de los pies se les llenaron de ampollas. Delante de Bruno caminaba un hombre con un vendaje grueso alrededor del cuello. El envoltorio se parecía a un cuello de yeso, la sangre seca lo había endurecido y teñido de color de óxido. Bruno le preguntó si estaba herido, pero el hombre solo emitía unos silbidos, mientras movía los brazos energicamente. Bruno no comprendió lo que le intentaba explicar el herido, le preguntó de nuevo, y el herido empezó silbar terriblemente. «La bala le atravesó la tráquea», explicó la mujer que andaba justo delante del hombre que silbaba. En la columna había diez hombres gravemente heridos, esos iban en camilla. No se movían. No giraban ni la cabeza. Quizás estaban muertos.

La columna iba en la dirección de Latisana, de Údine, de Padua, alguien lo acababa de decir. Bruno no tenía ni idea de hacia dónde iban. Bruno no sabía nada de Italia.

En Palmanova las calles se llenaron de desplazados. Había aglomeraciones. Todos recibieron una taza de café. En una carretilla de madera yacía una mujer, inconsciente. La carretilla era empujada por un chico. La carretilla se balanceaba, se desviaba. «Esa mujer se va a caer», dijo Letizia. «Va a caer y la gente le pasará por encima», añadió Ada. El chico llevaba una camiseta de manga corta de color marrón. Llovía a cántaros. «*Wo ist Mama?*», preguntaba Carlo.

En mitad de la plaza había una caldera enorme, llena de una infusión de hierbas hirviendo. La caldera era como una iglesia, en medio de la plaza, era una capilla. A su alrededor se reunían los desplazados en harapos manchados de barro y callaban. De entre las nubes grises apareció un avión alemán, sobrevolando a media altura. El avión disparó una ráfaga sobre la gente que estaba en la plaza. Los soldados y las enfermeras continuaban repartiendo la infusión. En el lado izquierdo de la plaza, una mujer se desplomó, instantes después cayó también el niño que la mujer sostenía en los brazos. La mujer y el niño cayeron al lado de una plantación de girasoles. El lugar podría ser Latisana, en Latisana se cultivan muchos girasoles. La mujer y el niño desaparecieron de la escena, desaparecieron detrás del vallado y ya no se les veía, como unas marionetas. El avión aterrizó luego en la misma plaza, había sido alcanzado por una ametralladora italiana. Los desplazados se apartaron de la caldera que contenía la infusión. Al piloto también lo hirieron. Era un piloto alemán. Las dos piernas se le habían abierto como un ramo de rosas de color carmesí, cuyos pétalos caían en cascada, silenciosos. Un soldado francés se le acercó, lo miró fijamente, gritando: «*Vous êtes fou!*». El soldado francés había visto caer a la mujer y al niño en el campo de girasoles y por eso gritaba. Los italianos sacaron al piloto de la cabina. Se trataba de un avión pequeño, para tres personas, la cabina era estrecha. Mientras los soldados italianos intentaban sacar al piloto alemán con las piernas aplastadas, el soldado francés se acercó aún más y disparó directamente a la frente del piloto alemán. Las voluntarias de la Cruz Roja dejaron de servir la infusión. En el aire quedaron suspendidas tazas vacías, colgadas de unos dedos delgados, como bolas de cristal asidas a un pino. A la ciudad llegaban nuevos desplazados. La ciudad estaba llena de desplazados que pasaban la noche y proseguían su marcha al día siguiente. Había carros tirados por bueyes, había otras bestias de tiro y las personas que transportaban dormitaban con ojos abiertos, es decir, estaban vivas. Había gente que abrazaba sus bultos como si se tratara de un recién nacido. La columna salió de la ciudad. El hospital no estaba lejos. Se oyeron disparos. Detrás de Bruno caminaba una campesina de cierta edad, era una mujer alta y caminaba recta, parecía una bandera blanca colgada de un mástil, irradiaba serenidad y orden. La mujer no

esquivaba los charcos de barro que se volvían cada vez más profundos y más espesos. «*To se ne bo dobro končalo*», dijo, las cosas ciertamente no iban a acabar bien. En la columna ya no había heridos, los habían descargado en algún lugar, quizás en algún hospital que encontraron por el camino. Llovía a cántaros. Era noviembre de 1917.

La carretera estaba cortada. La columna avanzó unos tres kilómetros más, luego siguió por medio de los campos, que brillaban por la humedad y el agua acumuladas. Alguien dijo: «Hemos llegado al punto estratégico». Empezó a llover de nuevo. El campo se convirtió en una marisma. Bruno tosía. Carlo tosía. «El barro me pasa entre los dedos de los pies», dijo Ada. No había ningún refugio, solo el cielo, lejano. Desde algún lugar apareció el médico con las manos levantadas por encima de la cabeza como si se estuviera preparando para saltar al mar. «*Non ho i medicinali per i feriti. Trovatemi i medicinali*», gritaba. Todos callaban. La columna entera callaba. «¿Cuándo vendrán los alemanes?», preguntó Bruno. «*Wann werden die Deutschen kommen?*», dijo de hecho. Luego un viejo le replicó: «*Das da ist mein Haus. Wenn ich weg gehe, werde ich alles verlieren. Aber bleiben kann ich auch nicht...*». Con las palmas de las manos vueltas hacia el cielo, como en una obra de teatro, como en un proscenio representando la escena dramática de la pérdida del hogar, mostraba con las manos su casita gris, enterrada en una lluvia oscura, que parecía vestir el uniforme a rayas de un prisionero. El viejo sollozaba.

Cayó la noche. A la columna le faltaban diez kilómetros para llegar a Latisana. En Latisana, la familia Baar subió al tren de fugitivos con destino a Bolonia y de allí, hacia el sur. Paralelamente, en los campos de prisioneros de toda Europa, jóvenes procedentes de una Monarquía ya jubilada sobrevivían a duras penas. Eran chicos que se habían embarcado en una lucha contra su propia libertad.

En el campo de refugiados donde se encontraba la familia Baar les servían el *gulasch* de carne de cordero completamente frío, lo que les haría odiar el cordero hasta el final de sus vidas. El estofado estaba recubierto de una capa reluciente de grasa blanca, translúcida, que representaba una pista de patinaje en miniatura para los chinches y piojos del campo. Ada escribía con el dedo sobre aquella superficie las palabras italianas que acababa de aprender hasta que la grasa endurecida se rajaba y el líquido de color rojo oscuro teñía la capa superficial. Ada soñaba con Marisa:

...ada va al cementerio, contenta, a visitar a su madre marisa... y le dice a la vendedora de flores: ¡preparadme un ramo enorme!, poned muchas ramas verdes también. la vendedora pregunta, ¿por qué necesita tantas ramas? para fijarlas por todo el tronco, dice ada... mamá está bajando desde la montaña que se eleva por encima de goricia y grita, ¡espérame, ada, espérame!...

Ada ya no era una niña. Cuando volvió a Gorizia tenía dieciocho años.

Los campos de prisioneros de guerra en Alemania y Austria se encontraban por todo el Imperio y también estaban llenos. Los chicos italianos básicamente soñaban con comida, porque cuando uno no tiene libertad, sueña siempre con comida. Algunos dormían sobre jergones de paja, otros tenían lonas impermeables. Enviaban a sus casas testimonios, piezas para el rompecabezas de la Historia, unas piezas que había que engastar en el margen y sin las cuales una imagen nunca podría acabar de tener su marco. A la Historia, sin embargo, no le interesan los marcos. La Historia quiere permanecer abierta. Porque así se puede ir llenando y ampliando. Emanuele, que estaba confinado en Sigmundsherberg, pidió un poco de chocolate, calcetines calientes y tabaco y

se quejaba de que el pan a quince grados bajo cero se les congelaba y era imposible de cortar. Gerolamo escribió que les robaban las gallinas y que por eso no comían más que arroz blanco. Desde el campo en Celle, Antonio pidió que le enviaran cubos de sopa instantánea Maggi, mantequilla, hilo y agujas, algunos botones, un espejo y un peine. Sandro pidió diez cajas de cigarrillos y dos cajas de tabaco en polvo marca Maryland, ricota y huevos, un quilo de harina blanca, tres quilos de raviolis y 25 liras. Desde el campo en Ostffyasszonyfa, Guido deseaba pesto de albahaca y Nicola frijoles, higos y peras secas con algunas nueces. Antonio no podía prescindir de un quilo de mantequilla, zumo de tomate, veinte tubos de concentrado de sopa, queso rallado, dos quilos de *rigatone*, cinco conservas de macedonia de frutas y de leche condensada. Quería también galletas de avellanas, queso fresco de oveja y un quilo de *mostazzola*. Ruggero anhelaba, aparte de un jersey, calcetines de lana, guantes, bufanda, abrigo y gorra de una talla no inferior a una 59, también carne de cordero seca. Luca, que se encontraba en el manicomio de Cogoleto, expresaba su hambre existencial, su iluminación filosófica y fisiológica con grandes gestos y pedía dinero, dos cerdos y una cabra (para tener leche) porque «estaba muy enfermo». Los sueños sobre comida son una trampa ágil, crean la ilusión de que uno pertenece a algún sitio concreto, de que es especial, de que puede sobrevivir, de que existe la posibilidad de *volver*, de *reunirse*. Nuestra hambre es nuestra estupidez, es como una medicina, es como la redención ganada al panteón de la nostalgia. Sin protestar nos vamos distribuyendo por ese espacio, sin límites y que inspira terror, de la existencia. Y buscamos lo que ya nos pertenece.

*Eres invulnerable. ¿No te han dado
los númenes que rigen tu destino
certidumbre de polvo? ¿No es acaso
tu irreversible tiempo el de aquel río
en cuyo espejo Heráclito vio el símbolo
de su fugacidad? Te espera el mármol
que no leerás. En él ya están escritos
la fecha, la ciudad y el epitafio.
Sueños del tiempo son también los otros.
No firme bronce ni acendrado oro;
el universo es, como tú, Proteo.
Sombra, irás a la sombra que te aguarda
fatal en el confín de tu jornada;
piensa que de algún modo ya estás muerto.*

Borges

La guerra terminó y el núcleo de la familia Baar volvió a Gorizia, a vivir al lado de una nueva frontera donde en el aire flotaban partículas invisibles, venenosas como el polvo radioactivo. En esa frontera, como en cualquier frontera, hay una lanza de acero clavada profundamente en el suelo que hace de eje de un *Ringelspiel*, de un *merry-go-round*, de aquel alegre carrusel del mundo. La peonza está obligada a girar siempre alrededor de un mismo eje para que se repita el maléfico destino de las tragedias familiares. La Historia, esa madre mentirosa y traidora de la vida, continúa explicando pausadamente su aburrido relato, inventándose cada vez más y más

nuevos territorios de frontera. Pero la Frontera es siempre una herida profunda, hasta las que se curan y no se convierten en una llaga de olor nauseabundo, resultan una cicatriz, llena de tejidos vástagos que separan a los muertos de los vivos. La Frontera es el territorio de los espíritus que gritan en búsqueda de su rostro.

Ada encontró trabajo en la papelería de la esquina de las calles Seminario y Ascoli, cerca del desaparecido gueto judío. Se trataba de una papelería pequeña que preservaba el aire de la Monarquía desaparecida, el pasado se desparramaba por la tienda y se apagaba como las barritas de incienso que, al consumirse su perfume, se convierten en un montoncito de ceniza gris. En la tienda había de todo: diarios en italiano, alemán y esloveno, caramelos amarillos y rojos en grandes jarrones de cristal a través de los cuales pasaban los rayos del sol, de manera que los caramelos estaban todo el rato bajo el amoroso abrazo de la luz. Había también cadenas para los relojes de bolsillo, aguas de colonia baratas, tabaco de todas las procedencias, bisutería, chokolatinas, navajas, botones e hilos, pequeños espejos y peines que cabían en el bolsillo de un uniforme militar. Florian Tedeschi tenía muchas razones para entrar en una tienda como esa.

Gorizia ya no se llamaba Görz, ahora se llamaba Gorizia. La papelería de Ada era visitada cada vez con más frecuencia por el soldado Florian Tedeschi, que estaba instalado en los barracones de la guarnición en Vía Trieste, en la parte este de la ciudad, cerca de la frontera con el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos.

Era el año 1920. Política y económicamente hablando, Italia se doblaba y se estiraba como una bandera atrapada por las ráfagas de una fuerte tramontana. Los incidentes eran frecuentes y los encontronazos con la policía también. Medio millón de trabajadores participó en las huelgas que duraron prácticamente hasta el final del año y que en los primeros seis meses se cobraron la vida de 320 personas. En los campos, la cosecha se pudría. El vino era malo. Ada no sabía nada de todo esto porque solo pensaba en cómo se soltaría el pelo cuando viese a Florian Tedeschi aparecer por la calle y acercarse a la puerta. Al abrirla sonaría la pequeña campanilla de bronce que anunciaría con su dong-dong el inicio de una nueva vida. Sobre la barra de madera de color de oro viejo, que olía a tabaco, a miel y a cerezas, Ada dibujaba con el dedo índice su futuro, lo escribía. La sonrisa de una felicidad contenida, de esperanza, concentrada en una bolita tan pequeña como la campanilla de la puerta, se le dibujaba en el rostro. Con algo de retraso, quizás, Ada leyó los dramas, las novelas, la poesía y las cartas de aquel amante y seductor famoso que no medía más de metro sesenta y cinco, que era un soldado tuerto y calvo, que llevaba bigotes en forma de colita de una golondrina frágil, a ese decadente de dientes carcomidos y manipulador mediático, al piloto, impostor y jinete, leía a quien había luchado por esa Gorizia en la cual ella ahora vivía, a ese chismoso y pequeño dictador, al camisa negra llamado Gabriele d'Annunzio. Al volver del campo de refugiados, Ada encontró intactos los libros de su madre Marisa, desaparecida en circunstancias misteriosas, guardados en las repisas de la cocina donde se guardaban también los saquitos de nueces y el azúcar para los merengues. A hurtadillas leía y repasaba a toda prisa las páginas de una realidad que la dejaría completamente al margen. Mientras leía, desmenuzaba con los dedos de la mano libre el *Gugelhupf* comprado en la tienda de al lado, una pastelería cuya propietaria, *Frau* Arughetti, se olvidó de abandonar la ciudad. En aquellas tardes de invierno, las imágenes pasaban por la cabeza de Ada sin que las pudiera retener; ella las intentaba atrapar con tanto brío que su aliento empañaba los cristales de la papelería La gioa. Las doncellas y las madres de toda Italia, igual que ella, dejaron que ese amante se filtrase en los laberintos oscuros de la lujuria y las pasiones reprimidas en sus mentes.

París también estaba ciega de éxtasis y lo esperaba con los brazos abiertos, con las piernas abiertas. La separación entre la Poesía y la realidad se difuminó, como si la frontera hubiera sido borrada con una goma de poca calidad, dejando una mancha. Los puros Toscanelli, sus preferidos, Ada los exponía en un lugar destacado, dentro de una vitrina. ¡Oh, esas actrices, duquesas, bailarinas! ¡Esas poetas, periodistas, cantantes y marquesas! Ellas fueron amadas durante largos períodos por el hombre que había empezado a frecuentar los burdeles locales a la tierna edad de dieciséis años (y para pagarlos dio en prenda el reloj de su abuelo). ¡Ah, las Teodolindas y las Clemenzas!, ¡y Giselda Zucconi!, ¡y Olga Ossani!, ¡y la coleccionista de animales exóticos y muebles extravagantes Maria Luisa Casati Stama!, ¡oh, Ida Rubinstein e Isadora Duncan!, ¡y la cantante Olga Levi Brunner, y también la pianista Luisa Beccara, y la rica pintora estadounidense Romaine Goddard Brooks, que más tarde decidió ser lesbiana!, ¡y, oh, Dios, la famosa Eleonora Duse!, ¡y Elvira Natalia Fraternali y la condesa Natalia de Golubeff!, que en el año 1941 acabó en la miseria y alcoholizada (lo que a Ada, que entonces ya se había casado con Tedeschi, le daba absolutamente igual), ¡y Maria Gravina Cruyllas di Ramacca, madre de cuatro hijos que obsequió a Gabriele con una hija!, ¡y Giuseppina Mancini Giorgi, que fue internada en 1908 en un manicomio!, ¡y también la parisina que por aquel entonces, el año 1920, estaba en el apogeo de su gloria, Amélie Mazoyer! He aquí también la morfinómana Alessandra Carlotti di Rudini, rebautizada como Nike: después de que murieran su hermano y sus hijos, engordó y murió como una monja carmelita en el año 1931. Esa historia se repite hasta el día de hoy, a las drogadictas les gustan las carmelitas y las carmelitas tienen cierta sensibilidad hacia la drogadicción. Evidentemente está aquí todo el tiempo también la esposa legítima, Maria Harduin di Galles.

Ada leyó *Il trionfo della morte*, *La figlia di Iorio*, *Cantonovo*, *Il piacere*, *L'innocente*, *Terra vergine*, *Le primavera della mala pianta*, *Il fuoco* tan absorta que esas lecturas no le dejaron ni abrir los diarios. En la pequeña ciudad de Fiume aparecieron los camisas negras, con sus uniformes recién confeccionados. *Il deputato della bellezza* leyó allí sus versos desde el balcón del ayuntamiento y los castillos de fuegos artificiales iluminaban las noches de vinos espumosos en los que era fácil contraer sífilis. En julio de 1920 salieron de las cloacas de Trieste las ratas: Trieste se llenó de *squadristi* y el Centro Cultural Esloveno fue incendiado. Nació el fascismo rural. Camiones llenos de *squadristas* entraban en las aldeas de noche, en grupos de veinte, o de cien. Armados con fusiles y revólveres rodeaban las casas de los miembros de los sindicatos de izquierdas o de la Unión de Campesinos y las registraban sistemáticamente, una detrás de otra. Obligaban al «cabeza» de familia a salir y si se hacía esperar demasiado le decían:

—No bromees con nosotros. Te quemaremos la casa con la mujer y los niños dentro.

Y cuando el hombre aparecía, lo ataban, lo tiraban a su camión y lo conducían a algún lugar secreto, le daban una paliza hasta dejarlo inconsciente y lo abandonaban desnudo atado a cualquier árbol. El fascismo fascinó a las masas como si se tratara de un partido de fútbol. Ada, vestida en su hermoso abrigo de azul cielo, con medias amarillas y zapatitos amarillos a juego, que muchos años más tarde Florian recordaría con emoción, iba a visitar cada vez con más frecuencia a Florian Tedeschi a su barracón situado en la Vía Trieste, en la parte este de Gorizia, cerca de la frontera con Yugoslavia. Cuando no estaba leyendo a D'Annunzio y cuando su culo desnudo no se arrastraba por la manta militar de Florian, Ada se dedicaba al ciclismo, porque el ciclismo era saludable ya que fortalecía las piernas. En el alma de Ada entró, igual que entran las polillas en un baúl de lana, una nueva *joie de vivre*.

—Eran días felices de mi dura vida —dijo Ada a Haya en 1943 o quizás en 1944.

El padre de Haya, Florian Tedeschi, provenía de una familia judía rica y completamente asimilada. En cambio, la madre de Ada era de una familia judía pobre que no se había asimilado de ningún modo. Entre los antepasados de Florian se podían encontrar especialistas en el Talmud, financieros, químicos, vidrieros, escultores, estudiantes arruinados, músicos, marineros, coleccionistas, antifascistas y fascistas. Sus familiares estaban repartidos por los cementerios de Italia entera, algunos en los judíos, otros en los católicos, los huesos de algunos de ellos se entrelazaron con las nubes que dejaban caer copos de polvo gris, de un polvo tan fino como si fuera *Staubzucker* sucio. Algunos descansan aquí, en Gorica —y no en Gorizia—. Descansan en la ciudad de abajo, en un valle que no es exactamente pronunciado, en una dolina que debería, según su nombre, estar toda llena de rosas, pero Haya Tedeschi no sabe si en el valle cultivan rosas porque ella no ha sepultado a ninguno de los suyos allí. Su madre le dijo, quizás en los sueños, le dijo: «Sepultadme en Rožna Dolina, en Valdirose». Pero la madre de Haya se perdió y no la vio morir, se evaporó igual que su abuela Marisa, a quien ella nunca conoció. Ella no podría haber cambiado nada de eso. Ella era joven y allí había una guerra. El cementerio judío estaba lleno de lápidas pequeñas y viejas que se erigían hacia el cielo, algunas ya bastante inclinadas. Las lápidas estaban recubiertas de musgo empapado de humedad, parecían uñas de un cuerpo que hubiera muerto quién sabe cuándo. Aunque los familiares por el lado paterno desde hace siglos ya no yacían en esa clase de cementerios, en los cementerios judíos, en Gorica, es decir en la ciudad nueva, no obstante estaba enterrado un tal Wilhelm Tedeschi —y Haya Tedeschi estaba informada de ello—, muerto en 1891 y nacido en Trieste. Había dado clases de pintura en Piran, en Trieste, luego en Gorizia, sí, en Gorizia, y antes también en Pula, donde todavía se puede ver su torso del almirante Bourguignon. En esa rama de la familia de Haya, la que procede de su padre, Florian, había tanto músicos como herreros. Se ve que juntos hacían unas actuaciones destinadas a la vista y al oído para deleitarse con la belleza, pero Haya no se lo podía imaginar. Detrás de todos ellos, de los compositores y de los herreros, también se pierde el rastro. Y así, Haya espera en un edificio viejo de la Vía Aprica 47, y remueve las cartas de todas esas vidas y las vidas se le escapan entre los dedos como si estuvieran jugando al solitario. Haya sacude la cabeza y concluye:

—Nosotros somos una familia que no ha dejado huella.

En el año 1922, Claudio Magris hace volver al protagonista de su novela, Enrico Mruel, un profesor de filología clásica, desde la Patagonia a Gorizia. Entonces el *Staatsgymnasium* de K.u.K. ya había sido rebautizado como Liceo Vittorio Emanuele III. El profesor Schubert-Soldern (que Ada Baar también recuerda) ya se había marchado a Austria, donde vivía como apátrida, indeciso sobre por qué nacionalidad decidirse. Había perdido dos imperios, Gorizia se había convertido en una ciudad italiana y su Praga natal en una ciudad checoslovaca. Es posible que incluso le gustase la calma que se había abierto entre los ciclones y anticiclones de la Historia. Enrico llegó a una ciudad de la cual todos los demás se estaban marchando.

El 30 de octubre, el fascismo fue oficialmente entronizado.

En el instituto de secundaria Vittorio Emanuele III, la lengua italiana la enseñaba la profesora Nerina Slataper. Ada Baar empezó a salir con ella todos los miércoles por la tarde, después de cerrar la papelería, para ir a tomar unos pasteles a la pastelería de Vía Municipio. Nerina hablaba a Ada sobre su hermano Scipio:

—Murió cerca de aquí, en Podgora, el día 3 de diciembre de 1915, parece lejos, pero es como si fuera ayer —dijo Nerina—. La perdigonada que un enemigo croata disparó contra él a pocos

metros le alcanzó en el cuello y lo mató al instante.

Nerina regaló a Ada el libro, impreso unos años antes, con el título *Il mio Carso*. Ada lo leyó en seguida y el miércoles siguiente le dijo a Nerina:

—La guerra tiene muchas verdades, pero quizás ninguna es cierta.

Nerina le explicó que ella y sus amigas Bianca Stuparich, Maria Schiller y Lucilla Luzzatto, que eran conocidas como «las cuatro muchachas en flor», estuvieron cosiendo la bandera Tricolor durante tres años en el centro burgués de Vía Fabio Severo número 45, «un día te llevaré allí», mientras «la guerra estaba en su apogeo», dijo, «y mis hermanos estaban en el frente, Guido en una montaña, Scipio en la otra». El 1 de noviembre de 1918 la guerra se acabó y las cuatro salieron a la calle para celebrar la victoria del XXXIX Batallón y del XXI Regimiento e hicieron ondear esa bandera cosida por ellas y la bandera ondeaba en el aire y ellas se la regalaron a los Bersaglieri.

Enrico Mruele explica —¿Lo explica él, o bien Claudio Magris?, Haya ya no lo sabe porque el tiempo dentro de su cabeza se deshace como una pastilla de chocolate—, sea como sea, *alguien* explica que Monsignore Fogar, el catequista en sus años de instituto y luego obispo de Trieste, protegía a los eslavos de la represión fascista y de la violencia contra ellos, siempre que podía, aunque los eslavos representaban un muro irrompible. Y también se decía que un tal Ceccutti, el único profesor laico entre tantas sotanas, se enfrentó a los *squadristas* que forzaron a su propio hermano a beber aceite de ricino. Y añadió que los *squadristas* estaban pagados y al servicio de los grandes terratenientes, que evitaban ensuciarse las manos, o bien de los altos funcionarios del Estado, que tenían peores intenciones que aquellos jóvenes.

Gorizia se despertó en una nueva adolescencia y quién sabe cuántos procesos similares ya habrá vivido la ciudad desde sus inicios. La ciudad estaba enfadada y excitada, había perdido el norte en la rebelión contra sus padres, que la abandonaron y la volvieron a adoptar y luego la abandonaron de nuevo. En esa ciudad las vidas entrelazadas avanzaban a saltitos, con pasitos de bailarina (con los *petit pas*). Algunos tropezaron y se rompieron. Por ejemplo, Enrico Mruele, que paseaba por las calles con los pies descalzos como si fuera Cristo, sin haber pagado la deuda con el destino. Caminaba con un paraguas abierto que no le pudo proteger ni de su destino ni de Gorizia, nada le pudo proteger del juego constante de sombras y luces. Otras vidas transcurrieron como el agua que abre surcos y fisuras en la roca y luego acaba puliendo los márgenes agudos. Hubo otras vidas que habían cicatrizado y que se reabrieron como las heridas, para luego cerrarse de nuevo. Y hubo quienes vivieron de brazos abiertos y se echaron al suelo y dejaron que las lluvias que llegaban de las montañas vecinas los cubrieran y se los llevaran de nuevo al Soča.

Florian Tedeschi explicó a Ada Baar su breve pasado. Explicó y ordenó su breve vida para dejar paso a un futuro que se convertiría en el pasado de Haya, en un pasado igualmente perdido como está perdida ella ahora, después de ochenta y tres años de esperas, de reordenaciones, de clasificaciones, de catalogar eso va aquí, lo otro allá, eso se tira, lo otro se guarda en la mesita bajo la ventana para que brille como una luciérnaga. Florian continuaba explicándose mientras Haya en la barriga de Ada ya había empezado a dar patadas. Florian explicó que su padre Paolo Tedeschi se había casado con Emilia Finzi, hija de Emme Teglio y Constantino Finzi, que los dos pertenecían a las familias judías más conocidas de Italia. Algunos de sus miembros desaparecieron sin dejar rastro, otros no, algunos se convirtieron, otros no, algunos de esos personajes inspiraron películas y sobre los otros se han escrito libros. Haya acabaría viendo esas películas cuando todos los horrores hubieran acabado, vería las películas y volvería a repetir: «Estábamos en guerra, yo no pude hacer nada más». La familia Teglio hoy es propietaria de una

próspera cadena de venta de pescado que se extiende por varios continentes, pero es difícil de decir si el negocio se expandió después de la guerra, a pesar de la guerra, ignorando la guerra o *gracias a la guerra*. Sobre Elsa Finzi [2], su tía, Florian alguna vez había oído hablar, pero no la conocía porque ella corría por el mundo en compañía de mujeres extravagantes, especialmente en compañía de una chica inglesa llamada Sylvia Pankhurst y de una alemana de nombre Rosa Luxemburg, todas ellas se paseaban de un país a otro sin parar. Ella nunca preguntó cómo le iba a él, cómo se encontraba él en esa Gorizia aburrida donde no tenía ni tan solo una asignación económica decente para él mismo, menos aún para poder fundar una familia. Además, Else Finzi todo el tiempo estaba enfadada por alguna razón. Luchaba por algo que ella llamaba igualdad, pero que él odiaba porque ella estaba viva y su hermana Emilia, la madre de él, no.

Ada lo escuchaba y le dijo:

—La igualdad es una estupidez. Olvidémonos de Elsa Finzi.

Pero Florian Tedeschi insistía en que esa tía suya Elsa Finzi se daba importancia porque consideraba que el emblema de su familia era especial, pero en realidad no lo era, era un emblema normal, «un emblema como tantos otros», dijo, «*un albero di pepe fra due leoni*», dijo. No pudo recordar, sin embargo, si la familia de su padre Paolo Tedeschi también tuvo algún emblema. No estaría mal si lo tuviera. Y luego Ada le preguntó:

—¿Por qué no estás circuncidado?

—Elsa —continuó explicando Florian— tiene hijos, pero no se quiere casar y además los hijos la enervan.

Y Ada le dijo:

—Nuestra hija se llamará Haya. Y si es un muchacho, se llamará Oreste.

Florian le replicó:

—Oreste es un nombre peligroso.

Haya recuerda a Else Finzi. Lo que mejor recuerda es que no pudo asistir a su sepelio porque Elsa dejó entrar solo a personas muy escogidas, solo algunos de sus amigos pudieron asistir a su entierro. Alrededor del ataúd se reunió un pequeño grupo de revolucionarios seniles con americanas arrugadas, de partisanos exhaustos. Es lo que dijeron los diarios porque Haya ni siquiera intentó entrar. Incluso si Elsa le hubiera permitido ir, Haya no hubiera ido porque entonces ella ya estaba sentada en su balancín, encerrada en su propio mundo, esperando. Haya recuerda el piso de Elsa en Vía Santa Maria alla Porta número 11, en Milán, recuerda (de las cartas de Nora) que el marido de Elsa durante todo el año 1944 emborrachaba a Ada con absenta de la marca Pierrot (cuando se cansó de hacer de revolucionaria, Elsa sí se casó, pero con otro hombre). Aquel año 1944, sus parientes allí en Milán bebían licores en vez de agua y estaban alegres, pero comían más bien poco, básicamente solo zanahorias y col, de manera que a menudo les dolía el estómago mientras caían las bombas.

En el bolsillo interior de su traje, podríamos decir que al lado de su corazón, Florian llevaba una fotografía color sepia, rota, cubierta de pequeñas fisuras blancas, de una mujer de pelo negro, con labios apretados y de mirada estrábica. Emilia Finzi, de casada Tedeschi, esperaba la muerte con serenidad, con treinta años recién cumplidos. Murió el 13 de noviembre de 1910 en la «montaña mágica» de St. Moritz, en el sanatorio Schatzalp para enfermos de tuberculosis ricos. En una caja metálica, que tenía forma de ataúd en miniatura, Florian guardaba otras fotografías y una postal del sanatorio Schatzalp que Haya ahora acaricia con la mano diciendo:

—Qué sitio tan hermoso para morir.

—*O, i giorni felici* —susurró Florian a sus oídos, como si quisiera demostrar que ese paisaje abrupto había existido a pesar de su cansada memoria. Oh, sí, días felices. En el año 1904, Paolo y Emilia tenían la costumbre de ir a pasear con su Dion-Bouthon por las carreteras rurales. Desaparecían entre las filas de plátanos, mientras el sol calentaba y la brisa era ligera. En casa, el personal de servicio les preparaba chocolate caliente, se horneaban *amaretti*, *petit fours*, de vez en cuando se hacían pasteles *dramáticos* rellenos de *ganache* y sin excepción siempre tenía que haber galletas *linzer*, esa maravilla delicada inventada por el pastelero austriaco Jindranka. Una de esas tardes, Emilia llevaba un vestido de seda de color esmeralda, de cuello alto, acabado con blonda negra y leía en voz alta como tantas veces *I promessi sposi*. La obra fue publicada por primera vez, qué circunstancia tan azarosa, en Gorizia, en una ciudad que entonces era solo una mancha pequeña y desconocida de un lejano imperio. La Monarquía era una potencia. Desde Vorarlberg en el Occidente hasta el pueblecito más oriental de Bucovina (1274 kilómetros), desde el pueblo checo más insignificante en el Norte hasta las ciudades dálmatas de pescadores en el Sur (1000 kilómetros), reinaban el orden y la paz y se utilizaba una sola moneda. A lo largo de ese enorme país, de esa tierra feliz, se distribuían los mismos productos de las mismas marcas y se consumía la misma comida de la misma calidad, solo que los nombres estaban discretamente adaptados a las distintas lenguas: en Hungría, la cadena de tiendas de Julius Meinl se convirtió en las tiendas Meinl Gyula y Jules Verne fue traducido como Verne Gyula. Los *Knödeln* en Chequia se convirtieron en *knedlky*, el escalope rebozado conmemoraba la ciudad de Viena con el nombre alemán de *Wiener Schnitzel*, que la versión croata *bečki odrezak* también respetaba, pero en italiano el plato se convirtió en *cotoletta milanese*. Las profundas raíces de la Monarquía consistían en sus fiestas con valsés y coches de caballos, en sus *Schnaps* y sus tartas Sacher, en sus pintores y los miembros de la familia imperial. Todo esto la provincia lo aceptaba como propio y lo amaba tan pronto como las cosas pudieran adquirir un cierto aire italiano, croata, húngaro, bohemio: *die glückliche grosse Familie; oh, happy days*.



El ingeniero naval, el viudo Paolo Tedeschi, partió hacia Libia para acabar unos negocios relacionados con la instalación de un generador eléctrico. Dejó a su hijo Florian interno en la escuela Berretta, situada en la ribera oeste del lago de Garda, en la pequeña localidad de Salò que se convertiría veinte años más tarde en el centro del estado títere de la Alemania nazi, conocido con el nombre de *Repubblica Sociale Italiana*, o también *Repubblica di Salò*. Durante una visita a su hijo, Paolo conoció a la profesora Rosa Brana, que era católica. Para tener paz en la cama, decidió renunciar a su fe judía que, si somos francos, nunca le importó demasiado. Mientras tanto,

la empresa de Paolo se declaró en quiebra, de manera que él y Rosa vivían de los modestos ingresos de ella. Tuvieron hijos, les nacieron tres hijos católicos con el apellido judío Tedeschi. Cuando llegara el momento, todos ellos (menos el flautista Ugo), empezarían a saludar primero *alla romana* y luego gritarían *Sieg Heil* y luego se quedarían viviendo hasta su muerte en la localidad idílica de Saló en la ribera del lago de Garda. Florian prosiguió con su formación en el Collegio San Alessandro de Bérgamo y se dejó crecer el bigote. Durante el año 1919 estudió en la academia militar de Roma y en 1920 se fue a cumplir el servicio militar primero en Mestre y luego en Gorizia, donde conoció al amor de su vida, a Ada Baar. Cuando la barriga redonda de Ada ya no se podía esconder, Florian pidió a su padre Paolo la bendición para casarse, pero no la recibió. Ada era pobre y no pertenecía a ninguna familia importante. Ada era judía, pero había fornicado ignorando su condición. Florian renunció a la herencia de su madre, que incluía fábricas y palacetes, pinturas y libros, plata y dinero, es decir, renunció a una herencia nada menospreciable y se casó con Ada Baar el día antes de que naciera Haya, el 8 de febrero de 1923. Empezó una nueva vida.

Florian aceptaba cualquier trabajo. En Gorizia vendía máquinas de escribir. Hacia el final de la tarde, se sentaba en su bicicleta de 1915, predecesora de las actuales *mountain bikes*, que Edoardo Bianchi diseñó para el cuerpo de los Alpini y los Bersaglieri, y llevaba la recaudación del día a una fábrica de las afueras. Luego se compraba la *Gazzeta dello sport* y *Lo sport fascista* y bajaba al antro Due Leoni y solo de vez en cuando al Doppolavoro. Bebía un vaso de vino tinto de la región para relajarse. Escuchaba aquellas noticias que en Gorizia la gente escuchaba en los bares, en los cafés y en las fondas, pero las noticias lo dejaban indiferente. Los domingos veía el fútbol en la televisión y el partido, en cambio, nunca lo dejaba indiferente, sino que siempre acababa excitado. En la fonda, el ambiente era alegre y faltaba el aire. Los clientes iban comentándolo todo, discutían, a veces acababan gritando. El famoso reportero Niccolò Carosio desarrolló un nuevo lenguaje para la retransmisión de los partidos de fútbol, igual que Marinetti sentó las bases para hablar de los asuntos culinarios. Florian era un seguidor del club Juventus, aunque, quizás, empezó a tener alguna duda al respecto de los valores que debería defender el fútbol. Una ligera sospecha sobre la deportividad de «su» club se le despertó después del Mundial de Checoslovaquia del año 1934, cuando Mussolini dictó la orden de que los presidentes de los clubes de fútbol tenían que ser miembros de su partido. Leandro Arpinati durante bastante tiempo consiguió driblar a la Federación de Fútbol de Italia (FIGC). En 1926, el Duce presentó la famosa *carta di viareggio* según la cual un club tenía derecho a fichar solamente a un jugador extranjero por temporada; en 1927 se empezó a considerar que los jugadores extranjeros no pertenecían a los «hijos de Italia» (de la patria) y se les envió a casa. De los clubes italianos desaparecieron los jugadores húngaros y eso a Florian le supo mal porque los jugadores húngaros eran sus preferidos. En 2006, Haya vio por su televisor siempre encendido cómo Paolo di Canio soportó con heroísmo la derrota de su Lazio y saludó a los jugadores del Livornia «a la romana». Los seguidores de su club llevaban banderas con la cruz gamada, los seguidores del Livornia blandían banderas rojas.

—Esto no tiene final —dijo Haya.

A Haya, el fútbol no le gustaba.

Obsesionado por los aparatos de radio y por escuchar los programas, Florian encontró trabajo en 1925 en una tienda que se llamaba Marconi. En la tienda Marconi Florian escuchaba los discursos de Guglielmo Marconi, que fue proclamado presidente de la Academia Italiana gracias

al padre de su esposa, Benito Mussolini. Cuando en junio de 1927 se casó por segunda vez con la joven Maria Cristina Benzzi-Scali, Florian estaba escuchando la retransmisión. Se oía la marcha nupcial de Wagner y de fondo se escuchaban los ladridos del perrito del Duce, que se llamaba Pitinio. La radio informó también a Florian un año antes, de que Mussolini había empezado a aplicar un impuesto especial a los solteros.

—Suerte que tengo a mi Ada —dijo.

Ada recogía setas en los bosques vecinos y cantaba arias de óperas que le venían a la memoria. Continuaba trabajando en la papelería. Bajo la barra escondía revistas que leía en sus ratos libres, sobre todo las que tenían muchas fotos. De *La Rivista Illustrata del Popolo d'Italia* atrajo su atención el artículo de Margherita Safatti sobre la XV Bienal de Venecia. Margherita Safatti hablaba elogiosamente sobre un cuadro de Oscar Kokoschka. Pocos años después, ese mismo cuadro sería declarado parte del arte degenerado por dos líderes mundiales. Ada leía con regularidad también la revista mensual *Rivista delle Famiglie* porque contenía muchos textos destinados a la mujer y la familia, y la familia para Ada lo era todo: «Haya y Florian son mis tesoros», decía. Haya guardó un número del año 1936 y cogió la costumbre de repararlo con sus dedos descarnados, sentada en el balancín cerca de la ventana, y guardarlo después de nuevo en la mesita.



Desde la papelería, Ada traía con regularidad a casa también *Il Giornale della Radio Leonardo Bottinelli* porque en ese diario se publicaba la programación de las emisoras de radio italianas y de algunos otros países europeos. Además contenía la agenda cultural, y por mucho que en Gorizia nunca pasara nada importante en el ámbito de la cultura, Ada al menos podía leer sobre acontecimientos interesantes. Después de la imposición de las leyes raciales, desaparecieron de la

agenda cultural todos los nombres judíos, su ausencia fue especialmente visible entre los cantantes y los músicos. Todo eso pasó más tarde, cuando la familia Tedeschi ya se había trasladado a vivir al sur y cuando esa familia ya no era una familia nuclear, sino una familia respetable y digna de envidia por sus cuatro hijos. Entonces Ada propuso a Florian que «quizás deberíamos hacernos bautizar» y Florian le respondió «me he acercado al centro de los *fascios* y me he hecho miembro». Allí abajo, en el sur, a la gente le gustaba leer *Il Mattino Illustrato*, que se imprimía en Nápoles y salía los domingos, porque la revista incluía interesantes suplementos sobre moda, había páginas de historietas (Haya las recuerda todavía) y magníficas fotografías de la vida ordinaria y de la gente de bien. Había también artículos políticos que los miembros de la familia Tedeschi siempre se saltaban.

Hacia finales del año 1920, Trieste era una ciudad enferma, sus estertores parecían los de un moribundo. Era una ciudad amputada. Las escuelas alemanas habían cerrado, los nombres de las calles habían sido cambiados e italianizados. Trieste se convirtió en un pequeño universo dentro de otro pequeño universo. Sus fuerzas centrípetas se agotaron y la ciudad fue tomada por fuerzas externas que la separaron de ella misma, sus órganos se descompusieron, la ciudad se fragmentó en microelementos de su propio pasado que no encontraban la manera de encajar. Se quedó abandonada, tumbada, inmóvil, sufriendo sus úlceras por decúbito. De ella había hablado Haydn, sobre sus dársenas escribió Conrad, pero a principios del siglo la abandonan Joyce y Trakl y Rilke y Freud y Mahler y Mann y Slataper. En el hotel De Ville, Thomas Mann se entretenía con los Buddenbrook. Egon Schiele pintó la barraca de pescadores roja anclada en el puerto. Rainer Maria Rilke compuso allí sus *Elegías de Duino*. Trieste invitaba entonces, al igual que lo ha seguido haciendo prácticamente hasta hoy, a sus célebres amigos muertos diciéndoles: «Venid» y al mismo tiempo suplicaba a los amigos actuales, tan poco numerosos: «Quedaos». La ciudad se convirtió en un punto de partida, en una puerta abierta de par en par que posibilitaba todas las huidas. Solo los viejos y los perritos dóciles y domesticados esperaban el fin de sus días, con toda tranquilidad.

Por aquel entonces, durante la Gran Guerra y tras ella, muchos de los que abandonaron Trieste encontraron la muerte o acabaron suicidándose, solo algunos llegaron a construirse una vida mejor. Hubo también quienes se instalaron en la ciudad, seguramente porque no tenían otra opción mejor. Las ciudades son un tejido vivo, se transforman continuamente, dicen los libros.

Francesco Illy, un contable de origen húngaro y soldado del ejército austrohúngaro, pasó la guerra primero en el frente del Soča, luego en Trieste y en sus alrededores. La guerra se acabó, Illy hizo un repaso de la situación y proclamó: «Esta ciudad es una maravilla. Aprenderé italiano». Y así empezó a vender cacao, luego café. «La gente aquí», dijo «no hace nada más que estar sentada y beber ese líquido negro, como los turcos». Francesco inventó una máquina automática para preparar el café expreso y poder atender tanta demanda. «A este pequeño aparato lo llamaré illeta», dijo, y con esto se le abrieron las puertas del imperio de los gustos y las aromas. Uno de sus descendientes se llama Riccardo y es conocido con el apodo «Sonnenschein». De vez en cuando aún agita la bandera roja en una Trieste cada vez más conservadora diciendo: «¡Olé! Es tiempo para la revolución».

Il Caffè San Marco en Vía Battisti recibió a sus primeros clientes en enero de 1914. Durante la guerra, el local fue completamente destruido, de manera que los adictos al café no volvieron a visitarlo hasta 1920. Lo frecuentaba Saba, lo frecuentaba Giotti y venía también el comerciante Svevo, que en realidad se llamaba Ettore Schmitz. En el Caffè Pasticceria Pirona, después de la

guerra, Joyce ya no estaba sentado en un rincón, pero los pasteles y el vino continuaban teniendo el aire de Viena y el café que se servía era de la marca Illy. Después de haber visitado unos cuantos de esos locales, que a Florian le parecieron unos lugares de reunión tranquilos y nada peligrosos, el propietario del Caffè degli Specchi en la plaza Unità le dijo: «Venga usted mañana a las siete». La familia Tedeschi encontró un piso en Vía Daniele, en una calle corta y oscura. La iglesia de Santa Maria Maggiore estaba cerca, lo que era conveniente para poder ir todos juntos a misa.

Haya tenía seis años y le resulta difícil recordar el Trieste de esa época. Recuerda cómo su padre, Florian, en una americana blanca y con las piernas ágiles, caminaba entre las mesas, aguantando la bandeja por encima de su cabeza como si quisiera recoger agua de lluvia. Recuerda cómo los domingos esperaba en el Caffè degli Specchi en la plaza Unità a que Florian acabase su turno y que luego iban juntos a tomar un helado de paseo, porque si no se sentaban, el helado era más barato. Recuerda una familia vestida de domingo, todos bien arreglados y recuerda que tuvo el deseo de que su familia fuese así. Haya se quedó mirando a la mujer vestida con un traje de sastre a rayas y con un sombrero en el pelo (o en la cabeza) que sacó de su bolso el espejo donde quedó atrapado un rayo de sol. Esa mujer sonreía a sus hijos como Ada nunca había sonreído a los suyos. Haya observaba a los chicos en sus trajes azules y sintió el deseo de preguntarles: «¿En qué lengua hablan ustedes?». Y también le hubiese gustado decirles: «Me llamo Haya y si quieren les puedo cantar una canción en esloveno».

Ni-na ni-na na-na, mo-ja pun-čka A-na je mi-kò-nu za
 spa-na. Kam bo šla? U Ku-pr po pu-pr, u Mi-lje po
 su, ni-kdr več je nò bu do-mu. kma-li bo pr-šla do-mu.

oz. namesto zadnjih dveh taktov

El hombre no sonreía a sus hijos porque estaba absorto leyendo el diario. Tenía las manos blancas, llevaba bigote y un traje gris precioso que relucía. Los chicos tomaban una taza de chocolate caliente en el Cafè degli Specchi en la plaza Unità, balanceaban sus piernas que colgaban de las sillas y observaban sus zapatos nuevos, de charol, que ella nunca había tenido. Haya recuerda la admiración que le inspiraban y las ganas de saber «¿Quién eran esas personas?» Y de pronto, como si un espejo le resbalara de los dedos, la imagen se rompió. Un hombre sentado en la mesa de al lado se levantó con tanta energía que tumbó la silla, dio dos pasos decididos y se puso a gritar detrás del hombre que estaba leyendo su diario. Gritaba, gritaba terriblemente. Estaba fuera de sí, las cejas se le retorcían como dos sanguijuelas enamoradas y la boca parecía una tumba pequeña desde la cual saltaban chispas. Sostenía en la mano una gran taza de café como si fuera un lanzador de peso que se prepara para los Juegos Olímpicos, un peso que parecía una bomba, pero que no era una bomba, sino una taza de porcelana del Caffè degli Specchi de la plaza Unità, llena del aromático café Illy. Tras abandonar la mano, la taza golpeó al señor debajo del omóplato. El negro líquido se derramó sobre el traje gris, el hombre probablemente sintió el

calor, y el café se escondió rápidamente entre el tejido dejando detrás una gran y ofensiva mancha de humedad.

—*¡Schiavo!*—gritaba el lanzador de tazas—. *¡Schiavo, qui si parla solo italiano!* Los niños saltaron, sacaron sus pañuelos de los bolsillos, los mojaron en el agua del vaso de su padre y le frotaron la mancha de la espalda. El café se disolvió, perdió el aroma, se convirtió en una masa que bajó por la cintura del hombre hasta su calcetín derecho y salió de su cuerpo como una pequeña serpiente, muerta. En el traje gris claro quedó impreso un dibujo parecido a los excrementos de vaca aplastados.

Una tarde húmeda en Trieste, paseando por las calles abandonadas y observando con horror el estómago vacío de su puerto, uno podía tocar con la punta de los dedos la división de esa ciudad que se solapaba con su desintegración. Esa división, ese chisme, se estaba acercando peligrosamente hacia la rigidez de la espina dorsal de un transeúnte envejecido. Florian Tedeschi se descubrió a si mismo repitiendo en el ritmo de sus pasos: *«vorrei dirvi, vorrei dirvi»*.

Un, dos
Vorrei dirvi,
Soy comerciante,
No soy camarero,
Soy militar,
En cada comerciante,
En cada militar
Se esconde el dolor que hace estallar el alma como una placa de hielo.

Florian Tedeschi se desvió hacia Vía San Nicolò y se detuvo delante del número 30, donde todavía se puede leer el letrero «Librería Anticuaria Umberto Saba», pero Umberto Saba ya no estaba en Trieste, de manera que la persiana de su librería estaba bajada.

Explicame tu única vida y todo
Lo que existió en ella
En la locura turbia
De voces desesperadamente discordantes

dijo Florian Tedeschi mirando las puntas de sus zapatos de camarero.

Las palabras están agotadas

dijo

Lo recuerdo todo, pero no comprendo nada.
El tiempo se ha encogido como un jersey de lana mal lavado.
La vida me aprieta.

Al día siguiente, el 15 de enero de 1932, Florian Tedeschi se fue a la sucursal de la Banca de Nápoles y le dijo a un amigo que había conocido en el ejército, un tal Luciano Grauer: «Sácame de aquí».

Por aquel entonces, alrededor del año 1930, vivían en la ciudad unos cinco mil judíos. Después de 1938 muchos de ellos rápidamente abandonaron la ciudad. En Trieste se abrió uno de los cuatro Centros de Investigación de la Cuestión Judía de toda Italia, destinados a «perfilar» la nación italiana. Los judíos que decidieron quedarse fueron eficazmente capturados por los nazis y deportados a los *Lager* de toda Europa. Más de setecientos judíos de Trieste fueron cargados en los trenes de ganado que llegaban a intervalos regulares a la estación ferroviaria de Trieste. Después de la guerra volvieron menos de veinte. La familia Tedeschi decidió irse a tiempo, aunque no eran conscientes de ello.

A finales de enero, los Tedeschi embarcaron en un *ferry* de la Società Adriatica —se conservó milagrosamente una etiqueta, que se debía de haber desprendido de alguna pieza de equipaje, de un equipaje que por otro lado resulta imposible de rastrear, como si las maletas hubiesen emprendido un viaje solas y hacia un lugar desconocido para Haya—, es decir, a bordo del *ferry* de la Società Adriatica llamado Gange, o quizás Marco Polo, Haya ya no lo recuerda, llegaron a Nápoles. Para Haya, Nápoles es una pintura de colores corridos que representaba la paz. No puede evocar ningún contorno, solo de vez en cuando salta en su memoria alguna centella de que aquellos eran tiempos tranquilos. Nacieron Paula y Oreste. Florian trabajaba en el Banco di Napoli. Ada se hizo seguidora de Enrico Caruso y cantaba sin parar *O, sole mio* y cocinaba y lavaba la ropa y cocinaba y lavaba la ropa y daba de comer a sus hijos pescado y pasta. Después de la cena, Haya escuchaba con su padre, Florian, a Leoncavallo. *I pagliacci* estaba siempre de moda, sobre todo si el aria era cantada por Gigli, uno de los artistas preferidos de Mussolini. Cada 12 de diciembre la familia bajaba a la plaza para participar en las celebraciones de la *Giornata della madre e del fanciullo*. Aquel día se proclamaban las noventa y tres madres más fecundas de Italia, que debían tener por lo menos catorce hijos varones, eran recibidas por Mussolini y el Papa, y modestamente premiadas. Un año, su vecina Amalia también estuvo entre las escogidas gracias a sus dieciocho muchachos. En cambio, su pequeña Rita, con sus cabellos pelirrojos, no contaba para nada, no formaba parte del concurso, como si ni existiera. La vida era bella. La casa era grande. En el patio crecían naranjos. Los niños tenían un asno que se llamaba Kroo. Existen muchas fotografías alegres de aquel tiempo. En todas las fotografías, la madre, Ada lleva un sombrero blanco, ladeado un poco hacia la derecha. Iban en bicicleta. El padre, Florian, iba a su trabajo vestido de traje. Una tarde, Ada se quitó su alianza en pleno llanto. Florian también se quitó su alianza, pero no lloraba. «Son las órdenes», dijo. Envuelto en una colcha de franela amarilla, Haya guarda el emblema de plata de la ciudad de Gorizia que estaba colgado, según decía Ada, en la bodega de su abuelo, Bruno Baar. Se lo llevaron en aquel largo camino hasta el campo y allí les servía, girado al revés, como bandeja para el pan. «Los pendientes de Marisa no los pienso dar», dijo Ada. Florian gritaba: «¡Debes hacerlo!». Ada perforó las orejas de Haya con una aguja de coser, que había calentado sobre el fuego hasta que el metal estuvo rojo. Las manos le temblaban: «Esto es todo lo que tengo de mi madre, no sé ni dónde está su tumba», decía. Y así esos pendientes de diamantes pequeños, cortados sin gracia y sucios no llegaron nunca a las manos de Mussolini. Haya a sus setenta y dos años los lleva puestos: «Mirad, parece que se han hecho más pequeños aún», dice y toca los lóbulos de sus orejas.



...sueña... el cadáver se abre como un libro, se abre solo, como una cajita mágica y dentro hay diamantes pequeños, una gran cantidad de diamantes pequeños, como si fueran escamas de piel muerta... brillan... y se ponen en movimiento como un río... dentro de ese cadáver que no acaba de morir, dentro de ese muerto sin sexo, todo se ha petrificado, excepto la luz que huye... sin olor...embalsamar la desaparición... la piel del rostro está tensa en las mejillas... las cuencas de los ojos están secas y vacías... el cráneo se perfila por debajo del envoltorio de pergamino... en la boca abierta los dientes continúan creciendo... se hacen más blancos, más largos... haya observa el intestino de ese muerto... en millares de tallas de gemas transparentes ve reflejarse su rostro... deformado... y multiplicándose.

En el año 1935, un cuarto de millón de italianos regalaron sus joyas de oro y de plata para un futuro mejor, para los días felices que se dibujan en el horizonte, *oh, happy days*. En Roma se recogieron 250 000 alianzas de oro, en Milán 180 000. Benedetto Croce sacrificó su medalla de senador, el cardenal de Bolonia, Nassalli Rocca, hizo donación de su cadena episcopal y Pirandello ofreció su medalla de Premio Nobel. Se recogieron 33 622 quilogramos de oro. El mismo año Mussolini donó tres millones de francos de oro a Albania con la promesa de que a eso seguiría más ayuda económica.

En el año 1935, se divulgó el lema «¡Comprad productos italianos!», nació la autarquía, desaparecieron los artículos de importación y las empresas extranjeras. Italia estaba limpiando sus entrañas, tomaba purgantes y sonreía satisfecha de sí misma, florecía dentro de su vallado.

Dos años después, la campaña demográfica llegó a su punto álgido. A cada joven que decidía casarse, Mussolini le extendía un cheque de setecientas liras, lo que suponía un buen salario de aquel tiempo. Se abrían muchos puestos de trabajo en la administración, el Estado nutría con su pecho la fertilidad de los italianos, de esos sementales enanos. Las madres fértiles, las que tenían por lo menos siete hijos varones, recibían un cheque de cinco mil liras y un seguro de vida. Eran los tiempos de la fornicación generalizada.

Se fundó el MINCULPOP, el Ministerio de la Cultura Popular, y con él, nuevos diccionarios,

nuevas ortografías, una nueva manera de amar a la patria; se prohibió el uso de cultismos, que fueron sustituidos con palabras genuinamente italianas. Maksim Gorki se convirtió en Massimo Amaro, pero aun así fue retirado con urgencia de las bibliotecas y las librerías. Louis Armstrong se llamaba Luigi Fortebraccio y Benny Goodman era Beniamino Buonhomo —pero el MINCULPOP rápidamente prohibió emisiones radiofónicas, así como todos los conciertos de jazz.

La vida de la familia Tedeschi continuaba. A Haya le parecía una vida ordinaria, completamente olvidable porque lo ordinario es olvidable. Así fue hasta el primer día de escuela en septiembre de 1938, cuando en la clase de Geografía, Matemática, Historia, Italiano y Gimnástica los profesores responsables no aparecieron en la escuela. Eran Nella Negri, Amato di Veroli, Samuel Tagliacozzo, Massimo Pavoncello y Viola Sass. Y luego un día, después de la cena, Florian susurró conspirativamente, como si dijera algo obsceno: «Nosotros somos judíos». Y ella le preguntó: «¿Y eso, qué significa?».

Durante siglos, ¿cuántos espantos y cuántas tragedias habrá provocado esa información irrelevante? Una información que la gente escondía de los demás y delante de sí mismos, pero al mismo tiempo cultivaban esa consciencia como si pudieran decidir quiénes eran y cómo eran, como si la religión y la sangre fueran por sí solos una gracia o una maldición. Ella, Haya, nunca se había sentido nada en especial y aún se siente así. Se percibía a sí misma simplemente como la hija de alguien, la hermana, la amante, la amiga, pero nunca se había sentido obligada a una entrega sin condiciones a los que le eran próximos. Ella se sentía ligera, esto es cierto, liberada del peso muerto de la lengua materna, de la historia nacional, de la tierra de nacimiento, de la patria, del hogar, de los mitos que la gente carga en el hombro como un saco lleno de piedras de yesca. Como pequeños Sísifos, los hombres arrastran a través de sus vidas esa carga peligrosa y pagana, esos bacilos de tuberculosis y de sífilis, esos contenedores indefinibles, invisibles, pero contaminantes de podredumbre. Saltan por voluntad propia adentro, se ahogan en esos depósitos al fondo de la alcantarilla, en sus propios desechos fermentados, pensando y creyendo que esa es su obligación, para mostrar su gratitud por estar a salvo. Haya recordó una plantita cerca de la carretera, una planta pequeña con unas inflorescencias de color lila que parecían la gorra de un niño alegre, esa plantita estaba allí solita y sonreía. «La plantita esa es como un beso», suspiró. Las fronteras y las identidades son nuestros verdugos. Son una pareja que siembra guerras, grandes confusiones y muerte.

Para recompensar la fe perdida, Haya cree en la oscuridad, igual que Srečko Kosovel.

«Si como mínimo hubieses muerto por una causa noble; si como mínimo hubieses luchado por el amor o por conseguir comida para tus niños. Pero no lo hiciste. Primero te enredaron y luego te mataron en una guerra. ¿Qué quieres hacer con esa Francia tuya a la que ayudaste, igual que yo, a sobrevivir? ¿De qué nos sirve a nosotros, a los que hemos perdido a todos nuestros amigos? ¡Ah! Si se tratara de defender los ríos, las montañas, las sierras, el cielo, los vientos, las lluvias, diría: “De acuerdo, esa es nuestra misión. ¡Luchemos! La felicidad de nuestras vidas depende de que vivamos aquí”. Pero nosotros defendíamos el falso nombre de todo eso. Cuando veo un río, digo “río”; cuando veo una planta, digo “planta”; no digo nunca “Francia”, porque no existe», resuena la voz de Jean Giono, aunque el autor había muerto hacía ya treinta años.

Amato di Veroli, el profesor preferido de Haya en el instituto, en el año 1938, unos cuantos meses antes de que el director de la escuela lo despidiera, invitó a la clase a su amigo y célebre matemático Renato Caccioppolio[3]. Era el mes de mayo. Nápoles olía a Santa Lucía, a sábanas

limpias y a limones. Haya tenía quince años. El rostro del profesor Caccioppoli era hermoso. El profesor Caccioppoli tenía treinta y cinco años y los dedos manchados de tabaco. Mientras hablaba, se movía a saltitos. Sonreía. «Si ustedes tienen miedo de algo, calculen las dimensiones de lo que les da miedo y verán que se trata de minucias», dijo el profesor Caccioppoli. «Resulta fácil comprobar que sus miedos no tienen fundamentos, que casi ni se pueden cuantificar».

En aquel tiempo, Hitler emprendió su camino, los diarios se llenaron de Hitler. En las clases de historia se hablaba de Hitler, en las clases de matemáticas se hablaba de Hitler, en las clases de gimnasia también. Hitler visitó Roma, luego Nápoles, despertó muchas expectativas. Su cortejo consistió en cuatro trenes adicionales al suyo con quinientos diplomáticos extranjeros, generales, agregados, líderes de los partidos políticos y periodistas. Todos llevaban uniformes de una u otra clase, eran un verdadero pequeño ejército. Hitler no estaba de buen humor, a menudo se irritaba, sufría de molestias gástricas, sobre todo gases, y continuamente tomaba Mutaflor, que le había sido prescrito por su acompañante fiel, el Dr. Morell. No le entusiasmaba el encuentro con el rey Vittorio Emanuele, con «ese hombrecillo». Deprimido, durante su viaje a Roma, Hitler escribió su testamento. Dejó al Partido todos sus bienes personales, el Berghof, sus muebles y sus propias pinturas. A Eva Braun, a sus hermanas y al resto de la familia, a las secretarias y a los sirvientes legó sumas de dinero importantes gracias a las ganancias obtenidas por los derechos de autor de *Mein Kampf*.

En el paso fronterizo, cerca de la pequeña localidad de Brenner, los habitantes esperaban los cinco trenes del cortejo de Hitler con entusiasmo. Agitaban banderolas, tiraban flores al tren y sonreían, sin saber por qué. Se podían ver también soldados italianos, muchos soldados italianos y tropas fascistas. Una orquesta, con los músicos impecablemente vestidos, tocó los dos himnos. El duque de Pistoia pronunció un discurso corto en nombre del rey en el cual explicó a los alemanes que los italianos estaban felices por su visita. Les dio la bienvenida a este hermoso país. Las casas por delante de las que pasaban los trenes lucían pancartas con eslóganes sobre la amistad germano-italiana. El paisaje era pintoresco y los colores tan brillantes que cegaban los ojos.

En Roma, Hitler no lo pasó bien. En vez de ir en automóvil, lo llevaron al palacio real en coche de caballos. Durante la cena, la reina, que estaba sentada a su lado, no dijo ni una sola palabra. Además lo irritaba la cruz de grandes dimensiones que la reina llevaba colgada de su cuello y que hacía que los ojos se le desviaran constantemente hacia su pecho. El rey dio rienda suelta a toda clase de historietas sobre las extrañas costumbres de Hitler. Circulaba el rumor de que la primera noche envió a buscar a una mujer que le pudiera arropar como a un niño.

En Nápoles se prepararon grandes maniobras militares en tierra y por mar y eso puso a Hitler de mejor humor. Era el 5 de mayo de 1938. El golfo estaba lleno de submarinos y de buques cargados de torpedos. Se suspendieron las clases escolares. Los estudiantes fueron obligados a dar la bienvenida, a saludar con la mano y con gritos en las calles. Haya dijo: «Yo no voy». Ada y Florian le replicaron: «No es buena idea, mejor vamos todos juntos».

Nápoles estaba guarnecida para la ocasión con conjuntos florales a la manera clásica. Las cintas de colores ondeaban al viento con elegancia, como antes del carnaval. La fachada de la iglesia de San Francesco da Paola en la plaza del Plebiscito estaba estropeada con decenas de banderolas rojinegras. Las colgaduras se movían con la brisa de la primavera, mientras las paredes daban la impresión de que el edificio temblaba de tanta tristeza, que enloquecía, que reía como un neurótico.

La marina italiana se esforzó con ganas para impresionar al *Führer*. Prepararon la puesta en escena de una batalla naval. El público quedó fascinado, hacia el cielo volaban suspiros de admiración y de suspense. Los «aaahhh» y los «ooohhh» flotaban en el aire como breves relámpagos. Los submarinos, que parecían cormoranes negros de dimensiones gigantes, salían a la superficie y se volvían a sumergir, como buscando una meta que no existía. Los niños gritaban y saltaban. Los hombres mayores y las mujeres se trajeron sillas plegables y sentados allí parecía que estuvieran tomando el sol. Después de cada ejercicio, los sombreros fueron lanzados al aire, tanto los masculinos como los femeninos. Reinaba la alegría, reinaba el compañerismo, reinaba la felicidad de sentirse parte de una comunidad, de pertenecer a una tierra, a un pueblo y a los dos líderes. La ciudad se vistió de uniforme. Los agentes secretos, los delatores fascistas, la policía, la guardia militar aparecían por cualquier esquina. Las canciones napolitanas se escondieron bajo las calles adoquinadas con mármol. Se quedaron quietas, temblaban y callaban porque la recién estrenada marcha a la romana les pasaría por encima.

Por la noche, Hitler asistió a la representación de *Aida* para relajarse. Al día siguiente volvió a Roma, donde el 7 de mayo, durante el banquete que tuvo lugar en Palazzo Venezia, regaló a Italia con gran generosidad el Tirol del Sur. Como contrapartida, Hitler recibió de los fascistas el Discóbolo de Mirón y todos estaban contentos. La visita había sido un éxito.

Antes de que se acabara el año escolar, los alumnos preguntaron a su profesor Amato di Veroli: «¿Cuándo invitará usted de nuevo a Caccioppolio?». El profesor Di Veroli dijo: «Es imposible que vuelva. Está internado en un manicomio».

Muchos años más tarde, a mediados de la década de 1990, Haya vio la película *Morte de un matematico napoletano*, con el excelente Carlo Cecchi, y por la película supo la otra parte de la historia que le tocó a Renato Caccioppolio. Y lo que aún faltaba, lo descubrió sola. Pero en aquel momento, la guerra todavía no había acabado. Y lo que pasó, quedó olvidado.

Los olvidos no tienen importancia, ya que las facturas que hay que pagar llegan con regularidad. Haya conoció la historia completa del famoso matemático demasiado tarde. Pero mientras estaba sacando de su cesto rojo las fotografías de ese atractivo y enérgico genio joven, finalmente comprendió el significado de su frase sobre el miedo. Y comprendió también la otra sentencia que él pronunció en aquel lejano año de 1938, durante la clase de matemáticas en una escuela estatal de Nápoles: «No reconozco la incertidumbre, como mucho descubro las posibilidades».

Antes del célebre desfile, Renato Caccioppoli protagonizó incidentes por toda la ciudad. Se hablaba mucho de ello, pero Haya ya no recordaba los detalles. Caccioppoli había llegado a Nápoles en 1931 desde Padua, donde era director del Departamento de Álgebra. En 1934, empezó a dar clases en Nápoles de teoría de grupos y de análisis matemático. Se dedicaba a las ecuaciones lineales y no lineales, elípticas, etc., etc., tocaba el piano y el violín, en privado y en público, hablaba de literatura y de pintura, de vez en cuando se dejaba crecer la barba, se vestía con harapos y viajaba en tren con los bolsillos vacíos y en tercera clase, visitando los pueblos de la región. Lo detuvieron a causa de una minucia, luego lo soltaron. Se volvió a dedicar a su matemática. Sus estudiantes lo admiraban y él los admiraba a ellos. Después de las clases iban juntos a tomar algo y a pensar.

Por aquel entonces tenía este aspecto:



El fascismo se aferraba como las ventosas de un pulpo a la vida de la ciudad y soltaba tinta en grandes efluvios. La policía trabajaba aplicadamente, las prisiones se llenaban, algunas personas (pocas) huyeron. Caccioppoli midió su miedo de una manera matemáticamente precisa y comprendió que quizás él no tenía miedo. Protestaba contra la retórica necia, estúpida y caricaturesca del régimen, contra una retórica que siempre era la misma, que era la misma desde hacía siglos. Protestaba contra los juguetes hechos de melodías simples, protestaba contra el falso brillo con el cual entretenían a los hambrientos y a los que no tenían educación. Entonces, Haya no se había dado cuenta de nada de eso. En 1931, ella tenía solamente ocho años. Pero su padre, Florian, tampoco veía nada, ni su madre, Ada. Creían que al haberse convertido al catolicismo, estaban a salvo. Y creían en ese futuro mejor aunque las promesas fueron envolviendo sus vidas con una tela negra y espesa hasta convertirlos en grandes capullos de seda. Sus pulmones quedaban aplastados dentro del envoltorio, pero ellos se creían mariposas. Creían en una obediencia ciega y que cualquiera que se atreviera a desobedecer, merecía un castigo severo, un castigo como el de Dios. Caccioppoli gritaba: «Italia se ha convertido en un triste chucho atado a una cuerda», mientras bajaba por Vía Chiaia durante las horas de máxima afluencia de gente por las calles. Pasaba al lado del viejo puente, construido a principios del siglo XVII, como si pasara por un pequeño *arc de triomphe*, llevando un capón cebado, atado a una cuerda. Y cuando no se dedicaba a esa clase de incidentes, Caccioppoli quedaba con su amigo Mario Palermo, que era comunista y trotskista. Participaba en reuniones secretas en antros de Nápoles, en pisos privados y en los almacenes de librerías prohibidas y debatía. Y si había un piano o un violín cerca, también tocaba alguna pieza. En el año 1937, conoció a André Gide, sobre el cual dijo: «No conocí a una persona, conocí a un alma».

Poco antes del desfile y dos días después de que toda la clase de Haya, fascinada con Renato Caccioppoli, decidiera que dedicarían sus vidas a las matemáticas (lo que Haya, con algo de retraso, efectivamente realizó), es decir, el 4 de mayo de 1938, Renato Caccioppoli y Sara Mancuso entraron en un pequeño restaurante en el centro de la ciudad y se sentaron en la terraza. La noche era transparente, la orquesta tocó primero vals, luego marchas militares y también alguna canción napolitana para no olvidar el lugar en el que estaban. Comieron pasta con salsa de *fruti di mare*, comieron pizzas y berenjenas rellenas con *parmigiano*. En las mesitas cubiertas

con manteles de cuadros blancos y rojos temblaban pequeñas velas, era miércoles, una noche cualquiera. Caccioppoli tomó un sorbo de vino tinto, se levantó, se acercó a la orquesta y dijo: «Tocad *La Marsellesa*». «Así...», dijo y tocó él mismo algunos compases. La orquesta tocó la melodía. Los policías camuflados y los clientes detuvieron los tenedores a mitad de camino de la boca abierta. «Habéis oído», dijo Caccioppoli, «el himno de la libertad. La libertad en este país se está ahogando porque Benito Mussolini no la reconoce. Con su aliado alemán...». Sara y Renato fueron detenidos al instante. El tribunal especial se regocijaba. El único problema era que la familia Caccioppoli era una familia respetable. La tía de Renato Caccioppoli se llamaba Maria Bakunin y era profesora de química en la Universidad de Nápoles. Y Mijaíl Aleksándrovich Bakunin era su abuelo. La familia compró un «certificado médico» que daba fe de que Renato era un desequilibrado mental. Primero lo internaron en la clínica de la prisión, donde el departamento de enfermedades mentales estaba a cargo del psiquiatra y profesor universitario Cesare Colucci. Luego fue trasladado a la clínica privada fundada por un amigo de Colucci, entonces ya muerto, el psiquiatra Leonardo Bianchi. La familia Bakunin tenía experiencia en cómo apartar a los que estaban en peligro y esconder a los que ponían a los demás en peligro. Su pasado estaba repleto de biografías de hombres «desobedientes» a los que había que proteger. El pasado ruso, como todos los otros pasados, se parece a un río turbio. Sara Mancuso, con la cual Caccioppoli más tarde se acabaría casando, fue puesta en libertad. Caccioppoli acabó compartiendo su mundo con los abandonados y los marginados, literalmente. Renato tenía su propia habitación y un piano a su disposición. Podía tocar la Marsellesa siempre que tuviera ganas. Lo hacía cuando no se dedicaba a sus cálculos o a inventar teorías matemáticas nuevas que más tarde (con su permiso) publicaron otros, bajo su propio nombre, como por ejemplo el famoso Hermann Weyl en 1940. Los enfermos admiraban a Caccioppoli. Organizó un coro, llamado «La coral de los locos», y la clínica entera cantaba. Esas personas que habitaban en un mundo aparte cantaban canciones distintas de las que se cantaban en la calle. Se podría decir que fuera ya nadie cantaba, ya que las melodías de aquel tiempo no se podían bailar, solo permitían desfilar al ritmo de una marcha militar. Allí fuera, la canción se estaba perdiendo. Las canciones fueron prensadas y trasegadas, hasta convertirse en un depósito de posos. En el manicomio, Caccioppoli trabajaba. Le visitaban sus amigos, le visitaban sus colegas, le visitaban sus estudiantes (no todos). En su compañía, Renato salía a dar cortos paseos bajo un sol tibio e inventó una matemática nueva. Haya y sus compañeros de clase eran demasiado jóvenes para poder visitar a Renato Caccioppoli. Les decían que ellos «no lo podían comprender». Así pasó la vida de Haya, la vida entera se desarrolló bajo la consigna de que ella no era capaz de comprender, que lo comprendía mal, que lo comprendía demasiado tarde, que ni siquiera intentaba comprender. Y ella lo aceptó y ni intentó comprobar si las piezas de ese cubo mágico realmente estaban tan inamoviblemente unidas. Un buen día, en cambio, quiso afrontar su *comprensión incomprensible*. Lo fragmentó todo para examinar cada pieza de ese enorme rompecabezas en el que se había convertido su vida. Quiso analizar cada uno de los compartimentos ahora ya vacíos. Poco a poco, gradualmente, introdujo en la carne la aguja fina de la razón, pero le salieron gusanos, tal era la podredumbre.

Renato era visitado por Carlo Miranda[4] y Gianfranco Cimmino[5].

Lo visito a diario. Él acepta la vida entre los enfermos sin quejarse. Su internamiento representa para él una experiencia vital importante. Pero todos estamos un poco preocupados. De vez en cuando, cuando consigo el permiso, lo saco con mi propio coche y lo llevo por el campo, luego almorzamos en un pequeño restaurante y hablamos de

matemáticas, de la guerra y de mujeres.

En el año 1938, Guccio Gucci (1881-1953) abrió su primera tienda en Roma; su bolso de mano con el mango de bambú se convirtió en un éxito.

En el año 1938, Italia ganó la Copa del Mundial de fútbol.

En el año 1938, en septiembre, Mussolini suspendió la ciudadanía a los judíos de Italia.

En el año 1938, en noviembre, en Italia se aprobó una versión «propia» de las leyes de Núremberg.

En el año 1938, el rey Vittorio Emanuele III expresó públicamente su apoyo a Benito Mussolini y firmó las leyes raciales según las cuales todos los judíos debían ser excluidos del Gobierno, de la universidad, del ejército y de todas las demás funciones públicas. También quedaban limitados sus derechos a la educación y a la posesión de propiedades.

En noviembre de 1938, Florian Tedeschi se quedó sin trabajo.

«Saben que soy judío», dijo Florian Tedeschi. El aire de la noche era tibio. Las ventanas estaban abiertas. Se oía el rumor del mar. No había luna.

En las universidades, a los profesores se les ordenaba: «Vestid con camisa negra», lo que la mayoría no quiso hacer. La matemática italiana perdió a sus mejores estudiosos. Tullio Levi-Civita[6] fue despedido de la universidad de Padua. En las otras universidades fueron despedidos: Vito Volterra[7], Guido Fubini[8], Beniamino Segre[9]. En 1938, Enrico Fermi[10] marchó (con un permiso especial del gobierno fascista) a Estocolmo para recibir el Premio Nobel y ya no volvió. Renato Caccioppoli fue dado de alta del manicomio en 1943. Participó en la organización de la huelga de mineros en la cual casi perdió la vida durante los sabotajes de los piquetes. Iba a las reuniones del Partido Comunista de Italia y a menudo estaba presente en la redacción del diario *Unità*. Con los redactores y amigos Mario Palermo y Renzo Lapiccerello visitaba bistrós, sobre todo el Gambrinus, pero también algunos antros miserables, para hablar delante de un vaso de cerveza, de *grappa*, de coñac o de Strega sobre qué hacer con los nazis.

Después de la guerra, con muchos honores, como miembro de diversas academias de ciencias y de otras instituciones, Caccioppoli volvió a dedicarse a las matemáticas. También hizo películas. Tocaba música. Publicaba. Sara Mancuso se separó de él. Empezó a beber. Bebía cada vez más, tenía ganas de estar siempre solo. De vez en cuando iba a la ópera con un viejo cura. También le gustaba ir a escuchar conciertos de música clásica. Luego se volvió a encerrar en sus universos devastados. Vivía en los espacios de Euclides y en los suyos. Su aspecto en aquél tiempo era este:



El viernes, 8 de mayo de 1959, paseaba alrededor del mediodía por su calle preferida, Chiaia, tomó un capuchino corto y dos *grappas*. Volvió a casa. Estaba esperando a su mejor amigo, Giuseppe Scorzo Dragonio, para ir juntos a Roma. Giuseppe llegó al día siguiente, con retraso.

Aquella tarde se disparó en la cabeza.

El asteroide número 9934, 1985 UC lleva su nombre, Caccioppoli. Mario Martone hizo una película sobre él. El Departamento de Matemáticas en la Universidad de Nápoles se llama Renato Caccioppoli.

Detrás de cada nombre hay una historia.

Desesperado, Florian Tedeschi el 14 de diciembre de 1938 pidió humildemente ser recibido por el gran banquero Pasquale Simonelli[11].

Cuatro días más tarde, Florian Tedeschi estaba sentado en el salón de Villa Simonelli y con la mano temblorosa acercaba la taza de la mejor porcelana china, casi transparente, a sus labios. Sorbía té negro en silencio. Como si hubiera perdido la razón, o quizás no, dijo: «Mi mujer es una enamorada de Giglio. Y a mí también me gusta mucho Giglio». Simonelli no dijo nada.

Simonelli era un hombre corpulento, un monstruo, un gordo. A su lado, Florian se veía pequeño. Llevaba una gabardina de color claro, arrugada y con las bocamangas gastadas. No se la quitó mientras tomaba el té con Simonelli. Florian Tedeschi marchó a Tirana, donde le esperaba un puesto de trabajo en un gran consorcio de la construcción. Todo estaba bajo control. Florian no sintió ninguna inquietud. Ese año, 1938, de los 47 000 judíos que vivían en Italia, 10 000 tenían carné del Partido fascista.

A principios de abril de 1939, Italia atacó Albania. El parlamento de Albania votó a favor de la incorporación de Albania a Italia. El rey Zogu huyó a Grecia. En Nápoles, Ada vendió sus muebles, la ropa de cama y las alfombras; regaló la ropa de vestir. En mayo, la familia estaba de nuevo junta. Florian fue promocionado en el nuevo trabajo, estaba orgulloso de sí mismo, se compró un traje nuevo, de fabricación italiana, y una gabardina nueva, de color negro con cinturón. En Tirana le dijeron: «Te han destinado a la oficina de la Banca di Napoli. Trabajarás en Vlorë, allí el clima es suave y en verano uno se puede bañar». La familia Tedeschi se pudo bañar aquel verano.

Vlorë tiene muchos nombres que se escriben y se pronuncian de maneras diversas. Tiene más nombres que Gorizia y todos esos nombres pertenecen a una sola ciudad pequeña, cubierta con un abrigo azul de aire y abrazada por unas montañas que de noche silban. Aulon, Avlon, Avlona, Avlonya, Vallona, Valona, Vlona, Vjora, Vlonë, Vlorë. Las aceitunas son negras y grasientas como los ojos de Ludovik, que dio a Haya su primer beso. Su camiseta amarilla tenía un agujero en el hombro derecho. Ada preparaba pitas con verdura, cordero de Karaburun y daba a sus hijos yogur frío antes de ir a la escuela en la que, como en Nápoles, colgaban en las paredes retratos de Vittore Emmanuele y de Mussolini. Para brindar, se tomaba un *harapaš* de pan y un sorbo de vino falerno. Esa era otra estación de ese viaje cuyo destino Haya no pudo controlar. Vlorë, igual que Nápoles, quedaría grabada en su memoria, la llevaría consigo siempre como los pequeños tesoros que los niños guardan en sus bolsillos. La escuela era italiana, los vecinos eran italianos, el chocolate era italiano. Hizo una excursión para estar a solas con su amor en la isla de Saseno donde estaba estacionado el ejército, «nuestro ejército», decía Florian. En la punta de la nariz de Florian quedó atrapada una gota, calentada por la respiración de Ada. Valona es una ciudad fortificada, igual que Gorizia. Hizo su primera visita al teatro. Aprendió una nueva lengua para las mismas despedidas, para las mismas huidas. Mar = *det*, caricia = *prekje*, miedo = *frikë*, bandera = *flamur*, judío = *Çifut*, guerra = *luftë*, camino = *udhëtim*. He aquí el banco bajo la ventana en la calle de Sadik Zota. Haya estaba allí, de rodillas y esperaba. ¿Esperaba? Esperaba que viniera el mohel Aron de Corfú para circuncidar a Oreste mientras Florian dentro del edificio visitaba las oficinas locales de la Banca di Napoli. Oh, sí, la vida era bella. En Valona, la familia Tedeschi encontró palmeras, playas de arena y marisco fresco para preparar los *tortiglioni* de la marca Barilla. Muchos años más tarde, como pasa con frecuencia a las personas que llegan a la edad de Haya, el pasado volvió a aparecer e irrumpió en mitad de sus esperas, como un saltador que se sumerge en el agua y vuelve a aparecer en la superficie, atravesando el muro mojado, transparente y resbaladizo (de la memoria). Valona apareció delante de sus ojos completamente cambiada. Las décadas de pasado acumulado, hecho de reconocimientos tardíos, depositados en los meandros, en los almacenes, en los lugares secretos de su consciencia, envueltos en cadenas lógicas como en un trapo planchado, cayeron de los cajones desvencijados y rodaron por el suelo alrededor de sus pies como si se tratara de puros desechos. Ella intentaba reconstruir ese enorme rompecabezas. Se había ganado el retiro como profesora de matemáticas en el liceo clásico de Gorizia Dante Alighieri. Una vez jubilada, sus días pasaban en la espera, y mientras esperaba, sí, mientras esperaba, tenía tiempo de preguntarse: «¿Cómo es posible que eso yo no lo supiera? ¿Cómo es posible que no me hubiera dado cuenta?».

En Valona, la primera bandera de la independencia de Albania fue alzada en 1912. En 1939, cuando la familia Tedeschi llegó allí, vivían en Valona alrededor de seiscientos judíos, pero ella, Haya, solo recuerda a Fanny Malli porque paseaba por la calle con un conejo atado a una cuerda y a Ruben Ketz que tenía los bolsillos llenos de guijarros negros y hablaba albanés mejor que ella. Ahora sí sabe que en Valona había existido una sinagoga y que durante la Primera Guerra Mundial los italianos la convirtieron en un almacén de armas. Y también existía allí un cementerio judío porque antes de que empezasen a caer las bombas, paseando con Ludovik por una zona de obras,

encontraron una placa con la estrella de David y con unas letras extrañas, grabadas en la piedra. «Ellos son nuestros enemigos», decían Florian y Ada, «esos griegos y albaneses, esa banda de partisanos». Y Haya estaba convencida de que los enemigos estaban por todas partes, aunque ya no era ninguna niña. Los buques italianos dentro del puerto albanés fueron hundidos. Las pastelerías italianas fueron cerrando.

—Estamos perdiendo la guerra —dijo Florian.

—Los alemanes no nos quieren —dijo Ada.

En Tirana, Enver Hoxha cerró su tienda, que se llamaba Flora, y en la que vendía bebidas alcohólicas y sin alcohol, bocadillos y tabaco. La instancia para poder abrir el negocio la dirigió al ayuntamiento (italiano) con la firma de Enver Hoxha. En las manifestaciones cada vez más frecuentes de los antifascistas albaneses se producían escaramuzas con los carabineros y la policía local. El nuevo primer ministro, el preferido de Mussolini, Mustafa Merlik Kruj, perseguía, detenía, torturaba y mataba a todos los que se declaraban contrarios al régimen. Los italianos detuvieron a Koçi Xoxe y lo condenaron a muerte en la horca. Fue asesinado el líder estudiantil Qemal Stafa. En Korçë, los antifascistas incendiaron el cuartel del ejército italiano. El 24 de julio de 1942, en Valona explotó el polvorín. La familia Tedeschi se fue corriendo a la tienda de tejidos que había en los bajos de su edificio. Se perdieron entre las telas de algodón, estampadas de flores. Sus miembros se convirtieron en otro adorno más, en un motivo, dentro de esa terrible tempestad que se había desatado. En el aeropuerto de Tirana, fueron destruidos todos los focos. Los comunistas se infiltraron en la central telefónica y cortaron todas las conexiones. Empezaron a organizar una sublevación. Florian Tedeschi continuaba trabajando fielmente de supervisor de las oficinas locales del banco. Ada preparó las maletas con las cosas más imprescindibles. Oreste gritaba: «¡Me quiero ir a bañar!». Paula saltaba a la comba en la sala de estar. Nora dijo: «Me ha venido la regla». Haya en el sótano apretaba entre los muslos los dedos helados de Ludovik y luego se enroscó como una rama alrededor de la camiseta amarilla y dijo: «Ah». Sus suspiros y los suspiros de Ludovik iluminaban los depósitos de leña, donde los gatos se preparaban para su caza de ratas.

syčkë pëllumb
lamtumirë
im verdhë ëndërr
të dua
të dashuroj

El aliento de Ada olía a un perfume barato. El autobús, lleno de mujeres, de niños y de ganado, avanzaba por las montañas de la Albania más salvaje y aislada. Las carreteras estaban en tal mal estado que necesitaron una semana para llegar a Tirana. Florian cerró con llave su mesa de trabajo como si esperara volver pronto a sus facturas, extractos, copias, cálculos y recibos, pero eso no pasaría. En Valona se sentó en el coche de un general italiano que también estaba huyendo y llegó antes que su familia al hotel Dajti, que acababa de abrir sus puertas. En el restaurante pidió unas salchichas delgadas, un *rocchio di salsiccia*, una ensalada mixta y un helado de frambuesa y vainilla. «No hay mejor helado que un helado italiano», dijo al camarero. Por la tarde dio un paseo por la avenida llamada Viale Savoia. «Una hermosa avenida», dijo. Se quedó sin aliento observando las lujosas casas medio escondidas entre la vegetación mediterránea. Allí se estaba

escribiendo un nuevo capítulo de las viejas historias de conspiraciones políticas, de asesinatos pagados, de servicios *secretos*, de personas desaparecidas, de familias desaparecidas. Son historias que nunca nadie intentó descifrar y sus cabos se acabaron pudriendo como una escoba vieja para barrer calles que ya solo sirve para esparcir la suciedad. Enver Hoxha se dejaba fotografiar cada vez más a menudo, mostrando sus dos dientes de oro. Ada y sus niños de pronto olvidaron todo su albanés y no eran capaces de decir nada más que *faleminderit shumë*, *faleminderit shumë* y luego enmudecer en seco. La familia Tedeschi pasó algunas noches sobre unos improvisados lechos de paja en el *foyer* del hotel Dajti, mientras a su alrededor patrullaban las botas abrillantadas de los italianos. Más tarde, en 1944, Haya, respaldada por Ada y por Florian, aseguraría a la familia de Gorizia:

—Fue espantoso para nosotros estar allí con los italianos.

Llegó así el año 1943, el tiempo pasa volando. A principios del mes de septiembre, Italia en Albania ya no representaba nada. Después de que el director de la Banca di Napoli hubiera enviado una misiva a Florian diciéndole que era absolutamente libre de irse a dónde quisiera, la familia Tedeschi *secretamente* aceptó la ayuda de un pequeño grupo antifascista *judío* que les procuró alojamiento cerca del aeropuerto, donde los aviones no paraban de aterrizar y de despegar, ya que estábamos en guerra y las bombas caían del cielo como cometas. «Oh, nuestros días felices se han fundido como la nieve», dijo Ada cantando, balanceaba sus caderas y de vez en cuando daba un largo trago de la botella de áspero aguardiente casero. «Fue terrible», dijo Ada a su hermana Leticia y a su hermano Carlo cuando volvieron a Gorizia a finales de 1943.

Allí, la comida escaseaba. El pan, el café y el azúcar se conseguían con la cartilla de racionamiento. Los albaneses ya no hablaban italiano, sino solamente utilizaban el albanés, algunos aprendieron incluso alemán. «Se trata de gente salvaje», explicaban Ada y Florian después de volver a Gorizia, «pero al mismo tiempo valerosos, eso sí, sin duda alguna». Las tropas alemanas atacaban, las bombas alemanas devastaban, los nazis contaban, catalogaban, limpiaban la ciudadanía, filtraban a la gente. Las plazas cada día amanecían con algún hombre ahorcado meciéndose como las hojas de las palmeras. Ada creía que todo eso no podía durar mucho, que era un simple juego cruel de muchachos enloquecidos. Un día, después de haber dado otro de esos largos tragos de su botella, que guardaba bajo las sábanas en el armario, se fue con Haya a la capitanía alemana, convencida de que podría conseguir que liberasen a un colega de Florian, al banquero Sandro Koffler. «Escuchadme», dijo Ada, «Sandro es un hombre honesto. Os lo aseguro yo, yo que soy de la familia de los Tedeschi». El oficial de las SS miraba fijamente el retrato de Hitler colgado allí arriba, esperando. «Tedesco en italiano significa alemán», dijo Ada, «es decir que a mí ustedes me pueden creer».

—*Ja*, Tedeschi —dijo el oficial—, *ein jüdischer Name*.

De camino a casa, Ada le dijo a Haya: «Vámonos a tomar un helado mientras todavía sea posible y mientras los helados sean italianos». Y añadió también: «De su propio nombre uno no puede huir. Detrás de cada nombre, hay una historia».

Las tropas italianas en Albania estaban ahora sometidas a un trato denigrante. Los soldados eran detenidos y asesinados por aquellos amigos que en una guerra se conocen como aliados. Algunos soldados se entregaban solos, otros huían, muchos morían. La familia Tedeschi se volvió a trasladar, esta vez al centro de Tirana para preparar su repatriación. Era septiembre de 1943. La vida estaba llena de agujeros. Paula y Oreste iban al palacio abandonado del ministerio fascista que quedaba cerca y allí, por aquellos grandes pasillos revestidos de mármol, jugaban y gritaban.

Para Paula y Oreste la vida era excitante. Cada vez más a menudo, los nazis hacían redadas y registros domiciliarios. Haya vio, desde la ventana del tercer piso, una escena que la hizo desmayarse. Un muchacho vestido con una camiseta amarilla, con un agujero en el hombro derecho, corría en dirección a su edificio. Al otro lado de la calle un nazi, sentado en su coche descapotable, le apuntó con su arma. La ráfaga de ametralladora atrapó al chico dos metros antes de entrar en el edificio. En un instante, la camiseta amarilla se tiñó de rojo.

En un momento

Se marchitaron las rosas

Los pétalos caídos

Porque yo no podía olvidar las rosas

Las buscábamos juntos

Encontramos algunas rosas

Eran sus rosas eran mis rosas

A este viaje lo llamábamos amor

Con nuestra sangre y con nuestras lágrimas hacíamos las rosas

Que brillaban un momento al sol de la mañana

Las deshojábamos bajo el sol entre las zarzas

Las rosas que no eran nuestras rosas

Mis rosas sus rosas.

P.S. Y así olvidamos las rosas.

Ludovik de Valona susurraba esos versos a Haya mientras observaba cómo ella buscaba uno de sus pendientes, perdido en la arena a la orilla del mar. Se imaginaba que él era Dino Campana y ella Sibilla Aleramo y que contemplaban juntos por última vez el sol desplomándose en el agua. Pero Haya no tenía ni idea entonces de lo que hablaban los versos que él le estaba susurrando, esa niña estúpida.

El muchacho desapareció a la entrada de su edificio. Ella tuvo la sensación de que casi lo hubiera podido tocar. Los nazis iban de puerta en puerta, golpeaban, gritaban. El muchacho desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra. Al día siguiente, Haya salió a comprar el pan de maíz mezclado con salvado y vio en la plaza un centenar de cadáveres bien ordenado en el suelo, vestidos de civil o con los uniformes de los partisanos. Los transeúntes no miraban, pasaban de largo con pasos acolchados. Los hombres estaban en una posición en la que parecían dormidos, como si se hubiesen cansado de esa guerra, como troncos preparados para unas obras de construcción. No se percibía ningún olor, no había moscas. Las tiendas estaban abiertas, las banderas se levantaban al viento, los postigos estaban cerrados.

Ludovik no estaba entre los muertos.

Al banquero Koffler no le dejaron salir de la prisión. Su mujer fue internada en un manicomio porque se arrancaba los cabellos a puñados y golpeaba su cabeza contra los marcos de las ventanas. La familia Tedeschi vendió de nuevo sus modestas pertenencias por una suma ridícula. Los colegas de Florian zarparon de Valona, pero no llegaron nunca a Nápoles, el barco fue

bombardeado por aviones británicos y hundido. Se salvó únicamente el oficial Leone Romanelli, que nadó durante tres días hasta llegar a la costa. Llegó a Tirana y se lo explicó a Florian en persona. Y luego enloqueció él también porque en el barco, es decir en el fondo del mar, quedaron su mujer y tres hijos. No es bueno tener muchos hijos. Así que Leone Romanelli también fue internado en un manicomio. Para que hiciera compañía a Angela Koffler. Haya estaba convencida de que para siempre.

Escortada por los soldados alemanes, la familia Tedeschi salió de Albania y necesitó tres semanas para llegar a Italia. Se movían en la nube de su olor corporal y entre ejércitos muertos cuyos generales, italianos y alemanes, estudiaban mapas, listas, fichas médicas y militares con placas dentales e información sobre las bajas por enfermedad. Arrastraban consigo hasta a algún sacerdote, y avanzaban perdidos entre las calas de arena y los montes pedregosos del país de las águilas. Por el barro y bajo la lluvia, en el calor del verano, no importa, veinte años más tarde llegarían allí los que buscaban sus huesos, unos huesos pulverizados, encima de los cuales se sembraron las cosechas o bien se construyeron rascacielos.

En la frontera entre Albania y Yugoslavia las columnas de prisioneros de guerra italianos, custodiados por la *Wehrmacht*, buscaban con sus miradas enloquecidas un camino, un sendero, una salida entre los montones de nieve, pidiendo un poco de pan, arrastrando los pies en aquella temperatura bajo cero. Con voces débiles, que silbaban a causa del frío, gritaban a los suyos e intentaban transmitirles mensajes. Aquí, en la frontera, el círculo cedió y se rompió para convertirse en un vado, en una salida. La familia Tedeschi, junto con centenares de civiles y de soldados que estaban de camino hacia Budapest, subieron a un vagón de tren. No imaginaban, no querían saber, lo que estaba pasando un poco más hacia el norte, qué clase de viajes existieron y con qué final. Desde Montenegro, pasando por Hungría y Austria, Florian, Ada y sus cuatro hijos llegaron a Italia antes de la Navidad de 1943.

El tren se detuvo en Budapest unas horas. Saltaron afuera los soldados alemanes con sus uniformes planchados, bien nutridos y recién afeitados. A los demás viajeros, los húngaros les ofrecían por la ventana porciones de *gulasch*, pan, leche y petacas de ron. No pasarían ni tres meses hasta que en ese mismo andén de la estación Keleti y de algunas otras, más pequeñas, en la parte de Pešt y alrededores, salieran otros vagones, vagones sellados, vagones de ganado, con centenares de personas en cada uno de ellos y un solo cubo para orinar y con una garrafa de agua para beber. Empezarían así su viaje hacia una estación amurallada, hasta la vía muerta, que conducía directamente a la oscuridad del cosmos. Desde la primavera temprana hasta principios del verano de 1944, el crematorio de Auschwitz trabajó a toda capacidad y cada día borraba los restos de 6000 asesinados que se levantaban hacia el cielo como ceniza gris. De manera que en dos meses y medio, 400 000 judíos húngaros fueron sometidos a los «horarios mesiánicos de los ferrocarriles para conseguir el nuevo orden mundial». Esa «paráfrasis miserable de la evacuación antediluviana era una réplica mundana del arca de Noé que navegaba por tierra firme» y fue escrita por un señor desconocido vestido con levita y camisa «de cuello duro de caucho, amarillento como las viejas piezas del dominó, con una corbata negra, atada en un gran nudo bohemio, que daba golpes con su bastón y se balanceaba mientras caminaba, con la mirada fija en un punto indeterminado». Un señor, que se llamaba Eduard Sam, un señor que mirando su reloj «con números romanos que mostraban la *hora exacta*» sale del «marco del drama o de la farsa que él mismo había escrito».

Las vidas se mezclan eternamente aunque no se toquen, hasta que chocan para destruirse

mutuamente, simultáneamente y sin distancias. En el año 1944, el inspector superior de los ferrocarriles estatales, que en aquel momento ya estaba «jubilado», el responsable de los horarios de los trenes, Eduard Sam, caminaba entre «la columna de los descontentos y los enfermos, entre las mujeres asustadas y los niños aterrorizados, caminaba con ellos y al lado de ellos, alto y de cabeza gacha, sin sus gafas, sin su bastón porque se lo quitaron, avanzaba con pasos inseguros en esa columna de los que estaban destinados al sacrificio, era como el pastor entre su rebaño, como el rabino entre sus fieles, como el profesor que conduce a sus alumnos...». Eduard Sam marchaba hacia los mismos vagones cuyas salidas y llegadas él había decidido tantas veces, los había comprobado, combinado, completado, coordinado, para que fuesen *perfectos*. Y ahora, mientras iba caminando, los horarios de salidas y de llegadas de los trenes se convirtieron en un estribillo, eran la canción que utilizan los zapadores para marcar el ritmo, una canción que se adaptaba a sus pasos indecisos. Era la canción que habría de decidir su destino. Repetía los horarios en su cabeza, esas salidas y esas llegadas de los trenes, esas *salidas programadas en los horarios de los trenes*. Y mientras Eduard Sam avanzaba solo hacia su *finitud*, en Berlín, y luego en Cracovia y en Varsovia, un oficial nazi, el burócrata perfecto, Walter Stier, el funcionario de los ferrocarriles del Tercer Reich, el responsable del *Reichsbahn*, el jefe del Departamento de las Rutas del Este (*Abteilung 33*), comparaba con orgullo sus *nuevos horarios*, convencido de que eran parte del nuevo orden mundial. El oficial de las SS, Walter Stier, sin dudar lo más mínimo, con devoción, con ganas y con atención tachaba las disposiciones horarias que durante años había ido perfeccionando Eduard Sam. Y en la calma de una oficina bien aireada combinaba sus propios horarios, su *Fahrplanordnung 587, los horarios especiales, para los trenes especiales* y ponía en la parte de abajo el sello formal de la destrucción.

Señor Stier, ¿qué diferencia hay entre los trenes especiales y los regulares?

Con un tren regular puede viajar cualquiera que haya adquirido el billete. Por ejemplo desde Cracovia hasta Varsovia. Un tren especial, en cambio, hay que reservarlo de antemano. Se utilizan para los viajes en grupo. El precio es único e incluye a todo el grupo.

¿Por qué durante la guerra hubo más trenes especiales que antes o después de la guerra?

Entiendo lo que quiere decir. ¿Usted se refiere a los trenes que estaban destinados a la dispersión de la población? Esos trenes fueron organizados por el Ministerio de Transporte del Tercer Reich. Era el Ministerio quien enviaba las órdenes...

¿Y a quién quiso dispersar el Ministerio?

Eso, durante la guerra, nosotros no lo sabíamos. Cuando empezamos a retirarnos de Varsovia, comprendimos que el Ministerio quizás tenía esos planes con los judíos. O bien con los criminales. Y con gentes similares a ellos.

¿Los judíos y los criminales?

Diversos tipos de criminales, sí. De toda clase.

¿Habían introducido los trenes especiales por causa de los criminales?

No. Pero esa explicación entonces se utilizaba porque no se podía hablar en voz alta de esos temas. Lo más seguro era no hablar de ello.

¿De qué? Usted sabía que los trenes para Auschwitz y Treblinka salían de...

Evidentemente lo sabía. Yo era el máximo responsable. Sin mí, esos trenes no hubieran podido llegar hasta... el punto de distribución. Primero, el tren que salía de Essen tuvo que pasar por Wuppertal, Hannover, Magdeburgo, Berlín, Frankfurt del Oder, Poznán, Varsovia, etc. De manera que fue mi responsabilidad...

¿Usted supo que Treblinka fue un campo de exterminio?

¡Dios mío, claro que no!

¿No tenía ni idea?

Juro por Dios que no. ¿Y cómo lo podría haber sabido, yo? Nunca he estado en Treblinka. Estaba en mis oficinas de Cracovia y de Varsovia, sentado en mi mesa.

Te lo diré yo, Lanzmann. Lo he estudiado todo. Te puedes creer todo lo que dice Raul Hilberg. ¿Tú sabes cómo se financiaron los transportes con los trenes especiales? Los judíos fueron transportados a Treblinka, a Auschwitz, a Sobibor y a los otros *Lager* después de que el Ministerio acordase con los Ferrocarriles el precio por kilómetro, después de que se determinase cuántos *pfennigs* recibiría la compañía por cada kilómetro de transporte. La tarifa no cambió durante toda la guerra. Los niños de hasta diez años pagaban la mitad de precio, y los que tenían menos de cuatro años viajaban gratis. Los billetes de grupo se emitían solo para una dirección. Los guardias, evidentemente, tenían billetes de ida y de vuelta porque ellos sí volvían.

¿Quiere decir que los niños de menos de cuatro años se iban hacia la muerte gratis?

Gratis. Además de esto, los Ferrocarriles del Reich, los *Reichsbahn*, aceptaron la tarifa de grupo porque la agencia que la pagaba, es decir, la agencia que hizo la petición de esos trenes se llamaba Gestapo, o para ser exactos, era la oficina de Eichmann, y esa oficina pasaba por grandes dificultades financieras. Los judíos fueron transportados como cualquier otro pasaje que va de excursión. Si el tren se llenaba lo suficiente, los Ferrocarriles concedían una rebaja especial. El tren debía tener como mínimo cuatrocientos «excursionistas». El número mínimo eran cuatrocientos. Es decir si alguna vez se hizo el transporte para menos de cuatrocientos, lo que convenía decir era que sí que

había cuatrocientos porque así el tren salía a mitad de precio. Al principio, las cosas realmente funcionaron de esa manera. Hubo que tener en cuenta las condiciones específicas también. Si los trenes volvían sucios, y eso sí que pasaba porque esos trenes tardaban mucho más tiempo de lo habitual en llegar a su destino y porque entre un cinco y un diez por ciento de los viajeros llegaban muertos, entonces había que pagar una tasa especial para la limpieza de los vagones. Las transacciones se hacían básicamente a través de la Agencia de Viajes Centroeuropeos, pero los SS...

¿Y esa agencia organizaba también el resto del tránsito, es decir los trenes regulares?

Sí. El *Mitteleuropäisches Reisebüro* enviaba a las personas a las cámaras de gas de acuerdo con los mismos principios con los que enviaba a los excursionistas a sus vacaciones. La misma agencia, los mismos principios, la misma manera de cobrar. Y todos los funcionarios hacían su trabajo con dedicación, eran profesionales, como si todo eso fuera normal, como si no estuviéramos en guerra. De hecho, todo el «proyecto» se autofinanció. El ejército y las SS pagaron los transportes con las propiedades que habían confiscado previamente a los judíos, especialmente con sus depósitos bancarios.

Es decir, ¿los judíos pagaron ellos mismos para ser asesinados?

Parece ser que sí.

Señor Stier, ¿usted dice que nunca ha visto ninguno de esos trenes?

Nunca. Estaba ocupado de día y de noche. No salía de mi oficina para nada. Era el jefe de la Oficina de Planificación de los Nuevos Horarios. Primero en Cracovia y luego en Varsovia.

Pero sus funciones eran más o menos las mismas que antes de la guerra.

Sí. La única diferencia es que me nombraron jefe.

¿A qué se dedicaba usted en su oficina en Polonia?

Hacía lo mismo que antes en Alemania: organizaba los horarios de los trenes y coordinaba los movimientos de los trenes especiales con el transporte regular.

¿Cuántos departamentos había?

Unos cuantos.

¿Y usted era responsable del Departamento de los trenes especiales?

Sí.

¿Hoy existen los trenes especiales?

Claro que existen. Por ejemplo los trenes que transportan a los *Gastarbeiter* para que puedan volver a sus países durante las vacaciones.

No me puedo creer que las personas que trabajaban en el Departamento de los trenes especiales nunca hubieran oído hablar de la «solución final».

Estábamos en guerra.

...pero algunos de los empleados de los Ferrocarriles sí que lo sabían. Por ejemplo los conductores.

Sí, ellos lo pudieron saber. Ellos quizás vieron algo. Pero YO no.

Tonterías, señor Stier. En mayo de 1942, mientras los campos todavía no estaban construidos, nosotros sí supimos que en Treblinka se estaba preparando algo y la información la recibimos precisamente de los empleados de los ferrocarriles alemanes. En mayo de 1942 llegaron a Treblinka los oficiales de las SS y detuvieron a un centenar de hombres, judíos de Treblinka y de los alrededores, y les ordenaron abrir un claro en el bosque. Luego enseguida llegaron los guardias ucranianos. Los SS aseguraban que los detenidos en el campo trabajarían en la regulación del curso del río Bug como paso previo a la construcción de una base militar nueva. Pero los empleados de los ferrocarriles continuaban asegurando, obstinados, que se estaba construyendo allí un campo para el exterminio de los judíos.

¿De verdad? ¿Y quién es usted?

Franciszek Zabecki, el responsable de la estación de trenes regulares en Treblinka. Miembro de la resistencia polaca. Yo observaba las salidas y llegadas de los trenes. Tomaba notas. El 22 de julio de 1942 me llegó un telegrama oficial que informaba sobre la apertura de una nueva conexión de corta distancia, con mucha frecuencia de trenes, entre Varsovia y Treblinka. Esa conexión la utilizarían los que serían «desplazados» a la región, decía la misiva. Las composiciones consistirían en sesenta vagones de ganado, es decir de vagones de carga cerrados, eso es lo que estaba escrito. Después de descargarlos, los trenes deberían volver de nuevo a Varsovia, estaba escrito. ¿Y por qué los «desplazados» deberían ir en los vagones de ganado?, le pregunto. En vagones *blindados* con estrechos respiraderos, protegidos con alambre de espino. Iban apretujados como bestias, tan apretujados que no podían ni ponerse en cuclillas. Y ese telegrama vino firmado por usted.

No lo recuerdo.

Esos horarios los inventó usted, señor Stier. Esos eran sus horarios, señor Stier. En el primer tren, que llegó el día 23 de julio de 1942, había entre ocho y diez mil hombres, mujeres, viejos y muchos niños. Muchos niños pequeños, bebés. Después de haber vomitado su carga, el tren volvió a Varsovia. Vacío. Iba a buscar nuevos «trabajadores». Cuando el terror se volvió insoportable, conscientemente, señor Stier, usted suspendió la conexión regular con Treblinka. En septiembre de 1942, los horrores ya se habían vuelto inimaginables, así que los trenes de pasajeros ya no paraban en Treblinka, señor Stier, eso seguro que usted lo recuerda, señor Stier, esos horarios los compuso usted. Desde septiembre de 1942 en Treblinka paraban solo los trenes militares o de deportaciones, no llegaba ningún excursionista, no había excursiones, los civiles no llegaban allí para admirar la naturaleza, señor Stier. Los trenes eran recibidos en la estación por las tropas de las SS. Los oficiales llevaban las pistolas a punto y tenían las mangas dobladas. *Tempo! Schnell!*, gritaban. Cada vagón tenía apuntado con tiza el número de las personas transportadas. Yo tomaba notas. Durante dos años tomé notas, un día tras otro e hice mis cuentas. Para saber con certeza lo que los otros solo podían ir adivinando. Soy el único testigo que estuvo en Treblinka desde el mismo día en el cual empezó el exterminio de los judíos hasta el cierre del *Lager* el 16 de agosto de 1944. Todos los documentos alemanes fueron destruidos, pero yo los copié. En Treblinka fueron asesinadas un millón doscientas mil personas. No puede haber ninguna discusión sobre esto.

Después de la rebelión de los internos, los transportes no aflojaron. ¿No lo recuerda, señor Stier? ¿No recuerda que usted cambió los horarios de nuevo y que los trenes después de esa rebelión fueron destinados a otros campos? ¿Y que Treblinka se convirtió en una estación de tránsito? Yo sí lo recuerdo.

El transporte PJ201, 32 vagones. Bialistok - Lubin vía Treblinka, 18 de agosto de 1943.

El transporte PJ203, 40 vagones. Bialistok - Lubin, vía Treblinka, 19 de agosto de 1943.

El mismo día, transporte PJ 204, 39 vagones, origen Bialistok, destino Lubin, con parada en Treblinka.

Transporte PJ 209, 9 vagones, destino Lubin via Treblinka, 24 de agosto de 1943.

Transporte PJ 211, 32 vagones, destino Lubin, 8 de septiembre.

Transporte PJ 1025, 50 vagones de judíos de Minsk fueron transferidos a Chelm, de hecho a Sobibor, 17 de septiembre de 1943.

No lo recuerdo.

El día 22 de agosto, y los días 2, 9, 13 y 21 de septiembre, desde Treblinka salen trenes llenos de ropa de los judíos asesinados. Empezó así la destrucción del campo. Se sacaron las vigas, el material de construcción y la cal. Llegó una excavadora. Los «trabajadores» que aún quedaban fueron transportados a Sobibor el 20 de octubre y el 4 de noviembre de 1943 en cinco vagones blindados. El 31 de octubre fueron eliminadas de Treblinka todas las construcciones metálicas y se destruyó la maquinaria utilizada para el aniquilamiento. Todo eso está escrito aquí, señor Stier. Desde Treblinka se evacuaron más de 100 vagones de ropa y de material diverso.

¿Qué significó para usted Treblinka, Stier? ¿Qué significó para usted Auschwitz?

Para nosotros eso eran *Lager*. Los campos de concentración.

¿Un lugar dónde dar cobijo a la población?

Sí. Lugares donde se podía ubicar a los desplazados. Como todos los otros lugares de esas características. Nada en especial.

Es decir, que no eran campos de la muerte.

No, eso no. Eran lugares donde la población podía ser apartada. Para concentrar la gente. Los aliados avanzaban y había mucha población que tenía que ser redistribuida a lugares más seguros. Había gran necesidad de ofrecerles sitio, de poderlos concentrar en algún lugar.

¿Cuándo lo supo usted?

Bueno, había sospechas.

¿Se hablaba de eso en público?

¡Dios, no! Nunca. Nadie. Nos habrían matado.

¿Cuándo empezaron las sospechas? ¿Durante la guerra?

Antes de que la guerra se acabara. Diría que hacía el final de 1944. Se decía que la gente era enviada a los *Lager* y que aquellos que tenían mala salud era imposible que sobrevivieran a las condiciones.

Es decir, que las historias sobre la destrucción de la población le sorprendieron mucho.

Absolutamente. Totalmente. Quedé muy sorprendido.

¿Usted no tenía ni idea?

Absolutamente no. Por ejemplo nunca oí hablar de aquel otro campo... ¿Cómo se llamaba? ... Ah, sí... ¡Auschwitz! No sabía ni que Auschwitz existía.

Auschwitz no está lejos de Cracovia.

No está lejos. Pero nosotros no sabíamos nada sobre ese lugar; nunca oímos su nombre.

Son cincuenta kilómetros. Desde Cracovia a Auschwitz.

No lo sabíamos.

¿Sabía usted que a Hitler los judíos no le gustaban? ¿Lo sabía usted?

Eso sí que lo sabía todo el mundo. Se comentaba hasta en los diarios. Pero la noticia de que se llevara a cabo una destrucción planificada para nosotros fue una sorpresa. Tenga en cuenta que todavía hay gente que lo niega. De entrada, dicen, es imposible que hubiera tantos judíos. ¿Qué le parece a usted? ¿Había tantos judíos? De todos modos, lo que pasó me parece un auténtico escándalo.

¿De qué habla usted?

Del exterminio. Toda persona que tenga algo de dignidad, tiene que condenar los asesinatos. Pero nosotros eso no lo sabíamos, no.

Los polacos lo sabían. Lo sabían todo.

No me sorprende. Vivían cerca. Y no estaban obligados a callar.

La familia Tedeschi continuaba viviendo en la ilusión de los que no saben nada. Aquellos que sabían lo que estaba pasando, no lo decían. Los que no lo sabían, no lo preguntaban. Los que preguntaban, no recibían respuestas. Fue así entonces, es así hoy. Es decir, que la familia Tedeschi, como no sabía nada, no preguntaba y como no preguntaba, no podía descubrir nada, de manera que no estaban preocupados.

Durante los años setenta del siglo pasado, Haya entró, por segunda vez en su vida, en el estómago de Budapest, en la estación de Keleti. El espacio había cambiado completamente, pero no obstante se trataba del mismo lugar. La estación palpitaba al ritmo de los pasos de unos transeúntes que arrastraban cargas distintas de las que soportaron durante la guerra. La luz en la estación de ferrocarril temblaba, oscilaba, se recogía en las pequeñas piezas de cristal del techo que se iluminaban por un instante y luego desaparecían como diciendo «voy a volver». Los rostros de los viajeros expresaban paz, eran rostros quietos mientras que sus cuerpos se balanceaban sin miedo, casi con alegría. No fue como aquella otra vez cuando la espantosa rigidez de los gestos tenía su origen en el miedo. En la década de los setenta, Haya finalmente se enteró de (algunos) hechos que en los cuarenta le eran completamente desconocidos, por mucho que galoparan con todo el ruido bajo su ventana como una columna de tanques, como una inundación catastrófica o un terremoto.

Ah, las estaciones de tren, esos nudos que conectan pequeños mundos encerrados como

crisálidas, que ruedan cada uno a su manera, a veces colisionan con nerviosismo o ira, otras veces con ganas, y luego explotan, como el Volovox, y su contenido se derrama por las vías y se desliza en todas las direcciones. Las estaciones de tren son puntos de encuentro, son la frontera entre los vivos y los muertos, la frontera entre el infinito y el espacio encerrado de la ciudad, son la puerta de entrada a la ciudad, son una ciudad aparte. Las estaciones nacen de la disolución de las identidades. Cada frontera necesita su estación de ferrocarril; para que se forme esa confusión mágica, para que haya aglomeraciones, el fragor.

La familia Tedeschi llegó a Venecia durante el ataque a la ciudad. Haya estaba esperando encontrar brazos elevados por encima de las cabezas, esperaba un cúmulo de manos saludando en la aglomeración, esperaba flores y abrazos, los ojos llenos de lágrimas, las sonrisas tristes y los suspiros de alivio, «oh, pobre gente *nuestra*, qué destino tan duro os tocó, *benvenuti a casa*». No sucedió nada de eso. El tren entró en una estación desierta, por sus andenes solo se movían las motas del tiempo bajo una luna en la cual se había instalado el búho amenazador que lo escudriñaba todo. «El mundo se ha olvidado de nosotros», dijo Haya y se puso con toda su familia en la cola donde repartían las cartillas de racionamiento y los billetes gratis para el retorno a Gorizia, para el retorno a casa.

El abuelo, Bruno Baar, ya no estaba. Murió a los setenta y dos años, en 1939, justo cuando la familia Tedeschi embarcaba en Nápoles para ir a Valona, de manera que Ada no fue al sepelio. El abuelo Paolo Tedeschi vivía en Saló, con la cartilla del Partido Fascista en el bolsillo, que ya no le servía de mucho para disimular su origen judío. Gorizia, junto con Rijeka, Trieste, Údine, Pula y Liubliana fue integrada en una nueva región alemana, llamada *Adriatisches Küstenland*, *Litorale Adriatico*. Volvió a ser parte del Reich para volver a soñar, no precisamente con candidez, sobre *Mitteleuropa*. Haya conoció a sus otros familiares. Ada explicaba en voz baja a su hermana Letizia su vida en Nápoles y su vida en Valonia y de noche cambió el *šlivovica* de ciruela por la *grappa* italiana. Florian trabajaba en la tienda Delle tre Venezie, en la Piazza della Vittoria (teléfono: 8-17), vendiendo paraguas al por mayor y al por menor. Los domingos se iba al estadio de la Vía Baiamonti con el dueño de la tienda, Francesco Poletti, a ver los partidos del Gorizia, que jugaba en la segunda división (Busani, Blason, Cumar, Auletta II, Sessa, Ciuffarin, Gimona, Beorchia, Bonansea, Auletta I, Zanolla). ¿De qué otro club podría haber sido seguidor? Más tarde, en el año 1944, se trasladó a Milán y allí se hizo aficionado del Milán.

Trieste se convirtió en el centro de la OZAK (*Operationszone Adriatisches Küstenland*). Más o menos al mismo tiempo en que la familia Tedeschi llegó a Gorizia, justo antes de la Navidad de 1943, en Trieste tuvo lugar el encuentro de la pandilla de viejos amigos que después de haber terminado la Operación Reinhard en Polonia habían de ser trasladados a algún lugar y Himmler decidió por un procedimiento de urgencia que su próximo destino sería Italia. En Trieste se instalaron un centenar de hombres y mujeres del *Einsatzkommando* Reinhard y también muchos oficiales de las SS de Ucrania. El *Einsatzkommando* Reinhard abrió sus oficinas bajo la sigla abreviada de «R». El grupo de Trieste se llamaba R1, el de Údine R2 y el de Rijeka R3.

Se restauraron unos palacetes viejos y elegantes, renovaron el mobiliario y contrataron al personal de servicio, daban banquetes y bailes. Los cantantes y los bailarines ensayaban el repertorio adecuado para divertirse, llegaron películas nuevas, las compañías de ópera y las filarmónicas vinieron de gira, los cocineros célebres preparaban platos exquisitos en los nuevos clubes. Trieste volvió a vivir un momento dulce en su esquizofrenia, una mezcla paradójica de

realidad irrealidad.



De derecha a izquierda: Globočnik, Rainer y Kübler en Trieste, 1944.

Por la ciudad de Trieste patrullaba la policía nazi y el gobierno político y administrativo de la zona *Adriatisches Küstenland* se encontraba desde el 1 de octubre de 1943 en las manos del *Gauleiter* Friedrich Rainer[12]. Trieste era una ciudad enferma; igual que un hombre que rehúsa morir sin más, la ciudad intentaba luchar por conservar la vida como podía. Abandonada por Italia en 1943, la ciudad luchaba por recuperarse, pero, al mismo tiempo, ya había abandonado toda aspiración a la libertad, había perdido el raciocinio. Los restaurantes iluminaban las calles, se servían dentones y doradas; para los titulares de las tarjetas de racionamiento números 209-210 las patatas salían a 3 liras por quilo y se podían pedir 500g por persona; los teatros estaban llenos, *Lohengrin* de Wagner y *La viuda alegre* de Lehar fueron los grandes éxitos de la temporada 1943/44. La escuela Enenkel en Vía Battista 22 (teléfono 8800) ofrecía nuevos cursos acelerados de lengua alemana para niños y adultos. También se podía aprender dactilografía y estenografía. Esos cursos los estudiaban chicas a quienes después de un severo examen se les confiaban los trabajos de copiar los documentos *secretos* y públicos de la policía nazi. El pintor de tercera clase, el «simpático» Angelo Brombo, exponía en la galería Trieste sus óleos pintorescos con motivos venecianos románticos. Su colega Zoran Mušić, nacido en Gorizia, fue rápidamente trasladado a Dachau. El «nuevo equipo» en Salone Villa de la Piazza Ponterosso cortaba el pelo y lo teñía de color rubio de acuerdo con la moda más actual. El fútbol se jugaba con entusiasmo. Otro día, el club Ponziana perdió contra Tristina 2 a 11. El director de la gran orquesta de la radio de Trieste, Giacomo Cipci, fue a hablar amistosamente con su colega de Viena, Max Schönherr, después Max Schönherr visitó Trieste y lo conectó con el mundo. En el teatro Fenice se programaban representaciones matinales para los niños, básicamente *Blancanieves y los siete enanitos*. En el cinema Nazionale se pasaba la película *Venus for dem Gericht* (Venus ante el tribunal) en una producción de la Bayerische Filmkunst de Múnich. Hansi Knoteck hizo el papel de Venus. Luego se proyectaba el documental *Die Bauten A. Hitlers* (Los edificios de A. Hitler), todo en alemán, evidentemente. Trieste de nuevo se perdió, miraba confundida hacia su interior y preguntaba: «¿Quién soy ahora? ¿Hacia dónde voy? ¿De dónde

vengo?». El vacío se hizo profundo, oscuro y doloroso, tan doloroso que nadie ni nada pudo entrar allí. Trieste se convirtió en un fin en sí misma y la ciudad entera desapareció en esa confusión.



Los compañeros llegados a Trieste y a sus alrededores desde las oficinas administrativas de Belzec, Sobibor y Treblinka obtuvieron licencia para pasar allí sus últimos días felices, sus *happy days*, bajo la supervisión del jefe del *Einsatzkommando* de Trieste, Christian Wirth. En septiembre de 1943 llegó a la ciudad para preparar el terreno y asegurar el funcionamiento efectivo de sus hombres. Llegó a Trieste con gente experimentada y todos ellos participaron en la operación *Tiergarten 4*. Bajo ese nombre se eliminaban desde 1939 a los «enfermos incurables», primero los alemanes y luego los prisioneros de los campos.

Christian Wirth, el *SS-Sturmbannführer* (mayor), nació el 24 de noviembre de 1885 en Oberbalzheim. Era carpintero y trabajaba como operario en la construcción, en 1910 entró en el cuerpo de policía. Durante la Primera Guerra Mundial luchó en el frente del oeste. En el año 1930 ingresó en la unidad más cruel de la policía de Stuttgart y se dio a conocer por su trato denigrante hacia los prisioneros. Era miembro del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán desde 1931 y de las SS desde 1939, cuando lo condecoraron con la insignia de *Kriminalkommissar* de la policía criminal de Stuttgart, que formaba parte de la Gestapo. Rápidamente fue promovido a *Kriminaloberkommissar* y a *SS-Obersturmführer*. Fue destinado a la clínica psiquiátrica de Grafeneck, donde fue responsable del programa de eutanasia entonces ya bien establecido. En Grafeneck, Wirth conoció a Josef Oberhauser, el responsable del buen funcionamiento del crematorio. Este se convirtió en la mano derecha de Wirth y estuvo presente en todos los campos de la muerte de Polonia. En Grafeneck, Wirth conoció también al jefe de cocina Kurt Franz, que

más tarde fue el comandante del campo de Treblinka. Conoció allí también a Lorenzo Hackenholt y a Willi Mentz, con quienes disfrutaría en 1943 del clima mediterráneo de Trieste en compañía de Franz Stangl, el cruel comandante de Sobibor y Treblinka y otros viejos amigos, y visitarían los burdeles más selectos y los clubes nocturnos de moda.

Hacia el final de 1939, Wirth fue trasladado como jefe de la administración de Brandenburg an der Havel. En una antigua prisión organizó un centro de eutanasia. Allí supervisó los primeros experimentos de muerte por gas: un grupo de enfermos mentales fue asesinado con monóxido de carbono. Philipp Bouhler, miembro de la Oficina de Hitler, tuvo en aquel momento una idea revolucionaria: las cámaras de gas deberían ser camufladas como duchas. Poco después, Wirth volvió a Grafeneck, donde le promovieron a supervisor de todos los centros de eutanasia de Alemania y Austria.

Antes de la Navidad de 1941, Wirth llegó a Belzec, esa pequeña ciudad en el extremo sudeste de la Polonia ocupada. Se convirtió en el primer comandante de un campo de concentración con la ambiciosa misión de matar a todos los judíos. Lo llamaban Christian el Terrible. Sobre su falta de empatía circulan relatos espeluznantes.

Sobre Belzec no hay mucha información. El terror de Belzec ha caído en el olvido, Belzec es hoy un campo olvidado. Uno de los dos únicos supervivientes, Rudolf Reder, testificó delante del tribunal que juzgaba los crímenes de guerra en mayo de 1945:

Wirth era un hombre alto, tenía hombros anchos, una cara vulgar y unos cuarenta años.

Wirth era una bestia.

También existe el testimonio del mayor de las SS, Kurt Gerstein, que entonces era el responsable del departamento técnico de desinfección de las Waffen-SS:

A Belzec llegué hacia finales del año 1942. Mi responsabilidad era introducir los nuevos métodos de exterminio por gas y aplicar nuevas medidas en la desinfección de la ropa. En aquel momento acababa de llegar un transporte de judíos de Lvov y todos fueron de inmediato conducidos a las cámaras de gas. Wirth estaba en una pequeña plataforma y atosigaba a los prisioneros a golpes, pegándoles en la cara.

He aquí el testimonio de Chaim Hirszmann:

Una vez llegó a Belzec un transporte de solo niños y Wirth ordenó que todos los ellos fueran tirados a una fosa profunda y enterrados vivos.

Yo me llamo Werner Buboïs. En Belzec conducía un camión como miembro de las SS desde abril de 1942 hasta abril de 1943 y controlaba también el funcionamiento de las cámaras de gas. Wirth era un hombre brutal. Gritaba y amenazaba a todos los miembros de la guarnición alemana del campo, no pocas veces propinó alguna paliza. El único que no le tenía era Oberhauser.

En octubre de 1942, Odilo Globočnik, el líder de la *Aktion Reinhard*, nombró a Wirth inspector de las *SS-Sonderkommando Aktion Reinhard*. La primera misión de Wirth fue reorganizar el campo de Treblinka, que no funcionaba bien porque tenía una dirección demasiado

débil. Wirth trajo desde Sobibor a su colega Franz Stangl y lo nombró supervisor de Treblinka. Globočnik ordenó que por un tiempo no hubiera más transportes desde Varsovia. Treblinka amplió sus instalaciones, los métodos para ejecutar las matanzas se perfeccionaron, se construyeron cámaras de gas de mayor capacidad. De Belžec vino Lorenz Hackenholt con sus planos y dibujos. El SS Erwin Lambert, experto en la construcción de las cámaras de gas, fue nombrado director de los trabajos.

Hacia el final de 1942, Wirth estaba dirigiendo los campos de trabajo de la *oblast* de Lubin. Se instaló en una villa de dos plantas cerca del aeropuerto militar de Lubin, que en aquel tiempo no estaba operativo. En el mismo aeropuerto, Wirth reconstruyó tres hangares para que sirvieran de lugar donde clasificar los objetos confiscados a las víctimas de la *Aktion Reinhard*. Luego todo fue transportado en trenes hasta Berlín.

En el verano de 1943, Wirth fue promovido a *SS-Sturmbahnführer*. Después de la rebelión de Treblinka, el 2 de octubre de 1943 fue trasladado a Trieste.

Wirth fue asesinado el día 26 de mayo de 1944 en una emboscada de los partisanos cerca de Kozina. Fueron los miembros del I Batallón de la División de Istria, bajo el mando de Maks Zadnik, quienes lo interceptaron en un viaje desde Trieste a Rijeka. Otros once miembros del *SS-Sonderkommando* y miembros de la *Aktion Reinhard* y del *Einsatz R* fueron asesinados en el norte de Italia. Todos fueron enterrados primero en el cementerio militar alemán cerca de Opcine, luego exhumados durante los años 1957 y 1962 y enterrados, junto a otros 21 000 soldados alemanes, en un nuevo cementerio militar alemán cerca de Costerman, en la ribera este del lago de Garda. Sus nombres fueron borrados de las listas de víctimas de la guerra y de las esquelas, pero una vez al año visitantes anónimos depositan flores en sus tumbas marcadas con números (la tumba de Wirth lleva el número 716) y saludan con el brazo alzado. Y así hasta el mismo día de hoy.

Wirth estaba obsesionado con la «cuestión judía», de manera que en Trieste organizó la infraestructura necesaria para continuar con las matanzas masivas, hizo construir un pequeño crematorio muy eficaz. Los métodos elaborados en Polonia se aplicaron en la zona. Fue construido un campo de concentración dentro de los edificios abandonados de la planta de procesado de arroz de la arrocera San Sabba que había en los suburbios de Trieste. A Trieste llegó también el experto en construcción de crematorios, Erwin Lambert, que aplicó con éxito, en el antiguo secadero de arroz, las técnicas desarrolladas en Polonia. Los hornos empezaron a trabajar con solemnidad el día 4 de abril de 1944 con una cremación de prueba de setenta cuerpos de rehenes capturados entre la población civil que habían sido fusilados el día antes en Opcine. El personal de Wirth era experimentado, de manera que antes de ejecutar a los prisioneros, los torturaron y les pegaron. Y a los niños se les ordenó preparar la leña que serviría para quemar sus propios cuerpos.

La ocupación alemana de Trieste regaló a la ciudad catorce burdeles legalmente registrados y bajo la supervisión facultativa de médicos italianos. Trabajaban allí doscientas chicas de la calle también debidamente registradas. Los burdeles registrados admitían exclusivamente a militares (y a sus invitados de confianza). Los burdeles no inscritos se dejaban para los civiles. En las casas de pasión registradas, la pasión fue eficazmente controlada y adaptada a los gustos militares. El «usuario del servicio» recibía al entrar un formulario (por duplicado) en el cual la «secretaria» ponía oficialmente su nombre, el número de su unidad militar, su rango, el día de la visita, el

nombre de la «institución» y el apodo de la prostituta. Luego el cliente era revisado por el médico para comprobar que no tenía los animalitos que habitan en las regiones púbicas, ni gonorrea, ni, por Dios, sífilis. Luego era sometido a una cura profiláctica (lavado con agua y jabón o bien con cloruro de mercurio), se le administraba una inyección intrauretral con un dos por ciento de Protargol, por encima del pene se le esparcía el calomelano en polvo y finalmente se le entregaba un condón. Con el grito *¡Heil!*, el cliente finalmente podía marcharse a satisfacer su instinto sexual. La prostitución reglada no eliminó el deseo de los soldados, en eso los comandos de las SS no eran del todo eficaces, ni en Trieste, ni en Liubliana, ni en Rijeka, ni en Gorizia, ni en Pula, ni en Údine. Las muchachas hermosas de buena familia paseaban arregladas por las calles, eran felices y libres, y hay que tener en cuenta que es la caza de la presa lo que da sentido a la vida de un soldado. De manera que la gonorrea y la sífilis florecían, nacían hijos bastardos y en los alrededores de las ciudades y los pueblos del *Adriatisches Küstenland* empezaron a aparecer en secreto pequeñas clínicas psiquiátricas en las que los SS curaban sus traumas sexuales y de guerra.

No cabe duda de que el gran plan nazi de conquistar el mundo se fundamentaba en el secretismo. Las instituciones secretas, los documentos reservados, los experimentos tenebrosos, planes de guerra inescrutables, fantasmas místicos, sueños ocultistas, fábricas escondidas, campos camuflados, hospitales falsos, conferencias crípticas, industria dudosa y producción esotérica, batallas confusas y ataques ambiguos. El punto central, el eje alrededor del cual giraba esa podrida visión cósmica, se parecía cada vez más a la gigantesca crisálida de un insecto terrorífico. Los órganos sexuales, los penes y los coños, y su valor de uso y de mercado, su objetivo mesiánico, su vocación de lucha, es decir, fornicar, es decir, el *coitus vulgaris*, debían contribuir a crear el nuevo hombre y la nueva era. *The cunt makes a difference, the cock defines the difference*. Castración, esterilización, procreación controlada, fornicación y prostitución fueron las armas más potentes del Reich, fueron la obsesión mayor del Reich, lo mismo se puede decir de la Iglesia.

Sean las muñecas inflables, el Salon Kitty o las granjas para los *Lebensborn*, no importa. En 1943, los soldados de Himmler, casados o solteros, en todos los frentes, también en el *Adriatisches Küstenland*, tenían a su disposición burdeles que funcionaban sin ninguna incidencia. Se abrieron centenares de lupanares registrados. Y si faltaban putas, rameras, zorronas y golfas en la zona, se traían las *puellae publicae*, dedicadas a «la gran causa de la humanidad», desde París, Polonia, Bohemia, Moravia o Berlín, algunas a la fuerza, otras voluntariamente, hubo más de seiscientas en total. Las muchachas tenían la obligación de atender a cincuenta clientes por día. Por ejemplo, las que servían en la casa de citas de la Klosterstrasse de Stuttgart (y no solo ellas), participaban en el progreso de la ciencia porque utilizaban el diafragma con el fin de recuperar el semen de sus sementales para experimentos futuros (no hace falta ni decir que *secretos*).

Bajo jurisdicción alemana, los jueces de Trieste trabajaban sin parar. Los nuevos tribunales alemanes no admitían ni una sola sentencia absolutoria. La gente jugaba a la *lotto*. Los diarios estaban llenos de anuncios, se vendía de todo, ropa, joyas, piezas de arte, casas. Parecía que se estaba produciendo una gran mudanza general, a pesar de que muchos ya habían sido trasladados a otros lugares.

La vida es más fuerte que la guerra. Para la mayoría, para los obedientes y silenciosos, para aquellos que se quedan a un lado, para los *bystanders*, la vida se convierte en una maleta llena que nunca se abre. La pequeña pieza de equipaje se guarda bajo la cama, ese equipaje no viaja a

ningún sitio, sirve solo para que todo esté ordenadamente guardado —los días, las lágrimas, las muertes y las pequeñas alegrías que huelen a podredumbre. Los que se quedan a un lado nunca expresan sus pensamientos, no dicen cuál es su equipo favorito, porque ellos simplemente están allí y miran lo que pasa como si no vieran nada, como si nada estuviera pasando. Ellos viven según las leyes de este u otro gobierno y eso a la larga resulta beneficioso, sobre todo después de una guerra. Hay muchos *bystanders*, de hecho son la mayoría.

Los observadores ciegos, la gente «normal», son los que hacen apuestas seguras, son los que no arriesgan. Ellos quieren vivir sus vidas sin interrupciones. En la guerra, e ignorando la guerra, esos observadores ciegos giran la cabeza con indiferencia y rehúsan activamente saber nada. Su autodefensa consiste en un escudo duro. Encerrados en su cápsula, se regocijan como larvas.

Los hay en todos los sitios. En los gobiernos neutrales de los países neutrales, entre los aliados, en los países ocupados, entre la mayoría, entre la minoría, entre nosotros. Somos nosotros, los *bystanders*.

Durante sesenta años, esos observadores ciegos se han golpeado el pecho diciendo «somos inocentes porque no lo sabíamos», pero al llegar nuevas guerras y nuevas desgracias, aparecieron nuevos observadores. Así nacieron ejércitos de jóvenes y fuertes *bystanders* con los ojos vendados, que se alimentan directamente de esa exculpación al observador, de esa inocencia indestructible. Esos hombres inocentes son los que hacen posible el mal.

Los relatos insignificantes van apareciendo sin parar.

En 1989 murió a sus ochenta años Herbert von Karajan. Entonces Haya descubrió que él había sido miembro del Partido Nazi y que gracias a esa circunstancia podía dirigir las orquestas de su propia elección sin preocupaciones. Después de la guerra, a Von Karajan se le prohibió trabajar, la prohibición fue efectiva hasta el año 1948. Luego el público volvió masivamente a sus representaciones y le aplaudieron con fervor. Diez años más tarde, en 1958, lo nombraron director vitalicio de la Orquesta Filarmónica de Berlín y su popularidad fue en aumento, la tierra iba absorbiendo el pasado como si se tratara de la lluvia.

Haya también conoció el periplo de Tom Stoppard. Supo que Tom Stoppard nació con el nombre de Tomas Straussler en Zlin (Moravia) donde el señor Bata fundó su famosa fábrica de zapatos. Supo que hasta 1999 Tom Stoppard no tuvo ni idea de que él era judío, luego (por casualidad) lo descubrió. El padre de Tomas, Eugene Straussler trabajaba en el hospital de la fábrica como médico. Justo antes de la ocupación alemana de Bohemia, en 1939, el señor Bata se propuso salvar a sus trabajadores, y también a su médico, de manera que los envió a las filiales que tenía repartidas por el mundo. La familia Straussler se trasladó a Singapur. Y antes de la primera ocupación japonesa, Marta Straussler, nacida Beck, marchó con sus dos hijos primero a Australia y luego a la India, mientras que Eugen Straussler embarcó en un barco lleno de fugitivos que los japoneses hundieron con un torpedo. En la India, Marta Straussler conoció a un oficial británico, de nombre Stoppard, que pidió su mano, dio a sus hijos su apellido y todos juntos se instalaron en su nueva patria adoptiva. En Inglaterra vivieron *happily ever after* como si no hubiese existido su vida anterior, ninguna otra familia, ninguna guerra, ningún campo de concentración, ninguna otra lengua, ninguna clase de memoria, ni tan siquiera los primeros amores checos. En el año 1966, Marta Beck, casada con Straussler, y en segundas nupcias casada con Stoppard, murió. Tomas, entonces ya no tan pequeño, el hombre que nació con el apellido Straussler y más tarde adoptó el apellido Stoppard, empezó a enfrentarse a su pasado, cansado ya de escribir tantas obras de teatro. Justo cuando su pluma se había secado, se abrieron delante de él

las puertas del Tiempo. En Chequia, Tomas descubrió que sus abuelos y sus abuelas, sus tíos y sus tías maternos y paternos, sus primos y sus primas desaparecieron como si nunca hubiesen existido. Para él, de hecho, nunca habían existido, y así volvió a su bella lengua inglesa y a su única patria, a su familia real y se puso a ordenar las impresiones de esa excursión que lo había llevado al interior de su propia vida.

He aquí también la historia de Madeleine Albright, que nació en 1937 como Madalenka Jana Korbel. Ella también descubrió con un retraso de sesenta años que era judía y que sus abuelos y sus abuelas, sus tíos y sus tías maternos y paternos, sus primos y sus primas se esfumaron como si nunca hubiesen existido. Madeleine lo descubrió cuando aparecieron los descendientes de un tal señor Nebrich. El Señor Nebrich, ciudadano del Reich, aunque nunca se hizo miembro del partido Nazi, vivió cómodamente (como un *bystander*) en su amplio y lujoso piso en el centro mismo de Praga, en Hradčanski náměstí número 11. Madeleine no supo nada de esto. Su padre, Josef Korbel, volvió el año 1945 desde Londres —a donde huyó en 1939— a Praga y entonces el nuevo gobierno le adjudicó el piso expropiado al señor Nebrich con todo su mobiliario, las alfombras persas y las pinturas. Lo que pasó es que un buen día, el hijo del *bystander* Nebrich, el señor Karl Nebrich, un ciudadano austríaco y un industrial potente, acusó a Josef Korbel, entonces ya difunto, de haberse apropiado de millones de dólares en concepto de las obras de arte que habían pertenecido a su difunto padre. Entre esas obras había un Tintoretto y un André del Sarte. Mientras tanto, la familia de Korbel había obtenido asilo político en los Estados Unidos.

He aquí también la Cruz Roja, que ayudo a los nazis a lavar el dinero de sus víctimas deportadas, he aquí la Ford Motor Company, que divulgaba el antisemitismo más venenoso, y la Singer, y la Krupp, y la Jena, y la Agfa, y la I.G. Farben, y la Siemens, y la Bayer A.G., y la BMW, y la Daimler-Benz, y la Volkswagen, no se acaba pronto la lista de empresas y de sus propietarios que utilizaron como mano de obra a los prisioneros de los campos para construir sus fortunas, para mostrar su amor patriótico. Aprovecharon a los prisioneros antes de que los nazis invitasen a los inquilinos de sus campos: «Por aquí, señoras y señores, se llega al paraíso, es aquí dónde ofrecemos una ducha con gas».

La familia Tedeschi fue una familia civil, de *bystanders*, de gente callada. Sus miembros, cuando no callaban, se afiliaban al movimiento fascista.

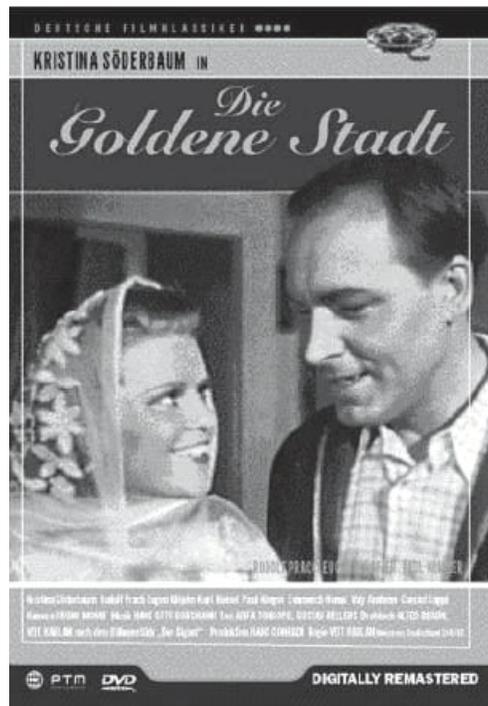
En septiembre de 1943 vivía en Vía Nizza 21 el nuevo jefe de la policía SS para el Litoral Adriático, el *Gauleiter* Odilio Globočnik[13]. El jefe de la Gestapo y ministro del interior, el *Reichsführer* SS Heinrich Himmler, ordenó a su amigo Globočnik que se dedicara a la represión política, racial y antipartisanas en toda esa región. A tres números de distancia, en Vía Nizza 15, se encontraba la Casa Germánica. Allí solía esperar Globočnik a su nueva novia Lore Peterschiegg, presidenta de la Liga de las Muchachas Alemanas (*Bund Deutscher Mädel*) de Carintia. Globočnik solía comer arroz negro, *gulasch* con *knödeln* de pan o liebre en salsa. Le gustaba ver películas de entretenimiento y explicaba chistes al personal de servicio. Globočnik era un policía inusual, era un policía que no inspiraba miedo, le gustaba tener vida social. Haya conoció a Globočnik en mayo de 1944 cuando visitó en compañía de su amigo Kurt la Casa Germánica para ver la película austríaca *Eine Frau wie Du*. Aquella vez, el señorito Kurt le cogió secretamente la mano en la oscuridad.



Haya ya no recuerda la casa en la cual vivieron. Hay detalles que ya no puede evocar, pero otros en cambio los recuerda perfectamente. El invierno de 1943-44 fue frío, con mucha nieve, un invierno duro, eso sí que lo recuerda todavía. En febrero repartieron una ración de sal de mesa, 150 gramos por persona. Un miércoles se fue a buscar las cartillas de racionamiento de la serie 243 para poder comprar queso y compró un poco de *gorgonzola* a 18 liras, de *provolone* a 19 liras y de *montanara* a 20 liras, esto también lo recuerda. Aquel febrero, de hecho, Haya lo recuerda bien. Una conocida de Ada, Lucia de Martin, recibió de Mussolini 8000 liras por haber contribuido a la nación con catorce hijos. Cuatro de sus hijos estaban en los campos de batalla, uno fue capturado por los ingleses, otro fue declarado incapacitado porque sufría TEPT y los demás pertenecían a la Guardia Nocturna Fascista (Istituto di Sorveglianza Notturna Isonzo, Corso Verdi, 28). Haya recuerda que aquel mes llegó también el aceite, un decilitro por persona, y también concentrado de salsa de tomate, 50 gramos para cada persona. Recuerda que la temporada de teatro era muy lírica. En el Teatro Verdi habían programado *Aida*, *La Traviata*, *Rigoletto*, *El barbero de Sevilla* y *Carmen*. Cantaban Favero, Malipiero, Casteliani y Filipeschi. Ella se fue a escuchar *La Traviata*, luego lloró en su cama fría hasta la madrugada por otras razones que nada tenían que ver con el contenido de la ópera. Recuerda que había toque de queda desde las 22:00 hasta las 5:30 y cómo había de apresurarse a volver a casa... Recuerda que toda la familia tenía miedo de los ladrones y también de los bandidos de Tito, de sus partisanos, esos son los que les daban más miedo. Haya no se podía explicar por qué Gorizia fue ocupada por los alemanes. Ella en septiembre de 1943 ya no vivía en Gorizia, de modo que eso no era algo que le importara. Los cines estaban abiertos: Cinema Teatro Vittoria, Cinema Savoia, Cinema Moderno y Cinema Italia, todos ellos propiedad de Gaiero e Gnoto. Proyectaban las novedades de más éxito, películas italianas y alemanas, no importaba. La *bora* soplabla aullando, la nieve se levantaba, cuando ella cerraba su papelería, su tienda de tabaco, su quiosco en la intersección de las calles Seminario y Ascoli, aquella misma tienda en la cual veinte años antes había trabajado su madre, Ada. Lo único que había cambiado es que la dueña ya no era Zora Hochberger, que se perdió sin dejar huella, sino Caterina Cecotti. Después de girar la llave en la puerta, Haya se adentró en el silencio blanco, envuelta en varias capas de abrigos como una condesa rusa y ya entonces supo que esos mundos le resultarían inalcanzables. Oh, sí, lo recuerda y al mismo tiempo no lo recuerda. Aquí, al lado de sus pies, en el cesto de color rojo, guarda un montón de programas viejos y de entradas. En algún caso solo hay una entrada, en otros casos hay dos juntas. Hay carteles pequeños y grandes, en color y en blanco y negro, hay fotografías de divas del cine, algún salvamanteles de la

pastelería La Perugina. Todo bien ordenado a la espera de que llegara la vejez, para poderlo recordar. Y ahora, mientras Haya ojea todo eso, le parece que los recuerdos son transparentes, agujereados, gastados.

Ah, Kristina Söderbaum, con sus cabellos dorados, sus ojos azules, su hermosura, una encarnación perfecta de la mujer aria en *La città d'oro (Die goldene Stadt)*. Y, oh, qué duro fue el castigo por su pequeña desviación fuera de los senderos «naturales» para una mujer. Igual que Haya, fue aislada, rehusada, abandonada, rota, porque soñaba la posibilidad de una vida diferente. Oh, Dios.



Haya no sabía nada de Kristina Söderbaum, que nació en Estocolmo en 1912, excepto que Kristina Söderbaum era hermosa de aquella manera que a ella, a Haya, le hubiera gustado ser hermosa, y que probablemente era tan feliz y tan famosa como le hubiera gustado ser feliz y famosa también a Haya, quizás tendría suficiente con ser feliz en aquel año 1943, en un año en el que su pequeña vida en Gorizia resultaba ser demasiado cotidiana. ¿Cómo podría Haya saber en aquel año 1943 que Kristina Söderbaum actuaba en cortometrajes y largometrajes de propaganda nazi del Tercer Reich? No pudo haber visto el melodrama histórico y antisemita *Jud Süß* porque vivía en Valona y en Valona la película *Jud Süß* no llegó a estrenarse, seguro que no. Si ese melodrama histórico y antisemita hubiera llegado a la cartelera del cine de Valona, Haya hubiera ido a ver la película. Lo mismo se puede decir sobre la autobiografía de Kristina Söderbaum con el título *Nichts bleibt immer so*, en la cual Kristina Söderbaum aconseja a la gente que cambie, que avance en la vida y que sobre todo cumpla con sus deberes patrióticos. Los deberes podrían ser por ejemplo pequeñas actividades artísticas, inocentes todas ellas, como participar en una película. La autobiografía de Kristina Söderbaum *Nichts bleibt immer so* fue escrita mucho más tarde, en 1983, pero Haya no la leyó nunca. Es evidente que a partir de 1943 Haya dejó de seguir la vida de Kristina Söderbaum. Se dejó de interesar por su carrera de actriz y por su vida fuera

del cine porque ella misma, Haya, tuvo entonces otro trabajo, tuvo sus propias preocupaciones. La vida de Kristina Söderbaum dejó de interesarle cuando su propia vida se convirtió en una vida muy diferente de la que ella había soñado. Y luego, cuando ya se había instalado en su calma fuera del tiempo, en su piso de Gorizia, las esperas la paralizaron del todo. Poco a poco, como el óxido o la sal afectan hasta a los metales más preciosos, su memoria se cubrió de pequeños agujeritos. En 2001, Haya leyó en un diario alemán —Haya todavía leía y seguía las noticias en la prensa alemana—, Haya supo pues por un diario alemán que Kristina Söderbaum acababa de morir y que al final de su vida se había convertido en una fotógrafa de moda célebre. El juicio a su marido y director de cine Veit Harlan había quedado del todo olvidado. Al leer la noticia, se balanceó con un poco más de fuerza en su balancín: «Otra página amarillenta de la historia», dijo. Así es.

En 1973, sentada bajo el secador de la famosa peluquería Marisa, Haya leyó en una revista femenina que en California acababa de morir de cáncer a sus sesenta y nueve años la famosa diva húngaro-alemano-estadounidense Käthe von Nagy, nacida en Subótica en 1904. Haya suspiró profundamente: «¡Oh, Käthe!». En su memoria, en el fondo de su cráneo, se despertaron las imágenes de sueños, que había ido guardando durante tanto tiempo.

Kristina Söderbaum debería haberse convertido en el modelo para la famosa «muñeca de goma desinfectada de tamaño natural» que debían desarrollar Franz Tschackert y su equipo. La idea la tuvo el fanático católico y avicultor, *Reichsführer* de las SS Heinrich Himmler para preservar la salud de sus potentes soldados. De esa manera no tendrían ninguna necesidad de mezclarse con «mujeres contagiosas y extranjeras». Lejos de sus casas podrían continuar soñando con sus tersas y fértiles compañeras de cama que incluso cuando se abren de piernas no se deshacen las trenzas enrolladas encima de las orejas para no estropear su *Schneckenfrisure*. «Las muñecas también podrían tener cabellos oscuros» propuso el médico de las SS, el danés Olen Hennussen. El psiquiatra Dr. Rudolf Chargeheimer exclamó: «Es evidente que sí. Lo único que importa es que nuestros muchachos se puedan aligerar. ¡Solo la lucha, la lucha y nada más es su único objetivo!». De manera que entró en el concurso, aparte de Kristina Söderbaum, también la traviesa Käthe von Nagy. Pero Käthe von Nagy dijo: «Esto está fuera de la cuestión. Yo, mi rostro, no lo regalo a nadie». De manera que fueron consideradas luego también las atletas, las ganadoras de los Juegos Olímpicos, Wilhelmina von Bremen y Annette Walter. El médico de las SS Joachim Mrugowsky se retiró del proyecto *Geheime Reichsache*, es decir de un proyecto marcado con el sello de los secretos mejor guardados, porque aceptó voluntariamente una misión relevante — ser responsable de los experimentos médicos para los cuales se utilizaría a los prisioneros de los campos de concentración. En 1947 aceptó, también voluntariamente, ser llevado hasta Núremberg, donde (de todos modos) lo condenaron a la pena de muerte. Es decir que Mrugowsky abandonó el proyecto del Instituto de las SS para la higiene (de la raza) y fue entonces cuando el danés Hennussen enfatizó: «¡Ah, no! No deberíamos utilizar a ninguna de nuestras bellezas. ¡La muñeca no debería desplazar a la madre y a la esposa honesta, la protectora del tesoro familiar, del hogar, el ángel de nuestro futuro! Cuando un soldado haga el amor a Borghilda (la muñeca se llamaba Borghilda porque era concebida como un *kiborg* femenino de nombre Hilda), cuando un soldado copule con Borghilda, ¡eso no debería tener ninguna relación con el amor! Borghilda debería tener pelo corto como un chico porque ella es parte de nuestras fuerzas armadas. Ella es la puta que uno se lleva a la misión. Ella no es la Madre Patria».



Borghilda se debería haber producido en tres variantes: tipo A (altura 169 centímetros), tipo B (176 centímetros) y tipo C (182 centímetros). Se decidió que la producción en serie empezaría primero con el tipo B, pero los responsables del proyecto no consiguieron ponerse de acuerdo sobre los senos de Borghilda. Las SS pedían que los senos de Borghilda fuesen redondos y llenos.

El Dr. Hennussen dijo, en cambio: «Quiero senos pequeños en forma de una crisálida, unos senos que se adapten bien a la forma de una taza». Y ganó Hennussen. En septiembre de 1941 nació Borghilda B, el tipo nórdico *par excellence*. La presentación de Borghilda en Berlín suscitó tanta admiración entre los oficiales de las SS que Himmler enseguida hizo un pedido de cincuenta piezas. Pero en el Este pasaban entonces cosas terribles, de manera que Borghilda nunca llegó a manos de los soldados. Solo existió el prototipo de Borghilda que durante todo el tiempo de la guerra estuvo atrapado en el gabinete de su padre Franz Tschackert, sin haber dado placer ni a uno solo de los soldados agotados en la lucha. Más tarde, en febrero de 1945, Borghilda desapareció bajo las ruinas de Dresde.

En la década de 1930, en Giesebrechtstrasse 11, en Berlín, funcionaba a pleno rendimiento el famoso (y lujoso) burdel de Madame Kitty Schmidt, conocido como el Salón Kitty. El Salón Kitty estaba destinado a los diplomáticos extranjeros y a la flor y nata de la vida pública y social alemana: banqueros, industriales, políticos. La discreción estaba garantizada, los servicios eran de primera clase y los precios fabulosos. Pero Hitler empezaba a tener cada vez más poder y el negocio de Kitty Schmidt era cada vez más inseguro. En 1939 al Salón Kitty ya no iba casi ninguno de los hombres de negocios judíos con sus buenos modales porque los camisas pardas pegaban palizas a los hombres de negocios judíos con buenos modales. Les cerraban las fábricas y en general les destrozaban las propiedades —y luego venían, con los rostros enrojecidos, sudados y borrachos a casa de Kitty para «relajarse». La policía cada vez con más frecuencia hacía redadas. Kitty no era tonta, Kitty estaba preocupada porque sus pérdidas económicas no paraban de crecer. Los judíos estaban abandonando Alemania y Kitty los ayudó *secretamente* a desaparecer de Alemania. Ellos, a cambio, la ayudaron con la transferencia de grandes sumas de dinero, que ella había ahorrado, a la banca británica. El 28 de junio de 1939, Kitty dejó Berlín con el objetivo de ir al encuentro de sus ahorros que la esperaban en Londres. Pero la Gestapo no admitía errores. Kitty Schmidt llegó hasta la frontera entre Alemania y Holanda, donde fue detenida por miembros de la policía secreta. Fue conducida delante del jefe del *Sicherheitsdienst*, es decir, delante del director de la Agencia Estatal de Contraespionaje. Walther Schellenberg era un hombre influyente y listo, más tarde ascendió a General de Brigada de las SS. Entre sus responsabilidades figuraba, por ejemplo, la persecución del grupo de espías soviéticos llamado Orquesta Roja. Trajeron delante de Schellenberg a una puta de cincuenta y ocho años, ya vieja. Kitty Schmidt se adentró en la oscuridad de la famosa Prinz Albertstrasse y él, Walther Schellenberg, le puso delante de las narices un *dossier* grueso que mostraba todas sus actividades ilegales y antipatrióticas. «Y, ahora, estimada Kitty», dijo Walther, «debes saber que estas acusaciones te garantizan una estancia sin límite de tiempo en uno de nuestros agradables campos de concentración. Pero —añadió Walther Schellenberg—, si estás dispuesta a hacernos un favor, quizás nosotros también podamos hacer algo por ti».

«¿Quién quiere muñecas artificiales, quien quiere una Borghilda?», dijo riendo *SS-Gruppenführer* Reinhard Heydrich, el organizador de la Noche de los Cuchillos Largos, el hombre que ideó los *Einsatzgruppen*, el que fue el presidente de la conferencia de Wannsee y luego fue conocido como «el carnicero de Praga». Heydrich era por aquel entonces jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA). Consiguió convertirla de una institución miserable en una organización fuerte con millares de fichas sobre comunistas, sindicalistas, socialdemócratas, industriales ricos y judíos. Hasta incluyó a miembros de su propio partido nazi y a los líderes de las SA. Era un sádico sin capacidad de relacionarse, un gimnasta destacado,

hábil en la esgrima, un piloto sin miedo, educado en la alta sociedad y en una familia de músicos y artistas. «¿Quiere muñecas?», exclamaba Heydrich, «si nosotros poseemos mujeres vivas de primera clase. ¡Y están preparadas para servir!». Después de la guerra, Walther Schellenberg escribió en la prisión sus memorias, con el título *Laberinto*. En esas memorias suyas Walther Schellenberg afirmó que todas «nuestras» mujeres que trabajaban para Kitty eran mujeres cultivadas y de mundo, originarias de Berlín y altamente cualificadas. Y que entre ellas había mujeres que procedían de las más altas esferas de la sociedad alemana. Eran mujeres que estaban dispuestas a servir a su patria sin reservas. Después de dos años de prisión (de los seis a los que fue condenado), Schellenberg fue puesto en libertad porque sufría cáncer de hígado. Murió en Turín en 1952, convencido de que él había sido uno de los espías de mayor éxito de todos los tiempos.

Faltaba poco para que empezase la guerra y la información se administraba con cuentagotas. En compañía del vino y de mujeres bellas, entre los espasmos de las pasiones coitales, se podían revelar muchos secretos. Así que Reinhard ordenó a Walther: «Aprieta a Kitty Schmidt». Y Kitty Schmidt se vio obligada a ceder su famosa casa de alegrías al *Reichssicherheitshauptmann*. Firmó una declaración *secreta* con la cual se comprometía a no hacer preguntas, a obedecer ciegamente. También firmó que estaba de acuerdo con que, en caso de no acatar las órdenes, podrían apartarla en cualquier momento. Y así, mientras la prostitución fue oficialmente abolida, o mejor dicho, severamente prohibida, por orden de Walther Schellenberg, en la casa de la calle Giesebrechtstrasse 11 empezaron las obras. La casa fue completamente remodelada. Se construyó un burdel nuevo, más bonito, más lujoso, un burdel perfecto, una casa de citas elegante para personas importantes que serían objeto de espionaje. Todos los espacios, desde los pasillos hasta los dormitorios en el tercer piso del edificio número 11 de la Giesbrechtstrasse, tenían paredes dobles con aparatos de escucha integrados. Los cables invisibles iban a parar a un sótano blindado donde había cinco mesas para el *monitoring* y dos tocadiscos con placas de cera que permitían grabar simultáneamente diez conversaciones.

El *SD-Unterstromführer* Karl Schwartz fue encargado de la selección de personal. Se hicieron registros en los lupanares, en los clubes nocturnos y en las calles, de manera obsesiva. Las chicas escogidas pasaron por una selección rigurosa. Llegaron médicos, psiquiatras, lingüistas y profesores universitarios para facilitar el proceso de selección a Schwartz. Había que escoger a noventa «activistas» de belleza indiscutible y luego volver a seleccionar entre ellas a veinte chicas de primera clase. Durante siete semanas fueron aisladas en una de las alas de la academia militar de Sonthofen, en un lugar inaccesible, rodeado de bosques densos y pequeños lagos. Un paraje de espectacular belleza que, de todos modos, en aquel momento estaba escondida bajo la nieve. Las muchachas estaban rodeadas de aire puro, pero no tuvieron tiempo de disfrutar de sus beneficios porque el ejercicio de los placeres de la noche exigía una reeducación en profundidad: cursos rápidos de lenguas extranjeras, entrenamiento en el uso de las armas y en artes marciales, conferencias políticas e ideológicas, clases de economía global y nacional, tuvieron que memorizar cifras secretas y objetivos militares, aprender a distinguir uniformes y rangos militares hasta que se convirtieron en perfectas Nikitas nazis, bellas muchachas al servicio del contraespionaje, *joh, tempora!, joh, mores!* En marzo de 1940, la RSHA abrió el Salón Kitty renovado. Después de cada encuentro, las muchachas estaban obligadas a escribir un informe, sin saber que a ellas también las estaban escuchando.

Dieron las últimas instrucciones a Madame Schmidt:

—Todo debe parecer igual que antes —dijo Schwartz, o quizás era Schellenberg quien se lo dijo, no tiene importancia.

—Usted debe conservar a los clientes antiguos y también a las chicas de antes. De vez en cuando le enviaremos invitados especiales —dijo seguramente Schwartz—, y lo único que debe hacer usted es controlar que esos clientes bajo ninguna circunstancia vayan con sus chicas de antes. A los invitados especiales usted les mostrará únicamente ese álbum con las veinte damas selectas, y cuando el invitado escoja la suya, usted llamará por teléfono a esa señorita y ella llegará en diez minutos. Con esas veinte muchachas usted no hablará nunca sobre sus clientes. Y ellas abandonarán el Salón tan pronto como el invitado especial salga a la calle.

—¿Y cómo sabré yo que se trata de un invitado especial? —preguntó Madame Kitty, que estaba deseosa de que su negocio volviera a funcionar.

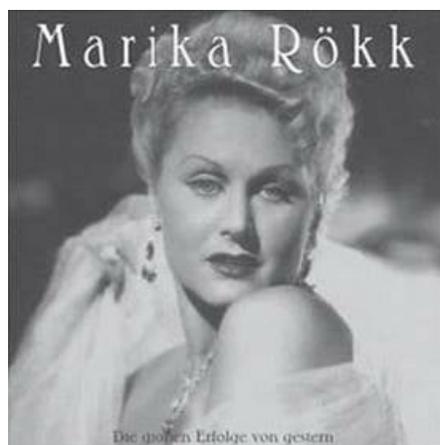
—Nuestros invitados van a utilizar la contraseña «Acabo de llegar de Rothenburg» —dijo Schwartz, o quizás era de nuevo Schellenberg quien se lo dijo.

—¿Dónde está Rothenburg? —preguntó Kitty Schmidt.

Schellenberg en seguida recordó a Kitty Schmidt que había firmado un contrato *secreto*. Kitty Schmidt ya no preguntó nada más, simplemente coordinaba el negocio y hacía ver que no se enteraba de nada. No obstante, una vez fue al Salón Kitty un soldado que realmente acababa de llegar de Rothenburg y no era un invitado especial en absoluto. Ese soldado de Rothenburg tuvo derecho a un servicio sexual de primera clase con la dama del álbum número 7. Y mientras el soldado de Rothenburg estaba allí, no reveló ningún secreto. Simplemente acabó el asunto mejor que nunca antes y después de un orgasmo celestial, mientras sorbía champán, tomaba caviar y susurraba a la guapetona unas promesas estúpidas, no reveló ningún secreto porque no guardaba ningún secreto que pudiese revelar. Pero las placas de cera giraban y giraban, aunque no podían grabar más que suspiros. Hasta el final de 1942 visitaron a Kitty personajes diversos, potentados extranjeros y nacionales, el conde Galeazzo Ciano, Joachim von Ribbentrop, su colega español, el ministro de Exteriores, Ramón Serrano Suñer. Un cliente especialmente exigente era el coronel general de las SS Sepp Dietrich, que pedía veinte chicas para sus orgías magistrales. Las «niñas» quedaban exhaustas a causa de su potencia sexual y condición física y hasta el personal de confianza en el sótano quedaba impresionado y excitado por sus logros. En cambio, durante las visitas regulares, durante las frecuentes «inspecciones de rutina», de Reinhard Heydrich, todos los mecanismos de escucha en el Salón Kitty se desconectaban obligatoriamente. Al Salón Kitty iban también espías, sobre todo espías británicos, como por ejemplo Roger Wilson, que se presentaba a sí mismo como funcionario de la embajada búlgara con el nombre de Ljubo Kolčev. Por casualidad tropezó con los cables de los aparatos de escucha mientras los empleados del sótano en el Giesebrechtstrasse los estaban conectando a la red de la *Sicherheitsdienst* (SD) de Meinekestrasse que se encontraba justo al lado del edificio en el cual vive todavía hoy el premio Nobel Imre Kertész. Lo más probable es que fuera precisamente en ese edificio de Meinekestrasse donde a mediados de 1940 Eichmann sellase su destino. Wilson descubrió, pues, por casualidad lo que estaba pasando en el Salón Kitty más allá del sexo, de manera que él también introdujo al Salón Kitty *secretamente* los servicios británicos de contraespionaje. ¡Pobre Borghilda! *Those were the days, my friend*. Solamente durante el año 1940, subieron más de diez mil hombres al tercer piso del edificio número 11 de la calle berlinesa de Giesebrechtstrasse. En un solo mes se grabaron más de tres mil sesiones orgásmicas. A medida que el tiempo iba pasando, los invitados especiales llegaban con más frecuencia, con mucha más frecuencia que los clientes habituales. Las

chicas «especiales» trabajaban a toda potencia y así se acostumbraron a pasar más y más tiempo en las dependencias de Madame Kitty. Cada vez bebían más e informaban menos. La disciplina empezó a aflojarse entre los miembros de esos servicios de contraespionaje sexual. La Gestapo envió cantidades adicionales de bebida y de comida, aunque todo esto tenía su coste, sobre todo teniendo en cuenta la guerra. La desconfianza de Heydrich iba en aumento. En julio de 1942, el edificio de Giesebrechtstrasse fue derribado por una bomba y la Gestapo decidió abandonar la operación. Con bastante urgencia se eliminaron los restos de los aparatos de escucha. Kitty se trasladó al sótano con las chicas especiales —las carrozas que en un instante habían pasado a ser calabazas— y con sus chicas de siempre —acostumbradas a vivir entre las cenizas— y allí continuó llevando su negocio. Hasta su muerte en 1954 no dijo a nadie ni una sola palabra sobre esa operación. Los veinticinco mil discos que la Gestapo grabó desaparecieron sin dejar rastro cuando los rusos entraron en Berlín. Dicen que acabaron en las oficinas de la Stasi. De nuevo se confirmó que hacer la guerra con coños resulta inefectivo.

Oh, sí, Haya recuerda a la actriz húngara Marika Rökk, que conquistó el corazón grande y compacto de la Alemania nazi con su *Die Frau meiner Träume*, con su *Leichte Kavallerie* y con su *Der Bettelstudent*. En las películas cantaba y bailaba, y actuó hasta los años sesenta, luego empezó a hacer lo mismo en los teatros aquí y allá, en todas partes, aunque Marika Rökk nunca vino de gira a Gorizia. No obstante, Haya conservaba un cartel del año 1944. También recordaba la noticia que había oído en una emisora local de Gorizia sobre el infarto fatal que sufrió Marika Rökk en el año 2004 cuando ya estaba en sus noventa. Marika se llevó a la eternidad el premio Bambi del año 1948 y el premio conmemorativo Bambi del 1998. El premio llevaba el nombre del famoso libro escrito por Felix Salten, un judío nacido con el nombre Sigmund Salzman, que empezó su carrera como escritor enviando poemas, cartas, relatos y ensayos a diferentes diarios de Viena bajo diferentes seudónimos. *Bambi* fue el libro que marcó la infancia de Haya y de Nora. En 1923, cuando fue publicado en Viena, se convirtió en un grandioso éxito. Los niños durante una década o más soñaban con *Bambi*. Pero en 1936, de pronto, *Bambi* fue prohibido porque los nazis llegaron a la conclusión de que *Bambi* enviaba mensajes terribles a su pequeña prole. No podían dejar que un sucio judío enturbiara la fuente de vida del país. Para la hermana de Haya, Paula, y para el hermano de Haya, Oreste, *Bambi* no era un libro que hubiera marcado su niñez. Ellos escucharon cuentos sobre Blancanieves, Cenicienta, Caperucita Roja porque los cuentos sobre Blancanieves, Cenicienta y Caperucita Roja eran cuentos de valía eterna, recogidos por los hermanos de apellido Grimm, hombres de pura sangre, y no escritos por alguien que se llamara Salzman. Ese Salten era de hecho un tipo del todo desaconsejable. En 1902 provocó al público con un escrito «*In memoriam*» de Émile Zola. En 1910 escandalizó a la ciudadanía de Viena porque atacó al alcalde, que acababa de morir, un alcalde estimado que conservó su cargo durante años, demócrata cristiano y antisemita ferviente, el protegido de Hitler, el Dr. Karl Lueger. Su torso de bronce se puede admirar todavía en el Café Prückel, en cuyo sótano se reunían los artistas de cabaret —todos ellos judíos— antes de que empezasen a enviarlos a los campos. Y en el centro de Viena es posible dar una vuelta todavía hoy por el Paseo del Dr. Karl Lueger.



Marika Rökk, célebre actriz, fue archivada en la memoria de Haya con un premio por el conjunto de sus logros y especialmente por su contribución a la industria cinematográfica alemana. «No importa», dijo Haya, «nadie puede ordenar ese caos».

Luego están también María Mercader en la película *Finalmente soli*, y también Doris Durante como Contessa Castiglione, y Ernst von Klipstein que nunca había gustado a Haya a causa de su rostro alargado, y la famosa actriz Margit Dayka en aquella película, ¿cómo se llamaba?, en la que hacía de huérfana. Ya de mayor, la protagonista descubría que probablemente era judía y por eso no se pudo casar con un muchacho que era, como todos esos actores, alto y rubio y sano y fuerte y tenía unos dientes blancos preciosos. Ella le quería mucho, pero él tenía prohibido fijarse en las chicas judías en general, aunque fuesen unas judías rubias y altas y sanas, con esos mismos dientes blancos como los suyos. No había ninguna posibilidad, resultaba absolutamente imposible. Y luego esa chica —a Haya le parece recordar que se llamaba Rozsi, sí, esa Rozsi cuyo papel hacía Margit Dayka— se quiso matar, pero al final todo acabó bien porque resultó que Rozsi de hecho no era judía. Así que se pudo casar libremente con quien quisiera. Una película tierna como esa podía en las tristes noches de Gorizia llenar el corazón de Haya con las esperanzas de una vida mejor. En 1944 Haya soñaba con el futuro, un poco bajo su edredón, un poco en la oscuridad de las salas de cine medio vacías mientras desde allí arriba, en el lienzo, que la oscuridad hacía más grande y más amplio, unos ojos azules penetrantes la observaban, ojos de hombres y de mujeres y ella les devolvía la mirada, observaba su piel de seda, sus cabellos ondulados, se interesaba por sus destinos heroicos. ¡Dios mío!, qué mundo tan hermoso en medio de una Gorizia ocupada, en medio de un invierno, ¡oh, Dios!, a su lado resultaba imposible estar solo.

Mientras tanto desaparecieron sus vecinos.

«Francesco Bevk (que había vivido en Vía Montesanto 26) ya no vive aquí», dijo la nueva dueña, la señora Amalia Valich. Por eso Ada no pudo comprar su libro infantil, aquel libro que él escribió en esloveno, por mucho que lo deseara. Ahora cada vez con más frecuencia Ada bebía *grappa* y Stego y ya no le ayudaban las nubes de perfumes baratos para disimular el olor. Ahora, en medio de la guerra y de la miseria, la cabeza se le llenaba de las voces de sus antepasados, de las canciones de su madre Marisa. Ada se quedaba en la cama durante horas y gemía. Con el pelo enmarañado y con saliva en las comisuras hablaba de lo que nadie podía comprender.

*Estoy inquieto como el agua que brama,
Roto como una cascada que cae sin fin en el abismo.*

*Y estoy solo para contar las gotas del dolor
Que caen como los días, todos, todos los días...*

Hoy, Haya lo sabe bien, la plaza central de Nova Gorica se llama plaza de France Bevk. Hay también una estatua dedicada a France Bevk y la biblioteca pública también se llama biblioteca France Bevk.

«El arquitecto Constantino Costatini de Vía P. Diacono 51 se ha marchado a alguna parte», dijo un día Florian Tedeschi mientras ponía azúcar en su taza de café con leche condensada que conseguía a través de sus conexiones, en cantidades muy limitadas, 50 g por persona al mes. «Pensaba que podríamos dividir su habitación para poner allí a los niños».

El escultor Carlo Hakim de Medici de Vía Petrarca 3 no consiguió acabar la lápida del abuelo de Ada, Bruno Baar; en los ambulatorios de los médicos de familia Luigi Badera y Glauco Bassi, que tenían la costumbre de visitar a Ada y a Letizia, los pacientes eran de pronto recibidos por médicos desconocidos. Los joyeros Giovanni y Luigi Fuchs de Vía Rastello 28 ya no abrían su tienda.

«¡Basta!», dijo Florian Tedeschi y aumentó el volumen de la radio. Eran las 14 horas y en la frecuencia 263,2 MHZ se emitía el *Giornale radio in lingua tedesca*.

La vida traza sus propios caminos circulares. Vuelve a repetirse para no morir. Ada, igual que su madre Marisa más de veinte años antes, horneaba pastas y las llevaba al club militar Aosta en Vía Trieste. La escena no fue del todo igual porque el cabello de Ada no se levantaba al viento, Ada tenía un pelo lacio, apagado, Ada no movía las caderas con provocación y sus zapatos eran viejos. Esa comparación con Marisa, que arrastraba desde hacía veinte años como una masa de pan demasiado líquida, todas esas sonrisas que hacían la boca más rígida, todas esas esperas para que la vida finalmente empezase, todo esto era tan cansado para Ada que ya no tenía ganas de hacer nada en una casa donde no había música, dónde nadie cantaba, ni tan solo Gigli. El comandante de las fuerzas alemanas desplegadas en Gorizia, el coronel Scharenberg, esperaba a Ada con una sonrisa. Y luego introducía su mano en la cesta tapada con una servilleta, tomándose esa licencia sin permiso. Se metía dos pastas en la boca y decía mientras masticaba: *Danke*. En sus bigotes quedaban atrapadas partículas de azúcar, el hombre no daba miedo. Ada señaló con el dedo su bigote y dijo: *Staubzucker*. Y esa escena se repetía en cada encuentro, siempre igual.

Los transportes hacía tiempo que habían empezado.

Silenciosos pasaban los trenes de mercancías clandestinos por la ciudad de Gorizia, pasaban de noche, cuando la luna se tapaba el rostro con un velo negro. Gorizia estaba bloqueada, solo se podía entrar y salir de ella con un permiso especial del *Gauleiter* Globočnik, es decir, que eso pasaba con poca frecuencia. Se hacían listas de los habitantes, había que imponer el orden. El comandante de la zona de operaciones, el coronel Wellhausen, emitió el 23 de septiembre de 1943 una ordenanza según la cual todas las personas que se habían instalado en la ciudad de Gorizia después del 8 de septiembre debían abandonarla de inmediato.

La estación de tren dormía de día, de noche se moría, iluminada por la luz tenue de la lámpara del jefe de estación, como si todo lo que había en los andenes se pusiera en danza, las vías, los vagones, las cestas colgantes con flores, como si empezara un *tanz* salvaje sin música, que hubiera curvado todos los contornos y los hubiera roto. El espacio vallado se convirtió en un gigantesco rostro humano, contraído de dolor, pero sin lágrimas.

Transporte número 3

El tren salió del campo Cairo Montenotte (Savona-Liguria) el 8 de octubre. Llegó a Gusen el 12 de octubre de 1943, a Mauthausen 23 de enero de 1944 y de allí continuó el viaje, al día siguiente, hacia Auschwitz. En el tren había 999 personas de nacionalidad italiana de Gorizia, Trieste y Koper.

Transporte número 48

El tren salió de Trieste el 31 de mayo de 1944 con destino a Dachau. Paró en Gorizia y en Údine donde entraron nuevos prisioneros, civiles y antifascistas convencidos, partisanos y soldados italianos. El tren llegó a Dachau el 2 de junio de 1944. Había a bordo entre 342 y 352 «viajeros». Desde Trieste salieron diez vagones, en Údine las autoridades alemanas añadieron ocho más.

Transporte número 58

El convoy dejó Gorizia el 27 de junio de 1944, llegó a Dachau tres días más tarde. En él había 194 personas, 190 llegaron hasta el destino final.

Transporte número 79

El convoy salió de Trieste el 29 de agosto de 1944. Se detuvo en Gorizia, donde entraron nuevos prisioneros. El número de deportados: 201.

Transporte número 89

El convoy salió de Trieste el 2 de octubre de 1944. Llegó a Dachau tres días más tarde. Paró en Údine y en Gorizia. El número de deportados: 289.

Transporte número 101

El convoy dejó Trieste el 15 de noviembre de 1944 y llegó a Dachau el 17 de noviembre. Se añadió pasaje en Údine y en Gorizia. Número de deportados: 42.

Transporte número 109

El convoy salió de Trieste el 8 de diciembre de 1944, llegó a Dachau el 11 de diciembre de 1944. El tren efectuó paradas en Gorizia y en Údine para recoger pasaje adicional. A Dachau llegaron 450 personas. En este convoy había 200 prisioneros de Coroneo de Trieste y un grupo de eslovenos y croatas, custodiados por las SS. El convoy salió de Gorizia alrededor de las cuatro de la madrugada.

Transporte número 120

El tren salió de Trieste el 2 de febrero, a Mauthausen llegó el 7 de febrero de 1944. También en Údine y en Gorizia fueron recogidos prisioneros y deportados. El número de deportados: 365. En ese convoy fue deportado Bruno Faber, de tres meses de edad, el más joven entre todos los deportados de Gorizia, que fue asesinado en Auschwitz el 26 de febrero de 1944.

De los 123 convoyes que salieron de Italia hacia los campos nazis, 69 salieron desde Trieste, que está tan cerca de Gorizia. Es decir, que todo eso pasaba allí mismo. Además hay que pensar en los 30 convoyes que salieron hacia los campos de trabajos forzados. Más de 23 000 exsoldados fueron repartidos por las fábricas que funcionaban dentro de los campos para reanimar la industria pesada y ligera del Reich. Desde mediados de 1944, medio millón de italianos trabajaba para la industria alemana de guerra.

Los transportes continuaron hasta el final de febrero de 1945. El ejército y la policía de la república títere de Saló y del Tercer Reich habían enviado a los campos de concentración a alrededor de 40 000 italianos, de los cuales 10 000 eran judíos y 30 000 partisanos, antifascistas o trabajadores detenidos en las huelgas masivas de marzo de 1944. De los 40 000 deportados, 36 000 hombres, mujeres y niños fueron asesinados o murieron.

Es decir, que estamos en invierno de 1944. Alrededor de Gorizia había batallas, en las calles aquí o allá algún civil moría alcanzado por una bala alemana, los nazis conducían por las calles de la ciudad a filas de bandidos partisanos, probablemente antes de fusilarlos o encerrarlos en la prisión o bien llevarlos a la antigua fábrica de arroz. Haya estaba convencida que se trataba de incidentes aislados porque no leía los diarios nunca e incluso si los hubiera leído, lo único que hubiera podido saber es que se trataba de «grandes victorias del ejército nazi en Gorizia». El diario *Il Piccolo* de Trieste tenía un suplemento de una página con el título *Cronaca di Gorizia*. Y, además, *Il Piccolo* tenía una redacción local, en Gorizia, situada en el primer piso de la Vía Crispi 9 y allí se podía ir a buscar las noticias más frescas. Se podían también comunicar algunas noticias interesantes. La policía, de hecho, incentivaba a la gente a comunicar estas noticias, es decir, a convertirse en soplones. Haya no tenía ni idea de lo que estaba pasando a su alrededor. Mientras afuera nevaba y mientras esperaba que entrase algún cliente, ella resolvía problemas matemáticos y comprobaba la cartelera de los cines.

El alto funcionario de la *Adriatisches Küstenland*, el *Gauleiter* Friedrich Rainer tenía grandes planes para «su» región. Después de la guerra, el Friul entero simplemente florecería. Trieste, este «pequeño Berlín», era el centro del paraíso particular de Rainer. La ciudad despertaría, se volvería más vivaz, se abriría (de una manera controlada), de nuevo vivirían allí artistas y escritores. Lo único que sería diferente es que ninguno de ellos profesaría la fe judía y ninguno mostraría tendencias decadentes. El puerto formaría parte del nuevo Imperio Alemán y sería un puerto limpio y hermoso, un puerto para la nueva era. En ese puerto trabajaría con ganas el hombre nuevo, el *superhombre*, fuerte, sano. Pero Rainer no consiguió separar el superior trigo dorado de las malas hierbas que continuaban proliferando en la periferia del imperio. En los campos de trigo continuaban creciendo las neguillas eslavas, los eslovenos y los croatas. Se quedaron allí también los friulanos italianos, se quedaron los toscos *čiči* y los morlacos; se quedaron también los feroces cosacos, aliados de los nazis que el *Gauleitner* Rainer hizo venir forzosamente desde el este con la promesa de regalarles una *Heimat* nueva, la que ellos nunca habían tenido, su propio *Kosakenland* al pie de los Alpes Cárnicos, en un pueblo miserable, donde las condiciones de vida eran duras, alrededor de Tolmezzo y del río Taglimento. Y ellos vinieron, con sus caballos y sus tiendas, con sus mujeres y sus niños. En 1945 prácticamente todos, y hubo unos cincuenta mil en total, fueron repatriados a la Unión Soviética y allí exterminados. No habían cumplido lo que el *Gauleitner* Rainer imaginó que era su misión. No evitaron que en la región de Friul Venecia Julia entrasen las bandas de partisanos bárbaros, no rechazaron a esos bandidos desenfundados, a esos infieles. En 1944, Rainer trabajó seriamente en

la construcción de un *Furlanentum* compacto, esculpía la nación friulana gracias a la cual Trieste encajaría en la estructura de Alemania. Como la ciudad, toda la región se convertiría en un oasis especialmente soleado en uno de los márgenes del Imperio *mitteleuropeo* donde la raza eslava inferior representaba, gracias a Dios, la minoría de la población. Los obreros necesitaban mejores condiciones de vida, insistía Rainer, y se dedicó a pensar en los obreros. La gente como Florian, que vendía paraguas y a la que no iban mal las cosas, en cambio, no protestaba mucho. Rainer procuró ropa (de obrero) y zapatos (de obrero) para los obreros italianos y eslovenos, convencido de que todos ellos pronto se convertirían en obreros alemanes porque la ropa y el calzado de los obreros no tienen identidad. Los obreros representaban el alma de su proyecto, del proyecto de Rainer. Rainer tenía una visión prácticamente comunista de cómo organizar el funcionamiento de su provincia. Fundó cantinas y cocinas para los obreros. En las *Werkküchen* a los obreros se les servían unas raciones más grandes y mejores de las que recibía el resto de la población para que trabajaran con brío y con eficacia, cantando siempre. Florian estaba satisfecho: «Esos zapatos son de una calidad excelente», decía, «aunque no me gusta el color marrón». Llevaba las botas reforzadas de Rainer en los momentos oportunos, por ejemplo dentro de casa mientras escuchaba las emisiones de radio de Rainer o mientras leía los diarios propagandísticos de Rainer y mientras fumaba los cigarrillos baratos de Rainer. «No nos va tan mal», decía Florian en esas ocasiones, «al menos cada uno tiene su propio paraguas». La oficina para las cuestiones obreras instauró, de acuerdo con órdenes expresas de Friedrich Rainer, también un subministro especial de cigarrillos para los obreros de Rainer. Por mucho que el tabaco no sea imprescindible para vivir, declaró Rainer en el diario que acababa de fundar, *Deutsche Adria Zeitung*, los cigarrillos son una de aquellas pequeñas cosas cotidianas que nos alegran, especialmente en medio de una guerra, hacen más fácil aguantar las circunstancias, despejan el día, decía Rainer en el *Deutsche Adria Zeitung*. Como un hombre culto que había estudiado derecho, Rainer se decidió por el lema latino *mens sana in corpore sano*, e introdujo numerosas actividades culturales y recreativas en las naves industriales. Organizó una serie de *Werkkonzerte* durante la pausa del mediodía a los que tenían que asistir obligatoriamente todos los obreros, los directivos de la fábrica local y los representantes de la administración con la obligación de apuntar quién iba y quién no. La salud era importante, el *Gauleitner* Friedrich sabía que la salud era importante y que la población enferma se volvía depresiva y lenta, la productividad bajaba y con ella también se reducía el amor a la patria. En todos los lugares de «su provincia» Rainer hacía construir parques y zonas de juego infantil, organizaba competiciones y pequeños concursos locales. Se emitían a intervalos marchas militares, canciones de amor y anuncios del nuevo programa diario de una hora *Die Stunde der Friulaner*, pensado para que los oyentes empezaran a soñar sus sueños austríacos y se dejaran llevar por las aguas beneficiosas de la dulce nostalgia. Satisfacer las necesidades culturales de la clase obrera era tan importante como ofrecerles la compensación material adecuada para su mano de obra, decía Friedrich Rainer en su diario *Deutsche Adria Zeitung* el día 14 de enero de 1944. El diario llegaba al quiosco de Haya con regularidad y Haya lo llevaba a casa y Florian leía el diario, muchas veces en voz alta y obligaba a los demás miembros del hogar a escucharlo en silencio para que pudieran seguir bien lo que Florian estaba leyendo y también para que no olvidaran su lengua, la lengua de Rainer, la lengua alemana. Para convertirse en un mito entre los civiles y evitar los dolores de cabeza que le provocaban los partisanos (italianos, eslovenos y croatas), Rainer fundó también el semanario local patriótico y separatista *Voce di Friulania* para atraer a los colaboracionistas eslovenos y croatas. De nuevo abrió las escuelas eslovenas, de manera que la familia Tedeschi recibió gratis para Oreste los libros de cuarto curso de la escuela

primaria. Y en esos libros Ada buscaba (sin éxito) el tiempo perdido, deformado, de su madre Marisa, nacida Brašič, y de su abuela, Marija, nacida Krapež. El último número de *Deutsche Adria Zeitung* se publicó el sábado, 28 de abril de 1945. Ese sábado, Haya no abrió su pequeña tienda porque aquel sábado a Haya ya la había atrapado el destino por cuya causa, como dice Saba, no se muere, pero sí se enloquece.

Si su abuelo, Bruno Baar, todavía estuviera vivo, le habría hablado sobre los diarios editados en Gorizia que él había leído, sobre qué clase de prensa había entonces en su casa, con qué papel Marisa limpiaba los cristales de las ventanas y qué clase de diarios utilizó para envolver las copas de cristal cuando en 1917 dejaron la ciudad. Y Ada le habría contado a Haya qué clase de publicaciones estaba vendiendo ella en su quiosco antes de mudarse a Trieste, antes de que el fascismo bajara la persiana detrás de la cual empezaron a oírse los primeros pasos de un baile que se volvería diabólico. Todo empezó tímidamente y sin música, el público en los teatros estaba sentado en las butacas y esperaba (lo que luego sin duda llegó) el comienzo de la dramática segunda parte. Pero Haya no preguntaba nada. Haya no preguntaba y Ada rápidamente olvidó no solo su propia vida, sino la vida en general.

Antes de que empezase la Gran Guerra, en Gorizia y en Trieste se leían *Soča* y *Primorec* editados por Gaberšček, existían los periódicos políticos *Gorica* y *Primorski Gospodar* y los semanarios *Novi Zas* y *Goriški List*. Si Haya hubiera entrado en la bodega de vinos abandonada de su abuelo, bajo los barriles secos hubiera podido encontrar viejos números de la revista mensual *Cvetje* con ensayos del franciscano Škrabec sobre la lengua eslovena, podría haber encontrado botellas cubiertas de polvo, protegidas con hojas de las revistas *Naši Zapiski* y *Vede*, restos de papeles estrujados, huellas de un tiempo que estaba naciendo, pero que la guerra forzó, como si se tratara de un parto prematuro, a quedarse quieto, a petrificarse en la espera. Y luego vino otra guerra, una nueva guerra. Aquí las guerras se sucedían como se suceden las estaciones del año, las órdenes de fuerzas invisibles se precipitaban en avalanchas cortas y torpes, la historia deformada se derramaba por las calles y las plazas como un río de lava, entraba en las viviendas y petrificaba a las personas. Igual que en Trieste, la gente en Gorizia volvía a vivir vidas enloquecidas. Los caminos, por los que avanzaban sin rumbo, habían perdido a causa del trasiego cualquier rastro de los antiguos roderos. La ciudad era una pequeña mancha situada en la frontera entre tres países, entre cuatro lenguas y entre pasados invisibles, que han quedado enterrados, diseminados y llevados a otros lugares como si el pasado fueran los restos que deja atrás un aluvión. Solo muy de vez en cuando se iluminaba algo parecido a la cotidianidad, como el rayo de sol que se refleja por un instante en el cristal de la ventana y ya se apaga.



Al quiosco de Haya, lógicamente, no llegaba la prensa ilegal partisana. Además, para Haya esa clase de publicaciones, antifascistas, de liberación nacional y escritas en esloveno, croata o italiano, no existían. Pero si alguno de esos impresos hubiera llegado a sus manos, ella habría podido saber que el ejército alemán sufría bajas, que los generales alemanes poco a poco perdían los nervios y se convertían en más duros y crueles. Podría haber sabido muchas cosas, habría podido leer sobre atrocidades terribles y quizás su vida civil hubiera abandonado finalmente su normalidad, o quizás no. Pero el caso es que para Haya solo existían los diarios oficiales que leían los soldados alemanes e italianos y todas aquellas personas honestas que no opinaban sobre lo que desconocían. De todos modos, en el *Adriatisches Küstenland* durante toda la guerra también circulaban diarios, poemarios, diccionarios, libros infantiles ilustrados, poesía y prosa impresos con la máquina de ciclostil, en secreto, en los pisos y en los almacenes, en las panaderías, en los talleres de carpintería y que distribuían arriesgando sus vidas los que sabían y los que querían saber. *Slovenski Poročevalec*, *Zakaj je propadla Jugoslavija*, *Morje*, *Snežnik*, *Ljudska Pravica*, *Mladi Puntar*, *Mladina*, *Mladi Rod*, *Il nostro avvenire*, *Bolletino*, *Naša Žena*, *Il Lavoratore*, *Otroške Pesmi* son solo unos cuantos títulos de una biblioteca entera que contenía aquella otra realidad que todavía existe, existe alrededor de nosotros en todos los tiempos y en todas las épocas.

De vez en cuando en la ciudad había restricciones de agua, a veces también de electricidad, pero, Dios, cosas de esas pasan también en los tiempos de paz. La tía de Haya, Letizia, explicaba que en el mes de octubre del año anterior, de 1943, estaba ella cerca de la Casa di Cura Villa San Giusto y vio cómo los alemanes disparaban contra la estación de ferrocarril: «Así, sin orden, como si jugaran». Y en aquel momento se dio cuenta de que habían derrumbado de la fachada el gran reloj y le pareció que «el tiempo simplemente se había detenido, porque en una guerra el tiempo no transcurre», dijo, «el corazón del tiempo late con dificultad», dijo, «el tiempo no se mueve», dijo, y por eso ellos no necesitaban el reloj en el edificio de los ferrocarriles. Y explicó también que continuó caminando por el Corso y se encontró con dos carros blindados italianos desde los cuales también disparaban indiscriminadamente, a derecha e izquierda, «como si hubieran perdido la razón», dijo Letizia, «pero las calles estaban vacías, solo yo estaba allí, llevando un paquete con cinco huevos frescos», dijo. Y añadió que también vio a una mujer «cerca del Parco della Rimembranza» y que esa mujer no tuvo tiempo de esconderse en la entrada del

primer edificio y las balas la alcanzaron. El marido de Letizia, Parigi Puhaz explicó entonces que el día 22 de septiembre, dijo que lo recordaba con exactitud, una granada alcanzó la casa Braunizer en la Piazza Vittoria. Y que, al día siguiente, otra lo hizo también en el cinema Vittoria y que resultaron heridas cuatro personas, lo recordaba todo con exactitud, eran cuatro muertos. Y luego añadió: «Y tú, Haya, no deberías ir a ver todas esas películas». Después de esa breve conversación, el tío de Haya, Parigi Puhaz se fue a Viena donde murió en 1945 en una floristería, sin que llegara a casa ninguna explicación de por qué. Florian escuchaba esas y muchas otras pequeñas historias que entraban en las dependencias de la familia Baar donde ahora vivían la familia Puhaz y la familia Tedeschi, escuchaba esos relatos, esos anecdóticos, esas fantasías que sin haber sido invitadas se sentaban a su mesa, mientras todos ellos comían los escasos víveres del racionamiento cada vez con más frecuencia en silencio.

El hermano de Haya, Oreste, tenía en 1944 diez años. Con sus amigos recogía trocitos de metralla por las calles y los parques. Tenía una colección envidiable de esos restos de metal, los cambiaba con los otros chicos y guardaba su tesoro en una gran botella de farmacia, colocada en las estanterías de la cocina, las mismas en las que, años antes, Marisa guardaba la harina. El fervor coleccionista del niño no preocupaba a los de casa, decían que era un simple juego.

En febrero de 1944, Haya visitó a la señora Donati en su salón de moda Grosso Valtz & Co., en Vía Garibaldi 5, donde se vendían sombreros de hombre y mujer exclusivos, *cappelli di lusso*, porque quería cambiar su gorrita negra de lana por un sombrero, digamos, de color azul o hasta rojo. Allí coincidió con dos señoras que susurraban mientras ella se estaba probando los sombreros delante del espejo y ella intentó escuchar lo que decían. La señora de más edad decía que la maestra Rina Luzzatto fue jubilada *temporalmente*, lo que significaba que en realidad la habían jubilado a la fuerza. Eso enseguida recordó a Haya a su escuela de Nápoles, Dios mío qué tiempos tan horribles. La maestra Luzzatto estaba *in un 'stato deplorevolissimo* porque se enteró de que todos los judíos de Gorizia, incluyendo a su propio hermano y otros conocidos de los alrededores, fueron primero detenidos con la excusa de que eran sospechosos de colaborar con los partisanos y luego en aquella terrible noche del 23 de noviembre de 1943 cargados en vagones de ganado con destino a Auschwitz.

Haya en aquel momento, en febrero de 1944, no sabía nada de nada sobre la terrible noche del 23 de noviembre de 1943, como si ella no hubiera estado en la ciudad. Durante la guerra, Gorizia empezó a apagarse a causa de noches parecidas a esa primera, se convirtió en una pequeña bolita envuelta en una capa de silencios, luego cubierta con el olvido, como si la hubiese sepultado una nieve húmeda y pesada.

Haya, en cambio, recuerda bien el 18 de marzo de 1944.

¿Qué recuerda?

Era sábado. La nieve se había empezado a fundir, la primavera se estaba acercando. Ella fue a ver al doctor Boschetti en el Ospedale Civile que le había dicho: «Todo está bien, vuelva usted el próximo mes». Alrededor de las once de la mañana, Gorizia fue sobrevolada por aviones. A las 11:30 empezaron a caer bombas. Haya se escondió en su quiosco, debajo del mostrador.

Mientras estaban cenando, Florian dijo:

—Han muerto como mínimo ciento cincuenta personas.

Oreste dijo:

—Mi amigo Enzo saltó por los aires.

Ada preguntó:

—¿De qué Enzo hablas?

—De Enzo. De aquel que tenía ocho años —dijo Oreste.

—Enzo Vida. Hijo de Gigetta, de la hija de Luigi Spanghera —dijo Letizia.

—Ese está entre los partisanos —dijo Florian.

En aquel instante, Oreste exclamó:

—Hoy he podido recoger un montón de metralla de primera.

Haya, sentada a la mesa, no dijo nada.

Ese era el día.

Sí, Gorizia vivía su vida en paralelo, vivía vidas en paralelo, que la dividían por dentro como la esquizofrenia.

En el año 1991, Haya encontró en el buzón el libro de Claudio Magris *Un altro mare*, enviado por su exalumno Roberto Piazza. Roberto Piazza le dijo en su carta que no le extrañaría que ella, la profesora Tedeschi, no se acordara de él porque él era un alumno mediocre, sobre todo en matemáticas, pero que eso no le preocupaba en absoluto. Él, Roberto Piazza, también había olvidado bastante a su profesora porque él se dedicaba ahora a otros asuntos, para nada relacionados con las matemáticas, pero de pronto se acordó de ella. Roberto Piazza le decía en su carta que al haber leído ese libro que le enviaba ahora a ella, a su exprofesora de matemáticas, a Haya Tedeschi, que al haber leído ese libro breve y duro que ella, la exprofesora Haya Tedeschi, recibía ahora como regalo por correo, él se dio cuenta que en aquellos cinco años en los que ella, Haya Tedeschi, les había dado clases, es decir, desde el año 1971 hasta el año 1976, ¿no es cierto?, la profesora Haya Tedeschi no había mencionado ni una sola vez la guerra ni a la gente que durante esa guerra, durante la Segunda Guerra Mundial, había desaparecido de su ciudad, no habló nunca de sus vecinos, ¿no es cierto?, escribía en su carta Roberto Piazza. Además, escribía Roberto Piazza, le extrañaba que ella, su profesora de matemáticas, Haya Tedeschi, ni una sola vez hubiese hablado a sus alumnos de los cursos 1971-1976 del famoso matemático Renato Caccioppoli, sobre todo porque en la escuela la gente decía que ella, su profesora de matemáticas, Haya Tedeschi, había ido al instituto de Nápoles precisamente cuando allí, en Nápoles, vivía el profesor Caccioppoli, que era un antifascista y a quien los fascistas detuvieron y que se tuvo que esconder en un manicomio, decía en su carta Roberto Piazza. Era extraño que ella, la profesora Haya Tedeschi, que por aquel entonces era una alumna de instituto, no hubiese sabido nada sobre el profesor Caccioppoli, *de todos modos*. Roberto Piazza le explicó que él vivía ahora en Roma donde se dedicaba a las artes gráficas, se podría decir que él era un artista gráfico y precisamente esos días estaba diseñando un libro sobre los ciudadanos ilustres de Gorizia y así se topó con algunos nombres que en el instituto Dante Alighieri de Gorizia nadie, ninguno de sus profesores, mencionó durante esos cinco años, entre 1971 y 1976, a pesar de que él, Roberto Piazza, acudía a ese instituto prácticamente todos los días. Eso, escribía Roberto Piazza, era extremadamente extraño. Por ejemplo, escribía Roberto Piazza en su carta, después de haber leído el breve libro que le enviaba ahora a ella, a su exprofesora de matemáticas, a Haya Tedeschi, después de haber leído *Otro mar, Un altro mare*, él, Roberto Piazza, entendió que hasta el día de hoy en Gorizia los hilos de las historias están tan enmarañados que sus cabos son imposibles de encontrar. Hay allí una madeja de hilos imposibles de separar, un pasado solidificado.

Su tío Bruno Piazza, escribe Roberto Piazza, salió con vida de la arrocera San Sabba, a diferencia de los treinta tres miembros de su familia. He aquí sus nombres: Alceo Piazza, Antelo Piazza, Angelo Piazza, Anita Piazza, Bruno Piazza, Donato Piazza, Edvige Piazza, Elio Piazza, Elisa Piazza, Elvira Piazza, Emanuele Piazza, Fernanda Piazza, Giacomo Piazza, Gina Piazza, Gino Piazza, Giuseppe Piazza, Maria Luisa Piazza, Rachele Piazza, Regina Piazza, Sed Angelo Piazza, Sed Camilla Piazza, Sed Cesira Piazza, Sed Consola Piazza, Sed Costanza Piazza, Sed Emma Piazza, Sed Ester Piazza, Sed Eugenio Piazza, Sed Leda Piazza, Sed Marco Piazza, Sed Rosa Piazza, Sed Sara Piazza, Umberto Piazza y Virginia Piazza, que acabaron en Auschwitz y en Dachau. Entre ellos estuvo también su abuelo, que también se llamaba Bruno Piazza, escribía en

su carta Roberto Piazza. Lo hacían tumbarse en el suelo, sobre los tablonces de madera, y ellos le pegaban hasta que perdía la consciencia. De noche, desde las celdas llegaban voces que explicaban lo que pasaba, y lo que estaba pasando eran cosas terribles, desde detrás de la pared alguien susurraba: estoy enterrado vivo, sin aire, tengo sed, esta noche me van a fusilar — explicaba Bruno Piazza a Roberto Piazza— y al día siguiente a aquel hombre lo *quemaron*, no le dispararon, sino que lo *quemaron*, escribía Roberto Piazza en su carta. Luego habló una mujer que contó cómo cada noche en el patio disparaban a la gente en la nuca y cómo después de cada disparo, los perros se ponían a ladrar como enloquecidos y que muchos partisanos fueron ajusticiados de esa manera, pero él sí consiguió salvarse, matizaba su tío Bruno Piazza y así lo escribió Roberto Piazza en su carta.

En el sobre que acompañaba la carta estaban los nombres de alrededor de 9000 judíos que fueron deportados entre 1943 y 1945 a los campos nazis o bien fueron asesinados en Italia, le escribió Roberto Piazza en su carta. Entre ellos había personas de Gorizia y la profesora seguramente sería capaz de identificar algunos de sus nombres, escribía Roberto Piazza, además en la lista había 43 personas con el apellido Tedeschi: Ada Tedeschi, Ada Tedeschi, Adelaide Tedeschi, Adele Tedeschi, Adolfo Tedeschi, Alberto Sebastiano Tedeschi, Arrigo Tedeschi, Benvenuta-Ines Tedeschi, Bianca Tedeschi, Bice Tedeschi, Emanuele Amedeo Tedeschi, Emma Tedeschi, Emma Bianca Tedeschi, Ermenegilda Tedeschi, Ernesta Irma Tedeschi, Eugenia Tedeschi, Ezio Tedeschi, Francesca Tedeschi, Franco Tedeschi, Giacomo Tedeschi, Giacomo Tedeschi, Giacomo Tedeschi, Giacomo-Mino Tedeschi, Gino Tedeschi, Gino Tedeschi, Giorgio Eugenio Tedeschi, Giuliana Tedeschi, Gualtiero Tedeschi, Irene Tedeschi, Lidia Tedeschi, Lionello Tedeschi, Luciano Tedeschi, Mafalda Ida Tedeschi, Marco Tedeschi, Marisa Tedeschi, Natalia Tedeschi, Sabato Giuseppe Tedeschi, Salomone Tedeschi, Salvatore Tedeschi, Silvio Tedeschi, Umberto Tedeschi, Vittoria Tedeschi, Vittorio Tedeschi y Wanda Tedeschi. Quizás su profesora Haya Tedeschi había oído hablar de alguna de esas personas, quizás conociera a alguno de ellos, escribía Roberto Piazza en su carta, ¿quizás su exprofesora Haya Tedeschi recordaba aún a alguno de ellos?, le preguntaba Roberto Piazza.

El hecho de que estuviera trabajando en la maquetación de un libro sobre ciudadanos ilustres de Gorizia, escribía Roberto Piazza en su carta, y de que intentara encontrar una imagen gráfica apropiada para ese libro, escribía Roberto Piazza, hizo que él se acordara de ella, de su profesora Haya Tedeschi, y por esto le quería preguntar si ella, su profesora, que había vivido durante esos años de guerra, tenía algún recuerdo y también le quería preguntar, a ella, a su profesora de matemáticas del instituto Dante Alighieri de Gorizia, ¿por qué en 1975 nadie los había llevado al museo del campo de concentración de San Sabba que se acababa de inaugurar?

Roberto Piazza escribió a su exprofesora de matemáticas del instituto Dante Alighieri de Gorizia también sobre la filosofía de Carlo Michelstaedter, pero cuando Haya Tedeschi leyó su corto tratado no comprendió para qué se lo había enviado, en 1991 no era capaz de comprenderlo. Michelstaedter descendía de una familia judía de Gorizia de renombre, escribió Roberto Piazza, y quiso estudiar matemáticas en Viena, pero al final se fue a Florencia a estudiar historia del arte y ella, su exprofesora Haya Tedeschi, seguro que debe de haber oído hablar de él, escribía Roberto Piazza, porque hoy en día Carlo Michelstaeder es muy popular, escribió Roberto Piazza, su nombre sale incluso en las guías turísticas de bolsillo de Gorizia. No quería cansarla con elucubraciones filosóficas y con la vida de Carlo Michelstaeder, escribió Roberto Piazza, porque si ella estaba interesada en la vida y en la obra de Carlo Michelstaeder, si le interesaban sus

pinturas y sus poemas, podría encontrar mucha información incluso en las bibliotecas modestas de Gorizia. Él le quería recordar el destino que sufrió la madre de Carlo, Emma Luzzatto, quería recordarle el destino de la hermana de Carlo, Elda, y el destino de su novia Argia Cassini a la cual él, Carlo, cantó en aquél lejano 1908, dos años antes de dispararse con la pistola de su amigo Enrico Mruel en Piran:

*Parlarti? e pria che tolta per la vita
mi sii, del tutto prenderti? - che giova?
che giova, se del tutto io t'ho perduta
quando mia tu non fosti il giorno stesso
che c'incontrammo?*

Los versos iban dedicados a Argia Cassini, a la pianista Argia Cassini, que estaba enamorada de Carlo Michelstaeder, escribía Roberto Piazza, y luego Carlo pintó su retrato, un retrato de ella, de Argia Cassini, y mientras tanto sobre el piano vibraba la copa de cristal llena de *picolit* y ellos dos se ponían en la boca, el uno al otro, trocitos de mazapán y moras frescas que se escondían en los bosques cálidos de los montes de Gorizia. Argia tenía pelo negro, denso, escribía en su carta Roberto Piazza, y tenía veintiún años igual que Carlo. Argia Cassini se encontraba en el mismo convoy que Elda, la hermana de Carlo Michelstaeder, y el tren las llevó primero a Mauthausen y luego a Auschwitz, escribía Roberto Piazza en su carta. Argia Cassini fue detenida por los nazis y le fueron confiscados todos sus bienes, escribe Piazza, y ella confió su hija a la amiga de la escuela y de la guerra Elza Fini para que la cuidara para siempre. Roberto Piazza quería recordarle, a ella, a Haya Tedeschi, el destino de esas tres conciudadanas suyas, que casi eran sus vecinas, que fueron conducidas en aquella terrible noche de enero de 1943 a Auschwitz. La madre de Carlo, Emma, de ochenta años, y su hermana mayor Elda murieron nada más entrar en el campo, la tercera, la pianista Argia Cassini, murió un año más tarde, escribió en su carta Roberto Piazza, que quería pedirle a ella, a su exprofesora de matemáticas, que buscara al profesor Verzeznassi, que al parecer vivía en Vía Giovanni 2, si es que todavía estaba vivo. Y que le explicara al profesor que podía fiarse de él, de su exalumno Roberto Piazza, y pedirle que le enviara aquel dibujo de Carlo que, junto con algunos textos también suyos, el profesor Verzeznassi había conseguido preservar durante la guerra de los nazis, que estaban obsesionados con la destrucción del arte degenerado, como lo llamaban ellos, porque Roberto Piazza, su exalumno, necesitaba ese dibujo para el libro que estaba preparando y que él en persona se lo devolvería en la primera ocasión en que visitara Gorizia, y que también le escribiría una carta aparte, pero primero necesitaba la recomendación de la profesora Haya Tedeschi, escribió Roberto Piazza en su carta. Él entendía bien el destino de su profesora, de Haya Tedeschi, escribió Roberto Piazza, y por eso le recomendaba que leyera los pensamientos de Carlo sobre la persuasión y la retórica porque quizás le podían ofrecer algo de descanso de sus pesadillas, ya que él evidentemente no le podía recomendar a ella que se suicidara. Las pequeñas ciudades siempre preservan un contingente de personas crónicamente infelices, escribió Roberto Piazza, y la infelicidad general conducía a numerosos suicidios que estaban *inducidos por el clima*, en las ciudades pequeñas la gente tiene tendencia a los suicidios, muchos tienen la sensación de falta de aire porque no tienen fuerza para cambiar la situación en la cual se encuentran, eso es lo que afirmaba Thomas Bernhard, escribió en su carta Roberto Piazza. Él, Roberto Piazza, estaba de acuerdo con Carlo Michelstaeder en que la vida humana estaba hecha de remordimientos, de mala conciencia, de

melancolía, de aburrimiento, de miedo, de rabia y de sufrimiento y que todas las acciones del hombre mostraban que el hombre, de hecho, era un ser pasivo que toda la vida no hace otra cosa que rehacer, visitar, completar su propia biografía y también las biografías de los que viven a su alrededor, escribió Roberto Piazza, de manera que ella, su exprofesora, no era culpable de no haber sabido nada sobre los asesinatos en el campo de concentración de San Sabba y en cambio se dedicara, ella, Haya Tedeschi, solo ir al cine y a sus citas amorosas.

*Por la avenida ha pasado hace poco volando un
Ujier infernal
Entre un alelé de sicarios; un místico golfo
Encendido
Y empavesado de cruces gamadas lo ha asido
Y tragado;
Se han cerrado las vidrieras, pobres
E inofensivas, aunque armadas también
De cañones y juguetes de guerra;
Ha atracado el carnicero que adoraba
Con bayas el hocico de los cabritos sacrificados;
La fiesta de los benignos verdugos que ignoran
Todavía la sangre
Se ha convertido en un vergonzoso rigodón de
Alas quebradas,
De larvas en los bañados, y el agua continúa
Royendo
Los orillas y nadie ya es inocente.*

Así concluía su carta Roberto Piazza, con los versos de Montale, como si ella, Haya Tedeschi, no fuera capaz de comprender nada. Durante mucho tiempo después de la guerra y casi hasta el momento presente, Haya Tedeschi leía toda clase de escritos, también los de Michelstaeder, leía a Heidegger y a Wittgenstein, estudiaba los cuadros de Kokoschka, de Kirchner, de Heckel, buscando en todo ello, en esas obras, la justificación de su propia rabia hacia la lengua, buscando la justificación para el fastidio que ella sentía contra la tradición europea logocéntrica, que a ella se le reveló profundamente vacía, si es que el vacío puede tener profundidad, buscaba en esas obras la confirmación de su propia rebelión contra la lengua, después de largos años de luchas agotadoras, devastadoras y mudas, de las cuales salió perdedora, esto había quedado claro para ella, era obvio que su menosprecio hacia la lengua se estaba ahogando en un cisma que parecía una herida abierta y que allí, en medio, reinaba un silencio atroz, parecido a la muerte sin forma. La vida es una desilusión para todos aquellos que se sirven de la retórica, para los científicos y los comerciantes, para los profesores, los sacerdotes, los profetas, decía Michelstaeder y Haya estaba de acuerdo con él. Ella también se preguntaba, igual que él, cómo descubrir de nuevo todo aquello que había desaparecido, cómo saber qué es lo que se perdió, qué es lo que quizás nunca existió, dónde encontrar la nada a partir de la cual nace el pensamiento, dónde está aquel punto en el cual uno se dice «tengo un ser interior que desconozco». Cuando el espíritu no puede encontrar

su identidad en ninguna parte, cuando para él desaparece la noción de la existencia y de la duración, cuando los fenómenos externos pierden todo valor, el espíritu empieza a buscar la única identidad que puede haber sobrevivido, busca en el pozo interior, que es la puerta hacia todos los demás valores. Si la experiencia de todos los hechos históricos no es más que la experiencia de uno mismo, entonces significa que poseerse a uno mismo es poseerlo todo, escribe Michalstaeder y Haya está muy de acuerdo con él. Pero conocerse a uno mismo es una quimera, imposible de alcanzar, imposible de realizar. La autorrealización lleva hacia la autodestrucción.

Haya nota cómo en su pecho empieza a aparecer un pequeño camposanto con lápidas distribuidas sin orden como las del cementerio viejo de Valdirose. Siente cómo las cruces ahora ya roídas, húmedas y ennegrecidas, y las estrellas pálidas, golpean contra sus costillas. «Me falta aire», dice. Siente que las cruces, las lápidas, las estrellas en su pecho crecen, llegan a formar una bola que la ahoga y dice «me cuesta respirar». Hay que mirar hacia dentro, hay que ordenar todo este desorden que se multiplica, antes de que se rompa la cáscara, antes de que de ella, como un erizo gigante, vuelva a los caminos de siempre, antes de que ese camposanto que brotó en su pecho desaparezca y en su sitio se forme una gruta en cuyo fondo, en la oscuridad, lata un corazón cansado que ya no se sabe a quién pertenece.

En el año 1991, Haya Tedeschi se había jubilado pero todavía estaba completamente *in gamba*. Iba de paseo porque los paseos acortaban sus esperas. Escuchaba música sinfónica porque la música sinfónica no tiene letra y todo lo que no tiene letra para Haya Tedeschi resulta placentero. Jugaba con fórmulas matemáticas, las giraba y rehacía, se inventaba otras nuevas, recordaba las viejas, intentaba construir una lengua nueva solo de signos porque «las palabras rápidamente se vuelven vacías», decía Haya Tedeschi, «no sé qué hacer con ellas», decía:

*He nacido. He nacido de la sombra
He nacido dentro de la sombra y mi deseo
Fue durante mucho tiempo que no me arrancaran
De la sombra que soy yo.*

Decía en voz alta las palabras de Pierre Goldman como si fuesen suyas. «Deberíamos hablar con las manos, con la lengua de los sordomudos», decía Haya, «provocaríamos menos malentendidos, los mensajes serían cortos y resumidos», dijo y empezó a hacer gestos con sus dedos curvados, a girar las palmas de sus manos estrujadas como si quisiera apartar, o llamar, a las sombras. Y entonces sonrió y dijo en voz alta: ¡Bah!

Haya Tedeschi observaba el sobre de la carta que le había enviado el exalumno Roberto Piazza, el alumno que ella no era capaz de recordar. Se trataba de un sobre grueso, inflado, pero dentro no había más que muertos. Haya Tedeschi se estremeció y depositó el sobre como si se tratara de un ataúd en el fondo de su cesto rojo. Es lo que hizo entonces, en 1991. Y ahora, en 2006, espera y hojea su pasado como si abriera vainas secas de las cuales caen judías. Tiene delante las pequeñas, cautivas historias hechas de imágenes que pasan a la velocidad del rayo. Hurga en su cesto rojo y distribuye al lado de sus pies los posos cubiertos de costra, los montículos de vidas consumidas. De pronto, sale flotando el sobre con la carta del alumno y ella se lo pone en el regazo y lo empieza a mecer como si fuera un hijo que ha nacido muerto.

Un miércoles de enero de 1944. La noche iba cayendo sobre el paisaje lleno de destellos blancos de nieve, como los destellos de la puerta del cristal que iluminaban la tienda La Gioia siempre que alguien entraba y descendían sobre la barra de color amarillo dorado como unos polvos mágicos, sobre la barra impregnada de olor a tabaco, a la miel y a las cerezas, una barra sobre la que Haya, igual que antes su madre, Ada, dibujaba con el dedo índice, escribiendo su futuro. Con una sonrisa que escondía esperanzas ahogadas, Haya esperaba al último cliente de esa tarde. Finalmente entró en su quiosco un alemán de treinta años, vestido de uniforme, oh, era guapo como una muñeca. El alemán entonces ya tenía un apodo polaco, lo llamaban el *Lalka*, pero eso Haya no lo sabía la primera vez que vio al Alemán Guapo. El Alemán Guapo le diría más tarde que él no era un *lalka*, sino que ella era su *lalka*. El alemán era alto y fuerte y, oh, terso y tierno. El alemán sacó su Voigtländer Besse, se acercó a ella por encima de la barra, miró a los ojos verdes de Haya y le dijo: «*Ein 120 Film, bitte, ein Kodak, bitte*». Lo dijo en voz baja como si estuvieran sentados delante de una estufa y él le hubiera dicho sin respirar: «Desnúdate». Y así como, después de veintiún años, la historia de amor entre Ada Baar y Florian Tedeschi se acabó, estallando en fragmentos, la campanilla de bronce de la puerta del quiosco La Gioia anunció con su canto el comienzo de una nueva vida. Chin, chin, ha empezado otra historia de amor en la familia Tedeschi, también en mitad de una guerra. Se inició así una historia de amor y de guerra. La historia de amor de Haya Tedeschi y Kurt Franz, el guapo subteniente alemán, el *SS-Untersturmführer*, que se llamaba Kurt Franz.

Kurt Franz era un fotógrafo *amateur* apasionado. De su Voigtländer Besse salían toda clase de paisajes en blanco y negro en tamaño 45 × 60 milímetros, como por ejemplo la imagen que fue tomada desde la fortaleza de Gorizia el verano de 1944. Kurt fotografió a su colega Willy y luego los tres, Kurt, Willy y Haya se fueron a comer *Kaiserfleisch* a la *trattoria* Leon d'Oro de la Vía Cordelli. Kurt y Haya se encontraban en *segreto*, evidentemente, en las habitaciones privadas de pensiones baratas en los alrededores de Gorizia, o si no, se iban de excursión por un día a Trieste si en la cartelera de los teatros había alguna ópera divertida o una opereta, porque a Kurt la música le gustaba. Después de esas salidas con Haya él se mostraba especialmente tierno. Iban a ver *La Viuda alegre* de Lehar o *Lohengrin* de Wagner en el teatro Verdi, iban a la Casa Alemana a los estrenos de las películas y a comer una porción de *Apfelstrudel* realmente bueno, porque a Kurt el *Apfelstrudel* le gustaba mucho, porque el *Apfelstrudel* le recordaba a su madre a la que él apreciaba y quería muchísimo. Haya tampoco tenía nada en contra de los dulces, aunque más que el *Apfelstrudel* a ella le gustaba la *panna cotta*, pero ese postre no estaba en la carta de la Casa Alemana de Vía Nizza 15. Ellos dos, Haya y Kurt, siempre iban a las funciones de la tarde. Haya podía volver así a tiempo a Gorizia sin que nadie sospechara de su amor apasionado y que, como Haya sabía bien, nadie debía conocer. Los domingos, Kurt iba a ver a su profesor de violín, Franco Gullio, en Trieste, en el *Viale Sonnino*. Allí se quedaba como máximo dos horas y tocaba piezas cortas, simples, de los maestros conocidos, por ejemplo un Minueto de Bach o la *Canción de cuna* de Brahms (*Wiegenlied*), Op. 49-4 o *Summertime* de Gershwin (acompañado al piano por su profesor Gullio) o la *Pequeña marcha*, una de las composiciones para niños de Shostakovich. Kurt de verdad amaba la música. Haya iba durante este tiempo a la iglesia, cada

vez a una diferente. En la iglesia se confesaba a fondo, recibía la Absolución y de nuevo todo estaba en orden. Kurt explicaba a Haya historias hermosas, de lo que más le hablaba era de su perro Barry, un precioso ejemplar de raza mixta que se parecía al gran San Bernardo que tuvo que dejar allí, en Polonia, donde trabajaba en un parque en el margen de un bosque frondoso, cerca de una pequeña estación de ferrocarriles, donde había hasta un pequeño zoológico con faisanes y liebres que él, Kurt, sabía cocinar de manera excelente porque entre muchas otras cosas, se había formado también como cocinero. Allí había realizado un montón de fotografías preciosas que guardaba en un álbum especial con el título *Schöne Zeiten*, lo que se podría traducir como «Bellos tiempos» y había añadido hasta un subtítulo *Die schönsten Jahren in meinem Leben*, lo que equivale a «Los años más bellos de mi vida». No obstante, desde que conocía a Haya, decía, ya no estaba tan seguro que esto fuera verdad.

Del álbum de Kurt Franz, fotografías regaladas a Haya Tedeschi en Gorizia, año 1944.



Kurt Franz en la excursión con Haya por los alrededores de Gorizia, enero de 1944.



Kurt Franz, octubre de 1937.



Kurt Franz con su madre en Düsseldorf, 1937.



La mascota de Kurt, Barry, 1943.

A finales de marzo de 1944, la familia Tedeschi se trasladó a Milán. Florian consiguió a través de sus conexiones encontrar un trabajo como *capo ufficio* en una empresa que se dedicaba a la destilación de melaza. Ser el *capo ufficio* de una fábrica que se dedicaba a la destilación de melaza a Florian le parecía tan digno como ser vendedor de paraguas en la tienda Delle tre Venecie de Gorizia. Haya dijo: «Yo no me voy, yo debo cuidar de la tienda» y se quedó con su tía Letizia, es decir que se quedó en buenas manos, al menos eso pensó su madre, Ada. Desde Milán, la hermana de Haya, Nora, telefoneaba y escribía. Parecía que allí no florecían las rosas, la familia llegó a Milán una noche fría y lluviosa exactamente en el momento de un ataque aéreo sobre la ciudad, igual que cuando la familia Tedeschi llegó de Albania a Venecia, oh, esas repeticiones, esas casualidades de la guerra, se quejaba Nora a Haya. Se quedaron sentadas junto a sus maletas, ella, Nora, Paula, Oreste y Ada, esperando durante horas en una noche de lluvia en la esquina de la Vía Broletto con Vía Bossi. Esperaban a que Florian trajera las llaves de un apartamento. Las bombas iban cayendo, «bombas incendiarias», dijo la madre, Ada, que se emborrachaba siempre que podía, «de esas bombas que hacen que la gente muera», decía. Esa oficina, esa destilería, o lo que fuera, se encontraba en los suburbios, lejos del centro de Milán, escribía Nora, y ellos vivían en una casa que les concedieron como si fueran refugiados, lo que ella, Nora, no podía acabar de comprender del todo porque a su alrededor solo había italianos, también algún alemán, pero ¿cómo podían ellos ser refugiados? Y Ada luego le explicó que cosas de esas pasaban en una guerra, que los civiles continuamente tenían que huir, que se movían buscando a sus otros familiares, iban allí donde creían que encontrarían un lugar seguro. Nora ya no sabía quiénes eran los nuestros y quiénes los adversarios, eso escribía en sus cartas. En Albania primero tampoco los consideraban refugiados, pero luego de pronto se convirtieron en refugiados, escribía Nora. En la casa donde vivían no se lo pasaban bien, contaba, tenían sus dependencias en el primer piso y en la planta baja vivía una gente vulgar que no hablaba italiano sino solo alemán y los saludaban con un ¡Heil!, quizás esas personas también eran refugiados, escribía Nora. Continuosamente se oían disparos por lo que ni Paula ni Oreste iban a la escuela. La

situación era peligrosa, decía su padre, Florian, ella ya era demasiado mayor para ir a la escuela, escribía, no le faltaba mucho para cumplir los dieciocho, de manera que el padre le encontró trabajo en «su» empresa y ahora ella trabajaba allí como traductora de lengua alemana y como mecanógrafa. Cada mañana, junto a su padre, cogía el tren metropolitano para ir al trabajo. Su máquina de escribir era de la marca Underwood y era muy grande, costaba escribir con ella, escribía Nora, tampoco tenía a mano ningún diccionario y a menudo pedía la ayuda de los soldados alemanes. Ellos estaban por todas partes, escribía Nora, y no eran nada desagradables, más bien eran amables, algunos de ellos eran guapos y, tal como Haya le había explicado sobre Kurt, eran bien educados. Los trenes iban llenos, con frecuencia se quedaban sin electricidad, para llegar al trabajo necesitaban más de una hora, las bombas no paraban de caer, escribía Nora. Además les faltaba comida, en Gorizia habían vivido mejor, escribía, una vez Paula cogió la bici de Florian, porque Florian se había comprado una bici nueva, ligera, de aluminio, escribía Nora, y Paula se fue al campo, para robar algunas patatas, la atraparon y se escapó, pero ya no tiene la bici, escribía Nora, y su piel se ha vuelto amarilla de tanto comer zanahoria. A principios de mayo Nora escribió una carta en la cual explicaba que el 21 de abril ella y Florian por poco mueren cuando estaban volviendo del trabajo. Durante todo el día se oyeron disparos, a lo que ya estaban acostumbrados, esto era algo del todo normal, pero en la estación de ferrocarril se montó un escándalo enorme, un verdadero caos, la gente dijo que Milán había caído en manos de los partisanos, escribía Nora. Algunos alemanes, que ya sabían que estaban perdiendo la guerra, habían comenzado a huir. Luego ella y su padre, Florian, tuvieron que caminar unos cinco kilómetros y de hecho se toparon con los partisanos que empezaron a agrupar a las personas, eran muy rudos, les hicieron formar filas para caminar en dirección a Milán. Ellos dos, Nora y Florian, no caminaban en medio, sino que procuraban quedarse a un lado, caminaban cerca de la cuneta y luego ella, escribía Nora, vio en la cuneta decenas de cuerpos muertos, más bien de cadáveres desfigurados, y confesaba que le había despertado el miedo a acabar también allí abajo porque en el bolsillo llevaba la libreta que la reconocía como ciudadana de la República Fascista de Salò, y si le hubieran encontrado esa libreta los partisanos, seguro que la habrían matado, pero por suerte no la habían registrado, escribía Nora, y explicaba también que los partisanos en esos días cometieron muchas atrocidades hasta que, gracias a Dios, llegaron los aliados. Casi empezó a llorar, escribía Nora, cuando vio cómo en el patio de una escuela fusilaron a un fascista capturado. Lo pusieron contra el muro, escribía Nora, y el fusil se lo dieron a un niño de diez años, no debía de tener más de diez años, como nuestro Oreste, escribía Nora, y le ordenaron que disparara porque aquel hombre, el fascista, había matado al padre del muchacho. «¡Dispara!», le gritaban, pero el niño no sabía disparar, escribía Nora, y todo eso, todos sus disparos, resultaron inútiles, el chico disparaba y disparaba y el fascista no se desplomaba de ninguna manera, estaba cada vez más lleno de sangre, hasta que lo mataron, junto a otros alemanes que había allí y no se querían entregar, allí mismo, delante de nuestros ojos. Eso es lo que escribía Nora.

En marzo de 1944, Milán estuvo básicamente «limpia». La familia Tedeschi no era sospechosa. Si hubiera sido sospechosa no habría podido vivir en la casa en la que vivía y cuyos propietarios se habían marchado «para un largo viaje por el extranjero», como les explicó el conocido de Florian.

En la prisión de San Vittore había espacio libre. En el andén 21 de la Estación Central de ferrocarril había cada vez menos vagones de ganado que esperaban a ser llenados. Las cargas se

hacían de noche, eran rápidas y eran *secretas*. La familia Tedeschi no sabía nada sobre que durante la madrugada del día 30 de enero metieron en la composición larga a 600 personas, incluyendo cuarenta niños, pequeños y algo crecidos, incluyendo a los viejos, entre los cuales la mayor era Smeralda Dina de 88 años, que tenía más o menos la misma edad que Emma Luzzatto de Gorizia. Siete días más tarde, el 6 de febrero, ese tren llegó a Auschwitz Birkenau y el *Maister aus Deutschland*.

*Grita hincad más hondo en la tierra vosotros
y los de ahí cantad y tocad...
Hincad más hondo las palas vosotros
y los de ahí volved a tocar para bailar...
Grita golpead más sombríamente las cuerdas de vuestros violines
y
[después subiréis ya como humo en el aire
Y después ya tendréis una tumba en las nubes
no se yace ahí con estrechez*

Solo fueron precisas unas horas para que los 500 viajeros que llegaron a destino encontrasen su tumba en las nubes.

En el encuentro entre profesores de matemáticas de escuela secundaria de Italia, Suiza y Austria, que se celebró en Zúrich en 1969, Haya Tedeschi conoció a Elvira Weiner, de Zúrich. En ese encuentro de matemáticos del año 1969 no se habló solo de matemáticas, sino también del pasado. Del pasado uno habla para darse a conocer, esta es la cuestión. Las conversaciones sobre el pasado son como pequeñas confesiones, una manera de descargar un poco de peso, luego el alma vuela con alas angelicales de nuevo al presente, aireada y ligera.

—Es hermosa esta calle, pero las estaciones de tren a mí no me gustan. Hubo allí estaciones de tren terribles —dijo Haya Tedeschi a Elvira Weiner mientras paseaban una tarde libre a lo largo de la calle Bahnhofstrasse, mirando los escaparates.

—Las hubo —dijo Elvira Weiner—. Vámonos a tomar unos pasteles —añadió.

»Tenía dieciséis años —explicaba Elvira Weiner—, y en mi casa hablaban a menudo de los trenes. Hablaban del carbón que llegaba desde Alemania, pasando por Suiza y, a través del túnel de San Gotardo, desde Italia. Se hablaba mucho de ello, más aún se susurraba. Era un secreto compartido, todos lo sabían. Un día mi madre dijo: «Se pidió a las autoridades suizas que dejaran pasar por el túnel suizo de San Gotardo trenes que van a Alemania», eso dijo mi madre —explicaba Elvira Weiner—, y añadió que los responsables de aquel comité le preguntaron si ella quería colaborar ya que, según le explicaron, no sabían quiénes eran las personas que habían de llegar ni hacia dónde se los llevaban, esto es lo que contaba mi madre —dijo Elvira Weiner—, pero eso no era verdad —dijo Elvira Weiner—, mi madre sabía, sabía quiénes eran esas personas. Vamos, colaboren con nosotros, se trataba de una acción humanitaria, los trenes pararán en Zúrich y nosotros daremos a esas personas mantas y café y sopa, le decían los responsables, explicaba mi madre —continuó Elvira Weiner—. Nosotros pensábamos que eran relatos inventados, no nos los creíamos, no lo creíamos. En 1944, yo tenía dieciséis años y de esas cosas se hablaba cada vez más a menudo y luego un día mi madre dijo a mi padre: «Me he apuntado de todas maneras como voluntaria», eso le dijo y mi padre se oponía. «Por qué buscarse problemas», le replicaba a mi madre, «no hace falta que te metas en esas cosas», y mi madre respondió, «Debo hacerlo, simplemente debo» —seguía contando Elvira Weiner—. Y más tarde supimos que los gobiernos alemán y suizo habían cerrado un acuerdo, hasta estaba mezclada en todo aquello la Cruz Roja suiza. Acordaron que esos trenes podrían pasar por el túnel de San Gotardo, para evitar el paso de Brennero, porque los trenes antes pasaban por Brennero, pero el paso de Brennero se tuvo que cerrar a causa de la nieve acumulada y nadie podía pasar por allí. Los italianos y los gitanos, sí, los gitanos, eran transportados a Alemania y más allá, a algún lugar del más allá. Los alemanes hacían ver que transportaban carbón y decían que para que los vagones no volvieran vacíos, metían en ellos a los judíos italianos y a los gitanos. Luego la Cruz Roja suiza exigió que esos vagones parasen en Zúrich, pero siempre de noche y los alemanes estuvieron de acuerdo en que fuera de noche. La Cruz Roja suiza dijo que su gente suministraría a los pasajeros mantas y café caliente y sopa caliente para hacer su viaje más confortable —explicaba Elvira Weiner—. Mi madre iba por la ciudad y pedía a la gente que aportaran su café. El consumo de café estaba racionado y ella les decía, dadnos vuestras judías secas, porque el suministro de judías no estaba racionado, se podían comer tantas judías como uno quisiera, sin límites, no importaba, aunque

tampoco había tantas —decía Elvira Weiner—, y luego hacían sopa de judías secas con un poco de zanahoria y de patata, sí, creo, con patata también. Íbamos a ver a esa gente y mi madre dijo luego, ven conmigo a una reunión y yo fui, la reunión tuvo lugar en una escuela, no recuerdo en cuál, y en esa reunión nos dijeron qué haríamos cuando los trenes llegaran. Allí, en esa reunión, había una mujer de la Cruz Roja y ella nos dijo que los trenes llegarían de noche y que debíamos ir con una linterna, que era obligatorio ir con linterna propia, nos dijo eso y que luego nos pondrían en grupos de cuatro, nos dijo, y que nos distribuirían según los lugares previstos a lo largo del andén —continuaba su relato Elvira Weiner—, todo lo que había sido recolectado, todas las mantas y el café y las judías, había que llevarlo un día antes a un lugar determinado para la recogida, decía la señora de la Cruz Roja suiza, pero ya no recuerdo dónde estaba ese lugar de recogida —decía Elvira Weiner—. «Y llevad con vosotros las máscaras de gas», decía la señora de la Cruz Roja y yo no entendía por qué teníamos llevar nuestras máscaras de gas —dijo Elvira Weiner—, pero de hecho todos teníamos máscaras de gas, las máscaras de gas las habían repartido casa por casa, todos teníamos una, por si acaso, decían, pero nunca las habíamos utilizado. Suiza era un país neutral. Mi madre hizo todo lo que la señora de la Cruz Roja suiza le dijo que tenía que hacer, llevó allí todo su café, todas sus mantas y toda la sopa. Y finalmente llegó el día. No teníamos coche y la ciudad estaba siempre a oscuras, así que fuimos en tranvía, llevábamos las máscaras de gas y nos dijeron que debíamos formar una cadena y que luego nos traerían los calderos con el café y con la sopa y que nosotras debíamos servirlos con un cucharón en unas escudillas de metal que después debían pasarse de mano en mano por la cadena, eso es lo que nos dijeron los de la Cruz Roja suiza. Y que al lado del vagón habría una persona, dijeron —continuaba Elvira Weiner—. Así que fuimos allí, creo que eran las nueve de la noche, fuimos nosotras cuatro, formábamos un equipo, mi tía, mi madre, la chica que nos ayudaba en casa y yo. Mi madre estaba al lado de unos de los vagones. Creo que hubo como diez equipos como el nuestro, sí, creo que éramos diez. Estábamos distribuidos a una distancia regular unos de otros y esperábamos. Todo estaba preparado y nosotros esperábamos y luego trajeron unos calderones enormes con la sopa caliente, pero no sé dónde la habían cocinado, quizás en las dependencias de la Asociación Judía, es lo que me dijo mi tía, y luego trajeron también la caldera con el café. Yo era responsable de repartir la sopa y tenía que llenar con ella cada *gamelle* individual, que eran unas vasijas pequeñas de metal. Y así estuvimos esperando —dijo Elvira Weiner—, y luego los vimos entrar en la estación, esos vagones, llegaban muy lentamente, hasta que se pararon. Y alguien desde fuera abrió la puerta porque esos vagones estaban sellados. Alguien quitó el cerrojo y abrió la puerta y la puerta se abrió y nosotros estábamos allí, esperando. Luego apareció un hombre y se quedó allí, quieto. Al cabo de un rato, dio la señal con la cabeza de que podíamos empezar y yo empecé a servir la sopa aquella. Era incómodo porque dejé mi linterna en el suelo y la sopa estaba caliente, a punto de ebullición. Yo pasaba la sopa a nuestra sirvienta, que se llamaba Ida, Ida Ban. Ida pasaba la sopa a mi tía y mi tía a mi madre y luego mi madre a aquel hombre. De sus manos, la *gamelle* desaparecía en el interior, es decir que dentro del tren había personas. Y eso duró una media hora, la atmósfera era muy tensa. Nos dijeron que no podíamos hablar, que ni se nos ocurriera silbar o nada por el estilo. La situación era muy tensa, muy, muy tensa. Recuerdo que pensé por un momento qué pasaría si la gente empezaba a salir de los vagones, e intentaba imaginar cómo debía de ser estar allí dentro, en los vagones, si la gente aquella tenía camas, si tenían sillas, me preguntaba cosas de esas, si tenían estufas en esos vagones, porque hacía un frío espantoso, y me preguntaba también qué pasaría si salieran fuera, qué hubiéramos hecho nosotros, si los hubiéramos intentado meter de nuevo en los vagones, o bien

hubiésemos procurado que se quedaran allí, en Zúrich. Nos los hubiéramos llevado a casa y alguno de nosotros hubiese tenido que compartir la cama con alguno de ellos, tal vez yo misma, quizás con una chiquilla, o bien con una muchacha de mi edad. Mi madre tenía la costumbre de hacer venir a casa a los judíos, los refugiados que vivían en los centros de acogida. Los invitaba a pasar el fin de semana con nosotros porque los refugiados los fines de semana podían salir y entonces siempre había alguien que dormía en mi habitación. Viendo los trenes pensé que ahora quizás de nuevo alguien vendría a dormir a mi cuarto, solo que esta vez por más tiempo. Pero no pasó nada de esto. Una vez vacíos los calderones —dijo Elza Weiner—, cuando no quedaban ni mantas, ni café, ni sopa, nos fuimos a casa, igual que habíamos llegado, en el tranvía, y tuvimos que apresurarnos para no perder el último de la noche.

»Después de haber acabado las provisiones, el tren no salió de la estación —explicó Elvira Weiner—, de nuevo sellaron la puerta, pero los vagones se quedaron allí, inmóviles. Un día, en un diario local, se publicó un artículo... la gente que vivía cerca de la estación de ferrocarril, cerca de la primera vía, se quejaba del alboroto nocturno —continuó Elvira Weiner—, porque los que estaban dentro de los vagones gritaban dejadnos salir, dejadnos salir afuera, gritaban y desde dentro daban golpes terribles y la gente que vivía cerca de la estación no podía dormir y se quejaba y luego se propuso que esa clase de transportes parasen cerca de *Landesmuseum*, más allá del *Hauptbahnhof*, en la calle Museumstrasse, porque allí no había casas habitadas, de manera que esos transportes no molestarían a nadie, eso es lo que se propuso —dijo Elvira Weiner—, creo que nadie quiso saber lo que pasaba. Sabíamos que esas personas iban a Alemania, sabíamos que entre ellos había judíos, sabíamos que existían los campos de concentración. Pensábamos que nosotros ya les habíamos ayudado y que si ellos continuaban ululando en la noche era su problema, es lo que pensábamos —explicaba Elvira Weiner—. Les habíamos dado mantas y café y sopa. Y si ellos continuaban rebelándose, no nos parecía correcto. Pensábamos: esta gente arma tanto alboroto que no nos dejan dormir. Es eso lo que nuestros vecinos escribían en los diarios. Estábamos en guerra —explicaba Elvira Weiner—, todo el mundo tenía sus preocupaciones. Hasta el día de hoy siento remordimientos por todo aquello —explicaba Elvira Weiner—. Si no hubiéramos dejado marchar a esa gente sin más, si nuestro gobierno hubiese roto el acuerdo, si hubiésemos dicho, eh, no os vamos a permitir que os los llevéis a Alemania, quizás detrás de ese primer transporte no habría venido ninguno más. Pero sí que vinieron, vinieron muchos transportes, ocho convoyes, quizás hasta doce. Y un día fui con mi madre y los vagones estaban estacionados allí lejos, cerca de *Schweitzerisches Landesmuseum*, en la última vía, y todo se repitió, mantas, café, sopa, gritos y golpes, y mi madre me dijo: «Ya no hace falta que vengas más conmigo a la estación de ferrocarril, deberías pensar en tus estudios, no está bien que vengas tan tarde a casa, deberías dormir más». No sé quiénes eran las personas que iban allí a ayudar, no nos estaba permitido hablar de ello, estaba *verboten* decir nada —continuó Elvira Weiner—. Además, todo sucedía en la oscuridad, no teníamos más luz que la propia linterna que cada uno llevaba consigo, la oscuridad era densa. Recuerdo que abrieron la puerta de uno de los vagones y en la puerta vi a un hombre de rostro pálido, con un rostro terriblemente pálido en aquella oscuridad. En la reunión reconocí a algunas personas, eran de la misma edad que yo, con algunos había ido a esquiar, pero a los mayores no los conocía, a ellos los conocía mi tía, creo que ellos, todos ellos, eran judíos. Yo solo conocía a uno de los hombres, era abogado. Un día me dijo: «Pequeña, ¿cómo estás?» en plena calle, pero luego en la estación hizo ver que no me conocía. La Cruz Roja suiza contactó con los judíos, creo que la Cruz Roja suiza contactó en

secreto con los judíos. La otra gente no supo nada sobre esos transportes, nadie tenía ni idea sobre todo aquello. Y la Cruz Roja suiza pensaba que ellos habían hecho un gran gesto, un gran gesto humanitario. La Cruz Roja suiza se comportó como si ellos fuesen los salvadores, como si la Cruz Roja suiza hubiera provisto a esa gente con mantas y con café y con sopa. Pero no sé si la Cruz Roja suiza pensó ni por un momento en detener aquellos trenes y liberar a la gente que había dentro. Eso yo no lo sé —dijo Elvira Weiner—. No sabíamos nada. Lo único que sabíamos es que en esos trenes había judíos y gitanos camino de Alemania y más allá, a dónde iban no lo sabíamos. Sabíamos que tenían que pasar por territorio suizo porque el paso de Brennero estaba cerrado. Esto me lo explicó mi madre, pero en aquella reunión alguien preguntó: ¿Por qué deben pasar esos trenes precisamente por Suiza? A nadie le hacía gracia que los trenes pasaran precisamente por Suiza, porque eso significaba que Suiza también estaba implicada, aunque Suiza continuaba asegurando que era un país neutral, pero se demostró que no era precisamente neutral, especialmente en lo referente a sus bancos, aunque eso todavía habrá que demostrarlo —dijo Elvira Weiner—. En esa reunión alguien dijo, quizás sean prisioneros políticos, pero yo sabía, en mi familia se sabía, y todos sospechábamos que a esa gente la llevaban a campos de concentración, y sabíamos también que existían campos como Dachau, Bergen Belsen, Teresienstadt. Teresienstadt era un campo bueno, en él no mataban, podríamos haber hecho algo, pensaba yo. Pero el resto no veía más allá de esas mantas, ese café y esa sopa, como si eso fuera suficiente. Yo tenía dieciséis años, todavía iba a la escuela. Mientras esperábamos a que las puertas se abrieran, pensaba en qué sucedería ahora, qué pasaría si toda esta gente se uniera, golpearan al hombre de uniforme que estaba en la puerta y empezaran a saltar del tren, qué haríamos nosotros entonces, ¿alguien sería capaz de meter a los prisioneros en los vagones? Sentí el deseo de que esa gente fuera liberada, pero no quería que esto pasara precisamente allí mismo, delante de nosotros. Los miraba, los miraba como uno mira a las bestias salvajes en un zoológico. Sentí lástima de que ellos estuvieran detrás de las rejas, pero no quería que los dejasen salir precisamente donde estaba yo. Que los dejen libres en medio de algún paraje natural, pensaba yo —me decía Elvira Weiner—. Más tarde me pregunté, no en aquel momento, sino más tarde, ¿Cómo es que yo me salvé de todo esto? ¿Y por qué los otros no? Ahora lo sé, nadie se salvó. Después de la guerra mi madre no quiso hablar de ello nunca más, ella quiso olvidar. Y a mí me hubiera gustado preguntarle: ¿Qué crees qué pasó con la gente del tren? Y ella me hubiese respondido: «Elvira esos tiempos eran extraños». Todo eso sucedió entre el final de 1943 y el principio de 1944. Hacía mucho frío. Más tarde conocí a Elena Dreher, no era una casualidad, nada es casual en la vida. Yo estaba buscando alguna información sobre esa gente. Cuando mi madre murió, empecé a buscar datos. Elena Dreher era partisana —dijo Elvira Weiner—. Elena Dreher me explicó que ellos habían hecho ataques selectivos e intentaban parar los trenes de ganado antes de que entrasen en Suiza. Me explicó que los nazis recogían a las personas por los pueblos y por las ciudades, que les ofrecían cigarrillos y luego los detenían y los hacían subir a los trenes y los enviaban a Alemania, a los campos de trabajos forzados. Y que los partisanos consiguieron parar alguno de esos trenes, que algunas personas se salvaron de esa manera, me explicaba Elena Dreher —dijo Elvira Weiner—. En los archivos existen datos, yo lo sé porque he ido a consultar los archivos y dicen que entre 1943 y 1944 el tránsito a través del túnel de San Gotardo fue muy intenso. Cada diez minutos pasaba por Suiza un tren desde Alemania de camino a Italia o a la inversa. Busqué también en los archivos de la Cruz Roja, pero en los archivos de la Cruz Roja no hay ninguna información sobre los trenes que pasaron por Zúrich, ni una palabra sobre aquella ayuda que se organizó, nada sobre aquellas mantas, aquel café, aquella sopa, nada

sobre aquella pequeña ayudita a los prisioneros italianos, que no sirvió para mucho, quizás esta sea la razón de que no haya ninguna información, como si nada hubiese pasado... —me decía Elvira Weiner—. En otro lugar sí que encontré un documento —dijo Elvira Weiner—, un trocito de papel en el que se indicaba que los representantes de la Cruz Roja suiza en enero de 1944 fueron contactados por un comando alemán, por los oficiales de las SS, por un tal Globočnik y un tal Rainer, establecidos en el norte de Italia, en relación con la «coordinación de la ayuda ofrecida a los ciudadanos italianos». Consulté también el archivo de los ferrocarriles suizos —continuó Elvira Weiner—, y allí tampoco encontré nada. En los archivos de los ferrocarriles suizos me dijeron que en el año 1960 trasladaron sus oficinas y que entonces fue destruida toda la información sobre los horarios de los trenes y sus movimientos durante la guerra —dijo Elvira Weiner—. Lo más grave fue que los vagones estaban sellados, solo se podían abrir desde fuera —explicaba Elvira Weiner—. Me parece que eso fue lo peor.

«Yo también sufro pesadillas a causa de las estaciones de ferrocarril, pesadillas de trenes, pesadillas, pesadillas de trenes», repetía Haya mientras hurgaba en el cesto rojo hasta que encontró una pequeña fotografía, parecida a aquellas del año 1944. No sabe cómo, no sabe cómo, ¿Cómo?, se metió entre las fotos que le había regalado el *SS-Untersturmführer* Kurt Franz. «Aquí está», dijo.



El día 31 de octubre de 1944, alrededor de las 18 horas, la hermana de Ada y tía de Haya, Letizia Puhaz, exclamó:

—Fanny, corre a buscar a Teresa a Vía Caporetto.

A las 20 horas y 17 minutos la comadrona Teresa Cavalieri de Vía Caporetto 51 asistió a Haya Tedeschi en el parto. Había nacido Antonio, Toni Tedeschi.

Kurt Franz vio a su hijo dos veces. A finales de diciembre, Kurt Franz, asomado por encima del mostrador del quiosco La Gioia, cogía con los dedos índice y corazón un mechón rubio oscuro del cabello de Haya y le susurraba:

—Tú, pequeña judía mía, así ya no podemos continuar. Oh, sí, lo sé, Tedeschi es *ein jüdischer Name*. Además, a mí en casa me espera mi prometida. El Ministro de la SS *Rasse und Siedlungshauptamt*, Heinrich Himmler, finalmente me envió el permiso para que me pueda casar. Estas Navidades me voy a Düsseldorf y cuando vuelva, no me busques, ya no quiero tener nada que ver contigo.

Haya se fue luego a ver a don Baubela. Antonio, Toni, fue bautizado como corresponde a un católico, en presencia de Letizia y de Laura Puhaz, y de la comadrona Teresa. En los libros de bautizo se indicó también el nombre del padre, sí, Kurt Franz, pero el niño recibió el apellido de su madre, Tedeschi.

—Que todo eso permanezca en *secreto* —dijo Haya a Carlo Baubela—. Los tiempos, parece ser, son peligrosos —dijo.

Don Carlo Baubela probablemente no dijo nada porque es lo que debía hacer. Don Carlo Baubela murió en 1946 con más de ochenta años. En Gorizia se hizo creer que el padre de Antonio murió en la guerra, pero sin especificar ni en qué ejército ni de qué lado. Los tiempos eran turbios.

Gorizia era una ciudad pequeña. Y eso importa.

El viernes 13 de abril de 1945, Haya, como de costumbre, llevó a Antonio, Toni, al *asilo nido* Duchessa Anna d'Aosta en Vía Venetto, es decir, lo llevó a la guardería de Iolanda Visintin, una amiga de su madre, Ada, de los tiempos de la escuela primaria. A la entrada, la paró el cartero y le dijo:

—Tiene usted una carta. Sus padres le envían dinero desde Milán. Tiene que firmar aquí abajo.

Y cuando Haya se giró, el cochecito de Toni estaba vacío, por toda la Vía Venetto no había nadie, ni un solo transeúnte, la mañana era fresca, soleada después de días de lluvias, los árboles florecían tímidamente con colores blancos y rosas. El cartero y Haya miraban incrédulos como si alguien hubiera hecho un truco de magia. Y así, cinco meses después de haber nacido, Antonio, Toni Tedeschi, desapareció sigilosa y rápidamente como si nunca hubiera existido.

Sí, sí, Haya buscó a Antonio por todas partes, por todas partes. Gorizia estaba en estado de alerta, la policía hizo sus interrogatorios, las misivas volaban, los teléfonos sonaban, los ojos estaban llenos de lágrimas, en su cabeza se instaló el caos, las noches no pasaban, los días no se movían, el tiempo se inflaba como la levadura de panadería, el tiempo se inflaba hasta que un día

la gota colmó el vaso, llegó a la cima del pecho de Haya, llegó a la punta más alta y se elevó hacia el aire. No se podía hacer nada al respecto.

La Historia decidió hacerse invisible, pasar un tiempo en la clandestinidad. «Tengo que descansar», dijo la Historia, giró la espalda al presente, recogió sus cosas y dejó tras de sí un desorden impresionante, un caos inconcebible. Entre montones de desechos, entre vómitos y con una risa tétrica de bruja, la Historia se elevó hacia el cielo. El sábado 28 de abril, los partisanos mataron a Mussolini y a Clara Petacci en Mezzegra y el domingo los colgaron por los pies en la gasolinera de las SS de Piazzale Loreto en Milán. Más o menos a la misma hora, Hitler en su bunker juró fidelidad a Eva Braun «hasta que la muerte nos separe». El lunes, 30 de abril de 1945, Adolf y Eva se suicidaron y Dachau fue liberado por los americanos. El martes 1 de mayo, el IV Cuerpo del ejército yugoslavo y el I Cuerpo del ejército esloveno entraron en Trieste. ¿Quién se podía entretener con la búsqueda de un niño robado?

Ada regresó de Milán a Gorizia con Paula y Oreste en 1946. Florian y Nora se fueron a Saló, donde el viejo Tedeschi y su segunda mujer Rosa habían sobrevivido a la guerra sin un solo rasguño. Quemaron sus cartillas del partido fascista, aunque fue completamente innecesario, nadie les preguntó nada.

«Después de una guerra no hay héroes, los muertos se olvidan en seguida», escribió Jean Giono. «Las viudas de los héroes se casan con hombres vivos porque estar vivo es una ventaja más grande que ser un héroe muerto. Después de una guerra», escribió Giono, «los héroes ya no existen, existen los tullidos, los discapacitados y los lisiados. Las mujeres, cuando los ven, giran la cabeza. Después de una guerra, la guerra se olvida y se olvida también a los que lucharon. Es así como debe ser», dijo Giono «porque si una guerra no sirve para nada entonces no hace falta honrar a los que se dedicaron a algo inútil».

«Escuchadme», dijo Romain Rolland, «la guerra no acabó todavía, nada acabó por ahora; la humanidad está dentro de una prisión».

El viejo Paolo Tedeschi vivía en una villa de estilo neobarroco en la ribera del lago de Garda, pero no estaba tranquilo. La frase «*Tedeschi ist ein jüdischer Name*» resonó durante toda la guerra en sus oídos, le oprimía el pecho. Cuando las cosas se ponían *turbias*, cuando Paolo Tedeschi pensaba que las cosas se podrían poner *turbias*, se escondía en el hospital de su amigo Armando Bosi, que le cedía una cama en la unidad de curas intensivas. En la unidad de curas intensivas, Paolo Tedeschi recibía vitaminas por vía intravenosa, tenía una vista hermosa sobre el parque del hospital y podía ver pasar las estaciones del año. Los pájaros cantaban y Paolo Tedeschi escuchaba el canto de los pájaros. Las lluvias se desplomaban del cielo y él solamente oía un rumor que lo invitaba a dormir. Luego le traían la lavativa y él decía: «Ah, y esto un día se va a acabar». Las estancias de Paolo en el hospital eran cortas y rutinarias. Luego Paolo Tedeschi volvía a casa más fuerte y con más valor. Los hijos de Paolo, Sergio y Walter, adoptaron el apellido de su madre, Brana (y después de la guerra volvieron al apellido paterno, Tedeschi). En 1944 entraron como voluntarios en la división italiana del ejército alemán y condujeron los minisubmarinos que atacaban a las fuerzas aliadas. El hijo menor de Paolo, Ugo, era músico. Antes de septiembre de 1943 se fue a la Suiza neutral y en una pequeña localidad de nombre Untersiggenthal, en el cantón de Aargau, entretenía a los borrachos en una fonda con su acordeón diatónico. A mediados de la década de 1950 envió una postal a sus padres desde el buque estadounidense-sueco Gripsholm. Les explicó que estaba trabajando en la línea Gotemburgo - Nueva York y que tocaba en la orquesta del barco. En el año 1954, el buque Gripsholm cambió de

nombre por el de Berlín, pero Ugo ya no escribió más postales. El judío bautizado en la fe cristiana Paolo Tedeschi murió en 1948. Su segunda esposa, católica desde el nacimiento, Rosa Brana, murió un año más tarde. El hijo mayor de Paolo se casó de nuevo en 1963 y Walter y Sergio encontraron trabajo en la fábrica de licores. Nora fundó su propia familia.

Como si la guerra nunca hubiera existido.

En los años siguientes llegaron las muertes sencillas y silenciosas, muertes previsibles de tiempos de paz. Hubo también muertes violentas, repentinas, quizás hasta injustas. Haya iba a los sepelios de sus familiares como si hiciera confesiones rutinarias y volvía a Gorizia con una sensación de angustia muda y de decepciones gastadas. Paula murió de cáncer en Trieste en 1963, Florian en la ribera del lago de Garda en 1972. Oreste dejó Gorizia después de acabar el instituto en 1952. «Sois todos una mierda», gritaba, y como miembro de las Brigadas Rojas murió en una prisión de Roma el 17 de marzo de 1978, de un infarto después de haber participado en el secuestro de Aldo Moro. Nora, como una feliz ama de casa, cerró sus ojos con la bendición de Dios en Brescia en 1990.

Ada se fue la primera.

En Gorizia, Ada empezó a beber cada vez más. Ada bebía tanto, sobre todo por las tardes, que ya no era capaz de bajar la escalera. Caía, quedaba llena de moratones y cortes por todo el cuerpo, sobre todo en la cara. La tenían que llevar al hospital para curarle las heridas, para coserla. Los años pasaban, el rostro de Ada se llenó de cicatrices con huellas visibles dejadas por el hilo quirúrgico. Los nudos que habían mantenido cerradas sus heridas se grabaron en su piel. Ada se parecía cada vez más a un andrajo, a un paño del todo inservible. Muchas veces lloraba, por nada. Las palabras se convertían en un collar de sonidos no articulados, mojado de saliva, que ella intentaba apartar con la mano, pero sin éxito. Le costaba acercarse el tenedor a la boca, la comida le caía sobre el pecho, llevaba la ropa manchada y grasienta. Iba sucia y despeinada, siempre. Su estado era lamentable.

De manera que internaron a Ada en una clínica psiquiátrica que pertenecía al hospital de Gorizia. Allí escondía en las cisternas de los lavabos, en los cojines, en los bolsos de las demás, botellines de perfume y de noche los buscaba como una obsesa, con los pies descalzos y después de haberse meado encima. Había llenado los botellines con absenta, *grappa*, vodka, con cualquier bebida alcohólica que conseguía con mucho esfuerzo e inventiva.

En 1953, mientras pasaba eso, Haya se matriculó en Matemáticas en Trieste.

En el hospital, Ada conoció a Umberto Saba, con el cual mantenía largas conversaciones, toda clase de conversaciones, hasta que los dos acababan mirando por alguna de las ventanas con rejas de hierro y aspiraban el aire puro de Gorizia. Más tarde, en 1961, cuando llegó a Gorizia el famoso psiquiatra Franco Basaglia, las rejas de las ventanas se eliminaron, la puerta de la entrada dejó de estar cerrada con llave y los enfermos paseaban por el parque. Algunos andaban poco a poco como si soñaran, otros se apresuraban como si quisieran llegar lo más rápido posible a sus casas. Ada llevaba dos flores de trinitaria en los cabellos y cantaba. Basaglia, tras hacerse cargo del hospital, le consentía esas pequeñas excursiones alcohólicas. Entonces Saba ya no estaba, Saba murió en 1957 y cinco años más tarde murió también Ada.

—Se está bien aquí —decía Ada a Haya cuando esta la venía a visitar—. Aquí vive gente triste, hay hasta algunos judíos. Con Umberto hablamos de Trieste, que para él representa una ciudad triste, me lo explicó así:

*También, junto a la cuesta, hay un camposanto
Abandonado, donde ningún sepelio
Entra, ya no se entierra, que yo
Recuerde: el viejo cementerio
De los judíos, tan grato a mi pensamiento,
Si pienso en mis viejos, después de tanto
Penar y mercadear, allí sepultados,
Todos similares en ánimo y rostros.*

»Umberto me decía que Trieste está hecha de resistencia y que es una ciudad feliz. «La ciudad más extraña de todas», me decía Umberto, «una ciudad de juventud viril y de áspera gracia», me decía —explicaba Ada a Haya—, y luego me llevaba de paseo. Y así, los dos juntos caminábamos por Trieste, pero no por la Trieste en la que habíamos vivido nosotros, cuando Florian servía cafés en la Piazza Unità, sino que visitamos una Trieste tranquila e ingenua, como la veía Umberto —explicaba Ada. Era un mundo hermoso, o así lo veía Umberto y él lo dibujaba para mí, me enseñaba a ver los anhelos silenciados y los amores hechos de dolor, como él los llamaba. Me decía, te haré ver los anhelos silenciados, los amores hechos de dolor y las palabras gastadas de *fiori-amore*. Todo eso forma una turbia locura, me decía Umberto, una locura hecha de gemidos desesperados y desafinados, me decía. Trieste es una ciudad hermosa, pero no la Trieste de la que huimos nosotros —decía Ada.

—La ciudad en la que soñaba con los zapatos de charol, pero nunca los tuve —intervino Haya, pero Ada no la escuchaba, Ada estaba paseando con Umberto por Trieste y Haya iba detrás, titubeando.

—De manera que —dijo Ada— fuimos los dos juntos hasta Ponterosso, Umberto y yo. Observábamos los pájaros porque a Umberto los pájaros le gustan —dijo Ada—. Y a mí ahora los pájaros también me gustan, por mucho que las aves rellenas que cocinaba el abuelo Angelo me dieran asco, sobre todo sus ojos vidriosos —decía Ada—. Y él me llevaba, él, Umberto, me llevaba a Vía Riborgo o a Vía Pondares, no me acuerdo bien, a la casa en la que nació, donde antes estaba el gueto judío, pero esa casa hoy ya no existe. La casa en la que yo nací tampoco existe ya —dijo Ada—. Allí hay ahora un edificio totalmente diferente. Las casas desaparecen, Haya, y también las personas. Ahora lo sé. Así que nos vamos los dos a visitar las *trattorie* que Umberto recuerda. Nos tomamos un vasito de *grappa* en Alla Bella Isoletta. Yo también soy como una isla, Haya, una isla pequeña sin vegetación, abandonada. Pero no siempre fue así, no. Luego vamos a la casa en la que nació Carolina, la esposa de Umberto. Umberto me habla mucho de ella, y también habla mucho de Lina. Lina —Linuccia— pegaba a su hija, yo a ti no te pegué nunca, Haya. Como nosotros siempre teníamos prisa, no teníamos tiempo de pegar a nadie. No sé cómo pudo pasar que se nos agotara el tiempo. ¿Cómo te debería haber llamado yo a ti? Haya, Hayica, Hayuccia, Häychen», se preguntaba Ada y empezaba a llorar y entre las lágrimas decía: «Me hubieras podido traer algún botellín más. Esos botellines son tan pequeños, los que tú me traes son los más pequeños. Umberto también huía, ¿sabes? Igual que nosotros, huía del fascismo, es lo que él me dijo.

—Nosotros huimos para estar entre los fascistas —intervino Haya, pero Ada no la escuchaba.

—Él se escondía por las buhardillas, se escondía en todos los sitios imaginables, me explicaba Umberto. Buscaba refugio en las buhardillas de París, de Florencia, de Roma. Esto es

lo que Umberto me decía —dijo Ada, y añadió mirando a Haya—: La próxima vez que vengas, tráeme alguna ampolla de morfina para Umberto y para mí, los botellines de ron. Y cuando me muera, me haces enterrar en Valdirose, allí, al otro lado, en tierra eslovena. Umberto me explicaba, ¿sabes? —dijo Ada—, me explicaba lo de las estaciones de tren y de pronto me preguntó:

*¿Recuerdas la estación, de noche? Se llenó
De despedidas, de lágrimas incontenibles,
Se llenó de gente amontonada en los vagones.
El «vámonos» resuena como
Una trompeta ronca,
Mientras sientes el hielo, el hielo que te envuelve el corazón.*

»Pero yo no la recuerdo, Haya, no la recuerdo —dijo Ada—. Quizás es a causa de la bebida. Y sabes —prosiguió Ada—, el apellido de Umberto no era Saba, por mucho que todos lo conozcan como Umberto Saba. Pero Umberto Saba se llamaba de hecho Umberto Poli, ¿sabías tú esto? También se podría haber llamado Umberto Coen, podría llamarse así —dijo Ada—, él tenía derecho al apellido Coen. Su madre era judía y se apellidaba Coen, pero su padre no lo era, su padre se apellidaba Poli —dijo Ada—. Su padre los abandonó, a Umberto y a su madre Rahela. Este sí que es un nombre hermoso, Rahela —dijo Ada—, un nombre judío —dijo—. Umberto me dijo que se decidió por el apellido Saba porque daba absolutamente igual cómo uno se llamara. Eso me dijo, aunque yo no estoy del todo segura de que, de verdad, los apellidos no importen. Umberto adoptó el apellido Saba por una nodriza que tenía que se llamaba Pepa. Él la quería mucho. Pepa era eslovena como mi madre Marisa. Oh, mi madre Marisa de Gorizia, tu abuela, Haya, ella también desapareció. Oh, Haya, cómo se esfuma la gente, es todo tan doloroso, todo esto. Umberto me decía que no había ni no natos, ni muertos. Solo había vida y la vida era eterna. «El dolor se va, pero la felicidad se queda», me decía Umberto, que se apellidaba Saba, pero que en realidad debería haberse apellidado Poli, o bien Coen. Hay dolor que se va, decía Umberto, y tu dolor, Haya, también desaparecerá. Rahela echó a Pepa de casa. El apellido de Pepa era Sabaz. Y entonces Umberto dijo que él se llamaría así, en honor a su Pepa de Gorica —dijo Ada—. A veces le explicaba yo a él, a Umberto, mis cosas también — dijo Ada.— Y él luego me mostraba poemas sobre los pájaros. Juntos observábamos los árboles, mientras yo escuchaba sus poemas sobre los pájaros. Él me recitaba sus poemas sobre los pájaros para que yo quisiera ser un pájaro. Umberto me dijo:

*Este año, las golondrinas ya se fueron,
Me estremece el pensamiento
De que en mi soledad
Voy a echar de menos a las golondrinas,
A pesar de mi edad, me estremece el amor*

»Eso es lo que me dijo Umberto y luego los dos juntos miramos el parque, lleno de sombras. Miramos aquellos árboles y luego le dije yo a Umberto: mire usted cuantas sombras hay en este parque, podríamos escondernos en él, solo tienen que dejarnos entrar en este jardín sombrío. Y él

me contestó, no hay sombra que pueda esconder mi cansancio. En cambio yo —dijo Ada—, yo no me canso nunca —y añadió—: Haya, no te olvides de traerme el ron, ellos piensan que me van a curar, pero no me van a curar porque yo no me quiero curar, yo no estoy enferma. Umberto me decía que si quería beber, que bebiera. Aquí no me van a curar, pero no se está del todo mal, aunque me gustaría pasear más, quizás me gustaría poder cantar. Por ahora canto en voz baja, para mi sola y luego pregunto a Umberto: ¿Usted cree que estoy loca? Porque a veces me parece que todo esto, mi vida, esa vida, tu vida, es como la locura que uno no puede vencer. Umberto me decía —explicaba Ada—, Umberto me decía que el doctor Weiss decía, y en el doctor Weiss uno podía confiar, decía Umberto, el doctor Weiss decía que la locura era como un sueño del cual uno no podía despertar, eso es lo que decía el doctor Weiss, me explicó Umberto. Haya, sea como sea, tienes que traerme el ron. Si no encuentras ron, compra ginebra, en una botella pequeña, en un botellín, y tráeme muchos de esos botellines. Y para Umberto, morfina. Él a veces se para donde sea y empieza a recitar susurrando un poema que él no escribió. Susurra el poema «Soledad» y me hace ver que las cosas son diferentes de lo que uno es capaz de ver. Él se sienta en algún lugar y va diciendo:

Soledad

Santa Maria La Longa, 26 de enero de 1917

Pero mis alaridos

Hieren

Como rayos

La ronca campana

Del cielo

Se hunden

Horrorizados

»Va susurrándolo. El poema creo que es de Ungaretti, sí, es de Ungaretti y se llama «Solitudine», soledad. En momentos como ese, Umberto me preocupa, porque ya te dije que...

**DETRÁS DE CADA NOMBRE HAY UNA
HISTORIA**

Nombres de los cerca de 9000 judíos que fueron deportados de Italia o asesinados en Italia o en los países ocupados por ella entre 1943 y 1945

Abeasis Clemente
Abeasis Ester
Abeasis Giorgio
Abeasis Rebecca
Abeasis Renato
Abel Otto
Abeles Francesca
Abenaim Elia
Giuseppe
Abenaim Ettore
Abenaim Mario
Abenaim Mario
Abenaim Oreste
Abenaim Ottorino
Abenaim Renzo
Abenaim Teofilo
Abenaim Wanda
Abenimol O.
Abishous Caden
Aboaf Abramo
Marco
Aboaf Achille
Aboaf Gino
Aboaf Giuditta Rita
Aboaf Guido
Aboaf Ida
Aboaf Regina
Aboaf Salomone
Girolamo
Aboaf Umberto
Abolaffia Rebecca
Abolaffia Adolfo
Abolaffia Camelia
Abolaffia Guido

Abolaffia Regina
Abolaffia Simeone
Edgardo
Abolaffia Vanda
Abouaf Allegra
Abouaf Clara
Abraham Arminio
Abraham Carlotta
Abraham Hilde
Fanny
Abraham Yvonne
Abrahamson Betti
Acco Allegra
Acco David Dario
Acco Giacomo
Acco Marco
Acco Rachele
Acco Sabino
Acco Vittorio
Acco Vittorio
Zaccaria
Ackerman Feige
Adato Amata
Ades Elio
Adler
Adler Albert
Adler Anita
Adler Giuseppe
Adler Marion
Adler Oscar Zeliko
Adler Oswald
Adler Stefan
Adler Zora
Adut Rosa
Afnaim Leone
Afnaim Matilde
Afnaim Regina
Afnaim Salomone
Afnaim Vittoria
Afnaim Vittorio
Agatstein Perl

Ajo' Abramo
Ajo' Adele
Ajo' Angelo
Ajo' Celeste
Ajo' Elisabetta
Ajo' Giacobbe
Ajo' Grazia
Ajo' Pacifico
Alalouf Caden
Alalouf Mosè
Alati Concetta
Alati Gianantonio
Alati Liliana
Alatri Lionello
Alatri Vittoria
Albertini Ida
Alcanà Bianca
Alcanà Celebi
Alcanà Celebi
Alcanà Elia
Alcanà Esther
Alcanà Estrella
Alcanà Giacobbe
Alcanà Giovanna
Alcanà Giuseppe
Alcanà Isacco
Alcanà Isacco
Alcanà Maria
Alcanà Matilde
Alcanà Rachele
Alcanà Rachele
Alcanà Rachele
Alcanà Rachele
Alcanà Rebecca
Alcanà Rebecca
Alcanà Salva
Alcanà Sara
Alcanà Sara
Alcanà Stella
Alcanà Viola
Alcanà Vittoria

Alcanà Vittoria
Alexander Gertrude
Sara
Algranti Giacomo
Algranti Rebecca
Alhadeff Abramo
Alhadeff Abramo
Alhadeff Alberto
Alhadeff Alberto
Alhadeff Alberto
Alhadeff Alessandro
Alhadeff Allegra
Alhadeff Allegra
Alhadeff Allegra
Alhadeff Amelia
Alhadeff Aronne
Alhadeff Aslan
Alhadeff Baruch
Alhadeff Bellina
Alhadeff Bellina
Alhadeff Bezalel
Alhadeff Bohor
Alhadeff Bulissa
Alhadeff Bulissa
Alhadeff Caden
Alhadeff Caden
Alhadeff Celebi
Alhadeff Chety
Alhadeff Davide
Alhadeff Davide
Alhadeff Diana
Alhadeff Diana
Alhadeff Donna
Alhadeff Elia
Alhadeff Ester
Alhadeff Ester
Alhadeff Ester
Alhadeff Ester
Alhadeff Ester
Alhadeff Ester
Alhadeff Ester

Alhadeff Estrella
Alhadeff Estrella
Alhadeff Giacobbe
Alhadeff Giacobbe
Alhadeff Giacobbe
Alhadeff Giacobbe
Alhadeff Giacobbe
Alhadeff Giacomo
Alhadeff Giacomo
Giacobbe
Alhadeff Giamila
Alhadeff Giamila
Alhadeff Giovanna
Alhadeff Giovanna
Alhadeff Giuseppe
Alhadeff Giuseppe
Alhadeff Giuseppe
Alhadeff Giuseppe
Alhadeff Giuseppe
Alhadeff Giuseppe
Alhadeff Haim
Alhadeff Haim
Alhadeff Hanula
Alhadeff Herzl
Alhadeff Isacco
Alhadeff Isacco
Alhadeff Isacco
Alhadeff Israele
Alhadeff Jachir
Alhadeff Jahiel
Alhadeff Jahiel
Alhadeff Ketty
Alhadeff Lea
Alhadeff Lea
Alhadeff Lea
Alhadeff Maria
Alhadeff Maria
Alhadeff Maria
Alhadeff Maria
Alhadeff Maria
Alhadeff Maria

Alhadeff Matilde
Alhadeff Matilde
Alhadeff Matilde
Alhadeff Matilde
Alhadeff Matilde
Alhadeff Mazaltov
Alhadeff Mazaltov
Alhadeff Mazaltov
Alhadeff Miriam
Alhadeff Mirù
Alhadeff Mirù
Alhadeff Moisé
Alhadeff Mosè
Alhadeff Ner
Alhadeff Ner
Alhadeff Nissim
Alhadeff Nissim
Alhadeff Nissim
Alhadeff Perahia
Alhadeff Perahia
Alhadeff Perahia
Alhadeff Perla
Alhadeff Rachele
Alhadeff Rachele
Alhadeff Rachele
Alhadeff Rachele
Alhadeff Rachele
Alhadeff Rachele
detta Lina
Alhadeff Rebecca
Alhadeff Rebecca
Alhadeff Rebecca
Alhadeff Rebecca
Alhadeff Regina
Alhadeff Renata

Reina

Alhadeff Rica

Alhadeff Rica

Alhadeff Rica

Alhadeff Rosa

Alhadeff Rosa

Alhadeff Rosa

Alhadeff Rosa

Alhadeff Rosa

Alhadeff Rosetta

Alhadeff Rosina

Alhadeff Ruben

Alhadeff Ruben

Alhadeff Ruben

Alhadeff Ruben

Alhadeff Sadok

Alhadeff Salomone

Alhadeff Salomone

Alhadeff Salvatore

Alhadeff Samuele

Alhadeff Samuele

Alhadeff Samuele

Alhadeff Samuele

Alhadeff Samuele

Alhadeff Santo

Alhadeff Sara

Alhadeff Sara

Alhadeff Sara

Alhadeff Sara

Alhadeff Saul

Alhadeff Scemaria

Alhadeff Silvia

Alhadeff Sofia

Alhadeff Stella

Alhadeff Stella

Alhadeff Stella

Alhadeff Stella

Alhadeff Vida

Alhadeff Vidal

Alhadeff Viola

Alhadeff Virginia

Alhadeff Vittorio
Alhadeff Zimbul
Alhadeff Zimbul
Alhaique Emilio
Alhalel Brazo
Alhalel Moisè
Alhanà Abramo
Alhanà Allegra
Alhanà Estrea
Alhanà Estrea
Alhanà Giuseppe
Alhanà Jochevet
Alhanà Matilde
Alhanà Miriam
Alhanà Mirù
Alhanà Mosè
Alhanà Nissim
Alhanà Rebecca
Alhanà Reina
Alhanà Rosa
Alkalay Hermann
Alkalay Josif
Alkalay Miscia
Almagià Arnaldo
Almagià Delia
Almagià Emma
Almagià Enrico
Almagià Erminia
Almagià Ortensia
Almansi Adele
Almasy Vera
Almeda Guglielmo
Almeleh Abramo
Almeleh Alfredo
Almeleh Bella
Almeleh Bulissa
Almeleh Caden
Almeleh Fassana
Almeleh Giacobbe
Giacomo
Almeleh Hahamaci

Almeleh Haim
Almeleh Luna
Almeleh Mari
Almeleh Matilde
Almeleh Mercada
Almeleh Miriam
Almeleh Rachele
Almeleh Raffaele
Almeleh Rebecca
Almeleh Samuele
Almeleh Sara
Almeleh Sara
Almoslino Olga
Alphandary Bianca
Alpron Enrichetta
Alpron Ernesto
Alt
Alt Giovanni
Altaras
Altaras
Altaras Donna Ester
Altaras Jilian
Altarass Cesare
Altaraz Sara
Altberger Ester
Alter Leopold
Altmann Ferdinando
Altmann Giuditta
Altmann Giuliano
Altmann Guglielmo
Altmann Hinde
Altschueler Samuel
Amati Alberto
Amati Giulio
Amati Letizia
Amati Michele
Amati Rosa
Amati Rosa
Amato Alessandro
Amato Aslan
Amato Caden

Amato Davide
Amato Ester
Amato Giacobbe
Amato Giacomo
Amato Giuseppe
Amato Giuseppe
Bochor
Amato Lea
Amato Mardocheo
Amato Matilde
Amato Michele
Amato Mosè Behor
Amato Nissim
Amato Rachele
Amato Rahamin
Amato Regina
Amato Ruben
Amato Sadik
Amato Samuele
Amato Sol
Amato Stella
Amato Stella Esther
Amato Violetta
Ambonetti Olga
Ambrosini
Guglielmo
Americano Carolina
Amgyfel Riwka Sara
Amiel Abramo
Amiel Davide
Amiel Isacco
Amiel Isacco
Amiel Leone
Amiel Maurizio
Amiel Rachele
Amiel Rachele
Amiel Vidal
Amster Rebecca
Amsterdam Arthur
Amsterdam Israel
Isidoro

Amsterdam Selma
Sara
Anau Eloisa
Anav Adalgisa
Anav Anita
Anav Eleonora
Anavi Rebecca
Ancona Achille
Ancona Ada
Ancona Ada
Ancona Bruno
Ancona Edoardo
Ancona Elisa
Ancona Gastone
Ancona Giulio
Ancona Guglielmo
Ancona Ida
Ancona Ines
Ancona Irma
Ancona Margherita
Ancona Marisa
Ancona Olga
Ancona Roberto
Ancona Vittoria
Andrzenczek Eva
Angel Alessandro
Angel Bella
Angel Bulissa
Angel Giacobbe
Angel Gioia
Angel Giuseppe
Angel Haim
Angel Leone
Angel Maria
Angel Samuele
Angel Sara
Angel Signora
Anscherlik Augusta
Anscherlik Franca
Anscherlik Paola
Anteras Salomon

Anticoli
Anticoli Abramo
Anticoli Adelaide
Anticoli Adolfo
Anticoli Alberto
Anticoli Alberto
Anticoli Alfredo
Anticoli Angelo
Anticoli Angelo
Anticoli Angelo
Anticoli Angelo
Anticoli Anna
Anticoli Aron
Anticoli Attilio
Anticoli Attilio
Anticoli Celeste
Anticoli Celeste
Anticoli Cesare
Anticoli Emanuele
Vittorio
Anticoli Emma
Anticoli Emma
Anticoli Enrica
Anticoli Enrichetta
Anticoli Ester
Anticoli Ester
Anticoli Esterina
Anticoli Fiorella
Anticoli Fiorella
Anticoli Fiorella
Anticoli Fiorella
Anticoli Fiorella
Anticoli Flaminia
Anticoli Fortuna
Anticoli Franca
Anticoli Gemma
Anticoli Gemma
Anticoli Geremia
Attilio
Anticoli Giacomo

Anticoli Giancarlo
Anticoli Giuditta
Anticoli Glauco
Anticoli Grazia
Anticoli Italia
Anticoli Lazzaro
Anticoli Lazzaro
Anticoli Lazzaro
Anticoli Lazzaro
Anticoli Lello
Samuele
Anticoli Leone
Anticoli Letizia
Anticoli Letizia
Anticoli Luciana
Anticoli Luciano
Anticoli Manrico
Anticoli Marco
Anticoli Marco
Mosè
Anticoli Mario
Anticoli Mario
Anticoli Mario
Anticoli Marisa
Anticoli Pacifico
Anticoli Rosa
Anticoli Rosa
Anticoli Rosella
Anticoli Rosina
Anticoli Sabatino
Anticoli Salvatore
Anticoli Sergio
Anticoli Vanda
Anticoli Vitale
Antmann Adele
Antmann Gelb
Charlotte
Antmann Josef
Anzer Sofia
Anzibel Jakob
Apelbaum Pinchas

Paul
Apfel Davide
Appel Bojla
Appelbaum Armand
Moise Herz
Ara Coen Anna
Araf
Araf
Araf Lazar
Araf Marco
Araf Matilde
Arany Giorgio
Arbib Alice
Arbib Enrico
Arbib Rachele
Arbib Simon
Arbib Wassi
Arbisse Raimondo
Archivolti Liliana
Arditi Alberto
Abramo
Arditi Clara
Arditi Davide
Arditi Esther
Arditi Gioia
Arditti Giuseppe
Arditti Masaltov
Armani Heischmann
Adolf Umberto
Armani Heischmann
Gino
Armut Edita
Armut Enika
Armut Gustav
Armut Iva
Arnoldi Guido
Arnstein Ernest
Aron Vita
Aronson Angiolina
Cecilia
Arouch Renata

Artom Faustina
Artom Margherita
Artom Riccardo
Artom Vittorina
Arughetti Caden
Arughetti Giacobbe
Ascarelli Adele
Ascer Rachele
Ascer Salvo
Ascer Sara
Ascher Rosa
Aschnowitz Otto
Ascoli Adalgisa
Ascoli Alessandro
Ascoli Alfredo
Ascoli Angelo
Ascoli Elisa
Ascoli Emma
Ascoli Enrico
Ascoli Ernesta
Ascoli Ferruccio
Ascoli Gabriella
Fernanda
Ascoli Giacomo
Ascoli Irma
Ascoli Lidia
Ascoli Lidia
Ascoli Margherita
Ascoli Marta
Ascoli Michele
Ascoli Olga Luigia
Ascoli Vito
Ashabett Silvia
Ass Ester
Assa André Jacques
Assa Isaac
Assael Rachele
Assael Regina
Asseo Linda
Asseo Rachele
Astegiano Margherita

Astrologo Aldo
Astrologo Anita
Astrologo Attilio
Astrologo Cesare
Astrologo Costanza
Astrologo Diamante
Astrologo Donato
Astrologo Emanuele
Astrologo Ennio
Astrologo Enrichetta
Astrologo Ester
Astrologo Fortunata
Astrologo Giacomo
Astrologo Giuditta
Astrologo Giuseppe
Astrologo Isacco
Astrologo Italia
Astrologo Lamberto
Astrologo Lello
Samuele
Astrologo Leone
Astrologo Leone
Astrologo Letizia
Astrologo Letizia
Astrologo Maurizio
Astrologo Milena
Astrologo Pellegrino
Astrologo Riccardo
Astrologo Rinaldo
Leone
Astrologo Rosa
Astrologo Sara
Astrologo Silvia
Astrologo Vitale
Astrologo Vittorio
Atias Neta
Atias Nora
Atlas Margherita
Attal Ada
Attal Benito
Attal Davide

Attal Dina Bona
Attal Fortuna
Attal Mario
Attias Giacobbe
Giacomo
Attias Giacomo
Attias Nella
Attias Sara
Attias Vitale
Auerhahn Israel
Auerhahn Mosè
Aufrecht Anna
Augapfel Jacob
Aussenberg Chaskel
Aussenberg Sara
Austerlitz Laura
Avigdor Enrico
Avigdor Federico
Avigdor Giacomo
Avigdor Isacco
Avigdor Miranda
Avigdor Rachele
Avigdor Rachele
Avigdor Stella
Avramovic Mika
Avramovic Sarika
Avzaradel Allegra
Avzaradel Baruch
Avzaradel Clara
Avzaradel Esther
Avzaradel Gioia
Avzaradel Graziella
Avzaradel Irma
Avzaradel Laura
Avzaradel Lea
Avzaradel Regina
Avzaradel Renata
Regina
Avzaradel Rosa
Avzaradel Selma
Azicri Rosina

Azra Misa
Azria Luigi
Azzarelli Lina
Baar Giulia
Bacharach Elisabetta
Bachi Aldo
Bachi Aldo
Bachi Annibale
Bachi Armando
Bachi Arturo
Bachi Arturo Enrico
Bachi Avito
Bachi Luigi
Bachi Michele
Bachi Pia
Bachi Roberto
Bachi Vittoria
Bachmann Fritz
Bader Elena
Bahir Moshè
Bakker Joseph
Balassa Elena
Balbi Nerina
Ballatti Lina
Balog Adalberto
Balog Anna Maura
Balog Lodovico
Ban Eleonora Irene
Bangen Mirella
Bank Hersz
Baquis Giorgio
Baquis Giuliana
Barabas Silvio
Baraffael Fiorina
Baranes Ida
Barbout Fortunata
Barda Barkana
Barda Giacomina
Barda Oliviero
Ruggero
Barda Salomone

Barda Simeone
Lionello
Bardavid Alessandro
Behor
Bardavid Caden
Bardavid Elia
Bardavid Ester
Bardavid Mary
Barnstein
Diamantina
Baroccio Clara
Baroccio Virginia
Baron Emma
Baruch Abramo
Baruch Ada Sara
Baruch Avram
Baruch Baruch
Baruch Behor
Michele
Baruch Clara
Baruch Elia
Baruch Eliezer
Baruch Enrichetta
Baruch Ezdra
Baruch Flora
Baruch Franca
Baruch Giacomo
Baruch Giorgio Elia
Baruch Giosuè
Alessandro
Baruch Giuditta
Baruch Isacco
Baruch Isacco
Baruch Isacco
Baruch Isacco
Mario
Baruch Liliana
Baruch Marco
Baruch Mosè
Baruch Natan
Baruch Perla Allegra

Baruch Raffaele
Baruch Raffaello
Baruch Rita
Baruch Sabetai
Baruch Salom
Baruch Salomon
Silvio
Baruch Salvatore
Baruch Susanna
Baruch Violetta
Baruch Zimbul
Baruk Clara
Basevi Adele
Basevi Attilio
Basevi Elena
Basevi Emma
Basevi Ida
Basevi Lazzaro
Basevi Pasqua
Basevi Tullio
Basevi Vittorio
Bass Isamor
Bass Stefania
Bassani Albertina
Bassani Anna
Enrichetta
Bassani Bruno
Bassani Carlo
Bassani Clelia
Bassani Edgardo
Bassani Edoardo
Bassani Franco
Bassani Gemma
Bassani Giulietta
Bassani Giuseppe
Bassani Giuseppe
Benedetto
Bassani Lydia
Bassani Marcella
Bassani Tina
Bassano Bianca

Bassano Rita
Bassi Alberto
Bassi Ettore
Bassi Fanny
Bassi Marco
Bassi Vittorio
Basso Bruno
Batschis Helene
Batschis Olga
Battich Luciano
Battino Giuseppe
Bauer Isacco
Baum Lodovico
Baum Olga
Baumann Margarethe
Baumwollspinner
Wolf
Bayona Carlo
Bayona Davide
Bayona Dora
Bayona Isacco
Bayona Lucia
Bayona Rita
Bear Rachele
Beck Irma
Bedussa Regina
Bedussa Rosa
Beer Karl
Beer Lazar
Begaz Rosa
Behar Allegra
Behar Berta
Behar Davide
Behar Donna
Behar Elisa Tovà
Behar Giuseppe
Behar Lea Rebecca
Behar Rachele
Behar Rachele Rosy
Bein Anton
Bein Salomon

Beiner Stefania
Belgrado Mario
Belgrado Ubaldo
Belinkis Cecilia
Bella
Bellak Evelyn
Bellak Giorgetta
Belleli Aldo
Belleli Allegra
Belleli Anna
Belleli Anna
Belleli Armando
Belleli Armando
Belleli Armando
Belleli Bruno
Belleli Davide
Belleli Dorina
Belleli Elio
Belleli Enrichetta
Belleli Enrichetta
Matilde
Belleli Enrichetta
Rachele
Belleli Fortunata
Belleli Fortunata
Belleli Giulia
Belleli Isacco
Belleli Isacco
Samuele
Belleli Jossua
Salvatore
Belleli Lazzaro
Belleli Lazzaro
Belleli Lazzaro
Belleli Marco
Belleli Moisè
Belleli Nissim
Belleli Pace
Belleli Pietro
Belleli Pietro
Belleli Rebecca

Belleli Roberto
Belleli Salvatore
Belleli Stameta
Belleli Vittorina
Bembassat Giacomo
Bembassat Vittorio
Bemporad Ada
Bemporad Ada
Bemporad Adolfo
Bemporad Aldo
Bemporad Amedeo
Bemporad Anna
Bemporad Annita
Bemporad Arnolfo
Bemporad Bianca
Bemporad David
Giuseppe
Bemporad Elvira
Bemporad Gemma
Bemporad Gina
Bemporad Giorgio
Bemporad Jole
Bemporad Lelia
Bemporad Lidia
Bemporad Liliana
Bemporad Marcella
Bemporad Mirella
Bemporad Silvio
Bemporad Ugo
Bemporat Lazzaro
Ben Aron Jenni
Benaroyo Fortunata
Benatar Baruh
Benatar Giuseppe
Benatar Lea
Benatar Mazaltov
Benatar Nissim
Benatar Nissim
Benatar Rachele
Benatar Regina
Benatar Sara

Benatar Sara
Benathan Giuseppe
Benbassà Rachele
Bendaud Jole
Benedetti Elena
Benedetti Jole
Benedetti Luciano
Benedetti Valentina
Benzra Matilde
Benghiat Maurizio
Beniacar Bulissa
Luisa
Beniacar Giacobbe
Giacomo
Beniacar Matilde
Beniacar Moise
Beniacar Perla
Benigno Alberto
Benigno Emma
Benigno Eugenio
Benigno Giulia
Benigno Letizia
Benjamin Abramo
Benjamin Anna
Benjamin Clemente
Benjamin Daisy
Benjamin Elisa
Benjamin Ester
Benjamin Eugenio
Benjamin Geltrude
Benjamin Giacomo
Benjamin Hlafo
Benjamin Lidia
Benjamin Messauda
Benjamin Meta
Benjamin Mosè
Benjamin Rachele
Benjamin Regina
Nella
Benjamin Renato
Benjamin Samuel

Benjamin Silvana
Maria
Benjamin Smeralda
Benjamin Vittorio
Haim
Benjamin William
Abramo
Benonsisso Nisso
Benosiglio
Benosiglio Levi
Benosiglio Morris
Mosè
Benosiglio Moses
Benrey
Benrey Moise
Benscioan Ascer
Bensussan Berthe
Bensussan Eleonora
Benun Abramo
Benun Abramo
Benun Alberto
Benun Alfredo
Benun Bianca
Benun Bulissa
Benun Caden
Benun Clara
Benun Comprada
Benun Davide
Benun Davide
Benun Elia
Benun Elia
Benun Elia
Benun Esther
Benun Giacomo
Benun Giamila
Benun Haim
Benun Haim
Benun Isacco
Benun Isacco
Benun Luciana
Benun Marco

Benun Maria
Benun Maria
Benun Maria
Benun Matilde
Benun Mazaltov
Benun Mordechai
Benun Mosè
Benun Nissim
Benun Nissim
Benun Nissim
Benun Nissim
Benun Rachele
Benun Rahamin
Benun Rahamin
Benun Regina
Benun Regina
Benun Rosa
Benun Sadok
Benun Salomone
Benun Samuel
Benun Samuele
Benun Sara
Benun Sara
Benun Stella
Benun Vittoria
Benveniste Abramo
Benveniste Alberto
Benveniste Davide
Benveniste Davide
Benveniste Estrella
Benveniste Estrella
Benveniste Isacco
Benveniste Isacco
Benveniste Linda
Benveniste Mosè
Benveniste Nissim
Benveniste Nissim
Benveniste Nissim
Benveniste Palomba
Benveniste Paolo
Raul

Benveniste Roberto
Benveniste Sarota
Benveniste Stella
Esther
Benvenisti Giannina
Bercu Anne Marie
Berger Adolf
Berger Alberto
Berger Arnold
Berger Carlo
Berger Elisabetta
Berger Erna
Berger Eugenio
Berger Geza
Berger Giuseppe
Berger Giuseppe
Berger Hedwig
Berger Margarete
Berger Maurice
Berger Max
Berger Nora
Berger Rosina
Bergmann Gino
Bergmann Theodor
Berl Silvio
Bermann Abramo
Bermann Alfred
Bermann Enrico
Bermann Ermanno
Bermann Friedrich
Bermann Ida
Bermann Melania
Bermann Moritz
Bernau Ida
Berndt Elisabetta
Bernheim Luisa
Bero Boaz
Bero Davide
Bero Fani
Bero Rebecca
Bero Ruben

Bero Stella
Bero Uriel
Berolsheimer Aldo
Berro Amelia
Berro Bulissa
Berro Elisa
Berro Giacobbe
Berro Lea
Berro Matilde
Berro Nissim
Berro Oriel
Berro Rosa
Berro Ruben
Berro Salvatore
Bersciadski Semil
Bertiner Berta
Bertram Rifka
Beru Mazaltov
Berussi Elisa
Besso Elsa Jolanda
Besso Lina
Besso Marco
Besso Menachem
Bettmann Henriette
Bianchi Emerico
Bianchini Giulia
Bianchini Livia
Bick Max Herbert
Bick Sigismondo
Bick Sofia
Bidussa Elsa
Bielenkzy Evelina
Bigiavi Edoardo
Bilis Caden
Bilschowski Hans
Bilschowski Werner
Bincer Giovanni
Binfefeld Clara
Binfefeld Mayer
Binfefeld
Sigismondo

Birkenfeld Ignaz
Birkenwald Gabriel
Birkenwald Pinkus
Birkenwald Rachele
Birkenwald Sara
Birnbaum Max
Birnbaum Rosa
Birò Alberto
Birò Andrea Mario
Biscardo Luigi
Bises Abramo
Alberto
Bisson Giulia
Bisson Vittorio
Zadock
Biton Lea
Biton Rebecca
Bivash David
Blanes Raffaello
Blank Debora
Blatteis Emilio
Blatteis Massimo
Blauer Massimiliano
Blaustein Giorgio
Blinder Etta Caterina
Bloch Alessandra
Bloch Katherina
Bloch Margarethe
Blody Rosa
Bloede Gerson
Blonder Sara
Blueh Ernestina
Bluehweiss Federica
Blum Enrichetta
Blum Gelweiler
Carolina
Blumenfeld Elena
Blumenthal Jacob
Blumenthal Olga
Boccaro Sciaula Dori
Bodner Magda

Bodner Mayer
Boehm Malka
Boehm Michelangelo
Bogner Anna
Bolaffi Annita
Bolaffio Amadio
Bolaffio Giacomo
Bolaffio Giulio
Bolaffio Moisè Ettore
Bonacar Giacomo
Giacobbe
Bonacar Giuditta
Bonacar Luna Malkà
Bonacar Sara
Bondi Alfredo
Bondi Anna
Bondi Benedetto
Bondi Elena
Bondi Fiorella
Bondi Giuseppe
Bondi Leone
Bondi Margherita
Bondi Pace
Bondi Umberto
Bondy Ella
Boniel Stella
Boraks Gustav
Boralevi Giuseppe
Borchert Carlo
Bordignon Giannina
Borg Irma
Borger Riccardo
Borgetti Ernestina
Borghi Giorgia
Borsetti Luigi
Boton Malcumna
Botton Ester
Bottoni Maria
Brainin Giulia
Brandes Ernesta
Brandes Regina

Brandes Riccardo
Brandi Mario
Brasch Elsa
Brasch Heinrich
Brauer Jolanda
Braun Berta
Braun Bianca
Braun Carola
Braun Clara
Braun Erminia
Braun Francesco
Braun Giulia
Braun Roberto
Brauner Jolanda
Brender Hermann
Brennitzer Franz
Bretschneider
Magdalena
Breuer Edmondo
Breuer Guglielmo
Breuer Rosalia
Brezel Giuseppina
Briegler Maria
Brill Attilio
Brill Davide
Brill Fortunata Argia
Brill Sofia
Bringer Paul
Broeder Elisabetta
Broeder Ernesto
Broeder Eva
Brogi Giuseppe
Brosan Berta
Brucker Samuele Noè
Bruckner Olga
Brull Giulia
Brunell Raymond
Brunell Robert
Bruner Bernhard
Brunner Egone
Bryl Rosa

Buaron Ester
Buaron Esterina
Buaron Giacobbe
Buaron Hamus
Buaron Hlafo
Buaron Hlafo
Buaron Leone Felice
Buaron Margherita
Buaron Messauda
Buaron Salma
Bublil Zariffa
Bucabsa Sarina
Bucci Alessandra
Bucci Tatiana Liliana
Buchalter Aron
Buchaster Haim
Buchaster Jakob
Buchaster Manfred
Bernhard
Buchbinder Rosina
Buchsbaum Clara
Buchsbaum Kurt
Buechler Ida
Bueno Dino
Bueno Silla
Bueno Sirio Renzo
Buetow Wally
Burbea Abramo
Burbea Beniamino
Burbea Daniele
Burbea Gabriel
Burbea Gazala
Burbea Giacobbe
Burbea Giora
Burbea Giorgio
Burbea Giuseppe
Burbea Hammus
Burbea Hammus
Burbea Hammus
detto Nennes
Burbea Huato

Burbea Isacco
Burbea Jacob
Burbea Jacob
Burbea Jusef
Burbea Jusef
Burbea Mordechai
Burbea Musci
Burbea Rachele
Burbea Selma
Burbea Silvana
Burbea Silvina
Burbea Simeone
Burbea Simone
Burbea Sion
Burbea Smeralda
Burbea Vittorio
Burbea Vittorio
Burbea Zaccaria
Burlan Lella
Bursztyn Sara
Cabibbe Pia
Cabilio Masalta
Cadranel Comprada
Cadranel Lea
Cadranel Maria
Cadranel Miru
Cadranel Rachele
Caffaz Cesare
Caffaz Cipriano
Caffaz Ida
Cagli Bruno
Cagli Guido
Cagli Laura
Caimi Enrichetta
Caimi Leone
Caivano Angelina
Calabi Adele Maria
Calabi Benedetto
Calabi Pia
Calabresi Enrica
Calef Emilia

Calef Joseph
Calef Maurice
Calef Raoul Raffaele
Calimani Emma
Geltrude
Calimani Ida
Calimani Lea Rita
Calimani Moisè
Calimani Susanna
Calò Alberta detta
Albertina
Calò Alberto
Calò Alberto
Calò Alberto
Calò Alberto detto
Cuccio
Calò Angelo
Calò Angelo detto
Lupetto
Calò Anselmo
Calò Armanda
Calò Armanda
Calò Aureliano
Calò Bellina
Calò Bendetto
Calò Benvenuta
Calò Cesare
Calò Cesira
Calò Dante
Calò David
Calò David
Calò David
Calò Elena
Calò Elena
Calò Elena
Calò Elena
Calò Elena
Calò Eleonora
Calò Emilio
Calò Enrica
Calò Ernesto

Calò Ester
Calò Ester
Calò Ester
Calò Eugenio
Calò Fatina
Calò Fernando
Calò Fiorella
Calò Fiorina
Calò Flora
Calò Giovanni
Calò Giovanni
Calò Giuseppe
Calò Giuseppe
Calò Giuseppe Felice
Calò Grazia
Calò Grazia
Calò Graziadio
Calò Graziella
Calò Graziella
Calò Ines
Calò Jak Emanuele
Calò Lello Samuele
Calò Marco
Calò Marco detto
Chicco
Calò Margherita
Calò Mario
Calò Matilde
Calò Mosè
Calò Mosè Marco
detto Moro
Calò Nella
Calò Pacifico
Calò Prospero
Calò Quintilio
Calò Raffaele Paul
Calò Raimondo
Calò Raimondo
Calò Renata
Calò Renzo
Calò Ricca

Calò Roberta Rina
Calò Romolo
Calò Romolo
Calò Rosa detta
Rosina
Calò Rosanna
Calò Rosina Rosa
Calò Sara
Calò Sergio
Calò Virginia
Calò Vittorio
Calò Zaira
Cambi Gisella
Camerini Corinna
Camerini Elda
Camerini Emilia
Lea
Camerini Letizia
Camerini Natalie
Camerini Olga
Camerini Raffaele
Camerini Ulda
Camerino Adele
Camerino Aurelia
Camerino Benvenuta
Camerino Elena
Camerino Emilia
Camerino Enzo
Camerino Ettore
Felice
Camerino Eugenia
Camerino Gilberto
Camerino Italo
Camerino Jole
Camerino Leone
Camerino Luciano
Camerino Vanda
Camhi Simha
Caminada Arturo
Camis Ulda
Cammeo Lorenzo

Cammeo Maria
Cammeo Mario
Campagnano Aldo
Campagnano Donato
Campagnano Saul
Campagnano Teresa
Campagnano Vito
Campi Anna Lia
Campi Massimiliano
Camponore Elio
Campos Gisella
Canarutto Anna
Canarutto Bechor
Viktor
Canarutto Emilio
Canarutto Emma
Canarutto Giorgina
Canarutto Giuseppe
Canarutto Leone
Canarutto Marcella
Nina
Canarutto Moisè
Mario
Canarutto Ofelia
Canarutto Oscar
Canarutto Regina
Cantoni Alessandra
Cantoni Amelia
Cantoni Carlotta
Cantoni Ida Eugenia
Cantoni Luciano
Cantoni Mamiani
della Rovere
Vittorio Angelo
Cantoni Margherita
Cantor Charles
Cantor Chela
Capelluto Adele
Capelluto Alberto
Capelluto Bulissa
Capelluto Bulissa

Capelluto Daniele
Capelluto Davide
Capelluto Davide
Capelluto Davide
Capelluto Diamante
Capelluto Dora
Capelluto Eleonora
Capelluto Elia
Capelluto Esther
Capelluto Esther
Capelluto Estherina
Capelluto Estrella
Capelluto Fortunata
Capelluto Giacobbe
Capelluto Giacobbe
Capelluto Giacobbe
Giacomo
Capelluto Giamila
Capelluto Giannetta
Capelluto Giulia
Capelluto Giuseppe
Capelluto Giuseppe
Capelluto Giuseppe
Capelluto Guidalia
Capelluto Guidalia
Capelluto Haim
Capelluto Herzel
Ascer
Capelluto Ida
Capelluto Isacco
Capelluto Isacco
Capelluto Isacco
Capelluto Lea
Capelluto Lea
Capelluto Lea Lucia
Capelluto Leone
Capelluto Maria
Capelluto Maria
Capelluto Maria
Capelluto Maria
Bohora

Capelluto Matilde
Capelluto Matilde
Capelluto Matilde
Capelluto Matilde
Capelluto Matilde
Capelluto Matilde
Capelluto Mazaltov
Capelluto Moise
Capelluto Mussani
Capelluto Nissim
Capelluto Nissim
Capelluto Nissim
Capelluto Nissim
detto Nisso
Capelluto Rabeno
Capelluto Rachele
Capelluto Rachele
Capelluto Rachele
Capelluto Rachele
Capelluto Rachele
Capelluto Raffaele
Capelluto Raimondo
Capelluto Rebecca
Capelluto Rebecca
Capelluto Rebecca
Capelluto Rebecca
Capelluto Rebecca
Capelluto Rebecca
Capelluto Regina
Capelluto Renata
Capelluto Renata
Capelluto Roberto
Capelluto Rosa
Capelluto Rosa
Capelluto Rosa
Capelluto Rosa
Capelluto Ruben
Capelluto Salvatore
Capelluto Salvatore
Capelluto Salvo
Capelluto Samuele

Capelluto Samuele
Capelluto Sara
Capelluto Sol
Capelluto Sol
Capelluto Susanna
Capelluto Tamar
Capelluto Violetta
Capelluto Violetta
Capelluto Vittoria
Capelluto Vittoria
Vida
Capelluto Vittorio
Capon Augusto
Capua Paolina
Capuia Dora
Capuia Jeuda Leon
Capuia Nissim
Capuia Roberto
Capuia Signorù
Carcassoni Eugenia
Carcassoni Tullio
Cardoso Rosa
Cardoso Ugo
Carmi Adele
Carmi Cesare
Carmi Ermelinda
Colombina
Carmi Ermene Ester
Carmi Ida Gina
Carmi Isaia
Caro Alberto
Caro Claudio
Caro Giuseppe
Caro Violetta
Caroglio Carla
Carpi Alberto
Carpi Germana
Carpi Olimpia
Carpi Renzo
Carusi Maurizio
Cases Ida

Cases Moisè Giulio
Cassin Alberto
Cassin Arturo
Salomone
Cassin Eugenia
Cassin Ezechiele
Cassin Sergio
Cassuto Albertina
Cassuto Anna
Cassuto Nathan
Cassuto Ugo
Castelbolognesi
Bellina
Castelbolognesi
Federico
Castelbolognesi
Luciano
Castelbolognesi
Silvana
Castelfranchi Renato
Castelfranco Elena
detta Nella
Castelfranco Emma
Castelfranco Olga
Castelletti Aldo
Castelletti Beniamino
Castelletti Eugenio
Castelletti Isacco
Castelletti Stella
Castelletti Viktor
Castelli Adriana
Castelli Elena
Castelli Enrico
Castelli Giulio Cesare
Castelli Guido
Aronne
Castelli Laura
Castelli Olga Renata
Castiglioni Nella
Cava Aldo
Cava Enzo

Cava Franca
Cava Perla
Cavaglione Emanuele
Cavaglione Emma
Cavalieri Alina detta
Lina
Cavalieri Argia
Cavalieri Gianna
Cavalieri Giuseppina
Cavalieri Gustavo
Cavaliero Alessandra
Cave Bondi Gina
Caviglia Adamo
Caviglia Adolfo
Caviglia Beniamino
Caviglia Elia
Caviglia Enrica
Caviglia Ester
Caviglia Giacomo
Caviglia Grazia
Caviglia Guglielmo
detto Bibbidone
Caviglia Letizia
Caviglia Orabona
detta Eleonora
Caviglia Perla Emma
Caviglia Renato
Caviglia Rita
Caviglia Santoro
Caviglia Settimio
Caviglia Sole
Caviglia Umberto
Ceres Enrico
Ceres Vittoria
Cervi Maurizio
Cesana Carlotta
Cesana Davide
Cesana Davide
Cesana Emilio
Cesana Giacomo
Cesana Isaia

Cesana Matilde
Cesana Menahem
Armando
Cesana Pia
Cesana Rachele
Cesana Sara
Cesana Vittorio
Cesar Antonia
Chami Simha
Charin Markus
Chimichi Alberto
Chimichi Eugenio
Elia
Chimichi Evelina
Chimichi Piero
Cienhanosiska Sella
Ciggian Anna
Cingoli Noemi
Cinmanas Abramo
Ciprut Vittoria
Citoni Angelo
Citoni Arrigo
Citoni Carlo
Citoni Colomba
Citoni Costanza
Citoni Ettore
Citoni Giacomo
Guido
Citoni Giuseppina
Anita
Citoni Prospero
Citroën Renée Marie
Henriette
Cittone Abramo
Bechor
Cittone Elia
Cittone Gioia
Giulietta
Cittone Leone
Cittone Mordechai
Max

Cittone Nissim
Cittone Nissim
Cittone Raffaele
Cittone Sol
Cittone Vitale
Cittone Vittoria
Civere Donna
Civiak Moshek
Cividalì Aldo
Cividalì Angelo
Cividalì Sergio
Clerle Alba
Clerle Cesira Amelia
Clerle Emilia
Codron Alessandro
Codron Elsa
Codron Esther
Codron Hitzkia
Codron Laura
Codron Leone
Codron Lina
Codron Maria
Codron Maria
Codron Maurizio
Codron Nissim
Codron Rachele
Codron Rachele
Codron Ruben
Codron Sara
Codron Sipura
Codron Sipurà
Coen Adele
Coen Aharon
Coen Alberto
Coen Alberto
Coen Alberto
Coen Alberto
Girolamo
Coen Alice
Coen Alvaro
Coen Amelia

Coen Amelia
Coen Armando
Coen Aronne
Coen Arrigo
Coen Arturo
Coen Asher
Coen Avraham
Coen Baruh
Coen Bella detta
Bellina
Coen Beninfante
Franco
Coen Beninfante
Lucio
Coen Beninfante
Renzo
Coen Bianca
Coen Bulissa
Coen Clara
Coen Daniele
Coen Dante
Coen Diamante
Coen Diana
Coen Edi
Coen Elena
Coen Elena
Coen Eliakim
Coen Eliakim
Coen Elisa
Coen Emilia
Coen Enrica
Coen Enzo
Coen Esther
Coen Ettore
Coen Flora
Coen Fortunata
Coen Fortunata
Coen Fortunato
Coen Franca
Coen Giacobbe
Coen Giacobbe

Coen Giacobbe
Giacomo
Coen Giacomo
Coen Gilda
Coen Giorgina
Guglielma
Coen Giorgio
Coen Giuseppe
Coen Giuseppe
Coen Giuseppe
Coen Giuseppe detto
Beppino
Coen Giuseppina
Coen Graziella
Coen Guglielmo
Coen Guido
Coen Haim
Coen Haim
Coen Hanula
Coen Hanula
Coen Hizkià
Coen Ione
Coen Irene
Coen Isacco
Coen Isacco
Coen Isacco
Coen Ivonne
Coen Lea
Coen Lea
Coen Lea
Coen Leone
Coen Lucia
Coen Luzzato
Giacomo
Coen Mahir
Coen Marcello
Coen Margherita
Coen Marta
Coen Matilde
Coen Matilde
Coen Matilde

Coen Mosè
Coen Mosè
Coen Mosè
Coen Mosè
Coen Mosè
Coen Mosè
Coen Natan
Coen Nella Corinna
Coen Nissim
Coen Norina
Coen Olga
Coen Oscar
Coen Pacina
Coen Pirani
Corrado
Gustavo
Coen Pirani Liana
Coen Porto Amelia
Coen Porto
Augusto
Coen Porto Vittorio
Coen Porzia
Coen Rachele
Coen Rachele
Coen Rachele
Coen Raffaele
Coen Rahamin
Coen Rebecca
Coen Regina
Coen Regina
Coen Regina
Fortunata
Coen Renato detto
Monchino
Coen Renée
Coen Rica
Coen Rica
Coen Romilda
Coen Sacerdoti
Eugenio
Coen Sadok

Coen Salomone Saul
Coen Salva
Coen Sara
Coen Sara
Coen Sara Rosa
Coen Saverio
Coen Stella
Coen Susanna
Coen Umberto
Coen Virginia
Coen Vittoria
Coen Vittoria
Coen Vittorio Angelo
detto Uccio
Coen Zaira
Cogo Guglielmo
Enrico
Cohen Adolfo
Cohen Alberto
Cohen Allegra
Cohen Amelia
Cohen Anna
Cohen Azzar
Cohen Caden
Cohen Clarissa
Cohen da Silva
Giacomo
Cohen da Silva
Guido
Cohen da Silva
Renato
Cohen David
Cohen Eliakim Behor
Cohen Ester Stella
Cohen Estrea
Cohen Flora
Cohen Giulia
Cohen Giuseppe
Cohen Isacco
Cohen Isacco
Cohen Isidoro

Cohen Ivonne
Cohen Leone
Cohen Lidia
Cohen Manlio
Emanuele
Cohen Marcello
Leone Mosè
Cohen Marco Nissim
Cohen Maria
Cohen Mazaltov
Cohen Menahem
Cohen Mosè
Cohen Nissim
Cohen Noemi
Cohen Perla
Cohen Rachele
Cohen Rachele
Cohen Raffaele
Cohen Rahamin
Cohen Rebecca
Cohen Rebecca
Cohen Regina
Cohen Regina
Cohen Rica
Cohen Roberto
Samanto
Cohen Ruben
Cohen Salomon
Cohen Sara
Cohen Stella
Cohen Tullio
Cohen Venezian
Carlo
Cohen Venezian
Luisa Itala
Cohen Venezian Olga
Cohen Vittoria
Cohn
Cohn Erich
Cohn Hella
Collin Kaethe

Colombo Ada
Colombo Alberto
Colombo Aldo
Colombo Alessandro
Colombo Alessandro
detto Sandro
Colombo Amerigo
Colombo Angelo
Colombo Angelo
Colombo Benvenuto
Gabriele
Colombo Claudio
Colombo Decima
Colombo Donato
Colombo Elda
Colombo Elena
Colombo Elena
Colombo Elia Enea
Colombo Elsa
Colombo Enrico
Colombo Ester
Giovanna
Colombo Eugenio
Colombo Federico
Giacomo
Colombo Gemma
Colombo Giulia
Giuditta
Colombo Israele
Ferdinando
Colombo Mario
Colombo Mario
Colombo Norma
Colombo Pacifico
Colombo Prima
Colombo Rita
Colombo Sara
Colombo Tullio
Colonna Leo
Colonna Palmira
Colorni Bellina Lina

Augusta
Colorni Claudina
Conè Alberto
Conè Giacobbe
Giacomo
Conè Giuseppe
Conè Lucia
Conè Matteo
Conè Mosè
Conè Mussani
Conè Nissim
Conè Rachele
Conè Samuele
Conè Sara
Conegliano Bruno
Conegliano Giulio
Conegliano Giuseppe
Conegliano Italo
Consarelli Ida
Consigli Clelia
Consolo Giulia
Corcos Felice
Cordoal Abramo
Cordoal Alberto
Abramo
Cordoal Asher
Cordoal Beniamino
Cordoal David
Cordoal Eliakim
Cordoal Giacobbe
Cordoal Giuseppe
Cordoal Giuseppe
Cordoal Grazia
Cordoal Isacco
Cordoal Isacco
Cordoal Isacco
Cordoal Isacco
Cordoal Matilde
Cordoal Nahama
Cordoal Natan
Cordoal Natan

Cordoval Nissim
Cordoval Oro
Cordoval Rachele
Cordoval Rica
Cordoval Rosa
Cordoval Ruben
Cordoval Salvo
Cordoval Sipurà
Core Rebecca
Cori Esther
Cori Vitale
Corinaldi Ada
Corinaldi Bice
Corinaldi Cesare
Corinaldi Corinna
Anna
Corinaldi Emilio
Corinaldi Gino
Corinaldi Gustavo
Corinaldi Olga
Corinaldi Rosita
Corkidis Luisa Lenca
Cornicer Jean
Cossmann Ida
Costantini Cesare
Augusto Benedetto
Costantini Giovanna
Ester
Costantini Giulia
Costantini Giulio
Costantini Mario
Costantini Roberto
Cottignoli Bruno
Covo Mario Abramo
Cramer Natalia
Cremisi Elia Arduino
Cremisi Giulio
Cremisi Moisè
Adolfo
Cremisi Vittorio
Crespin Abramo

Crespin Judith detta
Juddi
Crespin Vittoria
Cszopp Bernardo
Cugno Alberto
Cugno Ascer
Cugno Dora
Cugno Ester
Cugno Giacobbe
Cugno Giacobbe
Cugno Giuseppe
Cugno Isacco
Cugno Lazzaro
Cugno Lucia
Cugno Lucia
Cugno Maria
Cugno Rachele
Cugno Rebecca
Cugno Samuele
Cugno Vittorio Haim
Cugnu Rachele
Curiel Achille
Samuele
Curiel Alberto
Curiel Aldo
Curiel Amelia
Curiel Attilio
Curiel Bruno
Curiel Carlo
Curiel Giacomo
Curiel Giorgio
Curiel Ariel Livia
Cutiszra Dea
Cuzzi Amalia
Cuzzi Elisa
Cuzzi Ennio
Cuzzi Eugenia
Cuzzi Giacomo
Cuzzi Irma
Cuzzi Olga
Cuzzi Pia

Cuzzi Corinna
Curilla
Czackes Nathan
Czackes Nedda
Vittoria
Czerkl Alberto
Czerkl Elvira
Czerkl Emerico
Czerkl Margherita
Czolosinska Sofia
D'Angeli Carlo
D'Angeli Mario
D'Angeli Massimo
D'Italia Adele
Corinna
D'Italia Gerolamo
D'Italia Giovanna
Da Costa Kurt
Da Fano Isabella
Dag Margherita
Dag Vittorio
Dalla Torre Aronne
Dalla Torre Bruno
Dalla Torre Giacomo
Dalla Torre
Giuseppe
Dalla Torre Laura
Dalla Torre Roma
Dalla Torre Vittorio
Dalla Volta Alberto
Dalla Volta Alfredo
Ariel
Dalla Volta Anna
Viola
Dalla Volta Enrico
Dalla Volta Guido
detto Volta
Dalla Volta
Margherita
Dalla Volta Paolo
Dalla Volta Riccardo

Dames Samuel
Damidt Erna
Dan Anna
Dana Ester
Dana Isacco
Dana Lea
Dana Maria
Dana Mosè
Dana Salomone
Dana Salvatore
Dana Samuele
Dana Sara
Dana Stella
Dana Stella
Danelon Ottavio
Dann Ester
Dann Giuseppe
Dann Regina
Dann Sara
Dann Schulem
Danon Abramo
Danon Alessandro
Danon Beatrice
Danon Davide
Danon Davide
Danon Ester
Danon Joel
Danon Miriam
Danon Moreno
Danon Rachele
Danon Rachele
Danon Salomone
Danon Salomone
Danon Sarina
Danziger Mortka
Darmon Massimo
Daskovic Julka
David Isaak
David Lotar
David Matilde
David Sandor

Davidoff Dora
De Angeli Aldo
De Angeli Enrichetta
De Angeli Riccardo
De Angeli Umberto
De Angelis Bona
De Angelis Ercole
De Benedetti
Achille
De Benedetti Alice
De Benedetti Amalia
Perla
De Benedetti
Benvenuta Perla
De Benedetti Bruno
De Benedetti Claudio
De Benedetti Elisa
De Benedetti Emilia
Eva Gentile
De Benedetti Enrica
De Benedetti Ernesta
De Benedetti
Esterina
De Benedetti
Eugenio
De Benedetti
Giacomo
De Benedetti Giorgia
De Benedetti Giorgio
De Benedetti Ida
De Benedetti Jolanda
De Benedetti
Leonardo
De Benedetti Lucia
De Benedetti Mario
De Benedetti
Massimo
De Benedetti Matilde
De Benedetti Piero
De Benedetti Ugo
De Benedetti Vittorio

De Castro Hans
De Cori Gabriella
De Cori Ida
De Cori Vera
De Kaiser Bruno
De Kaiser Trude
De Leon Davide
De Leon Michele
Attilio
De Leon Rosa
De Nola Riccardo
De Nola Sergio
De Nola Settimio
Carlo
De Nola Settimio
Carlo
De Nola Sergio
De Nola Riccardo
De Salvo Elena
De Semo Vittorino
De Simone Sergio
Debasch Beniamino
Debasch Ester
Debasch Fortunata
Debasch Fortunato
Debasch Giuditta
Debasch Jolanda
Debasch Jolanda
Debasch Leone
Debasch Rina
Debasch Ruth
Deiler Rosa
Del Mare Ada
Del Mare Germana
Del Monte Amedeo
Del Monte Anita
Del Monte Anna
detta Annita
Del Monte Costanza
Del Monte Franca
Del Monte Giulia

Del Monte Giuseppe
Del Monte Grazia
Del Monte Italia
Del Monte Leonello
Del Monte Luigi
detto Gigi
Del Monte
Margherita
Del Monte Rina
Del Monte Velia
Del Monte Vittorio
Del Monte Vittorio
Emanuele
Del Vecchio Emma
Del Vecchio Maria
Ada
Del Vecchio Paolina
Del Vecchio Raffaele
Delfiner Chana
Deligtisch Ray
Dell'Ariccìa Alba
Bella
Dell'Ariccìa
Benedetto
Dell'Ariccìa
Benedetto
Dell'Ariccìa Emma
Dell'Ariccìa Ernesto
Dell'Ariccìa Giovanni
Dell'Ariccìa Italia
Dell'Ariccìa Lello
Dell'Ariccìa Manlio
Dell'Ariccìa Samuele
Dell'Ariccìa Stefo
Della Pergola Cesare
Davide
Della Pergola Donato
detto Tato
Della Pergola Ester
Della Pergola Giulio
Della Pergola

Giuseppe
Della Pergola Mario
Della Pergola Steno
Della Riccia Aldo
Della Riccia Berta
Della Riccia Erasmo
Della Riccia
Fortunato
Della Riccia Franco
Della Riccia Luciana
Della Riccia Mirella
Della Rocca Alberto
Della Rocca Angelo
Della Rocca Angelo
Della Rocca Chiara
Della Rocca Costanza
Della Rocca Costanza
Della Rocca David
Della Rocca
Elisabetta
Della Rocca Emma
Della Rocca Enrica
Della Rocca Gina
Della Rocca Lazzaro
Della Rocca Lello
Della Rocca Nella
Della Rocca Rubino
Della Rocca Settimio
Della Rocca Silvio
Della Rocca Virginia
Della Rocca Viviana
Della Seta Adriana
Della Seta Alberto
Della Seta Dino
Della Seta Eva
Della Seta Franca
Della Seta Gina
Della Seta Giovanni
Della Seta Giovanni
Carlo detto
Giancarlo

Della Seta Leonello
Della Seta Livia
Della Seta Samuele
Leone
Della Seta Valentina
Della Torre Ada
Della Torre Attilio
Salomone
Della Torre Cesira
Della Torre Elena
Gina
Della Torre Ester
Della Torre Giacomo
Della Torre Manlio
Della Torre Massimo
Della Torre Mosè
Della Torre Odoardo
Della Torre Ofelia
Della Torre Oliviero
Della Torre Pia
Della Torre Vanda
Demeter Netty
Dente Anna
Dente Matilde
Dente Matilde
Dente Moise Morris
Denti Giulia Gioia
Denti Sara
Denti Susanna
Derczanski Maurice
Mosè
Dereschowitz
Samuel
Deutsch Adolfo
Deutsch Erminia
Emma
Deutsch Etel
Deutsch Frida
Deutsch
Massimiliano
Deutsch Nada

Deutsch Nicola
Deutsch Vittoria
Deutsch Zeliko
Deutscher Eliana
Deutscher Hertz
Devaux Raimonda
Di Capua Amadio
Di Capua Angelo
Di Capua Annita
Di Capua Chighino
Di Capua Clotilde
Di Capua Clotilde
Di Capua Elisabetta
Margherita
Di Capua Elvira
Di Capua Enrica
Di Capua Ernesta
Di Capua Gilda
Di Capua Mosè
Di Capua Mosè
Di Capua Pacifico
Di Capua Pia
Di Capua Rina
Di Capua Rosa
Di Capua Rosina
Di Capua Sabatino
detto Settimio
Di Capua Serafina
Di Capua Zaccaria
Di Castro Adolfo
Di Castro Adolfo
Di Castro Adolfo
Di Castro Angelica
Di Castro Angelo
Di Castro Angelo
Di Castro Angelo
Di Castro Angelo
Di Castro Anselmo
Di Castro Attilio
Di Castro Attilio
Di Castro Cesare

Di Castro Cesare
Di Castro Crescenzo
Di Castro Crescenzo
Di Castro Crescenzo
detto Pizzanella
Di Castro David
Di Castro Emma
Di Castro Emma
Di Castro Ermelinda
Di Castro Giorgio
Di Castro Giovanni
Di Castro Giuliana
Colomba
Di Castro Giuseppe
Di Castro Graziano
Di Castro Leonello
Di Castro Letizia
Di Castro Lidia
Di Castro Marietta
Di Castro Mario
Di Castro Mario
Di Castro Michele
Di Castro Pace
Di Castro Pacifico
Di Castro Perna
Di Castro Samuele
Di Castro Settimio
Di Castro Teresa
Di Cave Angelo
Di Cave Betta
Di Cave Cesare
Di Cave Edmondo
Di Cave Elena
Di Cave Elisa
Di Cave Emanuele
Vittorio
Di Cave Eugenio
Simone
Di Cave Eva
Di Cave Fernanda
Di Cave Franca

Di Cave Franco
Di Cave Guglielmo
Di Cave Luigia
Di Cave Pia
Di Cave Rosina
Di Cave Sandro
Di Cave Settimia
Di Consiglio Ada
Di Consiglio Cesare
Di Consiglio Cesare
Di Consiglio Cesare
detto Nicolino
Di Consiglio Cesare
Elvezio
Di Consiglio Clara
Di Consiglio David
Di Consiglio Enrica
Di Consiglio Ester
Di Consiglio Franco
Di Consiglio
Graziano
Di Consiglio Leone
Di Consiglio
Leonello
Di Consiglio Lina
Di Consiglio Marco
Di Consiglio Marco
Di Consiglio Mario
Marco
Di Consiglio Marisa
Di Consiglio Mirella
Di Consiglio Mosè
Di Consiglio Pacifico
Di Consiglio Pacifico
Di Consiglio Pacifico
Di Consiglio Regina
Di Consiglio Rina
Ester
Di Consiglio
Salomone
Di Consiglio Santoro

Di Consiglio
Tranquillo
Di Consiglio Virginia
Di Cori Amedeo
Di Cori Amedeo
Di Cori Angelo
Di Cori Beniamino
Di Cori Dario
Di Cori Giovanni
Di Cori Giulia
Di Cori Sara
Di Cori Settimio
Di Cori Settimio
Di Cori Settimio
Renato
Di Fano Achille
Di Fano Annetta
Di Fano Elsa
Di Fano Giuseppina
detta Pineta
Di Fano Maria
Di Gioacchino Anna
Di Gioacchino Cesira
Di Laudadio Angelo
Di Laudadio Gemma
Di Nepi Adriana
Di Nepi Alberto
Di Nepi Amedeo
Di Nepi Angelo
Di Nepi Celeste
Di Nepi Cesare
Di Nepi Cesare
Di Nepi Cesare
Di Nepi Cesare
Di Nepi Elisabetta
Di Nepi Elvira
Di Nepi Elvira
Di Nepi Emma
Di Nepi Eugenio
Di Nepi Giacomo
Giacobbe

Di Porto Annita
Di Porto Bellina
Di Porto Celeste
Di Porto Celeste
Di Porto Cesare
Di Porto Cesare
Di Porto Cesare detto
Sganzese
Di Porto Cesira
Di Porto Costanza
Di Porto Costanza
Di Porto Costanza
Di Porto Crescenzo
Di Porto Crescenzo
Di Porto Elena
Di Porto Elvira
Di Porto Elvira
Di Porto Emanuele
Di Porto Emma
Di Porto Ester
Di Porto Ester
Di Porto Ester
Di Porto Esterina
Di Porto Fanny
Di Porto Finizia
Di Porto Fortunata
Di Porto Fortunata
Di Porto Fulvio
Di Porto Gabriele
Di Porto Giacomo
Di Porto Giacomo
Di Porto Giacomo
Di Porto Giuditta
Di Porto Giuditta
Di Porto Giuditta
Di Porto Giuseppe
Di Porto Giuseppe
Di Porto Giuseppe
Di Porto Grazia
Di Porto Graziella
Di Porto Graziella

Di Porto Graziella
Di Porto Italia
Di Porto Lazzaro
Di Porto Letizia
Di Porto Lilia
Di Porto Mario
Di Porto Mario
Di Porto Mario
Di Porto Mario
Di Porto Marisa
Di Porto Maurizio
Di Porto Pacifico
Di Porto Pacifico
Di Porto Perla
Di Porto Renata
Di Porto Romolo
Di Porto Rosa
Di Porto Rosa
Di Porto Rosina
Di Porto Rubino
Di Porto Sabatino
Di Porto Sergio
Di Porto Settimio
Di Porto Vitale
Di Porto Vitale detto
Fastidio
Di Porto Wilma
Di Segni Adelaide
Di Segni Adelaide
Di Segni Alba
Di Segni Alberto
Di Segni Alberto Elia
Di Segni Angelo
Di Segni Angelo
Di Segni Angelo
Di Segni Angelo

Di Segni Anita
Di Segni Anna detta
Annetta
Di Segni Armando
Di Segni Benedetto
Di Segni Benedetto
Di Segni Bruno
Di Segni Cesare
Di Segni Clara
Di Segni Clotilde
Di Segni Colomba
Di Segni Colomba
Di Segni David
Di Segni David
Di Segni David
Di Segni Diodato
Di Segni Elia
Di Segni Emanuele
Di Segni Emanuele
Vittorio
Di Segni Emma
Di Segni Enrica
Di Segni Enrica
Di Segni Ester
Di Segni Franco
Di Segni Giacomo
Di Segni Gianna
Di Segni Giovanni
Di Segni Giulia
Di Segni Giuseppe
Di Segni Grazia
Di Segni Grazia
Di Segni Grazia
Di Segni Graziella
Di Segni Graziella
Di Segni Irene
Di Segni Italia
Di Segni Lello
Di Segni Lello
Di Segni Lello
Samuele

Di Segni Leo
Di Segni Leone
Di Segni Liliana
Di Segni Luciana
Di Segni Marco
Di Segni Marco
Di Segni Margherita
Di Segni Maria
Di Segni Mario
Di Segni Pace
Di Segni Pacifico
Di Segni Prospero
Adolfo
Di Segni Renato
Di Segni Renato
Di Segni Riccardo
detto Peppone
Brusolinaro
Di Segni Rina
Di Segni Rina
Di Segni Roberto
Di Segni Roberto
Di Segni Rosa
Di Segni Rosa
Di Segni Rosa
Di Segni Rossana
Di Segni Salvatore
Di Segni Settimio
Di Segni Silvia
Di Segni Tosca
Di Segni Umberto
Di Segni Virginia
Di Tivoli Adelaide
Di Tivoli Albertina
Di Tivoli Angelo
Di Tivoli Fatina
Di Tivoli Fatina

Di Tivoli Gemma
Di Tivoli Giuseppe
detto Nasosfranto
Di Tivoli Lazzaro
Di Tivoli Leonardo
Di Tivoli Leone
Di Tivoli Marco
Di Tivoli Mirella
Di Tivoli Pacifico
Di Tivoli Rina
Di Tivoli Rossana
Di Tivoli Salomone
Di Tivoli Settimio
Di Tivoli Speranza
Di Tivoli Virginia
Di Tivoli Vittorio
Di Veroli
Di Veroli Abramo
Di Veroli Adolfo
Di Veroli Alberto
Di Veroli Angelo
Di Veroli Asdriele
Di Veroli Attilio
Di Veroli Bellina
Di Veroli Bruno
Di Veroli Celeste
Di Veroli Celestina
Di Veroli Colomba
Di Veroli David
Di Veroli David
Di Veroli Donato
Di Veroli Donato
Di Veroli Donato
Di Veroli Donato
Di Veroli Elisabetta
Di Veroli Emma
Di Veroli Emma
Di Veroli Enrica
Di Veroli Enrico
David
Di Veroli Ernesta

Di Veroli Ester detta
Rina
Di Veroli Esterina
Di Veroli Eugenio
Di Veroli Fernando
Di Veroli Giacomina
detta Mimi
Di Veroli Giacomo
Di Veroli Giacomo
Di Veroli Giacomo
Di Veroli Giovanni
Di Veroli Giuditta
Di Veroli Giuditta
Di Veroli Giuditta
Di Veroli Giuseppe
Di Veroli Gualtiero
Di Veroli Italia
Di Veroli Lalla
Di Veroli Lazzaro
Di Veroli Leonardo
Di Veroli Leone detto
Leo
Di Veroli Letizia
Di Veroli Lidia
Di Veroli Liliana
Di Veroli Marco
Di Veroli Marco
Di Veroli Mario
Di Veroli Mario
Di Veroli Michele
Di Veroli Michele
Di Veroli Michele
Di Veroli Michele
Di Veroli Mosè
Di Veroli Mosè
Di Veroli Pacifico
Di Veroli Pacifico
detto Mario
Di Veroli Prospero
Di Veroli Renato

Di Veroli Rina
Di Veroli Rina
Di Veroli Rosa
Di Veroli Samuele
detto Lello
Di Veroli Sara
Di Veroli Settimia
Di Veroli Settimio
Di Veroli Settimio
Di Veroli Silvia
Di Veroli Silvia
Di Veroli Tranquillo
Di Veroli Ugo
Giorgio
Di Veroli Umberto
Di Veroli Valeria
Di Veroli Virginia
Di Veroli Virginia
Diamante Ermanno
Diamante Guglielmo
Dias Bruno
Dias Davide
Diaz Dario
Diaz Emma Edma
Diaz Giuseppe
Dickstein Berta
Dickstein Stella detta
Scheindel
Diena Augusta
Diena Davide
Giuseppe
Diena Ester Wanda
Diena Giacomo
Diena Giorgio
Diena Giuseppina
Diena Ida
Diena Lea
Diena Remigio
Diena Rodolfo
Dienstfertig Jenni
Dihi Diamantina

Dihi Simeone
Dina Adele
Dina Amalia
Dina Anna
Dina Anna
Dina Benedetta
Dina Dino Davide
Dina Emilia Ida
Dina Giorgia detta
Giorgina
Dina Guido
Dina Guido
Dina Leone
Dina Mario
Dina Salomone
Moisè Davide
Dina Smeralda
Dinkelsbuehler
Marianne
Dlugacz Giuseppe
Doczi Alfredo
Aladar
Doenias Astrid
Doenias Baruch
Alfredo
Domaic Maria
Donati Clelia
Donati Vittorio
Donetti Amalia
Donner Celeste
Dorfmann Fania
Drechsler Lina Sali
Dresner Lisa
Dreyfuss Eugen
Driller Siegfried
Drucker Salomone
Dubinski Gina
Dubinski Saul
Dubinsky Giacomo
Dubois Jules
Ducci Eva

Ducci Rodolfo
Ducci Teodoro
Duegnas Vittorio
Duri Fiammetta
Dym Desiderio
Dymscitz Maria
Echl Barbara
Eckert Sidonia
Edelheit Gertrud
Jerica
Edelmann Ester Sara
detta Sali
Edelmann Salomon
Efrati Abramo
Umberto
Efrati Adelaide
Efrati Alberto
Efrati Angelo
Efrati Aronne
Efrati Augusto
Efrati Cesare
Efrati Costanza
Efrati Dora
Efrati Egle
Efrati Elia
Efrati Enrica
Efrati Fortunata
Efrati Grazia
Efrati Graziano
Efrati Lazzaro detto
Burrasca
Efrati Leone
Efrati Leone
Efrati Leone detto
Lello
Efrati Marco
Efrati Marco
Efrati Marco
Efrati Marco
Efrati Marco
Giacomo Giuseppe

Efrati Marco Mosè
Efrati Mirella
Efrati Olga
Efrati Pacifica
Efrati Rina
Efrati Settimio
Efrati Speranza
Efrati Umberto
Egert Rosa
Ehrenwert Antonia
Ehrmann Alexander
Eibuschitz Friederike
Sarah
Eibuschitz Israel
Heinrich
Eifermann Isaak
Eifermann Maurizio
Eilaender Rosalie
Einhorn Adolfo
Einhorn Bernardo
Einhorn Isacco
Einhorn Renata detta
Renée
Einstein Anna Maria
Einstein Luce
Einstein Roberto
Eipschitzer
Alessandro
Eiseck Hans
Eisenscher Chana
Eisenstaedter Greta
Eisenstaedter
Guglielmo
Eisig Sara Rosa detta
Sali
Eisinger Massimo
Elia Emanuele
Elia Rosa
Elias Mazaltov
Eliezer Abramo
Eliezer Giuseppe

Eliezer Lucia
Elkan Salomè
Eminente Aida
Engel Fanny Jette
Engel Marco
Engelsman Sophia
Maria
Enriquez Isacco
Epstein Edvige detta
Hedy
Epstein Heinrich
Epstein Pinchas
Epstein Simon
Ercoli Ladislao
Erdreich Michele
Erdreich Xenia
Ergas Perla
Ergas Solo
Erlbaum Margarethe
Errera Gino
Emanuele
Errera Paolo
Eschenazi Mosè
Eschenazi Rachele
Eschenazi Vida
Esdra Giuseppe
Esdra Leo
Esdra Rosina
Eskenasi Bora
Eskenasi Marina
Eskenazi Giuseppe
Esquenazi Ester
Esquenazi Leone
Esquenazi Rebecca
Esquenazi Salomone
Fahn
Fahn Regina
Fahn Rudolf
Fahn Sidney
Falck Paula
Fano Alba Fausta

Fano Alessandro
Fano Augusto
Fano Bice
Fano Cesare
Fano Clementina
detta Clemy
Fano Elena
Fano Elio
Fano Emilio Felice
Fano Enrico
Fano Ermanno
Fano Fausta
Fano Giorgio
Fano Giulia
Fano Giuseppe
Fano Giuseppina
Fano Guglielmo
Fano Liliana
Fano Lina Ester
Fano Luciano
Fano Marco
Fano Renato
Fano Roberto
Fano Ugo
Fano Vittoria
Farber Bruno
Farber Davide
Farberow Rosa
Farchi Giacomo
Farchi Sarina detta
Olga
Farchy Michele
Fargion Elisa
Fargion Regina
Farina Teodolinda
detta Linda
Farkas Desiderio
Farkas Giorgio
Farkas Paolo
Fassel Adele
Fatucci Amadio

Sabato
Fatucci Amedeo
Fatucci Angelo
Fatucci Angelo
Fatucci Attilio
Fatucci David
Fatucci Emma
Fatucci Olga
Fechter Ferdinand
Fedrigoni Rachele
Feigenbaum Szmerl
Feintuch Anna
Feintuch Henia
Feintuch Jakob
Feintuch Manfredo
Feintuch Mayer
Feintuch Rosa
Feith Maurizio
Feiwel Leib Wolf
Leone
Felberbaum Giovanni
Feld Romana
Feldhammer Jacob
Feldhorn Hanna
Feldmann Berta
Feldmann Etila
Feliks Maurizio
Fellah Buba
Fels Guglielmo
Felsner Adele
Fernandez Diaz
Blanchette
Fernandez Diaz Dino
Fernandez Diaz Jean
Fernandez Diaz
Pierre
Fernandez Diaz
Robert
Ferrari Angela
Ferrera Ester
Ferrera Lea

Ferrera Mercada
Ferrera Mosè
Ferrera Mosè
Ferrera Reina
Ferrera Rosa
Ferrera Samuele
Ferri Luigi
Ferro Adalgisa
Ferro Anna
Ferro Ferruccio
Ferro Giuseppe
Ferro Mario
Ferro Ugo
Feuermann
Sonnenschein Ester
Elsa
Feuerstein Kurt
Fiano Amedeo
Fiano Angelo
Fiano Anna Lina
Fiano Chiara
Fiano Emilia Olga
Fiano Enzo
Fiano Fortunata
Fiano Giuseppe
Fiano Giuseppe
Benedetto
Fiano Nedo
Fiano Olderigo
Fiano Salomone
Fiano Sergio
Fiedler Joseph
Fieiner David
Finder Breinde
Fink Benzion
Fink Ester
Fink Isacco
Fink Lina
Finz Alfredo
Finz Marcello
Finzi Adriana

Finzi Amelia
Finzi Anna Maria
Finzi Beatrice
Finzi Carlo
Finzi Cesare
Finzi Clara Jolanda
Finzi Clotilde
Finzi Contini Dora
Finzi Davide
Finzi Edgardo
Finzi Edgardo
Finzi Edgardo
Finzi Elena
Finzi Elvira
Finzi Emma Laura
Finzi Enrico
Finzi Fanny
Finzi Fausta
Finzi Gigliola
Finzi Gina
Finzi Gina
Finzi Gino
Finzi Giuseppe
Finzi Giuseppe
Finzi Giuseppina
Finzi Greca Nella
Finzi Guglielmo
detto William
Finzi Ida
Finzi Ines
Finzi Irma
Finzi Isidoro
Finzi Jolanda
Finzi Lucia
Finzi Luciana
Finzi Marcello
Finzi Mario
Finzi Marta
Finzi Moisè Roberto
Finzi Natale detto
Natalino

Finzi Nora
Finzi Regina
Finzi Renzo
Finzi Sabatino
Finzi Silvio
Finzi Tito
Finzi Vilma
Finzi Vittorio detto
Samuele
Finzi Wanda
Fiorentini Ernesta
Fiorentini Piera
Fiorentini Pierina
Fiorentini Renata
Fiorentini Salvatore
Fiorentino Ada
Fiorentino Alberto
Fiorentino Alda
Fiorentino Carlo
Fiorentino Cesare
Fiorentino Ester
Fiorentino Fortunata
Fiorentino Giacomo
Fiorentino Giuliana
Fiorentino Iginia
Fiorentino Lello
Fiorentino Leone
Fiorentino Leone
Fiorentino
Margherita
Fiorentino Salvatore
Fiorentino Samuel
Emilio
Fis
Fis Allegra
Fis Ascer
Fis Giacobbe
Fis Giosuè
Fis Isacco
Fis Rachele
Fis Rebecca

Fischbein Davide
Fischel Kurt
Fischer Alessandro
Fischer Isidoro
Fischl Caterina
Fischhof Feiga
Francesca
Fiser Jelka
Fiser Mira
Fiser Regina
Fiser Vera
Fitzer Feige Adele
Fiz Giulia
Fiz Mario
Fiz Riccardo
Fiz Roberto
Flank Jeruchem
Fleischer Amalia
Fleischer Davide
Fleischer Olga
Fleischmann Carlo
Flesch Julius
Flisser Rosa
Florenthal Rosalia
Foà Alberto
Foà Aldo
Foà Alessandro
Foà Anita
Foà Anna detta Nina
Foà Annina
Foà Anselmo
Foà Armando
Foà Arnoldo detto
Dino
Foà Arturo
Foà Augusto
Foà Bianca
Foà Davide
Foà Descio detto
Dezio
Foà Donato

Foà Emilio
Foà Emma
Foà Enrica
Foà Estella
Foà Fortunata
Foà Giacobbe
Foà Giacomo
Foà Giacomo
Foà Giancarlo
Foà Giorgio
Foà Giorgio
Foà Giorgio Amos
Foà Giorgio Nullo
Foà Giuseppe
Foà Giuseppe
Foà Giuseppina
Foà Guido
Foà Guido
Foà Ida
Foà Italo
Foà Jole
Foà Marietta
Foà Mario
Foà Mario
Foà Matilde
Foà Noemi
Foà Olga
Foà Pacifico
Foà Perla
Foà Pio
Foà Raffaele Filippo
Foà Samuele Leone
Foà Sansone
Foà Sergio
Foà Ugo Abramo
Sansone
Foà Vittoria
Foà Vittorio Enzo
Foà Wanda Debora
Fodor Alfredo
Fodor Lilly

Fodor Magda
Foerder Elfriede
Fogel Giulia
Fogel Martin
Fogel Nathan
Foh Adolfo
Foh Alex
Foh Sidney
Fontanella Dante
Fontanella Ermanno
Forconi Palmira
Forlì Gaggia
Formiggini Giulia
Formiggini Marcella
Fornari Alberto
Giuliano
Fornari Angelo
Fornari Carlo
Fornari Emilia
Fornari Ermelinda
detta Linda
Fornari Guglielmo
Fornari Mario
Fornari Perla Emma
Fornari Raffaele
Fornari Renato
Alberto
Fornari Rossana
Fornari Umberto
Fornaro Erina
Fornaro Giacomo
Fornaro Leone
Forti Alberto
Forti Anna
Forti Anna
Forti Anselmo
Giuseppe
Forti Berta
Forti Bruno
Forti Carmela
Forti Elda

Forti Emilia
Forti Emma
Forti Gilberto
Forti Gilda
Forti Giuditta
Forti Giulia
Enrichetta
Forti Giulio
Forti Giulio Cesare
Forti Ida
Forti Lina
Forti Lionello
Forti Livia
Forti Lucia
Forti Marianna detta
Elvira
Fraenkel Ada
Fraenkel Arturo
Fraenkel Markus
David
Fraenkel Martino
Fraenkel Walter
Franchetti Argia
Franchetti Augusta
Franchetti Elvira
Franchetti Ida
Franchetti Olga
Franchetti Ugo
Franco Abramo
Franco Allegra
Franco Aronne
Franco Aronne
Franco Aronne
Franco Baruh
Franco Behor Hizkià
Franco Beniamino
Franco Bianca
Franco Bona
Franco Bruno
Franco Caden
Franco Carlo

Franco Celebi Nissim
Franco Cesare
Franco Davide
Franco Elisa
Franco Emilio
Franco Enrica Gisella
Franco Enzo
Franco Ester Signuru
Franco Eugenia
Franco Giacobbe
Franco Giacomo
Franco Giacomo
Giacobbe
Franco Girolamo
Franco Giulia
Franco Giuseppe
Franco Giuseppe
Franco Giuseppe
Franco Giuseppe
Franco Graziella
Franco Hanula
Franco Isacco
Franco Isacco
Franco Jannette
Hanula
Franco Lea
Franco Lea
Franco Lea
Franco Lea
Franco Lea
Franco Leone
Franco Lucia
Franco Luisa
Franco Luna
Franco Maria
Franco Maria
Franco Masliah
Franco Mordehai
Franco Mosè
Franco Perahia
Franco Rabina

Franco Rachele
Franco Rachele
Franco Rachele
Franco Rachele
Franco Raffaele
Franco Raffaele
Franco Rebecca
Franco Rosa
Franco Rosa
Franco Rosa
Franco Rosula
Franco Salomon
Franco Salomone
Franco Samuele
Franco Sara
Franco Selma
Franco Stella
Franco Vittoria
Frantze Regina
Frangi Leon
Frank Edmondo
Frank Eduard
Frank Francesco
Frank Rodolfo
Frankel Margherita
Frankl Miroslav
Frascati Angelo
Frascati Clelia
Frascati Emma
Frascati Ester
Frascati Fausta
Frascati Fiorella
Frascati Giorgio
Frascati Ida
Frascati Irma
Frascati Lello detto
Il Beccamorto
Frascati Marisa
Frascati Samuele
Frascati Settimia
Frascati Settimio

Frascati Silvana
Frascati Vittorio
Frassinetti Rodolfo
Frassinetti Alfredo
Freiberg Nachman
detto Nachme
Freiberg Sara
Freiberger Ada
Freiberger Alice
Caterina
Freiberger Enrichetta
Olga
Freiberger Leviah
Gilda
Fremont Max
Frenkel Malka
Frenkel Naftali
Fresco Dora
Fresco Fernando
Fresco Marco
Fresco Nailè
Fresia Ebe
Freud Giuseppina
Freund Alberto
Freund Anna Elena
Freund Augusta
Freund Ella
Freund Frieda
Freund Sigfrido
Fried Margherita
Frieder Frieda
Friedmann Carlo
Friedmann Ernst
Friedmann Francesco
Friedmann Oscar
Gianpietro
Friedmann Rosalia
Friedrich Andrea
Frisch Azriel
Frisch Fritz Efraim
Frisch Leni

Frisch Max
Frischauer Olga
Frischman Giulia
Froehlich Lotte
Frost Robert
Frotzlovsky Rachmil
Fubini Aldo
Fubini Mario
Fubini Renzo
Fubini Rosetta
Fuchs Irene
Fuchs Oscar Moritz
Fuchs Rosa
Fuerst
Fuerst Arturo
Fuerst Kurt
Fuerst Margarethe
Funaro Abramo
Lamberto
Funaro Ada
Funaro Adolfo
Funaro Alberto
Funaro Alberto
Funaro Alberto
Funaro Alfredo
Funaro Angela
Funaro Angelo
Funaro Angelo
Funaro Angelo
Funaro Anita
Funaro Aron
Funaro Cesare
Funaro Cesare
Funaro Dario
Funaro Davide
Funaro Ettore
Funaro Ettore
Funaro Gabriella
Funaro Giacomo
Funaro Giuditta
Funaro Giuseppe

Funaro Giuseppe
Funaro Leo
Funaro Lina
Funaro Marco
Funaro Marco
Funaro Maria
Funaro Mattia
Ernesto
Funaro Milena
Funaro Mosè Marco
Funaro Nella
Funaro Pacifico
Funaro Pacifico
Funaro Rosa
Funaro Rosetta
Funaro Samuele
Funaro Samuele
Funaro Settimio
Funaro Vittorio
Funaro Wanda
Funas
Funkenstein Haim
Futtermann Bernard
Futtermann Hersel
Futtermann Marcel
Gabay Kadem
Gabay Rebecca
Gabbai Carlo
Gabbai Giovanni
Yomtov
Gabbai Luisa
Gabbai Salomone
Gabbai Salomone
Gabriel Clara
Gabriel Eleonora
Gabriel Giacobbe
Giacomo
Gabrile Mosè
Gai Ettore
Galandauer Bella
Galant Abraham

Galant Betty
Galant David
Galant Jehuda
Galant Menachem
Galant Regina Anna
Galant Renata
Galante Abramo
Galante Abramo
Galante Aronne
Galante Baruch
Galante David
Galante Davide
Galante Davide
Galante Diana
Galante Esther
Galante Felicina
Galante Giannetta
Galante Giovanna
Galante Isacco
Galante Johevet
Galante Lea
Galante Matilde
Galante Mazaltov
Galante Mosè
Galante Mosè
Galante Nissim
Galante Nissim
Galante Rachele
Galante Rachele
Galante Rahamin
Galante Ricca
Galante Rosa
Galante Rosa
Galante Salomon
Galante Sara
Galante Stella
Galante Violetta
Galante Vittoria
Galante Yomtov
Galapo Rosa
Galletti Clara

Galletti Olga
Galletti Piera
Galletti Valentina
Gallichi Cesare
Davide
Gallichi Dario
Gallichi Teofilo
Gallico Amelia
Gallico Augusto
Gallico Giulietta
Gallico Lucia Luna
Gallico Lucio
Gallico Sergio
Gallico Tina
Gani Alberto
Gani Ester
Gani Giuseppe
Gani Regina
Ganon Bohora
Ganz Frieda
Gaon Aronne
Gaon Clara
Gaon Davide
Gaon Diamante
Gaon Gilda
Gaon Grazia detta
Graziella
Gaon Rachele
Gaon Rosa detta
Rosetta
Gaon Silvia
Gaon Susanna
Garda Donato
Garda Germana
Garfinkel Hulda
Gartner Hermann
Garzoli Crescenzo
Salvatore
Garzoli Debora
Garzoli Mario
Gaspard Vilma

Maria
Gassenheimer
Hedwige
Gasser Maria
Gattegna Armando
Gattegna Gabriele
Enrico
Gattegna Gino
Gattegna Israele
Gattegna Perla
Gattegno Alberto
Gattegno Amelia
Gattegno Armando
Gattegno Caterina
Gattegno Elia
Gattegno Elia
Gattegno Elisa
Gattegno Haim
Gattegno Lea
Gattegno Lea
Gattegno Leone Juda
Gattegno Luna
Gattegno Michele
Gattegno Regina
Gattegno Roberto
Gattegno Salvatore
Gattegno Virginia
Gavijon Davide
Gavijon Elia
Gavijon Isacco
Gavijon Leone
Gavijon Marcello
Conorte
Gavijon Marco
Mordo
Gavijon Sabino
Gavijon Salvatore
Gavijon Sultana
Gavijon Susanna
Gebel Naftali
Gehan Norina

Gehan Samina
Gehermann Doroteo
Gehermann Ernesto
Geiringer Claudio
Geiringer Laura
Geiringer Pietro
Gelbart Alberto
Gelbart Mendel
Geller Ernestina
Gelles Alice detta
Litzi
Gellisch Matilde
Gellman Giuditta
Geltner Minka Sara
Geltner Renée
Geltner Salomone
Gemelli Giulia
Gemunder Sali
Genazzani Abramo
Genazzani Davide
Genazzani Elena
Genazzani Gilda
Genazzani Lia
Gentili Maria
Gentili Teresa Elsa
Gentilli Arrigo
Gentilli Davide
Gentilli Edvige
Gentilli Enrichetta
Gentilli Giuditta
Gentilli Margherita
Gentilli Regina
Gentilli Umberto
Alberto
Gentilli Vittorio
Gentilli Vittorio
Moisè
Gentilomo Adele
Gentilomo Arturo
Gentilomo Gisella
Gentilomo Jolanda

Gentilomo Nina
Benvenuta
Gepesz Carlotta
Gepesz Daniele
Gepesz Dora
Gepesz Elisabetta
Gepesz Frida
Gepesz Giovanni
Gerbi Abramo
Gerbi Azra
Gerbi Elia
Gerbi Haim
Gerbi Miriam
Gerbi Rachele
Gerbi Sarina
Gerschenzon
François
Gerschenzon Simon
Gerstenfeld Elena
Amalia
Gerstenfeld Giacomo
Gerstl Matilde
Gertner Haim
Gertner Maddalena
Geschlieder Elena
Gesess Elia
Gesess Sara
Ghernis Zula
Ghiron Dolce
Eugenia
Ghiron Enrichetta
Ghiron Ettore
Ghiron Gemma
Ghiron Lea
Ghiron Regina
Ghissin Serafina
Gimpel Evelina
Gimpel Peter
Ginesi Bice
Ginesi Olga
Gittermann Enrico

detto Giovannin
Giuli Elisa
Giuli Giora
Giuli Besso
Abramo
Giuli Enrica
Giuli Sergio
Givrè Gina
Givrè Jacob
Givrè Raffaele
Givrè Raffaele
Gizelt Rosalia
Glaeser Ferdinando
Glaeser Gertrud
Glam Giulia
Glanzerberg Laja
Gleichmann Elena
Glueck Ilona
Gluecksmann
Eugenio
Glueksmann
Ferdinand
Gochbaum Jankiel
Godelli Martino
Goetz Leopoldo
Goetz Maurizio
Goetzl Alberto
Golberti Ada
Golberti Irene
Gold Angela
Gold Elena
Goldbacher Alberto
Goldberg
Goldberg Dora
Goldberg Elisabetta
Goldberg Israel
Goldberg Jetta
Goldberg Josef
Goldberger Caterina
Goldberger Rosa
Goldenberg Leon

Goldfarb Avraham
Goldfarb Gisella
Goldfarb Rosa
Goldfrucht Lea
Goldmann Albert
Goldschmied
Giuseppe
Goldschmied Livio
Goldschmied
Samuele
Goldschmied
Stefania
Goldschmiedt
Giorgio
Goldschmiedt Ida
Goldstaub Bianca
Goldstaub Clotilde
Goldstaub Ernesta
Vittorina
Goldstaub Vittorio
Goldstaub Zevulun
detto Gino
Goldstein Amalia
Goldstein Bluma
Goldstein Bronia
Beatrice
Goldstein Daneo
detto Dan
Goldstein Ester
Goldstein Hirsch Zwi
Goldstein Jacob
Goldstein Oscar
Goldstein Rachele
detta Lala
Gollenstepper Olga
Golombek Elena
Golombek Perla
Anna
Golombek Rifka
Gomel Sara Giamila
Gomez de Silva

Ubaldo detto Baldo
Gonda Ladislaus
Gordon Elisabetta
Ruth
Gormezzano Stella
Gorniki Mosè
Goslino Giuseppe
Gottesmann Georg
Gottesmann Marcello
Gottesmann Maria
Gottesmann Mendel
Gottlieb Anna Maria
Gottlieb Enrica
Gottlieb Nicola
Gottlieb Ruth
Gottsegen Enrico
Grabar Dominice
Grabowski Enrico
Ernesto
Grad Amalia
Grandi Teodora
Anita
Grassini Angelo
Grassini Attilio
Grassini Bruna
Grassini Mirna
Grassini Nella
Grassini Raffaele
Grauer Marco
Grauer Samuel
Grauer Tito
Graziani Adalgisa
Graziani Elvira
Graziani Ettore
Graziani Haim Vitale
Graziani Maria
Graziani Raffaello
Graziani Sara
Greco Vladimiro
Grego Gisella
Gregori Giovanna

Gremboni
Alessandro
Gremboni Simeone
Grinbaum M.J.
Grini Mauro
Grob Leib
Gronich Dorotea
Grosman Maja
Gross Chaim
Gross Ella
Gross Etel
Gross Gisella
Gross Ignatz
Grossberger
Francesca
Grossmann Max
Grozze Riguetta
Gruber Isacco
Gruber Michele
Salomone
Gruber Simone
Giuseppe
Gruen Alfred
Gruen Carlo
Gruen Friedrich
Gruen Leone
Gruenbaum Dora
Gruenbaum Israel
Gruenbaum Margit
Gruenberg Davide
Erberto
Gruenberger Enrico
Gruener Adolfo
Gruenfeld Enrico
Gruenfeld Moritz
Gruenfeld Tobia
Gruenspan Rosa
Maria
Gruenwald Anna
Gruenwald Francesco
Oliviero

Gruenwald
Margherita
Gruenwald Miroslav
Gruner Bronia
Gruzdaz Smarja
Guastalla Celestina
Guastalla Eugenio
Guastalla Irene
Guastalla Luciano
Guastalla Vittorio
Guetta Albertina
Guetta Alberto
Guetta Margherita
Guetta Pier Luigi
Guetta Vivienne
Guggenheim Bona
Guglielmi Achille
Guglielmi Gino
Gurewicz Ada
Gurewicz Anczel
Gurfein Leo
Gutenberger Elda
Gutmann Magda
Gutmann Malvina
Guttentag Cara
Gyarmatj Elemer
Haar Pavel
Haar Rosa
Haas Moritz
Haas Robert
Haas Sabine
Habib Allegra
Habib Antonietta
Habib Bochor
Habib Bohora
Habib Donna
Habib Ester
Habib Gemma
Habib Isacco
Habib Jacob detto
Kino

Habib Leone
Habib Mosè
Habib Mussani
Habib Nathan
Habib Nissim
Habib Nissim
Habib Nissim
Habib Nissim
Habib Rita
Habib Rosa
Habib Salva
Habib Shalom
Habib Shalom Haim
Habib Silvana
Habib Simone
Habib Sol
Habib Sultana
Habib Virginia
Habib Vittoria
Habib Zelda
Habib Zimbul
Hacker Margarete
Haddad Mantina
Haendler Feigel
Haendler Margarete
Haendler Michele
Haffner Gisella
Hafter Elisabetta
Haggiag Giora
Hahn Edith
Hahn Paolo
Haim Abramo
Haim Diamante
Haim Esther
Haim Gabriele
Haim Gioia
Haim Giuseppe
Haim Giza
Haim Yomtov
Hain Ignaz
Hakim Caden

Hakim Matilde
Halber Samuele
Halberstam Chaim
Halfon Clara
Halfon Esther
Halfon Estrella
Halfon Giacobbe
Halfon Giacobbe
Giacomo
Halfon Isacco
Halfon Israele
Halfon Rica
Halfon Signorù
Halfon Zula
Haller Ottone
Halperin Ludovico
Halpern Armida
Aurelia
Halpern Enrico
Halpern Giorgio
Gershon
Halpern Maurizio
Halpert Lenke
Halpert Malvine
Halua Allegra
Halua Rachele
Hammer Abramo
Hammer Ester
Hammer Lazzaro
Hammerschmidt
Jenny Eugenia
Hanan Abner
Hanan Abramo
Alberto
Hanan Alberto
Hanan Allegra
Hanan Amalia
Hanan Ascer
Hanan Ascer
Hanan Asher
Hanan Behor

Hanan Behor
Hanan Bella
Hanan Bellina
Hanan Bension
Hanan Boaz
Hanan Bulissa
Hanan Caden
Hanan Daisy
Hanan Davide
Hanan Enrico
Hanan Ezra
Hanan Gella
Hanan Giacobbe
Hanan Giacobbe
Hanan Giuseppe
Hanan Giuseppe
Hanan Giuseppe
Hanan Haim
Hanan Herzel
Hanan Ida
Hanan Isacco
Hanan Isacco
Hanan Lea
Hanan Lora Laura
Hanan Maria
Hanan Matilde
Hanan Matilde
Hanan Matilde
Hanan Mercada
Hanan Moris
Hanan Mosè
Hanan Myriam
Hanan Nissim
Hanan Nissim
Hanan Rachele
Hanan Rebecca
Hanan Rosa
Hanan Rosa
Hanan Salomon
Hanan Salomon
Hanan Salva

Hanan Salvatore
Hanan Samuele
Hanan Samuele
Hanan Sara
Hanan Sarina
Hanan Sol
Hanan Susanna
Hanan Ventura
Hanan Violetta
Hanau Giorgio
Max
Hanau Margherita
Hanau Mario
Hanau Vittore
Hannuna Renata
Harmik Isak
Harpfen Arturo
Hartmeier Sigfried
Hartstein Wilmosch
Hartwig Umberto
Haschi Giulia
Haschlaus Feighe
Hasdà Giacomo
Augusto
Haselnuess Anna
Haselnuess Lea
Hasenlauf Israel
Hassan Buba
Hassan Gerda
Yvonne
Hassan Maria
Hassan Nathan Carlo
Hassan Rachele
Hassid Behor
Samuele
Hassid Giuseppe
Hasson Abner
Hasson Abramo
Hasson Alberto
Hasson Alfredo
Hasson Allegra

Hasson Amelia
Hasson Amelia
Hasson Amelia
Hasson Aronne
Hasson Aronne
Hasson Baruh
Hasson Behora Stella
Hasson Bella
Hasson Bellina
Hasson Bellina
Hasson Bochor
Hasson Bohor
Hasson Bohor
Hasson Bulissa
Hasson Bulissa
Hasson Caden
Hasson Caden
Hasson Caden
Hasson Caden
Hasson Caterina
Hasson Caterina
Hasson Celebi
Hasson Clara
Hasson Davide
Hasson Davide
Hasson Davide
Hasson Diana
Hasson Dona
Hasson Donna
Hasson Donna
Hasson Dorina
Hasson Edith Nelly
Hasson Elia
Hasson Elieto
Hasson Elieto Elia
Hasson Elisa
Hasson Elsa
Hasson Elsa
Hasson Esther
Hasson Esther
Hasson Fany

Hasson Haim
Hasson Haim
Hasson Hanula
Hasson Hasday
Hasson Isacco
Hasson Isacco
Hasson Isacco
Hasson Isacco
Hasson Jacques
Hasson Jean Pierre
Hasson Jeuda
Hasson Jeuda
Hasson Jeuda
Hasson Johevet
Hasson Juda
Hasson Laura
Hasson Laura
Hasson Lea
Hasson Lea
Hasson Lea
Hasson Lea
Hasson Lea
Hasson Lea
Hasson Lora
Hasson Luna
Hasson Luna
Hasson Matilde
Hasson Matilde
Hasson Matilde
Hasson Mazaltov
Hasson Mazaltov
Hasson Mazaltov
Hasson Mazaltov
Hasson Meir
Hasson Michele
Hasson Mosè
Hasson Mosè
Hasson Mosè
Hasson Mosè
Hasson Mosè
Hasson Mosè

Hasson Mosè
Hasson Mosè
Hasson Natan
Hasson Natan
Hasson Natan
Hasson Nissim
Hasson Nissim
Hasson Nissim
Hasson Nisso
Hasson Rachele
Hasson Rebecca
Hasson Rebecca
Hasson Rebecca
Hasson Rebecca
Hasson Rebecca
Hasson Regina
Hasson Regina
Hasson Regina
Hasson Regina
Hasson Regina
Hasson Rosa
Hasson Rosa
Hasson Rosa
Hasson Rosa
Hasson Rosa
Hasson Ruben
Hasson Sadis
Hasson Sadok
Hasson Salomon
Hasson Salomone
Hasson Salomone
Hasson Salomone
Hasson Salvatore

Hasson Salvo
Hasson Samuele
Hasson Samuele
Hasson Samuele
Hasson Sara
Hasson Sara
Hasson Sara
Hasson Sara
Hasson Signoru
Hasson Silvia
Hasson Silvia
Hasson Simha
Hasson Simone
Hasson Sol
Hasson Stella
Hasson Sultana
Hasson Uriel
Hasson Vida
Hasson Vida
Hasson Violetta
Hasson Violetta
Hasson Violetta
Hasson Vittoria
Hasson Vittoria
Hasson Vittoria
Hasson Vittorio
Hasson Vittorio
Hasson Vittorio
Hasson Vittorio
Hasson Vittorio
Haim
Hasson Zaffira
Haus Leo
Hauser Arnaldo
Hauser Bela
Hauser Eugen
Hauser Lania Laura
Hauser Moritz
Hauser Pessla
Hauser Susanna
Hauser Umberto
Hausmann Rosa

Hayat Giacomo
Hazan Alberto detto
Lekarz
Hazan Clara
Hazan Colette
Hazan Estrea
Hazan Giacobbe
Giacomo
Hazan Giacomo
Hazan Ginetta
Hazan Giuseppe
Hazan Isacco
Hazan Matilde
Hazan Maurizio
Hazan Maurizio
Hazan Michele
Hazan Nissim
Hazan Rebecca detta
Becky
Hazan Regina
Hecht Otto
Heier Fanny
Heim Anna
Heim Enrica
Heim Leopoldo
Heiman Felice
Heimann Wanda
Piera
Heinrich Bernardo
Heinrich Marcello
Heliczzer Jacob
Heller Samuele
Hendrix Gertrude
Hening Beer
Hering Elisa
Hering Isabella Iginia
Hering Samuele
Umberto
Hering Sofia
Hering Vittorio
Herlinger Adele

Herlinger Hermann
Hermann Julius
Hersch
Herschtal Ester
Herscovici Abraham
Herskovits Agata
detta Goti
Herskovits Luigi
Herskovits
Margherita
Herskovits Maurizio
Zoltan
Herskovits Tiberio
Herskovitz Rella
Herz Theresia
Herzberg Maddalena
Herzberg Siegbert
Israel
Herzer Ida detta Ada
Herzer Joseph
Heschenthal Bruno
Hess Richard
Heymann Clara
Heymann Elena
Hinin Barkov
Michael
Hirsch Bianca
Hirsch David
Hirsch Gerolamo
Hirsch Gino
Hirsch Philippe
Hirsch Regina
Hirsch Susanna
Hirschen Haendel
Hirschhaut Eugenia
Hirschhorn Israel
Hersz
Hirschhorn Lea
Hirschl Erich
Hirschl Hinko
Hirschl Slava

Hirschl Vera
Hirschler Bozjena
Hirschler Zora
Hochberger Bela
Hochberger Evelina
Hochberger Lilly
Hochberger Wilhelm
detto Willy
Hochberger
Wolfgang
Hochwald Carolina
Hodara Clara
Hodorowitz Giusto
Hodorowitz Michael
Hoenig Israel
Giuseppe
Hoenig Regina
Hofbauer Giovanna
Hoffmann Johanna
Hoffmann Luisa
Hoffmann Olga
Hoffmann Stella
Hohn Zora
Hoitsch Hugo
Horitzki Adele
Horitzki Regina
Hornstein Andrea
Hornstein Fanny
Hornstein Irene
Horowitz David
Horowitz Fanny
Horowitz Gisella
Horowitz Marcello
Horowitz Markus
Horschtorn Fanny
Horvatic Ivana
Horzel Oscar
Hugnu Abramo
Hugnu Abramo
Hugnu Abramo
Hugnu Alberto

Hugnu Alfredo
Hugnu Aronne
Hugnu Aronne
Hugnu Bianca
Hugnu Diamante
Hugnu Elia
Hugnu Flora
Hugnu Fortunata
Hugnu Giacobbe
Hugnu Giuseppe
Hugnu Giuseppe
Hugnu Haim
Hugnu Haim
Hugnu Isacco
Hugnu Jakob
Hugnu Laura
Hugnu Lora
Hugnu Lucia
Hugnu Luna
Hugnu Mardocheo
Hugnu Maria
Hugnu Maria
Hugnu Matilde
Hugnu Matilde
Hugnu Moreno
Hugnu Mosè
Hugnu Nathan
Hugnu Nissim
Hugnu Rachele
Hugnu Rachele
Hugnu Rahamin
Hugnu Regina
Hugnu Rica
Hugnu Rica
Hugnu Rosa
Hugnu Rosa
Hugnu Salomon
Hugnu Salomon
Hugnu Sara
Hugnu Sara
Hugnu Sara

Hugnu Sipura
Hugnu Stella
Hugnu Violetta
Hugnu Vittoria
Hugnu Vittoria
Hugnu Vittoria
Hugnu Vittorio
Hulli Sarina
Iacoboni Giacomo
Iacoboni Gisella
Iacoboni Sofia
Ickowics Monica
Iesi Carolina
Igel Regina
Iohana Anna
Adalgisa detta
Mima
Isaac Johanna
Isakovic Jacob
Isakovic Josif
Israel Alberto
Israel Allegra
Israel Anna
Israel Aronne
Israel Aslan
Israel Bension
Israel Boaz
Israel Bulissa
Israel Bulissa
Israel Caterina
Israel Celebi
Israel Daniele
Israel Davide
Israel Davide
Israel Davide Dario
Israel Diana
Israel Elia
Israel Elia
Israel Eliezer
Israel Elio
Israel Ester

Israel Flora
Israel Flora
Israel Flora
Israel Giacobbe
Israel Giacobbe
Israel Giacobbe
Israel Giacomo
Israel Giovanna
Israel Giovanna
Israel Giuseppe
Israel Haim
Israel Hanula
Israel Ida
Israel Isacco
Israel Isacco
Israel Isacco
Israel Isacco
Israel Isacco
Israel Isacco Gino
Israel Jesua
Israel Leone
Israel Liko Moshe
Israel Lucia
Israel Luna
Israel Mahir
Israel Mardocheo
Israel Maria
Israel Matilde
Israel Matilde
Israel Matilde
Israel Matilde
Israel Mazaltov
Israel Mazaltov
Israel Mazaltov
Matilde
Israel Mosè
Israel Mosè
Israel Mosè
Israel Nissim
Israel Nissim
Israel Nissim

Israel Nissim
Salvatore
Israel Pacina
Israel Pacina
Israel Rachele
Israel Rahamin
Israel Rebecca
Israel Rebecca
Israel Rebecca
Israel Regina
Israel Regina
Israel Regina
Israel Regina
Israel Rica
Israel Rina
Allegra
Israel Rosa
Israel Ruben
Israel Ruben
Israel Ruben
Israel Ruben
Avraham
Israel Sabetai
Israel Sabino
Israel Samuele
Israel Samuele
Israel Samuele
Israel Samuele
Israel Samuele
Israel Sara
Israel Sara
Israel Sara
Israel Sara
Israel Scemarià
Israel Semah
Israel Sol

Israel Stamettha detta
Stanni
Israel Susanna
Israel Vittoria
Israel Yomtov
Issel Arturo
Italia Emma Elena
Italia Raffaele
Italia Raffaele
Itzkowitz Simon
Jabes Giuseppe
Enrico
Jablonka Jankel
Jacchia Beatrice
Jacchia Diana
Jacchia Dina
Jacchia Edoardo
Jacchia Ermanno
Jacchia Ezia detta
Lilly
Jacchia Giorgio
Jacchia Lidia
Jacchia Lina
Jacchia Mario
Jacchia Riccardo
Jachia Alberto
Jachia Anselmo
Jachia Armando
Jachia Ercole
Jachia Ida
Jachia Nino
Jachia Pasqua
Jacob Diamante
Jacoby Paolo
Jacubowski Isidor
Jaffè Isaac Elia
Jaffe Raffaele
Jaffe Silvio
Jaffe Ugo
Jakobsohn Paul
Jakobstamm

Rosabella
Jalowiec Janina
Jani Emilio Gustavo
Jankowsky Kalman
Janovitz Edoardo
Janovitz Silvio
Janovitz Tullio
Janovitz Vittoria
Jansen Francis
Jarach Angelina
Jarach Anna
Jarach Anna
Jarach Augusta
Jarach Giulia
Jarach Giuseppe
Jarach Marco
Jarach Mario

Giacobbe
Jelcich Maria
Jenna Lina Arianna
Jenna Moise detto
Cesare
Jenna Ruggero
Jerchan Rivka
Jeret Marie
Jerusalmi Gioia
Jesi Carlo
Jesi Rosina
Jessoula Clara
Jesurum Arrigo
Giuseppe
Jesurum Berta Anna
Jesurum Gilda
Jesurum Giuseppina
Jesurum Jole
Jesurum Marisa
Jewell Phoebe
Joachinsthal Ruth
Joffe Isidoro
Joffe Olga
Joffe Paola
Joheli Jehuda
John Matilde
Jolles Salomon
Jona Amadio
Jona Anna
Jona Annetta
Jona Bellinzona
Leonella
Jona Benvenuta
Regina
Jona Elda
Jona Enrica
Jona Enrichetta
Jona Ezechia
Leopoldo
Jona Felice
Jona Fortunato

Aristide
Jona Gabriele
Jona Gino
Jona Giora
Jona Giorgio
Jona Giuseppe
Jona Giuseppe
Jona Giuseppe
Jona Leone
Jona Luigi detto Gigi
Jona Mariana Bona
Esmeralda
Jona Massimo
Jona Olga
Jona Raimondo Luigi
Eugenio
Jona Remo
Jona Rinaldo
Jona Roberto
Jona Roberto
Jona Rosa Bianca
Jona Ruggero Achille
Rodolfo
Jona Smil
Jona Ugo
Jonas Elsa
Jonas Geltrude
Jordan Rosa
Josefowicz Bella
Josefowicz Stefania
Josefowicz Zelig
Josefowitz Jolan
Josefowitz Schmil
Joseph Georges
Josephson Enrichetta
Josz Aurelia
Juchwid Hirsch
Judkowsky Israel
Judkowsky Samuele
Jung Bertha
Junger Frieda

Jungerman Alberto
Jungermann Marcel
Jungermann Meilech
Jungerwuerth
Theofila
Jupfer Michele
Jupiter Marco
Kabilio Josef
Kabiljo Hana
Kabiljo Hanika
Kabiljo Josefu
Kabiljo Levi
Kaesz Margarete
Kahlberg Hans
Kahn Michele
Kajon Erna Herdonia
Kaldegg Erwin
Kalik Teresa
Kalisch Yvonne
Kalker Alessandro
Kalker Erminia
Kalker Sigismondo
Kalmann Ulrich
Kammer Karl
Kamras Elisabetta
Kanni Giacomo
Kapitz Teresa
Kaplan
Kaplan Paolo
Kaposi Elena
Kaposi Oscar
Kapper Eva
Kapper Gustavo
Kapper Pietro
Karafiol Feiga
Karafiol Ida
Kardos Zlata
Karma Elle
Karpeles Anna
Karpeles Arturo
Kass Jacob

Kass Jacob
Kasterstein Aron
Katz Ermanno detto
Hero
Katz Ernestina
Katz Ethel detta Etja
Katz Giuseppe
Katz Israele
Katz Juda
Katz Sofia
Katz Susanna
Katzenstein Ester
Kauber Josef
Kaufer Alfred
Kaufmann Sofia Sara
Kazar Gabriella
Keil
Kell Irma
Kepinski Davide
Kerbes Lemel
Kern Carlo
Kirschbaum Sara
Klein Dora
Klein Eva
Klein Margherita
Klein Maurizio
Klein Norberto
Klein Oscar
Klein Roberto
Klein Teresa
Klein Cominotti
Carlo
Klein Cominotti
Edoardo
Kleinberger Clara
Klempmann
Abraham
Knapp Wally
Knoll Oscar
Koen Milo
Koen Nina

Koen Oscar
Koenig Ana
Koenig Anna
Koenig Giuseppe
Koenig Koelmann
Koffler Leopoldo
Koffler Michael
Kohl Salomone
Kohn Alessandro
Kohn Bruno
Kohn Cesare
Kohn Geltrude
Kohn Gerhard
Kohn Giulia
Kohn Jolanda
Kohn Margherita
Kohn Rosa
Kohn Shalom
Kohner Alfredo
Kolb Clara
Koppl Hilde
Korbel Hugo
Koretz Amalia
Korn Victor
Kornblum Giacomo
Kornitzer Milon
Kornweitz Karin
Kosicek Leopolda
Kovacs Bela
Kovacs Gabriella
Kovacs Giuseppina
Kovacs Rosa
Krachmalnikoff
Isacco
Kramm Carlo
Kramm Emil
Kramm Ernesto
Kraus Giorgio
Kraus Ivan
Kraus Marcello
Krauss Gisella

Krausz Rosalia
Krawietz Abraham
Krawietz Beniamino
Krawietz Ryna
Krebs Giuseppe
Krebs Martino
Kreiner Edith
Kresic Anna detta
Anika
Krohn Martin Israele
Kroo Alessandro
Kroo Giuseppe
Kroo Luigi
Krumer Ghena detta
Genia
Krupenic Irene
Krys Betty
Krys Marco
Krzentowsky Sali
Krzentowsky
Salomone detto
Salo
Krzentowsky
Simeone
Krzesny Gianna
Krzesny Herbert
Kudlik Ariè
Kuentler Abramo
detto Romolo
Kugler Elena Anna
Kugler Gisella
Kugler Maddalena
Kuh Ermanno
Kuh Meta Marie
Kuhn Ada
Kuhn Beatrice detta
Bice
Kupfer Elena
Kupfer Jankel
Kupferberg Abraham
Kurtz Carlotta

Kurtz Samuele
Kurz Taube
Kurzrock Anna detta
Netty
Kurzrock Erminio
Kurzrock Giuseppe
Kuster Paul
Kwadratstein Debora
Labi Abner
Labi Abramo
Labi Abramo
Labi Alfredo
Labi Anna
Labi Aron
Labi Aronne
Labi Aronne
Labi Buba
Labi Davide
Labi Diamantina
Labi Diamantina
Labi Diamantina
Labi Diana
Labi Elia
Labi Elia
Labi Elia
Labi Elisa
Labi Ersel
Labi Ester
Labi Fortuna
Labi Fortunata
Labi Giacomo
Giacobbe
Labi Gino
Labi Giulia
Labi Giulia
Labi Giulia
Labi Giulia
Labi Giuseppe
Labi Giuseppe
Labi Grazia
Labi Hammus

Labi Ida
Labi Isaak
Labi Isacco
Labi Isacco
Labi Isacco
Labi Isacco
Labi Jolanda
Labi Josef
Labi Juda
Labi Lidia
Labi Lizzi
Labi Loris
Labi Lulli Alba
Labi Marcello
Labi Maria
Labi Messala
Labi Messauda
Labi Messauda
Labi Messauda
Labi Mosè detto
Musci
Labi Mosè detto
Musci
Labi Musci
Labi Nissim
Labi Quintina
Labi Rachele
Labi Raclin
Labi Regina
Labi Rosa
Labi Rosa
Labi Rubina
Labi Rubina
Labi Salomone
Labi Sanin
Labi Sara
Labi Scialom
Labi Scialom
Labi Scialom
Labi Sion
Labi Sion

Labi Sion
Labi Sion
Labi Susanna
Labi Tita
Labi Vittorio
Labi Vittorio
Labi Wanda
Labi Wanda
Labi Zatuba
Lacher Brucha
Laemmle Minna
Lager Luisa Elena
detta Lenke
Lager Marco
Lagny Elisabetta
Lakatos Zoltan
Lallum Ninetta
Lamm Lea
Lamm Salomone
Lampronti Carlo
Lampronti Irma
Lampronti Marco
Lampronti Rina
Lampronti Umberto
Landau Bernardo
Landau Erich
Landau Felicitas
Landau Isacco
Landau Lea
Landau Malvina
Landesberger Edith
Landesman Boris
Landmann Mendel
Landmann Moses
Landmann Rita
Landmann Simon
Landmann Walter
Heinz
Landmans Giulio
Landsberg Ernesto
Langfelder Cecilia

detta Lilly
Langstein Johann
Laniado Bahia
Lapajowker
Francesca
Laparini Ermanno
Lascar Bruno
Lascar Flora
Lascar Italia
Lascar Luciana
Lascar Mario
Lascar Renzo Leone
Lascar Umberto
Lascar Wanda
Latis Leone
Latis Liliana
Lattes Angela
Lattes Anna
Lattes Decima
Lattes Edvige
Lattes Franca
Lattes Irma
Lattes Itala Rachele
Lattes Laura Regina
Lattes Leone Davide
Latzer Margherita
Laufer Bianca
Laufer Ladislav
Laurent Renata
Lausch Guglielmo
Lausch Olga
Lauterstein Hanna
Leblis Giuseppe
Leckner Giuseppe
Leder Eugenia
Lederer Ernst
Leghziel Misa
Leghziel Raffaele
Lehmann Frieda
Emilia Alisa
Lehr Aurelia

Leichtmann Hanni
Leim Sofia
Leinberg Marco
Leipen Lucia
Lemberger Marcella
Lemberger Wolf
Lenger Aronne
Meilach
Lenghi Walter
Lenk Felice
Leon Alessandro
Leon Allegra
Leon Amelia
Leon Elly Sara
Leon Estrea
Leon Giacobbe
Leon Isacco
Leon Jeudà
Leon Maria
Leon Maria
Leon Maria
Leon Matilde
Leon Matilde
Leon Nissim
Leon Rachele
Leon Sara
Leon Sol
Leon Sol
Leoni Arturo
Leoni Attilio
Leoni Augusto
Leoni Elsa
Leoni Ferruccio
Leoni Gabriella
Leoni Giulia
Leoni Gustavo
Leoni Laretta
Leonzini Lina Perla
Lerer Samuel
Levi Abramo
Levi Abramo

Levi Abramo
Levi Abramo
Levi Abramo
Levi Abramo
Levi Abramo
Giuseppe
Levi Ada
Levi Ada
Levi Alberto
Levi Alberto
Levi Alberto
Levi Alberto
Levi Alberto
Levi Alda
Levi Alda Silvana
Levi Aldo
Levi Alessandra
Levi Alessandro
Levi Alessandro
Levi Alfredo
Levi Alfredo
Levi Alighiero
Levi Allegra
Levi Alvise
Levi Amalia
Levi Amelia
Levi Amelia
Levi Amelia
Levi Amelia
Levi Amelia
Levi Amelia
Levi Angela Sara
Levi Angelo
Levi Angelo Giacomo
Levi Angelo Isaia
Ferruccio
Levi Anita

Levi Anna
Margherita detta
Anita
Levi Annetta
Levi Argia
Levi Armando
Levi Aronne Nino
Levi Arrigo
Levi Arrigo
Levi Arturo
Levi Attilio Raffaele
Levi Augusto
Levi Aurelia Allegra
Levi Bea
Levi Beniamina
Levi Beniamino Ugo
Levi Bianca
Levi Bianka Nora
Levi Bochor
Levi Bochor
Levi Bochura
Levi Bruno
Levi Bulì
Levi Caden
Levi Carlo
Levi Carlo
Levi Carlo
Levi Celebi
Levi Celestina
Levi Cesare
Levi Cesarina
Levi Clara
Levi Clara
Levi Clotilde
Levi Clotilde
Levi Davide
Levi Davide
Levi Diamantina
Levi Diana
Levi Dina
Levi Dina

Levi Dino Italo Pace
Levi Donatella
Levi Donato Giorgio
Levi Donna
Levi Edgardo
Levi Elda
Levi Elda
Levi Elena
Levi Eleonora
Levi Eleonora detta
Norina
Levi Elia
Levi Elia
Levi Elia
Levi Elia Aurelio
Levi Elia Eliakim
Levi Elia Lelio
Levi Elide
Levi Elide
Levi Elio Nissim
Levi Elios Natale
Levi Eloisa
Levi Elsa
Levi Emilia
Levi Emilia
Levi Emilia
Levi Emilia
Levi Emilio
Levi Emma
Levi Emma
Levi Emma
Levi Enrichetta
Levi Enrico
Levi Ercolina
Levi Ernesto
Levi Ernesto
Levi Ester Elvira
Levi Ester Vittoria
Levi Esther
Levi Esther
Levi Esther

Levi Giuditta Gioia
Levi Giulia
Levi Giulio
Levi Giulio
Levi Giusepina
Levi Giuseppe
Levi Giuseppe
Levi Giuseppe
Levi Giuseppe
Levi Giuseppe
Levi Guglielmo
detto Bibi
Levi Guido
Levi Guido
Levi Haim
Levi Haim
Levi Heschielle
Nissim
Levi Ines
Levi Isacco
Levi Isacco
Levi Isacco
Levi Isacco
Levi Isacco Bochor
Levi Israele
Levi Italo
Levi Italo Gustavo
Davide
Levi Jehuschvo
Levi Jeudà
Levi Josef
Levi Laura
Levi Lazzaro
Levi Lea
Levi Lea
Levi Leon
Levi Leone
Levi Leonella
Levi Lia Marta
Levi Libera
Levi Lida

Levi Moise
Levi Mordechai
Levi Moritz
Levi Mosè
Levi Mosè
Levi Mosè
Levi Mosè
Levi Mosè
Levi Mosè Renzo
Levi Moshè
Levi Myriam
Levi Nailè
Levi Nerina
Levi Nissim
Levi Nissim
Levi Nissim
Levi Nissim
Levi Noemi
Levi Noemi
Levi Nora
Levi Noris
Levi Olga
Levi Oreste Ezechiele
Levi Oscar
Levi Ottavio
Levi Pacifico
Levi Paolo Shaul
Levi Perla
Levi Pia
Levi Pia Clelia
Levi Primo
Levi Rachele
Levi Rachele
Levi Rachele
Levi Rachele
Levi Rachele
Levi Raffaele
Levi Raffaele
Levi Raffaele
Levi Raffaele Carlo
Levi Rahamin

Levi Rebecca
Levi Rebecca
Levi Rebecca
Levi Regina
Levi Regina
Levi Regina
Levi Regina
Levi Regina
Levi Regina
Levi Renata
Levi Renato
Levi Renato
Menachem
Levi Renzo
Levi Riccardo
Levi Rina
Levi Roberto
Levi Rodolfo
Levi Rodolfo
Levi Rosa
Levi Rosa
Levi Rosaldo
Levi Rosetta
Levi Ruggero
Levi Sadik
Levi Salomone
Levi Salomone
Bochor
Levi Salva
Levi Salvatore
Levi Salvatore
Levi Salvatore
Levi Salvatore
Levi Salvatore
Levi Samuele
Levi Samuele
Levi Samuele
Levi Samuele Enea
Levi Sara
Levi Sara
Levi Sara

Levi Sara
Levi Sara
Levi Sara
Levi Sara Ester
Levi Sarota
Levi Selma
Levi Selma
Levi Sergio
Levi Sergio
Levi Sida
Levi Silvana
Levi Simeone
Levi Simha
Levi Stella
Levi Stella
Levi Stella
Levi Sultana
Levi Susanna
Levi Tullio
Levi Ugo
Levi Valentina
Levi Vida
Levi Vittoria
Levi Vittorina detta
Rina
Levi Vittorio
Levi Vittorio
Levi Vittorio
Levi Vittorio
Levi Zelinda
Levi Zoe
Levi delle Trezze
Giorgio
Levic Davide

Levic Stella
Levie Buba
Levin Erna
Levin Hugo
Levinas Idalco
Levinsky Felix
Levis Ida
Levitan Alessandro
Levitus Gustavo
Levy Adriana
Levy Alene
Levy Beniamino
Levy Berta
Levy Brunilde
Levy Elia Amedeo
Levy Enzo
Levy Eva Maria detta
Cicci
Levy Federico
Levy Matilde
Levy Maurizio
Levy Paul
Levy Rudolf
Levy Silvia
Levy Vittorio
Levy Vittorio
Lewenstain Armin
Lewi Georg
Lewin Alfred
Lewinski Joachim
Lewinsohn Carlotta
Lewis James
Libeck Eduard
Lichtenstadt Rosina
Lichtenstein Serena
Lichtenstern Angela
Lichtmann Ada
Lichtwitz Joachim
Lichtwitz Otto Israel
Lieber Cypra
Liebgold Giovanna

Liebmann Erminia
detta Etta
Liebmann Giacomo
Paolo
Liebmann Pietro
Liebmann Pietro
Lilienthal Reinhold
Limentani Alberto
Limentani Angelo
Limentani Angelo
Limentani Anselmo
Limentani Cesare
Limentani Cesare
Limentani Cesira
Limentani Chiara
Limentani Costanza
Limentani Costanza
Limentani David
Limentani David
detto Baccalà
Limentani Davide
Limentani Giovanni
Limentani Giuseppe
Limentani Israele
Limentani Marco
Limentani Mario
Limentani Mario
Limentani Massimo
Limentani Rosa
Limentani Rosa
Limentani Settimio
Limentani Settimio
Angelo detto
Burione
Limentani Settimio
detto Russo
Lind Kurt
Lind Moses
Linden Giacomo
Lindenberg Ester
Linder Berthold

Linder Frieda
Linder Raimond
Linder Regina Maria
Linder Rolando
Linder Wilhelm
Linsen Tewel
Lipschitz Eugenio
Lipschitz Giuseppina
Lipschitz Michel
Lissauer Hans
Litter Samuele
Littmann Mayer
Littmann Romualdo
Livoli Allegra
Livoli Elvira
Livoli Pacifico
Livoli Pacifico
Livoli Rachele
Livoli Speranza
Livoli Vittoria
Loeb Gertrude
Loeb Hilde
Loeb Ilse
Loeb Moritz
Loebenstein Ugo
Loebl Dorothea
Loebl Gertrude detta
Trude
Loebnitz Enrico
Loebnitz Lidia
Loerber Alice
Loerber Evelina
Loew Abramo
Loew Alessandro
Loew Draga
Loew Ella
Loew Giuseppe
Loew Jacob
Loew Lavoslaw
Loewenstein Gerda
Loewenthal Eugenia

Loewenthal Guido
Loewenthal Helmuth
Loewenthal Paola
Loewenthal Roberto
Loewenthal Ugo
Loewenthal Vittorio
Loewenwirth Elia
Loewinson Ermanno
Loewinson
Sigismondo
Loewsztein Joseph
Loewy Alice
Loewy Anna
Loewy Charlotte
Loewy Ella
Loewy Emilio
Loewy Enrico
Loewy Lidia
Loewy Livio
Loewy Marta
Loewy Massimo
Loewy Olga
Loewy Olga
Loewy Regina
Loewy Riccardo
Loewy Sigfrido
Loewy Vidor
Lolli Corrado
Lolli Enzo
Lombroso Alberto
Lombroso Arturo
Cesare
Lombroso Carolina
Lombroso Prospero
Longo Lidia
Lonzana Formiggini
Cesare
Lopes Pegna
Fernando
Lopes Pegna Lidia
Lopes Pegna

Massimo
Lopez Perera Olga
Lorant Geltrude detta
Trude
Loria Guido
Lossi Alfredo
Lowj Anna
Lublinski Lipa
Lucovich Fabio
Luft Adolfo
Luft Ignazio
Luft Ilse
Luft Massimiliano
Luftschitz Arminio
Luftschitz Roberto
Luisada Arnoldo
Luisada Augusto
Luisada Clara
Luisada Dante
Luisada Franco
David
Luisada Giacomo
Luisada Lina
Luisada Piero
Lumbroso Carlo
Lumbroso Edwin
Lumbroso Isidoro
Luria Cesare
Lusena Alda
Lusena Aldo
Lusena Bianca Maria
Lusena Piero
Lusena Said
Lusena Silvio
Lust Bruno
Lust Edmondo
Lust Fanny
Lust Zoe
Lustig Rudolf
Luzzati Estella
Luzzati Guido

Zaccaria
Luzzato Marcella
Luzzatti Davide detto
Carlo
Luzzatti Enrico
Luzzatti Giuseppe
Luzzatti Ida
Luzzatti Isacco detto
Oscar
Luzzatti Silvio
Luzzatto Alice
Luzzatto Anna detta
Paola
Luzzatto Cesare
Luzzatto Cesare
Salomone
Luzzatto Elodia
Luzzatto Emma
Luzzatto Eugenia
Luzzatto Giacomo
Luzzatto Gina
Luzzatto Iginio
Luzzatto Ines
Luzzatto Margherita
Luzzatto Maria
Grazia detta Beppe
Luzzatto Mario
Luzzatto Mario
Luzzatto Maurizio
Luzzatto Natalia
Luzzatto Olga
Luzzatto Riccardo
Guido
Luzzatto Rina Sara
Luzzatto Rosalia
detta Rosa
Luzzatto Silvia
Luzzatto Vittoria
Lyon Emil
Macerata Carlo
Maestro Alfredo

Maestro Danilo
Maestro Ezio
Maestro Fausto
Maestro Gemma
Maestro Giulio
Maestro Guido
Maestro Ida
Maestro Jacob
Maestro Nina
Maestro Salomone
Akibà detto Carlo
Maestro Sigfrido
Maestro Vanda
Magenta Nissim
Magnet Sara
Magrini Isa
Magrini Silvio
Mahler Alexander
Mailand Gerhart
Maio Giacobbe
Maio Leone
Maio Maria detta
Meri
Maio Miriam
Maio Mosè
Maio Regina
Maio Sara
Maio Violetta
Maissa Rachele
Maizels Bernardo
Makowski Abraham
Malek Brucha
Mallel Allegra
Mallel Diana
Mallel Giuseppe
Mallel Nissim
Mallel Nissim
Mallel Sara
Mallel Violetta
Maller Szmul
Mallowan Carlo

Malvert Georges
Malvert Jacques
Malvert Lucie
Manasse Delia
Manasse Erminia
Rosa
Manasse Herbert
Manasse Vittorio
Manasse Wolfgang
Mandel Elvira
Mandel Gisella
Mandel Israele
Pinkus
Mandel Maria
Mimmi
Mandel Pinchas
Philip
Mangel Samuel
Mangel Wilma
Mankevitz Anna
Mankevitz Ernst
Manli Bruno
Manli Luciano
Mann Walter
Mannovich Ida
Mano Gioia Perla
Mansbach Henriette
Mansberger
Giuseppina
Maon Rachele
Marbach Herbert
Marcaria Bellina
Marcaria Ernesto
Marcaria Giacomo
Marcaria Ida
Marcaria Raffaele
Marcaria Stella
Marcos Luna
Marcos Rebecca
Marcos Sara
Margules Maurice

Mariani Ada
Mariani Anita
Mariani Bettina
Mariani Elena
Mariani Enrico
Mariani Ernesto
Mariani Francesco
Isacco
Mariani Ida
Mariani Leo
Mariani Luciano
Mariani Ugo
Mariani Vittorina
Marienberg Isacco
Marienberg Michele
Marienberg Simona
Marino Angelo
Marino Pacifico
Marino Settimio
Markoviski Johanna
Markovits Emilia
Markovits Melita
Markowicz Theodora
Markus Elena
Markus Moses
Marmaros Carlotta
Maroni Dora
Maroni Pace Augusto
Maroni Rita
Maroni Venturina
Marianna
Marsiglio Gino
Marsiglio Riccardo
Marton Rodolfo
Marzolini Bianca
Masfary Levi Carlo
Masklis Dora
Masliah Rosa
Masriel Cadina
Massa Marietta
Massarani Olga

Massarani Tullo
Matalon Elia
Matatia Camelia
Matatia Nino
Matatia Nissim
Matatia Roberto
Matatia Samuel
Mattersdorfer
Alfredo
Mattersdorfer Carlo
Felice
Mattersdorfer Liliana
Mauer Frimeta
Mauri Luigi
Mayer Arnaldo
Mayer Ernest
Mayer Grego Elda
Mayer Grego
Enrico
Mayer Grego
Giacomo
Mayer Guido
Mayer Karoline
Mayer Risa
Mazzetti Agar
Mazziotti Proietti
Clorinda
Mazzus Emilia
Mazzus Rebecca
Mazzus Sofia
Meisel Albert
Melauri Paolo
Melli Abramo
Melli Ada
Melli Amalia
Melli Amelia
Melli Bellina
Melli Benedetto
Melli Carlo
Melli Ebe
Melli Elena

Melli Elio
Melli Enrichetta
detta Rina
Melli Giuliana
Melli Giulio
Melli Guido
Melli Mario
Melli Medea
Melli Novella
Melli Sergio
Melli Vittoria
Melli Zaira
Meltzeil Gustavo
Menascè Abramo
Menascè Alberto
Menascè Amelia
Menascè Behor
Aaron
Menascè Bension
Menascè Bernardo
Menascè Bianca
Menascè Boaz
Menascè Boaz
Menascè Boaz
Menascè Caterina
Menascè Catina
Menascè Daniele
Menascè Davide
Menascè Eleonora
Menascè Eliezer
Menascè Esther
Menascè Estrea
Menascè Estrella
Menascè Farida
Menascè Fassana
Menascè Fassana
Menascè Fassana
Menascè Fortunata
Menascè Giacobbe
Menascè Giacobbe
Menascè Gioia

Menascè Giuseppe
Menascè Giuseppe
Menascè Giuseppe
Menascè Haim
Menascè Lea
Menascè Leon
Menascè Lucia
Menascè Mardocheo
Menascè Mardocheo
Marco
Menascè Maria
Menascè Maria
Menascè Maria
Menascè Matilde
Menascè Mazaltov
Menascè Mazaltov
Menascè Michele
Menascè Michele
Menascè Mordehai
Menascè Morris
Mosè
Menascè Mosè
Menascè Mosè
Bochor
Menascè Nissim
Menascè Nissim
detto Nisso
Menascè Norma
Menascè Rachele
Menascè Rachele
Menascè Rachele
Menascè Raffaele
Menascè Raffaele
Menascè Rahamin
Menascè Rebecca
Menascè Regina
Menascè Regina
Menascè Regina
Menascè Reina
Menascè Rivka
Menascè Salomon

Menascè Stella
Menascè Violetta
Menascè Vittoria
Menascè Yahir
Menasci Alberto
Menasci Camillo
Menasci Cesare
Menasci Enrico
Menasci Enrico
Menasci Ernesta
Menasci Raffaello
Menasci Roberto
Raffaello
Menasci Umberto
Menasci Vittore
Menassè Davide
Vittorio
Menassè Rosa
Menassè Vittorio
Mendel Raffaele
Mendelsohn
Abraham
Mendelsohn Benzion
Mendelsohn Israel
Mendelsohn Jechiel
Mendelsohn Miriam
Mendelsohn Moritz
Mendes Angelina
Mendes Davide
Mendes Ida
Mendes Marcello
Mendes Maurizio
Mendes Stella
Mendes Umberto
Mendler Leopold
Menier Elena
Menkes Leia
Merdjan Elia
Merdjan Marco
Mernau Arrigo
Messiah Arbib

Messiah Isacco
Messica Emilia
Metzenberger Leonia
Metzger Samuel
Meyer Daisy
Meyer Paul
Meyohas Giacomo
Mezei Moritz
Michalup Karoline
Micheletti Elio
Michelstaedter Ada
Michelstaedter Elda
Michelstaedter
Malvina
Michelstaedter
Rachele
Mieli Adolfo
Mieli Alba
Mieli Alberto
Mieli Angelo
Mieli Armando
Mieli Cesare
Mieli Claudio
Mieli Corinna
Mieli Crescenzo
Mieli Enrica
Mieli Ernesta
Mieli Ester
Mieli Giacomo
Mieli Gina Giulia
Mieli Giovanni
Mieli Guglielmo
Mieli Ida
Mieli Israele Cesare
Mieli Lazzaro
Mieli Letizia
Mieli Marco Aurelio
Mieli Marina
Mieli Mario
Mieli Michele
Mieli Pacifico

Mieli Pacifico
Mieli Renato
Mieli Rossana
Mieli Sergio
Mieli Settimio Bruno
Mieli Tranquillo
Mieli Ugo
Mieli Umberto
Migliau Giuseppe
Milani Carolina
Milano Angelo
Salvatore
Milano Elda Camilla
Milano Giorgina
Milano Raffaello
Milano Silvana
Milano Tullio
Milano Ugo
Milch Desiderio
Milch Emilio
Milgrom Carmi
Milgrom Isak
Milgrom Rea
Jeannette Giovanna
Milhofer Maria
Milla Aldo
Milla Amelia
Milla Amelia
Milla Ferruccio
Milla Laura
Milla Lina
Milla Ninetta
Milla Ugo
Millul Achille
Millul Egisto Mario
Millul Lia Sara
Millul Liana
Milstein Josef
Milul Isacco Gino
Milul Lina Fortunè
Minerbi Aldo

Minerbi Gino
Minerbi Marcello
Minerbi Moisè detto
Menotti
Minikes Mosè
Miranda Alfredo
Misan Adele
Misan Clara
Misan Diamantina
Misan Elio
Misan Enrica
Misan Ester
Misan Giuseppe
Misan Isacco
Misan Isaia
Misan Sarina
Misano Benedetto
Misano Claudio
Misano Costanza
Misano Fulvio
Misano Lina
Misano Marco
Misano Servadio
Achille
Misco Giorgio
Misrachi Bulissa
Misrachi Bulissa
Misrachi Davide
Misrachi Eliezer
Misrachi Giacobbe
Misrachi Giacobbe
Misrachi Gioia Perla
Misrachi Haim
Misrachi Lea
Misrachi Linda
Misrachi Mazaltov
Misrachi Rachele
Misrachi Regina
Misrachi Samuele
Misrachi Sara
Misrachi Stella

Misrachi Virginia
Misul Alfredo
Misul Frida
Mittag Anita
Mizrachi Elia
Modena Leone
Modena Luigia detta
Gina
Modiana Giacomo
Elia
Modiano Carlo Elia
Modiano Daniele
Modiano Elisa
Modiano Flora
Modiano Giacobbe
Modiano Giacomo
Modiano Giacomo
Modiano Giuseppe
Modiano Grazia
Modiano Grazia
Modiano Isacco
Modiano Laura
Modiano Lucia
Modiano Lucia
Modiano Mosè
Modiano Samuele
Modiano Samuele
Modigliani Clara
Rosa
Modigliani Elisa
Modigliani Giacomo
Modigliani Milena
Modigliani Umberto
Modigliani Vittorio
Molco Oreste Sergio
Moldauer Leopoldo
Molho Abramo
Molho Aldo
Molho Dario
Molho Giovanni
Molho Leone

Molho Olga
Molho Renata
Molho Vittorina
Molnar Elena
Momigliano Aldo
Momigliano Dante
Momigliano Ester
Tranquilla
Momigliano Ida
Momigliano Iolanda
Momigliano Italo
Momigliano Pilade
Momigliano Zechia
Bonaiuto
Monat Ignazio
Mondolfi Maria
Mondovì Linda
Montagnana Aida
Sara
Montagnana Rosina
Montalcini Virginia
Montanari Alberto
Montecorboli Arturo
Montecorboli
Giorgio
Montefiori Nella
Montias Leon
Montiglia Giacomo
Montiglia Regina
Elena
Morais Alberto
Morais Alberto
Morais Amalia
Morais Carlo
Morais Emma
Morais Giorgina
Morais Graziella
Morais Leonello
Morais Umberto
Mosè
Moravetz Carlo

Mordo Abramo
Mordo Diamantina
Mordo Elio
Mordo Massimo
Mordo Salomone
Morelli Leone Vita
Morello Arturo
Aronne
Morello Erminia
Moresco Alberto
Moresco Angelo
Moresco Anselmo
Moresco Cesare
Moresco Cesare
Moresco David
Moresco Elisabetta
Moresco Esterina
Moresco Giorgio
Moresco Giuditta
Moresco Grazia
Moresco Grazia
Moresco Ida
Moresco Pacifico
Moresco Romolo
Moresco Zaccaria
Morgenstern Edith
Morgenstern Fanny
Morgenstern Irma
Morpurgo Abram
Alberto
Morpurgo Alice
Annetta
Morpurgo Bianca
Maria
Morpurgo Carlo
Morpurgo Elda
Morpurgo Elena
Morpurgo Elio
Morpurgo Emma
Morpurgo Emma
Morpurgo Enrico

detto Morpurghetto
Morpurgo Fortunata
Morpurgo Gaddo
Morpurgo Gina
Morpurgo Ida
Morpurgo Marco
Morpurgo Maria
Morpurgo Maura
Morpurgo Olga
Morpurgo Oscar
Morpurgo Pia Elvira
Morpurgo Umberto
Morpurgo Vittoria
Mortara Corrado
Mortara Giuseppe
Mortara Vittorio
Mario
Mortera Abramo
Giulio
Mortera Jole
Morterra Elda
Mosbach Egon
Sigmund
Mosberg Margit Sofia
Moscatel Rosa
Moscato Alba
Moscato Alberto
Moscato Aldo
Moscato Angelo
Moscato Angelo
Moscato Angelo
Moscato Anselmo
Moscato Asriete
Cesare
Moscato Bruno
Moscato Cesare
Moscato Cesare
Moscato David
Moscato Elda
Moscato Elio
Moscato Emanuele

Moscato Eva
Moscato Giacobbe
Moscato Giacomo
Moscato Giorgio
Moscato Giovanni
Moscato Ida
Moscato Letizia
Moscato Marco
Moscato Maria
Moscato Pace
Anselmo
Moscato Reale detta
Tina
Moscato Rosa
Moscato Rosa
Moscato Rosa
Moscato Sarina
Moscato Vanda
Moscato Vito
Moscato Bruno
Moscato Bruno
Anselmo
Moscato Celestina
Moscato Elia
Moscato Elia
Moscato Emma
Moscato Ester
Moscato Franco
Moscato Giacomo
detto Bufolone
Moscato Giuseppe
Moscato Giuseppe
Moscato Lazzaro
Moscato Lazzaro
Moscato Orabona
Moscato Pace
Moscato Pacifico
Moscato Renato
Moscato Servadio
Moscato Virginia
Moscato Vito

Moses Clara
Moses Frieda
Moses Hedwig
Moshopola Jacopo
Moskovic Felix
Moskovic Julius
Moskovic Viera
Mosseri Alberto
Mosseri Enrico
Mosseri Giacomo
Renato
Mosseri Loretta
Mosseri Marco
Moster Mauro Anton
Mozes Esther
Muehlstein
Guglielmo
Mueller Maria
Mueller Stefania
Muenz Julius
Muenz Karl
Muggia Aldo
Muggia Amelia
Muggia Attalo
Sansone
Muggia Celeste
Muggia Doralice
Muggia Franca
Muggia Giuseppe
Muggia Lia
Muggia Lino
Munk Hans
Munk Liselotte
Murgi Gino
Musafia Marcela
Musafja Jakob
Musatti Elia Gino
Mussafia Carla
Mussafia Margherita
Mussafia Valeria
Mussafir Rachele

Mussafir Regina
Mussafir Rica
Mussafir Vittorio
Mustacchi Anna
Mustacchi Daniele
Mustacchi Felice
Mustacchi Giuseppe
Mustacchi Leone
Mustacchi Marco
Mustacchi Marco
Moisè
Mustacchi Marianna
Mustacchi Matilde
Mustacchi Michele
Mustacchi Michele
Mustacchi Moisè
Mustacchi Rachele
Mustacchi Rosa
Mustacchi Salomone
Mustacchi Samuele
Mustacchi Sofia
Nacamulli Elena
Nacamulli Gina
Nacamulli Guido
Nacamulli Iside
Nacamulli Lina
Nacamulli Mara
Nacamulli Mario
Nacamulli Ruggero
Nacamulli Umberto
Nacamulli Vittorio
Nacamulli Vittorio
detto Pupo
Nacamully Wally
Nachmann Caroline
Nachmansohn
Moise
Nacson Anna
Nacson Elia
Nacson Giulia
Nacson Leone

Nacson Leone
Nacson Pacina
Nacson Rebecca
Nacson Rebecca
Nacson Sara
Nacson Stella
Nacson Stella
Nador Margherita
Nagler Giacomo
Nagler Salo
Nahmias Rica
Nahmias Rosa
Nahmias Stella
Nahon Margherita
Nahoum Camelia
Nahoum Rosa
Nahoum Valerie
Nahum Emilio
Nahum Rebecca
detta Becky
Nahum Zula
Naim Vittorio
Namias Bruna
Namias Enzo
Namias Ferruccio
Namias Guglielmo
Nasch Albert
Nasch Ingeborg
Nasch Karl
Nathan Arthur
Abramo
Nathan Assalonne
Nathan Fritz
Nathan Fritz
Nathan Jeannette
Nathan Raoul Elia
Nathan Simon
Nathan Rogers
Romeo
Nathansen Samuel
Nauri Misa

Navarro Achille
Navarro Alessandro
Navarro Amalia
Navarro Lina
Navarro Regina
Allegrina
Navarro Rosina
Nazimov Ludwig
Nazimov Simon
Negri Guglielmo
Nehama Sam
Neisser Arthur
Aaron
Nelken Richard
Nemes Ferdinando
Nemes Maria
Nemni Abramino
Nemni Davide
Nemni Giulia
Nemni Hlafa
Nemni Isacco
Nemni Isacco detto
Kaki
Nemni Josef
Nemni Jusef
Nemni Miriam
Nemni Misa
Nemni Mosè
Nemni Renato
Nemni Scelbia
Nemni Simone
Neppi Gino
Emanuele
Neppi Olga
Neubauer Hugo
Israel
Neuberger Ugo
Neufeld Irma
Neufeld Nina
Neufeld Paolina
Neumann Alessandro

Neumann Aranka
Neumann Eugenio
Neumann Federica
Neumann Francesco
Neumann Frieda
Neumann Giovanna
Neumann
Giuseppina
Neumann Kurt
Neumann Livia
Neumann Marcello
Neumann Maria
Neumann Viktor
Neumann Zoltan
Neuwohner Charlotte
Nichtberger Bobi
Nichtberger Dina
Nichtberger Markus
Nicolone
Pierfrancesco
Ninos Luisa
Nissim Alberto
Nissim Augusta
Nissim Graziella
Nissim Luciana
Nissim Magenta
Nissim Marcella
Nizza Michele
Eugenio
Nizza Umberto
Noah José
Nordlinger Elsa
Norsa Diana
Norsa Gaby
Norsa Germana
Norsa Giorgio
Norsa Giulio
Norsa Laura
Norsa Mario
Norsa Sergio
Norza Ida

Norzi Anna Luciana
Norzi Edvige
Norzi Guido
Norzi Marco
Norzi Todros
Notrica
Notrica Allegra
Notrica Giuseppe
Notrica Graziella
Notrica Haim
Notrica Hanula
Notrica Isacco
Notrica Jochevet
Notrica Judà
Notrica Lucia
Notrica Matilde
Notrica Matilde
Notrica Matilde
Notrica Mazliah
Notrica Miryam
Notrica Perahia
Notrica Rachele
Notrica Rachele
Notrica Rachele
Notrica Raffaele
Notrica Rebecca
Notrica Regina
Notrica Renata
Notrica Rosa
Notrica Sadis
Notrica Salomon
Notrica Salvo
Notrica Samuele
Notrica Samuele
Notrica Sara
Notrica Sara
Notrica Sultana
Novelli Ugo
Nuernberg Salomone
Nunes Adua
Nunes Olga

Nunes-Vais Adolfo
detto Fofi
Nussbaum Ernst
Oberdorfer Ada
Oberdorfer Irene
Oberdorfer Olga
Obernbreit Adele
Oberzanek Emanuele
Oberzanek Samuele
Oberzanek Thea
Oblath Alessandro
Oblath Bianca
Maria
Oblath Dragica
Oblath Ivan Gelza
Offner Sigismondo
Ojalvo Marco
Ojalvo Sara
Oransz Maurizio
Orefice Clotilde
Orefice Edoardo
Orefice Emma
Orefice Fanny
Orefice Giuseppe
Orefice Guido
Ornstein Tina
Oroster Masia
Ortona Bella
Marianna
Ortona Bellina detta
Adele
Ortona Delfina
Ortona Renato
Orvieto Ada
Orvieto Adolfo
Arturo
Orvieto Aldo
Orvieto Alessandro
Orvieto Amelia
Orvieto Angiolo
Orvieto Elisa

Orvieto Guido
Fortunato
Orvieto Leone
Alberto
Orvieto Lodovico
Orvieto Nello
Orvieto Rodolfo
Orvieto Rosina Clelia
Orvieto Ugo
Oser Cecilia
Osillag Elena
Osimo Ada
Osimo Giulio
Osimo Dario Davide
Osimo Ester
Osimo Lucia
Osimo Ninetta
Osimo Rachele
Osimo Roberto
Osimo Rosa
Osimo Sabino
Osimo Sabino
Osimo Vittoria
Ossia Israel
Ostrowka Alfredo
Ottenfeld Max
Ottolenghi Ada
Ottolenghi Adolfo
Ottolenghi Aldo
Ottolenghi
Alessandro
Ottolenghi Beatrice
Ottolenghi Dorina
Ottolenghi Emma
Ottolenghi Enrica
detta Tina
Ottolenghi Felice
detto Felicino
Ottolenghi Giacomo
Ottolenghi Giacomo
Giorgio

Ottolenghi Giano
Olao detto Gianni
Ottolenghi Giorgio
Ottolenghi Giulio
Ottolenghi Giuseppe
Ottolenghi Gustavo
Ottolenghi Lidia
Ottolenghi Lina detta
Nini
Ottolenghi Linda
Ottolenghi Livia
Ottolenghi Marco
Ottolenghi Mary
Ottolenghi Olga
Maria Teresa
Ottolenghi Salvatore
Ottolenghi Silvio
Salomon
Ottolenghi Tesaura
Ottolenghi Vittorio
Ovadia Corinna
Ovazza Ada
Ovazza Alessandro
Ovazza Elena
Ovazza Ettore
Ovazza Riccardo
Pace Armando
Pace Celeste
Pace Corrado
Pace Giacomo
Giacobbe
Pace Gino
Pace Renato
Pace Salomone
Pace Sergio
Pace Umberto
Pacht Anny
Pacifici Ada
Pacifici Alberto
Pacifici Aldo
Pacifici Clelia

Pacifici Elena
Pacifici Emma
Pacifici Giulia
Pacifici Giulia
Pacifici Goffredo
Pacifici Ines
Pacifici Loris
Pacifici Luciana
Pacifici Riccardo
Pacifici Samuele
Pacifici Sonia
Pacifici Spartaco
Padoa Carlo
Padoa Celina detta
Marcella
Padoa Leone
Maurizio
Padoa Olga
Padova Giorgina
Padovani Grazia
Lidia
Paecht Karl Joseph
Paggi Dante
Paggi Goffredo
Pahrah Elisabetta
Palagi Franca
Palagi Gino Umberto
Palombo Giacobbe
Palombo Leone
Palombo Matilde
Palombo Nahman
Palombo Regina
Palombo Sara
Paneth Emil
Panzer Aron
Panzer Bianca
Panzer Maurizio
Panzer Susanna
Papini Alfredo
Papini Franco
Papo Salomone

Papo Sara
Papo Vittoria
Pardo Bea
Pardo Elvira
Pardo Roques
Giuseppe Abramo
Parenzo Giuseppe
Parenzo Italo
Parigi Giorgio
Parigi Renzo
Parigi Ugo
Parin Gino Federico
Paschir Liana
Passigli Eligio
Alfredo
Passigli Enzo
Passigli Ernesto
Passigli Giuseppe
Passigli Goffredo
Passigli Guido
Passigli Guido
Passigli Jenny
Passigli Leone
Passigli Lidia
Passigli Liliana
Passigli Rodolfo
Passigli Stella
Pavia Amelia
Pavia Egidio
Pavia Roberto
Pavoncello Abramo
Pavoncello Alfredo
Pavoncello Allegra
Pavoncello Allegra
Pavoncello Angelo
Pavoncello Anselmo
Pavoncello Anselmo
Pavoncello Anselmo
Pavoncello Anselmo
detto Chaim
Pavoncello Camilla

Pavoncello Cesare
Pavoncello Cesare
Pavoncello Chiara
Pavoncello Clelia
Pavoncello Dora
Pavoncello Elio
Pavoncello Emanuele
detto Picchio
Pavoncello Emanuele
Vittorio
Pavoncello Emilia
Pavoncello Emilia
Pavoncello Enrico
Pavoncello Giacomo
Pavoncello Giacomo
Gaetano
Pavoncello Giuditta
Pavoncello Graziella
Pavoncello Leone
Pavoncello Leone
detto Cirillo
Pavoncello Lina
Pavoncello Rebecca
Pavoncello Renata
Pavoncello Samuele
Pavoncello Sergio
Pavoncello Umberto
Pawlowsky Hofman
Pea Karl
Pecar Davide
Pecar Leone Remo
detto Leo
Pecar Zina Mirella
Pelech Bernardo
Pelech Dora
Pelletier Alice
Pelosof Edgardo
Pepes Rachele
Percowicz Adolfo
Perera Gabriella
Perera Luciano

Perera Mirella
Peretz Eliana
Rachele
Perez Grazia
Perez Graziella
Perez Haim
Perez Rachele
Perez Vittoria
Pergola Aldo
Pergola Bixio
Pergola Eleonora
Perl Alice
Perl Meier
Perlmutter Achille
Perlmutter Bruno
Perlmutter Gilmo
Perlow Aron Ernesto
Perlow Gisella
Perlow Giuseppe
Perlow Mario
Perlow Mira
Perlow Paula
Perlow Silvio
Perlow Sonia
Pernetz Massimiliano
Perugia Angelo
Perugia Angelo
Perugia Angelo Vito
Perugia Cesare
Perugia Clelia
Perugia Debora
Perugia Debora
Perugia Enrica
Perugia Fortunata
Perugia Gabriella
Perugia Giacomo
Perugia Gilberto
Giuseppe Alberto
Perugia Giovanni
Perugia Italia
Perugia Laura Elena

Perugia Lello
Perugia Letizia
Perugia Marcella
Perugia Margherita
Perugia Mario
Perugia Rosa
Perugia Sara detta
Serafina
Perugia Settimio
Perugia Vito
Perugia Vittoria
Perugia Vittoria
Perugia Vittorio
Pesaro Ada
Pesaro Arnaldo
Pesaro Canzio
Pesaro Cesare
Pesaro Costanza
Pesaro Gualtiero
Pesaro Ida Benedetta
detta Tina
Pesaro Lieta
Pesaro Maurogonato
Adolfo
Pesaro Oddone
Pescarolo Claudio
Pescarolo Eleonora
Pescarolo Enrico
Pescarolo Tullio
Pfeffer Rosa
Philipson Beniamino
Piacentino Rubino
Piattelli Bruno
Settimio
Piattelli Cesare
Piattelli Dora
Piattelli Elda
Piattelli Ezechiele
Luigi
Piattelli Franco
Piattelli Giacomo

Piattelli Giacomo
Marco
Piattelli Lello
Piattelli Letizia
Piattelli Marco
Piattelli Servadio
Piattelli Settimio
detto Negus
Piattelli Zaccaria
Cesare
Piazza Alceo
Piazza Angelo
Piazza Angelo
Piazza Anita
Piazza Bruno
Piazza Donato
Piazza Edvige
Piazza Elio
Piazza Elisa
Piazza Elvira
Piazza Emanuele
Piazza Fernanda
Piazza Giacomo
Piazza Gina
Piazza Gino
Piazza Giuseppe
Piazza Maria Luisa
Piazza Rachele
Piazza Regina
Piazza Umberto
Piazza Virginia
Piazza Sed Angelo
Piazza Sed Camilla
Piazza Sed Cesira
Piazza Sed Consola
Piazza Sed Costanza
Piazza Sed Emma
Piazza Sed Ester
Piazza Sed Eugenio
Piazza Sed Leda
Piazza Sed Marco

Piazza Sed Rosa
Piazza Sed Sara
Picciaccio Emanuele
Piccoli Amalia
Pick Edvino
Pick Gabriella
Pick Giuseppe detto
Riccardo
Pick Nathan Oscar
Pick Valeria
Pick Vittoria
Pickholz Augusta
Pieri Rosa
Piha Bellina
Piha Caden
Piha Davide
Piha Diana
Piha Isacco
Piha Maurizio
Piha Myriam
Piha Rachele
Piha Rebecca
Piha Rebecca
Piha Regina
Piha Salomon
Piha Sara
Piha Sol
Piha Vida
Pilas Estrella
Pilosoff Aronne
Pilosoff Bulissa
Pilosoff Eliezer
Pilosoff Fassana
Pilosoff Giuseppe
Pilosoff Haim
Pilosoff Isacco
Pilosoff Maria
Pilosoff Matatia
Pilosoff Matilde
Pilosoff Matilde
Pilosoff Mazaltov

Pilosoff Nissim
Pilosoff Rachele
Pilosoff Rachele
Pilosoff Susanna
Pincherle Emilia
Pincherle Emma
Pincherle Ernesto
Pincherle Giulia
Pincherle Giulia
Pincherle Giuseppe
Pincherle Giuseppina
Pincherle Lina Dina
Pincherle Vicini
Luigi
Pincherle Vittorio
Samuele
Pincsohn Ernst
Pincus Eric
Pinhas Naftali
Pinkus Giulia
Pinsk Regina
Pinto Vera
Pinto Wanda
Pintora Giamila
Piperno Abramo
Aronne
Piperno Ada
Piperno Adriana
Piperno Aldo detto
Chianuglione
Piperno Aldrato
Piperno Amelia
Piperno Angelina
Piperno Angelo
Piperno Angelo
Piperno Angelo
Piperno Anna
Piperno Augusto
Piperno Aurelio
Piperno Benedetto
Ugo

Piperno Cesare
Piperno Cesare
Piperno Claudio
Piperno Corinna
Piperno Elena
Piperno Enrica
Piperno Ernesto
Piperno Fernanda
Piperno Fernando
Piperno Giacomo
Piperno Giacomo
Piperno Gino
Piperno Giuditta
Piperno Giuseppe
Piperno Letizia
Piperno Mario
Piperno Mosè
Piperno Nino
Giorgio
Piperno Odorico
Piperno Rambaldo
Piperno Renato
Piperno Renzo
Piperno Roberto
Mosè
Piperno Sarina
Piperno Settimio
detto Peppone
Piperno Sigfrido Ezio
Piperno Tranquillo
Mario
Piperno Vera
Piperno Virginia
Piperno Virginia
Pirani Clara
Pirani Lina
Pisa Ida
Pisante Elvira
Pisante Giuseppe
Pisanti Giamila
Pisarz Josef

Pisetzky Arturo
Pisetzky Dorotea
Pitigliani
Bonaventura
Evelina
Plau Erich
Plesneri Rachele
Plitzka Sarah
Podolski Beatrice
Podolski Siegbert
Poggetto Alberto
Poggetto Clelia
Poggetto Moise
Pokorin Paolo
Polacco Abramo
Polacco Alba
Polacco Albino
Polacco Aldo
Polacco Athos
Polacco Carlo
Polacco Cesare
Polacco Clementina
Giuseppina
Polacco Elda
Polacco Emma
Polacco Enrica
Polacco Ercole
Polacco Estella
Polacco Giacomo
Polacco Giulia
Polacco Giuseppe
Polacco Ines
Polacco Iride Frida
Polacco Leda
Polacco Linda
Polacco Linda
Polacco Marcello
Polacco Maria
Polacco Mario
Polacco Massimiliano
Polacco Moisè

Polacco Mosè
Polacco Olga
Polacco Regina
Polacco Regina
Polacco Roberto
Polacco Ruggero
Polacco Venturina
detta Annina
Polak Ginetta
Polak Jacob
Polak Wolf
Polatschek Elvira
Polgar Emerico
Polgar Mario Claudio
Poliakoff Xenia
Politi Dora
Pollack Carlo
Pollak Alberto
Pollak Anna
Margherita
Pollak Cort
Pollak Edoardo
Pollak Giacomo
Pollak Giulio
Pollak Ida
Pollak Jaques
Pollak Leo
Pollak Ludovico
Pollak Paul
Pollak Susanna
Pollak Valeria
Pollak Volfango
Pollitzer Giulio
Pollitzer Ilona
Pollitzer
Massimiliano
Pompas Vittorio
Haim
Pontecorvo Carlo
Pontecorvo Clelia
Pontecorvo Ester

Pontecorvo
Gianfranco
Pontecorvo Letizia
Pontecorvo Luigia
Pontecorvo Nella
Pontecorvo Olga
Pontecorvo Sara
Pontremoli Amelia
Pontremoli Daniele
Pontremoli Violetta
Popelik Carla
Popelik Erminia
Popper Alice
Popper Elisa
Popper Gertrude
Popper Olga
Poras Catterina
Poras Francesca
Poras Isidoro
Poras Rosa
Porlitz Roberto
Ignazio
Portaleone Armando
Prato Laura
Prausnitzer Caterina
Preiss Edgardo
Preninger Sarah
Pressburger Alfredo
Pressburger Ernst
Pressburger Gertrude
Pressburger Heinrich
Pressburger Joseph
Priester Meta
Printz Lillo
Prister Clementina
Prister Leone Ettore
Prister Margherita
Prister Sara Luigia
Pristiges Regina
Pritsch Jacob
Privitera Giuseppe

Procaccia Ada
Procaccia Aldo
Procaccia Amedeo
Procaccia Amelia
Procaccia Elda
Procaccia Ernesto
Procaccia Giuseppe
Procaccia Paolo
Procaccia Rina
Procaccia Sabatino
Procaccia Umberto
Proskauer Fanny
Provenzal Federico
Provenzali Ada Rita
Pugliese Anna
Pugliese Emilia
Pugliese Gemma
Pugliese Sandra
Puhaz Chaja
Rabà Edo
Rabà Ivo
Rabà Lanciotto
Rabà Lina
Rabà Vasco
Rabbeno Carla detta
Jolanda
Rabbeno Rodolfo
Rabello Adele
Rabello Armida
Rabinoff Anna
Racchah Aldo
Racchah Giuseppe
Raffael Emilia
Ragendorfer Benno
Ragendorfer Lucia
detta Luzzi
Rahamin Alice
Rahamin Daniele
Rahamin Elia
Rahamin Giacobbe
Rahamin Matilde

Rahmiel Rosa
Rahn Jeanne
Rahn Nicola
Rajner Darko
Rajner Hela
Rajnik Elisabetta
Cornelia
Rakosi Tibrio
Alexander
Ramras Enrico
Randegger Irene
Rapaport Caterina
Raphael Clara
Rappaport Regina
Rataud Henri
Rath Elisabetta
Rath Emanuele
Rath Nelly
Rath Salomon detto
Salo
Ravà Alice
Ravà Beatrice
Ravà Eloisa
Ravà Lazzaro
Ravà Renato
Ravah Elia
Ravah Lucia
Ravenna Alba Sofia
Ravenna Bianca
Ravenna Ciro
Ravenna Enrico
Ravenna Eugenio
Ravenna Eugenio
detto Gegio
Ravenna Franca
Eugenia
Ravenna Germana
Ravenna Gino
Ravenna Giorgio
Ravenna Giulio
Ravenna Guido

Anselmo
Ravenna Ida
Ravenna Marcello
Ravenna Margherita
Ravenna Mario
Ravenna Rino
Lazzaro
Ravenna Roberto
Ravenna Rodolfo
Ravenna Ugo
Ravenna Vittorio
Ravicz Alessandro
Ravicz Jean Jacques
Rawicz Evelina
Razdovitz Wilma
Razon Nissim
Raffaele
Razon Sultana
Susanna
Razon Vittoria
Recanati Elena
Recanati Flora
Recanati Rebecca
detta Rita
Rechnitzer Eugenio
Rechnitzer Matilde
Rector Arturo
Redlich Giuseppina
Reggio Gisella
Reggio Iole
Reggio Rina
Reginiano Abramo
Reginiano Abramo
William
Reginiano Alfonso
Reginiano Amalia
Reginiano Beniamino
Reginiano Buba
Reginiano Camilla
Reginiano Dora
Reginiano Efraim

Reginiano Esmeralda
Reginiano Ester
Reginiano Ester detta
Rina
Reginiano Fortunata
Reginiano Ghibri
Reginiano Grazia
Reginiano Hamani
Reginiano Hamus
Reginiano Hlafo
Reginiano Hlafo
Reginiano Ida
Reginiano Irma
Daisy
Reginiano Isacco
Reginiano Julia
Reginiano Lidia
Reginiano Liliana
Reginiano Lina
Reginiano Louis
Reginiano Mario
Reginiano Nissim
Reginiano Quintilio
Reginiano Raffaele
Reginiano Raffaele
Reginiano Rahmin
Reginiano René
Reginiano Rina
Reginiano Rina
Reginiano Saul
Reginiano Scialom
Reginiano Scialom
Reginiano Vana
Reginiano Vera
Reginiano Vilma
Reginiano Vittorio
Reginiano Vittorio
Reginiano Vittorio
Reginiano Vittorio
William

Reich Adele
Reich Alessandro
Reich Elisabetta
Reich Lazzaro
Reich Mariska
Reich Rosa
Reich Sandro
Reich Teresa
Reich Willy
Reicher Marian
Reichmann Leopoldo
Reinach Ernesto
Reinach Etta Maria
Reiner Max
Reininger Gustavo
Reiter Eduard
Reitzmann Alexander
Reknitzer Adolfo
Reknitzer Carlo
Reknitzer Mehemed
Remondini Marcella
Rendel Augusta
Resignani Itala
Resignani Silvia
Resinger Etele
Reutlinger Albertina
Reven Adolfo
Revere Adriana
Revere Alessandro
Revere Enrico
Revere Ines
Revere Olga
Rexinger Ernesta
Reznik Michel
Ricchetti Edoardo
Richetti Elisa
Richetti Enrico
Richetti Nora
Richetti Vittorina
Richter Sara Jalka
Richter Sigfried

Riesenfeld Berthold
Riesenfeld Hans
Riesenfeld Hermann
Rietti Alfredo
Rietti Carlo
Rietti Emma
Rietti Gastone
Rietti Giulia
Rietti Ilma
Rietti Jole
Rietti Leonella
Rietti Marco
Rietti Nello
Rignani Armando
Rignani Enrico
Rignani Marco
Rignani Mario
Rimini Daniele
Ettore
Rimini Eleonora
Rimini Elvira
Rimini Emilia
Rimini Enrichetta
Rimini Lucia
Rimini Margherita
Rimini Pia
Rimini Rosina
Ritter Ester
Riviere Elena
Roberti Guido
Robitschek Caterina
Rocca Cesare
Rocca Gilberto
Rocca Giulio
Rocca Valeria
Roccas Laura
Roccas Mario
Roccas Renzo
Roditi Luciano Israel
Roditi Rosa
Rodriguez Berta

Roger Martin
Roger Oscar
Rogonzinski Johanna
Romanelli Angelo
Romanelli Carla
Romanelli Elsa
Romanelli Elsa
Romanelli Ernesta
Romanelli Giorgio
Romanelli Lamberto
Romanelli Laura
Romanelli Michele
Marco
Romanelli Raffaella
Romanin Bianca
Romano Abramo
detto Beniamino
Romano Ester
Romano Ferdinando
Vittorio
Romano Giacobbe
Romano Hanula
Romano Violetta
Romano Vittorio
Rosati Paola
Rosenbaum Elena
Rosenbaum Elena
Rosenbaum Ernst
Rosenbaum Lea Isa
Rosenbaum Moses
Rosenbaum Rachele
Rosenberg Elena
Rosenberg Eliahu
Rosenberg Esther
Laja
Rosenberg Friedrich
Rosenberg Lucia
Rosenberg Otto
Rosenberg Sofia
Rosenberg Thea
Rosenblatt Raphael

Rosenblum Fayga
Rosener Sara
Rosenfeld Bertha
Rosenfeld Davide
Rosenfeld Haim
Enrico
Rosenfeld Ottone
Rosenfelder Heinrich
Rosenholz Emilia
Rosenholz Ester Elsa
Rosenholz Ignazio
Isacco
Rosenholz Leone
Lajb
Rosenkranz Feige
Rosenschein Sara
Rosenschein Teresa
Rosenstein Amalia
Rosenthal Baruch
Rosenthal Debora
Rosenthal Hanna
Rosenthal Ilka
Rosenthal Leib
Rosenthal Maria Sara
Rosenthal Nahum
Rosenthal Otto
Rosenthal Paola
Rosenthal Rodolfo
Rosenthal Werner
Rosenwald Anna
Clementina
Rosenzweig Maria
Rosenzweig Nathan
Rosner Emma
Rosner Libe
Rosner Rosa
Rosselli Lucia
Rosselli Marcella
Rossetti Maria
Rossi Bice
Rossi Corrado

Rossi Gino
Rossi Giulio
Rossi Letizia
Rossi Margherita
Rossi Milena
Rossi Moisè Alberto
Rossi Sergio
Pellegrino
Rossman Elisa
Roth Alcher
Roth Aron Henri
Roth Emilie
Roth Noel
Roth Sabina
Roth Silvano
Roth Tereza
Rothbarth Guido
Rothschild Elsie
Rothschild Menny
Rothschild Myriam
Rothstein Adele
Rothstein Giorgio
Rothstein Giuseppe
Rothstein Sara
Rothstein Wanda
Rotschild
Rotschild Paula
Rozanes Rosa
Rozanes Sultana
Rozay Teodoro Elia
Rozio Ester
Rozio Esther
Rozio Jacob
Rozio Jacob
Rozio Rachele
Rozio Rahamin
Rozio Sara
Rozio Silvia
Rubin Giulia
Rubin Misa
Rubinfeld Chaim

Rubinfeld Edward
Rubinfeld Enrica
Rubitscheck Fanny
Rubitscheck Laura
Rudnitzky Elena
Rudnitzky Maurizio
Rudnitzky Regina
Rudnitzky Roberto
Rudoj Caterina Gitzel
Ruerst Armando
Rukig Jetti
Rumeld Leib
Rumpler Adele
Russi Ada
Russi Ada
Russi Giacomo
Russi Irma
Russi Pia
Russi Sergio
Russi Zoe
Russo Abramo
Russo Alfredo
Russo Benvenuta
Russo Esther
Russo Esther
Russo Maria
Russo Oro
Russo Rebecca
Rutkowski Maria
Ruzicka Elena
Ruzicka Vera
Sabatelli Perla
Sabatello Abramo
Sabatello Angelo
Sabatello Carlo
Sabatello Carlo
Salvatore
Sabatello Celeste
Alba
Sabatello Dattilo
Sabatello Eleonora

Sabatello Emma
Sabatello Emma
Sabatello Enrica
Sabatello Franco
Sabatello Giovanni
Sabatello Graziella
Sabatello Italia
Sabatello Leone
Sabatello Letizia
Sabatello Liana
Ornella
Sabatello Michele
Sabatello Settimio
Sabatello Tranquillo
Sabatello Umberto
Sabbadini Elio
Sabbadini Salvatore
Sabbadini Sylva
Sabbadini Vittoria
Sabban Sultana
Sabetai Davide
Sabetai Nissim
Sabetai Salomone
Sacerdote Bice
Sacerdote Camillo
Sacerdote Cesare
Sacerdote Claudio
Sacerdote Claudio
Sacerdote
Clementina
Sacerdote Davide
Sacerdote Debora
Dorina
Sacerdote Emanuele
Sacerdote Emilio
Sacerdote Emma
Sacerdote Ernesta
Sacerdote Estella
Sacerdote Giacomo
Sacerdote Giorgio
Sacerdote Giuseppe

Sacerdote Laura
Sacerdote Lea Elena
Sacerdote Luciana
Sacerdote Marianna
Sacerdote Matilde
Sacerdote Nella
Sacerdote Rosy
Sacerdote Sabato
Sacerdote Sergio
Sacerdote Teodoro
Sacerdoti Adele
Elvira
Sacerdoti Alessandro
Sacerdoti Camilla
Sacerdoti Clara
Sacerdoti Emilio
Sacerdoti Evelina
Sacerdoti Franco
Sacerdoti Olimpia
detta Pia
Sacerdoti Renzo
Sacerdoti Valeria
Sachs Elsa
Sachs Selma
Sadis Esther
Sadis Matilde
Sadis Nissim
Sadis Regina
Sadis Salomone
Sadun Amiel
Sadun Diodato
Gastone
Sadun Gina
Sadun Gino
Sadun Lelio
Sadun Lya
Sadun Paolo
Sadun Vittorio
Emanuele
Sagi Luigi
Sagi Nicolò

Saglia Luisa
Salambrassi Vassiliki
Basilia
Salem Emanuele
Salem Salem
Salem Samaim
Salmona Josef
Salmoni Angelo
Salmoni Bianca
Salmoni Celeste
Salmoni David
Salmoni Dora
Salmoni Gilberto
Raffaele
Salmoni Gino
Salmoni Renato
Salmoni Riccardo
Salmoni Romeo
Rubino
Salmoni Rosa
Salom Aldo
Salom Moise
Salomon Emmy
Salomon Herbert
Salomone Paolina
Salonicchio
Abramo
Salonicchio
Alessandra detta
Sarina
Salonicchio Ester
Salonicchio Lucia
Salonicchio
Salomone
Saltiel Giacomo
Saltiel Giovanni
Maurizio
Saltiel Joseph
Saltiel Moise
Saltiel Rachele
Saltiel Sanson

Salzberger Edoardo
Salzer Edmondo
Samaia Angelo
Samaia Ida
Samuel Esther
Samuel Sigismondo
Samuel Simeone
Samuelides Sam
Sander Lilli detta
Babette
Sander Ugo
Sandmann Sigfried
Sanguinetti Bruno
Sanguinetti Emilia
Sanguinetti Renato
Sanguinetti Umberto
Sansonovitch Anna
Saphier Henni
Saphir Emma
Saralvo Cesarina
Saralvo Corrado
Saralvo Giorgio
Saralvo Giovanna
Saralvo Lilio
Saralvo Lindo
Saralvo Mario
Saralvo Rino
Saraval Bruno
Saraval Eugenio
Saraval Ida
Saravalle Emma
Sarfatti Lisa
Sas Giulio
Sass Ernst
Sass Peter
Sass Rosa
Sattler Caterina
Saul Estrella
Saul Rebecca
Saveri Oscar
Savic Antonio

Savic Giorgio
Savic Stefano
Saya Giacomo
Sayowici Baruch
Sayowici Dorotea
Sayowici Maurizio
Sbrana Gina
Scandiani Bianca
Scandiani Luisa
Scapa Mazaltov
Scaramella Messulam
Adelaide
Scaramella Messulam
Anna
Scaramella Messulam
Rosetta
Scarar Francesco
Scazzocchio Clotilde
Scazzocchio Riccardo
Scazzocchio Virginia
Scemarià Abramo
Scemarià Bulissa
Scemarià Dora
Scemarià Elia
Scemarià Esther
Scemarià Giacobbe
Scemarià Giacobbe
Giacomo
Scemarià Giuseppe
Scemarià Haim
Vittorio
Scemarià Hanula
Scemarià Lea
Scemarià Leone
Scemarià Lucia
Scemarià Marco
Scemarià Mosè
Scemarià Mosè
Scemarià Saruta
Schacherl Emil
Schanzer Rodolfo

Schapira Leopold
Schapira Paul
Schapiro Elena
Schattner Grete
Schatz Jakob
Schenkel Enrichetta
Schenkel Giuseppe
Scherzenberg Elena
Schfargel
Schickler Elena
Schieber Rosa
Schiff Sigismondo
Schiffeldrin Kurt
Schiffeldrin Mosè
Schiffer Alessandro
Schiller Giulia
Schingazz Anna
Schingazz Giuseppe
Schlaf Israele Isidoro
Schlesinger
Schlesinger Luisa
Schlesinger Ruth
Schlesinger Stella
Schlochoff Erich
Schloss Hans Werner
Schloss Hermann
Schloss Iolanda
Schloss Paolo
Schluesselberg
Salomon
Schmidt Antonia
Schmier Gisella
Schmierer Felice
Schmierer Pinkas
Schmolka Filippa
Schnapp Gerda
Schnapp Littman
Eisig
Schneider Michele
Schneider Theodor
Schoenberger

Giuseppe
Schoenbrunn Joseph
Schoenfeld Bela
Schoenfeld Elvira
Schoenhaut Leopoldo
Schoenheit Carlo
Schoenheit Franco
Schoenstein Rosette
Schott Alberto
Schott Enrico
Schotten Irma
Schrecker Erwin
Schreier Sofia
Schrotter Anna
Schubert Hans
Schuler Augusta
Schulmann Gabriel
Schumann Davide
Schuskind Sabine
Schuster Eva
Schustermann Enrico
Schustermann Jacob
Schustermann
Marcella
Schustermann Moritz
Schwartz Hans Israel
Schwarz Adolf
Schwarz Arthur
Schwarz Benno
Schwarz Giuseppe
Schwarz Gustavo
Schwarz Maria
Schwarz Serena
Schwarz Siegfried
Schwarzschild Berta
Schwarzschild Ernst
Schwertfinger Ester
Schwitz Eliana
Schwitz Fanny
Schwolka Hermine
Sciaki Menachem

Sciaki Nathan
Scialom Humbert
Scialom Liliana
Sciami Giacobbe
Sciami Giovanna
Sciami Luna
Sciami Nissim
Sciami Salvatore
Sciarcon Bulissa
Sciarcon Esther
Sciarcon Estrella
Sciarcon Felicia detta
Felicina
Sciarcon Fortunata
Sciarcon Giulia
Sciarcon Giuseppe
Sciarcon Isacco
Sciarcon Lucia
Sciarcon Lucia
Sciarcon Matilde
Sciarcon Morris
Sciarcon Mosè
Sciarcon Mosè
Sciarcon Selma
Scikamovic Rachele
Scioa Camilla
Scitrug Vittorio
Benedetto
Sciunnach Alberto
Sciunnach Dattilo
Giovanni
Sciunnach Fortunata
Sciunnach Giuditta
Sciunnach Leone
Sciunnach Letizia
Sciunnach Marco
Sciunnach Marco
Sciunnach Settimio
Sdraffa Berta
Sed Alberto
Sed Alberto

Sed Angelica
Sed Angelo
Sed Angelo
Sed Cesira
Sed Emma
Sed Ester
Sed Fatina
Sed Gioia
Sed Giulia
Sed Giulia
Sed Giuseppe
Sed Graziano
Sed Lello
Sed Leonardo
Sed Marco
Sed Pacifico
Sed Pacifico detto Il
Toscanino
Sed Piazza Giuseppe
Sed Piazza Graziadio
Sed Piazza Pacifico
Sed Silvana
Seemann Hermann
Segall Maximilian
Segre Abramo
Segre Adele Regina
Segre Adriana
Segre Alberto
Segre Alberto
Segre Alberto
Segre Alberto
Segre Alberto Carlo
Maurizio
Segre Alice
Segre Anna
Segre Annetta
Segre Attilio
Segre Beniamino
Segre Carmen
Segre Cesare
Segre Cesare Davide

Segre Clotilde
Segrè Clotilde
Segre Delia
Segre Egle
Segre Elena
Segrè Elena
Segrè Elena
Segre Emanuele Sion
Segre Emma
Segre Ermelinda
Bella detta Bettina
Segre Ester
Segre Eugenia
Segre Eva Raffaella
Segre Ezechiele
Segrè Fortunata
Gemma
Segrè Girolamo
Ettore
Segrè Giulia Rosa
Segrè Giulio
Segre Giuseppe
Segrè Ida
Segre Ines
Segrè Isidoro
Segrè Italia
Segrè Lea
Segre Lelio Leone
Davide
Segrè Lidia
Segre Liliana
Segre Marco
Segre Marco
Segre Margherita
Segre Maria Bice
Segrè Marianna
Fanny Nella
Segre Mario
Segre Massimo
Daniele
Segre Mirella

Segrè Moise
Segre Moise
Segre Moise Mario
Segrè Nedda
Segrè Ottavio
Segre Pia
Segre Regina
Segre Riccardo
Segre Roberto
Segre Rosa
Segrè Rosa Emilia
Segrè Salvatore
Segre Salvatore
Segre Salvatore
Samuele
Segre Sanson
Segre Silvio
Segre Spartaco
Segre Tullio
Segre Ugo
Segrè Valentina
Segrè Vittoria
Segre Vittorina
Segre Vittorio
Seidenpelz Stella
Seidl Edith
Seif Giacomo
Seifter Adele
Seifter Bernhard
Selinsky Leo
Semele Ester
Sommel Tynya
Semo Anita
Semo Ester
Semo Giuliana detta
Lilly
Semo Leone
Senigaglia Arrigo
Seppilli Alessandrina
Seppilli Emma
Mazaltov

Seppilli Lidia
Sereni Aldo
Sereni Angelo
Sereni Eena
Sereni Enzo
Sereni Giacobbe
Giacomo
Sereni Isacco
Sereni Paolo
Sereni Ugo
Sereni Clara
Serman Emil
Sermoneta Alvaro
Sermoneta Amedeo
Sermoneta Amelia
Sermoneta Angelo
Sermoneta Anita
Sermoneta Benedetto
Sermoneta Benedetto
Sermoneta Benedetto
Sermoneta Benedetto
Sermoneta Celeste
Sermoneta Costanza
Sermoneta Costanza
Sermoneta Emma
Sermoneta Eugenio
Sermoneta Eugenio
Sermoneta Franca
Sermoneta Giuseppe
Sermoneta Giuseppe
Benedetto
Sermoneta Isacco
Sermoneta Isacco
Sermoneta Isaia
Sergio
Sermoneta Marco
Sermoneta Mario
Sermoneta Mario
Sermoneta Pacifico
Sermoneta Pacifico
Sermoneta Pellegrino

Sermoneta Prospero
Sermoneta Renata
Sermoneta Rosa
Sermoneta Rosa
Sermoneta Rosa
Sermoneta Salvatore
Sermoneta Salvatore
Sermoneta Salvatore
Sermoneta Silvia
Sermoneta Virginia
Sermoneta Vittorio
Seror Mina
Servadio Letizia
Servadio Nives
Servi Affortunata
Servi Aldo
Servi Arturo
Servi Carlo
Servi Corrado
Servi Elda
Servi Ester
Servi Fernanda
Servi Giovacchino
Servi Ida
Servi Irma
Servi Lucia
Servi Margherita
Sessa Virginia
Sessi Ester
Sestieri Aldo
Sestieri Celeste
Sezzi Augusto
Sezzi Riccardo
Sforni Dosolina
Sforni Elda
Sforni Gianfranco
detto Franz
Sforni Guido
Shalom Esther
Shalom Rebecca
Shalom Samuele

Shalom Stella
Shoumann Jolanda
Sidi Lisa
Sidi Renee
Sidis Behor
Sidis Clara
Sidis Isacco
Sidis Luna
Sidis Maria detta
Marietta
Sidis Matilde
Sidis Mordochai
Sidis Rachele
Sidis Stella
Siebzeher Joseph
Sierzantowicz Lili
Sierzantowicz
Maurizio
Sigura Stella
Silber Ferdinando
Silberberg Berta
Silberger Nadia
Silbermann Berta
Silbermann Carlotta
Silbermann Valeria
Silberstein Elena
Silberstein Richard
Silberstein Stella
Silberstein Walter
Silva Umberto
Giorgio
Silvera Lelio
Silvera Violetta
Simberger Heda
Simkovics Ermanno
Simkovics Eva
Simkovics Giorgio
Simkovics Giuditta
Simkovics Giuseppe
Simkovics Guido
Simkovics Mayer

Simkovics Nora
Simkovits Adolfo
Simon Max Guenther
Simon Paula
Simoro Vittoria
Simsolo Clara
Simsolo Zafira
Singer Franziska
Singer Mira
Sinigaglia Alda
Sinigaglia Angelica
Sinigaglia Angelo
Sinigaglia Attilio
Sinigaglia Italo
Sinigaglia Leone
Sinigaglia Livia
Sinigaglia Nino
Sinigaglia Oreste
Sinigaglia Paride
Sinigaglia Teresina
Sinigaglia Vittoria
Sinigaglia Luigi
Siptzinger Alberto
Skrzynsky Mottel
Slam Esther
Slatopoloski
Alexander
Sleidinger Arturo
Slovak Margherita
Slukin Anna
Sobalska Rachele
Sojke Bernard
Solal Olga
Soliani Arturo
Soliani Umberto
Som Sauro
Som Silvia
Sommer Taube
Sommerfeld Leo
Sommermann Carlo
Somogy Tiburzio

Sona Giuseppe
Sonino Guido
Sonino Paola
Somme Feldora
Regina
Sommenfeld Ella
Sonnino Adele
Sonnino Alberto
Sonnino Aldo
Sonnino Amadio
Sonnino Amedeo
Sonnino Amedeo
Sonnino Angelo
Sonnino Angelo
Sonnino Angelo
Sonnino Angelo
Sonnino Angelo
Sonnino Angelo
Sonnino Bice
Sonnino Celeste
Sonnino Cesira
Sonnino Costanza
Sonnino David
Sonnino David
Sonnino Davide
Sonnino Edda
Giuditta
Sonnino Elisa
Sonnino Enrico
Sonnino Ester
Sonnino Ettore
Sonnino Eugenio
Sonnino Fabrizio
Sonnino Fortunata
detta Nella
Sonnino Gabriele
Sonnino Gabriele
Sonnino Giacobbe
Sonnino Gina
Sonnino Giorgio
Sonnino Giuliana

Sonnino Giuseppe
Sonnino Grazia
Sonnino Grazia
Sonnino Guglielmo
Sonnino Ida
Sonnino Ilda
Sonnino Isacco
Sonnino Isacco
Sonnino Lalla
Sonnino Leone
Sonnino Lina Maria
Sonnino Marco
Sonnino Margherita
Sonnino Maria Luisa
Sonnino Mario
Sonnino Mario
Sonnino Mario
Sonnino Massimo
Sonnino Michele
Sonnino Michele
Sonnino Moise
Sonnino Mosè Marco
Sonnino Mosè Marco
Sonnino Nella
Sonnino Pacifico
Sonnino Pacifico
Armando
Sonnino Paolo
Sonnino Piera
Sonnino Piero
Sonnino Pilade
Sonnino Rachele
Sonnino Renato
Sonnino Roberto
Sonnino Rosa
Sonnino Rubino
detto Traballa
Sonnino Salomone
Vito
Sonnino Samuele
Sonnino Samuele

Sonnino Samuele
detto Lello
Sonnino Samuele
Sandro
Sonnino Sara
Sonnino Speranza
Sonnino Tina
Sonnino Umberto
Sonnino Virginia
Somntag
Sonsino Nissim
Sorani Aldo
Soria Davide
Soria Sofia
Soriano Bellina
Soriano Bulissa
Soriano Davide
Soriano Esther
Soriano Fortunata
Soriano Giacobbe
Soriano Giacobbe
Soriano Jenni
Rachele
Soriano Mosè
Soriano Nissim detto
Maurice
Soriano Perlina
Soriano Rachele
Soriano Rachele
Soriano Rachele
Soriano Rachele detta
Lily
Soriano Sara
Soriano Stella
Soriano Sultana
Sorias Giuseppe
Sorias Moisè
Sornaga Anna
Sornaga Elena
Sornaga Enrichetta
Spagnoletto Aurelio

Spagnoletto
Leonardo
Spagnoletto
Leonardo
Spagnoletto Mario
Spagnoletto Noè
detto Peppino
Spagnoletto Perla
Emma
Spagnoletto Rosa
Spagnoletto Samuele
Spagnoletto Settimio
detto Vespillone
Spagnoletto Sofia
Spagnoletto Virtuosa
Spagnoletto Virtuosa
Spiegel Felice
Spiegel Jonas
Spiegel Pia
Spielberg Arturo
Spierer Helene
Spira Gisela
Spira Sigmund
Spiro David
Spitz Alberto
Riccardo
Spitz Alfredo detto
Fredy
Spitz Anna
Spitz Ella
Spitzer Emma
Spitzer Eugen
Spizzichino Ada
Spizzichino Adelaide
Spizzichino Alberto
Spizzichino Alberto
Spizzichino Alberto
Umberto
Spizzichino Alfredo
Spizzichino Allegra
Spizzichino Angelo

detto Cazzodoro
Spizzichino Bruno
Pellegrino
Spizzichino Costanza
Spizzichino Elvira
Spizzichino Enrica
Spizzichino Enrica
Spizzichino Enrica
Spizzichino
Enrichetta
Spizzichino
Enrichetta
Spizzichino Ester
Spizzichino Eugenio
Spizzichino Eugenio
Spizzichino Fiorina
Spizzichino
Fortunata
Spizzichino
Fortunata
Spizzichino Franca
Spizzichino Giacomo
Spizzichino Giacomo
Spizzichino Giacomo
Spizzichino Giuditta
Spizzichino Giuseppe
Spizzichino Grazia
Spizzichino Graziano
Spizzichino Graziella
Spizzichino Ines
Spizzichino Iride
Spizzichino Jader
Spizzichino Lazzaro
Spizzichino Letizia
Spizzichino Letizia
Spizzichino Luciana
Spizzichino Marco
detto L'Americano
Spizzichino Mario
Spizzichino Mario
Spizzichino Michele

Ezio
Spizzichino Mosè
Otello detto
Bracarolo
Spizzichino Norina
Spizzichino Pacifico
Spizzichino Pacifico
Spizzichino Pacifico
Spizzichino Pacifico
Spizzichino Regina
Spizzichino Ricca
Spizzichino Rina
Spizzichino Rosa
Spizzichino Rosa
Spizzichino Rosa
Spizzichino Rubino
Spizzichino Sara
detta Sarina
Spizzichino Settimia
Spizzichino Stella
Spizzichino Umberto
Spizzichino Umberto
Spizzichino Vittorio
Emanuele
Spizzichino Vittorio
Emanuele
Spizzichino Virginia
Springer Elisa detta
Lizzi
Spritzmann Samuele
Stabholz Menasse
Stahl Olga
Staineri Carlo
Staineri Emanuele
Starc Teodora
Stark Paola
Steigman Moses
Stein Hildegard
detta Hilde
Stein Samuel
Steinbach Arturo

Steiner Abramo
Adolfo
Steiner Aurelia
Steiner Ernst
Steiner Eugenio
Steiner Margherita
Steinitz Regina
Steinlauf Davide
Steinmann Filippo
Steinmann Iris
Steinmann Regina
Stempa Adolf
Stendler Giuseppe
detto Pino
Stendler Lina
Stern Francesca
Stern Gitl
Stern Haskel
Stern Josephine
Stern Katalina
Stern Rachele Lea
Stern Samuele
Stern Simel Chaim
Sternbach Chaim
Sternfeld Paolo
Sternthal Wolf
Stettauer Paola
Stiassny Ludwig
Stilermann Giulia
Stockfisch Armand
Stockfisch Chaia
Isacco
Stockfisch Henri
Stockfisch Kalman
Stockfisch Maria
Matza
Stolowiek Robert
Josef
Stolzberg Czama
Stolzberg Israel
Stolzberg Pinkas

Strauber Gisela
Strauss Julius
Strawczynski
Zigmund
Strehler Sara
Stricks
Stricks Isidor
Strilzov Ljuba
Strykowski Abraham
Stuhl Herman
Sturm Isacco
Sturm Jacob
Sturm Maria
Sturm Nissim
Stutz Hava
Stutz Jenny
Stutz Saya
Stutz Sonia
Stutzel Antonio
Stutzel Arnaldo
Subert Edvige
Suesskind Arthur
Suessmann Giulia
Sulam Amelia
Sulam Rachele
Sulam Ruben
Sullam Gisella
Supino Teresa
Surmani Abramo
Surmani Caden
Surmani Calomira
Surmani Eliezer
Surmani Esther
Surmani Giacobbe
Surmani Haim
Surmani Mirù
Surmani Mosè
Surmani Orietta
Stella
Surmani Rachele
Surmani Rachele

Surmani Samuele
Surmani Sara
Surmani Stella
Suzeman Rachel
Syrkus Paul
Szabo Emerico
Szabo Emerico
Szakacs Peter
Szapiro Ester
Szatkownik Daniele
Szatkownik Henri
Szatkownik Sara
Szcrycky Chaim
Szecso Giuseppe
Szego Paolo
Szekely Adele
Szekely Alice
Szklozer Eva
Szmidt Szlama
Szoelloessy Irene
Szorenyi Adolfo
Szorenyi Alessandro
Szorenyi Arianna
Szorenyi Carlo
Szorenyi Daisy
Dorotea
Szorenyi Lea
Szorenyi Rosalia
Szorenyi Stella
Szuecks Margherita
detta Manzi
Szwarc Simon
Tagger Eliezer
Tagliacozzo Ada
Tagliacozzo Amedeo
Tagliacozzo Angelo
Tagliacozzo Arnaldo
Tagliacozzo Celeste
Tagliacozzo Colomba
Tagliacozzo David
Tagliacozzo Enrica

Tagliacozzo Enrica
Tagliacozzo Ester
Tagliacozzo Ester
Tagliacozzo Gino
Tagliacozzo Italia
Tagliacozzo Michele
Tagliacozzo Pacifico
Taich Federica
Taieb Ester
Taiman Kalman
Talmazschii Ghers
Talmazschii Regina
Talmazschii Valerio
detto Willy
Tammam Giulia
Smlei
Tapiero Leone
Tarica Alice
Tarica Amelia
Tarica Bulissa
Tarica Elvira
Tarica Ester
Tarica Esther
Tarica Esther
Tarica Esther
Tarica Esther
Tarica Fassana
Tarica Flora
Tarica Flora
Tarica Fortunata
Tarica Giacobbe
Tarica Ketty
Tarica Loretta
Tarica Marco
Tarica Maria
Tarica Maurizio
Tarica Mazaltov
Tarica Mosè
Tarica Mussani detto
Il Vegliardo
Tarica Olga

Tarica Rachele
Tarica Rachele
Tarica Rebecca
Tarica Rebecca
Tarica Rosa
Tarica Sarina
Tarica Sarota
Tarica Simha
Tarica Sipura
Tarica Sol
Tarica Violetta
Tarica Yeudà
Tarica Yohevet
Bohora
Tarnover Julius
Tarnowsky David
Tarnowsky Giuseppe
Tarnowsky Renato
Tauber Edvige
Taussig Walter
Tayar Ester
Tazartes Fatima
Tedeschi Ada
Tedeschi Ada
Tedeschi Adelaide
Tedeschi Adele
Tedeschi Adolfo
Tedeschi Alberto
Sebastiano
Tedeschi Arrigo
Tedeschi Benvenuta
detta Ines
Tedeschi Bianca
Tedeschi Bice
Tedeschi Emanuele
Amedeo
Tedeschi Emma
Tedeschi Emma
Bianca
Tedeschi
Ermenegilda

Tedeschi Ernesta
Irma
Tedeschi Eugenia
Tedeschi Ezio
Tedeschi Francesca
Tedeschi Franco
Tedeschi Giacomo
Tedeschi Giacomo
Tedeschi Giacomo
Tedeschi Giacomo
detto Mino
Tedeschi Gino
Tedeschi Gino
Tedeschi Giorgio
Eugenio
Tedeschi Giuliana
Tedeschi Gualtiero
Tedeschi Irene
Tedeschi Lidia
Tedeschi Lionello
Tedeschi Luciano
Tedeschi Mafalda Ida
Tedeschi Marco
Tedeschi Marisa
Tedeschi Natalia
Tedeschi Sabato
Giuseppe
Tedeschi Salomone
Tedeschi Salvatore
Tedeschi Silvio
Tedeschi Umberto
Tedeschi Vittoria
Tedeschi Vittorio
Tedeschi Wanda
Tedesco Ada
Tedesco Adele
Tedesco Cesare
Tedesco Giulia
Tedesco Rocca Laura
Teglio Carlo
Teglio Ivonne

Teglio Margherita
Teglio Rita Sara
Teglio Teresita
Teglio Ugo
Teitel Adele
Teitel Jacob
Tempel Adele Anna
Tempel Hanna
Templer Jacob
Templer Salomon
Tepper Berta
Termini Vittorio
Terni Vittorio
Terracina Adriana
Terracina Alberto
Terracina Amedeo
Terracina Anna
Terracina Anna
Maria
Terracina Cesare
Terracina Cesira
Terracina Eleonora
Terracina Emanuele
Terracina Emma
Terracina Enrichetta
Terracina Franca
Terracina Giacomo
detto Ciccio
Terracina Giovanni
Terracina Giuditta
Terracina Leo
Terracina Leone
Terracina Leone
David
Terracina Leonello
Terracina Letizia
Terracina Marco
Terracina Marco
Mosè
Terracina Mirella
Terracina Pellegrino

Terracina Piero
Terracina Raffaele
Terracina Rina
Terracina Rosa
Terracina Sergio
Terracina Virginia
Terracini Nella Sara
Tiano Salomone
Tiefenthal Wilhelm
Tiemann Joseph
Tiersfeld Walter
Timberg Sabina
Tint Herbert
Tint Julius
Tint Ugo
Tisminiezky Aronne
Walter
Tisminiezky Boris
Tisminiezky Ester
Tisminiezky
Loredana
Todesco Alberto
Leone
Todesco Angela
Todesco Bruno
Todesco Emilio
Todesco Emma
Todesco Eugenio
Todesco Fanny
Todesco Giuseppe
Todesco Marco
Todesco Mario
Todesco Sergio
Tolentini Oscar
Tolentino Elena
Tolentino Elio
Tolentino Enrichetta
Tolentino Ersilia
Tolentino Giulia
Tolentino Irma
Tolentino Paolo

Topsch Wilhelmine
Emma
Toribolo Teresita
Torre Marco
Torre Salvatore
Torre Sansone
Torres Raoul
Toscano Elena Ida
Toscano Eleonora
Toscano Elisa
Toscano Mario Mosè
Toscano Rachele
Lina
Toscano Rebecca
Toscano Rosa
Totter Matilde
Erminia
Tramer Alfredo
Tramer Enrichetta
Trautmann Regina
Treistmann Ariel
Leib
Treppner Lina
Treves Adelaide
Treves Alda
Treves Alfredo Moisè
Treves Amelia
Treves Dario
Treves Elia Emanuele
Treves Elisa
Treves Elsa
Treves Eugenia
Allegra
Treves Giulia
Treves Giuseppe
Treves Luciano
Treves Mario
Ezechiele
Treves Renato
Treves Roberto
Treves Rodolfo

Trevez Giuseppe
Trevez Regina
Trevi Aldebrando
Trevi Anna
Trevi Aurelio Angelo
Trevi Enrichetta
Trevi Giacomo
Trevi Ida
Trevi Valerio
Trevi Zoe
Triebfeder Nathan
Trieste Celina
Troestler Wilhelm
Trotzer Zoltan
Tsciuba Rachele
Tsciuba Toma
Tuchmann Heinz
Erich
Tuchmann Hilde
Rosy
Tuerkheimer Max
Turad Renata
Turiel Boaz
Turiel Boaz
Turiel Celebi
Turiel Dolly
Turiel Esther
Turiel Ghedalia
Turiel Giuseppe
Turiel Isidoro Ezra
Turiel Lea
Turiel Lucia
Turiel Maurizio
Turiel Mazaltov
Turiel Michele
Turiel Rachele
Turiel Raffaele
Turiel Rebecca Rifka
Turiel Salvatore
Turiel Sara
Turiel Violetta

Turmann Giuseppe
Turowski Eugen
Turteltaub Edmondo
Turteltaub Hans
Turteltaub Walter
Tylberg Marcello
Uggeri Bruna Teresa
Ukmar Enrico
Ullman Fanni
Ullman Ruth
Ullmann Amelia
Ungar Nada
Unger Charles
Unterberger Isol
Urbach Kurt
Urbach Leo
Urbach Liliana
Urbino Ciro
Urbino Elda
Usigli Edoardo detto
Sacagnao
Usigli Guido
Usigli Silvia
Usiglio Bondi
Giacomo
Uziel Odette
Vacchi Uberto
Vadana Leone
Vajda Eugenio
Valabrega Ada
Valentina
Valabrega Alberto
Valabrega Aldo
Valabrega Alma
Valabrega Anselmo
Valabrega Arturo
Valabrega Bruno
Valabrega Ernesto
Valabrega Evelina
Valabrega Franco
Valabrega Guglielmo

Valabrega Leone
Italo
Valabrega Luciano
Valabrega Michele
Valabrega Roberto
Valabrega Samuele
Davide
Valabrega Samuele
Emanuele
Valabrega Stella
Valabrega Umberto
Valabrega Vincenza
Valech Alba detta
Albina
Valech Ferruccio
Valech Michele
Valech Morosina
detta Mosi
Valech Mosè Davide
Valentini Herbert
Valentinuzzi Iris
Valenzin Mario
Valenzin Raffaello
Valenzin Vittorio
Valobra Alessandro
Valobra Alfredo
Valobra Bruno
Valobra Elsa
Valobra Enrico
Valobra Guglielmo
Valobra Guido
Valobra Lazzaro
Cesare
Valobra Sergio
Valobra Vincenzo
Valobra Violetta
Vamos Alberto
Vamos Mira
Vamos Nelly
Vamos Sigismondo
Van Clef Giuseppe

Varadi Alessandro
Varadi Elisabeth
Varon Allegrina
Varon Ascer
Varon Bohor
Nahman
Varon Dora
Varon Giuseppe
Varon Hasdai
Varon Hasdai
Varon Ida
Varon Laura
Varon Leone
Varon Moisè
Varon Mosè
Varon Salomon
Varon Signurù
Varon Stella
Velc Ida
Venezia Alberto
Venezia Dora
Venezia Elia
Venezia Renata
Venezia Salomone
Ugo
Venezia Silvia
Veneziani Aida
Veneziani Aldo
Veneziani Dario
Veneziani Dario
Veneziani Donato
Veneziani Edgardo
Veneziani Giacomo
Veneziani Guido
Veneziani Lea
Veneziani Margherita
Veneziani Maria
Veneziani Pellegrino
Veneziani Piero
Veneziani Ubaldo
Veneziani Wanda

Veneziano Evelina
Veneziano Mosè
Marco
Ventense Erna
Ventense Lieselotte
Ventoura Lina
Ventura Esther
Ventura Isacco
Ventura Lucia
Ventura Maria
Ventura Zalma
Venziani Marcella
Verderber Hanna
Verderber Leo
Verlengo Cesare
Verona Adriana
Verona Elda Saretta
Verona Giuseppe
Verona Giuseppina
Verona Lina
Verona Umberto
Verschleisser Adolfo
Vic Margherita
Vidal Matilde
Vidner
Vigevani Aida
Vigevani Eda Anna
Vigevani Lionello
Vilma
Vita Margherita
Vita Finzi Alberto
Vita Finzi Laura
Vita Finzi Rosa
Vital Abramo
Vital Davide
Vital Giuseppe
Vital Rosina
Vital Vittorio
Vitale Achille
Vitale Aldo
Vitale Arturo

Vitale Benedetta
Vitale Cesare
Sanson
Vitale Cesira
Vitale Claudio
Vitale Clelia
Vitale Elvira
Vitale Emilia
Vitale Eugenio
Vitale Gemma
Vitale Giuseppe Vita
Vitale Ilka
Vitale Italo
Vitale Lelio
Vitale Lia
Vitale Marco
Vitale Michele
Vitale Prospera
Vitale Rosa
Vitale Sergio
Vitale Sergio
Vitali Ada
Vitali Alessandro
Vitali Ariodante
Viterbo Elena
Viterbo Margherita
Viterbo Piero
Vitta Benvenuto
Mario
Vitta Carlo
Vitta Cesare
Vitta Emma
Vitta Ernesto
Vitta Irma
Vitta Marco Ettore
Vitta Simone
Vitta Zelman
Ferruccio
Vitta Zelman Trieste
Vivante Alba
Vivante Angelo

Fortunato
Vivante Angiolina
Vivante Anna
Vivante Anna
Vivante Carmen
Allegra
Vivante Costante
Vivante Davide
Vivante Davide
Vivante Diamantina
Vivante Enrichetta
Vivante Enrichetta
Vivante Ester
Vivante Felice
Vivante Felice
Vivante Fortunata
Vivante Francesca
detta Fanny
Vivante Giorgio
Vivante Giulia
Vivante Ida
Vivante Leone
Vivante Moisè
Vivante Rachele
Vivante Sabino
Benzion
Vivante Salvatore
Vivanti Alberto
Vivanti Amerigo
Vivanti Angelo
Vivanti Angelo
Vivanti Angelo detto
Il Bassetto
Vivanti Anna
Vivanti Benedetto
Vivanti Benedetto
Vivanti Beniamino
Vivanti Celeste
Vivanti Celeste
Vivanti Diamantina
Vivanti Elisabetta

detta Betta
Vivanti Emanuele
Vivanti Emma
Vivanti Eugenio
Vivanti Fortunata
Vivanti Fortunata
Vivanti Giacomo
Vivanti Giacomo
Vivanti Isacco
Vivanti Italia
Vivanti Laura
Vivanti Leone
Vivanti Letizia
Vivanti Mosè
Vivanti Pellegrino
Vivanti Rachele
Vivanti Raoul
Vivanti Vitale
Vivanti Vito
Vivanti Vito
Vodicka Angela
Vogel Ernestina
Vogelbaum Selig
Vogelmann Schulim
Vogelmann Sifra
Vogelmann Sissel
Emilia
Voghera Augusta
Voghera Enrico
Voghera Ferruccio
Voghera Gino
Volterra Adrio
Volterra Aldo
Volterra Elena
Volterra Ezio
Volterra Federico
Volterra Gastone
Volterra Mario
Volterra Mario
Volterra Nissim
Volterra Oscar

Volterra Ugo
Volterra Umberto
Angelo
Volterra Valentina
Vorgeitz Augusta
detta Gusti
Wachsberger
Arminio
Wachsberger Clara
Wachsmann Mordko
Wachsmann Vasani
Carlo
Wadatz Josef
Wagner
Waiss Paola
Waktor Elsa Maria
Wald Paul
Wald Schachun
Waldbaum Meta
Waldman Alberto
Waldman Franziska
Waldman Saul Behar
Wallach Lote
Wallach Max
Wallach Rosa
Walter Margherita
Wandel Leone
Warcholski Aronne
Warschauer Fritz
Wasser Ruth
Wax Moise Maurizio
Waychman Maurice
Wazsony Eugenio
Wechsler Ferdinando
Wechsler Leopold
Weidenreich Ruth
Weig Otto
Weil Bertoldo
Weil Eva Doris
Weil Hans
Weil Marianne

Weil Sofia
Weiller
Alessandro
Weiller Elena
Weinberg Giuseppe
Weinberg Maria
Weinberg Wilhelm
Weinberger
Giuseppina
Weinberger Haim
Joseph
Weinberger Malvine
Weinberger Maria
Weinberger Sara
Weiner Walter
Weingarten Rudolf
Weinreb Sara
Weinreich Hilda
Weinstein Giuseppe
Weinstein Marta
Weinwurm Ernst
Weinzweig Kurt
Weisenfeld Edgardo
Weiser Golda
Weiss Alfredo
Weiss Amalia
Weiss Arnold
Weiss Blanga
Weiss Carmen
Weiss Desiderio
Weiss Desiderio
Weiss Elena
Weiss Eluda
Weiss Felicita
Weiss Franco
Weiss Gisella
Weiss Hermann
Weiss Hilda
Weiss Johann
Weiss Malvina
Weiss Maria Teresa

detta Thea
Weiss Mira
Weiss Nada
Weiss Otto
Weiss Rudolf
Weiss Sonja
Weiss Stefania
Weiss Teresa
Weissbach Anna
Weissberger Marco
Weissbrod Fanny
Weissenstein
Margherita detta
Grete
Weisser Paolo
Weisskopf Alois
Jacob
Weisskopf Ida
Weissmann Frieda
Weisz Alberto
Weisz Alexander
Weisz Elisabetta
Weisz Eugenio
Weisz Oscar
Welicka Ester
Wenkert Isaac
Werczler Davide
Werczler Ernesta
Werczler Guglielmo
Werczler Lazzaro
Werczler Simeone
Alessandro
Werndorfer Eugenio
Werndorfer
Guglielmo
Werner Giulia
Wertheimer Silvio
Wessely Max
Wessler Elvira
Westreich Benjamin
Wetterschneider

Karl
Wiener Max Israel
Windreich Berta
Windspach Amalia
Windspach Guido
Windspach Noemi
Winter Alfredo
Winterfeld Karhe
Winternitz Wolf
Wiskanik Melitta
Wital Ilse
Witscharbe Giacobbe
Witscharbe Valeria
Wodak Mary
Wofsi Joseph
Wohlgemuth
Alexander
Wohlgemuth Ella
Wohlgemuth Herta
Wohlgemuth
Margherita
Wohlgemuth Max
Wohlmuth Siegfrid
Wohrisek Hilda
Wolf Emil
Wolf Felicita
Wolf Henry
Wolf Leia
Wolf Mayer
Wolf Nelly
Wolf Rachele
Wolf Sara
Wolff Martino
Wolff Meilech
Wolfinger Nathan
Norbert
Wolfstein Margarethe
detta Gretchen
Wollisch Roberto
Wollner Gustavo
Wollner Miranda

Wormann Susanna
Wortitzky Alois
Wortmann
Wortmann Herta
Wortmann Nella
Xapcisk Ceslav
Yaffe Gioia
Yaffe Mosè
Yanni Sara
Yeni Isak
Yeni Pia
Yerusalmi Aronne
Yeshurun Matilde
Yesua Alessandro
Yesua Carlotta
Yesua Davide
Yohai Rebecca
Zaban Amalia
Zaban Giulio
Zaban Marcella
Annina
Zaban Massimo
Zaban Wally
Zaccar Allegra
Zaccar Speranza
Zaduk Ivan Alfredo
Zaitschek Hans
Zaitschek Josefina
Zaitschek Leopold
Zalai Federico
Zamatto Guido
Zamojra Joseph
Zamojra Markus
Zamorani Amalia
Zamorani Annamaria
Zamorani Arrigo
Zamorani Daniele
Zamorani Elsa
Zamorani Emilio
Zamorani Ilda
Zamorani Maria

Zamorani Massimo
Zarfati Alberto
Zarfati Alessandro
Zarfati Angelo
Zarfati Angelo
Zarfati Aurelia
Zarfati Bianca
Zarfati Camilla
Zarfati Celeste
Zarfati Cesare
Zarfati Cesare detto
Soricetto
Zarfati Debora
Zarfati Elvira
Zarfati Emma
Zarfati Enrica
Zarfati Enrica
Zarfati Enrichetta
Zarfati Ester
Zarfati Fausta
Zarfati Giacomino
detto Lupone
Zarfati Giuseppe
Zarfati Grazia
Zarfati Italia
Zarfati Italia
Zarfati Lamberto
Zarfati Lazzaro
Zarfati Leo
Zarfati Leone
Zarfati Leone
Zarfati Leone detto
Vespilloni
Zarfati Marco
Zarfati Marco
Zarfati Marco
Zarfati Marco
Zarfati Michele
Zarfati Michele
Zarfati Milena
Zarfati Pacifico

Zarfati Paola
Zarfati Primo
Zarfati Rina
Zarfati Roberto
Abramo
Zarfati Rosa
Zarfati Salomone
Zarfati Sergio
Zarfati Settimio
Zarfati Silvana
Zarfati Vitale
Zarfati Zaira
Zargani Lina Letizia
Zausner Irene
Zeiger Olga
Zeisler Aleksandar
Zeisler Oscar
Zeisler Regina
Zelebnovitz Grete
Zelebnovitz Moritz
Zelikovics Samuele
Zelikovits Karl
Zelikowski Leo
Zeljezniak Edviga
Zelkowicz Heinrich
Zeller Arturo
Zeller Ermanno
Zeltowski Abraham
Zenger Harry
Zerkowsky Eric
Zevi Anna
Zevi Emma
Zieg Samuel Wolf
Ziegler Jack
Ziegler Joseph
Ziegler Liana
Ziegler Susanna
Ziffer Emilio
Ziffer Oscar
Zigdon Rachele
Zimmermann Guilia

Zimmermann Sidoza
Roha
Zimmerspitz Josef
Moses
Zimmerspitz Rosalia
Zinger Margherita
Zippel Herta
Zipper Carlotta
Zipszer Giannetta
Zucker Jacob
Zundler Henriette
Cecilia
Zwirblawsky Enoc
Hersch
Zylber Szaya
Zynger Jerachmil

En el año 1976 empezó en Trieste el juicio contra los sospechosos de haber cometido los crímenes de San Sabba. Los medios estaban en ebullición, la opinión pública excitada. La noticia acorraló a Haya y la encontró en su habitación; detuvo los relojes y se introdujo en sus sueños. En su cabeza, los sueños estaban siempre en movimiento, a veces se movían con dificultad, lentos, como una piedra de molino, a veces giraban rápidos como los relámpagos que iluminan el cielo y parecían tan ligeros como una telaraña. La envolvían en una red pegajosa y ella se retorció allí dentro, sin saber cómo despertar.

... en camisón, sale de su habitación de niña, no resulta nada difícil, han echado abajo la puerta... haya va a la taberna leon d'oro y pide ein keiserfleisch bitte, nein, nein, una costata di maiale affumicato cosparsa di cren fresco e accompagnata con gnocchi di pane, dice, ¿e, per cotorno?, le pregunta el camarero vestido con un uniforme negro, con los botones abrochados hasta debajo de la barbilla... como acompañamiento, repite haya, per contorno, ein kipfel, ¿ein kipfel?, le pregunta el camarero, non capisco, dice... haya huye de allí, en su camisón con blondas corre como si fuera ofelia enloquecida, se lava las manos... en la ventana encima de la pila está su reloj despertador de color blanco, su despertador de formas anticuadas... lo oye hacer tic-tac, tic-tac de una manera tan espantosa, de una manera tan fuerte, de una manera tan espantosamente fuerte... el camisón blanco ha oscureciendo ante los ojos de haya, se ve a sí misma en las murallas de la fortaleza de gorizia, vestida con un vestido negro con volantes que el viento levanta y luego, el vestido se convierte en una bandada de cuervos y esos cuervos la llevan sobre sus alas hacia el cielo...

A sus cincuenta y tres años, Haya empezó a leer los periódicos de una manera muy distinta de como lo había hecho a sus veinte años, durante la guerra. En la escuela, después de las clases, se hablaba del proceso contra los sospechosos de los crímenes cometidos en San Sabba, se hablaba de ello durante las clases y después de las clases. Los nietos revisaban las historias de sus abuelos, los profesores revisaban el pasado de sus padres, algunos en voz alta, otros murmurando. La gente se acabó dividiendo en bloques y acabaron por reunirse en cafés distintos. Los unos apartaban la vista cuando se encontraban con los otros, volvían la cabeza, el aire a su alrededor se volvía denso y dificultaba la respiración, las marañas del pasado aparecían de pronto por todos lados. Eran como cerezas podridas de las que salen gusanos.

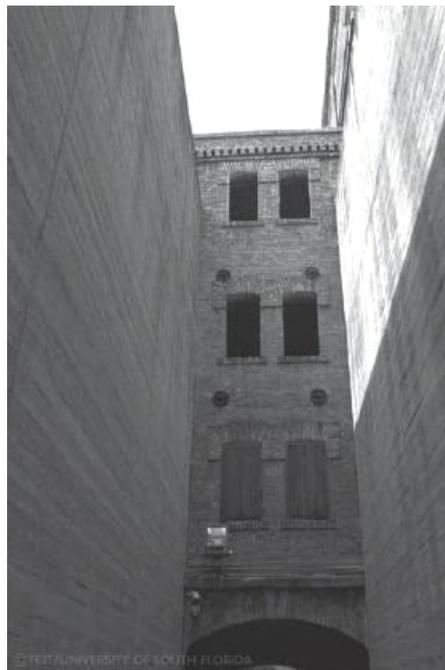
La arrocera San Sabba fue declarada monumento nacional en 1965 por el presidente de la República, pero entonces, en 1965, pocas personas visitaron la arrocera porque la arrocera era un edificio abandonado, ocupado por ratas y gatos asilvestrados. De las fachadas desconchadas se desprendía el enlucido, en el recinto se percibía como un gemido ahogado. Diez años más tarde, la arrocera San Sabba se rehabilitó y fue convertida en museo con vitrinas de cristal donde descansan los recuerdos. Los murmullos de los muertos se dejaron oír de nuevo.

El acceso se puede efectuar en coche por la carretera estatal número 202 (salida Valmaura/Stadion/Cementerio) o también se puede hacer lo que hizo Haya en 1976, coger un

autobús desde Trieste, los números 8, 10, 19, 20, 21 o 23 conducen hasta Ratto della Pileria 43. Todos los días entre las 9 y las 19 horas (la entrada es libre), excepto el 1 de enero y el 25 de diciembre, uno puede literalmente entrar en ese pasado limpio e indescriptiblemente silencioso. No se oyen los ladridos de los perros, el horno ha sido derribado, las botas militares no desfilan, las celdas están vacías, no hay gemidos, no hay cenizas, a altas horas de la noche no resuena la música, no hay risas de mujeres lascivas, nadie baila, solo las sombras tiemblan. La Historia aquí está servida en una bandeja, de manera ordenada, limpia. La Historia es aquí transparente, ha coagulado en granos que ruedan sin ruido por las losas de piedra que cubren el suelo de San Sabba.

En 1976, cuando empezó el proceso contra los sospechosos de los crímenes perpetrados en San Sabba, el edificio fue rehabilitado. En octubre de 1976, Haya se dijo «ha llegado la hora de que yo...» y se fue de

Visita a la arrocera de San Sabba

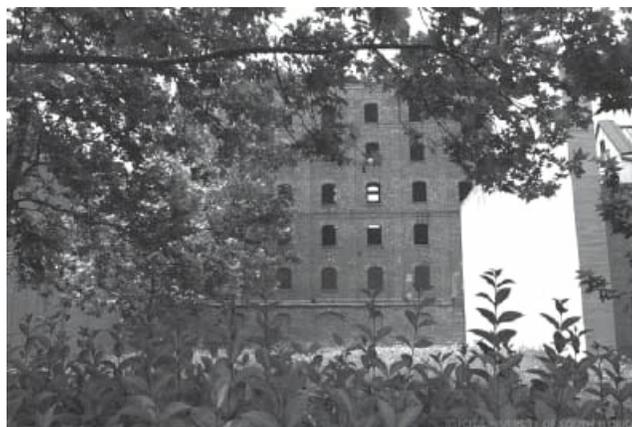


La planta de procesamiento de arroz se cerró en 1913, estaba situada en las afueras de Trieste, en la localidad de San Sabba. En 1943, se instalaron entre sus muros los nazis. El recinto estaba formado por un gran número de edificios, toda una pequeña ciudad, arquitectónicamente preservada en su mayor parte, de manera que los alemanes pudieron con poca intervención convertir el recinto en una prisión, en un campo de «tránsito» desde el cual los detenidos iniciarían el largo viaje hasta Auschwitz o Dachau. Pero al final terminaron por viajar solo unas decenas de metros, rápido y eficaz, desde su celda hasta el horno crematorio. Unas ciento cincuenta personas, italianos, eslovenos, croatas, judíos, gitanos, partisanos, niños, homosexuales, no importaba su edad ni condición, los criterios eran laxos (cualquiera a quien la policía de las SS o las unidades militares de las SS le pusieran la mano encima se podía encontrar entre ellos), unas ciento cincuenta personas al día desaparecían en un horno recién construido por un experto en la cuestión. El experto en la cuestión de proyectar y construir hornos crematorios se llamaba Erwin Lambert, tenía larga experiencia y estaba orgulloso de su saber. El sábado 28 de abril de 1945, el horno de San Sabba todavía estaba allí. El domingo 29 de abril de 1945 los nazis minaron su chimenea, derribaron el edificio del crematorio y borraron las huellas que pudieron con las prisas. El lunes 30 de abril todas las unidades se fundieron con la niebla —en dirección a Carintia. Entre tres y cinco mil almas fueron asesinadas de acuerdo con el reglamento establecido, de manera ordenada; los objetivos se cumplieron. Quizás se pudiera haber conseguido más, quizás se pudiera haber hecho mejor, pero, Dios mío, en una guerra las incidencias son múltiples e imprevisibles. Bajo los escombros del crematorio de San Sabba los libertadores encontraron tres sacos de cartón, de los que se emplean para el cemento, llenos de huesos humanos y de ceniza. Los fugitivos no llegaron a llevárselos al muelle de San Sabba, hubo mucha prisa. Esa pequeña fosa común, metida en unos sacos de cartón, esa tumba anónima, se salvó. Las furiosas lluvias de abril del año 1945, que quizás quisieron limpiar la tierra a principios del nuevo año, prepararla para una nueva era, se detuvieron repentinamente, como si hubieran cambiado de opinión. Y así, gracias a la voluntad del cielo, las cenizas de las últimas víctimas incineradas en la arrocera de San Sabba no se convirtieron en el denso barro gris con el cual los niños habrían hecho sus tortitas si les hubieran dejado jugar por allí, sino que se convirtieron en un lastre con el que entonces, cincuenta años más tarde, nadie sabía qué hacer.

Yo había trabajado en la arrocera. Durante la guerra volví a los muelles de la fábrica, un poco por la nostalgia, un poco para hacer alguna pequeña gestión. En esos muelles, los alemanes cargaban sacos llenos de cenizas humanas. Los vi, los sacos se rompían a menudo y las cenizas se derramaban. Sobre la superficie del mar flotaban huesos humanos ennegrecidos, medio quemados. Los vi. Me llamo Luigi Jerman, he nacido en Koper y ahora vivo en Trieste.

Los aliados consiguieron de vez en cuando detener a algún fugitivo, pero la mayoría logró desaparecer. Los aliados, por esa razón, encontraban maletas y sacos de yute llenos de objetos robados que los fugitivos no pudieron llevar consigo, pero de los que hicieron acopio sistemáticamente durante dos años. Los nazis solo tenían que llegar hasta Carintia. Esos sacos y esas maletas, los aliados los enviaron a Roma y en Roma esos sacos y esas maletas estuvieron durante cincuenta años más en los sótanos del Ministerio de Finanzas, esperando a ser descubiertos de nuevo. Oh, lo que había acumulado en esos sacos y en esas maletas: relojes,

gafas, peines, joyas de toda clase (anillos, broches, cadenitas, también polveras, pipas, pipas artesanales), había dinero, acciones, muebles, libretas de ahorros, pólizas de seguro, objetos de plata, había pinturas, alfombras, ropa, mucha ropa, ropa de cama, bicis también, máquinas de escribir, cámaras de fotos, hasta había unas grandes ruedas de queso parmesano, había cepillos de dientes, había cubiertos, había buena porcelana. Eran los restos y harapos de vidas que ya no se podían vivir, de las vidas de todos aquellos que fueron deportados a Auschwitz, a Buchenwald, a Dachau, a Mauthausen, a Ravensbrück y a San Sabba. Había documentos, fotografías, uniformes de prisionero, salvoconductos, había dibujos, había mapas y localizaciones de las fosas donde fueron enterrados los prisioneros antes de que en San Sabba se hubiese construido el horno. Algunas de esas cosas hoy se encuentran en el Archivo Histórico de Liubiana, algo hay en el Museo de San Sabba. Allí se guarda también la obra gráfica de Zoran Mušič, que sobrevivió a Dachau y que nació en Gorizia, que estudió en Zagreb y fue alumno de Babić y que murió, gracias a Dios, de muerte natural en 2005 en Venecia.

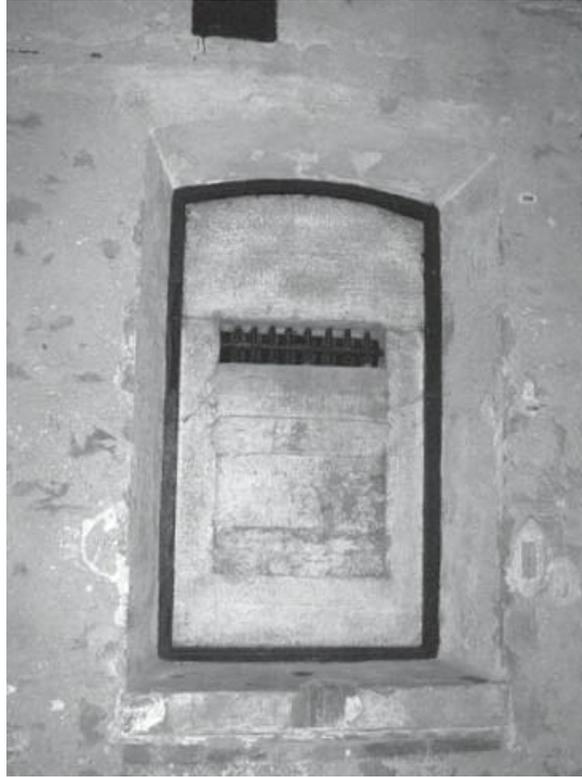


Rainer fue la gran bestia del *Adriatisches Küstenland*, era el mandamás. Bajo su control estaban todos los capitostes y los alcaldes, él era quien determinaba las reglas de comportamiento de los ejércitos de colaboracionistas, de los italianos, eslovenos y croatas que entraron en sus filas y lo obedecían con devoción. Las fuerzas fascistas pasaron al servicio de las SS en su gran parte, hubo miembros de los diferentes departamentos policiales y también de la Inspección Especial de Seguridad Pública, incluido su comandante, Giuseppe Gueli. Gueli vivía

cómodamente en una Trieste que le parecía alegre, instalado en una gran villa en la calle Bellosguardo, ayudaba a Rainer a cazar judíos y partisanos. Rainer visitaba con regularidad San Sabba. A Rainer le gustaba visitar San Sabba. Ir a San Sabba era para Rainer como una pequeña pausa, como un momento de relax. En San Sabba estaban los camaradas de Rainer, sus compañeros de aquellos campos de concentración que ya habían sido cerrados y en los que todos juntos habían sabido encontrar diversiones después de jornadas de trabajo agotadoras. El edificio central, de forma romboidal, de San Sabba era un cuartel. En los pisos superiores había habitaciones para los miembros de las SS alemanes, austríacos, ucranianos e italianos. Todos ellos eran morralla del sistema, de manera que Rainer no visitaba nunca esa parte del recinto. En los bajos de ese edificio estaban la cocina y los almacenes de víveres, limpios y bien aireados. El personal era sonriente y a Rainer le gustaba visitarlos. Desde fuera, desde la carretera, se veía una casa más pequeña en la que vivían los guardias que se ocupaban de todo y de todos y protegían especialmente al comandante Joseph Oberhauser, que tenía allí sus dependencias. Con frecuencia Rainer venía de visita acompañado por Friedrich Wirth, que fue asesinado en mayo de 1944 por los partisanos. Luego Rainer venía de visita acompañado por August Dietrich Allers.

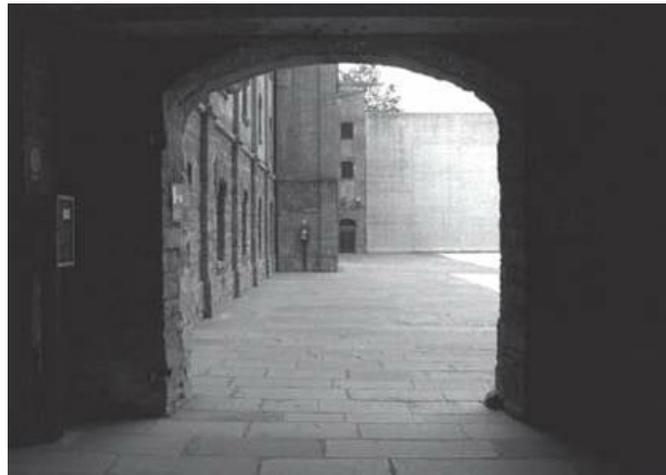


El campo de concentración tenía un patio grande. Al lado derecho de la entrada había un edificio que hoy ya no existe. En ese edificio estaban los apartamentos de los oficiales y de las mujeres ucranianas. Allí hoy hay un parterre con flores y árboles. Desde ese edificio, que ya no existe, un pasillo subterráneo conducía hasta la celda de la muerte. De la celda de la muerte se salía rápidamente; la tortura iba seguida por el fusilamiento y luego tocaba el horno.



Un domingo llegó un autobús lleno de gente, creo que desde Trieste. Todas esas personas eran rápidamente metidas en aquel sótano con las ventanas tapiadas, en la celda de la muerte; aquella misma noche los fusilaron a todos. Creo que se trataba de los rehenes que los alemanes acostumbraban a detener entre la población local en sus redadas. En Trieste había una resistencia clandestina y por eso había redadas. Desde mi celda pude ver cómo pegaban a un viejo, le pegaron hasta matarlo. El hombre estaba barriendo el patio y la causa de la paliza fue que no había tirado los escombros en el lugar preciso que le había mostrado un SS. Una vez, durante un bombardeo, dos prisioneros lograron fugarse porque los alemanes enseguida se escondieron en sus búnkeres. Después fusilaron a todos los conocidos de aquellos dos que lograron escapar. En junio de 1944 yo ya sabía lo que estaba pasando allí. Mataban a la gente dentro de un garaje y ese garaje tenía una puerta secreta que conducía directamente al horno crematorio. Una noche llegó un camión lleno de soldados, veíamos solo sus botas, los cuerpos estaban cubiertos con mantas. Y cuando el camión entró en el garaje, nos ordenaron que trajéramos la leña que habíamos cortado. De noche se oían pasos en el patio, había personas gritando, llorando, suplicando clemencia de una manera estremecedora. Para que no se oyera cómo la gente gritaba y suplicaba, los alemanes ponían música a todo volumen en sus salones, dejaban los camiones con los motores encendidos e instigaban a los perros para que ladrasen. Los perros gemían y ladraban, pero nosotros sabíamos que los nazis estaban matando a personas, lo único que no sabíamos era cómo lo hacían. Después empezamos a encontrar en los almacenes la ropa de los muertos, que no tenía ningún rastro de sangre, ni una sola mancha de sangre, y finalmente lo comprendimos. Los que más mataban eran los ucranianos. Esos empezaban a beber ya a primera hora de la tarde para llegar a la noche en forma y preparados para matar. A los alemanes les gustaban las orgías. Una noche sacaron a cinco personas de nuestra celda y ninguno de ellos volvió. Me llamo Giovanni Haimi Wachsberger y soy

de Rijeka.



Al lado izquierdo de la entrada había un edificio triangular que todavía existe. En la planta baja estaba la sastrería y el taller de reparación de zapatos donde los prisioneros cosían un poco, movían cosas de un lado al otro, remendaban los zapatos de los oficiales para tener algo que hacer, para matar el tiempo. Los prisioneros no cosían mucho ni se entretenían mucho con los remiendos porque cambiaban con demasiada frecuencia. En ese edificio donde se cosía y donde se remendaban zapatos, había también salones para los oficiales y los soldados de las SS. En esos salones, los oficiales y los soldados de las SS bebían un poco, jugaban a cartas un poco, escuchaban la radio a ratos. En ese edificio había también diecisiete celdas pequeñas y en cada una de ellas había sitio para seis prisioneros. En esas pequeñas celdas los partisanos, los judíos y los prisioneros políticos no tenían tiempo de relajarse, en esas pequeñas celdas los instalaban para pocos días, no más de una semana o dos, luego se iban, desaparecían.

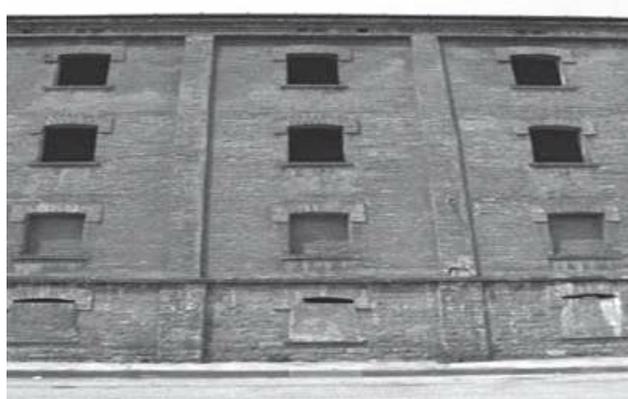


Yo estaba en la celda número ocho, estaba solo, con las ratas, en la oscuridad. El aire y la luz entraban por un agujero en el techo y la comida llegaba a través de una ranura en la puerta. La puerta no se abría nunca. Cada tarde y cada noche se oía gritar y suplicar a la gente en esloveno,

en italiano y en croata. El camión entraba en el patio y el conductor dejaba el motor encendido para que no se oyeran aquellos gritos espeluznantes. Es cuando comprendimos que desde allí, los muertos eran llevados al crematorio. Los días que soplaba el siroco, en las celdas entraba un olor nauseabundo, el olor de la carne quemada. Todos vomitábamos. Me llamo Ante Pelozo y soy de Vele Mune.



Silueta del crematorio derrumbado



El edificio donde estaban esperando los prisioneros antes del transporte a Dachau, Auschwitz y Mauthausen.

Teníamos miedo de los soplones. No preguntábamos, no hablábamos. Allí hubo un tal Kabiljo, judío, comerciante de Mostar y él me dijo, mira, allí está el horno y allí incineran los cadáveres. Y empecé a observarlo y vi que la gente desaparecía detrás de aquella puerta. Todo pasaba de noche, entre las diez y las once. Se oían los pasos de los prisioneros que caminaban por las losas de piedra, se oían los tacones de mujer porque esos son los zapatos que hacen más ruido. Y luego los SS encendían los motores de sus camiones y ponían música muy alta, como si se tratara de una fiesta. Alguna vez oí súplicas, alguna otra vez no. Empecé a apuntarme esas llegadas. Salidas, en cambio, no hubo. En una sola noche conté la llegada de cincuenta y seis personas. Iban titubeando

desde la prisión hasta el crematorio —a través del patio. Otra noche conté que llegaron sesenta y tres personas. Luego dejé de contarlos, dejé de apuntar. Conmigo en la celda estaba mi hija de catorce años. Mataban a los niños, yo había oído a niños gritar: ¡Madre!, ¡madre! Soy de Trieste. Y me llamo Majda Rupena.

Yo soy Albina Škabar, de los alrededores de Trieste. Primero me arrastraron hasta la portería. Luego me colgaron por mis trenzas a la barra transversal y me pegaron hasta que perdí la consciencia. Me metieron en la celda número 7. De noche se oían gritos terribles, gritos espeluznantes, provenían de las primeras celdas. Recuerdo a una mujer que gritaba: «Yo soy de Grabovizze, yo soy de Grabovizze». «Habéis matado a mi hijo en la cuna», gritaba la mujer. Hubo allí también una mujer que se llamaba Olga Fabian y era de Eslovenia. Recuerdo también a otra mujer de sesenta y siete años de Trieste, vivía en la Vía Milano, ella repetía todo el rato: «Yo soy inocente». Lo peor era el olor a pelo quemado. Después de la guerra, una vez visité la arrocera y me desmayé nada más entrar.

Junto con los detenidos, los SS traían toda clase de objetos robados. A través de un agujerito en el muro pude ver cómo los soldados arrastraban a la gente por el patio, cogiéndolos por los hombros y que esas personas ya no se movían. Una vez llegó un grupo de judíos de la isla de Rab. La mayoría de los otros eran de Zagreb. Recuerdo a una chica muy hermosa. Me dijeron que ella era griega. Ese grupo fue transportado a un campo de concentración alemán, a Auschwitz, es lo que me dijeron. Antes de hacerlos subir al tren, se lo quitaron todo, todo el dinero y las joyas, lo pudimos ver a través de las rendijas en las puertas. Sabíamos dónde los llevaban y ellos nos decían: que suerte que tenéis de poderos quedar aquí. Todos sabían que no volverían jamás.

Branka Maričić de Rijeka

«Vi a un SS alto, gordo», me dijo, «sostenía a un chico por la mano, el niño era casi un bebé», me dijo, «y se lo llevó hacia la prisión. El muchacho tenía pelo negro, rizado y le costaba caminar de tan pequeño como era. De pronto ese niño, ese casi bebé», me dijo, «ese bebé tropezó y cayó al suelo y el SS empezó a darle puntapiés. Daba muchos puntapiés a ese niño, le daba y le daba, y gritaba y le maldecía y daba más patadas al niño», me dijo, «hasta partirle el cráneo. Luego paró», me dijo. Me llamo Carlo Schiffer. Hablo en nombre de mi amigo.

Yo soy de Rijeka. Me llamo Dara Virag. En la arrocera estuve durante un año. Me torturaron terriblemente. Hoy me asusta el más mínimo sonido. Todavía, si oigo los pasos de unas botas que resuenan en la acera, me estremezco y pienso, aquí están de nuevo, ya han llegado.

En el año 1976, antes del proceso de los sospechosos de los crímenes perpetrados en San Sabba, se publicaron las listas de los acusados, se publicaron sus biografías, o mejor dicho, *resúmenes* de sus vidas, porque aquellos que durante los años 1943 y 1945 frecuentaban el *Adriatisches Küstenland* tenían unas trayectorias de crímenes amplias, interesantes y dinámicas. Algunos habían sido juzgados en Alemania con anterioridad y condenados a penas de prisión por las monstruosidades que habían cometido en las clínicas de enfermos mentales que se convirtieron en centros de eutanasia por todo el territorio del Reich. Otros fueron condenados por lo que

hicieron en los campos de Belzec, Sobibor, Treblinka, etc. La lista es larga, hubo muchos campos de concentración. En 1976, algunos de ellos ya habían muerto (a causa de la edad, de alguna enfermedad, algunos fueron asesinados y otros murieron por su propia mano). Entre los acusados había algunos que ya habían salido en libertad después de una primera condena y muchos de esos consiguieron escapar, cambiar su identidad y desaparecieron sin dejar huella. La mayoría viven aquí mismo, otros allí lejos, viven por todas partes. Viven y continuarán viviendo por mucho tiempo entre nosotros. Cristian Wirth, Gottfried Schwarz, Franz Reichleitner, Karl Gringers, Alfred Löffler, Karl Plötzinger, Kurt Richter, un montón de colegas, de compañeros, de viejos amigos descansan en el cementerio militar entre las colinas del Monte Baldo, en la pintoresca ciudad de Costermano, entre la ribera este del lago de Garda y la bella Verona. El cementerio militar de Costermano está rodeado de viñas y de olivos, está situado a la sombra de viejos cipreses y en las guías turísticas se describe como un lugar de visita obligada. En el mundo hay más de ochocientos cementerios militares alemanes con decenas de millares de sepultados. En Costermano encontraron lugar 21 972 tumbas alemanas. Cuando en 1976 se abre el proceso en Trieste contra los sospechosos de los crímenes cometidos en la arrocería San Sabba durante la ocupación alemana de Italia, el banco de los acusados estaba vacío, *el banco de los acusados está vacío*, y el proceso acabó antes de empezar.

Haya estaba descifrando su pasado. Ordenó un *dossier* con su pasado. Haya recortó de los diarios la lista incompleta de los miembros de las SS. Había un centenar de rangos importantes que ostentaron un poder inconmensurable entre los años 1943 y 1945. Todos ellos fueron trasladados con una orden expresa para prestar sus servicios en la *Adriatisches Küstenland*. Eran un buen centenar los que actuaban en los espacios sin sueños de ese lugar inexistente que se llamaba *Adriatisches Küstenland*. En cambio, el listado de los periódicos contenía como máximo cincuenta nombres. Por no hablar de todos los que vinieron durante aquellos años, entre 1943 y 1945, los soldados rasos, los de la policía alemana, los ucranianos, los cosacos, sus mujeres, y los miembros de sus familias que vinieron a la región para pasar el verano, o el invierno, en la costa o en las montañas, como si de unas vacaciones se tratara; por no hablar de los italianos al servicio del Reich; por no hablar de los civiles, de los observadores silenciosos, de los invisibles participantes en la guerra. «Y yo también estaba allí», dijo Haya, «la lista debería ser interminable, la lista, de hecho, es interminable», dijo.

Haya encontró en la lista los nombres de personas que ella conoció en las calles, gente con quien compartió la mesa, personas a las que saludó dándoles la mano («Aunque esas personas eran más bien pocas», dijo). De manera que iba buscando, iba investigando, iba construyendo el rompecabezas hasta que ya no pudo ni dormir. Observaba la boca abierta de la Hidra, olía su aliento venenoso, pero Hércules no apareció. «El eterno retorno», dijo, «¿es posible escapar de la repetición?».

«Los atajos», dijo Saba a Ada, la madre de Haya, en la clínica psiquiátrica de Gorizia, «los atajos son el camino más corto para llegar de un lado al otro. Pero los atajos acostumbran a estar llenos de zarzas, es difícil abrirse camino...», le decía Saba.

Y Ada iba repitiendo hasta el día de su muerte: «detrás de cada nombre hay una historia».

**LISTA INCOMPLETA DE LOS MIEMBROS DE
AKTION T4 1943 QUE FUERON TRASLADADOS
A TRIESTE Y SUS ALREDEDORES (OZAK)**

1. ? *Heinrich*, Linz / Österreich, [REDACTED], Wachmann in der "Risiera"
2. *Bauer, Erich*, Strafanstalt [penitenziario] Berlin-Tegel, [REDACTED] Partisaneneinsatz Stationiert in der "Risiera"
3. *Dachsel, Arthur*, unbekanntem Aufenthalts
4. *Dubois, Werner*, 58 Schwelm, [REDACTED] in der "Risiera" stationiert
5. *Fetke, Erich*, 2 Hamburg [REDACTED] Kurier in Triest
6. *von Flemming*, unbekanntem Aufenthalts, Sekretärin von Wirth; wegen Schwangerschaft ausgeschieden
7. *Fischer, Helmut*, 6 Frankfurt [REDACTED]
8. *Franz, Kurt*, Untersuchungsanstalt Düsseldorf
9. *Frenzel, Karl*, Strafanstalt Hagen
10. *Geis, Albert*, 605 Offenbach a.M., [REDACTED] Revierwachmeister in der "Risiera"
11. *Gürtzig, Hans*, 1 Berlin [REDACTED] Verpflegungswart in der "Risiera"
12. *Gley, Heinrich*, 44 Münster/Westf.
13. *Gomerski, Hubert*, Strafanstalt Butzbach
14. *Hackenholt, Lorenz*, unbekanntem Aufenthalts
15. *Häusler, Willi*, 285 Bremerhaven, Bewachung des Lagers
16. *Hengst, August*, 2 Hamburg [REDACTED]
17. *Hering, Gottlieb*, verstorben (9/10/1945 Stetten i.R.), Kommandant der "Risiera" "Risiera"
18. *Hödl, Franz*, Linz / Österreich, [REDACTED]
19. *Jühs, Robert*, 6 Frankfurt a.M., [REDACTED], Polizeiüberwachmeister
20. *Köhler, August*, 341 Northheim, [REDACTED], Kraftfahrer und Schirrmeister in Triest; stationiert in der "Risiera"
21. *Lambert, Erwin*, 7 Stuttgart-West, [REDACTED], baute den Verbrennungsort in der "Risiera"
22. *Linkenbach, Ilse*, [REDACTED] 6094 Bischofsheim [REDACTED]
23. *Mätzig, Willi*, 3 Hannover, [REDACTED], in Castelnuovo stationiert; war
24. *Meyer, Monika*, unbekanntem Aufenthalts Schreibkraft in Udine
25. *Michaelsen, Georg*, Haftanstalt Hamburg
26. *Münzberger, Gustav*, 8101 Unterammergau [REDACTED], Haftanstalt Düsseldorf Triest und Udine
27. *Oberhauser, Josef*, 8 München, [REDACTED] Kommandant der "Risiera" als Nachfolger von Hering (Aussage Girtzig)
28. *Plikat, Karl Heinz*, Unbekanntem Aufenthalts
29. *Raabe, Irmgard*, [REDACTED], 1 Berlin 44 (Neukölln), [REDACTED], Schreibkraft von Wirth (nur kurze Zeit)
30. *Rum, Franz*, 1 Berlin-Zehlendorf, [REDACTED], Ordonanz in der Villa Wirths, einige Tage auch in der "Risiera". Personalangel.
31. *Schiffner, Karl*, Salzburg/Österreich, [REDACTED], Wachmann in der "Risiera"
32. *Schluch, Karl*, 4194 Bedburg-Hau, [REDACTED]
33. *Schneider, Gerhard*, 1 Berlin 41 (Steglitz), [REDACTED], in der "Risiera" stationiert
34. *Schöber, Edeltraut*, [REDACTED], 31 Garmisch-Partenkirchen, [REDACTED]
35. *Schubert, Helene*, 7012 Fellbach, Schreiberin von Hering, mit dem sie zusammen in einem kleinen Haus von der "Risiera" lebte.
36. *Siebert, Gerhard*, 8632 Neustadt b. Coburg, [REDACTED], kurz in Triest
37. *Stadie, Otto*, 5949 Nordenau Krs. Meschede, [REDACTED], "Spieß" in der "Risiera"
38. *Stangl, Franz*, z. Zt. flüchtig, Chef des Stützpunktes Udine (Aussage Münzberger)
39. *Suchomel, Franz*, 8262 Altötting, [REDACTED]
40. *Tauscher, Fritz*, verstorben offenbar als Nachfolger von Stangl, Chef des Stützpunktes Udine
41. *Unverhau, Heinrich*, 3307 Königslutter, [REDACTED], in der "Risiera" stationiert
42. *Walther, Arthur*, 2 Hanburg- [REDACTED]
43. *Wolf, Franz*, 6901 Mauer b. Heidelberg, [REDACTED], z. Zt. Untersuchungsanstalt Hagen, in Fiume stationiert
44. *Wolf*, unbekanntem Aufenthalts, Sekretärin
45. *Allers, Dietrich*,
46. *Siebert, Gerhard*

Gottfried Schwarz, apodo Friedl, *SS-Hauptscharführer* (jefe de pelotón) fue promovido después de la *Aktion Reinhard* a *SS-Untersturmführer* (subteniente). Se desconoce su fecha de nacimiento. En las instituciones de enfermos mentales —en los centros para la eutanasia— como el palacete Grafeneck, en Bernburg y Hadamar trabajó como «incinerador», en el campo de Belzec era el lugarteniente del comandante militar, en el campo de Sobibor fue el comandante militar. Fue enviado a Trieste en 1943 para participar en la acción *Einsatz R*. Lo mataron en Istria. Está enterrado en el cementerio militar alemán de Costermano (tumba núm. 666).

Gottlieb Hering, nacido el 2 de junio de 1887 en Warmbromm (Wütenberg), murió en el hospital el 9 de octubre de 1945 en extrañas circunstancias. Trabajó durante veinte años con Christian Wirth en la policía criminal de Stuttgart, luego participó en la *Aktion Tiergarten 4*. En el año 1942 substituyó a Wirth como comandante del campo de Belzec. Hering, igual que Wirth antes que él, se dejaba llevar por toda clase de excentricidades, por ejemplo, disparaba a los prisioneros mientras cabalgaba al trote. En Belzec murieron o fueron asesinadas alrededor de 601 500 personas, mayoritariamente judíos. Por lo que se sabe, solo sobrevivieron Rudolf Reder y Chaim Herszman. Igual que Wirth, Hering desde el año 1940 participó en el programa nazi de eutanasia. Wirth supervisaba los seis centros de eutanasia que había en el Reich, Hering, en cambio, «solo» controlaba Sonnenstein y Hadamer. En el año 1943 lo promovieron a *SS-Hauptsturmführer* y fue nombrado comandante del campo de San Sabba, donde vivía en un pequeño apartamento privado junto con su secretaria de aquel tiempo, Helena Reigraf, que era de Fellbach. Más tarde se casó con ella. Después del ingreso de Hering en el hospital, San Sabba fue dirigido por Josef Oberhauser.

Franz Stangl, hijo de un vigilante nocturno, nació en Altmünster (Austria), el 23-3-1908. Primero trabajó como tejedor, luego como policía. Fue *SS-Hauptsturmführer* (capitán). Formaba parte del equipo que efectuaba el programa de eutanasia T4 en Hartheim y Bernburg (Alemania). Fue comandante de Sobibor y más tarde de Treblinka, donde presencié entre 1942 y 1943 las matanzas de más de 900 000 judíos. En el año 1943 fue trasladado a Italia y fue responsable de la zona R2 (Údine) donde organizaba acciones contra los judíos y los partisanos. Los aliados lo detuvieron en 1945, pero logró escapar. Con los documentos que obtuvo de la Cruz Roja y con el dinero que recibió del obispo Alois Hudal, un filonazi y antisemita, Stangl se fue a Siria, luego a Brasil. Lo descubrieron en 1967. Trabajaba como peón en una fábrica de Volkswagen en Sao Paulo, fue detenido y extraditado a Alemania. Lo condenaron a cadena perpetua. Murió de un infarto en la prisión de Düsseldorf el 28-6-1971.

Stangl proyectó y dirigió la construcción de una estación de tren falsa en Treblinka para despistar a las futuras víctimas. Los prisioneros pintores tuvieron que escribir en grandes plafones con letras negras las palabras de bienvenida que saludarían a los futuros «huéspedes»: *Bahnhof Obermajdan — Umsteigen nach Bialystok und Wolkowysk* (Estación Obermajdan — conexión con Bialystok y Volkowisk). Se instalaron carteles que indicaban dónde estaba la taquilla, dónde las salas de espera de primera, segunda y tercera clase. En la fachada de ese espejismo, colgaron

un reloj típico de las estaciones de tren. La estación de tren falsa era, de hecho, la recepción del campo de Treblinka. A Stangl le gustaban los caballos, y cabalgaba por el campo vestido con un traje blanco, que también le gustaba mucho.

No tenga miedo de preguntar. Mi conciencia está tranquila. Yo fui el comandante de Treblinka, sí, pero yo no tuve nada que ver con las matanzas de los judíos. Mi conciencia está tranquila.

¿Cuántas personas fueron asesinadas aquél día?

El transporte constaba de treinta vagones de mercancías. Tres mil personas se podían liquidar en tres horas. Si hubiéramos sido capaces de trabajar catorce horas diarias, podríamos haber liquidado entre doce y quince mil personas al día. Se decía que Wirth vino de visita al campo durante la construcción de las cámaras de gas y dijo, excelente, en seguida las vamos a poner en funcionamiento. Los veinticinco operarios judíos que había entonces en el campo fueron metidos en una de las cámaras para ver si funcionaban. Es lo que se decía. Y también que él todo el tiempo utilizaba su látigo, es lo que se decía, que también pegaba a su propia gente. Yo llegué más tarde.

¿Pudo usted después de un cierto tiempo presenciar sin más las liquidaciones?

Sí, eso parece.

¿Cuándo? ¿Después de algunos días?, ¿semanas?, ¿meses?

Después de algunos meses yo ya era capaz de mirar a cualquier futura víctima a los ojos. Me esforzaba por reprimir la angustia: me esforzaba para que el ambiente fuese más agradable. Ordené que se plantaran flores dentro del recinto del campo, que se construyeran barracones nuevos, cocinas nuevas. Hice venir barberos, sastres, zapateros y carpinteros. Hay muchas maneras distintas de superar pensamientos desagradables y yo lo intenté de todas las maneras posibles. Pero al final, lo único que me ayudaba era el alcohol. Antes de ir a dormir me tomaba siempre un gran vaso de coñac.

¿Y eso lo hacía todo más fácil?

No precisamente. Me concentraba solo en mi trabajo. Trabajé mucho.

¿Usted olvidó finalmente que estaba haciendo sus trabajos con seres humanos?

Muchos años después, durante un viaje por Brasil, el tren se paró cerca de un matadero. Las vacas que pastaban dentro de un vallado se acercaron y observaban el tren. Las vacas estaban muy cerca de mi ventana, todo un grupo me observaba desde detrás de un vallado de madera. En aquel momento pensé que era como en Polonia, que aquella

gente en Polonia me había mirado así, con confianza, justo antes de ser llevados a... Después, durante mucho tiempo fui incapaz de ingerir la carne en conserva. Los grandes ojos de vaca que me observaban, esos animales que no tenían ni idea de qué les esperaba en el matadero...

Es decir, que los prisioneros en el campo para usted no eran personas...

Carga. Eran carga.

¿Cuándo se convirtieron para usted esas personas en carga? Usted dijo que después de llegar a Treblinka vio cadáveres amontonados en todos los rincones del campo.

Quizás desde el momento en que comprendí que Treblinka era un campo de la muerte, un *Totenlager*. Wirth estaba al lado de las fosas llenas de cadáveres de color negro azulado. Esos cadáveres no parecían personas. Eran un montón de carne putrefacta. Wirth me preguntó: ¿Qué vamos a hacer con esa basura? Es posible que en aquél momento yo pensase que se trataba de carga y nada más.

En esa «carga» había muchos cadáveres de niños. ¿Sabe usted que en Treblinka no sobrevivió ni un solo niño? ¿Se planteó usted que esos podrían ser sus propios hijos? ¿Alguna vez pensó usted cómo se debían sentir los padres de esos niños?

No... ¿Sabe usted?, yo no veía a esas personas como a individuos. Para mí, ellos representaban un conjunto. Alguna vez me subí a los muros y miraba cómo los hacían pasar por el túnel. Estaban desnudos, amontonados, sobre sus cuerpos impactaban los latigazos y todos corrían directos hacia el crematorio...

¿Por qué no hizo usted nada? ¿Por qué no evitó usted ese horror? Estaba usted en un lugar de responsabilidad.

Imposible, imposible. Esa era la estructura y la estructura la determinaba Wirth. La estructura funcionaba y como funcionaba no se podía cambiar.

Werner Dubois, *SS-Oberscharführer*. Nacido el 26-2-1913 en Wuppertal. Fue educado por su abuela. Acabó ocho años de escuela básica. Fue peón de construcción, luego trabajó en la industria gráfica, en la fabricación de cepillos y como agricultor. Era conductor dentro de la unidad de *SS-Gruppenkommando Oranienburg*, era el conductor y el vigilante del campo de concentración de Sachsenhausen, en Brandemburgo, Grafeneck y Hadamar. Como «incinerador» transportaba cadáveres y urnas. En el año 1941 fue trasladado como conductor a Rusia, dentro de la campaña OT (*Organization Todt*). En 1942 estaba en Lublin (*Aktion Reinhard*), en abril de 1943 en Belzec. En el juicio, que tuvo lugar 28 años más tarde, describió con detalle cómo en el campo mató a seis personas con una FN Browning de fabricación belga de 9mm. Luego, cumpliendo una orden de Wirth, disparó contra seis judíos exhaustos más y los tiró a la fosa. Era

el supervisor de los transportes. Después del cierre del campo de Belżec, en junio de 1943, fue trasladado a Sobibor. En Sobibor le gustaba disparar indiscriminadamente contra los prisioneros. Fue gravemente herido durante un motín. Después de salir del hospital, fue trasladado a Trieste como miembro de la *Aktion R*, con el objetivo de liquidar a los partisanos. En mayo de 1945 los americanos lo detuvieron. Lo dejaron en libertad a finales de 1947. Desde entonces hasta su detención definitiva fue pastor de ovejas. En el proceso de Múnich (1963-1964) fue declarado inocente de las acusaciones, en La Haya (1966) lo condenaron a tres años de prisión por haber participado en las matanzas de al menos 15 000 personas en Sobibor. Murió en 1973, antes del juicio de Trieste de 1976. En el juicio de los crímenes cometidos en Sobibor, solo Dubois se declaró culpable: «Me resulta evidente que en el campo se cometieron crímenes. Yo contribuí a que fueran posibles esos crímenes. Si me declaran culpable, consideraré que la sentencia es justa. Matar significa matar. Todos nosotros somos culpables. La administración del campo funcionaba como un sistema conectado y si hubiese faltado un solo engranaje, todo el conjunto se habría desequilibrado... Nosotros no fuimos lo suficientemente valientes para rehusar la obediencia».

Friedrich Tauscher, nacido en 1905, *SS-Oberscharführer*, de profesión detective. En Belżec trabajó como instructor para la utilización del crematorio. Desde 1943 hasta 1945 estuvo de servicio en Trieste y sus alrededores. Se suicidó en la prisión en 1965.

Lorenz Hackenholt, nacido el 25-6-1914. De acuerdo con la petición de su esposa, fue proclamado muerto oficialmente en la década de 1950 con fecha de 31-12-1945. Miembro de las SS desde 1934. Empezó su carrera como conductor en Sonnenstein, luego estuvo de servicio en Grafeneck, Belżec, Sobibor y Treblinka. Fue uno de los organizadores principales de los programas de eutanasia, el preferido de Wirth. En Belżec y Treblinka participó en la instalación de las cámaras de gas y fue también el responsable de controlar su correcto funcionamiento. En Belżec y Treblinka llamaban a las cámaras de gas *Stiftung Hackenholt* (Fundación Hackenholt). En la parte frontal de cada cámara estaba montada, por orden de Lorenz, una gran estrella de David para que se supiera a quién estaban destinadas. En 1943 lo promovieron a *SS-Hauptscharführer*. Estuvo de servicio en Italia desde 1943 hasta 1945. Bebía hasta perder la consciencia y le gustaba dejarse fotografiar. Era un hombre corpulento y medía más de dos metros de altura. Bajo circunstancias nunca aclaradas, en 1945 simplemente desapareció: la policía y los servicios secretos lo estuvieron buscando sin éxito hasta mediados de los años 1970, hasta que Hackenholt fue definitivamente archivado *ad acta*. El *SS-Oberscharführer* Erich Bauer, que también estaba de servicio en San Sabba y que fue condenado en 1950 a cadena perpetua a causa de los crímenes cometidos en Sobibor donde fueron asesinados 250 000 judíos, en 1961 declaró bajo juramento que estaba convencido que Hackenholt salió vivo de la guerra. Y de que vivía bajo el apellido Jansen, Jensen o Johannsen, trabajando como conductor de camión. Bauer además sostenía que Hackenholt vivió los últimos días de su vida en los alrededores de Trieste con una mujer que se llamaba Monika. La policía de Trieste interrogó a todos los miembros de la unidad R-1, Frau Lindner, Frau Fetke, Frau Schmiedel y Frau Allers, y también a Dietrich Allers, el último comandante de San Sabba. Pero nadie estaba al corriente de que hubiera tenido una relación con una mujer durante su estancia en Italia. Todos coinciden, en cambio, en que Hackenholt era un borracho integral y que nadie quería ser su amigo. El *SS-Scharführer* Karl Schluch, colega de Hackenholt en Treblinka y en San Sabba, que nunca fue procesado (en el

interrogatorio de 1960 fueron retiradas todas las acusaciones contra él), aseguró que Hackenholt era un hombre insensible y brutal. El *SS-Unterscharführer* Robert Jührs (las acusaciones contra él fueron retiradas) estuvo con Hackenholt en Belzec y en Trieste. Dijo sobre Hackenholt: «Le hubiera gustado poder cazar con las bestias grandes, pero era incapaz de seguir su ritmo».

Hackenholt fue acusado de participar en las matanzas masivas de más de 70 000 enfermos mentales alemanes y también por las matanzas de más de 1 500 000 judíos durante la acción Reinhard.



Globočnik condecora Hackenholt con la cruz de hierro. Trieste, 1944.



San Sabba, 1944

Erich Bauer, *SS-Oberscharführer*, nacido en 1900. De baja estatura, pero proporcionado, increíblemente cruel. Fue el responsable de las cámaras de gas en Sobibor. En Italia fue destinado a San Sabba desde 1943 hasta 1945. Lo detuvieron en 1950 porque fue reconocido por casualidad en un parque de atracciones de Berlín por el superviviente Samuel Lerer. En 1951 fue condenado a muerte. Después de la abolición de la pena capital en Alemania, fue condenado a cadena perpetua. Murió en una prisión de Berlín en 1980.

Karl Frenzel, *SS-Oberscharführer*. Nacido el 28 de octubre de 1911. Carpintero. Miembro del Partido Nazi desde 1930. Integrado en el programa T4. Llegó a Sobibor en 1942 con el equipo de Stangler. Después del motín en Sobibor, lo enviaron a Italia y trabajó bajo el mando de Christian Wirth. Estuvo destinado en Trieste y en Rijeka. Después de la guerra trabajó en el teatro como técnico de iluminación. Fue detenido en 1962. Acusado de haber matado personalmente a

cuarenta y dos personas y de haber participado en la matanza de como mínimo 250 000 judíos. Fue condenado a cadena perpetua, pero, a causa de su frágil salud, fue dejado en libertad al cabo de dieciséis años. Durante el proceso de Trieste en 1976 se encontraba en arresto domiciliario en el pueblo alemán de Gorben-auf-der-Horst.

Franz Wolf, *SS-Unterscharführer*. Fotógrafo *amateur*, de profesión albañil. Nacido en 1907 en Heidelberg. Trabajó en Sobibor. Durante el *Einsatz R* fue destinado en Rijeka. En la Haya, durante el proceso de Sobibor de 1966, lo condenaron a ocho años de prisión. Después de cumplir condena, vivió hasta final de su vida en Baviera.

Erwin Lambert, *SS-Unterscharführer*, albañil, miembro del Partido Nazi desde 1933. Conocido como «el arquitecto volador» porque viajaba constantemente de un campo a otro, construía, levantaba, organizaba y perfeccionaba las cámaras de gas. Nació en 1909 en Schildow, cerca de Berlín. Instaló las cámaras de gas en los centros de eutanasia de Hartheim, Sonnenstein, Bernburg y Hadamar. En Treblinka y en Sobibor controlaba la construcción de las edificaciones con cámaras de gas. Acabó su carrera en Trieste, introduciendo las cámaras de gas en el campo de San Sabba. Fue detenido en 1962, condenado por la colaboración en la matanza de un número indeterminado de judíos. En 1965 fue condenado a cuatro años de prisión.

Ernst Lerch, *SS-Sturmbannführer*, nació en Klagenfurt en 1914. Desde 1931 hasta 1934 trabajó como camarero en hoteles de Suiza, Francia y Hungría. Hasta el *Anschluss* de 1938 estuvo en el café de su padre llamado Café Lerch, que se convirtió en el lugar de reunión de los nazis de Carintia, entonces un partido ilegal. En el Café Lerch se reunían con frecuencia Globočnik, Classen y Kaltenbrunner. Lerch fue miembro del Partido Nazi desde 1932 y de las SS desde 1934. En el año 1938 lo enviaron a Berlín a la Oficina Central de la Seguridad del Reich. Pronto se casó con una funcionaria de la Gestapo y los testigos de su boda fueron Pohl y Globočnik. En diciembre de 1938, entró como miembro en la *Wehrmacht*, de 1940 a 1941 trabajó en la Central de Seguridad del Reich. Lo trasladaron primero a Cracovia, luego a Lubin para ser el jefe del departamento de Globočnik y *Stabsführer der Allgemeinen SS*. Lerch fue una de las personas clave en la acción Reinhard, fue responsable de la «cuestión judía», o mejor dicho, de las matanzas masivas y del exterminio de judíos dentro de las fronteras del *Generalgouvernement*.

Una vez acabada la acción Reinhard, Lerch fue trasladado en septiembre de 1943 a Trieste, de nuevo como lugarteniente de Globočnik en la OZAK (*Operationzone Adriatisches Küstenland*). Tenía competencias amplias en la organización de las fuerzas contra los partisanos y fue responsable de la matanza de centenares de antifascistas. Por unas semanas también fue sustituto del jefe de policía de Rijeka.

Después de la capitulación de Alemania, Lerch huyó a Carintia donde fue detenido el 31 de mayo por el ejército británico conjuntamente con sus compañeros Globočnik, Höfel y Michalsen. En la investigación judicial en la prisión de Wolfsburg, Lerch sostuvo que estuvo muy poco tiempo en Lubin y que no tenía nada que ver con Globočnik ni con el exterminio masivo de judíos. Se hizo todo lo posible para que Lerch pudiera escapar de prisión de manera discreta. Se estuvo escondiendo por los pueblos austríacos hasta el año 1950. El tribunal de Wiesbaden, que fue responsable de la desnazificación de la propiedad de la tierra, en 1960 condenó a Lerch a dos años de prisión. En 1971, durante el proceso de Klagenfurt, Lerch fue condenado por haber

participado en el Holocausto. Como no hubo testigos y Lerch obstinadamente negaba que hubiera tenido nada que ver con alguna actividad en Polonia, en 1976 su expediente se archivó.

Hasta su muerte en 1997, Lerch tuvo en propiedad un café en Klagenfurt y cualquier persona que quisiera (y que supiera quién era Lerch) podía visitarlo allí, en Klagenfurt, o en Celovec, para ver como comía su *Apfelstrudel* y hojeaba el diario.

Hermann Höfle, *SS-Sturmbannführer* (mayor). Nacido en Salzburgo el 19 de junio de 1911. Miembro del Partido Nazi austríaco desde 1930. De profesión mecánico. En Salzburgo tenía su propia agencia de taxis. Durante la guerra fue una de las figuras clave de la acción Reinhard y de las deportaciones de Mielec, Lubin, Rzeszow, Varsovia y Bialystok. Formaba parte de la escolta de Eichmann en sus visitas a Bełżec y Treblinka. A principios de 1944, se unió a Globočnik en Trieste. Fue detenido en Carintia el 31 de mayo de 1945 junto con Lerch, Michalsen y Globočnik, pero logró escapar. Vivió en Italia, Alemania y Austria. De nuevo fue detenido en 1961 en Salzburgo y trasladado a Viena. Se ahorcó en la prisión el 20 de octubre de 1962.

En el año 2000, cuando algunos documentos sobre la Segunda Guerra Mundial perdieron la condición de documentos secretos, se encontró el telegrama de Höfle del 11 de enero de 1943, dirigido a Adolf Eichmann en Berlín. En el telegrama Höfle indicaba el número de las muertes registradas en los campos de concentración en relación con la acción Reinhard, hasta el día 31 de diciembre de 1942:

Majdanek: 24 733; Bełżec: 434 508; Sobibor: 101 370; Treblinka: 713 555; durante todo el año 1942, en conjunto: 1 274 166 judíos asesinados.

Robert Jührs, *SS-Unterscharführer*. Nacido el 17 de junio de 1911 en Frankfurt. Acabó la escuela básica. Trabajó como portero, como guardia y acomodador en la Ópera de Frankfurt. Durante la guerra estuvo destinado en: Hadamer, Bełżec, Dorohusza, Sobibor y Trieste. Su misión en Bełżec: matar a los judíos que llegaban al campo en malas condiciones físicas. Durante el juicio dijo: «Lo hacía por piedad. Disparaba con un fusil automático y siempre apuntaba directo en la cabeza. Morían al instante. Puedo asegurar con absoluta convicción que ninguno de ellos sufrió». Fue condenado por el asesinato de 30 judíos. En el juicio de Múnich de 1963-64 las acusaciones contra él fueron retiradas.

Otto Stadie, *SS-Stabsscharführer*, nacido en 1897 en Berlín. Antes de la guerra trabajó como enfermero. En el T4 desde 1940. En Treblinka —desde julio de 1942 hasta julio de 1943—, ayudante de Stanglov. En Trieste, San Sabba, hasta 1944. En el proceso de Düsseldorf (Treblinka) 1964-65 fue condenado a siete años de prisión. La fecha de su muerte es desconocida.

Paul Bredow, *Unterscharführer*. Nacido en 1902. Enfermero. Trabajos: en Grafeneck, Hartheim, Sobibor, Treblinka y Trieste. Su afición: disparar contra un objetivo vivo. En Sobibor su norma era: 50 judíos al día. Su punto débil eran los perfumes. Después de la guerra, con su colega Karl Frenzel dejó San Sabba y trabajó en Giessen como carpintero. En diciembre de 1945 murió en un accidente de tráfico en Göttingen.

Heinrich Unverhau, *SS-Unterscharführer*, nacido en 1911, ocho años de escuela, trabajó

como lamparero; músico y también enfermero en los centros de eutanasia de Hadmar y Grafeneck donde acompañaba a las víctimas hasta las cámaras de gas, les administraba inyecciones de sedantes y después de los asesinatos, aireaba las salas y se llevaba los cadáveres. Rusia: 1941-42; Belzec y Sobibor: 1942-43; San Sabba: 1943-44. Declarado no culpable en los juicios de Grafeneck (1948), Belzec (1963-64) y Sobibor (1965) y dejado en libertad. Hasta el año 1952 trabajó como enfermero y se ganaba la vida también como músico. La fecha de su muerte es desconocida.

Erns Zierke, *SS-Unterscharführer*, nacido en 1905. Acabados ocho años de escuela básica. Peón en un aserradero, leñador y pastor. Desde 1930 miembro del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Enfermero en Grafeneck, Hamar y Sonnenstein. De 1941 al 42 Rusia, 1942-43 Belzec y Sobibor. Controlaba la llegada de los judíos a las cámaras de gas. Participó en la ejecución de los últimos prisioneros antes del cierre definitivo de Belzec y de Sobibor. Desde diciembre de 1943 estuvo en San Sabba. Como su salud era débil, en todos los juicios fue declarado no culpable.

Karl Schluch, *SS-Unterscharführer*, nacido en 1905 en Lauenburg. Dentro del programa T4 desde 1940. Guardia. Igual que Unverhau, acompañaba a las víctimas hasta las cámaras de gas y controlaba los crematorios. Grafeneck, Hadmar, Rusia, Belzec, Sobibor, Trieste, San Sabba, *Aktion R*. En todos los juicios entre 1948 y 1965 fue declarado no culpable. Después de la guerra trabajó como agricultor, peón en la construcción y como enfermero.

En Belzec y Sobibor yo fui responsable de controlar el desembarco de judíos de los vagones de ganado, estaba cerca de la rampa. En una ocasión Wirth me dijo que este era un lugar de tránsito y que esas personas pronto seguirían su viaje y que, antes de eso, debían bañarse y desinfectarse. Mi obligación era calmar a los judíos. Después de haberse desnudado completamente, los llevaba yo mismo hasta las cámaras de gas. Sí, yo vi todas las cámaras de gas. Las de Belzec tenían unas dimensiones de 4 por 8 metros. Eran un lugar alegre, no daban ninguna impresión desagradable. Las puertas estaban pintadas de amarillo o de gris, no lo recuerdo bien. Las paredes estaban pintadas con una capa de esmalte. Todo estaba pensado, las paredes y el suelo, para que fuera fácil de limpiar. Diría que en el techo estaban instaladas las duchas.

Creo que los judíos creían de verdad que se iban a duchar. Una vez dentro de las cámaras de gas, Hackenholt en persona cerraba la puerta y él abría el grifo del gas. Después de unos cinco o siete minutos, comprobábamos a través de una pequeña mirilla en la puerta si todos estaban muertos. Luego la puerta se abría y nosotros teníamos la misión de airear la sala. Después un grupo de prisioneros judíos, controlados por su capo, se llevaba los cadáveres. Yo lo controlaba todo. Los judíos dentro de las cámaras estaban tan amontonados que no morían en el suelo, sino unos encima de otros, caóticamente, algunos de rodillas, otros de pie, muchos habían vomitado o se habían meado encima, tenían los labios morados y las narices también, algunos tenían los ojos abiertos. Después de haberse llevado los cadáveres, nuestro odontólogo examinaba todos los cuerpos y extraía los dientes de oro y los anillos de oro. Al final, los cadáveres eran tirados a una gran fosa. Y Wirth y Oberhauser participaban en esas operaciones.

Willi Mentz, *SS-Unterscharführer*, nacido en 1904. Criador de vacas. En 1940 se ocupaba de las vacas y los cerdos que se criaban en las propiedades del centro de eutanasia Grafeneck. En su tiempo libre participaba en las matanzas con el gas. Más tarde, en Hadamar, cuidaba del jardín, regaba las plantas y cortaba el césped. En su tiempo libre colaboraba en los asesinatos de los enfermos mentales. En Treblinka desde 1942 a 1943 le gustaba beber cerveza a la sombra en un café improvisado en la entrada de un pequeño zoológico que él mismo tenía a su cuidado. Después de Sobibor, en 1944, lo trasladaron al campo de concentración de San Sabba con la orden de matar a los partisanos y a los judíos italianos. Con Kurt Franz, un fotógrafo *amateur* apasionado, hacía excursiones por los alrededores de Gorizia, iba a tomar *Kaiserfleisch* a la *trattoria* Leon d'Oro en Vía Codelli durante el verano de 1944, y se limpiaba la boca frotándola contra la manga en lugar de con la servilleta, algo que a Haya le provocaba una sensación de extrañeza.

En Treblinka, bajo el comando de Wirth, Menz distribuía a los prisioneros en el margen de la fosa y les disparaba a la nuca. En Treblinka se le pegó el apodo Frankenstein. En la guarnición de las SS de Treblinka solo Mentz y Kurt Franz sabían cabalgar, de manera que juntos cabalgaban por los bosques vecinos y respiraban el aire fresco. Mientras cabalgaban dando vueltas al campo, a Mentz le encantaba disparar a los judíos que le servían como diana, de manera que disparaba y disparaba y disparaba. Se le dio otro apodo: el Pistolero. Lo condenaron a cadena perpetua.

Cuando yo llegué a Treblinka, encontré allí un verdadero caos. No había suficientes cámaras de gas. Construimos nuevas, más tarde, unas cinco o seis cámaras más bonitas y más grandes. Si las pequeñas cámaras podían recibir entre ochenta y cien personas, la capacidad de las nuevas era dos veces más mayor.

Otto Horn, *SS-Unterscharführer* (subteniente), nacido en 1903 cerca de Leipzig. Enfermero. Miembro del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán desde 1937. Como organizador del programa T4, en 1941 fue enviado a Sonnenstein. En octubre de 1942 estaba en Treblinka como encargado de supervisar la unidad de *Grubenkommando*. Esa unidad se ocupaba de cubrir los montones de cadáveres con arena y cal. En Treblinka lo consideraban un hombre honesto que no hacía daño a nadie. Después de la rebelión, dejó Treblinka fingiendo estar enfermo. En enero fue enviado a Trieste, pero rehusó la orden y regresó a su casa. En el juicio de Düsseldorf fue declarado inocente.

¿Nombre y apellido?

Otto Richard Horn.

¿Lugar de residencia permanente?

Berlín.

¿Día de nacimiento?

14 de diciembre de 1903.

¿Qué edad tiene usted ahora?

Estoy muerto.

¿Qué era Treblinka?

Un campo. Un campo de la muerte. La gente era liquidada con gas.

¿A quién se presentó usted al llegar a Treblinka?

Al lugarteniente del comandante, a Kurt Franz.
Él me destinó al campo de arriba, trabajé en el *Todenlager*.

¿Qué clase de trabajos tuvo que hacer en el campo de arriba?

Descargarlos de los trenes y desvestirlos.

¿A quiénes?

Básicamente se trataba de judíos.

¿Esto es todo lo que se hacía en el campo de arriba?

No. También se mataba a la gente con gas y se quemaban sus cuerpos.

¿Se mataba solo a los hombres?

No. Hombres y mujeres.

¿Y a los niños?

Y a los niños.

¿Quién era el comandante del campo de arriba?

Mathes.

¿Y de toda Treblinka?

Stangl.

¿Aparte de los alemanes y de los ucranianos, había en el campo de arriba también prisioneros?

Sí, los había. En el campo de arriba trabajaban unos doscientos prisioneros. Judíos.

¿Qué hacían?

Transportaban los cadáveres hasta las fosas y los quemaban.

¿Desde dónde transportaban los cadáveres?

Desde las cámaras de gas.

¿Había también mujeres en el campo de arriba?

Sí. Trabajaban en la lavandería. Eran seis.

¿Recuerda los nombres de esas mujeres?

No. Una testificó en mi contra en el juicio de Düsseldorf de 1965.

¿Señor Horn, cuánto tiempo era necesario para completar el proceso de matar con el gas?

Aproximadamente una hora. Luego se abrían las cámaras.

¿Y después?

Después los cadáveres se transportaban hasta las fosas y allí se quemaban.

¿Qué clase de gas se utilizaba en Treblinka?

No lo sé. Creo que el gas lo fabricaban con una clase especial de motores.

Señor Horn, ¿sabía usted que el programa de eutanasia también incluía la liquidación de niños?

No lo sabía.

Pero en Treblinka usted presenció las ejecuciones de niños con gas.

Sí. Los mataban a todos, a los niños, a las mujeres, a los hombres.

¿Y usted vio los niños muertos?

Sí.

¿Dónde estaba usted mientras miraba a los niños muertos?

Cerca de las fosas.

Usted está acusado de haber matado a millares de judíos, ¿no es verdad?

Sí, sí.

Y en los juicios aparecieron judíos que testificaron en contra de usted, ¿es correcto?

Sí. Pero no pudieron demostrar nada.

¿Cuál fue el veredicto final?

Libre de cargos y proclamado no culpable.

¿Completamente inocente?

Absolutamente. Completamente.

Heinrich Mattes, *SS-Oberscharführer*. Nacido en 1902, en Wermsdorf, cerca de Leipzig. Se formó como sastre, luego cambió de profesión por la de enfermero. Su experiencia, al haber trabajado en instituciones psiquiátricas por toda Alemania, lo hizo apto para participar en el programa T4. Era fotógrafo *amateur*. Estaba en las SA desde 1934, miembro del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán desde 1937. En Treblinka entre 1942/43 controlaba el funcionamiento de las cámaras de gas. Era extremadamente arrogante y nervioso, no le costaba nada sacar el revolver. Lo trasladaron a Sobibor y a principios de 1944 a Trieste, donde trabajó como policía y guardia en San Sabba. Por los crímenes cometidos en Treblinka fue condenado en 1965 a cadena perpetua.

¿Cómo se llama usted?

Eliah Rosenberg.

¿Cuántos años tiene?

Ochenta.

¿Usted vivió hasta el año 1942 en Varsovia?

Sí.

¿Y el 11 de julio de aquel mismo año usted fue deportado a Treblinka?

Era verano. Hacía mucho calor. Tan pronto nos hicieron bajar, un prisionero en yiddish dijo a su amigo: Moše, coge esa escoba y empieza a barrer como un loco, es la manera de salvar tu cabeza. Y Moše cogió la escoba, entró en el vagón que se acababa de vaciar y empezó a barrer.

¿Y usted, qué hizo?

Pasaba por allí un SS. En una mano sostenía la larga *Peitsche* y con ese látigo hacía acrobacias en el aire. Separó a treinta hombres y les dijo que depositasen sus cosas sobre un montón y empezasen a clasificarlas. Separaban los zapatos en un montón, la ropa de niño en el otro, el oro en el tercero. Se trataba de montones enormes, tan altos como edificios. Aquí había de todo, juguetes, instrumentos, herramientas, medicinas, ropa, mucha ropa... Me introduje en ese grupo. Trabajamos hasta la noche.

¿Su madre y sus tres hermanas vinieron en el mismo transporte?

Sí. Las separaron hacia el lado izquierdo. Había mucho revuelo en el andén. Mataron a unas cuantas personas allí mismo, sin ninguna razón aparente.

¿Volvió usted a ver a su madre y sus hermanas?

No. Pero he podido descubrir dónde están enterradas.

¿En Treblinka?

En Treblinka.

¿Qué pasó el día siguiente?

El día siguiente volvimos a separar los objetos. Nueva ropa, nuevos zapatos. Luego vino el *SS-Scharführer* Matthes y dijo gritando que necesitaban a veinte voluntarios para un pequeño trabajo de diez minutos. Yo estaba justo al lado de Matthes, tuve miedo de que me pegara, así que me presenté voluntario. Entonces yo tenía diecisiete años. Nos llevaron al campo Treblinka 1, cerca de la entrada, que estaba camuflada con ramas de pino. Nos

acercamos más y entonces vimos una multitud de cadáveres. Y Matthes en seguida gritó: *An die Tragen!* Nosotros, como no sabíamos qué quería de nosotros corríamos alrededor de esos cadáveres, expectantes. Luego los judíos que ya trabajaban allí antes nos dijeron que de dos en dos teníamos coger un cadáver y cargarlo con una camilla. Y así transportábamos un cadáver detrás de otro, unos doscientos metros hasta la fosa común y los tirábamos dentro.

¿Qué profundidad tenía la fosa?

Unos siete metros de profundidad.

¿Transportaban cadáveres durante todo el día?

Durante todo el día. Desde las cámaras de gas hasta la fosa.

¿Y qué hacían más tarde? ¿Se deshacían de los cadáveres?

Sí, los incinerábamos. Algunos no lo podían soportar. Se suicidaban, se ahorcaban con su propio cinturón.

¿Usted presenció todo el proceso de aniquilación?

Sí, todo el proceso.

Descríbanoslo.

Las personas llegaban por la célebre *Himmelstrasse* desde Treblinka 1 hacia Treblinka 2. A lo largo de la *Himmelstrasse* estaban distribuidos los SS y los ucranianos con sus perros, látigos y bayonetas. Las personas avanzaban en silencio. Eso pasaba durante el verano de 1942. Ninguno de ellos sabía a dónde los llevaban. Después de haber entrado en las cámaras, los ucranianos abrían los conductos del gas. Cuatrocientas personas en un pequeño habitáculo. Casi no se podían cerrar las puertas detrás de ellos. Nosotros esperábamos delante de la puerta. Oíamos gritos desde dentro. Media hora más tarde, todos estaban muertos. Había dos alemanes encargados de controlar lo que pasaba dentro. Al final siempre decían: *Alles schläft*, todo duerme. Luego nosotros abríamos la puerta. Los cuerpos caían fuera como sacos de patatas. Estaban cubiertos de sangre, de orina, de deposiciones. Los cuerpos habían sufrido hemorragias en la nariz y en los oídos. Dentro de la cámara no había luz. Así que saltaban unos por encima de otros buscando una bocanada de aire. Intentaban reventar la puerta. Los más fuertes pisaban a los niños y a los débiles. Había cuerpos completamente desfigurados. Los cráneos de los niños aplastados...

¿Cuándo se decidió que los cadáveres debían ser todos quemados?

En febrero de 1943.

¿Alguno de los altos oficiales visitó alguna vez el campo?

En enero de 1943 vino Himmler. Ordenó que debíamos eliminar los cuerpos de la fosa. Extraíamos los cuerpos con una excavadora, luego los quemábamos.

¿Los transportes llegaban cada día?

Sí. Cada día hasta el invierno de 1943. A partir de entonces llegaban con menos frecuencia, como cada dos o tres días.

¿Cuántas personas estaban encargadas de sacar los cadáveres de las cámaras?

Más o menos doscientas.

¿Es verdad que los que llegaban a Treblinka eran asesinados el mismo día?

Sí. En un procedimiento muy breve.

¿Desde dónde llegaba la gente asesinada en Treblinka?

Al principio desde Polonia. Luego de toda Europa, de Bélgica, Alemania, Austria, Bohemia, Serbia, Holanda...

¿Y cómo lo sabe usted?

Al transportar los cadáveres podíamos encontrar documentos que la gente se había guardado en la vagina o en el ano. También hubo algún superviviente.

¿Qué se hacía con ellos?

Mientras recogíamos los cadáveres alguna vez encontramos debajo algún niño que había sobrevivido. Los alemanes disparaban al momento a todos los supervivientes.

¿Los ucranianos llevaban uniformes?

Sí.

¿Qué clase de uniformes?

Negros.

¿Iguales que las SS?

Los SS tenían uniformes verdes. Con la insignia de una calavera.

¿Todos los edificios tenían cámaras de gas?

En un edificio había tres cámaras, en el segundo cinco a un lado y cinco al otro lado. Recuerdo que una vez todas las cámaras estaban operativas simultáneamente. En cuarenta y cinco minutos entraron en ellas diez mil personas. Aquel día llegaron a Treblinka trece mil personas.

¿Las cámaras estaban herméticamente cerradas?

Sí.

Llamo ahora al testigo Avraham Lindwasser.

Yo soy Avraham Lindwasser.

¿Qué edad tiene usted?

Si estuviera vivo, ahora tendría ochenta y siete años.

¿Usted llegó a Treblinka con el transporte desde Varsovia el día 28 de octubre de 1942?

Sí.

Cuando usted llegó, ¿había en la estación un rotulo en alemán y en polaco?

Sí.

¿Qué estaba escrito en los paneles?

Estaba escrito: «Judíos, después de haberos bañado y cambiado de ropa, vais a continuar el viaje; estáis destinados a trabajos en las regiones del Este». Pero después de abrir los vagones de ganado, los guardias empezaron a gritar: fuera, fuera y nos pegaban con las porras. Nos reunieron a todos en una plaza y nos dijeron que debíamos entregar todo el dinero y las joyas, luego nos ordenaron descalzarnos. Nos ordenaron en filas de tres en tres y nos continuaban pegando. Luego un oficial de rango, con las insignias que

más tarde supe que significaban que era un *Hauptmann*, con gafas, preguntaba a cada uno por separado cuál era su profesión. Cuando llegó a mí, me miró y yo también llevaba gafas, unas gafas con montura de oro. Se acercó a mi cara y me preguntó: «¿Esta montura es de oro?». Y yo dije, sí, es de oro. Y él me preguntó a continuación: «¿Estás seguro de que sabes distinguir el oro de la plata? ¿Sabes algo de joyas?». Y yo le dije que sí que sabía y me dio un golpe con su porra. A mi lado estaba un judío que era ingeniero electrotécnico. A él también le dijo que saliera de la fila. Solo nos hicieron salir a nosotros dos.

¿Cuánta gente había en ese transporte?

Más de mil.

Cuando llegaron, ¿sabían ustedes dónde se encontraban?

No. Lo único que sabíamos es que el lugar se llamaba Treblinka.

¿Se hablaba en Varsovia sobre Treblinka?

Algo se oía decir.

¿Sabían que en Treblinka aniquilaban a los judíos?

No nos creíamos los relatos sobre el exterminio.

¿No se creían los relatos?

No era fácil creer que algo así fuera posible, un exterminio. Cuando el tren salió desde la estación de Malkinia hacía Treblinka, yo vi por la ventanilla cómo los trabajadores polacos de los ferrocarriles nos hacían señales: se pasaban el dedo índice por el cuello como si se lo quisieran cortar. Ese gesto lo entendí más tarde.

Cuando usted salió del tren, ¿vio algún cadáver?

Los vi.

¿Y?

Pensé que eran los cuerpos de las personas que habían muerto durante el viaje. Que los limpiarían y los enterrarían. Luego Matthes me llevó a un edificio en el *Lager 2* y me ordenó que empezara a arrastrar los cadáveres hasta la fosa.

¿Aquella misma tarde usted de nuevo vio al *Hauptmann* con las gafas?

Sí.

¿Qué dijo cuando vio que usted estaba arrastrando cadáveres?

Me dijo: «¿Por qué arrastras esos cadáveres? Tú que eres dentista no deberías arrastrar esos cadáveres».

¿Y es usted dentista?

No lo soy.

¿Y?

Me cogió por la manga, me cogió por la mano, me dio unos cuantos golpes en la espalda, eso lo quiero dejar claro, que él me pegaba constantemente y me llevó hasta un pozo. En el suelo al lado del pozo había cubos en los que había dientes de oro y alicates para sacar las muelas. Me dijo: «Coge los alicates y empieza a sacar las muelas de aquellos cadáveres que hay allí abajo». Los cadáveres estaban amontonados al lado de las salidas de las cámaras de gas.

¿Y desde allí los transportaban hasta la fosa?

Así es.

¿Usted sacó los dientes a los cadáveres hasta el día de la rebelión?

No exactamente. Estuve sacando las muelas durante un mes más o menos, quizás mes y medio, hasta el día que descubrí el cadáver de mi hermana.

¿Ella estaba allí, entre los muertos?

Sí. En aquel momento pedí al comandante del grupo, al doctor Zimmermann que me trasladara. Que ya no lo podía hacer.

¿Quién era Zimmermann?

El doctor Zimmerman era el capo de todos los dentistas.

¿Era judío?

Sí. Le pedí que me trasladara a limpiar los dientes. Eso se hacía en el barracón donde vivíamos. Le dije que yo ya no podía sacar las muelas.

¿Allí limpiaban los dientes?

Allí mismo se limpiaban los dientes.

¿Cuánto oro se obtenía en Treblinka cada semana a partir de los dientes extraídos?

Dos maletas de ocho o diez kilos de oro en cada una.

¿Dónde se llevaban esas maletas?

Matthes nos dijo que las llevaban a Berlín. Matthes supervisaba nuestros barracones, era uno de los comandantes del *Lager*.

¿En esas maletas había exclusivamente dientes de oro?

Los dientes de oro, los dientes postizos arrancados de las mandíbulas. Los dientes de porcelana.

¿Cómo llamaban los alemanes a los transportes de los judíos?

Para referirse a los cadáveres, uno tenía obligación de utilizar la palabra «Figuren», como si se tratara de muñecos. Y al transporte en sí le decían «die Scheisse», mierda o «die Lumpen» y cosas por estilo. Estaba prohibido utilizar palabras como «víctimas», «cadáveres» o «cuerpos». Todo esto era un secreto. Cuando Matthes enfermó de tifus y empezó a hablar delirando sobre crematorios y cámaras de gas, pusieron guardias al lado de su cama para que nadie en el hospital pudiera oírlo.

Gustav Münzerberger, *SS-Unterscharführer*, nacido el 17-8-1903. Trabajó como carpintero, primero en la empresa de su padre, luego en una fábrica de papel y también en el centro de eutanasia del palacete de Sonnenstein donde además ayudaba en la cocina y finalmente acabó siendo cocinero. Estaba en las SS desde 1938. 1942: Lubin; 1942-1943: Treblinka. Era el ayudante de Arthur Matthes en el manejo de cámaras de gas. Formaba parte del equipo que transportaba los cadáveres. En noviembre de 1943: Trieste y Údine. Fue detenido en 1963, en 1965 en el primer proceso contra los crímenes cometidos en Treblinka, fue condenado a doce años de prisión. A causa de su comportamiento ejemplar fue dejado en libertad en 1971. Murió en 1977. Su hijo Horst lo recuerda como un padre tierno.

August Miete, *SS-Unterscharführer*. Nacido en 1908. Miembro del Partido Nazi desde 1940. Implicado en el T4 (Grafenek y Hadamar) desde 1940 hasta 1942. En Treblinka desde junio de 1942 hasta noviembre de 1943. Apodo: «Ángel de la muerte». Era considerado uno de los SS más

cruels. Disparaba sin piedad, directamente a la cabeza, sin ningún motivo aparente. En 1965 lo condenaron a cadena perpetua. Murió en prisión.

Josef Hirtreiter, *SS-Scharführer*, nacido en 1900. Lo llamaban «Sepp». Tenía un bajo cociente intelectual. Repitió dos cursos en la escuela primaria. No fue capaz de pasar el examen de cerrajero. Trabajaba como peón de la construcción. Miembro del Partido Nazi desde 1932. 1940: Hadamer (lavaba platos), 1942-1943: Sobibor y Treblinka. Su especialidad: matar niños de uno y dos años. Durante la descarga de los transportes, atrapaba a los niños por los pies y los estampaba contra el vagón de ganado. Los niños morían al instante, con el cráneo rajado. En octubre de 1943 lo transfirieron a la unidad de policía de Trieste encargada de la lucha contra los partisanos. Lo detuvieron en 1946. En 1951, en el proceso de Frankfurt, fue condenado a cadena perpetua. A causa de una salud débil fue dejado en libertad en 1977. Seis meses más tarde murió en una residencia de ancianos de Frankfurt.

August Hengst, *SS-Unterscharführer*, nacido en 1905 en Bonn. Cocinero y pastelero. Miembro del Partido Nazi desde 1933. Involucrado en el T4 desde 1940. En el centro de eutanasia de Brandeburgo instaló una cocina para poder hacerse sus platos preferidos. En Treblinka hasta 1943 también cocinaba, luego lo trasladaron a Údine y después a San Sabba. Allí, aparte de preparar crepes para los prisioneros, horneaba pasteles para los administradores. Rainer estaba encantado con su tarta rellena de semillas de amapola y toda clase de *Strudel*. Después de la guerra abrió una pastelería cerca de Hamburgo y las amas de casa de la localidad se daban empujones para conseguir sus *croissants* con mantequilla. A causa de su mala salud tuvo que dejar el oficio y encontró trabajo como mensajero en el puerto de Hamburgo. Le gustaba llevar sombreros de ala ancha. Se desconoce la fecha de su muerte.

Karl Schiffner, *SS-Unterscharführer*, nacido Karl Kresadlo en 1901 en Weisskirhlitz, llamado hoy Novosedlice, en Bohemia. Acabó la formación como carpintero y la escuela de comerciantes. Estuvo en el ejército checo de 1921 a 1923. Después de la ocupación de Bohemia entró en las SA, más tarde en las SS «porque los uniformes negros son más hermosos». Estuvo en el centro de eutanasia de Sonnenstein hasta 1942. Hasta el final de 1943: Lubin, Bełżec, Sobibor y Treblinka. Después fue trasladado a Trieste, a la unidad policial encargada de la lucha contra los partisanos. Después de la guerra escapó a Carintia, el ejército británico lo detuvo y hasta octubre de 1945 estuvo en el campo de Usbach. De allí se fue a Salzburgo y allí se le pierde el rastro.

Fritz Küttner, *SS-Oberscharführer*, nacido en 1907. Durante muchos años fue agente de la policía alemana, en Treblinka fue supervisor del *Kamp* 1. Los prisioneros lo odiaban. Era un soplón. Espiaba y registraba a los prisioneros. Les pegaba bestialmente con su largo látigo y luego les confiscaba hasta la más mínima pertenencia personal (fotografías de familia, cartas, dinero) y los enviaba al temible *Lazaret*. Su apodo era Kiwe. Sabía aprovecharse de la debilidad de algunos prisioneros y los convertía en sus confidentes. Enviaba a los niños a las cámaras de gas, sin piedad. Después de Treblinka, fue trasladado a Trieste. Murió antes de que empezara el juicio.

Fritz Schmidt, *SS-Unterscharführer*, nacido en 1906 en Eibau (Alemania). En Sonnenstein y Bernburg fue guardia y conductor entre 1940 y 1941. En Treblinka a partir de 1942 conductor y

jefe del garaje; era el encargado de la maquinaria de las cámaras de gas. En 1943, Trieste. Los aliados lo detuvieron en Sajonia. En diciembre de 1949 fue condenado a nueve años de prisión, pero se escapó a Alemania Occidental y allí no le pasó nada. Murió en 1982.

Albert Franz Rum, *SS-Unterscharführer*, nacido en 1890 en Berlín. Camarero en un club nocturno y policía. Miembro del Partido Nazi desde 1933. Desde 1934 trabajó en el T4 de Berlín como fotógrafo. 1942-1943 en Treblinka. En otoño de 1943, cuando Treblinka se cerró y el *Lager* fue destruido, Franz Kurt le ordenó que con Willi Mentz matara a los treinta judíos que aún quedaban vivos, lo que él, evidentemente, hizo. Después de Treblinka fue trasladado a Trieste como ordenanza de Wirth. Fue condenado a tres años de prisión en 1965, pero murió antes de que la sentencia fuera firme.

Franz Suchomel, *SS-Unterscharführer* (subteniente), nacido en 1907 en Krumau, hoy Chequia. Sastre. Desde 1940 hasta 1942 implicado en el programa T4 de Berlín y Hadamar (departamento de fotografía). De 1942-1943: Treblinka. En Treblinka fue responsable de la estación de tren. Allí supervisaba los registros de las mujeres (desvestirse, examen ginecológico y corte de pelo) antes de llevarlas a las cámaras de gas. Más tarde fue el responsable de la unidad *Goldjuden* en la cual veinte prisioneros, judíos, básicamente todos joyeros, relojeros o banqueros, eran encargados de recoger y ordenar las joyas y el dinero confiscado. En octubre de 1943 fue enviado a Sobibor, después a Trieste. Fue detenido en 1963 y en el primer proceso contra los crímenes cometidos en Treblinka en 1965 fue condenado a seis años de prisión. Fue dejado en libertad en 1969. Murió en 1980, con la conciencia relativamente tranquila: no tuvo ni siquiera tiempo de escuchar su propio testimonio sobre Treblinka que Claude Lanzmann grabó con una cámara oculta para su película de nueve horas *Shoah*.

Henos aquí en Treblinka. Usted llegó a Treblinka en octubre de 1942. ¿El día exacto fue el 20 o bien el 24 de octubre?

El día 18.

¿Qué aspecto tenía Treblinka entonces?

Treblinka funcionaba a su máxima capacidad.

¿Su máxima capacidad?

Se estaba vaciando el gueto de Varsovia. Durante dos días llegaron tres trenes al día y en cada tren había tres, cuatro, cinco mil personas, todos procedían de Varsovia. Al mismo tiempo llegaban trenes de otros sitios. Es decir, que aquel día, el 18 de octubre de 1942, llegaron tres trenes. La batalla de Stalingrado estaba en pleno apogeo, de manera que algunos trenes llenos de judíos esperaban en las vías. Se trataba de vagones franceses, de vagones de acero, de una calidad superior. Llegaron a Treblinka cinco mil judíos, pero cuando abrieron los vagones, tres mil ya estaban muertos entonces. Algunos se cortaron las venas ellos mismos, otros simplemente murieron. Los amontonamos todos juntos, aquí, cerca de la rampa. Millares de personas, amontonados unos encima de otros. Como

troncos. Los que sobrevivieron estaban débiles y enloquecidos. Los dejaron esperar dos días más en la estación. Las cámaras de gas trabajaban de día y de noche, pero su capacidad no era suficiente para tanto material que se debía procesar.

¿Qué impresión tuvo usted al llegar a Treblinka?

De catástrofe total. No nos dijeron que en ese lugar se mataba a las personas. Nadie nos advirtió.

¿Usted no lo sabía antes?

No.

No me lo puedo creer.

Pero es verdad. Además, yo no quería ir a Treblinka. Eso se demostró en el juicio contra mí. Me dijeron: «Señor Suchomel, en Treblinka funcionan grandes talleres de sastrería y de reparación y producción de calzado y usted será responsable de todos ellos».

¿Usted sabía que Treblinka era un campo de concentración?

Sí. Nos dijeron que el *Führer* había ordenado la dispersión de la población. Que se trataba de un programa de dispersión, ¿entiende usted? Y que se trataba de una orden directa de Hitler, ¿me entiende?

¿De un programa de dispersión?

De dispersar a la población. Nadie hablaba de matanzas.

Me llamo Bronko Sukno. Soy uno de los pocos que sobrevivieron a Treblinka. Suchomel trabajaba en la sastrería. Recuerdo que un día llegó un transporte. Desde el tren salió una muchachita con una muñeca en los brazos. Suchomel intentó quitarle la muñeca, pero la madre no le dejaba. Disparó y la niña se desplomó.

¿Suchomel, qué dice usted sobre esto?

Se lo diré todo, pero por favor no me llame por mi nombre...

Es decir, usted llegó a Treblinka...

Llegué a Treblinka y el teniente Stadie me mostró el campo. Pasamos al lado de las cámaras de gas justo en el momento en el que alguien abrió la puerta y los cuerpos

empezaron a caer fuera como sacos de patatas. Claro que me sentí angustiado y aterrorizado. Volvimos a la entrada y me senté sobre mi maleta, me puse a llorar. Cada día ordenaban a un centenar de judíos que transportasen los cuerpos desde las cámaras de gas hasta las fosas comunes. Y a última hora de la tarde, los ucranianos acompañaban a ese mismo centenar de judíos hasta esas mismas cámaras de gas y los fusilaban sin más. Cada día igual. Hacía un calor espantoso. Aunque estábamos en octubre. El suelo se levantaba a causa de los gases.

¿Los gases eran provocados por la descomposición de los cadáveres?

Escúchenme bien, las fosas tenían una profundidad de cinco o seis metros y estaban llenas hasta arriba de cadáveres. El sol era fuerte. ¿Lo entiende usted? Era un infierno.

¿Y usted vio todo esto?

Sí. Solo una vez, el primer día. Vomité y lloré.

¿Lloró usted?

Sí. El olor era insoportable. Se percibía en los alrededores, a kilómetros de distancia. Las personas no paraban de llegar, no paraban nunca, había más y más, pero nosotros no teníamos un sistema adecuado para liquidarlos. Los dirigentes tenían prisa por vaciar el gueto de Varsovia. Las cámaras de gas eran demasiado pequeñas. Los judíos esperaban un día o dos a que llegara su turno. Ellos sabían lo que estaba pasando. Lo sabían. Hubo madres que cortaban las venas a sus hijas y luego se mataban a ellas. Otros se mataban con veneno. Todos podían oír los motores que llenaban las cámaras con el gas. En Treblinka el único gas que se utilizó fue el monóxido de carbono, en Auschwitz se utilizaba el *Zyklon*. Wirth ordenó que los trenes por un período breve dejaran de llegar. Vinieron al *Lager* los expertos de Belzec para ayudar en la eliminación de los cadáveres. Los cadáveres estaban dispersados por todas partes. Bajo esos cadáveres se formaban canales sépticos de decenas de centímetros de profundidad, llenos de sangre, de gusanos, de desechos. Nadie podía soportar limpiar aquello. Ni los judíos. Y Wirth ordenó que todos debían participar en la limpieza. Todos tuvieron que hacerlo, hasta los SS. Era terrible, la carne se desprendía de los huesos. Todo podrido. En septiembre de 1942 se construyeron nuevas cámaras de gas.

¿Quién las construyó?

Hackenholt y Lambert fueron encargados de supervisar la construcción. Los peones eran judíos. Y los ucranianos fueron los que fabricaron las puertas blindadas.

¿Qué capacidad tenían esas cámaras nuevas?

Construyeron dos cámaras nuevas, pero no derribaron las viejas. Cuando llegaban muchos trenes simultáneamente, se utilizaban también las cámaras viejas. Había cuatro o cinco a cada lado, no lo recuerdo bien.

¿Y cuántas personas cabían en las cámaras nuevas?

Tres mil en dos horas.

¿Cuántas personas había en cada cámara en un turno?

No lo sabría decir. Los judíos dicen que eran doscientas.

En Auschwitz la capacidad era mayor.

¡Auschwitz era una fábrica!

¿Y Treblinka?

Treblinka era una línea de producción de la muerte primitiva, pero eficaz.

¿Primitiva?

Sí, primitiva. Pero funcionaba de manera excelente.

¿Y qué era Belzec entonces?

Belzec era un laboratorio. El comandante de Belzec era Wirth. En Belzec las fosas estaban más que llenas. Los canales sépticos fluían por todo el campo. Llegaban hasta los comedores donde comían los SS, llegaban hasta sus barracones. Wirth intentó con su gente imponer orden en Belzec. Ordenó a Oberhauser, Franz y Hackenholt que pusieran los cadáveres personalmente en las fosas para demostrarles la falta que hacía el orden allí. Ellos no lo quisieron hacer y Wirth los consiguió convencer con su famoso látigo.

¿Y Kurt Franz?

Sí. Cuando Wirth terminó de hacer sus cálculos y sus planes, lo envió a Treblinka.

*Frei in die Welt geschaut
Marschieren Kolonnen zur Arbeit.
Für uns gibt es heute nur Treblinka,
das unser Schicksal ist.
Wir hören auf den Ton des Kommandanten*

*und folgen dann auf seinen Wink.
Wir gehen Schritt und Tritt zusammen für das,
was die Pflicht von uns verlangt.
Die Arbeit soll hier alles bedeuten
und auch Gehorsamkeit und Pflicht,
bis das kleine Glück
auch uns einmal winkt.*

¿Qué es lo que está cantando usted?

El himno de Treblinka.

Cántela usted de nuevo. En voz más alta.

*Con una mirada alegre y valiente,
Formando filas vamos a trabajar.
Lo que más nos importa es Treblinka.
Treblinka es nuestro destino.
Nosotros y Treblinka somos indivisibles.
Atentos a cada palabra de nuestro comandante,
Ser obediente y cumplir el deber es cuanto queremos,
Queremos servir y serviremos hasta que
Una porción de aquella pequeña
Fortuna nos toque a cada uno.
Nadie lo encuentra divertido.*

Usted quiso un relato y aquí tiene su relato. Creo que la letra fue escrita por Kurt Franz y la música la añadió Artur Gold, el famoso músico de Varsovia. Esta es una ocasión única para oír el himno. Nadie más lo recuerda. Ni un solo judío.

¿Cómo fue posible «procesar» a dieciocho mil personas al día?

Dieciocho mil. Es una exageración.

Pero es lo que está escrito en los informes.

No tengo ninguna duda.

Para poder liquidar dieciocho mil personas al día...

Se trata de una mera exageración, señor Lanzmann.

¿Cuántos, entonces?

De doce a quince mil. Trabajando todas las noches. En el mes de enero, los trenes empezaban a llegar a las seis de la madrugada.

Es decir que primero llegaron los trenes, ¿y luego?

Los trenes llegaban a Treblinka desde Malkinia. La distancia que las separa es de unos diez kilómetros. Treblinka es un pueblecito. En el auge de la acción llegaban entre treinta y cincuenta vagones diarios. Cada vez llegaban a la rampa del campo quince vagones, mientras los otros esperaban en la estación. Las aperturas en los vagones estaban protegidas con alambre de espino, nadie hubiera podido escapar. En los techos de los vagones hacían guardia los *cerberos* — los ucranianos y los letones. En la rampa delante de cada vagón había dos judíos de la Unidad Azul, encargados de meter prisa a la gente, vamos, más rápido, más rápido, todos fuera. Detrás de ellos estaban los SS y los ucranianos armados. Los efectivos de la Unidad Azul estaban distribuidos por aquí y los de la Unidad Roja, por allá. Allí mismo.

¿Y qué hacían los de la Unidad Roja?

Se llevaban la ropa. En la misma rampa, las personas se tenían que desnudar. Y los de la Unidad Roja eran los encargados de llevarse la ropa de allí.

¿Cuánto tiempo pasaba entre el desembarque y que se empezasen a desnudar?

Las mujeres por ejemplo una hora, hora y media. Para vaciar el tren entero, dos horas. En dos horas todo estaba acabado...

Dos horas desde la llegada hasta...

La muerte.

¿Todo estaba acabado en dos horas?

Sí. En dos horas, en dos horas y media, nunca más de tres.

¿Todo un tren?

El tren entero.

¿Y para un convoy? ¿Para diez vagones? ¿Cuánto tiempo se necesitaba para procesar diez vagones?

No lo sé. Los convoyes llegaban uno detrás del otro, ¿me entiende usted? Los hombres estaban sentados allí, esperando. Y nosotros en seguida empezamos a dirigirlos hacia el «tubo». Las mujeres iban las últimas. Ellas esperaban ahí, en grupos de cincuenta. Ellas esperaban ahí, un grupo de cincuenta, sesenta mujeres con niños, esperaban a que en las cámaras se retirasen los cadáveres de los que iban primero. Todos esperaban desnudos. En verano y en invierno.

Los inviernos en Treblinka debían de ser fríos.

Hasta menos cuatro o cinco grados. A nosotros, al comienzo, nos parecía un frío terrible. No llevábamos los uniformes adecuados.

Dentro del túnel debía de hacer aún más frío. Describa usted ese túnel.

Era ancho, unos cuatro metros, y cerrado por los dos lados con alambre de espino en el cual estaban enganchadas ramas de pino. ¿Lo entiende usted? Eso se llama camuflaje. Existía en el campo también una Unidad de Camuflaje, que consistía en doce judíos. Iban cada día a los bosques de al lado y traían ramas frescas. No era posible ver nada a través de ese vallado. Ni desde dentro ni desde fuera.

¿Ese túnel se llamaba «el camino hacia el cielo», *Himmelsweg*, no es verdad?

Los judíos lo llamaban el Día de la Ascensión.

¿Y luego? Las personas entraban en el túnel, completamente desnudas, ¿y luego?

Completamente desnudas. Aquí, ¿lo ve?, aquí había dos guardias ucranianos con látigos y aguijoneaban a todos los que se rezagaban. Repartían latigazos solo a los hombres. A las mujeres no.

Parece humano.

Las mujeres esperaban en el túnel. Podían oír el zumbido de los motores. Es posible que oyeran las súplicas desde dentro de las cámaras. Mientras estaban allí esperando sentían «el pánico de la muerte». Y cuando uno siente «el pánico de la muerte», los esfínteres se relajan, todo se relaja. El vientre se vacía por delante y por detrás. Le pasó lo mismo a mi madre cuando estaba muriendo. Se meo dentro de su propia cama. Pobre.

¿Su madre?

Sí. Así fue, allí donde estaban esperando las mujeres quedaban después seis filas de deposiciones. De deposiciones diversas.

¿Lo hacían de pie?

Es posible que de pie o bien agachadas. No lo vi nunca en persona. Lo único que vi fueron sus deposiciones.

¿Y eso es lo que les pasaba a las mujeres?

Sí, a las mujeres. Los hombres no tenían tiempo. Ellos eran azuzados para pasar el túnel lo más rápido posible. *Švidše, Švidše*, gritaban los guardias y repartían latigazos. No puedo pronunciar bien esa palabra, me faltan los dientes. *Švidše*, quiere decir más rápido. Y las mujeres tenían que esperar a que las cámaras se vaciaran.

Es decir, ¿ese era el procedimiento?

Sí. Todo tenía que hacerse con prisa, con mucha prisa. La Unidad Azul tenía que «acompañar» a los viejos y a los enfermos hasta el «ambulatorio» para que no obstaculizaran el flujo de las personas hacia las cámaras de gas. Los alemanes eran los que decidían quién estaba destinado al «ambulatorio» y quién acababa en la cámara. A algunos hasta los llevaban en camilla. Las mujeres viejas, los niños enfermos, los niños de las madres enfermas, los nietos de viejecitas débiles, esas personas eran destinadas al «ambulatorio». En el edificio del «ambulatorio» estaba la bandera blanca con la cruz roja, nadie se esperaba lo que les habían preparado, no protestaban. Hasta el «ambulatorio» conducía un pasillo protegido por un vallado que continuaba hasta las fosas. Hasta que no llegaban delante de las fosas, esas personas no podían ver los montones de cadáveres. Allí mismo tenían que desnudarse completamente y sentarse al borde de la fosa. Recibían un disparo en la nuca y se desplomaban dentro del precipicio. Dentro de la fosa había basura y restos de papel. Siempre había también fuego encendido. Las personas son un material combustible excelente.

En el año 1976, Haya empezó a construir un pequeño *dossier*, improvisado. Rellenaba fichas, las ordenaba, las cambiaba de lugar, las mezclaba como si de una baraja de cartas se tratara, «podría jugar al solitario con ellas» pensó y alguna vez hasta lo hizo. El archivo ahora se encuentra en mal estado, está lleno de fotografías rotas, de fotografías de personas que ya no existen en su mayor parte, pero había sido la obsesión de Haya: durante largos años estuvo completando su *dossier*, añadiendo pequeños detalles insólitos y noticias sobre hechos que le llegaron al cabo de dos, tres, cuatro décadas, noticias que ella misma consiguió sacar a la luz, que atrapó al vuelo como si fueran las flores secas de los olivos, como si se tratara de recoger los papeles levantados por un golpe de aire cálido. Nada tenía sentido, nada. Muchas carpetas de los archivos cayeron en el olvido, los dosieres de acceso restringido, en cambio, se iban abriendo muy poco a poco. La información llegaba con la escasez de las gotas que supuran de una tubería agrietada. Para ser juzgados en Trieste como «caza mayor» solo quedaban dos candidatos: Josef Oberhauser[14], el cervecero de Múnich, y el excomandante de San Sabba, uno de los dirigentes principales de la organización T4, abogado y *SS-Obersturmbannführer* (más o menos teniente coronel) Dr. Dietrich Allers. Pero Allers murió en 1975, un año antes del proceso, de manera que la causa contra él no tenía remedio alguno. Allers nació en 1910 en Hamburgo. Después de la guerra se dedicó a la abogacía hasta el año 1968, cuando fue condenado a ocho años de prisión que no llegó a cumplir hasta el final. Es decir, que todo ese alboroto, toda esa sed de justicia, fue en vano. Las autoridades italianas no pidieron la extradición de Oberhauser. Los acuerdos de extradición firmados entre Italia y Alemania establecían que solo se podía exigir la extradición de personas acusadas de crímenes cometidos después de 1948. Así que el proceso tuvo lugar en una sala literalmente vacía. En aquella sala para vistas, sin ningún acusado, los jueces hablaban, los periodistas hacían sus fotos —sin que nadie estuviera allí. Solemnemente, con una voz seria, se leyó el fallo al campesino sin estudios Josef Oberhauser, aunque allí no había ni rastro de Josef Oberhauser, ¿a quién leyeron entonces la condena? En Trieste, Oberhauser fue condenado a cadena perpetua mientras continuaba sirviendo cervezas en Múnich, sobre todo durante el *Oktoberfest*. Esa fiesta siempre lo ponía de un humor excelente. Tres años más tarde el gordo Oberhauser murió de infarto.

He aquí una carpeta que Haya no es capaz de cerrar de ninguna de las maneras. He aquí un nombre que sobresale siempre, aunque hayan pasado ya treinta años. Ese nombre, impreso bajo el número ocho sobre un trozo de papel de diario parece un nombre inocuo, parece un simple grupo de letras que construyen dos palabras cortas, Kurt Franz. Kurt Franz son un grupo de letras que no se dejan ordenar; unas letras que *en staccato* saltan fuera del marco y se clavan en el fondo de los ojos de Haya como una bala. Kurt Franz observa a Haya. Haya observa a Kurt Franz. Por aquel entonces, en 1976, los dos estaban rodeados de abismos. Los precipicios se estaban abriendo delante de él, debajo de ella, en todos los lugares a su alrededor. Haya se adentraba en esos lugares como si tuviera que entrar en la sala de espera del Hades.

¿Quién era Kurt Franz?

Kurt Franz no tenía lugar en el archivo de Haya. Su relato no se acabó en 1976. Su relato no se

acabó ni con la muerte de Kurt Franz, es más, con la muerte de Kurt Franz, el relato de Kurt Franz se amplió, se convirtió en una espera, en la larga espera de Haya, en la espera que llega hasta este mismo día de hoy. La espera de Haya es nuestra espera.

A finales de verano o al principio de otoño de 1942 llegué desde Belzec a Treblinka. Era de noche... Por todos lados se podían ver cadáveres. Cadáveres en descomposición. A esos cadáveres, los judíos los arrastraban por todo el campo. Y a los judíos los supervisaban los guardias ucranianos y a esos, los soldados alemanes... Primero me presenté en la cantina para hacer saber a Wirth que había llegado. Con él estaban Stangl y Oberhauser.

Kurt Franz, *SS-Untersturmführer*, nació el 17 de enero de 1914 en Düsseldorf. Era cocinero. Se formó en el hotel Hirschquelle, luego en el hotel Wittelsbacher Hof, pero no aprobó el examen del gremio para convertirse en profesional. Hizo el servicio militar entre 1935 y 1937. Era miembro de las *Waffen-SS* con el número 319 906. A finales de 1939 empezó su carrera como cocinero en el centro de eutanasia de Grafeneck. Cuando los trabajos en Grafeneck fueron completados, Kurt Franz fue trasladado a Hartheim, luego a Sonnenstein y finalmente a Brandenburgo. Cada vez cocinaba menos, pero fue promovido cada vez a cargos de mayor importancia.

Grafeneck era un palacete medieval en medio de la región de Wüttemberg, en una colina sobre la ciudad de Marbach. En esa ciudad nació Schiller y había allí un museo dedicado al escritor y una gran biblioteca. En Grafeneck el aire era puro, las noches eran frescas. A principios de 1930 una organización benéfica remodeló el palacete y lo convirtió en una institución para enfermos mentales. Luego, a finales de 1930, entraron en el palacete los oficiales de las SS, los miembros del programa *Aktion T4*, liderados por Viktor Brack. Visitaron las instalaciones para comprobar si era el lugar adecuado para sus intenciones. El entorno era hermoso y el *software* venía incluido. De manera que los SS confiscaron el palacete con todos sus inquilinos y se pusieron a trabajar. Rápidamente creció cerca del palacete un asentamiento de barracones. Los barracones fueron rodeados con una valla de cuatro metros de altura. En los barracones dormían los enfermos y en los barracones esos enfermos eran asesinados por los SS. Los SS jugaban con ellos. Experimentaban. En uno de los barracones los SS instalaron dos hornos crematorios móviles que calentaban el techo de manera peligrosa. Así que decidieron abrir el techo y dejar el barracón sin tejado. El humo que se elevaba hacia el cielo cubría el paisaje de color negro, la naturaleza se tiñó de negro, los árboles, la hierba, las flores, el cielo —todo era de color negro. Si los días eran soleados, el entorno se veía aún más negro. Las aves eran negras. La primitiva cámara de gas de ese barracón tenía capacidad para 75 personas por turno, pero el proceso se perfeccionó rápidamente. Los alrededores del palacete fueron rodeados con alambre de espino y el recinto estaba vigilado por guardias. Les ayudaban perros. En Grafeneck trabajaban los expertos. Había allí veinticinco enfermeras y enfermeros. Estaba allí el doctor Horst Schumann con sus colegas. Y Christian Wirth se convirtió en el administrador del recinto.

En enero de 1940, el Dr. Horst Schumann, *SS-Sturmbannführer* (mayor) fue nombrado responsable del «instituto» de eutanasia de Grafeneck. Una vez establecidos los procedimientos, el Dr. Host Schumann fue trasladado al «instituto» de Sonnenstein en Sajonia para establecer allí el programa de eutanasia. Schumann era miembro de la comisión médica que tenía la

responsabilidad de buscar a los prisioneros enfermos en Auschwitz, Buchenwald, Dachau, Flossenbürg, Gross-Rosen, Mauthausen, Neuengamm y Niederhagen y enviarlos a los centros de eutanasia que se estaban abriendo por todo el Reich.

En junio de 1941, el Dr. Schumann llegó a Auschwitz y escogió a 575 prisioneros enfermos para enviarlos a Sonnenstein, donde fueron eliminados con inyecciones letales de fenol. Schumann volvió a Auschwitz para comprobar su método «efectivo y barato» de esterilización masiva de mujeres y hombres con rayos x. Casi ninguno de los prisioneros que fueron expuestos a la radiación sobrevivió —murieron de hemorragias internas, de quemaduras, murieron durante las operaciones adicionales de extirpación de ovarios o de testículos, murieron de agotamiento, murieron en estado de *shock*. En Auschwitz, y seguramente en otros destinos posteriores, Schumann comprobaba la efectividad de un artefacto que no pudo patentar de ninguna manera, ah, qué le vamos hacer, los acontecimientos se sucedían con demasiada velocidad. El artefacto se utilizaba para recoger muestras de semen, era un pequeño supositorio rectal que estimulaba la próstata y provocaba la eyaculación. El Dr. Schumann abandonó Auschwitz en 1944. En octubre de 1945, el Dr. Schumann —¡qué bonito es ese nombre!— desembarcó en Gladbeck, en una pequeña ciudad industrial de la región del Ruhr y ocupó una plaza pública como médico deportivo. Un poco más tarde, el Dr. Schumann abrió un consultorio privado que estuvo en funcionamiento hasta el año 1951, hasta que fue reconocido en la calle por un superviviente — ¡qué desenlace tan tópico!— como criminal de guerra. El Dr. Horst Schumann evidentemente desapareció en la niebla. Trabajó tres años como médico en un transatlántico hasta que se instaló en Sudán. En Sudán se reunió con su mujer y tres niños inocentes de cabellos dorados. Cuatro años más tarde la feliz familia, pasando por Nigeria y Libia, llegó a Ghana. Y como la verdad siempre sale a la luz, el Dr. Schumann acabó en prisión en 1966, después de la muerte del presidente Kwame Nkrumah. Schumann lo apreciaba mucho por todo lo que el presidente hizo para el pueblo de Ghana. Ese hombre alto, de buena constitución, con manos bien torneadas y los dedos de artista, ese casi santo, que vivía en una provincia empapada de humedad en medio de Ghana, donde la malaria campaba a sus anchas, en la cual nunca dejaba de llover, en la cual las fiebres tropicales dejaban sin aliento, en la cual la miseria siempre estaba presente, ese humanista levantó en una aldea olvidada, en medio de esa África de Nkruman, un hospital con cuarenta camas. Vivía solo con su familia en un bungalow y para llegar a la ciudad más cercana hacían falta tres días de camino a pie porque no había allí carreteras. No pasaban muchos hombres blancos por aquellos parajes, pero cuando se presentaba algún visitante de piel pálida, el Dr. Schumann le mostraba su humilde consultorio. Le mostraba también las proclamas de la Organización Mundial de la Salud, que estaban colgadas en las paredes de manera visible y leía en voz alta que la obligación de todos los médicos era asegurar las condiciones para una vida sana y feliz a toda la humanidad.

El Dr. Horst Schumann dejó Ghana esposado por dos detectives porque Nkrumah, que lo había protegido, ya no estaba. ¡Oh, días felices!, ¡Oh, *schöne Zeiten*! Con esa exclamación recordaba el Dr. Schumann su episodio africano. Todas aquellas visitas de los viejos amigos de la Oficina de Hitler, las visitas esporádicas, acompañadas de manjares exóticos, del Dr. Helmut Kallmeyer, por ejemplo... Quizás era mejor no recordarlo. Fue detenido en 1966 y en 1970 el Dr. Schumann fue llevado delante del tribunal. Declaró que no se acordaba de nada porque sufría de hipertensión y durante el proceso se desmayó (quedó demostrado más tarde que quiso fingir un infarto), de manera que la administración de la prisión autorizó por razones humanitarias que siguiera el

tratamiento. A nadie le pareció incorrecto, ni a la opinión pública ni a los medios de comunicación. De manera que el Dr. Horst Schumann salió de la prisión para tratar su hipertensión y se instaló en Frankfurt. Durante doce años visitaba la Feria del Libro e iba a los conciertos de la orquesta sinfónica de la ciudad, durante los veranos paseaba por las calles y hacía excursiones a los alrededores. Cerca de la ciudad se encuentra Sachsenhausen, pero ese lugar el Dr. Schumann no lo visitaba nunca para evitar que la presión le pudiese subir de nuevo. De vez en cuando el Dr. Schumann se obsequiaba con salchichas típicas y eso es lo que al final le costó la vida: murió el día 5 de mayo de 1983 con setenta y siete años recién de cumplidos.

Las matanzas de Grafeneck duraron hasta mediados de diciembre de 1941. Se acabaron repentinamente. En Grafeneck ya no quedaba ningún paciente minusválido o enfermo mental; con éxito los mataron a todos, mataron a 10 654 personas. Grafeneck y sus alrededores estaban limpios y sanos de verdad. Grafeneck tuvo que ser excluido del programa de eutanasia. Se borraron las huellas, se eliminaron las vallas y las alambradas, la naturaleza reverdeció, el personal se fue de vacaciones, faltaba poco para que llegara la Navidad y empezara el tiempo de la bondad y de los regalos. Con el año nuevo llegó también el nuevo destino: Hadamar. En Hadamar fueron asesinados con gas 10 824 enfermos. Después de la guerra, del centenar de personas que fueron responsables del programa de eutanasia en Grafeneck, ocho fueron denunciadas y tres fueron condenadas a penas de prisión de entre dieciocho meses y cinco años. Cincuenta años más tarde, en 1990, en Grafeneck se colocó una placa conmemorativa con los nombres de los pacientes asesinados y de los otros «pacientes».

Sí, Kurt Franz. En Buchenwald, Kurt Franz todavía trabajaba de cocinero. En 1942 lo enviaron por un corto período de tiempo a Belżec y después a Treblinka. Treblinka se convirtió en su imperio particular. Después de la rebelión en octubre de 1943, Kurt Franz fue nombrado comandante del campo y fue él quien supervisó las últimas «operaciones con gas» y el cierre del campo.

¡No es cierto! ¡Yo no era el comandante del campo! En Treblinka tenía yo el grado de *Oberscharführer* y era miembro de las *Waffen-SS*, de manera que yo era responsable exclusivamente de la supervisión del campo. *Oberscharführer* es un cargo técnico y no el grado de un oficial. Mi conciencia está tranquila.

En Treblinka, Kurt Franz paseaba libremente, cabalgaba, iba a correr por las mañanas, cantaba, cantaba mucho. Kurt Franz era aficionado a la música, le gustaba especialmente la música de orquesta. Se mantenía en forma, cuidaba de su hermoso cuerpo. Y siempre iba acompañado por su fiel Barry. En Treblinka, Kurt Franz dejaba volar su imaginación, se inventaba pequeñas extravagancias y plantaba flores.

Plantábamos flores al final de todo, cuando ya estábamos preparando nuestra salida de allí. Ordené que las excavadoras aplanasen todo el territorio que había ocupado el campo. Plantamos lupino. ¿Perdón? El lupino es una planta perenne, florece de una manera hermosa. Sus inflorescencias de lejos parecen velas gigantes, hechas de flores. Si están plantadas encima de un césped cuidado, crean un magnífico paisaje floral. El lupino es ideal para crear grupos de colores diversos y crece bien a pleno sol. Las flores a mí me gustan mucho. Mi jardín está extremadamente bien cuidado.

Antes de que el campo cerrara, Kurt Franz mataba el tiempo matando a personas.

Eso es una mentira, pura mentira. Yo mismo he oído cómo Wirth explicaba de manera muy convincente a los judíos que los transportarían pronto a otros lugares y que por razones higiénicas se deberían primero duchar y su ropa debía ser desinfectada. En el barracón de desinfección había una barra larga de madera y allí los judíos dejaban sus pertenencias, las joyas, el dinero, cosas de esas, sin importancia. Wirth les decía que todas esas cosas les serían devueltas después de ducharse. Y los judíos aplaudían alegremente en señal de aprobación. Ese aplauso aún resuena en mi cabeza. Puedo afirmar que los judíos creyeron a Wirth.

A finales de 1943, Kurt Franz fue trasladado a Trieste con la misión de matar a partisanos y a judíos. De Trieste huyó en abril de 1945 hacia Austria, pero los soldados americanos lo cogieron y lo metieron entre rejas. Kurt Franz, con su enorme estatura, se escapó de la prisión y llegó a Austria, volvió a su Düsseldorf natal y allí trabajó bajo su propio nombre como peón en la construcción hasta que volvió a ejercer su profesión inicial de cocinero. Durante catorce años Kurt Franz se dedicó a la pesca deportiva, contaba a sus hijos cuentos de hadas, los domingos jugaba al fútbol y confeccionaba más y más álbumes de fotos con paisajes a todo color, fotografiaba a sus amigos, y a los animales. Rápidamente perdió el pelo y engordó. Pero eso no tenía importancia porque recuperó de nuevo sus días felices. En 1959, Kurt Franz fue detenido de nuevo y el 3 de septiembre de 1965, en el primer proceso de Düsseldorf sobre los crímenes cometidos en Treblinka, lo acusaron de haber asesinado al menos a 139 prisioneros y de haber colaborado en las matanzas de al menos 300 000 judíos. Fue condenado a cadena perpetua. Durante el proceso se utilizó como prueba inculpatória el material fotográfico que la policía encontró en el garaje de Kurt Franz, detrás de botellas vacías y llenas de polvo, detrás de las botas de goma sucias de barro que Kurt Franz utilizaba para hacer trabajos en su jardín de flores. El álbum llevaba una inscripción escrita con grandes letras: *Schöne Zeiten*, lo que se podría traducir como «los felices tiempos de antaño» o simplemente «los días felices», también podríamos decir que se trataba de expresar «la alegría de la vida», es decir que las imágenes testimoniaban una juventud.

Eso es lo único que Haya supo en el año 1976. Mucho más tarde, no antes de 2006, como una de esas sorpresas que la vida reserva a sus hijos más despistados, Haya supo que Kurt Franz fue puesto en libertad a causa de su frágil salud en 1993 y que murió en una residencia de ancianos en Wuppertal el día 4 de julio de 1998. Entonces la Cruz Roja le hizo llegar la fotografía de un hombre gordo y calvo que estaba sentado detrás de una mesa de madera. A su lado estaba una viejecita en una bata arrugada, sin peinar, también más bien gorda y con los zapatos sucios. La pared detrás de la fotografía del matrimonio estaba empapelada con motivos florales. De la pared colgaban pequeños trofeos de caza e insignias que parecían medallas. Haya no tenía ningún interés en esa fotografía. En el año 2006 ella ya había conseguido reunir un *dossier* amplio sobre Kurt Franz, un *dossier* que estaba al fondo de su cesto rojo como un recuerdo, ese hombre era como un tatuaje negro, profundo, grabado en su pecho, como la tapa bajo la cual su cerebro palpitaba cada vez con menos energía. Lo había apretujado dentro del pasado.

La Cruz Roja siempre llega tarde, o bien ni tan siquiera llega. Los voluntarios de la Cruz Roja tienen mucho trabajo en todo el mundo, los voluntarios de la Cruz Roja hacen muchas cosas, la

mayor parte de su actividad tiene que ver con acciones benéficas, de manera que les cuesta concentrarse en encargos precisos, trabajan de manera difusa, trabajan aquí y allá, pero «nunca adoptan ninguna posición firme». El imperativo de la Cruz Roja es preservar siempre la neutralidad en todo, de manera global. Una neutralidad hacia el pasado y hacia las personas. Desde hace sesenta años, cada 8 de mayo, la Cruz Roja envía una tarjeta postal a Haya para celebrar el día de la fundación de la organización. Le agradecen la confianza que ella depositó en la Cruz Roja y le reiteran que esperan poder contribuir a la resolución de «su caso». Envían la tarjeta conmemorativa sin comprobar siquiera si Haya Tedeschi sigue viva o muerta. Haya, y eso también es interesante, no considera que el caso de la desaparición de su hijo Antonio Tedeschi sea «su» caso, porque no fue ella quien presentó la denuncia, sino que esa llegó a las oficinas de la Cruz Roja por una serie de circunstancias digamos que históricas. La Cruz Roja contactó a Kurt Franz dentro de la prisión y fuera de la prisión. Pero Kurt Franz nada sabía sobre Antonio Tedeschi. «El apellido Tedeschi me resulta del todo desconocido», dijo Kurt Franz mientras movía en las manos la hoja de bautismo que los empleados de la Cruz Roja le trajeron como prueba. «Además», dijo Kurt Franz, «*Tedeschi ist en jüdischer Name*, Tedeschi es un apellido judío; ¿De verdad creen ustedes que yo hubiera arriesgado mi vida a causa de una judía?».

Al noroeste de Kassel y al este de Dortmund se encuentra la pequeña ciudad llamada Bad Arolsen. En un palacio barroco, situado en medio de un bosque frondoso, se podría pensar que escondido intencionadamente de las vistas, en la dirección de Grosse Alle 5-9, tiene su sede el archivo más grande del mundo sobre la Segunda Guerra Mundial. Desde hace más de cincuenta años un ejército de 430 personas ordena, copia, digitaliza, registra, analiza y clasifica los documentos sobre el Tercer Reich con la esperanza vana de que sesenta años más tarde alguna pequeña pieza de la historia se pueda aislar y separar de las otras. En Bad Arolsen tiene su sede el Servicio Internacional de Rastreo (International Tracing Service) que continua recibiendo medio millón de solicitudes al año relacionadas con personas desaparecidas o muertas, con separaciones forzosas, con traslados forzosos, con personas a quienes les fue robado su patrimonio o que fueron asesinadas, con niños y adultos. Parece que los buscadores no pueden desistir, que los que buscan nunca mueren. Parece ser que el pasado no se puede obviar, parece ser que las pesadillas de los muertos continúan deambulando por todo el mundo.

Pocas personas tienen conocimiento de la existencia de Bad Arolsen, pocos saben de la existencia de su archivo enorme, operativo, que contiene información que en segundos podría dar paz a muchos e inquietar a tantos otros —si esos archivos fuesen accesibles al público. Por las manos de los funcionarios de los Servicios Internacionales de Rastreo pasan diariamente las vidas de personas con sus nombres reales o ficticios, con nombres añadidos o borrados, vidas con identidad y sin ella, vidas con sentido y vidas que perdieron todo el sentido, no tiene importancia, todas esas vidas son vidas perdidas. Vidas que en un punto se desviaron. En el palacio barroco de Bad Arolsen, en las enormes estanterías móviles que llevan los nombres de los campos de concentración, nombres de las ciudades, nombres de las batallas, nombres de las regiones, ordenados alfabéticamente, se encuentran relatos no acabados, destinos cautivos, grandes y pequeñas historias personales, el pasado hecho carne. Allí hay personas que esperan sentadas, quietas, como fantasmas a que llegue la hora de su gran misión de liberación, esperan la celebración de una eucaristía después de la cual podrán finalmente dormir tranquilos o bien elevarse hacia el cielo. Bad Arolsen, el archivo más grande del mundo de las atrocidades, preserva los trocitos, los restos desechados de los diecisiete —hay que decirlo con el número

también— de los 17 millones de personas recogidos en 47 millones de hojas de papel, recogidos en veintidós campos de concentración y sus centros satélites, en las fábricas, en las instituciones diversas, en los guetos, en las prisiones, en los estados mayores de los ejércitos, unos y otros, en los hospitales y en los historiales médicos (la historia del dolor), en los laboratorios (experimentos), en los institutos, en los archivos locales, en las oficinas policiales y en sus ficheros, allí están recopilados los detalles de los asesinatos cometidos en los procesos políticos, criminales y raciales, aquí hay datos de los asesinatos cometidos «por causas de salud pública», allí está todo lo que los aliados consiguieron reunir después de la capitulación de Alemania. Primero todo esto fue guardado en Londres, luego en Frankfurt y a partir de 1952 encontró su emplazamiento final en Bad Arolsen.

En Bad Arolsen, en esa «biblioteca» del horror, en esa cocina de los alquimistas enloquecidos, las vidas pequeñas de la gente pequeña salen a la luz al cabo de sesenta años. Esas personas agitan sus tarjetas de deportados, muestran sus fotografías familiares roídas, amarillentas y agrietadas, muestran sus cartas escritas con prisa, sus diarios, sus certificados de bodas y de bautizo, muestran sus certificados de defunción, sus dibujos, sus poemas, sus cartillas de racionamiento para la comida y la ropa, muestran todo lo que podría sustituir su grito mudo, lo muestran: «Nosotros sí que existimos, ¡encontradnos!».

En Bad Arolsen, en un departamento especial, se guardan los datos sobre los niños desaparecidos. Información sobre los niños desaparecidos durante la Segunda Guerra Mundial, información sobre los 250 000 niños desaparecidos durante la Segunda Guerra Mundial. Hasta el día de hoy menos de 50 000 niños encontraron a sus familiares, encontraron lo que *resta* de sus familias, es decir que encontraron como mucho sus raíces. En cambio unas 200 000 personas —lo que significa una ciudad entera de tamaño medio— no tiene ni idea de quiénes son. Algunos de ellos sí se preguntan de dónde son, los otros viven pensando ser quienes no son y no se preguntan nada, ni se imaginan que podrían ser quienes no se imaginan que son, una persona completamente extraña y lejana. Y luego un buen día, cuando hayan pasado dos, tres, cuatro, cinco, seis décadas, cuando esos niños ya no sean niños sino unos viejos, un buen día llega a esos niños envejecidos, propulsada por una suave brisa, la noticia «feliz», el «reconocimiento» en forma de un trocito de papel blanco, un documento, un certificado con el sello (de Bad Arolsen) que les informa que ellos como tales no existen porque aquella persona que ellos piensan que son, no es la que son. Ellos son alguien completamente distinto, son una persona cuya existencia hasta aquel mismo momento desconocían —y ahora ese desconocido se convierte en ellos mismos. En Bad Arolsen se guardan en un departamento especial los datos sobre los niños y los recién nacidos que fueron asesinados o bien robados a sus padres no arios y entregados a «arios puros» para ser educados y cuidados por ellos. Los datos informan sobre niños que perdieron a sus padres para siempre. En la mayoría de los casos los progenitores ya no existen. Y la verdadera identidad de la mayor parte de esos niños dejó de ser relevante, incluso para ellos mismos.

El palacio barroco de Bad Arolsen guarda en sus entrañas una ciudad de papel, la guarda, la nutre, la limpia y la ordena. Esa ciudad de papel parece la maqueta de Europa hecha de pasta de papel. Aquí el *papier-mâché* es la substancia de la vida, las tragedias están prensadas sobre un trozo de papel, los dramas atroces han sido aplanados para que quepan sobre un trocito de papel amarillento.

Pero la información que se guarda en Bad Arolsen está a disposición exclusiva de los que tienen un lugar de trabajo en las oficinas del palacio barroco de Bad Arolsen y de los empleados

de la Cruz Roja Internacional. Solo ellos tienen permiso para pasearse, en nombre de las víctimas y de sus hijos, por los pasillos renovados de los Servicios Internacionales de Rastreo. Ellos sí pueden comerse un pastelito aún caliente en los pequeños cafés que hay en los alrededores de la institución para que el ambiente de trabajo sea agradable y se consiga mayor eficacia. La Cruz Roja es lenta, es tan lenta como el funcionamiento de las Naciones Unidas, que no están precisamente unidas. La Cruz Roja necesita de tres a treinta años para llegar a obtener alguna información confirmada, un dato concreto, que muy a menudo resulta irrelevante. Pero la tarjeta que cada 8 de mayo recuerda a sus afiliados que aquel es el día de la Cruz Roja, se envía con regularidad a los conocidos y a los desconocidos, a los vivos y a los muertos, a los que necesitan los servicios de la Cruz Roja Internacional y a los que no, se envía con un pequeño recordatorio: «Nosotros pensamos en usted, nosotros trabajamos para usted». Para todos los demás, para los historiadores, los periodistas, los sociólogos, los escritores, para todos los demás, todos, y especialmente para aquellos que tengan un interés personal, los que podrían encontrar alguna luz en esos oscuros pasillos de la historia, para todos ellos el acceso al palacio barroco de Bad Arolsen está prohibido. No hay discusión posible. El palacio barroco de Bad Arolsen es un palacio barroco fuertemente vigilado. Con la excusa de que están protegiendo la privacidad de las víctimas, Alemania desde hace cincuenta años protege su propio rostro. Igual que Italia. Como muchos otros países, unos pequeños, otros grandes, unos poderosos, otros débiles, en todos los continentes de nuestro bello planeta.

De vez en cuando del palacio de Bad Arolsen llega a la opinión pública algún dato curioso. Por ejemplo, mientras se buscaba a la familia de un señor llamado Weiss, los empleados de la Cruz Roja Internacional encontraron por casualidad el *Libro de los Muertos* del campo de Mauthausen, donde estaba escrito que el 20 de abril de 1942, durante la fiesta de cumpleaños de Hitler, mataron de manera extraordinaria a trescientas personas y después prosiguieron con la celebración.

Durante veinte años Alemania intentó evitar la apertura de los archivos de Bad Arolsen. La Cruz Roja Internacional declaraba con orgullo que ellos habían abierto sus archivos a la consulta del público diez años antes, pero callaron que durante los cincuenta años anteriores sus archivos también eran *secretos*. Hubo, pues, tiempo suficiente para «reorganizar» los datos, para borrar y destruir las pruebas que pudieran poner en tela de juicio la (in)actividad de la Cruz Roja Internacional durante la guerra. Todos protegen sus espaldas, todos aquellos que se lo pueden permitir, y la Cruz Roja Internacional también. Y también la Iglesia, la que más, la católica.

En abril de 2006 todo dio un giro. Después de años y años de negociaciones, Alemania, Estados Unidos, Francia, Bélgica, Gran Bretaña, Israel, Grecia, Holanda, Polonia, Luxemburgo e Italia, los once países que en 1946 firmaron el acuerdo sobre la fundación de un archivo protegido con los materiales confiscados al Tercer Reich, alcanzaron algo parecido a un consenso. Alemania aceptó abrir las puertas de Bad Arolsen, pero no inmediatamente. Alemania pidió más reuniones, más tiempo de reflexión, más equilibrios. La información sobre la apertura al público de los archivos de Bad Arolsen la encontró Haya en los periódicos *L'Unità* y *Corriere della Serra*. Era una noticia breve, impresa en el margen inferior de la página cinco del *L'Unità* y en la seis del *Corriere della Serra*, que eran los periódicos que ella habitualmente leía. Haya acostumbraba a leer muchos periódicos, Haya acabó teniendo experiencia de cómo tratar con los periódicos. Haya recortó la noticia sobre la apertura de los archivos alemanes y la puso sobre la mesita bajo la ventana. «Falta solo un poco más», se dijo. «Solo un poco más y ya podremos ir a Bad Arolsen».

No había nadie al lado de Haya para decirle, cuidado, Haya, poco a poco, es demasiado pronto para hacer el equipaje; Bad Arolsen todavía tiene el acceso restringido y tú ya eres vieja.

No le importaba. Después de haber leído sobre la posibilidad de que pronto los archivos de Bad Arolsen se abrieran al público, Haya decidió: «Voy a volver entre la gente. Es verano. Prepararé una pequeña cena para mis amistades más cercanas». Sí, Haya era una señora mayor y para preparar una cena necesitó tiempo. Durante una semana entera Haya fue comprando comida, botellas de Merlot y de Picolit, verduras frescas, fresas, ¿cómo no?, compró jamón, *il prosciutto di San Daniele*, en su casa no había harina, no había azúcar, compró espárragos, *gli asparagi della Bassa friulana*, no tenía aceite, compró guisantes pequeños y compró patatas nuevas, y *fagioli e le patate della Carnia*, compró quesos, el que más le gustaba era *il formaggio Montasio*. Haya no comía mucho, lo que más unas simples tostadas. El día de la cena hizo que el pescadero Giovanni llevase a su domicilio unas truchas de río recién pescadas, unas truchas suculentas, gordas, *le trote del Natisone*. ¡Oh, eso sería un festín! ¡Un festín después de tantos años de contención! Haya sacó las copas especiales, acabadas con un orillo de oro, las lavó y secó a conciencia hasta que brillasen. Haya sacó los cubiertos de plata. Y también vino Carla y Carla limpió la casa, los cristales brillaban, los suelos brillaban, en el aire se percibía alegría, una alegría que había abandonado esos espacios tiempo atrás. Los rayos de sol quedaron impregnados de esa alegría, la luz parecía que bailara, la luz bailaba como las moscas enloquecidas antes de la tormenta. Y Freddy, Freddy también vendría de visita y ella se adornaría sus cabellos morenos, pesados, con una cinta de terciopelo negro.

Nadie vino a la cena.

Todos estaban ocupados. Todos se excusaron, tenemos obligaciones, dijeron. Fanny estaba ocupada, Igor estaba ocupado, Albina estaba ocupada, *Frau Helga*, conocida con el apodo «Hitlerchen», también estaba ocupada, don Sebastian ocupado, Olga estaba ocupada... ¿A quién más había invitado? No lo podía recordar en aquel momento. Había invitado a Roberto, sí a Roberto lo había invitado y Roberto también estaba ocupado. Todos sus invitados, sus doce invitados estaban ocupados, todos tenían obligaciones. Haya no podía recordar de qué clase de obligaciones se trataba, pero seguro que eran obligaciones sin mucho sentido, sí. Ella no recordaba *por qué* estaban ocupados, no recordaba a causa de *quién* estaban ocupados. Nadie vino a su pequeña celebración, a aquella última cena de una ermitaña, a celebrar su decisión de regresar entre los vivos.

Y qué más daba. Estaba bien así. Bad Arolsen se abriría y ella viajaría a Bad Arolsen.

«Arolsen se abrirá y yo iré a Bad Arolsen», decía Haya. Y también decía: «Me gustaría llamarme Babette porque Babette sabe qué significa la pasión. Los manjares y las fiestas no son más que engaños», decía, «solo quien espera sabe apreciar el tiempo, solo la espera nos acerca a la eternidad».

Qué importancia tiene Sion, qué importancia tiene la salvación de Dios. Meros engaños. ¿Cómo puede imaginar, ese Dios, sea el Dios judío o el Dios cristiano, que la pasión de uno solo pueda traer la salvación?, ¿que la pequeña pasión de uno solo pueda superar la muerte?, ¿que la muerte de uno solo pueda erradicar el cementerio que ella llevaba en su pecho? ¡Ja! ¿Reconciliación? ¿Que una cena, sea pequeña o sea solemne, no importa, pueda traer la liberación? ¿Cómo? ¿En una bandeja?

—Escúchame Haya, yo sobre esto no sé nada. Es exactamente como dices, la salvación es en

términos humanos inalcanzable. ¡Pero Dios es capaz de todo! Se trata de la lucha por la fe que, eso sí se puede decir, significa luchar para dejar abiertas las posibilidades. La posibilidad es lo único que nos puede salvar... La capacidad de invención de la imaginación humana es suficiente sin más para crear, para abrir la posibilidad. Y, en definitiva, lo que quiero decir es que cuando se trata de la fe hay que estar convencido de que para Dios todo es posible.

—Déjame en paz, Kierkegaard. No quiero hablar contigo. Esa pequeña derrota gastronómica no es más que un tropezón. No estoy triste. Soy demasiado vieja para la tristeza.

—La desesperación no es una característica de los jóvenes, nadie se puede librar de ello como si «superara una ilusión». Las ilusiones nunca se pueden dejar atrás, nadie está tan loco como para creerse eso. Es al revés, muy a menudo es posible encontrar personas mayores, hombres y mujeres, que tienen ilusiones de niño, más grandes que las de cualquier joven. Pero hay que distinguir dos tipos de ilusiones: unas tienen forma de esperanza, otras tienen forma de nostalgia. La juventud se consume en ilusiones de esperanza, la vejez en la ilusión de la posibilidad del recuerdo.

—Mis recuerdos no son ninguna ilusión. Mis recuerdos no pertenecen al pasado. Mis recuerdos son mi presente.

—Ese presente-pasado tuyo quizás sea algo que tenga que ver con el arrepentimiento. Para que se pueda producir el arrepentimiento, primero hace falta haberse desesperado completamente. Hace falta haber tocado los cimientos de la vida espiritual. Y eso es difícil. Los jóvenes se desesperan por lo que vendrá, viven su vida *in futuro*. Tú te desesperas a causa del pasado que te resulta una vida *in praeterito*.

—Me desespero porque recuerdo. Déjame sola, Kierkegaard. No ves que mi tiempo ha cerrado el círculo. El pasado es la realidad. El pasado son los hechos. El pasado es un *fait accompli*. El futuro, en cambio, abre las posibilidades. Piensa un poco sobre esa lógica temporal. A mí me va bien, sé vivir con mi desesperación. Y también con mi soledad.

—Sí. La gente de esa especie insensata, que solo charlotea, ese rebaño indivisible, nunca siente la necesidad de estar sola. Ellos mueren, como los agapornios, al quedarse solos. Por eso, tú tienes que proteger tu desesperación.

—Lo sé. Es lo que tú siempre me dices. «La desesperación es una enfermedad de la que se muere, pero ella no puede morir. Es una enfermedad mortal». Hablas mucho, Kierkegaard. Yo ya no tengo ninguna necesidad de utilizar palabras. Me bastan los números y alguna letra, todo lo que necesito lo encuentro en las fórmulas matemáticas, eso es todo.

—*May I say something?*

—¿Quién eres tú?

—Yo soy Pound, el poeta loco.

—¡Adelante Pound! ¡Adelante, respóndele a Kierkegaard!

[...] Y los subvertidores del idioma

.....n y la pandilla de la prensa

Y los que habían mentido a sueldo;

Los pervertidos, los pervertidores del idioma,

Los pervertidos, que han antepuesto el deseo del dinero

A los placeres sensuales;

[...]

*El fangal de mentirosos no amables,
Atascadero de estupideces,
Estupideces malévolas y estupideces,
El suelo de pus vivo, lleno de gusanos,
Cresas muertas engendrando vivas,
Dueños de barrios bajos,
Usureros exprimiendo ladillas, alcahuetes de la autoridad,
Pets-de-loup, sentados en montones de libros de piedra,
Oscureciendo los textos con la filología,
Ocultándolos debajo de sus personas,
El aire sin refugio de silencio,
El garete de los piojos, en dentición,
Y sobre todo la falsa oratoria,
El eructar por el culo de los predicadores.
Y Envidia,
Corruptio, foetor, fungus,
Animales líquidos, osificaciones derretidas,
Podre lenta, combustión fétida,
Colillas de cigarros masticadas, sin dignidad, sin tragedia,
.....m Episcopus, tremolando un condón lleno de escarabajos negros,
Monopolizadores, obstructores del conocimiento.
Obstruccionistas de la distribución.*

A partir de 2006, Haya básicamente dejó de hablar y solo escuchaba a los fantasmas. Y esperaba.

Estaba delante del «baño» y vi bajo los árboles una pequeña orquesta: tres judíos con estrellas amarillas en el pecho cantaban y otros tres tocaban el violín, la mandolina y la flauta. A los SS les gustaba la música, les gustaba que se les cantara y se les tocara música. De noche, ellos también cantaban en su club. El club de Treblinka se llamaba Casino. La pequeña orquesta tocaba los éxitos más recientes, Artur Gold tocaba su propio tango, el famoso *Flores de otoño*. Al ritmo de *Flores de otoño* la gente iba caminando hacia las duchas, el violín les marcaba el paso y los SS sonreían felices.

Era el año 1942. En el campo celebraban el primer aniversario del inicio de la guerra. La noche del 31 de octubre al 1 de noviembre los judíos cantaban y bailaban para los alemanes. Al día siguiente esos judíos ya no existían. Murieron con una canción en la boca. Me llamo Abraham Krzepicky y escapé de Treblinka a finales de 1942. Luego fallecí en Varsovia, durante el año 1943. Tenía entonces veinticinco años.

En el campo había muchos instrumentos musicales, pero no había suficientes músicos. Los músicos desaparecían en «las duchas». Al *SS-Hauptsturmführer* Stangl le gustaba el

jazz, de manera que decidió formar una orquesta. Al volver de sus vacaciones, trajo una colección de címbalos. Kurt Franz ordenó a los sastres que hicieran para los miembros de la orquesta trajes blancos con lentejuelas azules en las solapas y los cuellos. Y con el mismo material también unos lazos enormes, azules, como de disfraces, en forma de mariposas. Gold salió al escenario vestido con un esmoquin blanco, llevaba una camisa blanca, unos pantalones planchados impecablemente, en los pies, zapatos de charol. Bajo los focos, sus solapas azules y su cuello azul brillaban. Daba toda la impresión de encontrarse en un cabaret de Varsovia. Los oficiales de las SS apreciaban a Gold. Y a los prisioneros, Gold les gustaba. Por sus cuarenta y cinco años, en el taller se preparó una pequeña celebración y aquella misma noche, Gold tocó para los SS en su Casino. Y fue entonces cuando Kurt Franz ordenó: «Usted va a poner música al himno de este campo de concentración». La música fue escrita por Gold, la letra por el checo Walter Hirsz. Los dos fueron asesinados poco después. El himno se llama *Fester Schrit*, «Con el paso más firme». El himno se tocaba en la formación de filas de la tarde, mientras los prisioneros estaban obligados a hacer gimnasia en el patio. Al final de la sesión, los prisioneros tenían que volver a cantar su himno y Kurt Franz gritaba que cantasen con más fuerza: «*Lauter, lauter!*» Kurt Franz fue un gran aficionado a la música mientras estuvo en el campo de Treblinka. En el campo de Treblinka había mucha vida.

Me olvidaba de decir que me llamo Oscar Strawczynski. Llegué a Treblinka el día 5 de octubre de 1942. Yo era herrero y para los herreros en Treblinka había trabajo. Y cuando no trabajaba de herrero, entonces me empleaban separando piezas de ropa. Participé en la rebelión. Pude salvar a mi hermano y a mi hermana. Todos los demás miembros de mi familia fueron asesinados, mi madre, mi padre, mi abuela, mi abuelo, los hermanos de mi madre. Todos. Algunos de ellos en Treblinka, los demás en Auschwitz. Después de huir de Treblinka, me uní a los partisanos. Fui testigo de cargo en el juicio de Düsseldorf de 1965. He muerto en Montreal en el año 1966.

Yo me suicidé.

Me llamo Richard Glazar. Me suicidé en Praga en 1997.

Sobreviví a los *Lager*. Me liberaron los americanos. Fui testigo en los juicios contra Kurt Franz, Stangl y sus compañeros. Estudié en Praga, en París y en Londres. Después de la Primavera de Praga dejé Checoslovaquia y durante años viví en Berna.

Durante la primavera y el verano de 1943, los transportes empezaron a ser menos frecuentes. Kurt Franz dijo: «Los domingos por la tarde ya no vamos a trabajar. Vamos a organizar un espectáculo como en un cabaret. Vamos a tocar música, vamos a cantar, vamos a presentar números de humor y de vez en cuando también podemos hacer un poco de boxeo», eso es lo que él dijo. A Kurt Franz el boxeo le gustaba mucho.

«Vamos a hacer un poco de boxeo», dijo Kurt Franz a un prisionero. A Kurt Franz le pusimos el apodo *Lalka*. *Lalka* significa «Muñeca» en yiddish. Y ese prisionero en cuestión era un boxeador profesional de Cracovia, debía de tener unos veinte años. Los soldados le colocaron los guantes al prisionero. *Lalka* solo quiso ponerse un solo guante, el derecho. Dentro de ese guante escondió un pequeño revolver. Sonreía.

«¡Ahora! ¡Empieza ya!», gritó un SS situado detrás de *Lalka*. Con la mano levantada, con la

mano dentro de su guante, *Lalka* se acercó al prisionero como si quisiera empezar el duelo y luego le disparó la bala directo entre los ojos. El boxeador se desplomó, muerto en el acto. Es así como Franz hacía sus combates de boxeo. Mi nombre es Jacob Eisner.

Yo me llamo Strawczynski. Me gustaría añadir algo. ¿Ustedes recuerdan a Wolowanczyk? Era el hombre más temido entre los criminales de Varsovia. Alto, rubio y fuerte, mucho más fuerte que Franz. Un tío peligroso. No tenía más de veinte años. Murió durante la rebelión. Una vez Franz, *Lalka*, decidió organizar un combate de boxeo contra él. Pero Wolowanczyk era ágil y rápido y le esquivaba todo el rato. *Lalka* perdió los nervios de una manera francamente peligrosa. Cogió a Wolowanczyk por el cuello de la camisa e intentó golpearle en la cabeza, pero el joven se tiró al suelo y el puño de Franz no le tocó. Este perdió el equilibrio y se cayó al suelo encima de Wolowanczyk. Ah, eso le sacó de quicio. Tiró contra el joven piedras y ladrillos, le volvió a tirar al suelo, le dio patadas histéricas y le pegó con su látigo como un loco. Yo todo eso lo vi desde el tejado del barracón y estaba seguro que Wolowanczyk estaba muerto, que Franz había acabado con él. Pero qué va. Wolowanczyk se levantó, se sacudió el polvo y se fue como si nada hubiese pasado. ¡Glazar, vuelve a explicar tu parte, ahora!

Las audiciones para los conciertos se hacían en los pasillos de delante de las cámaras de gas. Una tarde soleada nos reunieron y nos hicieron formar. Los SS, metidos en sus uniformes estrechos, estaban sentados en un semicírculo, detrás de ellos estábamos nosotros, de pie, con las cabezas rapadas, vestidos con nuestros harapos; estaban allí de pie también los guardias, de pie estaban también quienes transportaban cadáveres, los sastres, los zapateros, los tapiceros, los cocineros, los lavanderos, los escribanos, los contables, los médicos y los sepultureros. Nosotros, los prisioneros, estábamos detrás de los señores de las SS y nuestras espaldas estaban protegidas por soldados con los fusiles preparados para disparar. Artur Gold y sus chicos, todos vestidos con americanas blancas con amplias solapas azules tocaron el himno del campo, después del cual *the show may begin*. Stangl estaba sentado en el centro, él era el jefe del campo. Su pie marcaba el compás y los golpecitos de su látigo contra las botas relucientes acompañaban el ritmo de la música. Subió a la tarima Salwe y tocó una tarantela italiana. Después uno de los mejores tenores de Varsovia cantó un aria de *Tosca*, la música se elevaba hacia el cielo, se elevaba más allá de los tejados de los barracones, más allá de las cámaras de gas y se perdía en las copas de los árboles. En aquel instante empezó a cantar también Salwe. Salwe cantó el aria de la ópera de Halévy *La judía* y entonó: «Rachel, que seas bendecida en tu muerte», nos miramos, petrificados. Los SS no reaccionaron. Solo Stangl se giró.

Artur Gold y su hermano Henryk eran auténticas estrellas musicales en Polonia, Henryk era especialmente famoso. Él sobrevivió. Su orquesta de *jazz* de ocho miembros actuaba en el Café Bodega de Varsovia. Empezaban las actuaciones con piezas de ragtime, continuaban con valsos y acababan con tangos. Grabaron discos para Syrena, para Electro, para Columbia. Con ellos tocaba Jerzy Peterburski, el autor de éxitos como *Oh, Donna Clara* o *Los domingos tristes*. En Treblinka había muchos músicos, por ejemplo los hermanos Schermann, el pequeño Edek que tocaba el acordeón...

Un día en octubre de 1942, mientras estaba sacando cadáveres de los hornos recién

construidos, se me acercó el capo con un violín en la mano y me preguntó si conocía a alguien que supiera tocar. Le dije que sí. Que yo sabía tocar.

En seguida me pasaron a la cocina a pelar patatas. Fuchs tocaba el clarinete, antes de venir a Treblinka tocaba en la orquesta de la radio polaca. Primero solo tocábamos Fuchs y yo, sobre todo durante la formación de filas. Más tarde vino un pianista y compositor de Varsovia que sabía tocar el acordeón y así formamos un trío. La pieza que más tocábamos era aquella canción de amor que se conoce como «Tumbalalaika». Durante el verano venía a vernos con frecuencia un oficial de las SS que llamábamos el Negro. Se sentaba cerca del pozo y nos ordenaba que tocásemos solo para él. «Tocad para mi alma», nos decía. Una vez en Treblinka hasta tocamos en una boda judía. Aquel día muchos bailaron. Después, la feliz pareja fue acompañada hasta las «duchas».

Yo me llamo Jerzy Rajgrodzki.

Lager zwei ist unser Leben, ay, ay, ay.

Lager zwei ist unser Leben, ay, ay, ay.

Todos juntos repetíamos que el campo número dos era nuestra vida, cantábamos en una tarima que se extendía entre las cámaras de gas y las fosas comunes. Yo soy cantante y actor oriundo de Praga. Me llamo Spiegel. Y ahora estoy muerto.

Pausa.

El verano empezó a intuirse y Haya volvió a salir a dar sus paseos.

Los escaparates estaban llenos de vestidos de sastre de mujer de colores pastel. Haya observaba esas prendas finas.

—Las faldas son demasiado cortas —dijo Haya—, las mujeres acostumbran a tener las rodillas gordas. Los vestidos de sastre definen una función que puede aproximarse como una serie de potencias de argumento x , suponiendo que la función es n -derivable. Eso sería un desarrollo de Mc-Laurin. En Taylor, la función $y=y(x)$ se calcula a partir de la suma de las derivadas de la función para un determinado valor o punto h en un entorno a , —dijo Haya a una mujer que se había parado delante del mismo escaparate.

—No la entiendo —dijo la mujer.

—No me extraña —dijo Haya y continuó su paseo. Haya caminaba poco a poco. Sus pasos no eran unos pasos seguros. Haya era una viejecita sana.

Haya caminaba y cantaba. Gorizia le parecía una ciudad ruidosa. «En Gorizia se grita demasiado», decía Haya. Cada vez que salía, a Haya los ruidos le parecían más insufribles. Las voces de la gente le llenaban la cabeza, y su cabeza le empezaba a pesar. También le parecía que en Gorizia había más contaminación a causa de los coches y que se habían abierto muchos cafés nuevos. Haya acostumbraba a ir paseando hasta el parque. En el parque el color verde era intenso, eso descansaba sus ojos. Haya cantaba para no oír las voces que llenaban el Corso. Si todavía fuese joven, perseguiría corriendo a esas voces y les diría: «¡Venid!, Venid aquí, entrad en mi pecho!» porque en su pecho había demasiado silencio. Pero ella ya no era joven y las voces le molestaban. Por eso, Haya cantaba. ¿Y cómo es que Haya cantaba si no se sentía especialmente feliz? La gente, cuando canta, normalmente lo hace porque se siente feliz. La gente primero se siente feliz, piensan, oh, me siento feliz, y luego se ponen a cantar. ¿No es así? ¿Y qué pasa si las

canciones que la gente feliz canta son canciones tristes? Entonces la gente debe sentir tristeza mezclada con su felicidad. Algo parecido sucede con las matemáticas. Algo parecido a las fórmulas matemáticas. Las superficies se solapan. La superficie de la felicidad y la superficie de la tristeza tienden juntas a cero, a nada.

—Qué cosas —se extrañaba Haya—. Nada sale de mi pecho —decía—, mi pecho está quieto como una roca.

Poco antes de morir, Ada ya no pudo cantar más, pasó algo con sus cuerdas vocales. Si intentaba cantar, y eso en la última época de su vida no lo hacía a menudo, parecía que se iba a ahogar con la tos. En esas ocasiones miraba a Haya y le decía: «Algo se ha roto aquí dentro». Murió vestida con una blusa de color amarillo de manga corta, con bordados de vainica en la parte superior. La prenda tenía algunas manchas de vino que se habían vuelto azules con el tiempo. Pero era una pieza magnífica. «Esa blusa se la ponía mi madre Marisa cuando iba a llevar sus *pretzel* a los soldados», dijo Ada a Haya y murió. Murió en aquella clínica, en la clínica del doctor Basaglio. Haya no hizo enterrar a Ada en Valdirose. Cuando Ada murió, Valle de Rosas, Rožna Dolina, pertenecía a otro país. Haya hizo depositar a Ada en un nicho del cementerio de Gorizia, es decir en su misma ciudad. Delante de la lápida crecían amapolas con sus pétalos de seda. Desde que Gorizia estaba recomponiendo sus tejidos y costuras rotas, Haya empezó a pensar si tendría sentido cambiar a Ada de cementerio. Nunca lo hizo. Esas cosas uno no las debe hacer. Lo que queda de Ada es un puñado de polvo. No tiene sentido trasladar cosas tan pequeñas de un lado a otro. Las cosas pequeñas se llevan en los bolsillos, las cosas pequeñas viajan siempre con nosotros.

Empezó a hacer calor.

Haya se sentó en un banco en el Parco della Rimemberanza y un gatito blanco sin hocico y con un solo ojo se acercó a sus pies. Se paró allí, al lado de los pies de Haya.

—La descomposición afecta a todo —dijo Haya. Haya observó al gatito moribundo, observó también las puntas de sus zapatos.

—Qué zapatos tan feos tengo —dijo—. No voy a comprar más zapatos de cordones redondos. El nudo de los cordones redondos siempre se deshace. Ahora podría ir a jugar al bridge. ¿Con quién?

Haya cerró los ojos, sentada en un banco en el Parco della Rimemberanza. Bajo sus párpados cerrados empezó a dibujarse la imagen de un ojo de buey gigante, un ojo inflado, un ojo terrible, abierto, un ojo que la observaba como ningún ojo humano observaría a otro hombre, era el ojo de una bestia. Ese ojo gigante observaba a Haya desde dentro, fijamente. La miraba de reojo y se volvía a abrir, más y más.

—Esto es tan desagradable —dijo Haya y se levantó.

—¿Qué voy a hacer con todo el tiempo que me sobra? —se preguntó Haya y volvió a sentarse de nuevo—. Llevo el tiempo atado con una correa como si fuera mi perro. Todo esto empieza a ser pesado.

Entonces pasó por su lado una mujer con un perro. El perro movía la cola y quería acercarse a Haya, pero la mujer lo disuadió en voz alta:

—¡Quieto! No molestes a la señora.

La mujer tenía caderas estrechas. Las mujeres con caderas estrechas tienen más dificultades en los partos. Haya tenía caderas anchas. En los parques, a los niños les gusta explorar el entorno, pero las madres que van a los parques con sus hijos les dicen:

—¡No molestes a la señora!

Los niños no molestaban a Haya. Los perros no molestaban a Haya. Los dueños de los perros y los padres de los niños ordenaban: ¡No molestes! En general, con los niños y con los perros se habla de la misma manera, con el mismo tono: «¡Caca! ¡No lo toques!», les dicen.

—Quizás podría ir a buscar setas —se preguntó Haya—. O aprender a recolectar hierbas medicinales y luego prepararme infusiones para mejorar mi salud...

Un año, en Berlín, hace mucho tiempo, Haya conoció al pintor Jarmušek, que le preparaba esa clase de infusiones. Eran infusiones de color rojo, de color violeta, a veces casi negras. Aquel año en Berlín Haya compró en el rastro una muñeca que no podía cerrar los ojos. Jarmušek le dijo: «Las muñecas guardan sus secretos incluso con los ojos abiertos». Y luego ella y Jarmušek se fueron a Núremberg,

—¡Vámonos a Núremberg! —le dijo Jarmušek—. Núremberg es una ciudad conocida por sus juguetes.

Eso pasó en 1968. Haya y Jarmušek se fueron a Núremberg a visitar las tiendas de juguetes y no importaba nada que los dos fuesen adultos, un hombre y una mujer de cuarenta años.

En Núremberg, Haya quiso conocer todo sobre la ciudad. Núremberg era una ciudad verde, todo le parecía verde allí. En Núremberg Haya y Jarmušek conocieron la historia de las muñecas. Núremberg era una ciudad antigua, una ciudad de más de mil años y en Núremberg, los artesanos fabricaban muñecas desde hacía más de setecientos años. Las primeras muñecas eran de miniatura, luego vinieron tamaños más grandes. Las muñecas en miniatura tenían mucha tradición. Se trataba de unas muñequitas del tamaño de un dedo. Representaban tanto a hombres como a mujeres. Podían ser jinetes minúsculos o monjas minúsculas y también se fabricaban bebés extraordinariamente pequeños, más pequeños que los adultos, evidentemente.

—Me gustaría tener una muñeca —dijo Haya—. Un bebé pequeño y blanco.

En el escaparate de una tienda de muñecas había una inscripción: «Solo las muñecas de Estrasburgo del siglo XIII son más antiguas que las de Núremberg». En una exposición sobre la historia de las muñecas de Núremberg, Haya y Jarmušek descubrieron la evolución de la fabricación de los títeres en esa ciudad.

—No estoy segura de que necesitemos saber algo sobre esa clase de pasado —dijo Haya.

—Hay algunas muñecas terroríficas —añadió Jarmušek.

Haya y Jarmušek descubrieron así que seiscientos años atrás en Núremberg vivieron dos artesanos titiriteros, dos *Tockenmacher*, que empezaron a fabricar primero títeres de madera y que luego aparecieron los títeres de alabastro, de cera y finalmente las muñecas de trapo. Las muñecas acabaron teniendo el rostro pintado e iban vestidas según la moda de su tiempo. La fabricación de muñecas impulsó la fabricación de juguetes en general. Georg Hieronimus Bestelmeier, un comerciante de la ciudad y propietario de una tienda en el centro del núcleo medieval, ofrecía en su catálogo de 1798 8.000 artículos fabricados en los talleres de Núremberg, entre los cuales había mecedoras en forma de caballitos, dados hechos de madera, casas de muñecas con todos los muebles, cocinas para muñecas con toda la vajilla, tiendas en miniatura, animalitos fabricados en hojalata y figuras diversas que se movían gracias a mecanismos integrados, instrumentos musicales para niños y otras maravillas.

—Están fabricando pequeños mundos muertos —susurró Haya al oído de Jarmušek.

—Son mundos de distracción; son mundos con los cuales la gente juega —respondió

Jarmušek.

En el siglo XVIII, artesanos conocidos como *Papierdockenmacher* fabricaban muñecas, animales y máscaras de pasta de papel. A veces hacían de papel solo una determinada parte del cuerpo que luego se encolaba, o cosía, en los torsos hechos de cuero. En la segunda mitad del siglo XVII las familias Hilpert, Ammon, Heinrichen, Allgeyer y Lorenz impulsaron la fabricación de juguetes de hojalata. Las tiendas y las habitaciones de los niños se llenaron de animales exóticos (de hojalata), figuras mitológicas y caballeros medievales. En los siglos XIX y XX empresas como Trix, Schuco, Bub, Fleischmann, Arnold, Plank, Schoenner y Bing se convirtieron en sinónimo de algún juguete atractivo que todo el mundo quería tener. El número de personas que trabajaban en el diseño y la fabricación de nuevos juguetes no paraba de aumentar. Por ejemplo, en 1895 había empleadas 1.366 personas en la fabricación de juguetes, diez años más tarde trabajaban en ello más de 8.000 personas y en el año 1914, en Núremberg existían 243 empresas grandes y pequeñas, todas ellas dedicadas exclusivamente a la fabricación de juguetes. Fue así como el mundo de fantasía de Núremberg se hizo más y más grande y se exportó a muchos países, especialmente hacia los Estados Unidos. Los juguetes eran la materia prima de Núremberg, Núremberg gracias a sus juguetes no pasaba hambre.

Llegó entonces la Primera Guerra mundial y con la Primera Guerra Mundial los juguetes de Núremberg desaparecieron de manera silenciosa. En vez de juguetes, las empresas empezaron a producir armas. En vez de pequeños automóviles de colores llamativos, se producían grandes vehículos de transporte con orugas, en vez de rápidos trenes eléctricos en miniatura, que daban vueltas sin parar por paisajes alpinos, instalados en amplios salones o en habitaciones infantiles, el tema del día era el Gran Berta. Después de 1933, los judíos, que eran los propietarios de la mayoría de esas fábricas, empezaron a desaparecer de Núremberg —y así desaparecieron también los juguetes. En 1943, Hitler publicó la prohibición de producir juguetes, cualquier clase de juguete. Hitler recomendó a los niños: «Jugad a las artes marciales cantad canciones de guerra y haced marchas».

En la exposición de juguetes y muñecas Haya y Jarmušek vieron una fotografía debajo de la cual estaban amontonados juguetes viejos, rotos y desintegrados. La fotografía mostraba a los alumnos del primer curso de la escuela básica judía de Núremberg, que se encontraba en la calle Kanalstrasse 25. La fotografía era del año 1936. Todos los niños de la fotografía sostenían en la mano un juguete. Los chicos tenían en la mano un cuerno gigante en el cual seguramente había chucherías, tenían modelos de automóviles metálicos en colores llamativos, trenes en miniatura, también algún soldado de hojalata o un tanque pequeño. La mayoría de las niñas tenía una muñeca.

En el año 1943, cuando Hitler prohibió la fabricación de juguetes, los niños de esa fotografía ya no existían. Los primeros cuatro (10, 18, 32 y 33) fueron deportados con sus familias a Polonia, a Izbica, para esperar allí su transporte a Belsen. El profesor fue deportado a Krasniczyn. Los niños marcados con los números 2, 8, 9, 12, 14, 15, 16, 19, 24, 28, 30, 31, 35 y 36 no se sabe ni quiénes son, ni dónde están, ni cómo acabaron sus vidas. Probablemente sea posible encontrar alguna información sobre ellos en las estanterías móviles de Bad Arolsen. Haya en aquel momento todavía no conocía la existencia de ese archivo, aunque lo podría haber sabido. Con independencia de dónde fueran a parar los niños de esa fotografía, en aquel momento, en el año 1942, seguro que todos se llevaron consigo algún juguete; eran niños de Núremberg, niños que lo sabían todo sobre muñecas, automóviles y trenes en miniatura.



Después de la liberación de Birkenau se encontraron en el campo dientes de oro, cabellos, ropa y una montaña de huesos. También se encontraron muñecas, muchas de ellas fabricadas en Núremberg. Sin cabellos y desnudas, con brazos y piernas arrancados, muchas de ellas con los ojos vaciados, parecidas a sus pequeños dueños. En los campos, los objetos y las personas empezaron a parecerse los unos a los otros. En los campos, los objetos y las personas existían en simbiosis.

—Esas muñecas de los campos de concentración son como las muñecas hechas por Bellmer, pero más pequeñas —dijo Jarmušek.

—¿Quién es Bellmer?—preguntó Haya.

Tres años antes de que fuese hecha la foto de los alumnos del primer curso de la Escuela básica judía de Núremberg, Hans Bellmer hizo en Berlín su primera muñeca a tamaño natural, como si quisiera mofarse de la futura Borghilda. Más tarde, en París, Bellmer construyó otras muñecas «enfermas», es decir *Puppen* con sillas de ruedas, *Puppen* con brazos o piernas rotas, *Puppen* que tenían más de dos brazos o piernas, *Puppen* con los pies en calcetines blancos y con zapatos de niño y con los genitales del tamaño de un bate, eran monstruos gigantes, eran unos adultos inmaduros que ironizaban sobre los cuerpos impecables, musculados, que Leni fotografiaba con placer y que Hitler observaba con placer. Las *Puppen* de Bellmer eran unas *Puppen* monstruosas, eran enormes espejos en los cuales se reflejaba el pasado y sus hacedores, sus *Macher*.

—En Núremberg nació Albrecht Dürer —dijo Jarmušek.

—Y Hans Sachs —dijo Haya.

—Y Albert Speer —dijo Jarmušek.

—Y Julius Streicher —dijo Haya.

—En Núremberg se hizo el primer reloj de bolsillo —dijo Jarmušek.

—En Núremberg se construyó la primera vía de tren de Europa —dijo Haya.

—En Núremberg se proclamaron las Leyes de Núremberg.

—En Núremberg hubo juicios.

—Núremberg se desplomó bajo las bombas hasta convertirse en polvo. Núremberg era un lugar devastado donde vagaban millares de personas sin hogar.

—Núremberg tiene un paseo a lo largo del río Pegnitz. ¡Vámonos a pasear al lado del río Pegnitz! —dijo Haya—. ¿En Núremberg, todavía viven judíos?

—Hemos aprendido mucho sobre Núremberg —dijo Jarmušek.

—Sí, Núremberg es una ciudad verde —dijo Haya.

Más tarde Haya se fue. Jarmušek cogió el avión. Como un ángel azul sobrevoló Jarmušek la ciudad de Berlín, mientras Haya volvía a Gorizia.

—No puedo volar contigo —dijo ella—. No puedo.

—¿Los pájaros, mientras vuelan, cantan? —preguntó Haya a la señora que estaba sentada a su lado. La señora que se sentó en el mismo banco era mayor que el señor y ese señor tenía unos setenta años y parecía que algo lo inquietaba.

—Es un crimen cazar pájaros cantores y encerrarlos —dijo la señora que estaba sentada al lado de Haya—. Es lo que hace mi vecino. Mi vecino tiene nueve pájaros enjaulados que ya no cantan —dijo.

Caminamos a lo largo del *Himmelweg*.

¿Hacia el paraíso?,

Hacia el piar de los pájaros.

¿Cómo se llama usted?

Rajzman, Samuel Rajzman.

¿Qué hacía usted antes de la guerra?

Antes de la guerra trabajaba como contable en una empresa de exportación.

¿Cuándo y cómo llegó usted a Treblinka?

En octubre de 1942 me cogieron en el gueto de Varsovia.

¿Cuánto tiempo estuvo usted en Treblinka?

Un año. Hasta octubre de 1943.

Descríbanos usted el campo de Treblinka.

Los trenes llegaban cada día, a veces tres trenes por día, a veces cuatro trenes, a veces cinco trenes. Todos los viajeros eran judíos, judíos de Bohemia, de Alemania, de Grecia, de Polonia. En cuanto el tren se paraba, la gente tenía que salir, no les dejaban más de cinco minutos. En el andén los clasificaban en grupos, los hombres a un lado, las mujeres al otro, los niños también separados. Mientras la gente se desvestía a toda prisa, los guardias alemanes hacían volar sus látigos. Luego llegaban los prisioneros viejos, cogían toda la ropa y se la llevaban a un barracón. Las personas tenían que avanzar por un camino señalado, desnudos, hasta las cámaras de gas.

¿Cómo llamaban los alemanes a ese camino?

Himmelfahrtstrasse.

¿La calle de la Asunción? ¿Es decir el camino que lleva al paraíso?

Significaría más o menos eso, sí. Les puedo mostrar en el mapa dónde estaba ese camino.

No hace falta. ¿Cuánto tiempo podía sobrevivir una persona después de llegar a Treblinka?

Poco tiempo. Desde que se desvestían hasta que llegaban delante de la cámara no más de diez minutos. Eso los hombres. Las mujeres tenían quince minutos porque antes se les cortaba el pelo.

¿Por qué cortaban el pelo a las mujeres?

Dicen que con sus cabellos fabricaban jergones para los alemanes.

Yo cortaba el pelo a las mujeres.

¿Usted hacía eso?

Me llamo Abraham Bomba. Antes de la guerra yo era barbero. En Treblinka cortaba el pelo a los hombres y a las mujeres, pero más a las mujeres. Después de la guerra abrí un salón de peluquería en los pasillos del metro de Nueva York.

¿Qué sintió usted al volver a ejercer su profesión después de la guerra?

Me sentí extraño. Todos mis clientes llevaban ropa.

¿Cómo empezó usted a cortar el pelo en Treblinka?

Ordenaron que todos los que éramos barberos nos reuniésemos en un lugar determinado. Éramos unos veinte. Llegó un transporte, eran alrededor de las diez de la mañana y todas las mujeres fueron enviadas en seguida a las cámaras de gas. Luego nos dijeron que debíamos ir detrás de ellas y fuimos, acompañados por los oficiales de las SS por el camino llamado *Himmelweg*.

¿Hacia el paraíso?

Era verano. Dentro de las cámaras de gas instalaron unos bancos largos de madera y las mujeres se tuvieron que sentar. Algunas sabían lo que les esperaba, otras no. En las cámaras de gas estuvimos cortando cabellos durante unos diez días, luego nos pusieron en un barracón cerca de la estación de tren. Allí, delante de nuestro «salón» de peluquería, estaba el espacio para desvestirse. Después de desnudarse, cada mujer tenía que echarse en una silla de ginecólogo. Querían comprobar si habían escondido dinero u oro en la vagina. Las mujeres eran examinadas por oficiales de las SS inexpertos en eso, que a veces llevaban guantes de cuero, y provocaban unas hemorragias terribles a las mujeres. Y así llegaban hasta nosotros para que les cortásemos el pelo. En los barracones teníamos a nuestra disposición unas tijeras muy pequeñas.

Describanos usted una cámara de gas.

Tres metros y medio por tres metros y medio. Nosotros estuvimos esperando dentro de la cámara. Trajeron a las mujeres y a los niños. Muchas mujeres con niños. Siempre se producía alboroto. Todos iban desnudos, las mujeres y los niños. Me esforzaba por cortarles el pelo de la mejor manera posible, pero no me dejaban, me decían que debía cortarles al cero. Luego esos cabellos eran transportados en tren a Alemania.

¿Les afeitaban la cabeza?

No. Queríamos dejarles la ilusión de que les estábamos cortando el pelo a causa de la higiene. Antes de que se duchasen. Les cortábamos con tijeras, con ayuda de un peine. Les hacíamos un corte masculino.

¿No había espejos?

¿Espejos? Para cada persona teníamos dos minutos. Nosotros éramos diecisiete y había muchas mujeres. Pero como todos éramos profesionales, el trabajo se hacía rápido.

¿Cuántas mujeres podían atender en una sesión?

Los diecisiete juntos podíamos hacer unas sesenta, setenta mujeres. Y luego entraba en

seguida una nueva ronda con setenta más. Así que en la cámara había unas ciento cincuenta personas. Luego nos avisaban y debíamos dejar la cámara en menos de cinco minutos y, al salir nosotros, mataban a las mujeres con el gas.

¿Dónde se ponía usted para prepararse para salir de la cámara?

Cerca de la salida de atrás. Se entraba por la parte delantera y se extraían los cuerpos sin vida por la salida de atrás. Algunas mujeres no llegaban a morir del todo. No necesitaban más de dos minutos para llevárselas a todas. Y ya llegaba el relevo. La mayoría de las mujeres tenía el pelo largo.

¿Cómo se sentía usted?

No sentía nada. Yo era un muerto.

Algunas mujeres a quienes corté el cabello eran de mi ciudad, de Czestochowe, las conocía y cuando me vieron, me preguntaron: Abraham, ¿qué va a hacer usted con nosotras? Algunas de ellas eran de mi calle, algunas eran mis amigas, amigas próximas. Conmigo trabajaba un amigo de la misma ciudad, un barbero excelente y un buen día entraron en la cámara su esposa y su hermana...y él no pudo hacer nada... a sus espaldas había un SS... y ellas lo miraban... y él las miraba a ellas... al final se abrazaron... nada más...

Rajzman, describanos usted la estación de tren.

Al principio en la estación no había ningún rótulo. Unos meses más tarde, el comandante del campo Kurt Franz ordenó poner los letreros. El barracón donde se guardaba la ropa llevaba el rótulo «Restaurante». Había indicaciones de dónde estaban el teléfono, los correos, las salas de espera. Estaban colgados hasta los horarios de los trenes con la hora de llegada y de salida, por ejemplo desde Viena o de Berlín.

¿De qué manera se comportaban los alemanes con sus víctimas en Treblinka?

Todos tenían un encargo concreto. Por ejemplo el *Scharführer* Mentz, Willi Mentz, era responsable del lazareto. En el lazareto se mataba a las mujeres enfermas y a los niños que no eran capaces de caminar solos hasta las cámaras de gas. En la entrada al lazareto colgaba una gran bandera de la Cruz Roja. Mentz se especializó en matar y no dejaba que nadie lo substituyese en eso. A Mentz, matar le encantaba. Recuerdo que una vez trajeron delante de él a dos hermanas, la primera tenía diez, la segunda dos años; cuando la hermana mayor vio que Mentz apuntaba con su revólver a su hermana, se le tiró encima, suplicando que no lo hiciera. Y así, Mentz no mató a la niña de dos años. La tiró viva al horno, mientras disparaba a la mayor. Una vez trajeron al lazareto a una mujer que estaba a punto de parir. A la parturienta la pusieron directamente sobre el suelo y a su alrededor se

reunieron los SS y la observaban mientras tenía contracciones. Eso duró unas dos horas. Entonces Mentz preguntó a la abuela del niño a quién debería matar primero si a ella o bien al recién nacido. La mujer le dijo, máteme a mí, suplicaba a Mentz que la matara a ella. Pero él primero mató al recién nacido, evidentemente, luego a la madre del niño y finalmente a la abuela.

¿Y sabe usted quién era Kurt Franz?

Por desgracia sí que lo sé. Hasta conocí a su perro Barry. Kurt Franz era un asesino cruel. Uno de los peores de todo el campo.

Demuéstrenos esa suposición.

Llegó un tren de Viena. Yo estaba en el andén cuando los viajeros empezaron a descender. Una mujer mayor se acercó a Kurt Franz, sacó un documento y le dijo que ella era la hermana de Sigmund Freud. Le pidió que la pusiera en alguna oficina porque era mayor y débil, eso le dijo. La mujer debía de tener unos ochenta años. Franz se sumergió concentrado en la lectura del documento y dijo: «Señora, aquí hay un error. Mire usted — le dijo—, aquí tenemos los horarios de los trenes. Y su tren de vuelta hacia Viena sale en dos horas. Deje usted los documentos, el dinero, las joyas», dijo Kurt Franz, «déjelo todo tranquilamente aquí y váyase a la ducha», es lo que le dijo. «Cuando usted vuelva, estará aquí el billete de tren para Viena y todas sus pertenencias». La mujer se fue y evidentemente no volvió.

¡Adelante, Richard Glazar!

Tölpel. Él se llamaba Moritz Tölpel. Era muy bajito, casi un enano y completamente calvo. Y estaba un poco loco. En sus papeles estaba escrito que se llamaba Moritz Tölpel y sus calcetines estaban tirados al suelo. Él estaba allí, temblando. Kurt Franz, *Lalka*, lo miró y le dijo: «Sí, tú eres lo que andaba buscando». Y en aquel instante uno de los guardias ucranianos sacó de aquel enorme montón de ropa de hombres, mujeres y niños ya muertos un abrigo gastado de color negro, una especie de capa de alguien pudiente y ordenó a Tölpel: «¡Vístete con eso!». El abrigo se arrastraba por el suelo. Tölpel no podía dar ni un paso, tropezaba, se caía, se levantaba, se caía y el *Lalka* gritaba: «¡Camina!, ¡Marca el paso!» y lo fustigaba con su látigo. Uno de los guardias buscó entonces un sombrero negro de copa alta, un *Halbzylinder* sucio que había pertenecido a un rabino que nos había dejado recientemente. Hizo sentar al pequeño Tölpel encima, con media luna de trasero reluciente asomando, y lo forzó a que cogiera en la mano el bastón. «En los lavabos», dijo *Lalka*, «habrá un letrado que diga que el tiempo disponible para hacer de vientre es de dos minutos. Quien necesite más tiempo para cagar, vivirá un día menos». Entonces Bredow colgó del cuello de Tölpel un gran reloj de cocina y dijo: «Ese es nuestro *Scheiß-Meister*, el responsable que va a controlar el tiempo de mear en Treblinka». Y *Lalka* gritaba: «Desde hoy tú serás responsable de los que van a cagar, serás nuestro rey de la mierda. Si alguien se entretiene más de dos minutos, puedes hacer

con él lo que te dé la gana».

Me llamo Strawczynski. Un día *Lalka* paseaba con su cámara fotográfica en una mano y el fusil en la otra, indeciso sobre si tenía ganas de fotografiar o de disparar. Entonces vio a Sztajer que le mostraba las espaldas. Sztajer era mi vecino de Czestochowa. *Lalka* en seguida le apuntó y le disparó en el trasero, Sztajer gritó y se desplomó al suelo. *Lalka* se le acercó con una sonrisa: «Levántate y bájate los pantalones», le dijo. El hombre obedeció, esforzándose por no desmayarse, su trasero estaba sangrando. *Lalka* frunció las cejas, levantó los hombros y dijo: «Qué le vamos a hacer, no te he tocado los cojones». Y se fue a buscar una nueva meta.

Rajzman, ¿cómo se explica que usted sobreviviera?

En mi transporte vinieron unos ocho mil judíos desde Varsovia. Yo ya me había desvestido e iba hacia el *Himmelfahrtstrasse* cuando me vio Galewski, un amigo mío de muchos años y me dijo: «Vuelve, rápidamente, vuelve atrás». Me dijo que estaban buscando a un traductor que supiese hebreo, francés, ruso, polaco y alemán y él me dijo que les había convencido de que yo lo podía hacer. Galewski era responsable de supervisar un grupo de trabajadores. Él participó en la rebelión. Murió. Y a mí me dieron el trabajo de transportador. Tenía que cargar en los trenes la ropa de los muertos. Dos días más tarde trajeron a Treblinka desde una pequeña ciudad cerca de Varsovia a mi madre, a mi hermana y a mis dos hermanos. Pude ver cómo se los llevaron a las cámaras de gas. Mientras estaba cargando la ropa en los trenes un día encontré los documentos de mi esposa y su fotografía con nuestra hija. Eso fue todo lo que me quedó de mi familia. Esa fotografía.

¿Cuántas personas se mataban de media cada día?

Entre diez y doce mil.

¿Cuántas cámaras de gas había?

Al principio solo tres. Luego construyeron diez nuevas. Y los planes decían que se harían veinticinco más.

¿Cómo sabe eso usted?

Lo sé. El material de construcción se guardaba en una pequeña plaza. Pregunté a alguien allí: ¿Y eso, para qué es? Si ya no quedan más judíos. Y ese me respondió que los habría. Que les quedaba mucho trabajo aún.

—¿Ha oído hablar usted —dijo la señora que estaba sentada junto a Haya y que no parecía tener intención de irse— de aquella señora impedida a la que echaron de su piso las ratas? ¿Tiene

usted un perro? Hay que tener un perro. Los perros protegen de las ratas y de la soledad —dijo la señora que estaba sentada al lado de Haya—. Mi perro murió no hace mucho. Desde que mi perro murió, no puedo dormir. Todo el rato me despierto para escuchar. Paseo mucho. Yo tenía un perro hermoso, un *retriever* dorado —dijo.

—Al nuevo papa lo llaman Rottweiler —dijo Haya—. La definición de las funciones hiperbólicas es:

—¿Usted entiende esa fórmula? Es el *Panzer Papa Rottweiler*.

$$\operatorname{sh} x = \frac{e^x - e^{-x}}{2}, \operatorname{ch} x = \frac{e^x + e^{-x}}{2}$$

La señora que estaba sentada al lado de Haya en el banco del Parco della Rimembranza hizo ver que no había oído lo que Haya había dicho sobre el nuevo papa, pero sí que lo oyó. Eso se haría visible un poco más tarde, ya que se demostraría que esa señora mayor tenía buenos oídos.

—¿Usted ha leído —preguntó la señora que estaba sentada al lado de Haya, muy cerca de Haya, en el mismo banco del Parco della Rimembranza, los hombros de las dos casi se tocaban. Pero si los hombros se hubieran rozado solo por un instante, Haya se habría apartado, eso es seguro, se hubiera sentado rápidamente en el borde del banco— que los carteros en Alemania tienen que asistir a un curso de psicología canina? —dijo la señora sentada al lado de Haya.

—Los correos alemanes ofrecen a sus empleados cursos sobre la psicología canina —dijo la señora sentada al lado de Haya—, y los responsables de los correos dicen —continuó la señora sentada al lado de Haya en el Parco della Rimembranza—, que los perros nunca cesan sus ataques a los carteros porque los carteros resultan especialmente atractivos para los perros —dijo la señora.

—Resulta que desde que los correos alemanes ofrecen cursos para sus empleados en psicología canina, el número de los ataques se ha reducido drásticamente, eso es lo que dijo la portavoz de los correos alemanes, una señora llamada Sylvia —dijo la señora sentada al lado de Haya—. Sylvia dijo que el número de los ataques se había reducido a la mitad. En los cursos aconsejan a los carteros que no salgan corriendo si se les acerca un perro grande. Afirmó la portavoz —dijo la señora sentada al lado de Haya—, que el año pasado asistieron a los cursos del psicoanálisis canino ochenta mil carteros —dijo.

—Los cursos incluían lecciones prácticas y teóricas. Los psicólogos explicaron a los carteros que no deberían contar para nada con sus bicis porque con una bici resulta imposible escapar de un perro, consideraba la portavoz de los correos alemanes, esa señora Sylvia —dijo la señora sentada al lado de Haya—. Los carteros dijeron que deberían comprarles motos o al menos motocicletas —dijo la señora al lado de Haya—, pero la portavoz, la señora Sylvia, replicó que de eso ni hablar.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Haya a la señora de su lado.

—Aurelia.

—¿Y sabe usted que este martes un niño sufrió un ataque monstruoso por unos perros? El niño iba solo camino de la escuela, informó la policía —dijo Aurelia—. No estaba lejos de su casa cuando lo atacaron tres perros. En la calle no había nadie que lo pudiera socorrer, aclaró la

policía —dijo Aurelia—, y el niño murió. La policía informó que los motivos por los cuales los perros atacaron al niño no se han podido aclarar —dijo Aurelia—. El portavoz de la policía confirmó que habían capturado a los perros y que iban a interrogar al dueño porque, eso es lo que dijo el portavoz, en nuestra región cada año los perros muerden a trece mil personas.

—¿Usted tiene perro? —preguntó Aurelia a Haya—. Hay que tener un perro —dijo—, los perros lo protegen a uno de las ratas y de la soledad —dijo la señora Aurelia—. Mi perro murió no hace mucho. Tenía yo un perro hermoso, un cobrador dorado —dijo.

Su perro se llamaba Barry.

Barry era un perro hermoso, con pelaje blanco y negro, grande.

Barry era propiedad de Kurt Franz.

A Kurt Franz lo llamaban *Lalka*. «*Lalka*» significa en polaco «muñeca». Kurt Franz era un hombre guapo, alto, de espaldas amplias, fuerte. Era un hombre de pelo rubio y de ojos azules.

El perro Barry era un perro adiestrado. El perro Barry estaba adiestrado para atacar a los prisioneros del *Lager*, para morderlos en los genitales.

El perro Barry atacaba a los prisioneros del *Lager* obedeciendo la orden: «¡Chico, ataca a ese perro!».

El perro Barry vivía en Treblinka.

¿Cómo se llama usted?

Ya'akov Wiernik.

¿Cuándo lo deportaron a Treblinka?

23 de octubre de 1942.

¿Cuánto tiempo pasó usted en Treblinka?

Hasta el 2 de octubre de 1943.

¿Cuántos años tiene usted?

Estoy muerto.

¿Reconoce usted a la persona de esta fotografía?

Me retorcería hasta en mi tumba si alguien solo mencionase el nombre de Kurt Franz.

Usted dijo que a Kurt Franz le gustaba hacer bromas a costa de los prisioneros. ¿Qué clase de bromas eran esas?

Tenía un perro grande que se llamaba Barry. Si Franz le daba la orden: *Mensch, schnapp den Hund!*, el perro saltaba encima de la persona que tenía delante y la destrozaba.

¿Usted se llama Kalman Teigmann?

Así es.

¿Usted vive en Israel?

Sí.

¿Cuántos años tiene usted?

Ochenta y cuatro.

Usted fue deportado a Treblinka desde el gueto de Varsovia. ¿Cuándo?

El día 4 de septiembre de 1942.

¿Recuerda usted al difunto doctor Chorazycki?

Sí, lo recuerdo muy bien.

¿Quién era el doctor Chorazycki?

Un médico de Varsovia. En Treblinka se preocupaba de la salud de los ucranianos y alemanes. Una vez el subcomandante del campo Kurt Franz le hizo un registro personal, no sé por qué. Quizás alguien delató al doctor Chorazycki o quizás era una cosa rutinaria, no lo sé, pero Kurt Franz descubrió que Chorazycki tenía dinero escondido. Chorazycki sabía lo que le esperaba. Le esperaba la horca o bien un disparo sin más.

¿Por qué Chorazycki guardaba dinero?

Formaba parte de un grupo que estaba planificando un motín armado. Chorazycki no tuvo miedo. Saltó encima de Franz, aunque era un hombre viejo y Kurt Franz era joven, alto y fuerte. Y luego se giró y empezó a correr hacia su barracón. No llegó lejos. Después de pocos metros simplemente se desplomó. Debía de haberse tomado algún veneno. Nos dijeron que todos deberíamos reunirnos en la explanada, tanto los prisioneros del *Lager* como el personal, todos. Todos tuvimos que mirar cómo lavaron el estómago de

Chorazycki para intentar devolverlo a la vida y así poder torturarlo después. Uno de los ayudantes fieles de Franz, llamado Rogozo, ucraniano, empleado de ferrocarriles, cogió un garfio y con él sacó fuera la lengua de Chorazycki. Entonces Franz cogió una regadera sucia y le echó agua en la boca hasta que le pareció suficiente. Se puso a saltar encima de su barriga como un loco. Después los guardias lo cogieron por los pies y lo pusieron cabeza abajo y tampoco pasó nada. Estaba completa y absolutamente muerto. Al final lo desnudaron y golpearon el cuerpo de Chorazyski con bastones, demostrando su impotencia. Luego se lo llevaron al lazareto.

¿Quién es el hombre de esa fotografía?

Kurt Franz y su perro Barry.

¿Qué sabe usted sobre Barry?

Barry llegó a Treblinka a finales de 1942. Era tan alto como un ternero. Tenía el pelaje blanco con manchas negras. Era un perro mestizo, con apariencia de San Bernardo. Siempre que Franz iba a dar una vuelta por Treblinka 1 o por Treblinka 2, Barry estaba a su lado. Franz ordenaba a Barry que atacara a los prisioneros por simple placer. «Ve, chico, acaba con ese perro», gritaba, «*Mensch beiss den Hund*». Barry no esperaba a que él pronunciara la orden, saltaba a los prisioneros nada más percibir que Franz alzaba la voz. Barry era tan alto que su cabeza llegaba a la cintura de las personas, de manera que primero siempre mordía los genitales de los hombres. Mordía como loco. A no pocos prisioneros consiguió arrancarles el pene. La sangre corría a chorros. Barry tiraba a los atacados al suelo y literalmente los desfiguraba. Quedaban irreconocibles.

¿Quién es usted?

Henryk Poswolski. Yo vi como el *SS-Hauptscharführer* Kütner tiró a un bebé vivo al aire como si aquello fuera tiro al plato y como Kurt Franz lo abatía con dos disparos. Y luego se fueron a tomar una cerveza cerca del zoológico.

¿Qué quiere añadir, Zabecki?

Un día, mientras Kurt Franz hacía una de sus visitas al campo, Barry lo arrastró hacia unos arbustos. Nosotros estábamos lejos. Franz abrió las ramas y vio en el suelo a una chica y a un bebé recién nacido, de pocas semanas, que estaba en su pecho. La mujer estaba muerta. Barry rompió la correa y se acercó al bebé, estiró el cuello para llegar a olerlo. Y empezó a lamer al niño por sus brazos y por su cara. Franz se acercó a Barry y puso su pistola contra la cabeza del perro. Barry miró a su dueño y empezó a mover la cola. Franz le dio simultáneamente un buen golpe con un palo en los flancos. Barry se

escapó. Franz dio unos cuantos puntapiés al cuerpo de la mujer muerta, luego se dedicó al niño, aplastó su cráneo hasta matarlo, y continuó paseando por el bosque, gritando el nombre de su perro, pero el perro no quiso volver aunque lo había oído y no se encontraba lejos. Nosotros pudimos ver cómo Barry se escondía entre los arbustos y se movía sigilosamente como si estuviera buscando a alguien. Al cabo de un rato, Franz salió al camino y Barry se le acercó corriendo. Pero Franz empezó pegarle latigazos como si hubiera perdido la cabeza. Barry saltaba y ladraba, hasta saltó al pecho de Franz, pensábamos que el perro había enloquecido, pero cuando Franz le ordenó «¡Siéntate!», el perro se sentó. Y luego Franz le gritó: «¡Suelo!» y Barry se echó. Luego Franz gritó: «¡Parado!» y el perro se puso en pie y empezó a lamer las botas de su amo, visiblemente manchadas con la sangre del bebé. Franz disparó algunas balas al aire y tiró a su perro contra los judíos que intentaban escaparse a toda prisa de la estación de tren.

He oído decir que después de la guerra, Barry acabó viviendo con una familia, que se convirtió en un perro tranquilo, en un verdadero guarda del hogar. Y que le volvían loco los niños.

No sabría decir si le gustaban los niños, pero sí que era un perro tranquilo. Después del desmantelamiento de Treblinka, Barry se fue con un médico nazi y ese lo regaló en 1944 a su mujer que vivía en algún lugar en el Norte de Alemania. Algunos años más tarde, Barry fue sacrificado porque se había vuelto débil, sin fuerza. Más tarde, en 1965, unos veterinarios y psicólogos de Düsseldorf preguntaron al famoso conductista Konrad Lorenz si podía explicar de alguna manera el comportamiento de ese perro. Lorenz explicó que esa clase de comportamiento canino es plausible porque los comportamientos de los perros reflejan los deseos subconscientes de sus dueños. Esa era la opinión de Lorenz. Si el perro tiene un dueño agresivo, el perro muy probablemente atacará otras personas, dijo Lorenz, pero si el comportamiento de su dueño cambia, puede cambiar también el comportamiento del perro, dijo Lorenz, y uno puede creer lo que dice Lorenz. Él mismo fue un nazi leal durante la guerra, pero después de la guerra «su dueño cambió» hasta el punto de que en 1973 recibió el Premio Nobel por sus investigaciones sobre el comportamiento de los hombres y de los animales.

*Oh, aparta al perro de allí, que es amigo de los hombres,
Pues si no, ¡lo desenterrará de nuevo con sus uñas!*

—*Me gustaría añadir algo.*

—*Dinos, Pound.*

*Mira, ya vuelven, ah, mira los movimientos
Tentativos y los lentos pies,
La turbación del paso y la insegura
Vacilación.*

*Mira, ya vuelven; uno, y uno por uno,
Con miedo, como medio dormidos;
Como si la nieve dudase
Y murmurase en el viento,
Y medio devolviese,
Estos eran los «Alados de Asombro»
Inviolables.*

*¡Dios de la alada sandalia!
Con ellos los galgos de plata
Husmeando la huella del aire.*

—¿Usted tiene algo en contra del Papa? —preguntó Amalia, aquella señora que perdió a su perro de raza *golden retriever*, a Haya.

—El pueblo quiere al papa —añadió.

—Hay unas salchichas que se llaman Ratzinger —dijo Haya—. O bien se llaman Rottweiler, lo he olvidado. Pero los pájaros, mientras vuelan, no cantan. De eso estoy segura. Mientras vuelan, los pájaros no cantan.

—¡Oh, Aurelia! —exclamó Haya y lo dijo de nuevo—: ¡Oh, Aurelia!

Haya habría querido hablar, pero no podía. Eso pasó en el año 2006, en el verano de 2006. En su bolso, Haya llevaba un artículo recortado del *Corriere della Serra*, un artículo arrugado y roto, sucio, doblado unas cuantas veces, un trozo de papel de periódico impreso el 28 de diciembre de 2005 que cada día, durante meses, desdoblaba y volvía a doblar, que leía y releía una y otra vez y que, evidentemente, terminó por aprender de memoria. Ella hubiera querido mostrar ese artículo a Aurelia, a la señora a la cual le gustaba el Papa y que estaba triste porque su perro de raza *retriever* se le había muerto. En ese artículo, Alfonso Morelli de Bolonia sostenía que en los archivos de la Iglesia católica y romana de Francia se encontró una carta, un documento datado en octubre de 1946 en el cual a monseñor Angelo Roncalli, el nuncio del papa en Francia y el futuro papa Juan XXIII, se le ordenaba hacer todo lo posible por preservar el control sobre los niños judíos bautizados:

«Ese documento», informaba Morelli, «decía que los niños judíos bautizados de ninguna manera podían ser entregados a las agencias judías de reagrupamiento familiar porque esas agencias no podían asegurar que los niños fuesen educados como cristianos. Los niños habían sido convertidos a la fe cristiana durante la guerra en un acto benévolo, de salvación y de socorro. Y ahora esos niños, bautizados como cristianos durante la guerra en un acto benévolo, no deberían ser entregados a unos judíos desconocidos, a unas agencias que han aparecido quién sabe cómo», escribía Morelli. «Esas agencias judías no pueden garantizar nada que esté relacionado con esos niños bautizados durante la guerra. Y el control sobre ellos se perdería especialmente si los niños se entregaran a sus propios padres que los buscaban enloquecidos, que llamaban sin descanso a la gruesa puerta de la Iglesia católica. En ese documento estaba escrito», informaba Morelli, «que esos niños, los niños bautizados, deberían permanecer en el seno de la Iglesia católica al precio que fuera. Incluso si sus padres los encontraban, incluso si sus padres exigían que los niños les fuesen devueltos, eso no debería suceder de ninguna manera. El documento se acababa con esa

decisión, o mejor dicho, con esa orden expedida con la aprobación expresa del Santo Padre, o lo que es lo mismo, del Papa Pío XII, nacido Pacelli», escribía Alfonso Morelli de Bolonia. «Durante la guerra, el cardenal Angelo Roncalli y el futuro papa Juan XXIII, conocido como *Il papa buono*», escribía Morelli, «se habían preocupado por el destino de los judíos porque él sabía lo que estaba pasando, porque él escuchaba lo que la gente le contaba, también algunos sacerdotes católicos y por eso», escribía Morelli, «por eso y por ninguna otra razón, el cardenal Roncalli se esforzó cuanto pudo para que los niños judíos que durante el Holocausto habían sido escondidos en monasterios católicos y en instituciones, Roncalli se esforzó para que los niños se pudieran reunir con sus padres o con sus familiares. En cambio, todos aquellos niños que habían sido bautizados», escribía Morelli, «no se podían entregar a quienes no podían asegurar su educación cristiana. Esos niños habían sido confiados a la Iglesia, decía el documento que se encontró por mera casualidad en el archivo de la Iglesia católica de Francia. Todos los archivos de la Iglesia católica están custodiados, especialmente los del Vaticano, conocidos como *Arcivum Secretum Apostolicum Vaticanum*», escribía Morelli. «Los padres habían confiado a sus propios hijos a la Iglesia, pero ahora pedían que esos niños les fueran devueltos, decía el documento, que no era tanto un documento como una instrucción» escribía Morelli. «Allí está escrito que esos niños, como si se tratara de niños de Dios, de niños de *nadie*», escribía Morelli, «que esos niños solo se podían devolver si no habían sido bautizados. Los niños que sí habían sido bautizados, esos no se debían devolver bajo ningún concepto a sus propios padres. En la instrucción también estaba escrito que la Iglesia estudiaría cada caso por separado para tomar la decisión de si devolver o no devolver a un niño. La instrucción también incluía la obligación de no responder nunca por escrito a las preguntas oficiales de las organizaciones judías. Los secretos y el secretismo son las bases de la ideología de la Iglesia católica», escribía Morelli. «Es un hecho que ese documento estaba escrito de acuerdo con los principios fundamentales de la Iglesia católica y con su política. Y según esa instrucción, el documento *prohíbe* expresamente devolver a los niños a sus padres legales. Ese documento, además, está firmado por la máxima autoridad eclesiástica, por el mismo papa Pío XII. De manera que se puede suponer», escribía Morelli, «que esa instrucción era válida para todos los territorios católicos de Europa. Evidentemente», continuaba Morelli, «después de ese descubrimiento la canonización de Pío XII, sobre la que esos días se hablaba y se escribía mucho, empezaba a ser dudosa. Mis colegas, periodistas e historiadores», escribía Morelli, «y también algunas instituciones», escribía, «piden que el Vaticano funde una comisión internacional independiente y que financie las investigaciones. Habría que fundar una comisión con historiadores, sacerdotes y forenses para poder determinar cuántos niños secuestró la Iglesia durante la guerra en toda Europa. Algunos cálculos indican que se podría tratar de hasta ocho mil niños. Esa comisión debería tener acceso libre a los archivos de todas las instituciones eclesiásticas», escribía Morelli, «y plena autoridad para examinar todos los documentos. Además», escribía Morelli, «pronto se van a publicar los diarios de Angelo Giuseppe Roncalli, el Papa Juan XXIII, de manera que quizás se pueda saber algo más sobre esa cuestión, sobre la cuestión de los niños secuestrados por toda Europa. “A mí me estremeció el lenguaje que utiliza el mencionado documento-decreto”, me dijo mi amigo Leo Levi, el presidente de la Unión de las asociaciones judías de Italia», escribía Morelli. «“Ese documento trata una cuestión seria, una cuestión muy dolorosa, de una manera meramente burocrática”, me dijo mi amigo Leo Levi», escribió Alfonso Morelli. «“Ese documento no tiene en cuenta para nada las circunstancias históricas excepcionales que llevaron a bautizar a los niños judíos. El documento ignora por completo cómo llegaron los niños al seno de la Iglesia católica”, me dijo Leo»,

escribía Morelli. «“ En ese dictamen, el Holocausto, que fue la causa de los bautizos de esos niños judíos, no se menciona”, me dijo Leo Levi. “Además, ese documento, o mejor dicho, ese decreto, fue escrito en octubre de 1946, y en aquel momento, la memoria de lo que significó la liberación de Auschwitz estaba fresca. Auschwitz había sido liberado solo unos meses antes de que se escribiera ese decreto de las altas instancias eclesiásticas, pero en ese decreto Auschwitz no se menciona para nada, como tampoco el Holocausto”, dijo Leo Levi», escribió Alfonso Morelli. «De hecho», escribió Alfonso Morelli en el *Corriere della Serra* el día 28 de diciembre de 2005, «todavía no es posible determinar hasta qué punto Roncalli y los otros responsables eclesiásticos aplicaron esa instrucción vaticana porque todos los documentos relacionados con la política de la Iglesia están secuestrados en los archivos del mismo Vaticano o bien en los archivos de las iglesias nacionales. Se sabe», escribía Morelli, «que durante la guerra muchos niños encontraron refugio en los monasterios católicos, en los internados y en las escuelas, pero no por orden del Papa», escribía Morelli. «Los niños fueron salvados por iniciativa de los sacerdotes locales, por los padres, las monjas o los monjes, ellos son los auténticos héroes», escribía Morelli. «Se sabe que muchos judíos que sobrevivieron tuvieron grandes dificultades para encontrar a sus niños después de la guerra, para sacar a sus hijos de las instituciones católicas», escribía Morelli, «pero hasta ahora solo se podía *intuir* que la Iglesia robaba a los niños judíos para contentar a Jesús. Hace sesenta años que Iglesia y sus “servidores” intentan dar la impresión de que sus actividades durante la Segunda Guerra Mundial no necesitan ninguna revisión», escribía Morelli. «Hace sesenta años la Iglesia intentó demostrar la inocencia del Papa Pío XII y también de muchos de sus obispos y sacerdotes. Si algo se guarda con fidelidad y de manera sacrosanta en todas las iglesias son las fechas de los bautismos y de las defunciones», escribía Morelli. «No resultaría nada difícil descubrir qué pasó con los niños judíos bautizados. Si Suiza, ese país *neutral*, acabó fundando la comisión de Bergier (ICE) como una comisión de expertos independientes, y aunque lo hiciese tan tarde como el 12 de diciembre de 1996», escribía Alfonso Morelli, «su intención sí que era demostrar la complicidad entre el régimen nazi y los bancos suizos que administraban el enorme patrimonio que había sido confiscado a los judíos. Australia también ha empezado ya a hablar de los aborígenes a quienes les fue retirada la custodia de sus hijos por las autoridades estatales», escribía Morelli. «En vez de ocultar el pasado, la Iglesia católica debería espabilar y abrir sus archivos. Y no solo eso», escribía Morelli, «ha llegado la hora de que la Iglesia deje de fingir, de que deje de mentir al afirmar que su único error durante la guerra fue que no ayudó a salvar a los judíos», escribía Morelli. «Ha llegado el momento de que Iglesia deje de creer que es suficiente con enviar al mundo sus absoluciones anémicas y pida perdón por sus errores “involuntarios”. Esas absoluciones sacramentales resultan cada vez más sucias, literalmente vomitivas», escribía Alfonso Morelli. «Hay que tener en cuenta», escribía Morelli, «que no se puede olvidar que la carta del cardenal Roncalli no es el único documento incriminatorio escondido en los enormes archivos secretos de la Iglesia católica. Queda bastante claro», escribía Morelli, «que la Iglesia debería olvidar la beatificación precipitada, no hay ninguna prisa por canonizar a Pío XII. Se sabe perfectamente», escribió Morelli, «que él estaba delante de la Iglesia católica que defendía abiertamente el antisemitismo durante un período en el que los nazis y los fascistas perseguían a los judíos de manera masiva y los liquidaban. Él, Pío XII, conducía una iglesia en la que muchos sacerdotes alemanes utilizaban los libros de bautismo de manera fraudulenta para ayudar a los nazis a decidir quiénes deberían llevar las estrellas amarillas primero y luego ser asesinados. Y algunos sacerdotes alemanes incluso después de la guerra continuaron de una manera oficial, durante más de una década después del Holocausto,

explicando que los judíos fueron los culpables del asesinato de Cristo. No hace falta más que recordar», escribía Morelli, «el *Reichskonkordat*, el concordato firmado el 20 de julio de 1933 entre la Santa Sede y el Reich. Ese documento es todavía plenamente válido en Alemania. Lo firmó el cardenal Eugenio Pacelli, el futuro papa Pio XII y secretario de Estado del Vaticano por aquel entonces. El cardenal Michael von Faulhaber», escribía Morelli, «en una reunión que tuvo lugar en Múnich en el año 1937 dijo: “Las grandes potencias mundiales todavía desconfían del progreso de la Nueva Alemania, pero la Iglesia católica, esa potencia moral suprema, muestra con este concordato su confianza en el nuevo gobierno alemán a todo el planeta. Este es un gesto de valor incalculable porque contribuyó a reforzar la consideración del nuevo gobierno en el mundo”, dijo Faulhaber», escribió Morelli. «Abe Foxman», escribió Morelli, «director de la Liga contra la Difamación», escribió Morelli, «dijo que a él, a Foxman, lo habían escondido en la casa de una familia polaca y que la nodriza le hizo bautizar en secreto y que eso comportó más tarde unas complicaciones extraordinarias, inimaginables para que él pudiera volver a vivir con sus padres. “Creo que en estos momentos hay en el mundo decenas de millares de niños judíos que se salvaron gracias a un bautizo”, me dijo Abraham Foxman», escribía Alfonso Morelli, «“que no saben nada sobre sus orígenes ni lo van a saber nunca”, consideraba Foxman», así lo escribió Morelli.

—Durante mi juventud me gustaba ir a las montañas — dijo Aurelia—. Hacer senderismo ayuda a respirar mejor. Y desarrolla la voluntad —añadió Aurelia.

—En un sistema de coordenadas, las parábolas pueden adoptar formas interesantes —dijo Haya—. Las ordenadas de la parábola pueden ser positivas, más, o negativas, menos. Mientras el incremento de la función, ΔZ , sea positivo o negativo en el entorno del punto M no existe un extremo. No me hable usted del montañismo, de la disciplina de los montañeros —dijo Haya—. A mí ya no me gusta ninguna disciplina, no puedo soportar ni el ciclismo.

¿Usted no recuerda esos días?

No los recuerdo bien. Recuerdo mejor los días de antes de la guerra, mis excursiones a la montaña. El período de la guerra está en mi memoria como envuelto en la niebla, los días en Varsovia... eran días difíciles. Gracias a Dios, las cosas malas se olvidan rápido y más fácilmente que las buenas. Las experiencias desagradables siempre las intentamos reprimir...

Le puedo refrescar la memoria. Usted era el lugarteniente del Dr. Heinz Auerswald. Usted era el lugarteniente del comandante nazi del gueto de Varsovia.

Eso es cierto.

Doctor Grassler, tengo en mis manos el diario de Czerniakow. En esos escritos también se le menciona a usted.

¿Ese diario se conservó? ¿Y se publicó? Recuerdo a Adam Czerniakow. Él era el presidente del *Judenrat* de Varsovia.

En su diario está escrito: «El día 7 de julio de 1941...».

¿El día 7 de julio de 1941? Es la primera vez que he oído mencionar una fecha concreta. ¿Era posible tomar notas allí? Sabe usted, a mí todo eso me resulta interesante. ¿Es decir que en el mes de julio yo ya estaba allí!

Czerniakow escribe: «Mañana, 7 de julio de 1941. Reunión en las oficinas centrales del Consejo judío. Más tarde, reunión con Auerswald, *Schlosser* y Grassler. Conversaciones sobre cuestiones rutinarias...».

¿Es aquí donde se menciona mi nombre por primera vez?

Y luego de nuevo el 22 de julio...

¿Él escribía cada día?

Sí, cada día. Es increíble...

...que ese diario se haya conservado. Es simplemente increíble.

¿Usted visitó el gueto alguna vez?

Pocas veces, señor Lanzmann. Solo cuando tenía necesidad de hablar con Czerniakow.

¿Y cómo eran las condiciones de vida en el gueto?

Terribles. Era horroroso. Al cabo de un tiempo, cuando ya sabía con qué me encontraría allí, evitaba directamente ir de visita. Excepto si no había más remedio. Durante toda mi estancia en Polonia, el gueto lo visité una o dos veces. En la Oficina intentábamos evitar la epidemia de tifus. El objetivo era preservar la mano de obra.

¿Nos puede explicar algo sobre el tifus?

Yo no soy médico. Lo único que sé es que el tifus es una enfermedad peligrosa. Si aparece la epidemia, la gente muere como si se tratara de la peste. Y sé que la enfermedad se extiende rápidamente, que no es posible contenerla en una zona aislada, por ejemplo solo dentro del gueto. Si se hubiera proclamado una epidemia, hubiera afectado de la misma manera a la población local y a los soldados alemanes.

¿En el gueto hubo algún caso de tifus?

No lo sé. Pero sí que había peligro de que se produjera... a causa de la hambruna.

Había escasez de alimentos. Eso era terrible. Nosotros en la Comisión hacíamos lo posible para alimentar al gueto porque el gueto se hubiera podido convertir en una incubadora de epidemias. Teníamos que evitar que las enfermedades se extendieran más allá de su perímetro. Claro que hay que tener en cuenta también las consideraciones humanitarias.

Czerniakow escribe que los amurallaron en el gueto a causa del miedo de los alemanes al...

Sí, eso es absolutamente cierto. Teníamos miedo del tifus.

En el diario está escrito: «Los alemanes asocian a los judíos con el tifus».

Quizás, de eso no estoy, no estoy seguro.

Los alemanes debían de tener sus planes para el gueto de Varsovia. ¿Qué tipo de planes tenían?

Señor Lanzmann, usted me pregunta más de lo que yo le puedo confirmar. Si con su pregunta piensa en el exterminio, en la «solución final», claro que nosotros de eso no sabíamos nada. Nuestro objetivo era mantener el gueto y preservar la mano de obra. El objetivo de nuestra oficina, de hecho, era el contrario a la intención de eliminar a toda la población judía.

¿Usted sabe cuánta gente moría cada mes en el gueto? Por ejemplo en el año 1941.

No lo sé. Nunca lo he sabido.

Usted eso lo debía de saber. Existen números exactos...

Es posible que lo supiera entonces, pero ahora...

¿Cinco mil al mes? ¿Es eso correcto? De acuerdo...

Me parece mucho.

Claro que es mucho. Pero en el gueto vivía mucha gente. Eso es un hecho.

Demasiada gente.

¿Qué era un gueto?

Durante la historia ha habido muchos tipos de guetos. Los pogromos de los judíos no los inventaron los alemanes. Los pogromos de los judíos no empezaron con la Segunda Guerra Mundial. Los polacos también persiguieron a los judíos.

Pero ese gueto estaba en medio de la capital, en medio de una gran ciudad, dentro de su corazón...

Cierto, y eso era un poco extraño.

Usted dice que su objetivo era preservar el gueto.

Sí, que la gente pudiese sobrevivir.

¿Qué significaba en aquellas circunstancias, «sobrevivir»?

Aquí llegamos a la pregunta más difícil.

La gente moría en las calles, las calles estaban llenas de cadáveres.

Eso yo lo sé también. Es aquí donde empieza la paradoja.

¿A usted eso le parece una paradoja?

Ciertamente lo es.

Explíquese.

No puedo.

¿Por qué no?

¡¿Qué quiere que le explique?! Es un hecho que...

¿Que ustedes no hacían ningún tipo de mantenimiento? Los judíos en los guetos morían cada día. Czerniakow escribe...

Para mantener unas condiciones de vida dignas, hubiéramos necesitado más comida y no debería haber habido tanta gente metida allí dentro.

¿Eso era fruto de una decisión consciente, no? Que la gente muriera de hambre.

No se trataba de una decisión oficial. La decisión de exterminarlos vino mucho

después.

Sí. En 1942.

¡Exacto!

Un año más tarde.

Correcto.

¿Qué podrían hacer los judíos en aquellas circunstancias?

Nada.

¿Por qué Czerniakow se suicidó?

Probablemente porque comprendió que no había esperanza. Probablemente él supo antes que yo que estaba previsto matar a todos los judíos. Ellos tenían sus servicios secretos. Estaban mejor informados que nosotros.

¿De verdad?

Sí.

¿Los judíos sabían más que ustedes?

¡Estoy absolutamente convencido! Nadie informó a la administración alemana de qué pasaría con los judíos.

¿Cuándo salió el primer transporte para Treblinka?

Antes del suicidio de Auerswald. Si no me equivoco.

¿De Auerswald?

Perdón, de Czerniakow.

Es decir el 22 de julio.

Según ustedes, ¿las deportaciones empezaron el 22 de julio de 1942?

Sí.

¿A Treblinka?

Czerniakow se mató el 23 de julio.

Sí, el día siguiente. También yo puedo confirmar eso.

¿Usted considera que la idea de un gueto era buena? Darles una clase de autonomía en la administración.

Así es.

El gueto estaba pensado como un mini Estado.

Funcionaba bien.

Los dejaron administrarse solos, aunque su destino no tenía otra opción que la muerte, ¿no es así?

Ahora eso lo sabemos, pero en aquel momento...

Usted lo sabía.

¡Yo no lo sabía!

Czerniakow escribe: «Nosotros éramos como títeres atados a un hilo, no teníamos ninguna autonomía».

Eso es correcto.

«Ningún poder».

Correcto...

Ustedes, los alemanes, eran los dueños de la vida y de la muerte.

Sí.

Czerniakow era un intermediario, nada más.

Pero era un intermediario eficaz. La administración judía funcionaba bien, en eso puede creerse.

¿Durante cuánto tiempo? Tres años, dos años y medio. «Funcionaba bien», pero ¿con qué finalidad?

Con la finalidad de mantener a la gente con vida.

Pero ese objetivo escondía que sus vidas estaban destinadas a la muerte.

Sí, pero...

Autogestión, autoadministración... mientras esperaban que viniera el momento de la liquidación.

Eso es fácil de decir, ahora.

Usted reconoció que las condiciones de vida eran inhumanas.

Sí.

Es decir que se sabía desde el comienzo...

¡No es cierto! No se sabía nada sobre el exterminio.

No es tan fácil exterminar a la gente de forma masiva.

No.

Había que organizar muchas cosas antes...

Había que...

Pero para poder comprender todo el proceso tenemos que...

Le repito: en el gueto no hubo liquidaciones, al menos no al principio. Cuando empezaron las evacuaciones, entonces...

¿De qué evacuaciones habla?

De evacuaciones a Treblinka. El gueto no se podía cerrar y allanar con tierra si no era con el uso de las armas. Y después de la rebelión, eso es lo que pasó. Por aquel entonces,

yo ya no estaba allí. Pero al principio... Señor Lanzmann, esto no nos lleva a ninguna parte. Así no llegaremos a ninguna conclusión.

Me parece que en esta cuestión, las conclusiones son de todos modos imposibles.

Yo no sabía entonces lo que sé hoy.

Usted era una persona sin carácter, un engranaje dentro del sistema.

¡Eso es correcto!

Usted ocupaba una posición de poder.

Y usted sobrevalora la influencia que yo hubiera podido tener.

No la sobrevaloro. Usted era lugarteniente del jefe de la administración de los judíos de Varsovia.

Yo no tenía poder. No tenía influencia.

Usted era parte de la inmensa maquinaria de guerra de Alemania.

Sí. Una pequeña parte, una pieza pequeña, una piececita. Usted sobrevalora la autoridad de un lugarteniente que en aquel momento tenía veintiocho años.

Usted tenía treinta años.

Veintiocho.

Con treinta años, una persona es madura.

Para un abogado, esa edad significa que ha empezado nada más.

Usted ya tenía el doctorado en aquel momento.

Los títulos no significan nada.

¿Tenía Auerswald el doctorado también?

No. Pero los títulos no significan nada.

Doctor en leyes... ¿Cuál fue su ocupación después de la guerra?

Encontré trabajo en una editorial que publicaba libros sobre montañismo, sobre las montañas, sobre senderismo.

¿De verdad?

Escribía y editaba guías para excursiones de montaña. Editaba también una revista de senderismo.

¿Las montañas lo entusiasman?

Sí.

Montañas, alturas...

Sí.

El sol, el aire puro... sin contaminación...

Sí...

Los días no avanzaban, pero tampoco se complicaban. Era extraño, pero Haya nunca enfermaba. Haya era una viejecita sana. Tenía una pequeña prótesis dental en el cuadrante superior derecho (los demás dientes eran suyos), fue operada de cataratas, le extirparon la vesícula biliar y una vez tuvo un ataque de asma bronquial leve (y a pesar de ello continuaba fumando unos quince cigarrillos al día). Hace treinta años tuvo una fisura en la tibia. Eso era todo. No obstante, su cuerpo funcionaba ahora de una manera más lenta, los esfuerzos que podía aguantar eran más breves, más limitados. Cada tarde tenía un ataque de picor terrible: le picaban ambos brazos, tanto el derecho como el izquierdo. Haya se rascaba y se rascaba y se rascaba. Ponía los brazos bajo un chorro de agua fría y observaba, preocupada, las marcas de sus propias uñas en su piel seca: «¿Quizás estoy desapareciendo?», se preguntaba. Sus sueños eran ligeros, su sangre circulaba sin hacer ruido, su corazón latía suavemente, toda ella se movía de manera sigilosa. Su vista, sus sueños y la materia de su cuerpo se deshacían. Pero la espera de Haya crecía, aunque Haya tenía miedo de que la espera al final terminara en nada, de que acabara sin más, de que pronto, en algún momento, ella misma se convirtiera en «la espera que se había cansado, en la espera muerta que ahora se despide con un *¡ciao!*».

HURRY UP PLEASE IT'S TIME

Hacía ya quince años desde que Haya se había comprado un ordenador, pero le gustaba más navegar por Internet en la biblioteca municipal, resultaba más barato. «Eso es muy fácil, navegar por Internet es fácil», decía Haya a las bibliotecarias y a ellas les parecía extraño que lo dijera. Haya en cambio, no entendía por qué las bibliotecarias encontraban extraña esa observación. Tres veces por semana, de las ocho de la mañana a las diez, Haya leía los periódicos en la biblioteca municipal en Internet (básicamente los periódicos alemanes, italianos y eslovenos). Después enviaba cartas a la Cruz Roja Internacional, a la Cruz Roja Italiana, a los servicios de rastreo del Estado y de la ciudad. Haya escribía sin parar a los de casa y a los del extranjero. Su figura estaba un poco encogida, estaba un poco doblada por la cintura. Era una mujer frágil, de cabellos marrones, llevaba sus gafas en la punta de la nariz. Sus labios se juntaban, su barbilla se levantaba mientras estaba delante de la pantalla. Parecía como si buscara unas manchas que quisiera borrar con un poco de saliva en el dedo índice, pero esas manchas no se podían borrar. Mientras escribía sus correos electrónicos a los testigos conocidos y a los desconocidos, diseminados por todo el mundo, a esos perros rastreadores de huellas, a esos cavadores que hurgaban en el pasado, ella misma se convirtió en uno de ellos, en un perro rastreador que examina los vertederos del pasado. Lo que encontraba, lo que veía en la pantalla, eran solo algunos reflejos de luz que iluminaban por breves instantes unas vidas como la suya. Bajo las cenizas todavía ardían las pequeñas verdades que ya nadie necesitaba, que nadie consideraba importantes. Y mientras tecleaba «Gorizia», Haya susurraba sin que se la pudiera oír: «Haya está loca». Y preguntaba en voz alta:

—¿Quizás ha llegado el momento?

En junio de 2006, Haya tuvo un sueño, a pesar de todo, tuvo un sueño tranquilo, tan minimalista y tan silencioso que Haya casi no podía ni recordarlo.

...en la calle...descalza... es de noche... haya entra en un lavabo público, el suelo del baño está sucio de aguas fecales, no se puede marchar, detrás de ella el suelo se ha hundido... para poder llegar hasta el inodoro, haya salta por encima de los desechos mientras observa su propia barriga que se está haciendo cada vez más grande... estoy muy tranquila, se dice, aunque no se sabe quién es su padre, dice... más tarde haya vuelve a una casa abandonada... en aquella casa entra luego corriendo un hombre con una cámara de fotos y dice: yo soy un espía... todo está bien, yo estoy embarazada, dice haya, voy a poner mi cabeza sobre tu pecho, dice... y el blanco de sus ojos y su frente se llenan de manchas de color marrón claro... de no se sabe dónde aparece ada, toda meada... haya dice, mama, ahora tú y yo nos parecemos, pero ada sonríe solamente y niega con la cabeza... luego ada dice, mira esto, haya, léelo... En un trozo de papel arrancado de las «leyes» está escrito: józsef nagy: «es difícil encontrar la verdad»...

El lunes 3 de julio de 2006, Haya recibió una carta de la Cruz Roja Internacional, o mejor dicho del ITS (*Internacional Tracing Services*) de Bad Arolsen. La carta, eso Haya lo supo al instante, no era una felicitación de Navidad o de Año Nuevo, porque era verano y no invierno. La Cruz Roja, sus servicios de rastreo, la señora Helga Mathias que es quien firmaba el documento, la informan de que en Bad Arolsen encontraron una copia del certificado de bautismo. Haya les envió esa copia, junto con la fotografía en blanco y negro del recién nacido el 2 de febrero de 1946, con la petición que la ayudasen a encontrar a su hijo Antonio Tedeschi, nacido el 31 de octubre de 1944 en Görz. La ciudad entonces formaba parte del *Adriatisches Küstenland*, es decir que era parte del Tercer Reich. Helga Mathias le explicaba que en su carta Haya había indicado que su hijo Antonio Tedeschi desapareció el día 13 de abril de 1945. Haya no podía comprender por qué la señora Helga Mathias repetía lo que Haya le había escrito hacía sesenta años porque Haya recordaba a la perfección lo que ella había escrito a los Servicios Internacionales de Rastreo sesenta años antes. Los hijos no se esfuman sin más, eso no pasa con regularidad, no pasa cada día, que un niño desaparezca no es un fenómeno normal. Si uno ha perdido a su hijo, eso se recuerda siempre, ¿no es así? «No tenemos necesidad de la partida de bautismo para empezar las investigaciones», escribía Helga Mathias, «porque la madre del niño, Haya Tedeschi, que asumimos que es usted, no estaba casada con el padre del niño, el *SS-Untersturmführer* Franz Kurt, nacido el 17 de enero de 1914 en Düsseldorf. Nosotros hubiéramos aceptado su petición como un caso fundado sin la partida de nacimiento», escribía Helga Mathias del *Internationaler Suchdienst* de Bad Arolsen. Helga Mathias añadió que en una determinada caja, entre los pocos documentos que se conservan sobre el proyecto *secreto* de *Lebensborn*, había una carta del sacerdote Carlo Baubela de Görz, de la ciudad que hoy se llama Gorica. El sacerdote bautizó al niño y luego entregó a un desconocido el documento sobre el nacimiento del hijo de Haya. Junto con la carta de Carlo Baubela se encontró también la orden oficial de la Oficina Central de la Policía de Seguridad del Reich, que estaba supervisada por el Ministerio de Asuntos Interiores en Berlín (*Reichssicherheitshauptamt*, RUSHA), con la firma del *Reichsführer-SS* y ministro Heinrich Himmler que entonces era el jefe del ministerio. «Bajo la orden expresa de Heinrich Himmler», escribía Helga Mathias, «el hijo varón de origen ario, que se llamaba temporalmente Antonio Tedeschi, fue enviado al centro de *Schloss Oberweis*, cerca de la ciudad de Gmunden, en la región de Traunsee, en los territorios que habían pertenecido a Austria. Los registros de prácticamente todas las casas para los *Lebensborn* fueron destruidos justo antes de la capitulación de Alemania», escribía Helga Matias, «y es muy poco probable que podamos encontrar

información relativa a *Schloss Oberweis*. Por ahora tenemos la sospecha de que su hijo fue enviado a una familia alemana o austríaca y que le cambiaron el nombre. Para cualquier información adicional», escribe Helga Mathias, «escriba usted a la sede de la Cruz Roja en su país. La dirección es: Croce Rossa Italiana, Servizio Affari Internazionali, Ufficio Ricerche, Via Toscana 12, 01187 Roma».

Había estado esperando durante sesenta y dos años.

Si hubiese sabido cómo rezar, Haya hubiese exhortado al cielo:

*Devuelve a sus hogares a todos los que la guerra desplazó,
Para que puedan cerrar sus rebaños en el vallado,
Devuelve los niños a sus madres.
Pero Haya no sabía rezar,
O Lord Thou pluckest me out
O Lord Thou pluckest
De manera que no dijo nada más que
HURRY UP PLEASE IT'S TIME.*

Sentada al lado del amplio ventanal de una habitación del tercer piso de un edificio austrohúngaro en la parte antigua de Gorizia la Vieja, Haya, se balanceaba. La mecedora era también vieja y mientras ella se balanceaba, la silla gemía.

—¿Es la silla que gime o soy yo quién se lamenta? —preguntaba la mujer al vacío mientras manoseaba la carta de Helga Mathias en las manos. A su alrededor estaban tirados los restos de otras vidas, como una colección de viejos discos *long play* que ya no suenan. Fotografías, papeles, posters, cartas y pequeños objetos irradiaban un silencio espeso. Le ha quedado una sola imagen, una foto roída, en la que se refleja como en un espejo roto el rostro de Antonio Tedeschi recién nacido.

Haya dijo:

—El cesto rojo está vacío, he descifrado esos años. Ahora sí veo el fondo. El espacio se ha convertido en tiempo: *Zum Ramu wird hier die Zeit*. Oh, hijas del río Soča, la esencia de la realidad es su multiplicidad. Toda sucesión convergente es acotada. El límite vale a , el valor límite de la función f cuando x tiende hacia a , $\lim f(x) = A$, oh sí.

*¿Cuáles son las raíces que agarran, qué ramas crecen
En esta basura pétrea? Hijo del hombre,
No puedes saberlo ni imaginarlo, pues conoces solo
Un montón de imágenes rotas, donde el sol bate...*

—Sí, «un montón de imágenes rotas».

Es decir que don Baubela no mantuvo su palabra y delató el secreto de Haya. Eso, al fin y al cabo podría incluso ser bueno porque podría ayudar a encontrar la huella, de esa manera quizá la historia encontrase su final. Hacía sesenta y dos años que Haya esperaba.

En la Vía Apica, a la altura de donde antes había una carnicería, al otro lado de la calle donde vivía Haya, abrieron un bar que se llamaba Joy.

—Qué casualidad —dijo Haya mientras observaba por la ventana cómo los primeros clientes comían sus canapés con trocitos de salmón y huevas negras de caviar. Su papelería La Gioia y ahora esa cafetería Joy, la carta de la señora Helga Mathias... Le pareció que de pronto el camino de su vida se había estrechado, que finalmente había llegado a aquel punto desde donde uno salta y desaparece.

...haya va en bici por un camino del bosque... el verde de las hojas es tan intenso que penetra como aire bajo su piel, penetra debajo de los párpados y baña sus órganos viejos, la envuelve toda en el aroma del río soča... las ruedas giran cada vez más deprisa, los ojos se le llenan de viento, en su cabeza resuena una canción extraña, una canción de color de coral, una canción llena de sol... qué canción tan estúpida, dice haya, los ángeles no existen... los pedales se le escapan, en su pecho nota unas garras que le hacen daño mientras ella se agarra con más fuerza al manillar...el camino está cubierto de grava blanca, irregular... las ruedas giran cada vez más deprisa, más y más deprisa, más... haya suelta el manillar... haya abre los brazos hacia el bosque...levanta los pies de los pedales, estira las piernas hacia el bosque, levanta la cabeza hacia el cielo... y vuela, vuela a través de las imágenes romboidales del calidoscopio... en una esquina, haya mira por el agujero dentro de ese tubo de cartón lleno de magia y ve su vida... una vida que espera agachada, se ve a sí misma con sus ojos secos y demasiado abiertos (lidless eyes)... feria, en su cabeza hay ambiente de una feria rural... la vía apica se estrecha en un rayo de luz... la flecha vuela y se clava en el ojo de haya, se convierte en una bala silbante... en su superficie refleja el letrero: joy...

[...]

Esos caminos fueron ecos y pasos,
Mujeres, hombres, agonías, resurrecciones,
Días y noches,
Entresueños y sueños,
Cada ínfimo instante del ayer
Y de los ayeres del mundo,

La firme espada del danés y la luna del persa,
Los actos de los muertos,
El compartido amor, las palabras,
Emerson y la nieve y tantas cosas.
Ahora puedo olvidarlas. Llego a mi centro,
A mi álgebra y mi clave,
A mi espejo.
Pronto sabré quién soy.

Ahora (creo) sé quién soy.
Cierro los ojos sin párpados (*lidless eyes*)
Y espero.

HURRY UP PLEASE IT'S TIME

El viernes, 30 de junio de 2006, fui de Salzburgo a Gorizia.

Era de noche. El tren avanzaba suavemente, iluminado por dentro, casi vacío. El tren se movía a través de un silencio negro, perfumado con los olores de verano, atravesaba el silencio que se protegía a sí mismo, que se extendía poco a poco y con pereza por toda la tierra y por todo el cielo alrededor de nosotros.

Delante de mí estaba sentada una mujer que sonreía mientras miraba por la ventana sin que se pudiera ver nada en la oscuridad espesa colgada de los cristales, observaba los suspiros que flotaban detrás del tren, como si nos acompañara un estandarte sostenido por el viento.

—¿Usted va a Gorizia? —me preguntó la mujer—. ¿Por qué?

No le respondí.

La mujer llevaba unos zapatos pesados, de invierno, puestos sin calcetines y sin cordones. La mujer tenía unas manos fuertes, tenía pelo espeso, negro y unos cuarenta años. Su rostro parecía un tanto demacrado.

—Hay cuatro voces que reconozco al instante —dijo la mujer—, la mía y las de otras tres personas.

Oh, por favor, no me hable de las voces, me gustaría decirle, no toque el tema de las voces, se lo suplico.

—Ahora mis voces están calladas —dijo la mujer—, así que podemos hablar.

Pero yo no tenía ganas de hablar. En mis pulmones bailaban como unas cintas de colores, unas voces débiles, silbantes y cacofónicas, que yo también llevaba dentro, me dificultaban la respiración. De vez en cuando me golpeaba el pecho para desprender esos parásitos y que se fueran volando hacia la noche:

—No tengo ganas de hablar —le dije.

—¿Usted proviene de Gorizia? —continuó la mujer como si no hubiera oído lo que había dicho. Y yo le respondí que no lo sabía.

—No lo sé —dije a la mujer sentada en el tren delante de mí que viajaba conmigo a Gorizia y que me molestaba porque yo no tenía ganas de hablar, no quería hablar con nadie, pero esa mujer me preguntaba, me preguntaba todo el rato.

—Voy a ver precisamente si tengo raíces en Gorizia o no —dije a aquella mujer y ella continuaba como si no hubiera oído nada.

—Si usted tiene familia en Gorizia —dijo—, entonces posiblemente yo le conozca porque en Gorizia la gente se conoce entre sí.

Y yo le respondí que lo dudaba, que me parecía poco probable que nuestros caminos hubieran podido cruzarse en algún punto:

—Lo dudo —le dije. Y ella concluyó filosóficamente:

—La realidad es un tejido complejo e infinito. La realidad no se puede descomponer, es persistente como mis voces. Además, las casualidades son escasas —dijo la mujer del tren—. La realidad es una madeja de la cual todos formamos parte —dijo la mujer, que empezaba a enervarme. Pero por suerte llegamos a Gorizia y yo me despedí rápidamente.

Estaba alojado en el hotel Palace del Corso Italia número 63, por el precio de 31 euros la noche. Las filas de árboles que se veían desde mi habitación formaban una masa verde compacta, oscura. Pedí que me trajeran a la habitación una porción de *gubana* y una botella de picolit. Tenía intención de estirarme en la penumbra y saborear tranquilamente aquel líquido de un amarillo dorado, sospesar la densidad y la untuosidad de ese picolit servido a la temperatura adecuada, de ese vino suntuoso, es lo que tenía intención de hacer, lo que tenía planeado. El gusto y el aroma de los higos secos, de las acacias, de la miel, de la vainilla, de las flores en los prados, de los melocotones, de las cerezas negras y de las rojas, esa suavidad y esa calidez de un gusto seco y dulce, y al mismo tiempo agradablemente ácido, me hacían pensar en los carrascales de pequeños robles tenaces, impregnados del olor centenario de los bosques de Gorizia: todo esto fluiría por mi cuerpo, llegaría hasta las puntas de los dedos de mis pies, llenaría mi respiración, llenaría las cavidades de mis ojos donde las aguas del pasado, esos espejos oscurecidos, reflejaban mis antepasados desconocidos. El picolit es un vino milagroso, no se puede beber con frecuencia, no se debe. El picolit es un vino delicado, el vino de la nobleza europea, es un néctar exclusivo para la meditación, no se produce de otra manera que en pequeñas cantidades. El picolit es un vino ancestral, se producía ya en los tiempos del Imperio Romano y su historia fue recogida en las notas de Antonio Zanón del año 1767. Sé tantas cosas, sobre el picolit, sé un montón de detalles sin importancia. Una vez consumido, el picolit da calma, da una alegría contenida que caracterizaba a la aristocracia tranquila de Alemania, de Francia y de Inglaterra. El picolit es una sinfonía siempre cambiante, pero siempre perfecta, una joya única que me conduciría, eso creía yo, de una manera sigilosa, sin dolor, después de todas esas esperas, hasta el pasado que se ha hecho visible, hasta mi propio pasado y el pasado de mis parientes desconocidos. El picolit hay que beberlo a solas porque el picolit lo producen los vinicultores más audaces para los bebedores más refinados. Eso es todo lo que os quería contar sobre el picolit.

Me llamo Hans Traube.

Nací en Salzburgo el 1 de noviembre de 1944.

En todos mis documentos figura ese nombre, Hans Traube, y también que nací en Salzburgo el día 1 de noviembre de 1944. Si alguien llama a Hans, yo me vuelvo. Desde siempre todos me llaman así: Hans. Desde que tengo memoria, la gente me llama Hans, los propios y los extraños, todos me llaman Hans. Para mí mismo yo también soy Hans, ¿quién podría ser yo si no Hans? Si me equivoco en algo me digo: ¡Oh, Hans, Hans, aquí te has equivocado!

—Oh, Hans, Hans —me dijo mi madre al morir—, tu verdadero nombre es Antonio.

Desde aquel momento en el que mi madre Martha Traube me arrojó ese «Oh, Hans, Hans», y eso pasó el 20 de abril de 1998, busco sin parar a ese Antonio desconocido que nunca se había escondido, a ese hombre que durante medio siglo no estaba, pero que nunca había desaparecido. Todo este tiempo Antonio estaba dentro de mí, me observaba, respiraba conmigo, escuchando mi aliento, soñaba conmigo, me robaba mis sueños. Pero yo no sabía nada de todo eso hasta el momento en que mi madre Martha Traube me dijo antes de morir:

—Oh, Hans, tú naciste con el nombre de Antonio.

En Gorizia acaban mis investigaciones. Después de ocho años *creo* que he acabado la búsqueda. *Creo* que ahora sé los detalles esenciales de mi vida. Y como ahora *sí sé* los detalles esenciales de mi vida, *estoy convencido* de que ya no me resultarán esenciales, de que se convertirán en no esenciales, en innecesarios. Estuve buscando esos detalles como un loco durante ocho años, hurgando obsesivamente en los archivos de diferentes ciudades, de países diversos, buscando los detalles más mínimos. Ahora sé que muchos de ellos no tenían *ningún sentido en absoluto*. Pronto podré decir lo mismo que me dijo Thomas (Bernhard) cuando le hice sus últimas fotos en 1988:

—*Servus*, ahora ya nada importa.

Fotografié a Thomas en Gmunden, donde había vivido y donde murió poco después de que tomara aquellas imágenes fantásticas de Thomas y también de los alrededores de Gmunden por donde Thomas tenía la costumbre de pasear. Yo soy fotógrafo profesional, trabajo para varios periódicos y las exposiciones de mis fotografías se han visto en todo el mundo. De vez en cuando escribo, es por eso que me fui a Gmunden. Gmunden es una ciudad pequeña, de unos 13.000 habitantes, y allí el aire es muy fresco. Desde 1862, la ciudad de Gmunden es conocida como un balneario de aires saludables, un *Luftbad*. Hoy Gmunden es una ciudad turística, los turistas pasean en rebaños al lado de la casa de Bernhard y los que más se acercan son los que no tienen ni idea de quién era Bernhard y que nunca van a leer lo que Bernhard escribió. Gmunden está situada en un enclave privilegiado en la orilla norte del lago Traun y rodeada por bosques. Gmunden tiene hoy también un hospital, un pequeño teatro municipal, un observatorio y el tranvía más antiguo de Austria (que se construyó en 1894). En Gmunden hay unos cuantos institutos de formación profesional, dos de bachillerato y un *Mädchenpensionat* para las hermanas de la Sagrada Cruz. También es bien conocida la cerámica de Gmunden, igual que su porcelana. En Gmunden hay algunas iglesias barrocas y góticas, también hay monasterios y un cementerio muy

interesante.

—En ese lugar hay muchos molinos de papel —me dijo Bernhard— y por todas partes uno pude encontrar lisiados — me dijo—, unos sin dedos, otros sin una mano, alguno hasta sin las dos manos. Y los hay que se han quedado sin una oreja.

Pasábamos al lado del palacete de Oberweis e hice algunas fotografías de ese «edificio majestuoso», como lo llamaba Thomas. Había sido propiedad de una familia judía que había desaparecido.



—Hoy Oberweis de nuevo es una propiedad privada —dijo Bernhard— y por eso *inaccesible* —acentúo—, pero eso no me preocupa porque *yo no tengo ningún deseo de acercarme allí*. A diferencia del palacete de Oberweis, que fue concebido para dar la impresión de majestuosidad —dijo Bernhard—, mi casa es un simple establo, es un lugar en descomposición completa. Es eso lo que me gustó, me gustó el reto de intentar organizar un estado de descomposición hasta el punto en el que fuera habitable —me dijo—, de manera que decidí sanear su podredumbre hasta donde fuera posible, preguntándome siempre si es posible corregir definitivamente la podredumbre inicial. En esa empresa me ayudó un hombre llamado Ferdl que hemos enterrado hace dos días — me dijo Bernhard entonces, en 1988.

—Ferdl era mi mejor amigo aquí —dijo—. Era un viejo cargado de manías y seco. Murió anteayer de un cáncer de estómago. Durante dos años, Ferdl me iba diciendo: algo me está devorando *por dentro*, eso me decía Ferdl —me dijo Thomas—, de manera que he decidido escribir un libro que titularé: *Ferdl*.

Observábamos el castillo desde una distancia prudente, observábamos el *Schloss Oberweis*, un gran edificio de dos pisos, rodeado de césped cuidado, rodeado de *campos* de una hierba densa, *inexpugnable*, rodeado por un parque dentro del cual había un estanque. Por qué en 1988 Bernhard no me dijo nada de la información más relevante sobre el palacete Oberweis, no lo sé. Debe de ser que cada cosa tiene su tiempo y su lugar. Me dijo:

—Hay que ser consciente de que todo aquello que aprendimos es truculento. Antes yo no podía afrontar el juego de la existencia, ese juego diario y mortal. No tenía fuerza ni física ni espiritual para soportarlo. Pero ahora el mecanismo se mueve por sí solo, como si alguien se pusiera a limpiar mi cabeza: cada día hay que poner más cosas en su sitio.

Y luego, diez años más tarde, cuando mi madre Martha Traube me dijo en su lecho de muerte «Te fuimos a buscar a Oberweis» yo empecé a darme cuenta de que había empezado *para mí* el juego mortal de la existencia, mi propio juego. O mejor dicho, comprendí que ahora que la marcha había comenzado y el carro de mi existencia rodaba por su camino, eso significaba que me estaba acercando a mi final. El mecanismo se ponía en movimiento y mi vida, independiente de mí, entraba en el campo de influencia de una corriente de una sola dirección. Mi vida se orientaba voluntariamente hacia la derrota para establecer el orden antes de apagarse, para hacerse notar como como si el tiempo *abriera y cerrara* sus alas como una mariposa inquieta.

Estaba sentado en mi habitación de hotel en Gorizia, rodeado de papeles, de documentos, de archivos, de cartas, de copias manuscritas, de fotografías, de libros, con todo lo que había conseguido reunir durante ocho años de investigaciones. No sé cuántas veces habré removido todo esto, reordenado, revisado, *releído*, repitiendo los hechos como si se tratara de hacer una iniciación a partir de la cual finalmente sería *capaz de ver*. Pero lo que ven los ojos es truculento. El ojo es un órgano engañoso que ve y no ve, depende. El ojo es un órgano sensible, muchas veces se llena de lágrimas si se emociona, pero se calma rápido. A veces se apaga diciendo «eso yo no lo quiero mirar», a veces sin lucha cede ante las presiones internas y externas. Además, el ojo es fácilmente destruible y especialmente atractivo para diversos animales que se alimentan de ojos, aunque no se sepa exactamente por qué. Hubo una mujer, ingresada en el hospital tras una *intervención quirúrgica en un ojo*. «El ojo operado me pica terriblemente», decía la mujer a los médicos, pero los médicos hacían caso omiso. La mujer se quejaba cada día más y con más insistencia de que el ojo no solamente le picaba, sino que también sentía un dolor insoportable. Por tanto, los médicos decidieron *sacar el vendaje* y examinar su ojo. Y cuando destaparon el ojo de aquella mujer, vieron que se había perdido completamente, que se había convertido en un ojo inservible porque *una colonia de hormigas* había hecho en él un gran agujero y de ese agujero entraban y salían las hormigas. Las hormigas habían hecho sus senderos por dentro del rostro de la mujer. Hubo otra mujer que se quejó durante meses de unas terribles jaquecas, pero los médicos no podían descubrir la causa. Al final fue para que le examinasen los ojos. Y en aquella revisión los especialistas encontraron un gusano de veinte centímetros que se había enrollado alrededor de su ojo y se estaba preparando para *entrar dentro*. Los médicos necesitaron mucho tiempo para extraer el nematodo de la cabeza de la mujer para que el gusanillo no dañase el ojo, pero ese ojo ya estaba muerto. No sé si fue una casualidad que esas dos mujeres fueran víctimas de animalillos que no son de por sí parásitos que afecten a los ojos, sino bichos amables, inocuos y tranquilos que viven en armonía con su entorno, animales *cercanos a la tierra*. No sé tampoco si fue una casualidad que las dos víctimas fueran mujeres, no lo sabría decir. Quizás algo así de terrible hubiera podido pasar también en ojos de hombres, probablemente sea posible, pero lo que pasó, pasó.

El palacete Oberweis se llamaba entre 1943 y 1945 Alpenland y dentro vivían niños, mayoritariamente niños muy pequeños, mayoritariamente niños robados, mayoritariamente niños robados de Yugoslavia y del *Adriatisches Küstenland*. Todo eso lo descubrí después. En Alpenland, es decir en el palacete Oberweis, había también algunos niños polacos, pero esos eran solo restos de los niños polacos, porque unos 250.000 niños robados fueron distribuidos por otra veintena de centros de *Lebensborn* en el Reich. Los pequeñajos polacos de pelo rubio y ojos azules fueron enviados desde Cracovia, Otwock y Varsovia al infierno de la absoluta germanización, del lavado de cerebro, para ser adoptados por familias arias de absoluta

confianza. Y si los niños robados no cumplían todos los requisitos de esa selección severa, los mandaban a los *Lager* o bien les esperaba la inyección letal, administrada por los médicos de confianza de Himmler.

Yo crecí como crecen los niños, de una manera normal, rutinaria, más o menos aburrida. Evidentemente los detalles de ese *secreto* del Tercer Reich, ese proyecto de fortalecer y divulgar la raza de los *Übermensch*, ese plan de los *Lebensborn*, lo descubrí cuando empecé mis investigaciones. Empecé mis investigaciones después de aquella frase para mí devastadora que pronunció mi madre Martha Traube:

—No te he parido yo.

Mi padre Jürgen Traube ya había muerto cuando Martha Traube me dijo: «Ahora te explicaré todo lo que sé». Y lo que ella sabía era muy poco, no sabía prácticamente nada, o si no, continuaba fingiendo que no sabía nada de mí, de Austria, de la guerra y del nazismo. En 1946 se terminaron para mis padres, Martha y Jürgen, las incertidumbres de la guerra (si es que alguna vez habían sentido alguna). Yo sabía que había tenido un hermano que se llamaba Gottfried, que era hijo de Jürgen y de Martha Traube porque en la casa siempre hablaban de Gottfried, en cambio nunca se hablaba de la guerra y del nacionalsocialismo, al menos a partir de la época en la cual yo ya tenía edad suficiente como para poder recordar esa clase de conversaciones. Gottfried había sido soldado de la *Wehrmacht* y murió el 24 de noviembre de 1942 en Stalingrado con veinte años todavía no cumplidos. El álbum con las fotografías de Gottfried, esa reliquia, estaba en un nicho en la pared de la ventana de la sala de estar. Durante mi niñez me gustaba mirar ese álbum y, siempre que lo abría, preguntaba a mi madre Martha:

—¿Y dónde están mis fotos de bebé?

Mi madre Martha me respondía:

—Cuando cambiamos de domicilio se nos perdió un álbum, precisamente en el que estaban tus fotografías desde el nacimiento hasta las de este otro álbum que, como puedes ver, no se ha perdido.

Y yo miraba mis fotografías en ese otro álbum en el que tenía ocho meses y ya me aguantaba sentado.

—La guerra estaba a punto de acabar —me dijo Marta en la hora de su muerte— y estaban a punto de cerrar la casa de Oberweis. En *Alpenland* nos dijeron que tu padre murió en algún lugar del *Adriatisches Küstenland* —me dijo Martha— y que la mujer que te parió murió en un bombardeo de las bandas de partisanos contra la Casa Germánica de Trieste —dijo— y que a ti te encontraron los soldados alemanes en una guardería alemana que también resultó destruida. No os preocupéis, nos decían en la oficina de los *Lebensborn* de Salzburgo, ese niño tiene sangre alemana, nos dijeron, aunque nosotros no habíamos preguntado nada. «Mirad», nos decían los del *Schloss* Oberweis, «mirad, un niño rubio y de ojos azules. ¡Y que alto está para su edad!, nos decían —dijo Marta—. Además el niño ha sido examinado con cuidado por la Oficina de la política racial, de manera que no puede haber ninguna duda sobre su origen», nos dijeron. Todo se desarrolló a una velocidad de vértigo. Nuestra petición para adoptar un niño esperaba desde hacía seis meses en la oficina de los *Lebensborn* de Salzburgo y luego nos llamaron el día 21 de abril de 1945 desde Oberweis: vengan en seguida, nos dijeron, tenemos un niño para ustedes —me dijo Martha—. Al día siguiente escribimos a la Oficina de la Política Racial de Salzburgo. Preguntamos si tenían alguna información adicional sobre tus orígenes. Nos respondió *Herr* Obersteiner en persona. *Herr* Obersteiner era el jefe de la policía y alto funcionario de las SS en

la Oficina de la Política Racial de Salzburgo —me dijo Martha.

—Ese es el documento. Mira, el día 27 de abril, *Herr Obersteiner* nos escribió: «Todavía no tenemos datos fiables de los orígenes de su hijo y les pedimos un poco de paciencia. Estamos trabajando con celeridad para resolver su caso», nos había asegurado *Herr Obersteiner* entonces —me dijo Martha. «Los contactaremos tan pronto nos llegue alguna información relevante sobre su hijo. Esperamos que el pequeño Hans les depare muchas alegrías», ves, lo ha escrito aquí, *Herr Obersteiner* —me dijo Martha.

—Nunca más nos contactaron. El cuatro de mayo entraron en Salzburgo los americanos, en seguida bombardearon el «nido» de Hitler en Berchtesgaden. Todo era un caos. A la ciudad empezaron a llegar millares y millares de nazis desde Alemania y gritaban: «¡No tengáis miedo, en dos semanas ganaremos esta guerra!». Pero lo que ellos mismos hacían era quitarse los uniformes, vestirse los *Lederhosen* e ir a caminar por las montañas cantando sus canciones al aire fresco. Las calles estaban llenas de escenas monstruosas, los alemanes y los austriacos vestidos en unas combinaciones inverosímiles de piezas compuestas de los uniformes de otros ejércitos, sucias y gastadas, de los ejércitos húngaro, checo, yugoslavo e italiano, pensando que así podrían salvar la cabeza. El gobierno nazi de Salzburgo se retiró a la clandestinidad, quemaron la documentación, robaron las reservas de alimentos, vaciaron los almacenes de armas y se dieron a la fuga.

—Todo eso —me dijo Martha el día de su muerte— a nosotros no nos importaba. Nosotros lo único que queríamos era tener a nuestro pequeño Gottfried, eso era todo —dijo Martha.

—No nos enviaron nada, ningún documento, porque el centro de Oberweis se cerró rápidamente. Los niños desaparecieron, pero no sé a dónde fueron —dijo Martha.

—Cuando te trajeron con nosotros, el día 21 de abril de 1945, en el *Schloss Oberweis* nos dieron una partida de nacimiento nueva —dijo Marha—, una partida de nacimiento nueva. Nos aseguraron que se trataba de una partida de nacimiento absolutamente vigente, una partida de nacimiento certificada por el Estado. En esa partida de nacimiento allí mismo esos mismos funcionarios apuntaron el nombre y los apellidos del niño que era nuestro. «¿Se llama Hans?», nos preguntaron. Eso es lo que pasó, Hans —repitió Martha en su lecho de muerte.

—Durante muchos años —añadió Martha— esa verdad no dicha me consumía por dentro, Hans mío. Me devoraba *desde el interior* —me dijo.

—Te ha pasado lo mismo que a Ferdl —le respondí.

En casa siempre teníamos chocolate, tanto pralinés como chocolate en tableta, incluso en las épocas en las que nos nos llegaba para comprar carne. Mi padre Jürgen Taube trabajó primero en el Café Konditorei Fürst con sede en el Mercado Viejo de la calle Brodgasse 13. En aquel establecimiento el pastelero Paul Fürst empezó la elaboración manual de sus *Echte Salzburger Mozartkugel* que hasta el día de hoy se producen de la misma manera, manualmente. Más tarde, cuando Mirabell se separó de Rajsigl, dueño de la famosa fábrica de chocolate de Salzburgo, y empezó su propia empresa en Gröding, cerca de Salzburgo, Jürgen Traube empezó a trabajar allí en el departamento comercial, situado en Hauptstrasse 14. Traía a casa las auténticas *Mozartkugeln*, que en la empresa Mirabell ya no se fabricaban manualmente, pero continuaban siendo auténticas. Por falta de otros relatos, los pralinés de Mozart, su autenticidad y su elaboración manual, se convirtieron en la base de nuestra vida familiar (exceptuando las conversaciones sobre la ausencia de Gottfried).

Jürgen entró en la industria del chocolate gracias al potentado industrial del chocolate, que era uno de los propietarios de Rajsigl y de Hofbauer antes de la guerra, Felix Rosenzweig. Rosenzweig huyó en 1939 de Austria y volvió en 1950 con los bolsillos vacíos, pero vivo. Todavía conservaba alguna conexión y algunas acciones confiscadas que le esperaban en los bancos suizos. Felix Rosenzweig vino a Salzburgo con su esposa Isabella Fischer, que abrió una pequeña tienda de fotografía con un laboratorio en los bajos de la casa que había sido propiedad de la familia Rosenzweig. La casa les fue confiscada en 1940 y pasó a ser la residencia de algunas personas de esas a las que benefició la guerra. Esas mismas personas en 1950 ofrecieron generosamente a Felix Rosenzweig alquilar su propia casa para que pudiera abrir allí el «salón» fotográfico para su esposa Isabella Fischer. Los procesos de devolución (parcial) de las propiedades a Felix Rosenzweig duraron muchos años y durante todos esos años, los nuevos propietarios del local cobraban el alquiler a Isabella. La restitución de las propiedades de la familia Rosenzweig se prolongó durante mucho tiempo sin ninguna explicación. Una de las razones que se esgrimieron fue que en los tribunales no habían comparecido también los demás miembros de la familia Rosenzweig con derecho a ese mismo patrimonio. Todo indicaba que esas personas ya no existían, pero en el año 1950 era difícil demostrar dónde estaban o bien dónde habían acabado sus vidas. Por aquel entonces (y algunos de ellos también más tarde, incluso hasta hoy) los austríacos se proclamaban las primeras víctimas del nazismo. Por eso, los austríacos no querían saber nada de los otros, solo contaban sus propias bajas, sus propias víctimas, su enorme sufrimiento. Mis padres, Martha y Jürgen Traube ofrecieron a Felix Rosenzweig y su esposa Isabel Fischer, de casada Rosenzweig, el pequeño apartamento en la buhardilla de la casa donde vivíamos nosotros, para que se instalaran hasta que se asentasen en la ciudad.

Se sorprendieron, hasta se ofendieron cuando Felix e Isabel mencionaron sus orígenes judíos.

—Qué tonterías —dijo Jürgen Traube—, los judíos también son personas.

Mis primeras fotografías las hice cuando iba a la escuela y las revelé en un pequeño espacio al lado del «salón» fotográfico Isabella, en un laboratorio improvisado y gracias a los consejos e instrucciones de su propietaria Isabella, que mientras tanto me explicaba en voz baja historias de la guerra. Mis padres nunca hablaban de la guerra, en cambio para Isabella la guerra nunca había acabado. En el año 1978, Felix Rosenzweig murió e Isabella se fue de Austria y se instaló en Yugoslavia, en una pequeña ciudad portuaria llamada Rijeka. Nunca me explicó por qué, nunca me confió la causa de esa mudanza, aunque yo la visitaba al menos una vez al año. En el año 2000 me hicieron saber que Isabella se había ahorcado en el desván de una casa cerca de la estación de tren. Mi padre, Jürgen Traube, debía, según el testamento de Felix Rosenzweig, «enviar regularmente a Isabella una cantidad determinada de pralinés a cualquiera que fuese el lugar del mundo en el que ella se hubiese establecido. Y en caso de que se produjese la muerte de Jürgen Traube, la obligación de enviar el chocolate a Isabella Fischer pasaría a su hijo, Hans Traube». Así que yo asumí desde 1981, cuando murió mi padre, el envío de los pralinés, de todas las marcas mundiales conocidas y de formas y tamaños diversos, a Isabella Fischer. Le enviaba las cajas de bombones de Manner, Lindt, Droste, Suchard, Nestlé, Milka, Neuhaus, Cardullos, La Patisserie, Ausbach/Reber, Biffar (esa era la única caja que contenía también fruta confitada, el resto eran todas exclusivamente de chocolate), Hacher y Underberg. Encontré unas trufas que se llamaban *Joy of Life* y también otras que se llamaban *Karl Marx Kugeln* y las envié también a Isabella. Los pralinés más caros eran evidentemente los de las casas austríacas, los que eran producidos precisamente en Salzburgo y con ellas daba a Isabella una alegría especial. Las trufas

Strauss tenían forma cuadrada. También le gustaban las bolas de *Constance and Amadeus* de la firma Reber en la que Felix Rosenzweig también tenía acciones. Recuerdo a Isabella Fischer porque ella me proporcionó alguna información importante sobre mis posibles orígenes.

Lebensborn significa «el origen de la vida». Lo que en principio era una asociación registrada (*Lebensborn Eingetragener Verein*), se convirtió en un proyecto *secreto* del Tercer Reich para la preservación de la pureza racial de la nación alemana. El proyecto fue pensado y realizado por el *SS-Reichsführer* Heinrich Himmler, un hombre tímido y sensible, reservado y pedante, con aspecto de empleado de banca y no de jefe de policía de un Estado. Heinrich Himmler sufría de fuertes jaquecas y de espasmos estomacales. Una vez, en el frente ruso, mataron en su honor a cien judíos y el hombre casi se desmayó allí mismo. Fue entonces cuando ordenó que se desarrollaran «métodos más humanos» para las ejecuciones y al final esos métodos resultaron ser los conductos de gas en forma de duchas.

El proyecto *Lebensborn* era una pesadilla que incluía clonaciones y asesinatos. Se fundó en el año 1935 como una iniciativa que debía asegurar unos embarazos «racialmente y biológicamente impecables» para que nacieran los hijos de la patria racialmente y biológicamente impecables, unos vástagos perfectos, de estatura mínima de metro y ochenta, de pelo rubio y de ojos azules, de músculos desarrollados y bien formados, unos espartanos disciplinados.

«Existen principios absolutos e incuestionables que debe respetar todo miembro de las SS», gritaba Himmler delante de sus compañeros en Poznán en 1943. «Nosotros tenemos que ser honestos y fieles solo con aquellos que son de nuestra misma sangre, los otros no nos deben importar. Qué pasará con los rusos, como acabarán los checos, a mí no me importa en absoluto. Si entre las otras naciones encontramos una que por la sangre se parezca a la nuestra, que tenga una sangre tan buena como la nuestra, aceptaremos esa nación incluso al precio de raptar a sus hijos y de educarlos como a los nuestros. Si las otras naciones se han procurado el bienestar o si se mueren de hambre me interesa solo para poder determinar si un pueblo en concreto va a poder servir a nuestra raza y a nuestra cultura como esclavo. Recordad, nosotros tenemos que ser insensibles y duros si eso resulta necesario. Nosotros, los alemanes, somos el único pueblo de esta tierra que trata bien a los animales, de manera que también trataremos con educación y de manera humana a todas las otras especies humanas».

En octubre de 1936, Himmler inauguró la primera casa para los *Lebensborn* en Steinhöring, cerca de Múnich. En Steinhöring las mujeres arias comprobadas podían dar a luz en secreto a sus niños bastardos. La mayoría de esos niños fue confiada, con la lágrima de rigor, a los altos funcionarios de las SS. Otros, en cambio, simplemente fueron abandonados. Los niños enfermos, los niños con alguna deficiencia física o psíquica eran enviados, después de un rápido examen, al departamento infantil del Instituto Leander en Brandenburg-Görden, cerca de Berlín. Allí, bajo la supervisión del doctor Hans Heinzer, un «experto en eutanasia infantil», esos niños primero fueron *liquidados* y luego sus órganos fueron utilizados para la *investigación*.

—Yo nací en Steinhöring —me dijo Olaf. Conocí a Olaf en una de las reuniones en las que la gente viene a buscar su propia vida. En esas reuniones la gente se busca a sí misma y también busca el perdón por los errores de sus padres. A esas reuniones acude gente confundida y furiosa. Vienen los descendientes de personajes conocidos y de nazis anónimos y vienen también aquellos que perdieron a sus familiares en los campos de concentración. En esas reuniones se vomita el odio y la impotencia, se hurga en profundidad para hacer salir los silencios acumulados, los sentimientos de culpabilidad y las súplicas para ser perdonados. Todo eso acaba en abrazos

imposibles de imaginar y en amistades tímidas. En esas reuniones la gente intenta curarse de unas heridas que colonizan sus cuerpos de una manera invisible, como un cáncer, heridas que los devoran desde dentro. Se trata de reuniones interesantes. Los que no frecuentan esa clase de reuniones, escriben libros.

—Nací en Steinhöring en 1942 —me dijo Olaf. Él es más alto que yo, aunque yo soy bastante alto, 1,90—. Yo era un hombre muy guapo —me dijo.

—Yo también era un hombre muy guapo —le dije. Si nos ponemos uno al lado del otro parece que hayamos salido de una escena de Hollywood, como si fuéramos dos prototipos de macho alfa, dos actores, aunque los dos ya tenemos canas.

—Si Hitler hubiera sobrevivido —dijo Olaf— estaría muy contento. Yo soy uno de esos 2.800 niños nacidos en Steinhöring —dijo—, en la clínica de procreación humana de Hitler y de Himmler, en la institución que tenía que crear los arios nazis —dijo.

»Nunca he hablado de esto con nadie —dijo Olaf delante de la audiencia en aquella reunión—. En la escuela no nos hablaban de los *Lebensborn*, el proyecto *Lebensborn* no se mencionaba en absoluto. Con cinco años cumplidos mi madre me dijo que yo era un niño especial —explicaba Olaf—. «Tú eres absolutamente excepcional», me decía. «Tú eres un hijo de Hitler y como hijo de Hitler tú naciste en una clínica especial», me decía mi madre —explicaba Olaf—. «Yo trabajaba en esa clínica», me decía ella. «Pedí que me dieran trabajo en esa institución para que pudiera ser útil al Tercer Reich», me decía mi madre —explicaba Olaf—. «Yo era miembro del partido nazi, era ayudante de un hombre muy fuerte y en mi pecho siempre llevaba la insignia del partido», me decía mi madre. «Y hasta el día de hoy mi fe es la misma. Seré hasta la muerte una nazi convencida», me decía mi madre. Murió en 1976 —explicaba Olaf—. Igual que ella, mi padre también fue hasta su muerte un nazi enloquecido.

»Los dos eran guapos, tanto mi madre como mi padre — explicaba Olaf—, pero no vivían juntos. He visto a mi padre solo unas diez veces. «Los nazis tuvieron que proteger la clínica con guardias», me explicaba mi madre, «porque los habitantes de Steinhöring tiraban piedras a las mujeres de la casa y les gritaban que eran unas putas», me decía ella. «Todos nosotros servíamos a Alemania y a Hitler», decía —explicaba Olaf.

»Mi madre me pegaba siempre si detectaba que yo tenía la más mínima intención de llorar. «Camina derecho», me decía, «¡Espalda recta!, eres un soldado de tu patria, un día vas a gobernar el mundo», me decía. Ella estaba enamorada del nazismo y yo, en cambio, lo odiaba. Es una suerte que sus sueños no se realizaran —dijo Olaf—. Cuando comprendió que Hitler ya no estaba y que durante un cierto tiempo no habría un nuevo Hitler, mi madre cortó la relación conmigo, me abandonó —explicaba Olaf—. «Habría sido mejor que no hubieses nacido», gritaba.

»Me apunté a clases de ballet —explicaba Olaf— y descubrí que era homosexual —explicaba Olaf— y mi madre me dijo que si Hitler todavía estuviera vivo, yo habría acabado bajo las duchas de gas. Bailé durante tres años en París —explicaba Olaf—. Hacíamos giras por toda Europa —dijo— y luego me fui a Israel. Allí expliqué a la gente lo que me había pasado. Ellos me dijeron, no te preocupes, lo comprendemos. Mi madre odiaba a los judíos, dije a los judíos de Israel. Y mi padre odiaba a los judíos, les dije.

—Cuando volvió del frente de Rusia, mi padre se escondió, cambió su identidad y no trabajaba, solo bebía y se drogaba. Murió a la edad de sesenta y tres años, en la calle —explicaba Olaf—. La última vez que vi a mi padre estaba tirado en el suelo, en una acera, borracho —dijo—. Los niños del proyecto *Lebensborn* viven en Canadá, en el Reino Unido, en Estados Unidos,

en Australia, en Noruega, en Suecia, viven en muchos lugares —dijo Olaf—. Nos escribimos cartas, ahora que nos hemos convertido en hombres y mujeres viejos, ahora que nuestros progenitores están muertos, ahora que es tarde para que los hijos repudien a sus padres, para que les escupan a la cara —dijo Olaf.

Himmler contaba con la gran fertilidad de las mujeres alemanas, de manera que hacía abrir por todas las tierras alemanas nuevas casas de nacimientos. Cuando se dio cuenta de que no eran suficientes, amplió el proyecto a Noruega porque allí las mujeres también eran de cabellos rubios y de ojos azules e hizo que en Noruega se establecieran muchos soldados alemanes de pura raza. Adaptaron hoteles y villas, palacetes y pistas de esquí, algunos inmuebles fueron donados, otros confiscados a los judíos. Se empleó personal médico y administrativo de confianza. La comida era buena, los espacios tenían mucha luz y estaban adornados con símbolos germánicos, el aire era fresco, la naturaleza hermosa y los cuidados de primera clase. La guerra transcurría en otros lugares lejanos y para los niños escogidos la guerra directamente no existía. A Himmler no le importaba cuánto dinero tenía que invertir en el acondicionamiento de las casas para los *Lebensborn*, disponía de tantos fondos como fuera necesario, la mayoría provenientes de patrimonios judíos confiscados.

Desde enero de 1935 hasta abril de 1945 en la casa Hochland de Steinhöring la vida palpitaba. En la casa Hochland había 50 camas para madres y 109 camas para niños. El edificio había sido propiedad de la Iglesia católica y antes había servido de lugar de retiro para sacerdotes jubilados. Himmler dio a la Iglesia 55 000 RM e invirtió en la adaptación del edificio 540 000RM para cumplir todos sus sueños. Después, en 1937, se acondicionó la casa Harz en Wernigerode con 41 camas para madres y 48 camas para niños. El mismo año se adaptó la casa Kurmak en Klosterheide con 23 camas para madres y 86 para niños. Desde 1938 hasta el mes de febrero de 1945 funcionó la casa Pommen en Bad Polzin (hoy en Polonia) con 60 camas para madres y 75 para niños. En la casa Friesland, cerca de Bremen, había 34 camas para madres y 45 camas para niños. Allí nacieron solo 217 niños porque la casa Friesland dejó de operar en enero de 1941. Bremen empezó a ser bombardeada esporádicamente por los aliados y los niños y las madres fueron trasladados a otras casas. La supervisora de las enfermeras de ese centro fue trasladada a Noruega con el objetivo de fundar casas para los *Lebensborn* en ese país. Los hijos engendrados por los hijos de la patria, por los SS, se convirtieron después de cuatro años en *nullius filii*, eran niños olvidados, inútiles e innecesarios. La casa Friesland era la casa más lujosa de la organización *Lebensborn*. Antes el edificio era propiedad de la rica familia Lahusen, de los potentados industriales de Bremen. Las empresas de familia Lahusen se declararon en quiebra antes de la guerra y vendieron sus propiedades. Himmler confiscó sus propiedades para el proyecto de germanización generalizada y la creación de una estirpe europea escogida.

Desde 1939 hasta 1945 existió el *Kinderheim* Tanus en Wiesbaden, con 55 camas para niños, y en 1940 se abrió el *Kriegsmütterheim* en Stettin y en 1942 el *Kinderheim* Sonnenwiese en Kohren-Sahlis, cerca de Leipzig, con 170 camas de niños donde las «señoritas» llevaban a pasear a los niños cada día para hacerlos fuertes y prepararlos para la vida que les esperaba una vez fueran adoptados, una vida buena, segura, planificada y ordenada, una vida llena del amor que les había sido robado, del cual habían sido protegidos. En 1942 se abrió en Nordrach, cerca de Baden, la casa Schwarzwald y un poco más tarde se adaptaron para poder recibir a los niños los *Kindheim* Franken I y *Kindheim* Franken II en Schalkhausen, cerca de Ansbach. Poco después, las

SS confiscaron la villa de la familia Mann en Múnich, en la calle Poschinger, y allí fueron enviados todos los niños recientemente *adquiridos*.



En 1938 se abrió en Austria, en Pernitz-Muggendorf, que hoy forma parte de los suburbios de Viena, la casa Wienerwald, con 49 camas para madres y 83 camas para niños, y en 1943 se abrió «mi» casa con el nombre de Alpenland en el *Schloss Oberweis*, cerca de Gmunden, donde cambiaron mi identidad y me entregaron a los brazos de Martha y Jürgen. Les hicieron un *screening* superficial, un examen inconsistente y rápido, entonces ya se habían desatado las prisas porque la casa estaba a punto de cerrar, faltaba poco para que Himmler mordiera su comprimido personal de cianuro. Su sueño cósmico de poder clonar una raza superior, un superhombre de una nueva estirpe, quedó irrealizado. En Austria hubo otro *Kinderheim* en Neulengbach, cerca de St. Pölten, sobre el cual no tengo datos. A mí me podrían haber transferido a Luxemburgo, al *Kinderheim* Moselland de Bofferding, porque los niños robados eran generalmente enviados a Moselland. Después de una investigación agotadora descubrí que yo fui robado en algún lugar del *Adriatisches Küstenland* y que no era cierto que mis padres adoptivos me hubieran salvado, tal como me dijo en su lecho de muerte Martha Traube. Isabella Fischer, de casada Rosenzweig, me explicó en 1999 que «hubo un centenar, un centenar de altos funcionarios de las SS que vinieron al *Adriatisches Küstenland*. Vete a los archivos de Berlín e investiga sus dosieres». Hurgando en los archivos locales y federales, hurgando en los archivos eclesiásticos y civiles de Alemania, Austria, Italia, Eslovenia y Croacia, descubrí que en la segunda mitad de 1944, nacieron en el *Adriatisches Küstenland* exactamente 1.532 niños varones con el nombre Antonio.

Pero primero quiero acabar de explicar lo de las casas de nacimientos.

Bélgica: El centro Ardennen para las madres de sangre germana fertilizadas por los soldados de las SS estaba situado en Wegimont, cerca de Lüttich, (operativo desde 1943 hasta septiembre de 1944).

Francia: el centro Westland de Lamorlay, cerca de Chantilly.

Holanda: el centro Gelderland de Nimwegen tenía 60 camas para madres y 100 camas para niños.

He aquí finalmente Noruega, donde el negocio florecía. En ese país vive un pequeño ejército de esos niños, resultado no precisamente de un *baby boom*, sino de una realidad parecida a un

videojuego al estilo *baby doom*. Se trata de 12.000 personas, todas ellas nacidas entre 1942 y 1945:

Heim Geilo (1942): 60 camas para madres, 20 para niños. *Kinderheim* Godthaab, cerca de Oslo, abrió el 1942.

Yo me llamo ahora Ester. Nací en el *Kinderheim* Godthaab con el nombre de Gisela. Con dos años cumplidos mi madre puso un anuncio en un diario local, afirmando que estaba dispuesta a darme en adopción. Yo tenía el pelo rizado y rubio, era una niña hermosa. Cuando la familia que me adoptó supo que mi padre era alemán, me devolvieron a mi madre y pintaron en mis pequeñas maletas una gran cruz gamada. Luego apareció otra familia y mi madre les dijo la verdad. Fueron unos padres magníficos, pero ellos nunca me explicaron que yo era adoptada. Con cuarenta y tres años cumplidos, me llamó una mujer y me dijo: «Hace años que me acompaña adonde quiera que voy una niña rubia de pelo rizado y con una cruz gamada dibujada sobre su maleta. Yo soy tu madre».

Veintisiete niños del *Kinderheim* Godthaab fueron declarados mentalmente deficientes y fueron enviados a los institutos correspondientes que existían en toda Noruega. Muchos de ellos pasaron su vida entera entre sus paredes. Una treintena de niños fue enviada a Suecia de una manera *secreta*. En Suecia les cambiaron los nombres y los dieron en adopción. A los padres adoptivos se les dio la información de que se trataba de niños cuyos padres eran miembros de la resistencia y habían muerto o bien que eran huérfanos judíos. Hasta el día de hoy, la mayoría de ellos no sabe que no es la persona que cree que es, la mayoría no intuye cuál es su verdadera identidad. Yo conocí a mi familia alemana en 1995.

Viví en Godthaab. Tenía el número 603. Me trajo mi madre y se fue en seguida. La disciplina era severa. Las enfermeras llevaban uniformes blancos almidonados y solo hablaban alemán. En 1946 me transfirieron a un manicomio. Allí casi me muero de miedo. Allí a la gente la ataban con cuerdas. Allí la gente se meaba en cualquier sitio. En cualquier sitio. Gritaban. Yo tenía cinco años. Y cuando cumplí veintitrés, me soltaron, me dijeron que era libre, que me debía espabilar por mi cuenta. De todos modos, tuve suerte, nadie me había violado. Acabé dos años de escuela básica. Trabajé en una fábrica como peón. Intenté suicidarme, metí mis manos en la máquina que cortaba el material de *deshecho*, pero sobreviví. Me llamo Hansen. Encontré a mi madre en 1970. Me dijo: «¡Desaparece de mi vista!» Me dijo: «Tu padre era de las SS y la dió en 1953».

Nací en 1943. Mi padre murió el mismo año, mi madre estaba demasiado enferma como para poder cuidarme. Me enviaron a Godthaab con seis meses de vida. Al acabar la guerra, concluyeron que yo tenía una deficiencia mental. Con siete años me enviaron al hospital psiquiátrico Emma Hjorth donde nos ponían cada noche una camisa de fuerza. Cuando salí, encontré empleo como mujer de la limpieza. No sé quién es mi madre. No sé quién es mi padre. Los miembros de la asociación de los niños *Lebensborn* exigen una indemnización al Gobierno noruego. Conozco a Hansen. Después de la guerra, la gente tenía que canalizar su odio y por tanto decidieron odiarnos a nosotros, a los hijos de los soldados alemanes. Pero no se hablaba de este asunto en público. Nosotros éramos una nota a pie de página de una historia que Noruega quería borrar. Después de la guerra intentaron enviarnos a todos a Alemania, pero Alemania en aquel

tiempo era un país pobre y devastado y no nos podía acoger.

Hubo también una casa de nacimientos en Trysil y también:

Hurdalsverk, abierto en 1942, con 40 camas para madres y 80 camas para niños.

La casa Klekken, abierta en 1942.

El *Heim* Bergen de la ciudad Hop, cerca de Bergen, se abrió en 1943.

El *Kinderheim* Stalheim abrió en 1943 y tenía sitio para exactamente un centenar de niños.

Yo viví en Stalheim. Después de la guerra, me devolvieron a mi madre, pero ella no me quiso cuidar. Mi madre me envió a un orfanato. En una consulta, los seis médicos presentes confirmaron que yo era mentalmente retrasado y que no debería tener hijos. Dos funcionarios del Centro de Ayuda Social abusaron de mí con estimulaciones orales y me dijeron que eso era una terapia obligatoria. Pasé doce años en la marina mercante y en 1996 tuve un ataque de nervios. Mi mujer me dejó. Estuve durante un año en una clínica psiquiátrica para curarme de la depresión. Mi madre murió en 1988, encontré a mi padre alemán en 1997, pero en 1998, también él murió. Tengo sesenta y cinco años. Soy un hombre vacío. Me llamo Karl Otto Zinken.

El *Stadtheim* Oslo, situado en el centro de Oslo, abrió en 1943.

Hubo otro centro estatal, llamado Trondheim, abierto en 1943.

Yo nací en Trondheim. Mi madre era una de aquellas 14.000 mujeres que concibieron con un oficial de las SS, una de aquellas 5.000 mujeres que después de la guerra fueron enviadas a los campos de trabajo y a las que, antes de eso, les raparon la cabeza en la plaza central de Trondheim. Yo soy uno de los 12.000 niños que eran una amenaza para la sociedad noruega. Con dos años cumplidos me enviaron a una familia que me ataba con una cuerda y me dejaba en el patio junto con su perro. Con seis años cumplidos, un desconocido me arrojó al río gritando: «¡A ver si la bruja flota o no!». Con diez años cumplidos unos campesinos borrachos de Bursur, cerca de Trondheim, me marcaron a fuego una cruz gamada en la frente y me dijeron: «¡Ahora te vamos a violar!». Me salvó una mujer. Después esa misma mujer frotó mi frente con papel de lija para eliminar la cruz gamada. Con treinta años cumplidos, escribí un libro que se llama *Un niño alemán*. Y es cuando encontré a mi madre.

Hubo también el *Heim* llamado Os, cerca de Bergen...

Mi madre se llamaba Synni Lyngstad. Mi madre se enamoró de un teniente de las SS casado que se llamaba Alfred Haase. En 1940, cuando Noruega fue ocupada, se estacionaron en su territorio unos 350.000 soldados alemanes. Mi madre tenía dieciocho años cuando se enamoró del teniente de las SS Alfred Haase. Yo nací en Ballangen, cerca de Narvik, el 15 de noviembre de 1945. Era una bastarda. Al comienzo de 1946 nos trasladamos con mi madre y mi abuela a una pequeña ciudad de Suecia llamada Eskilstun. En esa pequeña ciudad estábamos a salvo, nadie conocía el pasado de mi madre. En Eskilstun, en Suecia, nadie diría a mi madre después de la guerra tú eres una *Tyskerhor*, una puta alemana, una traidora a tu patria noruega. En Suecia nadie afeitaría la cabeza a mi

madre ni la enviarían a un campo de trabajos forzados. A mí no me pondrían en ningún reformatorio ni en un manicomio, no me enviarían a Alemania ni tampoco al otro lado del océano para borrar las huellas. En Suecia estábamos seguras. Suecia sabía quiénes éramos, pero Suecia callaba. Ese era un acuerdo entre Noruega y Suecia, se acordó que Suecia callaría. Suecia aceptó acoger a unos cuantos niños como yo, unos cuantos niños medio alemanes, niños traidores, que hoy en día tienen unos sesenta años y son ciudadanos suecos. Mi madre murió en Synna en 1948 a causa de una infección de los riñones. Durante treinta años estuve convencida de que mi padre murió al final de la guerra en su viaje de vuelta de Noruega a Alemania. Es lo que me decía mi abuela: «Tu padre está muerto», me decía siempre que se lo preguntaba. Y luego, en 1977, un diario alemán publicó el relato de mi vida, sosteniendo que el teniente de las SS Alfred Hasse todavía estaba vivo. Así conocí a mi padre, que vino a Suecia a visitarme. Me resultó difícil hablar con él. Era un SS envejecido que se jubiló como pastelero. Creo que no era un criminal de guerra; nunca lo llevaron ante un tribunal. Los dos nos parecemos de aspecto y eso me hizo sentir extraña. Me llamo Anni-Frid Lyngstad. Era una de las cantantes del grupo ABBA. La de pelo oscuro.

Mi tío por parte de madre era un criador de perros y a mí también me adiestraba como si yo fuera un perro. Y la hermana de mi madre un día me dijo: «No te dejaré nada cuando me muera porque tú eres un bastardo de las SS». Tengo ahora sesenta y tres años.

Durante cincuenta años nos silenciaron. Durante cincuenta años nuestros destinos eran un tabú. Hasta 1990 no se hablaba de nosotros, nosotros no habíamos existido. Nuestros dosieres siempre habían sido accesibles a todos. Allí dentro hay vidas que esperan a ser descubiertas. Nosotros, los niños del proyecto *Lebensborn*, nos hemos hecho viejos. Muchos de nosotros nunca llegamos a saber quiénes éramos en realidad. Empezamos a buscar demasiado tarde. A mí me tiraban agua hirviendo encima en el orfanato. «Así es como hay que limpiar a los niños alemanes», me decían. Un profesor abusó de mí sexualmente. Y el sacerdote dijo: «Propongo que lo esterilicemos».

Yo cambié veinte veces de orfanato. Me encerraban en celdas de aislamiento porque *apestaba*. Me limpiaban con amoníaco, los niños mayores me violaban mientras el profesor hacía ver que no se daba cuenta de lo que pasaba. Nos forzaban a comer hasta que vomitásemos y luego nos forzaban a que nos comiéramos lo vomitado. A algunos de nosotros, el Ministerio de Defensa y la CIA nos escogieron para sus experimentos con LSD. Cuatro de aquellos niños murieron, seis se suicidaron. A un muchacho lo violaron nueve hombres y luego los nueve se mearon encima de él para «lavar de él el esperma de los SS». Durante sesenta años nos llamaban *Tyskerbarna*, los bastardos alemanes. Interpusimos una demanda contra el gobierno de Noruega. Y en 2001, el gobierno de Noruega nos pidió perdón, pidió perdón a los «bastardos alemanes». Tenemos abogados que nos ayudan a obtener una compensación económica y lo que he oído decir es que nos pagarán unos 3.000 dólares.

En todas las casas de los *Lebensborn* los ficheros sobre las madres y sus hijos estaban fuertemente vigilados, bajo llave y cifrados. Esos datos no se inscribían ni en los libros de nacimientos civiles ni eclesiásticos. Pero algo no funcionaba. A pesar de la generosidad de

Himmler, durante toda la guerra nacieron de todo el programa de *Lebensborn* solamente 8.000 niños más o menos. Es por eso que se tenían que inventar otros métodos.

Aparte de los niños alemanes nacidos en las casas de los *Lebensborn*, llegaron allí también los niños que los activistas de Himmler recogieron por todos los territorios del Tercer Reich en los orfanatos para su adiestramiento, para sus lavados de cerebro, para alimentarlos con relatos nazis sobre la grandeza de la nación alemana, para que aprendieran a venerar a su Dios Adolf y cuando estaban acabados, convertidos en marionetas, formados, los enviaban a las familias adoptivas, que estaban ideológicamente testadas. Décadas después de la guerra esos niños no tenían ni idea de lo que había pasado con ellos. No sabían lo que los funcionarios de Himmler hicieron de ellos, especialmente los niños de la Alemania del Este no sabían ni podían siquiera intuir que sus padres no eran sus padres. Había muchos de esos niños, a millares, que descubrieron con cuarenta años de retraso la existencia de los *Kinder*-marionetas de Himmler y Hitler y su *top secret*. Algunos de ellos ni siquiera lo saben hoy día. El gobierno comunista mantuvo esa pequeña verdad, esa verdad tan poco importante, ese episodio secundario de los hechos históricos en un gran *secreto*. Los archivos secretos con los datos sobre los nacimientos de los niños *Lebensborn*, igual que la información sobre las adopciones y los ficheros que contenían los registros de los nombres cambiados, se guardaban en diversos centros y con frecuencia cambiaban de lugar. Después de la guerra, muchos de esos ficheros fueron destruidos, algunos a propósito, otros no. Cuando durante el verano de 1945 los aliados removieron toda Alemania, el personal de los centros de los *Lebensborn* quemó los ficheros y huyó presa del pánico. Entre las llamas desaparecieron las identidades de millares y millares de personas. Muchos de ellos no saben que tienen otras identidades interesantes, que sus identidades son intercambiables, como por ejemplo la mía. Al final de la guerra en Steinhöring encontraron los ficheros con los datos detallados de 2.000 niños nacidos, robados, adoptados y enviados a los orfanatos. El archivo federal de Berlín en 1999 hizo saber que adquirió una base de datos sobre 7.000 niños más. Eso estimuló a algunos de esos niños para que aprendieran cómo hurgar en los archivos, como hurgar en sus genes. Las investigaciones dieron una vuelta completa a sus vidas. Entre las información que se guardaban en Steinhöring no había ningún dato sobre mí.

Una parte de esas bases de datos fue encontrada en Heidelberg. En Berlín se guardan también los datos relativos a la antigua Alemania del Este, custodiados (y escondidos) por el Estado comunista. El archivo, después de superar grandes trabas administrativas, puede ser consultado por aquellos que esperan encontrar un trocito de sí mismos entre cajas parecidas a las que guardan las estanterías de Bad Arolsen.

Fui a visitar Ludwigsburg, cerca de Stuttgart. En Ludwigsburg, en el edificio que antes era una prisión de mujeres, se encuentra hoy la Oficina Central de la Administración Judicial del *Land* para la Investigación de los Crímenes del Nacionalsocialismo. Su nombre oficial es *Zentrale Stelle der Landesjustizverwaltung zur Aufklärung von NS Verbrechen*. La oficina abrió en 1958 e investigó desde entonces unos 7.000 casos que afectan a más de 100.000 sospechosos. Ludwigsburg es una ciudad pintoresca cerca de Stuttgart y en Ludwigsburg se alojaron los condes de Wüttemberg. En Ludwigsburg nació Schiller, en su casa natal se encuentra hoy un restaurante de la cadena Wienerwald y al lado se venden las hamburguesas de McDonald's. En el siglo XVIII en Ludwigsburg ahorcaron al consejero de finanzas del conde de Wüttemberg, el judío llamado Süß. En la entrada del palacio hay una placa que reza: «Esta ciudad os muestra su cara amable y alegre. Su atmósfera de libertad y de vida es visible hasta hoy, a condición de que uno esté dispuesto a

visitar otros lugares cercanos a Ludwigsburg y no solo sus palacios y parques». Al lado de la Oficina Central hay una fortificación del siglo XVII en la que hasta en 1990 estaba la prisión, la prisión más antigua de Alemania. Hoy en esa fortaleza se encuentra el Museo de Criminología.

—Estuve en ese museo de Ludwigsburg —me dijo Ian Buruma—. El joven que me acompañaba sonreía amablemente y me mostraba los artefactos expuestos en la casa — dijo Buruma—. «Allí vemos la guillotina que estuvo operativa hasta el final de la década de 1940», me dijo el joven. «Aquí tenemos los alicates para aplastar los dedos gordos, y aquí están los uniformes, las cuerdas y las cintas que se utilizaban para ahorcar a los prisioneros, aquí pueden ver las celdas de la muerte completamente renovadas, he aquí el hacha del verdugo», me decía el joven —dijo Buruma—. Y luego el joven me mostró unos grabados en colores llamativos que mostraban torturas diversas y también pude ver el menú de la última cena del judío Süß —dijo Buruma—. El judío Süß tuvo aquella noche para su cena sopa de carne, estofado de ternera, judías y pan blanco —me dijo Buruma.

Buruma iba a la Oficina Central para la Investigación de los Crímenes Nazis para hacer allí sus investigaciones. El taxista que le debería haber llevado hasta allí le dijo que no tenía ni idea de dónde estaba esa Oficina. «No tengo ni idea», le dijo el taxista y también le dijo: «Esa Oficina la deberían cerrar; ha llegado la hora de que empecemos a olvidar esas historias fantásticas sobre los nazis». Es lo que le dijo el taxista, «esas historias fantásticas hay que olvidarlas porque hay cosas más importantes que resolver. Además los comunistas hicieron cosas peores», le dijo el taxista, «etcétera, etcétera», le iba explicando el taxista, me dijo Buruma.

En la oficina de Ludwigsburg se almacena el cerebro, la memoria de papel, de esa sociedad. Ahí se acumulan los recuerdos burocráticos del pasado nazi que solo trascienden en forma de murmullos. En esa Oficina Central, exactamente igual que en Bad Arolsen, las vidas olvidadas están encerradas en los armarios metálicos. En la Oficina Central de Ludwigsburg hay testimonios de más de 1.400.000 personas, ordenados por orden alfabético. Ahí están guardadas las declaraciones de los testigos oculares y de las víctimas. Ahí se pueden encontrar dosieres diversos, la documentación de la Gestapo y los escritos judiciales no solamente de Alemania, sino también de Polonia, de la ex Unión Soviética, de Rumanía, de Hungría y de Holanda (Buruma es holandés), *etcétera*, como diría aquel taxista. De la Alemania nazi nació una red de canales subterráneos y que ahora llaman el duelo, la tristeza y el olvido, y que son como los tres ríos míticos que nunca se secan: Aqueronte, Cocito y Lete.

Estuve en el centro de documentación de Berlín, en el archivo sobre el nazismo más grande del mundo, con más de cincuenta millones de páginas registradas. Allí se encuentran los originales de los dosieres personales de los miembros del Partido Nacionalsocialista y de los oficiales de las SS. En el centro de documentación de Berlín encontré una pista pequeña que me abrió nuevas vías. Más tarde comprobé que mi padre biológico era el *SS-Untersturmführer* Kurt Franz y volví al centro de documentación de Berlín. Hojeé el pasado de ese hombre que provocaba en mí una angustia indescriptible, una *nausea física*, por mucho que me iba repitiendo que yo con ese hombre no tenía nada que ver, lo que tampoco era del todo cierto. En el *dossier* de Kurt Franz había muchas fotografías de Treblinka que mostraban a Kurt Franz montado a caballo o bien corriendo en pantalones cortos y blancos por aquellos hermosos y frondosos bosques. En esas imágenes aparecía fuerte como debía serlo un ario y tenía un innegable sexappeal, lo que me provocó más náuseas todavía. El centro de documentación de Berlín, igual que el Centro de Rastreo de Bad Arolsen, se encuentra en un bosque denso. A diferencia del edificio en Bad

Arolsen, que queda totalmente escondido, el Centro de documentación de Berlín no está lejos del centro de la ciudad. Los dos edificios, tanto el edificio de Bad Arolsen como el del bosque de Grunwald en Berlín habían sido propiedad de la Gestapo, lo que puede irritar a algunos visitantes, pero todos procuran esconder su incomodidad.

Aud Rigmor Harzendorf es originaria de Kohren-Sahlis. Ella me dijo que antes de 1989, en la Alemania del Este no se hablaba del pasado. Y yo le dije que en Alemania Occidental tampoco se hablaba del pasado y que en Austria tampoco se hablaba del pasado. Evidentemente se hablaba del pasado muy *lejano*, se hablaba de *diversos* pasados lejanos. Sobre un pasado muy alejado del presente se podía hablar y con todo detalle. Pero sobre los pasados *recientes* se hablaba muy poco, se hablaba en voz baja y *a escondidas*. Eso llevaba a concluir que los pasados recientes debían de haber sido tiempos asquerosos. Luego supe que en Alemania del Este había un acuerdo *secreto* de no revelar los nombres de los niños *Lebensborn* y que en Alemania del Este esa problemática era del todo *desconocida*. La Stasi necesitaba nuevos nombres para sus espías y la Stasi empezó a suplantar las identidades de los niños *Lebensborn* después de sus adopciones. El aparato del Estado se apropió de sus nombres verdaderos. Si esos niños algún día decidían hurgar en los archivos, encontrarían unas barreras inimaginables por razones políticas y de seguridad del Estado.

—Mi madre adoptiva me dijo que yo no tenía padres, que me quedé sin los dos progenitores —me explicaba Aud—. «Y es por esa razón que yo te adopté», me decía mi madrastra. Yo a ella la quería como si fuera mi propia madre, pero lo único que ella me explicó era que mis padres habían muerto —me decía Aud—. Y eso que vivíamos a quinientos metros de la casa de los *Lebensborn* en Kohren-Sahlis. Yo no tenía ni idea de qué clase de institución podía haber habido allí, no sabía qué había pasado en aquella casa. Menos aún sabía que yo misma había nacido allí. Hoy en día esa casa alberga una guardería y desde fuera se percibe un ambiente alegre. Todavía no sé quién fue la mujer que me dio la vida, ni tampoco sé cómo me llamaba yo entonces cuando nací —me dijo Aud. La conocí en la reunión de los niños que se buscan a sí mismos como enloquecidos. No se trata de niños, evidentemente, sino de adultos. Muchos de ellos tienen sus propios hijos, unos hijos que ya son adultos. Algunos de ellos tienen incluso nietos, como por ejemplo yo. Ahora yo tengo sesenta y dos años. Y todo lo que descubrí durante los ocho años de investigación ahora se lo tendré que explicar a ellos, a mis hijos, a mis nietos, y eso los confundirá mucho. Lo que yo descubrí desde aquel día de 1998 en que mi madre Martha Traube me dijo en su lecho de muerte «tú no te llamas Hans Traube» hasta hoy, el día 3 de julio de 2006, resulta increíble. No obstante tendré que hablar con los míos de todo eso y ellos tendrán que arrastrar esa mierda durante años vayan donde vayan. Durante décadas sentirán ese lastre, esa maldición y se preguntarán: «¿Todo eso se esconde en mis genes?». Y yo les diré y les tendré que repetir constantemente que mi padre era un oficial de las SS y criminal de guerra y que mi madre era una chica judía. Yo se lo explicaré y que ellos hagan con esa herencia lo que quieran. El pasado que nosotros, los alemanes (y los austríacos), continuamente apartamos, decía Günther Grass, ese pasado es como un wáter atascado. Dejamos correr agua y más agua, pero las deposiciones flotan y no desaparecen.

Aud me mostró la fotografía que su madrastra tuvo escondida durante cincuenta años. La fotografía está tomada en la casa de los *Lebensborn* en Kohren-Sahlis y en la imagen se puede apreciar también la presencia de Aud. Mostrándomela, Aud me dijo:



—Míranos, así éramos nosotros, los niños de Hitler.

Hubo diversas estrategias para llenar las casas de los *Lebensborn* con niños. Aparte de los niños alemanes, en esas casas también estaban los niños robados de los países ocupados por el Reich. Los que tenían más presencia en los centros de *Lebensborn* eran los niños polacos, hubo alrededor de 250.000 niños polacos, pero también hubo niños de Ucrania (alrededor de 50.000), de los países bálticos (alrededor de 50.000), de Yugoslavia (se sabe que solo en Eslovenia se extraviaron 600 niños). Todos esos niños eran de piel clara, de cabellos rubios y de ojos azules, tal como deberían ser los niños germánicos de pura sangre. Los niños franceses tampoco se escaparon de ese trato, ni los niños noruegos. Pero hoy solo cincuenta mil niños saben quiénes son y quiénes eran sus padres.

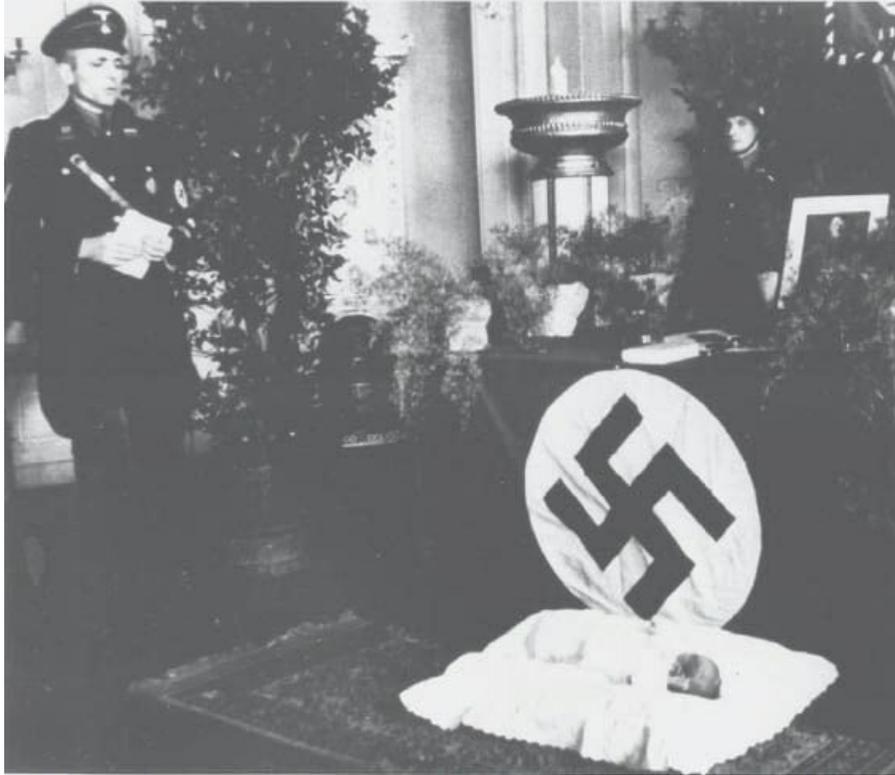
Himmler estaba muy orgulloso de las casas de la organización *Lebensborn*. Todas estaban adornadas con una bandera de los *Lebensborn*, la vajilla que se utilizaba en esas casas era una vajilla producida expresamente para los centros *Lebensborn* y los cubiertos también eran *Lebensborn*. Todo estaba marcado con el sello *Lebensborn* (hoy en día en las subastas, esos cubiertos se venden a un precio elevado). Las sábanas, las almohadas y las toallas tenían bordado el monograma de la organización y el personal llevaba en el pecho una insignia de los *Lebensborn* para mostrar su pertenencia a la misma.



En las casas de los *Lebensborn* literalmente cada objeto estaba marcado con una runa que se parecía a dos serpientes silbantes: la insignia de las SS. A Himmler le gustaba visitar «sus casas» para comprobar que la germanización de los niños ejemplares avanzaba al ritmo previsto. Cuando iba, le gustaba asistir al ritual de un bautismo pseudocristiano bajo la bandera nazi. A los recién nacidos iluminaban el camino con velas hechas por los prisioneros de Dachau.

La hija de Himmler, Gudrun, la «Puppi» de papá, hasta el día de hoy llora a su padre, que era un católico fanático y un racista fanático. Comprobó personalmente la creatividad de los prisioneros de Dachau en una de sus visitas al campo en 1941. Entonces apuntó en su diario: «Hoy hemos visitado el campo de concentración de Dachau que está bajo la supervisión de las SS. Vimos cosas muy hermosas: vimos los huertos bien cuidados, vimos las plantaciones de frutales, vimos las pinturas que hacen los prisioneros. Y luego comimos mucho... fue una visita fantástica».

Para el ritual del bautismo se adornaba el altar con una tela que tenía la cruz gamada bordada. Delante del altar se disponía en un cojín al recién nacido y luego un nazi leía los pasajes escogidos de *Mein Kampf*. Todo se amenizaba con las *Variaciones del himno alemán* de Haydn. Un miembro de las SS en uniforme daba la bendición al niño (solo a los varones) depositándole la «Insignia de Honor» de las SS sobre la frente mientras otro SS pronunciaba luego un breve discurso. Al final, el niño recibía su nombre y todos se ponían a cantar.



A los niños nacidos el mismo día que Himmler (el 7 de octubre), Himmler los felicitaba personalmente. «Me parece absolutamente correcto que los niños pequeños se retiren de sus familias polacas», escribió Himmler en 1941. «Nosotros cuidamos de esos niños, les damos un techo en unas casas especialmente preparadas y los formamos», escribía Himmler, «porque los hemos seleccionado como niños con unas características raciales especialmente destacables. Ordeno que después de los seis meses, a todos aquellos niños que se demuestren aptos, se les busque un nuevo árbol familiar y que se les expidan los documentos legales necesarios» dictaba Himmler, «y que al cabo de un año de observación, los niños aptos sean dados en adopción a matrimonios racialmente impecables. Hay que asumir», decía Himmler, «que debe haber material racial de calidad entre los otros pueblos», escribía Himmler. «Es más, nuestro objetivo debe ser apartar a esos niños de su entorno, si es necesario, con el uso de la fuerza o mediante un secuestro», escribía Himmler. «Toda la sangre buena debe pasar a nuestra estirpe porque sin ella, nuestra estirpe se extinguirá».

El proceso de selección racial de los niños robados era riguroso. Consistía en numerosos exámenes médicos e investigaciones diversas: les medían el cráneo, su perímetro y su forma, les medían los miembros, su longitud y su fuerza, se medía la coordinación de los movimientos, se medía la inteligencia, se medía la forma de la nariz, de las uñas, de los labios, de los ojos. Todo estaba descrito y claro. Los niños de primera categoría los adoptaban las familias ricas o vinculadas con los altos cargos de las SS. Los niños de segunda categoría recibían ayuda social y económica para poder ser adoptados. Y los niños de la tercera categoría eran enviados a los orfanatos. Se sabía con exactitud qué aspecto debería tener un bebé germánico perfecto.

Las fotografías de los bebés arios perfectos aparecían por todas partes, en los carteles, en los anuncios, en los envases, en los libros de texto. La obsesión de Himmler por incrementar los

nacimientos de niños arios perfectos provocó que se convocaran con regularidad concursos de belleza de bebés. Se buscaba al niño más perfecto del mes, del año, de la eternidad nazi. Esa clase de concursos todavía persisten en las páginas de la prensa sensacionalista de todo el mundo. Y así sucedió que en 1935 el título de bebé ario más hermoso de Berlín lo obtuvo una niña de seis meses llamada Hessy Levinsons. Los padres la habían llevado a un famoso fotógrafo berlinés para hacerle algunas fotos. Unos meses más tarde, la fotografía de Hessy Levinsons apareció en la portada de la revista *Sonne ins Haus* y eso hizo literalmente estremecer a sus padres, a Jacob y Pauline Levinsons, dos cantantes de ópera conocidos, originarios de Lituania. Fueron a ver al fotógrafo para saber qué había pasado y el fotógrafo les dijo que él era consciente de que Hessy era una niña judía y que envió *expresamente* su fotografía al concurso para demostrar que la teoría nazi sobre «el suelo y la sangre» no era más que una tontería. Y eso quedó demostrado porque Hessy fue escogida la niña más hermosa a pesar de la fuerte competencia de los niños alemanes de pura sangre. La fotografía de la niña se utilizó para la edición de tarjetas postales, de manera que Hessy recorrió todos los territorios de Alemania impresa en una postal de felicitación, quizás fue conocida incluso más allá de las fronteras. La familia Levinsons decidió en 1939 escapar del Tercer Reich, primero se fueron a Francia, luego pasaron al otro lado del océano a Cuba y finalmente se establecieron en Nueva York.



El pasado nazi de una familia es difícil de borrar. La segunda generación está envejeciendo y

va desapareciendo poco a poco y los relatos familiares sobre los antepasados nazis están entrando en las casas de los nietos donde provocan un auténtico descalabro. Por ejemplo, examinemos el caso de un muchachito de treinta años que se llama Sam Thacker y vive en el Reino Unido. Los pasados son libres, a los pasados les gusta viajar, los pasados pasan las fronteras con alegría, los pasados son los grandes viajeros que atraviesan sus propios laberintos como si llevaran patines. No hace mucho, la madre de Sam Thacker encontró entre los documentos olvidados y descartados de la familia algunas películas no reveladas que el padre de ella trajo del frente. El abuelo de Sam fue miembro de la unidad de élite llamada *Waffen-SS Leibstandarte SS Adolf Hitler* y fue condecorado por sus méritos con la cruz de hierro. En esas fotografías la vida luce hermosa, y además parece una vida del todo ordinaria. Con sus uniformes de gala los jóvenes SS visitan los monumentos de París, van a nadar y a ver partidos de fútbol, visitan el cementerio militar de Verdún, salen con chicas francesas que parecen muy alegres en un bistró... Nada inhumano, nada monstruoso en los rostros de esos jóvenes al servicio de la patria y de su líder. Sam Thacker mirando las fotos se inquieta. Las fotografías son testigos. Los nazis tenían una especial debilidad por cultivar la fotografía *amateur* de grupo. Evidentemente las fotos se pueden destruir, pero eso no pasa con frecuencia. Incluso cuando una fotografía se quema, quedan detrás los restos del miedo y de la vergüenza, los pecados de los padres y de los abuelos son difíciles de olvidar. Los descendientes de los nazis viven en un campo minado. Y cuando entran en ese campo de minas, los acompaña la ira y la condena. Y cuando lo acaban de cruzar, llevan puesto el abrigo del dolor para siempre. Todos los descendientes, y hay muchos descendientes de los pequeños y de los grandes nazis, primero tienen que dejar que el veneno familiar penetre en todos los poros de su propio cuerpo antes de poderse librar de esa consciencia. Los géiseres del pasado aparecen siempre de repente. Y el pasado es una dama elegante que no se quiere morir. El pasado se viste siempre con nuevos trajes, se esconde detrás de nuevos rostros, pero los conecta a todos en un solo relato. El pasado es como Drácula, el pasado es un vampiro, el pasado vive una existencia parasitaria. El pasado bebe la sangre de los vivos. El pasado es una dama que se ha reservado el papel de una amante.

Cuando el número de niños en las casas y en los orfanatos bajaba, los nazis literalmente secuestraban a los niños de las calles, de las zonas de juego, de los parques, robaban a los bebés de los brazos de sus madres. Es lo que pasó conmigo. Una semana antes de irme a Gorizia, el lunes 26 de junio de 2006, recibí la carta de la Cruz Roja Internacional, o mejor dicho del ITS (*International Tracing Service*) de Bad Arolsen, en la cual el Servicio de Rastreo Internacional me informaba a través de la señora Helga Mathias que en Bad Arolsen encontraron la copia de mi partida de bautismo. Esa copia les fue enviada el día 2 de febrero de 1946 con una fotografía en blanco y negro de un bebé de tres meses, por una tal señora Haya Tedeschi de Gorizia que les pedía que la ayudasen a encontrar a su hijo Antonio Tedeschi, nacido el 31 de octubre de 1944 en Görz, entonces parte de *Adriatisches Küstenland*. «En esa partida de bautismo», escribe la señora Mathias, «se indica que el padre del niño llamado Antonio Tedeschi fue el *SS-Untersturmführer* Kurt Franz, nacido el 17 de enero de 1914 en Düsseldorf, en la misma ciudad donde murió en el año 1998». Helga Mathias añadió que compararon esa fotografía con la fotografía que yo mismo, Hans Traube, nacido en Salzburgo el 1 de noviembre de 1944, había enviado a su oficina el 23 de enero de 1999: «Hemos comparado la fotografía en la cual usted tiene alrededor de ocho meses», me escribió Helga Mathias, «con la fotografía del niño de tres meses que nos envió la señora Haya Tedeschi de Gorizia», me escribió Helga Mathias, «y constatamos que el parecido es

innegable. En una caja desviada, donde se guardaban los escasos documentos preservados del proyecto *secreto Lebensborn*», continuaba la señora Mathias, «encontramos también la carta del sacerdote Carlo Baubela de Görz, de la ciudad hoy llamada Gorica, que bautizó al niño y luego entregó a una persona desconocida la copia del documento del nacimiento del hijo de Haya Tedeschi que se llamaba Antonio Tedeschi y creemos que ese hijo podría ser usted. Junto con la carta de Carlo Baubela», escribió Helga Mathias, «encontramos también la orden oficial de la Oficina Central de la Policía de Seguridad del Reich, que estaba supervisada por el Ministerio de Asuntos Interiores en Berlín (*Reichssicherheitshauptamt*, RUSHA), con la firma del *Reichsführer-SS* y ministro Heinrich Himmler que entonces era el jefe del ministerio. Bajo la orden expresa de Heinrich Himmler, el hijo varón de origen ario, que se llamaba *temporalmente* Antonio Tedeschi, fue enviado al centro de *Schloss Oberweis*, cerca de la ciudad de Gmunden, en la región de Traunsee, en los territorios que antes del Tercer Reich habían pertenecido a Austria. Los registros de prácticamente todas las casas para los *Lebensborn* fueron destruidos justo antes de la capitulación de Alemania, por eso es poco probable que se pudieran encontrar los datos relativos a *Schloss Oberweis*». Tenía a disposición una sola semana para informarme sobre los detalles de la vida del *SS-Untersturmführer* Kurt Franz. Kurt Franz ya tenía una ficha en mi archivo particular, era uno de los oficiales de las SS que entre 1943 y 1945 estuvieron estacionados en el *Adriatisches Küstenland*.

Antes de empezar mi viaje, llamé a algunos conocidos, podría decir que llamé a mis amigos y a mis compañeros en el dolor, pues todos ellos conocieron, y algunos todavía sufren, el infierno por el que pasé yo mismo durante ocho años. Me hice amigo de todos ellos gracias a las reuniones y talleres en los que se aprende a inspirar, a tragar, la verdad histórica, en unas reuniones en las que se llora mucho. Aloizy Twardecki (a él los nazis lo secuestraron y le cambiaron el nombre a Alfred Hartmann y lo entregaron a una familia alemana en adopción) me dijo:

—Bien, quizás sea el final, pero lo dudo.

Después de la guerra, Aloizy fue repatriado a Polonia y hoy es profesor en la universidad de Varsovia. Escribí también a Alexandro Michelowski, que fue robado de su casa en 1942 cuando tenía diez años. Le cambiaron el nombre a Alexander Peters. Pasó años en reformatorios porque era demasiado mayor para ser dado en adopción, luego sirvió durante años como sacerdote católico de la diáspora polaca de Newcastle. Alexander me dijo: «A mí, Dios no me ayudó». Y a Helena la adoptaron un policía alemán y su mujer que era modista. Después de la guerra la devolvieron a Polonia y hoy es juez en Varsovia. Helena me dijo: «Escribe un libro, quizás eso te cure». Lo más difícil fue hablar con Ingrid von Oelhalfen. Ingrid fue robada cuando era un bebé de ocho meses de Eslovenia. Me dijo: «Me secuestraron en Celje». A ella se la llevaron a Alemania y nunca volvió, nunca encontró a nadie de los suyos. Lo único que pudo descubrir es que ella no es la que dicen que es, ella no es Ingrid von Oelhalfen.

Me llamo Ana Johnson. Nací el 3 de marzo de 1946 en Reutlingen, en Alemania. A causa de una inflamación que afectaba a mis articulaciones y huesos, empecé a caminar con dos años. Mi madre, Mary Božić, intentó embarcar en un buque que iba a Australia, pero la pararon. «Usted no puede dejar Alemania sin su hija», le dijeron. Así que Mary esperó a que yo empezara a caminar. Llegamos a Australia en 1948 y Mary me dejó en seguida en el orfanato de Santa Teresa en Essendon. El día 16 de diciembre de 1984 me vinieron a ver unos agentes de la policía federal: «Mary Božić le quiere ver. A Mary

Božić le queda menos de un mes de vida», me dijeron los de la policía federal. «Mary Božić tiene cáncer de colon y le gustaría verla», me repetían los de la policía federal. «La llevaremos hasta donde está Mary Božić», me dijeron tres veces. Así que vi a mi madre después de treinta años, vi a mi madre de la que no tenía ningún recuerdo. Pero nada más verla, pensé que ella debía de ser mi madre. Cuidé de Mary Božić y ella me explicó su vida en su lecho de muerte. En el brazo izquierdo, Mary Božić tenía tatuada la cruz gamada y el número LB 0097. «Yo era una esclava de la organización de los *Lebensborn*», me dijo, «trabajaba en la fábrica de munición de Reutlingen. Fabricábamos obuses y cartuchos para el ejército alemán», dijo. «Había muchos miembros de las SS allí. Y yo era guapa. Los SS me violaban cuando les apetecía. Había muchos miembros de las SS allí. Me violaban con frecuencia. Porque yo era guapa, yo era una chica guapa. Es una suerte que tú nacieras el 3 de marzo de 1946», me dijo, «porque si hubieras nacido el 3 de marzo de 1945 ya no estarías viva. Te habrían matado porque Hitler solo quería hijos varones. Toda mi vida la pasé temiendo», dijo mi madre Mary Božić allí en Australia, en su lecho de muerte, y yo le dije que toda mi vida me había sentido culpable y no sabía por qué. Me trasladaban de un orfanato al otro, expliqué a mi madre que acabada de conocer, le expliqué todo eso a Mary Božić. Le dije que luego me enviaron a un reformatorio y que no sabía por qué lo hicieron, porque yo no era una joven problemática. Era una chica tranquila y obediente, le expliqué. Mi madre Mary Božić murió el 2 de febrero de 1985. Estuvimos hablando un mes, un mes sí estuvimos juntas. Eso para mí representa una gran felicidad. Escribí a la Cruz Roja porque espero que la Cruz Roja me ayude a descubrir quiénes eran mi abuelo y mi abuela. Quizás tenga familiares. Quizás tenga sobrinos. Mi madre tenía seis hermanos. Mi abuela era gitana de Hungría y mi abuelo era de Yugoslavia. Creo que tengo centenares de hermanos y hermanas. Quién sabe cuántas mujeres han dormido con el hombre que me engendró a mí. Mi madre nunca me dijo cómo se llamaba mi abuela. Yo tengo nacionalidad alemana porque me engendraron en Alemania, por orden de Heinrich Himmler, yo nací en Alemania. Cuando la guerra terminó, forzaron a Mary Božić a llevarme con ella porque querían olvidar que yo existía. No querían verme, querían olvidar que yo existía, pero yo no me doy por vencida. Alemania a mí me debe pedir perdón, me debe una compensación. A mí y a mi madre Mary Božić. Tengo que saber quiénes son mi familia y dónde están las tumbas de mi abuelo y mi abuela. Gracias por haberme escuchado».

En Núremberg fueron juzgados por crímenes contra la humanidad, por el secuestro de niños, por las maquinaciones relacionadas con la organización *Lebensborn* las siguientes personas. Algunas de ellas fueron declaradas culpables, otras no culpables y dejadas en libertad:

Ulrich Geifelt: cadena perpetua.

Rudolf Creutz: 15 años.

Dr. Konrad Mayer: dejado en libertad.

Otto Schwarzenberger: dejado en libertad.

Herber Hübner: 15 años.

Werner Lorenz: 15 años.

Heinz Brückner: 15 años.

Otto Hofmann: 25 años.

Richard Hildebrandt: 25 años.

Fritz Schwalm: 10 años.

Gregor Ebner: declarado no culpable de dos denuncias diferentes, condenado por la tercera y dejado en libertad por el tiempo que ya había pasado en prisión.

Max Sollmann: dejado en libertad.

Gunther Tesch: dejado en libertad.

Inge Viermetz: dejada en libertad.

Mi situación es extremadamente complicada. Yo fui robado. Soy un niño *Lebensborn*. Me educaron dos ex simpatizantes del nazismo: Jürgen Traube (que gracias a Dios no tenía las manos manchadas de sangre) y un ama de casa, Martha Traube, que también gracias a Dios renunció después de la guerra a sus «simpatías». A Jürgen y a Martha Traube los considero todavía hoy mis padres. Quisiera renegar de ellos como padres, pero no puedo porque eran unos padres buenos y tiernos, eran unos padres que sabían *aflojar* por mucho que fueran muy católicos, quiero decir que no eran unos católicos *fanáticos*, porque los católicos fanáticos son los peores católicos, porque todos los fanáticos son terribles y peligrosos. Mis padres eran *tolerantes*, Martha y Jürgen Traube podían soportar bien mi antifascismo acentuado. Eran capaces de vivir con mis fotografías antinazis y con las exposiciones, con mis a menudo incontrolados ataques de ira contra todos los pequeños, pero para mí nada benignos, *resentimientos* relacionados con el pasado austríaco reciente. Mis padres conocían mis denuncias del silencio austríaco y sabían que yo consideraba que los austríacos estaban ciegos en relación a su propio pasado nazi. Escuchaban lo que yo decía también después de que me casara con Rebecca. A ella la saludaron diciendo: «Tú eres tan nuestra como Hans». Pero en mi vida entraron después el asesino *SS-Untersturmführer* Kurt Franz y aquella judía que se fue con él, que se dejó tumbar por ese ángel de la muerte de ojos azules, por ese enamorado de la naturaleza y amante de la música, por ese fotógrafo malo y fanático, por ese *amateur*, por ese verdugo con cara de bebé. Ella se abrió de piernas mientras delante de sus narices pasaban los trenes en dirección a los patíbulos esparcidos por todo el territorio del Reich. Al principio me sabía mal que el *SS-Untersturmführer* Kurt Franz hubiera muerto, quería ponerme delante de él, pero luego descubrí que su historia no me interesaba, que no tenía ganas de oír lo que pudiera decirme él, porque su relato no tiene ningún misterio. Su relato para mí no tiene ni cara ni rostro porque es un relato monstruoso y punto. Quizás lo pudiera haber matado, a ese *SS-Untersturmführer* Kurt Franz, pensando que así podría destruir, borrar, *exterminar* los genes de vileza con los que él me contaminó. Hoy me *da igual*. En cambio, me hubiera gustado hablar con la mujer que me dio la vida, a ella me gustaría haberla podido perdonar. Ella sí tenía capacidad de volver a la vida a aquel hombre dormido, a aquel embrión de persona llamado Antonio Tedeschi que estuvo dentro de mí durante sesenta y dos años esperando a crecer, a recibir una biografía aunque fuera poco interesante y torpe. Haya Tedeschi hubiera podido escribir un relato para ese doble minúsculo y medio muerto que yo llevaba dentro de mí, para ese feto. Después, Antonio Tedeschi hubiera podido abrir sus párpados e ir a donde le diera la gana, dejándome tranquilo a mí.

—Ah, escúchame —me dijo Beate Niemann antes de hacer su película *Mi padre, asesino*—. Hay muchas historias como la tuya. Relájate, el mundo está lleno de terror, pero la vida es imprevisible. Yo nací en 1942 —me dijo Beate Niemann— y en 2002 empecé a buscar a mi

padre. Tenía la esperanza de encontrar a un hombre que sería mi orgullo y en cambio encontré a un asesino. Encontré al mayor de las SS Bruno Sattler y sus manos estaban llenas de sangre hasta los codos —me dijo—. Han pasado sesenta años, Hans, sesenta. Y fíjate, he descubierto la vida llena de mentiras de mi madre, ¿me oyes? —dijo Beate Niemann—. Mi madre no renunció a sus mentiras hasta su muerte, esa nazi estúpida. ¿Tú sabes quién era Bruno Sattler? —me preguntó Beate Niemann. Y yo lo sabía, sabía con todo detalle, y no solo en términos generales, quién era Bruno Sattler y le dije:

—Sé quién era Bruno Sattler —pero Beate Niemann continuó con su relato como si yo no hubiera dicho nada.

—Mientras mi madre me daba el pecho, Bruno Sattler distribuía los camiones que daban vueltas por los alrededores del campo de concentración de Banjica, cerca de Belgrado. Distribuía los camiones que tenían el tubo de escape girado hacia dentro del furgón. Es así como allí mataban a las mujeres y a los niños. Eso es lo que hacía mi padre —me dijo Beate Niemann—. Mientras yo bebía la leche caliente de mi madre, Bruno Sattler en Banjica mataba mujeres y niños y al mismo tiempo enviaba a mi madre cartitas de amor. Le enviaba también las *fotografías del lugar y las fotografías de la naturaleza*. Mi padre, el mayor de las SS Bruno Sattler ordenó que se fusilaran a más de diez mil judíos en Smolensk y en los alrededores de Moscú. Mi padre, el mayor de las SS Bruno Sattler, participó en la liquidación de 500.000 partisanos, judíos, gitanos y otros grupos en Yugoslavia. ¡Ves!, eso es lo que yo encontré —me dijo Beate Niemann.

»Era como si hubiera pisado una mina, he pisado la verdad que me destrozó —me dijo Beate Niemann. Y también me dijo—: Cuando siento aquella ira tan terrible, pienso en que ese padre mío, ese mayor de las SS Bruno Sattler, no tuvo valor, no tuvo ni esa mínima honestidad para matarse a sí mismo. Al menos me habría podido dar esa satisfacción. Después de la Primera Guerra, Sattler vendía joyas en la tienda de los Wertheim en Berlín. Eso pasaba durante los primeros años de la década de los treinta —me dijo Beate Niemann—. Los propietarios de la tienda pertenecían a la familia judía Wertheim y Sattler lo sabía. Se hizo miembro del Partido Nazi, se hizo policía y fue promovido rápidamente hasta ingresar en la Gestapo. Desde allí lo enviaron a los Servicios Secretos de las SS, luego a los *Einsatzgruppen* que en la Unión Soviética mataron a más de un millón y medio de civiles antes de que los carniceros y degolladores de Auschwitz y Treblinka irrumpieran en el escenario polaco. Mi madre murió en 1997 —me dijo Beate Niemann— y es cuando yo decidí que buscaría a mi padre. Fui a más de cien archivos en tres países distintos. Pero las primeras huellas de la verdad las encontré entre las cosas de mi madre y también en la Oficina de Urbanismo de Berlín, estaban delante de mis narices —me dijo Beate Niemann.

»Encontré un documento que confirma que Bruno Sattler antes de que yo naciera, a principios de 1942, compró de una tal Gertrude Leon una casa grande, de hecho un palacio, por el precio irrisorio de 14.617 RM. Al lado del contrato de compraventa encontré el aval de Bruno Sattler: «Yo, Bruno Sattler, asumiendo plena responsabilidad moral y material, hago constar que protegeré a la señora Gertrude Leon de cualquier deportación, que protegeré su vida y velaré para que no se la obligue a desplazarse fuera de Berlín». Dos semanas más tarde —me explicó Beate Niemann—, Gertrude Leon fue enviada por un cierto tiempo a Theresienstadt, de Theresienstadt la enviaron a Auschwitz para que pudiera respirar el gas a pleno pulmón.

»Me fui a Belgrado y —me dijo Beate Niemann—, en Belgrado conocí a Ljiljana Đurđević, que me dijo: «Recuerdo a su padre, al mayor de las SS Bruno Sattler. Su padre mató a mi padre en

el campo de concentración de Banjica», me dijo Ljiljana Đurđević —continuaba explicándome Beate Niemann—. No hago otra cosa que visitar los sitios donde mi padre estuvo matando. Pero no lloro. ¿Tú sabes cómo acabó mi padre, el mayor de las SS Bruno Sattler? Lo detuvieron los agentes rusos en 1947. Lo cogieron en pleno día en una calle en medio de Berlín y se lo llevaron a una prisión situada en el territorio de Alemania del Este. Yo fui a Leipzig, visité su celda en la prisión que había pertenecido a la Stasi. Hoy esa prisión está abandonada —me dijo Beate Niemann—, la celda era pequeña, tan pequeña que era imposible dar un paso. En ella dormían veinte personas sobre el suelo, en esa celda no se podía caminar, solo se podía estar echado en el suelo y mirar las paredes sucias, esas terribles paredes sucias, sucias de tantos destinos. Mi padre, el mayor de las SS Bruno Sattler fue ejecutado con un disparo en la nuca el 10 de octubre de 1972 —me dijo Beate Niemann.

»No me sabe mal —me dijo—. Me sabe mal haber nacido alemana y haber tenido los padres que he tenido —dijo—, unos mentirosos —me dijo—. A menudo visito Europa del Este y busco a los judíos que sobrevivieron, a los que sobrevivieron a los campos y a todas aquellas torturas, a todas aquellas humillaciones. Y cuando no los encuentro, busco a sus descendientes, que tampoco son muchos. Pero si encuentro a alguien que sobrevivió, si estoy delante de una de esas personas que *quedaron allí*, les digo perdonad, por favor, perdonad.

»También conozco a Monika Göth —me dijo Beate Niemann—. Monika Göth es la hija de Amon Göth, que fue el comandante del campo en Plaszówo. Göth es aquel hombre que sale en la película *La lista de Schindler* al cual le gustaba disparar contra los prisioneros desde el balcón de su villa. Pero en Alemania, la gente no sabe quién es Göth porque la mayoría nunca ha visto *La lista de Schindler*. La gente aquí no sabe quién era Amon Göth. Muchos no han visto *La lista de Schindler* porque no la quisieron ver. Para nosotros, el tema de la película es un tema incómodo. Nosotros no queremos hurgar más en eso, dice la gente, eso pertenece al pasado —me dijo Beate Niemann—. Monika Göth tenía un año cuando en 1946 su padre fue ahorcado. Monika Göth continúa buscando a los prisioneros de los *Lager* que sobrevivieron, busca a las personas que su padre torturó y les pide perdón. Ha recorrido el mundo entero para pedirles perdón y para explicarles que ella no es como él. «Yo cada año voy a Auschwitz y en Auschwitz deposito los mensajes para las víctimas de mi padre Amon Göth», le dijo Monika —eso me dijo a mí Beate Niemann.

»Conocí a Peter Sichrovski —me dijo Beate Niemann—, conocí también a ese *periodista de Viena*, que nació después de la guerra— me dijo Beate Niemann. No fue necesario que Beate Niemann me presentara a Peter Sichrovski. A Peter Sichrovski lo conozco porque habíamos trabajado juntos.

»«He crecido en Viena», me dijo Peter —continuaba contándome Beate Neumann—, «y en Viena, yo jugaba con los hijos de los exnazis en la calle. Después, muchos años más tarde, busqué a esos amigos míos de la infancia y les pregunté qué habían hecho sus padres durante la guerra y grabé sus respuestas. Algunos me preguntaban si a los hijos de un asesino se les notaba que eran hijos de los asesinos. Y Jim, por ejemplo, me dijo que sus padres se lamentaban de que hoy nadie lo pudiera obligar a llevar un triángulo de color rosa», me dijo Peter —me explicaba Beate Niemann.

»Todos nosotros hemos caído en una trampa, Hans, nosotros, los hijos de los nazis —dijo Beate Niemann—. Somos prisioneros del pasado —me dijo—. E incluso los que todavía creen en la integridad de sus «tiernos» padres que les traían regalos desde los *Lager* polacos y recuerdan

cómo los sentaban en su regazo, son iguales que nosotros, Hans —me dijo Beate—. En el documental hay una mujer que en un hogar de ancianos pide a Sichrovski que dé una vuelta a su padre en la silla de ruedas, a un viejo patético y consumido por los años. Aunque intubado, ese viejo se continúa alimentando de su fe nazi. La fe le entraba directamente en las venas... Pero incluso esa mujer, Hans, ella tampoco podía encontrar ningún consuelo —me dijo Beate—. No importa lo que esa mujer dijera a Peter: «Él va a ser siempre mi padre. Él me quería, sé que él me quería», dijo esa mujer, pero en su pecho ella también escondía un huracán devastador —me dijo Beate Niemann—. Eso me da miedo —dijo Beate—, me da miedo que seamos capaces de descubrir en unos hombres que eran monstruos, ternura e impotencia. Sabemos que eran monstruos, que eran carniceros, degolladores, sádicos perversos, y a pesar de todo eso estamos dispuestos a ver en ellos esos rasgos humanos. Eso, para mí, es la cara más temible del Horror —me dijo Beate.

»¿Qué aspecto tienen los hijos de los asesinos, Hans? —me preguntó Beate Niemann—. ¿Qué aspecto tienen?

—Son iguales que nosotros dos —le respondí yo—. Tienen el mismo aspecto que nosotros dos.

A Helga Schneider la conocí en Salzburgo y nos encontramos de nuevo en la presentación de su libro en Bolonia. Muchos de nosotros escribimos libros, hacemos películas, exposiciones fotográficas o videoinstalaciones. Se trata de convertir en imágenes el terror que guardábamos dentro, mostrar los mundos monstruosos que para la mayoría continúan siendo inalcanzables e incomprensibles. Nosotros representamos un grupo aparte que no sabe encontrar su lugar en la Tierra. Navegamos por el universo, nosotros somos los discípulos de Gottfried Helnwein y de Hans Bellmer que buscan sus estrellas, sus cometas, que buscan algún cuerpo celeste donde echar raíces, donde poder sentir finalmente suelo firme bajo los pies, por lejos que sea. No creemos en ningún Dios, sobre todo no creemos en ninguna clase de transcendencia, nosotros no creemos ni tan siquiera en las cosas palpables, nosotros no tenemos fe, nosotros hemos perdido la fe en la fe. La que más nos decepcionó es la fe católica. El catolicismo fanático nos ha ensuciado a nosotros y ha convertido a su propia fe en una creencia pagana.

Helga Schneider llegó a Salzburgo con diecisiete años. Yo tenía diez años entonces y me había acostumbrado a frecuentar la tienda de fotografía de Isabella Fischer Rosenzweig. Helga venía por las tardes a fregar los suelos para ganarse algo de dinero. Después del trabajo, Helga me invitaba alguna vez a tomar un helado.

El 2001 Helga Schneider me explicó su historia. Por aquel entonces yo ya estaba buscando como un obseso la mía, buscaba el embrión que se instaló dentro de mí con mi nacimiento, que respiraba conmigo robándome el aire. Quería encontrar al niño que estaba esperando desde hacía cincuenta y siete años en la oscuridad, en la oscuridad de mi cráneo, en la oscuridad de mi estómago, el niño que tocaba mis huesos y con sus pequeñas manitas ahogaba mi corazón. En 2001 asistí a la presentación del libro de Helga.

«Yo tenía cuatro años en 1941», explicaba Helga. «Era una tarde fría de otoño. Mi madre dijo que se iba, dijo “*Auf Wiedersehen, meine Kleine*”, cogió su maleta y se fue», explicaba Helga. «No me besó, no me dijo a dónde iba, no dijo por qué se iba, ni cuándo volvería. Mi hermano era un bebé todavía y dormía. Nos quedamos completamente solos los dos», explicaba Helga. «Y empezamos a llorar, a gritar porque nuestro padre estaba en el campo de batalla, no sabíamos en qué campo de batalla, solo sabíamos que luchaba por el *Führer* y por la patria. Desde Polonia

vino entonces la madre de nuestro padre, la abuela Emma, que nos gustaba. Pero mi padre se casó de nuevo y la abuela Emma volvió a Polonia. El nombre de mi madre, Traudi, en aquella casa no se volvió a pronunciar jamás», explicaba Helga. «“Traudi está muerta”, decía mi padre, “recordad que está muerta”, nos decía. A su nueva esposa yo no le gustaba, le gustaba solo mi hermano, yo la enervaba», explicaba Helga. «Me hizo entrar en un reformatorio y más tarde en una escuela para niños problemáticos, aunque no sé por qué. Les pregunté a mi padre y a mi madrastra por qué consideraban que yo era problemática, qué había hecho, dónde estaba el problema. Y ellos me respondieron que yo era desordenada, que era del todo desordenada sobre todo en mi cabeza. Vi a mi madre treinta años después de que nos abandonara. Eso fue en 1971», explicaba Helga. «Y también vi a Hitler. En diciembre de 1944. Yo tenía siete años y alguien organizó una visita infantil al búnker de Hitler. Era una visita de alto nivel, todo era solemne, tuvimos que dar la mano al *Führer*. Solo pudieron acudir niños especialmente escogidos por los nazis, comprobados, no cualquiera», explicaba Helga. «Mi hermano y yo sí fuimos invitados. La comida estaba magníficamente decorada, había mucha comida apetitosa, nos impacientábamos esperando que terminaran los saludos», explicaba Helga, «esperando a poder empezar a comer. Luego llegó el *Führer*, que caminaba terriblemente lento, arrastraba los pies. Sus pasos resonaban como si unas serpientes se retorcieran sobre un suelo de piedra, silbando. Hitler caminaba sin levantar los pies», explicaba Helga. «Se nos acercó un hombre gris y encorvado. Su cabeza temblaba y su brazo izquierdo colgaba sin fuerza, parecía un pez muerto y largo», explicaba Helga, «como si estuviera hecho de plastilina», añadió. «Me dio la otra mano, la que no colgaba sin vida y me miró directamente a los ojos y yo también lo miré a los ojos y vi que sus pupilas bailaban», explicaba Helga. «Temí que de esas pupilas saltaran hombrecillos malos y me arrastraran a su lado. El apretón de mano de Hitler era débil, sin fuerza», dijo Helga, «y sus palmas estaban húmedas. Pensé que era como si hubiera tocado a una rana. También sus mejillas le colgaban, todo en él parecía colgar sin fuerza, tenía sombras oscuras bajo los ojos, todo él era inconsistente, pero su bigote se aguantaba rígido. Y luego me preguntó cómo me llamaba y yo le dije que me llamaba Helga. Dije solamente Helga, me olvidé de añadir *Mein Führer*, lo que era un error muy grande», explicaba Helga, «pero mi hermano no se olvidó de decir *Mein Führer*, mi hermano dijo *Mein Führer* como mínimo dos veces, quizás incluso tres veces dijo *Mein Führer*, *Mein Führer*. Y luego vino la sirvienta y nos ofreció a todos un pastelito de mazapán. No nos permitieron comer aquella comida tan fantástica, nos dieron solamente un pastelito. Cuando acabó la guerra», explicaba Helga, «la hambruna no desapareció y además todo se convirtió en un gran caos. Mi padre volvió del frente. En 1948, decidió volver a instalarse en su patria, Austria. El país volvió a recuperar sus fronteras y su viejo nombre, que de nuevo era un país independiente. De esa manera dejamos para siempre Alemania», explicaba Helga. «En casa todo iba mal a causa de la madrastra, de manera que una noche yo me escapé y no volví nunca más», explicaba Helga. «Y es cuando encontré trabajo en la tienda de Isabella», explicaba, «y también fregaba platos en una cervecería de Salzburgo donde no me iba tan mal, me daban el almuerzo, básicamente salchichas, y me dejaban que bebiera tanta cerveza como me viniera en gana. Luego acabé el instituto», explicaba Helga, «y empecé a actuar asumiendo papeles secundarios en un teatro experimental que funcionaba en un sótano, en un *Kellertheater*», explicaba. «Me fui a Viena. En Viena posaba como modelo para los estudiantes de la Academia de las Bellas Artes y allí conocí a Oskar Kokoschka. En Viena alquilé dos máquinas, una de coser, una Singer manual, hoy esa Singer se podría exponer en un museo, y una máquina de escribir para narrar mi vida. Con la máquina de coser reparaba ropa de segunda mano que compraba en el rastro por un puñado de monedas y en la máquina de

escribir escribí una novela sobre mi vida que nadie quiso publicar. Un editor me ofreció un pequeño anticipo y con ese anticipo», explicaba Helga, «mi amiga y yo nos fuimos a Italia para romper con la vida que llevábamos. En Italia conocí a un muchacho magnífico», dijo Helga, «mi futuro marido, y para resumir», dijo, «tuvimos un hijo que se llama Renzo y yo trabajaba como corresponsal internacional. Aprendí italiano, después de muchos años todo iba bien, la vida en general iba bien, llegaron mis *schöne Zeiten*», explicaba. «Cuando nació mi hijo, mi suegra lo llamaba *il piccolo Austriaco* y esas palabras de mi suegra despertaron en mí el recuerdo de mi madre y pensé, Helga ahora que tú también eres madre deberías preguntarte qué pasó con tu madre. Y así decidí ir a buscar a mi madre, encontrarla de nuevo, a una madre que de hecho nunca había tenido, y que mi hijo pudiera tener otra abuela, eso sería tan hermoso, oh, sí. Escribí a mi padre», explicaba Helga, «y le pregunté si él quizás sabía algo sobre mi madre, dónde estaba, qué hacía ahora y él respondió que no tenía ni idea y que tampoco le importaba; que lo mejor sería olvidarla para siempre, me dijo», explicaba Helga. «De todos modos yo la seguí buscando. No tenía ninguna información sobre ella, lo único que sabía seguro», explicaba Helga, «era que los dos, mi madre y mi padre, nacieron en Viena», explicaba, «y pensé que después de la guerra mi madre seguramente debía de haber vuelto a su ciudad. A una amiga de Viena, a Susanna, le dije que comprobara los registros de nacimientos, de matrimonios y de defunciones, que comprobara las guías telefónicas y que me enviara todos los datos que fuera capaz de encontrar relativos al apellido Schneider. Y luego yo envié cartas a la dirección de cinco mujeres distintas y una de ellas me respondió diciendo que era ella a quien estaba buscando», explicaba Helga. «Dije a mi marido que había encontrado a mi madre y que me iba a Viena y que conmigo vendría también Renzo para que pudiera conocer a su abuela. En Viena encontré a una mujer de sesenta años, bien conservada y todavía guapa, que me llevó en seguida a su dormitorio. No hizo ningún caso a Renzo, le dio un vaso de leche y unas galletas y lo dejó en la cocina. A mí me llevó a su dormitorio», explicaba Helga, «abrió el armario, sacó un uniforme y me dijo, vístete con esto, quiero ver si te queda bien. Yo no comprendía nada», explicaba Helga. «Pensé que debía de ser un disfraz de teatro. No comprendía nada porque no sabía nada de la vida de mi madre», explicaba Helga. «Y le pregunté por qué quería que me lo pusiera y ella me dijo que me vistiera porque ella soñó durante años con verme vestida con ese uniforme y yo le volví a preguntar por qué y ella me dijo que ella llevaba ese mismo uniforme en Birkenau. Y así», explicaba Helga Schneider, «descubrí que no tenía delante de mí a mi madre que no había visto durante treinta años, sino a un monstruo. Y ese monstruo, esa mujer que me parió, estaba allí parada y me sonreía e iba repitiendo: “*Es war so schön, so schön.*” “No me pienso poner tu uniforme manchado de sangre”, le dije», explicaba Helga. «Y entonces, Traudi Schneider sacó un puñado de joyas que había robado a los judíos en Auschwitz y en Ravensbruck y me dijo que cogiera lo que quisiera. Cogí a Renzo y salimos corriendo a la calle y comprendí que yo ya no tenía madre y que tendría que aceptar esa pérdida para siempre», explicaba Helga. «La vida siguió. Renzo creció, mi marido murió de cáncer y yo seguí hurgando en los archivos y en los dosieres y me familiaricé con la biografía de aquella guardiana de las SS en los *Lager*, de una nazi que hasta su misma muerte no renunció a sus convicciones, de Traudi Schneider. En 1998 llegó una carta de Viena en un sobre de color rosa feo. Me informaban que mi madre estaba en una residencia y la nota estaba firmada por una buena amiga de Traudi Schneider», explicaba Helga. «Mi madre entonces tenía casi noventa años, me informaba aquella amiga, de vez en cuando perdía la cabeza y podría morir en cualquier momento, decía su amiga, y me proponía que la visitara de nuevo porque ella, a pesar de todo, era mi madre. Pensé que mi madre quizás había cambiado de convicciones», explicaba Helga. «Me

fui a Viena, compré flores y me dirigí a la residencia. En la residencia me encontré con una viejita delgada que no debía de pesar más de 45 kilos, descuidada y gastada, y me supo mal. Le dije que yo era su hija», explicaba Helga, «pero Traudi Schneider gritó que yo no era su hija, que su hija estaba muerta y que si yo era su hija, entonces la debería llamar *Mutti* porque los hijos a sus madres las llaman *Mutti*, me gritaba Traudi Schneider, y me cogió por la cara. Pero yo no pude decir *Mutti* y entonces Traudi Schneider me dijo que yo debería saber que ella era la guardiana más severa de todas, eso es lo que me dijo, me dijo que ella pegaba a las prisioneras hasta que escupían sangre, eso es lo que me dijo. Y se puso de pie», explicaba Helga, «y empezó a describirme los horrores de los experimentos médicos y me dijo que ella evidentemente estaba de acuerdo con la “solución final”. Me preguntó si yo pensaba que ella había estado allí de vacaciones, ¿o qué? Y luego me dijo que en las cámaras no todos morían igual de rápido, me dijo que los niños morían en seguida y que luego sacaban unos niños retorcidos de color azul y que alguna vez en las cámaras no había suficiente espacio y que por eso se disparaba a la gente en la nuca. Hacían formar a los judíos al borde de una fosa enorme y les disparaban para que se desplomaran directamente dentro, todos, los hombres y las mujeres y los niños en los brazos de sus madres, y que ella también disparaba, evidentemente ella también disparaba, ella era una tiradora excelente, me decía Traudi Schneider, sonriente, oh, *schöne Zeiten*, repetía», explicaba Helga. «Y de pronto Traudi dijo que dos putas judías se pelearon por un trozo de pan robado y que ellos las vieron, que las guardias lo vieron todo y que a aquellas putas se las llevaron para que fueran fusiladas, completamente desnudas, completamente desnudas, evidentemente, y cubiertas de llagas, cubiertas de llagas abiertas porque antes las habían tenido catorce días en la celda de aislamiento en completa oscuridad con unas ratas tan gordas como gatos que se alimentaban de ellas, se las comieron vivas prácticamente, es por eso que estaban cubiertas de llagas y cuando las sacaron estaban las dos enloquecidas de terror y solo esperaban que les dispararan la bala en la nuca. Me dijo que ella odiaba a los malditos judíos: “¡Ah! Eran una raza terrible, horrorosa”. Insistía en que debía creerla. Y luego yo le dije», explicaba Helga, «le dije que dejara de hablar porque ya me había estudiado su *dossier* y que todo eso ya lo sabía y que ahora me iba a marchar y que volvería a Bolonia. Después de esa visita, tuve pesadillas y mi corazón latía como si tuviera dentro a Traudi Schneider en persona, saltando con su revólver en la mano y gritando que la dejara salir: “¡Dispararé si no me dejas salir, te mataré si no me dejas salir!” Y luego me dieron la medicación y ahora mi corazón está tan tranquilo como si se hubiera muerto».

Karl-Otto Saur hijo llevaba el pelo largo para esconder una nuca de aspecto bovino que heredó de su padre, de Karl Otto padre, del último jefe de la Oficina técnica del Ministerio de Armamento del Tercer Reich, a quien Hitler en su loco testamento del año 1945 nombró como sucesor de Speer. Karl-Otto Saur en 1946, en los juicios de Núremberg, no fue condenado porque aceptó ser testigo de cargo contra Krupp en el Asunto Krupp. Karl-Otto Saur en 1946 pudo empezar una vida mejor sin ninguna denuncia, sin ninguna culpa. No tuvo que pensar en los centenares de millares de judíos húngaros que encontraron trabajo en la industria armamentística pensada para exterminar a esos mismos judíos húngaros a los que se «dio trabajo». Comprendí que eso era así gracias a la exposición sobre la *Wehrmacht* que vi en Berlín, una exposición itinerante que se mostró en diversas ciudades alemanas, y que me ayudó a entender muchas cosas. Y esa claridad monstruosa no me deja dormir. Karl-Otto Saur padre abrió después de la guerra un despacho de ingeniería y más tarde una editorial que continua funcionando con éxito bajo la batuta

de su hijo mayor Klaus-Gerhard Saur. Uno de sus hijos lleva el pelo largo para esconder la nuca. El cabello le llega hasta los hombros como si con ese pelo largo pudiera evitar la posibilidad de que la historia se repita. Pero no puede, los cabellos largos no pueden esconder nada, excepto disimular un poco el cogote gigante, heredado de su padre. La repetición de la historia nos debería enseñar algo, *repetitio est mater studiorum*, pero a pesar de que la historia sí se repite obstinadamente, aprendemos mal. La Historia irreverente y atrevida no se deja vencer, se repite y se repite. «Voy a repetirme hasta el agotamiento», nos dice, «voy a repetirme a propósito para ver si consigo que aprendáis algo», dice la Historia. Pero nosotros no sabemos aprender nada, dejamos que nos crezca el pelo, nos escondemos, callamos y mentimos, hacemos ver que no nos enteramos de nada. Algunos de nosotros cargamos con un saco enorme lleno de pecados de nuestros antepasados. Nosotros no necesitamos que la Historia se repita, nosotros llevamos esa historia clavada en el cuerpo. En nuestros propios huesos la Historia actúa como el dolor reumático, no hay muchas medicinas que lo puedan calmar. Nosotros llevamos la Historia en la sangre. La Historia fluye por esa sangre nuestra, silenciosa y destructiva, pero por fuera no se ve nada, por fuera todo es tranquilidad y cotidianidad. El pasado nos devora desde dentro y destruye los frágiles muros de inmunidad que nos habíamos construido.

«Conocí a Karl-Otto Saur hijo antes de que yo empezara a trabajar en mi proyecto de entrevistas que arranca con el libro de mi padre Norbert», explicaba Walter Tipura. «Karl-Otto Saur daba clases en la escuela de periodismo en Múnich y era editor de un diario en el cual yo trabajaba. Karl-Otto Saur era una persona muy abierta, le gustaba la compañía de los demás. Era el típico producto del año 1968, en sentido positivo», explicaba Tipura. «Llevaba una barba cuidada y pelo largo, a veces podía ser un poco cínico, todo eso es característico de su generación. Recuerdo la boda de la hija de Saur en un gran hotel bávaro. Se reunió la familia entera, pero el viejo Saur ya estaba muerto», explicaba Tipura. «Todos parecían felices y relajados, *eine glückliche grosse Familie*. Esa familia grande y feliz irradiaba inocencia y compañerismo. Más tarde me explicaron una historia que circulaba entre la gente informada de Múnich», decía Tipura, «pero a mí se me hacía difícil seguir la pista de tantos destinos distintos. El día que nació Karl Otto Saur hijo, el 14 de abril de 1944, Karl-Otto padre ocupaba el despacho del comité ejecutivo del Ministerio de Armamento en Berlín. El Tercer Reich se estaba descomponiendo, Hitler estaba cada vez más nervioso y más pálido, pero Saur hacía ver que no pasaba nada. El ingeniero Fritz Todt, general mayor de la *Luftwaffe* y jefe del Ministerio de Armamento, murió en un accidente aéreo en 1942. Karl-Otto Saur se iba acercando a la cumbre de la escala política y militar, de manera que él asumió la responsabilidad de sus proyectos. La Operación Todt escondía el programa de explotación laboral de un millón y medio de niños secuestrados y de hombres detenidos en los países ocupados por el Tercer Reich. Esa mano de obra esclavizada estaba construyendo la estructura de defensa del Tercer Reich, construían fábricas, carreteras, vías de tren y los *Lager* (en los que la mayoría de ellos acabó sus vidas). Así, detrás de su mesa, Karl-Otto Saur firmaba los documentos que decidían sobre el destino de un millón y medio de extranjeros que “murieron mientras trabajaban”. Karl-Otto Saur era el nazi más gordo de la élite de Hitler. Karl-Otto Saur tenía un cuello increíblemente grueso, tenía un cuello de toro, un cogote muy corto y muy ancho. Y tenía también los hombros anchos, siempre llevaba el pelo rapado y en las fotos acostumbraba a colocarse al lado de Hitler o de Speer. Saur hijo, aquel con el pelo largo,» explicaba Tipura, «consideraba que su padre era la imagen del nazi arquetípico porque era tan alto y tan gordo y tan fuerte y tan severo, *comme il faut*», contaba

Walter Tipura. «Empecé a interesarme por el pasado de mi propia familia y, al mismo tiempo, buscaba información sobre los descendientes de los demás nazis conocidos, otros casos parecidos al de Karl-Otto Saur hijo. Mi padre Norbert Tipura murió en 1993, y fue entonces cuando decidí ver, como si me hubiera cansado de tanto cerrar los ojos, y abandoné mi ceguera voluntaria», explicaba Tipura. «En 1993 encontré en el escritorio de mi padre un manuscrito de 148 páginas fechado en 1959. Recordé a mi padre, que cuarenta años antes, cuando yo era un niño, estaba sentado en su mesa, y recordé que su figura parecía la de un ave de rapiña cogiendo con sus garras a una presa mientras tecleaba en la máquina de escribir. El manuscrito de mi padre lo abrí seis años después de su muerte, en 1999», explicaba Walter Tipura. «Lo abrí, oh, cuanta casualidad, en un momento decisivo de mi vida. Quince años después de la guerra, mi padre Norbert hizo una serie de entrevistas a los hijos de Himmler, Göring, Hess, Normann, Frank y otros. Esas entrevistas se publicaron entonces en *Zeitbild*. Yo nací en 1961», explicaba Walter, «y recuerdo que hablábamos en casa de esos artículos, pero no hablábamos de lo que decían esos textos. Mi padre solo de vez en cuando mencionaba la conversación que tuvo con una tal Gudrun Himmler, la hija de Heinrich Himmler. Explicaba que Gudrun continuaba admirando a su padre Heinrich Himmler y que recortaba todo lo que se publicaba sobre él y coleccionaba los artículos de prensa en un diario, en un libro de memorias. Lo hacía a pesar de que su padre Heinrich Himmler estaba muerto desde hacía años, a pesar de que todo el mundo sabía qué clase de criminal era su padre Heinrich Himmler. “La hubiera podido destruir, la hubiera podido tirar a los lobos”, decía mi padre», explicaba Tipura. «Un amigo me dijo que iba a investigar un tema delicado y me invitó a ir con él. “Existe una organización que se llama Stille Hilfe,” me dijo ese colega», decía Tipura, «“y esa asociación Stille Hilfe cuida de los nazis viejos, recoge dinero para mantenerlos, es decir, les ofrece una *ayuda silenciosa* para que puedan tener una vejez digna. Una de las viejecitas a las que Stille Hilfe quiere facilitar sus últimos años de vida se llama *Frau* Hermine Braunsteiner-Ryan”, me dijo el colega», explicaba Walter Tipura. «“En Majdanek, ofrecía a los niños chucherías y luego los cogía por el pelo y los tiraba a los furgones que llevaban a esos niños a las cámaras de gas. Y si alguno no obedecía enseguida, Hermine Braunsteiner les disparaba directamente en la frente. *Frau* Hermine Braunsteiner-Ryan era la que pegaba a las prisioneras con el látigo y las pisaba con sus botas hasta acabar con ellas. Hermine Braunsteiner-Ryan fue condenada en 1980, y no antes, a cadena perpetua, pero en 1996 la dejaron en libertad porque tenía 79 años y era diabética, como si en una prisión no se pudiera medicar para la diabetes”, me decía aquel colega», explicaba Tipura. «Hermine Braunsteiner-Ryan murió poco después de empezar con nuestra investigación, murió en abril de 1999», explicaba Tipura, «así que no pudimos obtener su relato. La llamaban la Yegua de Majdanek, a Hermina Braunsteiner. Llevaba unas botas altas, siempre brillantes, era famosa por su capacidad de tiro y por la manera en que sabía hacer volar su látigo», explicaba Tipura.

Después de ese encuentro, yo, Hans Traube, empecé una pequeña investigación y descubrí que Hermine Braunsteiner nació en Viena en 1919 y que fue educada en una familia de rígida moral católica. Entró en las SS en 1939 y trabajó como guardia en los *Lager* de Polonia. El tribunal de crímenes de guerra de Austria la condenó en 1948 a tres años de prisión, pero nueve meses más tarde ese mismo tribunal la dejó en libertad. Descubrí que en 1957, Hermine Braunsteiner trabajaba como vendedora en pequeñas ciudades pintorescas y turísticas de Austria. Allí conoció a su marido, un estadounidense que se llamaba Russell Ryan. Primero se fueron a Canadá, a Halifax, luego a los Estados Unidos. Descubrí que Hermine Braunsteiner-Ryan hasta el año 1968

vivió tranquila. Luego la descubrió Simon Wiesenthal y gracias a Wiesenthal fue extraditada a Alemania y en Düsseldorf fue juzgada por el asesinato de, como mínimo, «1.181 prisioneras» y por la participación en el asesinato de 705 personas más. La condena llegó en 1981, cuando Hermine tenía 61 años y muchos recuerdos bonitos. Podía recordar sus días felices, sus hijos eran personas adultas, eran estadounidenses que quizás no sabían nada de botas altas y látigos. Yo empecé mis investigaciones en 1998 cuando Martha Traube me confió la incómoda verdad sobre mi nacimiento. Antes yo no investigaba nada, como si no tuviera ningún pasado. Yo era como todos los demás que no investigan. ¿Por qué deberían investigar, si la vida continúa? Hay que mirar hacia el futuro, dice la gente. Se lo repiten a sí mismos, a los otros, se habla de esta manera en todas partes, en casa, en la escuela, en los teatros, así hablan los padres, los amigos y los políticos; así hablan los sacerdotes, especialmente los de la Iglesia católica. Y cuando ya perdí todas las esperanzas, el pasado me atrapó en un instante: ¡Hop! Me asaltó como una fiera, me convirtió en un cadáver en descomposición, me mordió el cuello, hundió los dientes en la aorta y no me ha soltado todavía. Me gustaría desprenderme de mi pasado, pero mi pasado no me quiere abandonar. Me acompaña vaya a donde vaya, duerme conmigo en el mismo lecho, me mira a los ojos y me repite: «¡Ves!, yo estoy siempre contigo». Mi pasado me recuerda a las botas de Hermine Braunsteiner, mi pasado, nuestro pasado, me pisa contra el suelo, mi rostro adquiere bajo ese peso una expresión de dolor y de enfermedad como si se tratara del rostro de un fugitivo medio enloquecido que espera que le demuestren si es culpable o inocente.

«“Escúchame”, me dijo mi colega», explicaba Tipura, «“esa asociación Stille Hilfe es una asociación bastante fea. Su líder es *Frau* Gudrun Burwitz, pero detrás de ese nombre se esconde de hecho *Frau* Gudrun Himmler”, me dijo mi colega», explicaba Tipura. «De manera que fuimos a investigar el asunto. Para Gudrun, los tiempos no cambiaron nunca. Aunque Gudrun ya no se apellidaba Himmler, continuaba soñando los sueños de su padre», explicaba Tipura. «Gudrun Himmler no se apellidaba Himmler porque para las mujeres siempre es más fácil resolver ese asunto, porque pueden coger el apellido de su marido, ¿no es verdad?», explicaba Tipura. «Los hombres pueden cambiar sus apellidos y nombres si es necesario, evidentemente. En casa de Gudrun Himmler Burwitz conocimos a la hija de Gudrun Himmler Burwitz, que se inquietó mucho a causa de nuestra visita», explicaba Tipura. «La hija adulta de Gudrun Himmler Burwitz se volvió agresiva a causa de nuestra visita, nos asaltó diciendo que no deberíamos mencionar el nombre de su madre en público, nos amenazaba», explicaba Tipura. «“Ninguno de mis amigos sabe quién es mi madre”, gritaba la hija de Gudrun Himmler, “no lo sabe ni mi marido”, dijo», explicaba Tipura. «Eso para mí era un dato fantástico», dijo Tipura. «Sobre los hijos ilegítimos de Himmler no se sabe mucho. Tuvo dos hijos con su secretaria Hedwiga Potthast. La secretaria se trasladó a vivir a una villa renovada cerca de las otras bestias próximas a Hitler para tenerlo todo a mano. No se sabe dónde están hoy Helga Potthast Himmler, nacida en 1942 y su hermana Nanetta Dorotea Potthast Himmler, nacida dos años más tarde», explicaba Walter Tipura. «Si todavía viven, ¿explicaron a sus hijos y nietos su origen? ¿Hay algún exnazi que sufra de trastorno por estrés postraumático? ¿Alguna vez los asaltan los síntomas del TEPT? ¿Saben cuáles son los síntomas del TEPT? ¿Notan los indicios de que su alma está atacando a su cuerpo y que el cuerpo está retorciendo su alma? Katrin Himmler, hija de su sobrino, es una científica de treinta y dos años, casada con un judío, creo que no por casualidad. Está casada con un judío cuya familia desapareció en los *Lager* polacos. Ella está muy preocupada: “Me estremece pensar que un día tendré que explicar a mis hijos que la mitad de sus familiares exterminaban a la otra mitad de sus

familiares”, me dijo Katrin Himmler», explicaba Tipura. «La muchacha sufrió y sufrió y al final se puso a escribir libros sobre eso, sobre los hermanos de Heinrich Himmler y sobre sus hijos, que son sus sobrinos», dijo Tipura.

Sé que las casualidades son escasas, las casualidades quizás no existen. Las casualidades son el resultado de nuestra estúpida necesidad de escondernos ante la vida carnavalesca que nos ignora. Nuestras casualidades son nuestro pasado, enterradas entre las raíces de nuestros árboles genealógicos y no nos debería sorprender que den frutos llenos de un dulce veneno. No es ninguna casualidad que mi amigo Wolfgang trabaje hoy en el centro de documentación para la reparación de víctimas de guerra de Austria. Recuerda que los colegas y los amigos de armas de su abuelo nazi se juntaban en una columna de coches negros para ir a la Ópera de Berlín a descansar de sus recuerdos. Wolfgang se dedica a investigar el pasado de unos asesinos ahora seniles, condenados a una muerte silenciosa. Busca las obras de arte robadas en las cajas fuertes de sus descendientes. Sé que no es ninguna casualidad que la madre de Wolfgang, hija de un nazi militante, después de la guerra se sentara con toda tranquilidad en su palco en propiedad de la Ópera de Berlín y se dedicara a cultivar una amnesia gloriosa escuchando música, que es el alimento del alma. No es casualidad que la madre de Wolfgang se casara con un anarquista desobediente que acabó, a causa de una orden *secreta* de Stalin, en algún remoto lugar de Siberia. No hay ninguna casualidad en el hecho de que Serge Klarsfeld, nacido en 1935 en Bucarest, cuyo padre murió en Auschwitz, y Beate Künzel, nacida en 1939 en Berlín, hija de un miembro de la *Wehrmacht*, que descubrió lo que significaban los horrores del Holocausto en París en 1963, no es una casualidad que Beate y Serge se convirtieran en cazadores de nazis y que encontraran en Bolivia al «carnicero de Lyon», a Klaus Barbie, y lo trajeran a París para que lo pudieran juzgar. No es una casualidad que haya tan pocas casualidades y que haya tanto resentimiento reprimido. La gente lava lo que se puede lavar, cura lo que se puede curar, la gente busca los senderos secundarios y camina sigilosamente, de puntillas, para evitar encontrarse a sí misma. Quién pudiera atar todos los cabos sueltos... Nadie. Los cabos son tantos y se multiplican sin parar porque las familias crecen, se amplían. Las familias tienen nombres «y detrás de cada nombre hay una historia». Los cabos sueltos familiares se entrelazan como aquel gusano que se enrolló con todo su cuerpo alrededor del ojo de aquella infeliz mujer en un país europeo civilizado. Los cabos sueltos se anudan entre sí y así, fijados, no pueden entrar en el centro del furúnculo donde se esconde el eje de un pasado silenciado. Si el pasado no llega a las raíces de su tronco, al centro donde está el estiércol viejo, lleno de gusanos, no hay ninguna salvación para los que quedan, para los que todavía tienen que venir. El relato permanece para siempre, se queda aquí, igual que el pasado. Oh, y eso duele, sé bien que duele.

«Mi padre», explicaba Tipura, «nació en 1929 y creció en una familia de acogida porque su madre no lo podía cuidar. Su madre tenía solo quince años cuando el 31 de diciembre de 1928 aceptó el puesto de camarera en el café de un hipódromo. El sitio era propiedad de un gran amante de los caballos, de un jugador fanático y ese señor se convirtió nueve meses más tarde en el padre biológico de mi padre Norbert», explicaba Tipura. «De adulto a mi padre también le gustaba apostar, iba a las carreras de caballos con regularidad. No sabría explicar por qué pasó eso», decía Tipura, «pero yo también ahora me intereso por las carreras de caballos y los caballos en general me gustan mucho. Mi padre», explicaba Tipura, «se convirtió en el líder de la *Hitlerjugend* de Múnich. En la cocina de casa tenía colgado un gran mapa del mundo donde iba clavando banderas en todos los sitios que las tropas alemanas, las *Wehrmacht-truppen*,

conquistaban. La ciudad, la región, el país en cuestión perdía así su propio nombre y se convertía en parte de Alemania. El año 1945 fue para mi padre el año de una derrota terrible y no el año de la victoria, lo repetía siempre», explicaba Tipura, «y con frecuencia me repetía qué hubiera pasado si el nazismo hubiese ganado la guerra. Pero él no hurgaba en grandes profundidades, nunca llegó lo suficientemente lejos como para tener que enfrentarse a la mierda de la familia, miraba todo desde lejos, y desde allí lo removía con un palo», explicaba Tipura. «Sus retratos de los hijos de los nazis son unas imágenes nostálgicas del pasado, reflejos de unas víctimas tiernas que nada pudieron evitar. De manera que cuando encontré las notas de mi padre, empecé yo también mi viaje de exculpación e intenté encontrar los mismos *niños* que mi padre entrevistó cuarenta años antes. Lo que encontré yo eran unos viejos que contemplaban el pasado familiar como unas ramas de árbol torturadas y anudadas. Sus relatos tenían aquella clase de nudos que no se pueden deshacer fácilmente y cuando uno consigue abrirlos, no encuentra nada más que indefiniciones».

«Martin Bormann hijo, conocido con el apodo Kronzi, nació en 1930. Era el primero de diez hermanos del *SS-Obergruppenführer* Martin Bormann, secretario general del Partido Nacionalsocialista y secretario de Hitler. Se trata de aquel cerbero musculoso que guardaba la entrada en el Hado maquiavélico del Tercer Reich. El hombre odiaba la Iglesia cristiana y era el más anticlerical de todos los oficiales nazis. Él fue el fundador del movimiento llamado *Kirchenkampf*. Se mató mordiendo una cápsula de cianuro en 1945 como un cobarde, después de que lo hirieran mientras escapaba del búnker de Adolf. Martin Bormann hijo fue un nazi entregado durante los años 1940 y 1945 y estudiaba en una academia del Partido en Baviera. Después de la guerra se convirtió en sacerdote católico, pero eso no lo ayudó a expiar los pecados de su padre. Los pecados atravesaban su cuerpo como fibras entrelazadas. Martin Bormann hijo estuvo durante años viviendo en la oscuridad como una oruga. A Martin Bormann hijo no lo ayudó ni Dios ni la Iglesia ni las malditas oraciones al Padre Nuestro, ni todas aquellas *nuestras ofensas* que repetía constantemente. Después de algunas décadas perdidas entre las paredes de las iglesias, dijo *¡Auf Wiedersehen!*, y se casó con una monja. Ella también dijo a la Iglesia *¡Addio!* Los dos empezaron a visitar las escuelas alemanas y austriacas para explicar a los niños los horrores del Holocausto y del Tercer Reich. Se fueron también a Israel para pedir perdón a las víctimas de Martin Bormann padre. Y aprendieron a vivir con los fantasmas que comparten a diario su mesa y duermen con ellos en la misma cama. Martin Bormann hijo me contó que recordaba muebles y lámparas decorativas hechos de huesos humanos y de piel humana en el apartamento de la amante de Himmler Hedwiga Potthast», explicaba Tipura. «Martin Bormann hijo cura sus heridas como puede», explicaba Tipura. «Su hermana Irmgard, en cambio, se ha encerrado en su propio infierno, cegada por el amor enfermizo hacia su “padre bueno y tierno que adoraré y respetaré hasta mi muerte”», explicaba Tipura.

«El padre de Arnold Schwarzenegger también era nazi», explicaba Tipura. «En 1938, antes de la anexión de Austria, Gustav Schwarzenegger presentó la solicitud de ingreso al Partido Nacionalsocialista, pero el Partido Nacionalsocialista no lo aceptó en su regazo antes de 1941. En su ficha médica de entonces, se informa de que Gustav Schwarzenegger», explicaba Tipura, «era considerado una persona quieta y fiable, que su inteligencia era normal y que no destacaba en nada. Desde 1947 y hasta su jubilación, Gustav Schwarzenegger trabajó como policía porque constataron que no era un criminal de guerra. Arnold, en esa época del olvido tranquilo austríaco, de la gran calma, se dedicaba a desarrollar su cuerpo con las pesas. En 1967, con nada más que

veinte años, fue proclamado Mister Universo y tenía este aspecto»:



«Schwarzenegger rehusó hablar conmigo», explicaba Tipura, «pero sé que él afirma que su padre era un soldado raso, un soldado en el ejército de su propio país. “Mi padre luchó en Bélgica y en Francia y en Rusia”, va diciendo Schwarzenegger, y también “Se sabe que mi padre no cometió ningún crimen porque los soldados de la *Wehrmacht* no mataban, los soldados de la *Wehrmacht* solamente luchaban”, es lo que va diciendo Schwarzenegger, que probablemente nunca visitó la exposición sobre la *Wehrmacht*», explicaba Tipura. «Si Schwarzenegger hubiese visto la exposición, hubiera podido comprobar que un soldado raso del Tercer Reich era capaz de atrocidades increíbles. Yo mismo lo descubrí cuando visité esa exposición. La opinión pública alemana quedó consternada, quizás esa exposición pudiera haber consternado también a Schwarzenegger», explicaba Tipura.

A partir de aquí, ya no necesito citar más a Tipura. Podría haber explicado lo mismo sin sus relatos y sus descubrimientos. En el año 2000, yo tenía reunida una base de datos propia con los «relatos del dolor» de los descendientes de los nazis, de los descendientes de la primera, segunda y tercera generación de los nazis, de los grandes y de los pequeños nazis, de los conocidos y de los anónimos, no me importaba porque los síntomas son más o menos los mismos. Mi base de datos crecía, aumentaba su volumen porque yo la alimentaba sin piedad como si fuera una oca. El patrón de los casos que estudié se parece: de pequeños, los hijos y los nietos de los nazis muy pocas veces fueron enfrentados con el relato del pasado familiar. Los nazis, muchos de ellos con las manos manchadas de sangre, algunos de ellos condenados a muerte, otros condenados a largas penas de prisión (a menudo no completadas), continuaron trabajando como médicos, jueces, ingenieros, arquitectos... Vivieron unas vidas de ciudadanos «respetables» y todos juntos se preocupaban de que se impusiera un silencio cómplice. Ese silencio pesaba como una piedra de

molino y aplastó la vida de los suyos hasta desfigurarla. Bajo esa losa de silencio, como si se tratara del mito de las orejas de asno de Trajano, germinaron solo algunas semillas de una verdad frágil, pero sus tallos tenían la fuerza suficiente para romper su prisión. No se puede comprender por qué esos descendientes, especialmente los nietos, no preguntaron nada, por qué seguían sin preguntar nada. Pero las fotografías viejas, los manuscritos sin acabar, los diarios secretos no paran de aparecer. Los archivos se van abriendo, se hacen películas, se escriben libros, el pasado va saliendo a la calle y rueda entre nuestras piernas, con el tiempo, los pasos se hacen cada vez más inseguros. Un nazi, un fascista, un *ustaş*, un *četnik*, no importa. La raíz no se arrancó. Norman Frank lo comprendió y dijo que no quería tener hijos, decidió romper él mismo con esa herencia. Empezó a beber leche, bebió trece litros de leche al día hasta que murió. El hermano de Norman se llama Niklas y es un desmitificador irreverente e incansable, Niklas Frank, escribe y grita. Con sus declaraciones directas, rebeldes, sus artículos, libros y acciones (como el espectáculo en el cual se masturbaba encima de las fotografías de su padre Hans Frank hasta llegar al orgasmo), sus advertencias, hizo estremecer a la opinión pública alemana hipócrita y miedosa más de una vez. Niklas no está dispuesto asumir ningún compromiso, mientras que los alemanes quieren continuar durmiendo tranquilamente, seguros de que el padre debe ser una figura intocable. Pero no es verdad, no hay ninguna figura intocable. Ni Dios lo es, quizás el que menos.

«La verdad es muy simple», afirmó Niklas Frank en más de una ocasión. «Nuestros padres eran criminales y asesinos. Olvidad las frases sobre la banalidad del mal, no hay ninguna explicación, no hay nada que lo pueda relativizar, no hay excusas, no hay piedad. A esa gentuza patológica, a esos cerebros enfermos no deberíamos ni juzgarlos. No se merecen la justicia, no merecen que tengamos en cuenta su dignidad, ¿qué clase de dignidad puede haber para ellos? Me resultan patéticos los juicios de Núremberg, de Stuttgart, de Düsseldorf, de Frankfurt, de Múnich, de La Haya. Dinero perdido, tiempo perdido, eso es todo lo que fue. Esos juicios son un espectáculo, una farsa, y así no se puede conseguir que nadie aprenda nada. Lo que se debería haber hecho es fusilarlos a todos sin juicio como hicieron los rusos y los de Alemania del Este en los años 1946, 47 y 48. Los deberíamos haber arrancado de raíz para que no pudiesen germinar cómo han germinado. En cambio, aquí, esperan en cómodas prisiones, jugando al ajedrez, a que les llegue la muerte. O, lo que es mucho peor, todavía están libres. Algunos son considerados como héroes a los que se erigen monumentos, los héroes que han dado nombre a plazas y aeropuertos. Esa chusma hay que erradicarla y evitar que sus relatos se reproduzcan con elegancia y con audacia en el presente. Tenemos que alejar al ave Fénix maligna. Ese eterno e interminable *Hermugemusse* de los hijos de los asesinos y criminales me resulta patético. Lo de que los suyos eran unos “nazis irrelevantes” es una tontería. No hubo nazis irrelevantes. Para empezar (y concluir), los hijos y los nietos de los asesinos y los criminales deben hacer un ejercicio de auto-desnazificación y verbalizar su rechazo. Es preciso que por una vez entonen el mea culpa en nombre de la segunda y de la tercera generación. Los descendientes de los nazis, de los fascistas, de los *ustaşas*, de los *domobranci*, de los *četniki*, etcétera, etcétera, etcétera, no quieren reconocer los crímenes de sus padres y de sus madres, de sus abuelos y de sus abuelas», gritaba Niklas Frank. «Así, ellos también contribuyen a disminuir la apreciación general de los crímenes que se cometieron durante el Tercer Reich. Y eso hay que aplicarlo también a los descendientes de todos los estados satélite nazi fascistas, a todos los países que pertenecían a la órbita fascista», decía Niklas Frank. «El silencio se ha convertido en una enorme losa de cemento armado», gritaba Niklas Frank o quizás ese era el grito de Thomas Bernhard. «Y la Iglesia católica, ese desfile de

caricaturas, esa construcción asquerosa, ese teatro de máscaras, esas mentiras previsibles, esas promesas vacías, debería dejar de existir ahora mismo. En su entorno se reúnen masas fanáticamente ciegas que se arrodillan delante del enviado de Dios. Y eso, a mí me recuerda a las reuniones malignas en las que se gritaba *Sieg Heil*».

«Escuchad», dijo Thomas Bernhard, estas sí son, definitivamente, las palabras de Bernhard. «Mis sospechas se han confirmado. Nuestra actitud hacia Jesucristo no se diferencia mucho de nuestra actitud hacia Adolf Hitler. Después de la guerra procedí con mi escolarización», decía Bernhard, «y la escuela se llamaba Johanneum, era una institución católica. Le pusieron un nuevo nombre, pero de hecho se trataba del mismo edificio en el cual antes había una institución nacionalsocialista. La sala de la escuela donde antes de la guerra habíamos estudiado los temarios nacionalsocialistas, la convirtieron en una capilla. Allí donde durante la guerra estaba la tarima desde la cual Grünkranz nos hablaba de la Gran Alemania, pusieron ahora un altar. Allí donde antes colgaban los retratos de Hitler, ahora colgaba un gran crucifijo. Y en el sitio donde antes estaba el piano con el que Grünkranz acompañaba nuestros cantos nacionalsocialistas como *Die Fahne hoch* o *Es zittern die morschen Knochen*, pusieron un armonio. Y aquella sala ni la pintaron. Después de la guerra, el partido mayoritario ya no era el Partido Nacionalsocialista, sino que de nuevo predominaban los colores negros del Partido Católico, igual que antes de la guerra. Ese instituto, de hecho, siempre había sido una escuela severamente católica, por mucho que después de la guerra la convirtieran en un instituto *público*. He sufrido las mentiras del nacionalsocialismo sobre la historia y después de la guerra nos sometieron a las mentiras católicas. Tanto el nacionalsocialismo como el catolicismo son dos enfermedades contagiosas, se trata de enfermedades del espíritu. No he sucumbido a ninguna de ellas porque tenía a mi abuelo que supo cómo hacerme *immune* a esas enfermedades. Pero igualmente esas enfermedades me hicieron sufrir, no sufrí a causa de ellas, sufrí bajo su presión. Mirad, por ejemplo, el festival de Salzburgo, que simula ser un festival universal, pero el arte universal está forzado a servir a la perversa negación del espíritu. Y es verdad, lo que surge allí durante el verano no son más que trampas hechas de música e hipocresía que se toca con instrumentos diversos. Y todo eso, todo ese festival, se fundamenta en la necesidad de esconder que el ser de esa ciudad es enfermizo, perverso y contaminado y que no difiere de otras muchas ciudades europeas católicas que estaban orgullosas de su nacionalsocialismo, o como fuera que lo llamasen entonces».

En 2005 dije a mi colega Ian Buruma que me gustaría visitar Sonnenstein porque allí empezó su carrera de asesino mi padre biológico el *SS-Untersturmführer* Kurt Franz. Ian me dijo:

—No vas a encontrar nada, las huellas las han borrado. Hace algunos años visité Pirina. Hoy es una pequeña ciudad casi abandonada. Lo inusual es que tiene preciosas villas del siglo XIX —dijo Buruma— con algún edificio del gótico tardío. Quise visitar el edificio donde empezaron los primeros asesinatos de los deficientes mentales con el gas. Sabía que el edificio existía, vi las fotografías de esa «auténtica» exterminadora de «inútiles». En su interior se asesinó con ciclón B a más de 10 000 personas, pero no encontré ninguna información en ninguna de las guías de la ciudad. Para encontrar esos sitios tuve alguna dificultad —me explicaba Buruma—. Una señora mayor me envió montaña abajo, me perdí y pregunte a otro señor mayor: «¿Dónde está el edificio del antiguo Instituto Sonnenstein?». Y él me respondió: «¿Perdone? ¿Qué está usted buscando?». Y yo le repetí: «El antiguo Instituto de Eutanasia». Él me preguntó: «¿Y cuándo dice usted que pasaba eso?». Le respondí: «En el tiempo de Hitler». Y él respondió: «Perdónenme, pero de eso, yo no sé nada». Al final sí que lo encontré, el antiguo instituto —me explicaba Buruma.

»Me acerqué a una villa de paredes amarillas que tenía colgada una placa: «Sauna para los viejos y los enfermos». Una mujer joven me preguntó qué buscaba. Se lo expliqué y ella negó con la cabeza: «Eso no pasó aquí, nosotros solo nos dedicamos a los enfermos que necesitan cuidados especiales. Usted busca otro edificio, es el de *allí*, en la antigua fábrica de turbinas», me dijo la joven —dijo Buruma.

»*Allí* significaba en un edificio detrás de un vallado de alambre oxidado. El edificio resultaba tétrico. Tenía colgada una placa en memoria de Albert Barthel: «A nuestro camarada del partido que fue asesinado por los nazis en 1942». De manera que llegué a la conclusión —me dijo Buruma — de que ese no podía ser el edificio en el cual había tenido su sede el Instituto. De todos modos entré en una sala y encontré a unos jóvenes que estaban almorzando. Me imaginé que eran los responsables que se encargaban de los niños mentalmente retrasados. «¿El antiguo Instituto de eutanasia? Oh, no, gracias a Dios, el Instituto no se encontraba en ese edificio. El Instituto estaba en el edificio de al lado», me dijeron —continuó Buruma.

»Entré en los sótanos del edificio de al lado. Se trataba de una villa elegante de estilo francés. No vi ninguna placa conmemorativa. Hierba alta y ortigas crecían alrededor de la puerta cerrada con un cerrojo. Escuche el canto de los pájaros y el rumor de las hojas que se movían con la brisa ligera. Me vino a la memoria el montoncito de ositos de peluche que vi en el pasillo delante de la sala del almuerzo. Recordé en aquel momento la composición de *jazz* que Oskar Matzerath tocaba en el exclusivo *Zwiebelkeller* de Düsseldorf. A los invitados se les daba cebolla y un cuchillo para cortarla. Así, mientras escuchaban la música, lloraban, aunque las lágrimas fuesen artificiales, provocadas por la cebolla, eran unas lágrimas de las que irritan los ojos.

»No vayas a Sonnenstein —me dijo Buruma—, en Sonnenstein no hay nada más que ortigas.

Conocí a Niklas Frank en casa de Thomas Bernhard. Yo era el fotógrafo y Niklas hablaba con Thomas para una entrevista que aparecería en la revista *Stern*. Y entonces Niklas (o quizás Thomas) dijo: «Nosotros no existimos, somos existidos por otros, nos existen». Y Bernhard añadió: «La escritura nunca me ha liberado de nada. Si la escritura me pudiera liberar de algo, no tendría de qué escribir. No me quedaría nada que decir», dijo Bernhard. «¿Y qué haría yo entonces con toda esa libertad que se filtraría por todos los rincones de mi vida?», se preguntó. «Claro que la libertad puede aligerar el peso de la vida. Pero quizás deberíamos tener en consideración la posibilidad de acabar en el cementerio», dijo Bernhard. «De todos modos, yo no creo en esa solución», dijo, «porque allí sí que no queda nada de nada».

El padre de Niklas fue el SS-*Obergruppenführer* Hans Frank, el «rey de Varsovia», el hombre más importante del *Generalgouvernement*, un jurista, un doctor en ciencia, un chico alto y guapo. Le gustaban los trajes y los sombreros blancos. Le gustaba visitar ciudades que tenían bien conservados los viejos centros históricos. Era experto en antigüedades, y las colocaba con gusto en las suntuosas villas de su propiedad en Varsovia. Era un *bon vivant* egoísta, era un mujeriego y un homosexual a escondidas. Llevaba un diario de guerra de manera absolutamente pedante que ocupa cuarenta y tres libretas y se convirtió en el documento de cargo más importante contra él en el juicio de Núremberg. El 2 de junio de 1943 Hans Frank escribió en su diario: «Aquí hemos empezado con tres millones y medio de judíos; de esos tres millones y medio de judíos solo quedan los que están internados en alguno de los campos de trabajo. Todos los demás podríamos decir que han... emigrado».

Nació en 1900 en Karlsruhe. Con diecisiete años Hans Frank se alistó en el ejército alemán, pero después pasó a la unidad de extrema derecha llamada *Freikorps*. Sus miembros intimidaban

a los políticos y mataban a la gente. Hans Frank era un ministro sin cartera del Reich, era el líder del colegio de abogados nacionalsocialista, era diputado del Reichstag y entre 1941 y 1942 fue el presidente de la Cámara Internacional de la Abogacía. Mientras era el gobernador de Polonia, la administración de Hans Frank introdujo los campos de la muerte como aplicación de la «solución final». Desaparecieron millones de judíos, de gitanos y de otros pueblos «indecentes». Bajo la administración de Hans Frank las SS y la Gestapo cometieron crímenes espeluznantes contra la población civil polaca porque los consideraban a todos miembros de la resistencia; violaban, quemaban aldeas, masacraban a mujeres y niños y organizaban deportaciones masivas hacia los campos de concentración.

Hans Frank fue considerado un criminal de guerra y fue condenado a la horca por crímenes contra la humanidad. Murió el 16 de octubre de 1946. Mientras estaba en prisión, Frank volvió a abrazar la fe católica y consideraba que su muerte era una redención *parcial* de sus pecados, pero no fue capaz de reconocer todos los puntos de su acusación. Hans Frank se presentó delante del tribunal con una sonrisa, y dejó la sala en compañía del franciscano irlandés Sixtus O'Connor:

Oh happy day
Oh happy day
When Jesus washed
When Jesus washed
Jesus washed
Washed my sins away
Oh happy happy day
La, la, la, la, la, la, la, la, la
La, la, la, la, la, la, la, la, la
La, la, la, la, la, la,
La, la, la, la, la, la,
Oh happy day

Hans Frank en 1946 dejó cinco hijos y su mujer Brigitte. De todos ellos solo Niklas continua vivo. Niklas Frank tenía en 1946 siete años. Hasta el año 1945 vivió en la villa de Przegorzaly, al lado de la fortaleza que domina la ciudad de Cracovia y desde donde tenían una vista de ensueño de los Montes Tatras. El «rey de Polonia» se dedicaba a la liquidación de las élites polacas porque quería convertir Polonia en un «país de obreros y campesinos». Su intención era eliminar completamente a toda la gente con la más mínima educación. En todo el territorio del *Generalgouvernement* se cerraban teatros, escuelas y universidades, se prohibía escuchar la radio, se destruían bibliotecas, se prohibía la impresión de libros y se reprimía el uso de la lengua polaca. Frank se inventó la distribución limitada de alimentos, demasiado baja para asegurar la supervivencia. Pero a la familia Frank no le faltaba de nada, tenían comida y servicio, y su casa estaba adornada con obras de arte robadas. A Hans Frank le gustaba organizar recepciones para los altos oficiales de las SS, también invitaba a Himmler. Les servía caviar y champán y les tocaba Chopin, *oh, happy days*. De esa época, Niklas recuerda una excursión con su padre a una ciudad donde un hombre quiso forzar a unas personas extremadamente delgadas para que se montaran en un asno que tiraba a todos al suelo dando coces. Y esas personas tan, tan delgadas, después casi no se podían ni levantar.

—Yo miraba el espectáculo y reía como si estuviera en un circo —dijo Niklas.

—También visité el campo de concentración —dijo.

Después de 1946, la vida de la familia Frank se convirtió en una pesadilla. Ir a la escuela era traumático, según Niklas, porque los profesores trataban a sus hermanos con desconfianza. Les decían que eran nazis y los llamaban «la vergüenza de los alemanes». Resultaría muy interesante comprobar el pasado y las actividades de esos mismos profesores durante los años de la guerra.

Niklas se convirtió en un adolescente rebelde, viajaba siempre en autostop, visitó distintos lugares de una Alemania dividida para comprender su pasado:

—Era suficiente que dijera que yo era hijo de un nazi juzgado en Núremberg y dijera algunas frases antisemitas y los conductores me invitaban a almorzar. Durante todos esos años de autostop solo un conductor al oír eso me abrió la puerta y me dijo: «¡Fuera!» —explicaba Niklas.

Niklas Frank estudió el *dossier* de su padre. Visitó los archivos de Alemania y de Polonia, leyó los diarios de Hans Frank. Visitó a los nazis envejecidos que habían tenido relación con Hans Frank y visitó también a sus colaboradores más cercanos, visitó al personal de servicio que había estado trabajando para la familia Frank en Berlín y en Cracovia. Hasta se fue a América a hablar con el sacerdote Sixtus O'Connor a quién Hans Frank pidió misericordia divina antes de su muerte.

—¿El lazo fue puesto de manera firme alrededor de su cuello? —preguntó Niklas a O'Connor.

—¿Qué ruido se produjo en su nuca cuando apartaron la silla? ¿Se oyó nítidamente? —preguntó.

—Me imagino a mí mismo, mordiendo con mis dientes el corazón de Hans Frank mientras él grita y yo muerdo con más fuerza y él grita más, y yo muerdo con más decisión aún y él grita y grita. La sangre chorrea de manera espantosa y luego su corazón se para, vacío, muerto —dijo.

—Alemania durante mucho tiempo después de la guerra sostuvo colectivamente la negación de la responsabilidad de los individuos en esa guerra —dijo Niklas Frank. —Mi padre era un cobarde y es culpable de la muerte de dos millones de personas.

Eso es lo que Niklas Frank descubrió después de años de investigación. Sus conclusiones lo llevaron a desarrollar un odio obsesivo del que irradiaba su ira contra un mundo completamente sordo. El mundo parece el paisaje de los dramas de Beckett. Parece que vivimos en un escenario de *fin de partida*, cuando solo quedan unas cuantas figuras y un *número limitado de tiradas*. En su libro *Der Vater*, Niklas Frank entró en un duelo peligroso. Ni Freud pudo encontrar una salida a ese conflicto entre padre e hijo, ni la tragedia griega tiene respuesta para eso.

Me absorbieron mis propias investigaciones y buscaba con obsesión los datos que pudieran confirmar si yo era o no era aquella persona que creía que era. En 2005 se publicó el otro libro de Niklas, con el título *Meine deutsche Mutter*, mi madre alemana. Niklas Frank no aflojaba. Niklas Frank no abandonaba, es decir, que yo tampoco podía desistir. La «reina de Polonia», Maria Brigitte Frank, una mujer sin escrúpulos, avara, calculadora y promiscua, no tuvo en ese libro mejor trato que su «rey». Niklas Frank grita en el vacío de silencios y de sordera. Su caso para mí es un pequeño consuelo. Lo protejo como un fruto que ha madurado en el árbol para que no caiga en el barro del suelo y se corrompa.

He ordenado vidas increíbles, he revisado las tumbas del pasado, he construido una secuencia que no puedo comprender, que es inimaginable. Durante ocho años me dediqué a esas vidas, a esos pasados y al mismo tiempo hurgué dentro de mí mismo. He abierto todas las tumbas que uno puede imaginar, he examinado los deseos. He revisado las secuencias almacenadas como ciertas y no encontré en ellas ni un poco de lógica. Y ahora estoy a punto de salir por la puerta de un hotel de Gorizia y observo el terrible desorden que voy a dejar detrás de mí. He aquí un montón de testigos muertos con ojos que parecen lupas frías, que son ligeros e inertes como cráneos momificados, empalados al lado del sendero que conduce a mi madriguera. Sobre la cama, en las sillas, en las repisas, en el suelo hay cartas y documentos, libros y testimonios, fotografías, un montón de fotografías, algunas mías, otras no. Mis amores tibios, mis pasiones grises. Todo eso está delante de mí, como un tiempo que se ha hecho viejo y cansado, se ha sentado en un rincón para descansar o para coger aire. Solo con soplar sería suficiente para que se abriera la ventana y todos esos pasados se desvanecerían, volarían, aspirados por una enorme tromba marina, una *tromba d'aria* entre los gritos de los muertos. Si no me aparto a tiempo, esa tromba podría tragarme a mí también. El desorden que he provocado no se podrá recoger jamás. No hay ningún *Kleiderbügel* que pueda alisar sus arrugas, no hay ningún *Aufhänger* moderno donde colgarlo para que se airee.

Camino por las calles de Gorizia y veo cómo de una fachada cae un canto gastado junto con el revoco. Ese canto se coloca sobre mi rostro como una máscara, como un beso que no puedo borrar. Nos conocemos ese canto y yo. Mientras camino, los dos callamos y respiramos flojito. Es lunes, 3 de junio de 2006. En la *trattoria* Piccola Grado, en la Vía Morelli, me hago traer el *Kaiserfleisch* que ahora se llama *la crostata di maiale affumicato cosparsa di cren fresco e accopagnata con gnocchi* y después me encamino hacia Vía Apica 47. Me abre la puerta una mujer de manos firmes y de cabello denso, de unos cuarenta años, lleva zapatos de invierno sin cordones, calzados sobre los pies desnudos. La mujer me sonrío y me dice:

—Le dije que la realidad es infinita y no conoce desconexiones.

La mujer se presenta como Ada Tedeschi Urban y es la sobrina de Haya Tedeschi, la hija de la hermana de Haya que se llamaba Paula. Ella es la mujer que encontré en el tren. Busco en los rasgos de su rostro los míos propios, de la misma manera en que todavía observo con horror las fotografías del *SS-Untersturmführer* Franz Kurt. De su sonrisa de niño bueno sale una zarpa que se agarra a mi rostro, me congelo en una mueca de seriedad, queriendo evitar que su sonrisa se logre enganchar a mis labios. En la habitación, al lado de un ventanal, en una mecedora está sentada una viejecita. Junto a sus pies hay un enorme cesto rojo y alrededor del cesto, cartas, documentos, fotografías, recortes de periódicos, un montón de papel muerto, el mismo escenario que yo acababa de dejar detrás de mí. La viejecita se levanta y se gira hacia mí. Nos quedamos quietos, yo alto y con canas, ella frágil y con cabellos blancos. Me consuela pensar que no me he quedado calvo como él y que mis ojos se parecen a los ojos de ella. Pienso por un momento si el hecho de que sea fotógrafo es realmente una casualidad y luego en seguida me digo que mis fotografías son cautivadoras, mientras que las suyas eran tonterías. Y, además, él está muerto y yo estoy vivo. No me gusta el boxeo, pienso, y no me gustan los caballos, me gusta más ir en bici. Pero no me consuelo tan fácilmente.

Escribiendo sobre mi madre y su papel en el tiempo inmóvil de la historia, no sé nunca quién fue a visitar la arrocera San Sabba, quién fotografió la arrocera San Sabba, si fue mi madre o si era yo; quién investigó en las bases de datos sobre el Litoral Adriático, si era yo o era mi madre; quién estudió los detalles de la vida del *SS-Untersturmführer* Kurt Franz, si era Haya Tedeschi o fui yo. No sé si fui yo, Hans Traube - Antonio Tedeschi quien visitó Treblinka. Juntos nos hemos puesto los vestidos de los pasados ajenos, convencidos de que esos pasados son nuestros pasados. Seguiremos observando así el mundo, esperando que el pasado se nos acomode en el regazo como un gato gordo y negro.

Hurgaremos en la Tierra Baldía y

Yo le diré:

*Pienso que estamos en el callejón de las ratas
Donde los muertos perdieron los huesos.*

Y ella me preguntará:

*¿Qué hago yo ahora? ¿Qué voy a hacer?
Saldré así y caminaré por la calle
Con el pelo suelto, así. ¿Qué vamos a hacer mañana?
¿Qué haremos a partir de ahora?*

Y yo le diré:

[...] jugaremos una partida de ajedrez.

En las paredes continuarán esperando las sagradas colmenas del tiempo. Las oportunidades perdidas se irán cayendo y una vez caídas, van a imponer el silencio. Los pasos resonaran en los salones. Y entonces yo le preguntaré:

*¿No
Sabes nada? ¿No ves nada? ¿No recuerdas
Nada?*

Y ella me dirá:

*Recuerdo
Son perlas lo que eran sus ojos antes.
Pero a mi espalda en un golpe frío oigo
Un estallido de risa muda y la percusión de huesos.
La terrible osadía de un instante de rendición
Que ni toda una era de prudencia podría reparar
Por eso y solo por eso hemos existido
Lo que no se hallará en nuestros obituarios
Ni en recuerdos velados por la benéfica araña*

Y yo le preguntaré:

Qué es ese sonido alto en el aire
Murmullo de maternal lamentación
Qué ciudad en las montañas
Unreal City.
Oed' und leer das Meer.

¿Pondré al menos en orden mis tierras?, le preguntaré.
Sí. Pondrás en orden tus tierras —me dirá ella—. Antes de que los gusanos destruyan tu ataúd, antes de que la araña acabe de tejer la fina tela de tu epitafio.

Y luego yo le diré:

Gracias.

Servus.

Ahora ya nada importa.

NOTA DE LA AUTORA

He trabajado en este libro durante dos años. He investigado en archivos históricos de diversos países, en lenguas diversas. De acuerdo con los procedimientos habituales de la ficción documental he utilizado voces de personajes históricos y he citado palabras de muchos escritores y poetas conocidos y quiero expresar mi agradecimiento por haber podido utilizar sus obras. He intentado mencionar a todos los autores citados, pero si me hubiera olvidado de alguna obra, la indicaré en las próximas ediciones de esta novela en cualquier lengua.

La primera parte del libro, la que cuenta los primeros años de Haya Tedeschi, se basa en el relato de Frank Gent sobre Fluvia Schiff y su familia (*My Mother's Story*, 1966.) No obstante, la relación amorosa entre Haya Tedeschi y el oficial de las SS Kurt Franz, así como el nacimiento de su hijo, son ficción. La familia Schiff huyó de Sicilia a Albania en 1938 para evitar las consecuencias de las leyes raciales de Núremberg. Vivieron en ese país durante seis años y volvieron a Italia a través de Yugoslavia, Hungría y Austria. En 1945, Fluvia Schiff conoció al soldado británico Frank Dennis Gent en Milán. Se casó con él y se establecieron en el Reino Unido, donde todavía viven. Tienen seis hijos.

He citado fragmentos de las siguientes obras:

Giuseppe Ungaretti, *I fiumi* (con autorización de Mondadori Editore S.p.A.); Ernest Hemingway, *A Farewell to Arms* (con autorización de The Random House Group Ltd.); Jorge Luis Borges, *A quien esté leyéndome* (de *El otro, el mismo*); Claudio Magris, *Un altro mare*; Jean Giono, *Jean le Bleu* (con autorización de Editions Grasset); Dino Campana, *In un momento*; Danilo Kiš, *Bašta, pepeo*; Danilo Kiš, *Rani jadi*; Carlo Michelstaedter, *Poesie (A Senia, VII)*; Eugenio Montale, *La Primavera hitleriana* (de *La bufera e altro*); Pierre Goldman, *Souvenirs obscurs d'un Juif polonais*, (c) Editions du Seuil, 1975 (con autorización de Editions du Seuil); Paul Celan, *Todesfuge* (con autorización de Suhrkamp Verlag); Jean Giono, *Les seules verites (29 septembre 1938)* (de *Recits et essais / Precisions*) (con autorización de Editions Gallimard); Umberto Saba, *Tre vie; La stazione; Quest'anno* (de *Il canzoniere*) (con autorización de Mondadori Editore S.p.A.); Giuseppe Ungaretti, *Solitudine* (de *Vita d'un uomo*) (con autorización de Mondadori Editore S.p.A.); Soren Kierkegaard, *Sydommen til Doden*; Ezra Pound, *Canto XIV; The Return* (con autorización de Faber & Faber Ltd); T. S. Eliot, *The Waste Land* (con autorización de Faber & Faber Ltd.); Jorge Luis Borges, *Elogio de la Sombra* (de *Elogio de la Sombra*), los últimos tres versos son de Eliot; Thomas Bernhard, *Die Ursache; Gita Sereny, Into that Darkness* (con autorización de Sayle Literary Agency); Yitzhak Arad, *Belzec, Sobibor,*

Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps, (c) 1987. (con autorización de Indiana University Press); France Bevk, *Pesmi*; (con autorización de Avtorska agencija za Slovenijo).

He citado también fragmentos adaptados de la entrevista que Niklas Frank hizo a Thomas Bernhard, publicada en la revista Stern y otros fragmentos adaptados del libro de Niklas Frank *Der Vater: Eine Abrechnung* (con autorización del autor); fragmentos adaptados del libro de Helga Schneider, *Lasciami andare, madre*; fragmentos adaptados del libro de Stephen Lebert, *Denn du tragst meinen Namen: Das schwere Erbe der prominenten Nazi-Kinder*. Agradezco a Beate Niemann su contribución.

Agradezco también la autorización para utilizar las páginas web de las asociaciones cuyos textos he citado en versiones adaptadas:

<http://www.axishistory.com>, con autorización de “Schmauser”;

<http://www.xoxol.org/eichmann/eichmann.html>

http://www.deportati.it/english-risiera_survivors.html;

<http://www.nizkor.org>; <http://www.deathcamps.org>;

<http://avalon.law.yale.edu/imt/02-27-46.asstr>.

Las descripciones de los transportes y las actas de los procesos los encontré en:

na <http://www.holocaustresearchproject.com> (con autorización de Holocaust Research Project).

He utilizado con frecuencia el fondo de la librería Harvard Law School Library’s Nuremberg Trials Project y la página web de United States Holocaust Memorial Museum.

OBSERVACIONES SOBRE LA TRADUCCIÓN

LAS NOTAS A PIE DE PÁGINA U OTRAS REFERENCIAS HISTÓRICAS pertenecen directamente a la autora. El efecto de las referencias cruzadas es propio de la construcción de la novela, ninguna información o explicación ha sido añadida adicionalmente por la traductora o la editorial para no comprometer la estructura original de este «rompecabezas» documental.

LAS CITAS de las obras literarias utilizan, siempre que ha sido posible, las traducciones al español ya existentes. Algún detalle de esas traducciones fue ligeramente adaptado a la narración de la novela. En la edición original croata, la mayoría de esos fragmentos no llevan referencia alguna y siempre son tratados como citas implícitas. Los fragmentos, y también los poemas citados que no aparecen en la lista de abajo, han sido traducidos por mí como traductora del libro. He optado por traducir incluso los poemas que en la edición croata se reproducen sin traducción, en diversas lenguas originales. En estos casos sí he creído que hacía falta facilitar la comprensión. Pero para que no se pierda del todo el efecto de inaccesibilidad, o de dificultad de acceder a la cultura de los otros, que la autora ha construido con tanta atención, he dejado algunos, muy pocos, poemas en italiano para reproducir el efecto previsto por la autora.

OBRAS CITADAS EN TRADUCCIONES ESPAÑOLAS:

Bernhard, Thomas. *El origen*. Traducción de Miguel Sáenz. Madrid: Anagrama, 1984.

Campana, Dino. «Para Sibilla Aleramo». *Cantos órficos y otros poemas*. Traducción de Carlos Vitale. Barcelona: DVD poesía, 1999, p. 169-70.

Celan, Paul. «Fuga de muerte». Traducción de Arnau Pons. A: Bollack, Jean. *Poesía contra poesía*, Madrid: Trotta, 2005.

Eliot, T. S. *La tierra baldía*. Traducción de Andreu Jaume. Barcelona: Lumen, 2014.

Ezra Pound, «Cantaro XIV». *Cantares completos*. Traducción de Javier Coy. Madrid: Cátedra, 1994, tomo I, p. 301.

Giono, Jean. *Jean le Bleu*. Presentación de Simon Girod. Traducción de Isabel Sancho. Cambrils: Trieste, 1980.

Helga Schneider. *Déjame ir, madre. Basada en una historia real*. Traducción de Elena de Grau Aznar. Madrid: Salamandra, 2002.

Hemingway, Ernest. «Libro primero. Capítulo primero.» *Adiós a las armas*. Traducción de s.n. Barcelona: Luis de Caralt, 1955, p. 6.

Kiš, Danilo. *Circo familiar [Penas precoces. Jardín, ceniza. El reloj de arena]*. Traducción de Nevenka Vasiljević. Barcelona: Acantilado, 2007.

Magris, Claudio. «Capítulo III». *Otro mar*. Traducción de Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama, 1992, p. 63.

Montale, Eugenio. «La primavera hitleriana». *Antología*. Traducción de Horacio Armani. Buenos Aires: Fabril, 1971, p. 88.

Saba, Umberto. «Tres calles» *Casa y campo. Trieste y una mujer*. Traducción de Carlos Vitale. Barcelona: La poesía señor hidalgo, 2003, p. 57-59.

Ungaretti, Giuseppe. «Los ríos». *La alegría*. Prólogo de Andrés Sánchez Robayna. Traducción de Carlos Vitale. Madrid: Igitur, 1997, p. 87.

Ungaretti, Giuseppe. «Soledad». *La alegría*. Prólogo de Andrés Sánchez Robayna. Traducción de Carlos Vitale. Madrid: Igitur, 1997, p. 120.

AUTOMÁTICA EDITORIAL le agradece la lectura de este libro. Esperamos que disfrutara de él tanto como nosotros y le animamos a que lo recomiende, lo preste o lo regale a sus amigos.

En nuestra web www.automaticaeditorial.com podrá encontrar información sobre nosotros y nuestro catálogo. Asimismo le invitamos a que se ponga en contacto con nuestro equipo para ayudarnos a crecer y mejorar.

Este libro ha sido impreso en España en el mes de agosto de 2015.



NOTAS

[1] Ugo Ojetti (1871-1946), escritor e historiador del arte. Fundador y editor de las revistas *Dedalo* (1920-1933), *Pegaso* (1929-1933), *Pan* (1933-1935); editor de algunas temporadas del *Corriere della Sera* y su colaborador asiduo en materia de crítica literaria y de arte. Escribió novelas, cuentos, reflexiones humorísticas, recopiló diversas antologías. Era un tradicionalista. Fue miembro del Partido Fascista desde su fundación. Un grupo bastante numeroso de intelectuales italianos se sintió atraído por el fascismo. Más tarde se dieron cuenta de todo lo que significaba y dejaron de militar en el Partido. Luigi Pirandello se hizo miembro en 1923 y recibió el Premio Nobel en 1924; Curzio Malaparte entró en 1921 y se dio de baja en 1931. Malaparte se llamaba de hecho Kurt Erich Suckert. En el mes de marzo de 1925, en Bolonia tuvo lugar el congreso de los intelectuales fascistas y su manifiesto fue firmado por Luigi Barzini, Antonio Beltramelli, Francesco Coppola, Enrico Corradini, Carlo Foà, Filippo Tommaso Marinetti, Curzio Malaparte, Ugo Ojetti, Massimo Bontempelli, Salvatore DI Giacomo, C.E. Opo, Sergio Panunzio, Alberto Panzini, Camillo Pellizi, Ildebrando Pizzetti, Enrico Prampolini, Ardengo Soffici, Ugo Spirito, Gioachino Volpe y otros. En el año 1926 se funda la Academia Italiana; es nombrado presidente Guglielmo Marconi, que en el año 1930, tres años antes de que Hitler llegara al poder y ocho años antes de las leyes raciales de Mussolini, evita sistemáticamente la entrada de los candidatos judíos en la Academia Italiana, marcando sus nombres con una «E» en letra de imprenta por «ebreo», es decir judío. Entre los miembros de la Academia están los compositores Pietro Mascagni, Ottorino Respighi y Umberto Giordano, el científico Enrico Fermi, los escritores Giovanni Papini, Antonio Beltramelli, Alfredo Panzini, Luigi Pirandello, Ugo Ojetti y Filippo Tommaso Marinetti, los pintores Achille Funi y Giulio Aristide Sartorio, el historiador Gioachino Volpe y el historiador de la religión Raffaele Pettazzoni, el escultor Adolfo Wildt, el crítico de arte Emilio Cecchi y el músico Ildebrando Pizetti. Todos tienen a su disposición un sueldo mensual considerable, pueden viajar gratis en primera clase, la gente se dirige a ellos con el título de «Su Excelencia». En las ocasiones solemnes, los académicos tienen la obligación de utilizar el uniforme oficial que incluye una espada decorativa. En el año 1926 se aprueba la ley según la cual las chicas italianas, en la enseñanza media, no pueden asistir a las clases de filosofía, historia, lengua italiana y literatura, griego y latín.

[2] Elsa Finzi nació en Génova, el 14 de mayo de 1891. La capturaron en el verano de 1942 junto con un grupo de antifascistas entre los que estaba también Ferruccio Parri. La condenaron por participar en la fundación de una asociación antifascista y por propaganda antifascista. Fue

puesta en libertad el 24 de noviembre de 1942. Ferruccio Parri fue un político italiano, nacido en 1890 en Pinerolo. Durante la época fascista fue perseguido y espiado. De 1926 a 1933 vivió en un exilio interior. Con Carlo Rosselli fundó la asociación de ayuda a las víctimas del fascismo para que pudieran salir del país. De 1943 a 1945 fue líder del movimiento de partisanos de Italia. Fue uno de los fundadores de la brigada Giustizia e libertà. Fue presidente del gobierno de coalición en 1945 y hasta el año 1948 diputado y a continuación senador. Fue también presidente de la Unión de los Combatientes de Resistencia de Italia. Murió en 1981 en Roma.

[3] Nacido en Nápoles el 20 de enero de 1904; muerto en Nápoles el 8 de mayo de 1959.

[4] Matemático, nacido en Nápoles el 15 de agosto de 1912; muerto el 28 de mayo de 1982.

[5] Matemático, nacido en Nápoles el 12 de marzo de 1908; muerto en Bolonia el 30 de mayo de 1989.

[6] Antifascista. Nacido el 29 de marzo de 1873 en Padua, muerto el 29 de diciembre de 1941 en Roma.

[7] Antifascista. Nacido el 3 de mayo de 1869, muerto en Roma el 11 de octubre de 1940.

[8] Nacido en Venecia el 19 de enero de 1879. Abandonó Italia en 1938, dio clases en Princeton, murió en Nueva York el 6 de mayo de 1943.

[9] Nacido el 16 de febrero de 1903 en Turín. En el año 1938 escapó a Gran Bretaña, en el año 1946 volvió a Bolonia. Murió el 2 de octubre de 1977 en Frascati.

[10] Nacido en Roma el 20 de octubre de 1901, murió en Chicago el 28 de noviembre de 1954.

[11] Paquale Isidoro Simonelli (1878-1960). *Commendatore* del orden de la corona real italiana, católico, nacido en Nápoles, donde estudió y luego trabajó como funcionario en un banco. En el año 1897 se mudó a los Estados Unidos. En Nueva York primero dio clases de lengua italiana, en 1898 obtuvo la plaza de bibliotecario en un instituto. Con ayuda de Joseph Francolini, Simonelli empezó su carrera bancaria en el Italian Savings Bank of New York City, primero como empleado, luego como secretario y finalmente como director. Obtuvo la ciudadanía estadounidense en 1902 y entró en el partido republicano. Simonelli fue el banquero personal de Enrico Caruso y llevaba todos sus asuntos relacionados con la Metropolitan Opera. Toda su vida estuvo activo en la promoción de los cantantes italianos, organizando sus recitales en Nueva York, contribuyendo a su popularidad. Entre ellos cabe mencionar a Riccardo Stracciari, Titta Ruffo y Benjamino Gigli. En el año 1936 volvió a Nápoles, a su palacete Villa Simonelli, donde vivió hasta su muerte. Fue enterrado en 1960 en el mausoleo de la familia en el cementerio Sant' Erasmo.

[12] Friedrich Rainer, nacido el 28 de julio de 1903 en Carintia (St. Veit an der Glan). Estudió derecho. Desde 1930 fue miembro del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Desde 1936 trabajó en la administración del partido en Austria. De 1938 a 1941 fue *Gauleiter*, el gobernador de la región y el gobernador del Reich en Salzburgo. De 1941 a 1945 pasó temporadas en Carintia y Estiria. En 1943 fue nombrado alto funcionario para el Litoral Adriático. El día 8 de mayo de 1945 cedió la administración a los representantes de los partidos democráticos. El ejército británico lo entregó a Yugoslavia. Fue procesado en Núremberg. Como criminal de guerra fue ejecutado el 13 de marzo de 1947 en Liubliana.

[13] Odilio Lotario Globočnik nació en 1904 en Trieste. Su padre era esloveno, era teniente de caballería en el ejército Habsburgo y después de la guerra trabajó como empleado de correos. Su madre era húngara. En el año 1923, la familia se trasladó de Trieste a Klagenfurt. En Austria,

Odilio Globočnik entró en 1923 en el Partido Nazi y en 1934 se alistó en las SS. Participó activamente en la formación de células nazis por toda Austria antes de la anexión a Alemania en 1938. En el año 1936 fue nombrado dirigente del partido en Carintia. Antes de su llegada a Trieste, Globočnik fue una de las personas claves en la operación de dimensiones gigantescas con la cual se liquidaron aproximadamente a dos millones y medio de judíos polacos (*Aktion Reinhard*). Globočnik llegó a Trieste con un gran equipo de «profesionales», todos ellos miembros de los escuadrones de la muerte que ya habían mostrado sus habilidades en la liquidación de la población en Rusia, Polonia y Alemania y en los campos de exterminio polacos de Belzec, Sobibor y Treblinka. Durante el año 1943 se instalaron en Trieste 92 miembros de los *Einsatzkommando Reinhard* entre los cuales había un gran número de SS ucranianos, tanto hombres como mujeres. Los *Einsatzgruppen* o mejor dicho los *Einsatzkommandos* eran escuadrones especiales formados con el objetivo de «luchar contra los enemigos del Reich y ayudar a las fuerzas de combate». Se introducían en los territorios ocupados para ahogar cualquier signo de resistencia y para liquidar a la población no aria. Los *Einsatzgruppen* dependían de la RSHA, o lo que es lo mismo, de la Oficina Central de Seguridad del Reich (*Reichssicherheits Hauptamt*), que estaba bajo la supervisión directa del Ministerio del Interior, encabezado por el *Reichsführer* de las SS y ministro, Heinrich Himmler. En Lubin, en Polonia, Globočnik vivió en una villa fastuosa de manera bastante desenfadada. Lo recuerdan no solo por sus asesinatos monstruosos de dimensiones inimaginables, sino también por haber reunido enormes cantidades de bienes confiscados y robados a los ciudadanos «inapropiados» en los territorios ocupados. Los objetos estaban clasificados y descritos con detalle e incluían entre otras cosas plumas, anillos o binoculares decorativos de mujer para la ópera, hasta edificios y fábricas. El valor del conjunto se estimó en unos 178 millones de *Reichsmark*. En su camino hacia Berlín, las propiedades robadas pasaban por Lubin y algunas piezas acabaron en los almacenes del puerto de Trieste. Hacia finales de 1943, había allí 667 contenedores llenos, con una capacidad de entre 5 y 8 metros cúbicos cada uno. Estaban en Trieste, esperando una catalogación y clasificación más detallada durante la estancia de Globočnik en la calle Nizza. El día 31 de mayo de 1945, cerca del lago Weissensee, en Carintia, Globočnik fue detenido por el ejército británico. Dos horas más tarde de la detención se suicidó, mordiendo una cápsula de cianuro.

[14] Josef Oberhauser, *SS-Oberscharführer*, nacido en 1915 en Múnich. Acabó siete años de escuela primaria, luego trabajó como peón en exploraciones agrícolas. En 1935 entró en las tropas de las SS y en 1939 al programa T4. En Bernburg trabajó como «incinerador», después estuvo en Grafeneck, Brandenburg y Sonnenstein. En el año 1941 fue trasladado a Lubin, donde se convirtió en el oficial de comunicaciones de Globočnik. Fue también el acompañante fiel de Wirth durante sus visitas a Belzec, Sobibor y Treblinka. En otoño de 1943 fue trasladado a Trieste, donde fue nombrado comandante del campo de San Sabba después de la muerte de Wirth. En Magdeburg, en 1948, fue condenado a quince años de prisión, pero en 1956 fue amnistiado. Nueve años más tarde, en el proceso de Múnich, fue condenado a cuatro años y medio de prisión y fue puesto en libertad al cabo de dos años. Por los crímenes cometidos en Belzec, donde fueron asesinados 600 000 judíos, solo fue juzgado el nombre de Josef Oberhauser, no su persona. La mayoría de los oficiales de las SS que trabajaban en los campos de la muerte durante la *Aktion Reinhard* nunca fueron llevados ante los tribunales.